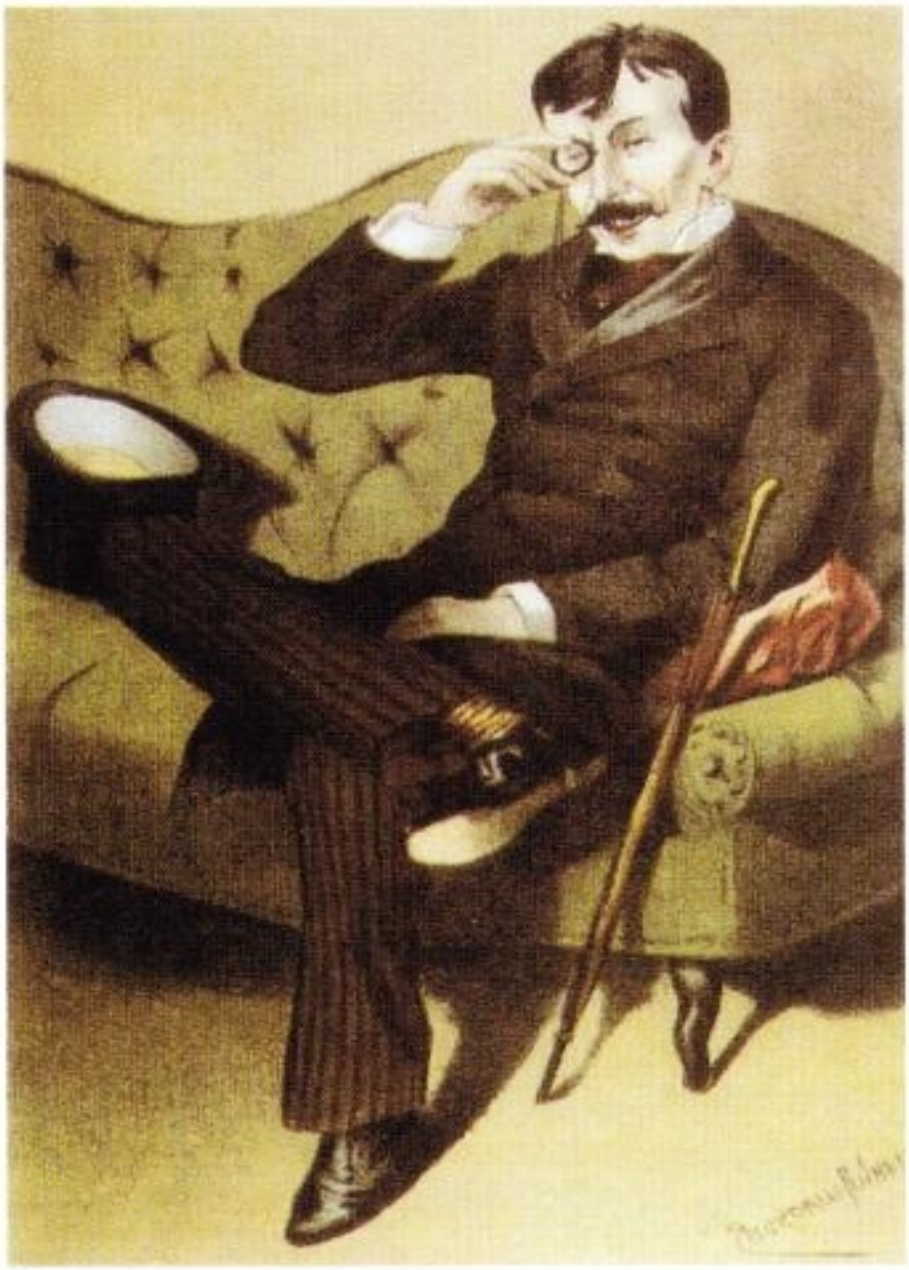
JOSÉ MARIA EÇA DE QUEIRÓS

La ilustre casa de Ramires

Edición de Rosa Eugenia Montes Doncel



Lectulandia

Eça de Queiros (1845-1900) es sin duda el novelista portugués más conocido del siglo XIX. Perteneciente a una ilustre familia, pero nacido ilegítimo, ha concitado con frecuencia la atención de los biógrafos tanto por la singularidad de su peripecia vital como por su estrecha imbricación con las figuras más representativas del panorama político, social y literario del Portugal de su tiempo: Antero de Quental, Teófilo Braga, Oliveira Martins, Ramalho Ortigão, Guerra Junqueiro. Exaltado naturalista y exquisito decadente, portó el entorchado de la literatura de combate y el del culto a la forma.

La crítica coincide en considerar que *La ilustre casa de Ramires* (1900) ostenta la perfección de una obra de madurez. Su anécdota puede resumirse en los términos que siguen: habita el vetusto y legendario solar de Santa Ireneia Gonçalo Mendes Ramires, joven hidalgo del más rancio abolengo portugués, quien acomete la redacción de una historia sobre sus antepasados, *La torre de don Ramires*. Nos hallamos por tanto con una novela dentro de otra; en primer término las vicisitudes del aristócrata finisecular arruinado y, por otra parte, los gloriosos hechos de su ancestro Tructesindo en el siglo XII recogidos en la relación que el propio protagonista elabora.

Lectulandia

José Maria Eça de Queirós

La ilustre casa de Ramires

ePub r1.0
Titivillus 23.02.17

Título original: *A ilustre casa de Ramires*
José Maria Eça de Queirós, 1900
Traducción: Ana Belén García Benito
Edición: Rosa Eugenia Montes Doncel
Ilustración de cubierta: Rafael Bordalo Pinheiro, Eça en el *Album de Glorias* (1880)
Diseño de cubierta: Diego Lara

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

En junio de 1883, en carta dirigida a Pérez Galdós, escribe Clarín a propósito de su lectura de *El primo Basílio:* «No creía yo que en Portugal se escribían novelas tan buenas»[1]. Este famoso juicio del gran novelista asturiano patentiza el secular y comentado desconocimiento que ha habido en España acerca de las letras lusas[2]. Hacer hincapié en tal fenómeno se ha convertido en lugar común casi obligado a la hora de abordar en nuestro país cualquier obra de la literatura portuguesa, aunque dicho silencio haya alcanzado a Eça en mucho menor grado que a otros compatriotas suyos[3]. En cualquier caso, *La ilustre casa de Ramires* ha sido, inmerecidamente, una de las novelas de Eça menos estudiadas y difundidas en España.

La biografía del novelista portugués más famoso del siglo XIX ha concitado con frecuencia la atención de la crítica, tanto por la singularidad de su peripecia vital, y sobre todo de sus circunstancias familiares, como por la estrecha imbricación de Eça con las figuras más representativas del panorama político, social y literario del Portugal de su tiempo[4]: Antera de Quental, Teófilo Braga, Oliveira Martins, Ramalho Ortigão, Guerra Junqueiro, el conde de Ficalho, entre otros.

José María Eça de Queirós[5] es hijo del juez José Maria Almeida Teixeira de Queirós, de estirpe de magistrados, y nieto por parte de padre de un ministro de Justicia (liberal); la madre del escritor es la aristócrata Carolina Augusta Pereira de Eça, hija de un coronel del Ejército que gozaba incluso de la amistad personal del rey Don Pedro. Esta ilustre prosapia está mancillada sin embargo por la ilegitimidad del nacimiento (que tuvo lugar el 25 de noviembre de 1845); el niño, caso insólito, fue inscrito como «hijo de madre desconocida». La pareja no contrajo matrimonio hasta cuatro años más tarde, y esta anómala coyuntura generó probablemente la controversia existente en torno a la localidad natal del novelista[6].

Eça pasa su infancia y adolescencia alejado del núcleo familiar que han constituido sus padres con los nuevos hijos nacidos ya tras la boda y, de hecho, no fue legitimado hasta diciembre de 1885, a los cuarenta años de edad. José Maria es confiado primero a un ama, como el niño del padre Amaro, y luego vive con su abuelo paterno como el personaje de Carlos en *Los Maia.* Estudia Derecho en Coimbra, aunque ni la carrera de abogado le apasionaba ni llegó a ejercer la profesión más que durante un lapso muy breve; Coimbra, sin embargo, constituía entonces el centro indisputable de la efervescencia cultural portuguesa y era la primera receptora de las modas literarias importadas del resto de Europa, singularmente de Francia. Entre las lecturas predilectas del autor de *La ilustre casa de Ramires* merecen

destacarse Proudhon, Flaubert, Zola, Baudelaire, Thackeray, Renan, Shakespeare, Victor Hugo, Poe, Michelet. El joven Eça participó en el teatro universitario, y durante su estancia en Coimbra será testigo de la *Questão Coimbrã* (1865) entre Castilho, abanderado del ultrarromanticismo oficial, y Antero de Quental, que postula una variante romántica de literatura comprometida en el célebre artículo «Bom Senso e Bom Gosto».

Más adelante, ya en Lisboa, Eça entabla contacto con el grupo del «Cenáculo», presidido por Antero, que se reúne en la casa de uno de sus integrantes, Batalha Reis, y al que pertenecen entre otros Ramalho Ortigão y Oliveira Martins. Tras acometer en Évora una fugaz aventura periodística de la que hablaré más adelante[7], en 1869 emprende un viaje a Egipto para asistir a la inauguración del canal de Suez; acompaña a su amigo el conde de Resende, hermano de la que luego sería su esposa, Emilia de Castro Pamplona, con la que el novelista se casa en el 86. En 1870 Eça ocupa el cargo de administrador en Leiria, «ciudad levítica» en que localiza la acción de la novela *El crimen del padre Amaro.* Un año después se inicia en el Casino de Lisboa un ciclo de «Conferencias Democráticas» que los setentistas organizan para difundir su ideario social y artístico asido a patrones políticos de calado revolucionario.

El Gobierno clausuró la sala antes de que se dictaran todos los discursos previstos, pero no antes de que Eça pronunciase el suyo, «El Realismo como nueva expresión del arte», en el que aboga por una literatura moralizante y basada en la observación fiel de la realidad. La exposición de Eça es tributaria de las doctrinas de Proudhon y Taine y de su recepción de Flaubert y los novelistas franceses, pero, recordemos, *La novela experimental* de Zola, manifiesto del naturalismo que tiene a la teoría experimentalista de Claude Bernard por materia propedéutica, no aparece hasta 1880. Mientras, Eça ya había abrazado la noción determinista tainiana y la faceta anticlerical de Proudhon en su praxis artística y en su concepto de novela, por lo que puede designarse al portugués en cierto modo un naturalista *avant la lettre*[8].

Por su participación en tan polémicas actividades el administrador del Concejo de Leiria es destituido de su cargo (pocos días antes de su intervención en el Casino) y encamina sus pasos a la carrera diplomática. En 1872 parte para La Habana, su primer destino, desde donde viaja a Estados Unidos y Canadá. Ocupa luego el cargo de cónsul en Newcastle (1874), Bristol (1878) y finalmente en su idolatrada París, ciudad a la que se traslada en 1888 y donde morirá prematuramente el 16 de agosto de 1900.

Por las mismas fechas en que Eça fija su residencia en Francia ha surgido un grupo de exquisitez fatalista *mal du siècle,* heredero de la Generación del 70 y que aglutina a la mayoría de sus miembros: los *Vencidos da Vida* (en alusión al partido «Vida Nova» en que algunos han militado) o los «Once de Braganza», así llamados porque se reúnen en este emblemático hotel lisboeta. Se trata de Ramalho Ortigão, Guerra Junqueiro, Oliveira Martins, Carlos Mayer, Carlos Lobo de Ávila, Luís de

Soveral, los condes de Ficalho, de Arnoso y de Sabugosa y António Cândido. Eça se suma a ellos cuando puede viajar a Portugal, y el propio príncipe Carlos, Carlos I desde el 89, mantuvo contactos con la refinada asociación.

La evolución literaria caminó pues acompasada con el signo de los tiempos, pero a pesar de ello —o a causa de ello— es compleja y refractaria a la síntesis simplificadora[9]. Después de una fugaz fase de contornos aún románticos (*Prosas bárbaras, El misterio de la carretera de Sintra*)[10], Eça profesa en su primera gran novela, *El crimen del padre Amaro*, un naturalismo radical al que paulatinamente irá desgajando de su elementos más desagradables y excesivos. *El mandarín* puede marcar un punto de transición hacia lo fantástico[11], en tanto que *Las leyendas de santos* ejemplifican el interés estético del decadentismo por la religión católica[12], al tiempo que suponen un paralelo con el viraje de otros narradores naturalistas ibéricos hacia una etapa espiritual o mística: el Galdós de *Nazarín* o *Misericordia. La ilustre casa de Ramires* se instala en las preocupaciones propias de la llamada Generación del 90 (neogarrettistas, lusitanistas, nacionalistas)[13] e invoca el pasado con una actitud esperanzada que hallaría su correlato en el regeneracionismo hispánico[14].

Eça fue romántico (con matices), exaltado naturalista, realista y exquisito decadente; portó el entorchado de la literatura de combate y el del culto a la forma. Esta pluralidad de credos estéticos cristaliza también en la diversificación temática: escribe una novela de folletín, *El misterio de la carretera de Sintra* (1870)[15]; una novela de amores sacrílegos, *El crimen…* (1875) —recordemos en esta tradición *Pepita Jiménez* de Valera (1874), *Tormento* de Galdós (1884), *La Regenta* de Clarín (1885)—, rabiosamente anticlerical; una novela de adulterio, *El primo…* (1878); una novela sobre la decadencia de Portugal y sobre el incesto (el mismo asunto que abordaron Emilia Pardo Bazán en *La madre naturaleza* [1887] y Mario de Sá-Carneiro en *El incesto*), el vasto fresco *Los Maia* (1880), considerada su obra ejemplar; una novela fantástica, *El mandarín* (1880); dos novelas encaminadas a ilustrar la misma tesis, el tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea, *La ciudad y las sierras* (1901) y *La capital* (1925); dos novelas sobre la hipocresía, ambas escritas en primera persona, *La reliquia* (1886) y *El conde Abranhos* (1925), amén de las hagiografías póstumas de *Leyendas de santos*, incursiones periodísticas como *Una campaña alegre* (el conjunto de su contribución a las *Farpas* —o «Banderillas»— en que colaboró con Ramalho Ortigão y que empezaron a publicarse en el 71), crónicas de viajes como *Egipto* (1926), el caso singular de *La correspondencia de Fradique Mendes* (1900), y el preludio romántico de poemas en prosa aparecidos en la *Gazeta de Portugal*, *Prosas bárbaras* (1866).

Análisis de «La ilustre casa de Ramires»

El proceso de gestación de «La ilustre casa de Ramires»

La ilustre casa de Ramires fue la última novela que Eça publicó en vida (si bien de forma incompleta), y la obra en que estaba trabajando en el momento de su muerte. Aparece una primera alusión a ella en 1890 en la *Revista de Portugal*, donde se anuncia la publicación futura de una historia con este nombre. Cinco años después la revista *A Arte* presenta un fragmento, y finalmente la novela comienza a ver la luz, por entregas, en la *Revista Moderna*, en noviembre de 1897. La desaparición de la *Revista Moderna* se produce en 1898 y deja inacabada la serie del texto queirosiano. La última entrega ofrecida se corresponde con el capítulo X de los doce de que consta la versión definitiva, que salió de las prensas en Oporto, Lello, en 1900, bastante ampliada y con numerosas variantes respecto al formato en folletín. Los capítulos XI y XII y parte del X (en total 137 páginas) no pudieron ser revisados personalmente por Eça, y se encargó de su corrección Júlio Brandão[16].

Eça de Queirós y la ficción dentro de la ficción

El relato de Eça de Queirós se vertebra sobre dos ejes temporales que van sucediéndose en el discurso, aunque la parte más extensa de éste corresponde a una acción desarrollada en la segunda mitad del siglo XIX, en el tiempo coetáneo a la escritura[17]. La anécdota de *La ilustre casa de Ramires* puede resumirse en los términos que siguen: habita el vetusto y legendario solar de Santa Ireneia Gonçalo Mendes Ramires, joven hidalgo del más rancio abolengo portugués, quien animado a ello por un amigo editor acomete la redacción de una historia sobre sus antepasados, *La torre de don Ramires.* Nos las habemos por tanto con una novela dentro de otra; en primer término las vicisitudes del aristócrata finisecular arruinado y, por otra parte, los gloriosos hechos de su ancestro Tructesindo en el siglo XII recogidos en la relación que el propio Hidalgo elabora.

Estas peripecias no son autónomas; existen entre ellas nexos temáticos y funcionales que actúan ya por equivalencia, ya por contraste[18]. Cumple hablar pues de un fenómeno de *mise en abîme* o efecto especular; en el relato primario se inserta otro de naturaleza simbólica, el metarrelato, que constituye una metáfora del primero porque se parece o recuerda a él[19]. Las maneras como puede incorporarse un texto reflejo son múltiples (adjunción de una trama secundaria, lectura de un libro, asistencia a una representación teatral, etcétera). André Gide, a quien se atribuye la acuñación de este sintagma francés, utiliza el mecanismo en su célebre obra *Los monederos falsos,* cuyo protagonista, Édouard, está componiendo una novela llamada precisamente *Los monederos falsos.* Y con idéntico motivo se había revestido años antes el procedimiento especular en *La ilustre casa…;* también es la historia de un

autor que escribe una historia[20].

La crítica ha señalado diversos objetivos que puede cubrir la *mise en abîme*. Mieke Bal, por ejemplo, explica que dicho papel depende en buena medida del lugar del relato básico en el que se introduce el secundario: «La historia intercalada puede *explicar* a la básica, o puede *recordarla*»[21]. Así, «cuando el espejo se dé cerca del principio, el lector podrá, a partir de este texto, predecir el final de la fábula básica»[22]; cuando aparezca próximo al final, normalmente operará sobre todo como recordatorio. El caso de *La torre de don Ramires* es más complejo, pues no obedece a la estructura de cajas chinas (una historia dentro de otra), sino más bien a la de sarta (en distintos puntos de la historia primera se introducen pasajes de la historia segunda). Y justamente porque el metarrelato sólo nos es transmitido de forma jalonada, y no lo conocemos por completo casi hasta el término del discurso, su función adquiere matices dispares, como veremos más adelante[23]. Del contraste que arroja un balance negativo respecto al protagonista del texto básico (Tructesindo por encima de Gonçalo), se pasará a la situación opuesta. El tránsito de un estrato de narración a otro también adviene por lo común paulatinamente, sin establecer una frontera abrupta entre la novela principal y la obra redactada por el Hidalgo.

No es ésta, por otra parte, la primera vez que registramos una caída en abismo en la producción de Eça de Queirós: en el capítulo II de *El primo Basílio,* su gran novela de adulterio, el novelista portugués presenta al personaje de Ernestinho Ledesma, autor de una pieza teatral titulada *Honra y pasión.* Ernestinho cuenta el contenido de la obra, aún no estrenada, en la tertulia lisboeta que se celebra en casa de Jorge y Luísa. Surge entre los tertulianos controversia sobre si la esposa adúltera del drama ha de ser o no perdonada, y Jorge, el futuro marido traicionado, se manifiesta a favor de la venganza. En el capítulo XIV y penúltimo, tras consumarse el adulterio de Luísa y en el momento climático en que este hecho ha sido casualmente descubierto por Jorge, se nos informa de que la obra de Ernestinho se ha llevado a escena, y con gran éxito, y que la solución que éste escogió al final fue perdonar a su protagonista. Las dos partes de la *mise en abîme* se sitúan por tanto estratégicamente, una poco después de la apertura y otra poco antes del cierre. En esta ocasión los acontecimientos del relato espejo no condicionan (como sí ocurrirá en *La ilustre casa*…) las actuaciones de los personajes en la trama principal. La *mise en abîme* sirve, al principio, para introducir y presagiar el adulterio, y también para avisarnos de que Jorge no va a ser un marido cándido construido según el patrón de Charles Bovary[24]. La simbología resulta irónica (y este rasgo sí la aproxima a la de la novela que nos ocupa) tanto por la índole grandilocuente y tremebunda del texto espejo, del que incluso se lee un fragmento, como por la caracterización ridícula de su autor. Es irónica asimismo, por supuesto, la protesta que hace algún personaje (Acácio) de la acrisolada virtud de Luísa cuando se plantea el adulterio en el plano de lo hipotético. En cuanto al desenlace de *Honra y pasión*, no *adelanta*, sino que *contrasta* con el de *El primo*

Basílio. Incapaz de perdonar y olvidar, como el marido burlado del drama, Jorge acaba pidiendo explicaciones a Luísa sobre una carta reveladora que ha llegado a sus manos, y esto precipitará la muerte de la esposa y la desgracia de la pareja, en oposición al triunfo que coronó el final indulgente de *Honra y pasión.*

El personaje del escritor es rastreable en otras muchas obras de Eça, aparte de *El primo Basílio.* Valga el caso del romántico Artur Corvelo, protagonista de la novela póstuma *La capital*, quien, como Alejandro Miquis en la deliciosa creación de Galdós *El Doctor Centeno,* ha compuesto una pieza dramática que no consigue estrenar. Pero sin duda los dos escritores más famosos del estro queirosiano son los decadentes y aristocráticos Carlos Fradique Mendes y Gonçalo Mendes Ramires[25]. La comparecencia en un relato de un personaje ocupado en lides literarias suele suscitar sospechas sobre su carácter autobiográfico, y además Eça fomentó deliberadamente esta confusión con juegos en que mezclaba el estadio ficticio y el real, sobre todo en los comienzos de su actividad artística. Por ejemplo, su primera y folletinesca novela, *El misterio de la carretera de Sintra*, escrita en forma epistolar (y por ende en primera persona) en colaboración con Ramalho Ortigão, fue presentada en 1870 a los lectores del *Diário de Noticias* como la exposición de un suceso real[26]. Al parecer los dos amigos se alternaban escribiendo cada uno una carta, desde Leiria y Lisboa respectivamente, y sólo en la última entrega publica el periódico la confesión de que se trataba de hechos ficticios[27].

Pero, por supuesto, el poeta satánico Carlos Fradique, creado en sus orígenes colectivamente por el grupo de Coimbra (Eça, Antero de Quental y Batalha Reis), supone el caso más llamativo de maridaje entre realidad y ficción. «Protoheterónimo» lo llama Carlos Reis[28] en relación con los famosos *alter ego* literarios gestados por Fernando Pessoa: Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos. Como es sabido, esta alteridad en Pessoa va mucho más allá del empleo de un pseudónimo, pues el poeta portugués construye una personalidad para cada uno de sus heterónimos, y el engaño llegó hasta el punto de que algún historiador de la literatura recoge tales nombres como entradas independientes de autores reales. Pues bien, el primer Fradique Mendes (porque el personaje tuvo una larga vida) se comporta efectivamente a modo de precursor de los heterónimos pessoanos, y para mayor audacia heterónimo no de un individuo, sino de una colectividad, cuando salta por primera vez a la arena literaria el 29 de agosto de 1869; en esta fecha publican los tres camaradas poemas firmados por Fradique, cuya biografía ornamentan con datos tales como hacerle amigo de Baudelaire[29].

Un año después se produce una nueva y fugaz aparición de Fradique precisamente en la citada *El misterio de la carretera de Sintra,* y en la década siguiente Eça rescata en solitario a la figura y la dota de una semblanza más desarrollada. El otrora nacido epígono del romanticismo evoluciona hasta encarnar el *spleen* finisecular asociado a la obra (y a menudo a la trayectoria vital) de autores como Lorrain, Huysmans, D'Annunzio, Oscar Wilde, Hoyos y Vinent o Gautier (con

quien por cierto Fradique tuvo un *encuentro* en Egipto). El personaje atesora todos los componentes del decadentismo en cuanto visión de mundo hermanada a unas actitudes y a una concepción concreta de la literatura: el dandismo, el elitismo, un cierto reaccionarismo político, la extravagancia, la opción deliberada por situarse al margen de la cultura burguesa, el pesimismo en la conciencia histórica de término de un período y de fracaso de la cultura positivista, y por supuesto el escepticismo y la defensa del arte por el arte[30]. En definitiva, algo muy lejano de los postulados naturalistas de *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basílio.*

La correspondencia de Fradique Mendes (1900), al igual que *La ilustre casa de Ramires,* es encuadrada en la categoría de semipóstuma dentro de la clasificación que realizó Carlos Reis de las obras de Eça desde el punto de vista de la crítica textual, es decir, que forma parte de aquella suerte de escritos que el autor «deixou em estado adiantado de preparação para a tipografia (ou já na tipografia), mas cuja publicação não póde acompanhar até ao final»[31]. En el marco de la ficción, la novela constituida por la antología de cartas que un presunto editor prologa tiene también la condición de póstuma. En este punto de su andadura, Fradique se aproxima, más que a los heterónimos, a otra identidad gestada por Pessoa, su semi-heterónimo Bernardo Soares, agente narrativo del *Libro del desasosiego.* Las coincidencias de Fradique con Eça resultan notorias. Entre las características y circunstancias del primero aplicables al segundo cabe enumerar su sesgo irónico, la condición de gran viajero amante de lo exótico, y también que estudió en Coimbra, cursó Derecho aunque se decantó por otras actividades (se habla de un temor congénito de Gonçalo, «casi fisiológico, a los autos y al papeleo forense»), y aspira como escritor a conseguir un ideal de belleza estética. Es de suponer que creador y criatura compartan muchos de sus juicios; sin embargo la diferencia entre ambos no puede neutralizarse, aunque sólo sea porque pertenecen a jerarquías distintas (la historia y la ficción)[32]. Fradique posee asimismo concomitancias con otros personajes queirosianos, especialmente con los adinerados Jacinto (de *La ciudad y las sierras*) y Carlos da Maia[33].

El expediente de presentar una ficción como escrito de naturaleza no ficticia —diario, memorial, confesión, crónica, epistolario— se acoge al atávico tópico novelesco del manuscrito hallado, que demanda de los lectores la *epojé* o «suspensión del descreimiento», esto es, la adhesión al pacto ficcional[34]. La literatura lusa nos aporta en el siglo XVI un modelo muy señero del mecanismo en el anónimo *Naceo y Amperidónia*, en el XIX en *Corazón, cabeza y estómago* de Castelo Branco, y asimismo se ha creído *autora* de esta nacionalidad a la monja Alcoforado, sujeto enunciativo en la obra de Guillerages *Cartas portuguesas*, publicada (en francés, por supuesto) en la segunda mitad del XVII, y que todavía hoy algunos diccionarios registran como traducción de un original perdido que salió de la mano de Mariana Alcoforado. Al igual que en el caso de Pessoa, puede decirse que también el pacto ficcional urdido por Guillerages triunfó clamorosamente.

El recurso abunda en efecto en el subgénero de la novela epistolar, y en concreto fue muy proclive a él la narrativa europea del siglo XVIII: *Pamela o la virtud recompensada* de Samuel Richardson, *Las amistades peligrosas* de Choderlos de Laclos, *Las desventuras del joven Wertber* de Goethe o *Las cartas marruecas* de Cadalso escritas según el modelo de *Las cartas persas* de Montesquieu son otros tantos ejemplos de «supuesto epistolario», ya se recojan las cartas de uno o más corresponsales. Cuando, como en el caso que tratamos, el editor-recopilador vela su nombre, crece en el receptor ingenuo la tendencia a equiparar a este ente con el autor real, y tal hecho contribuye a autentificar la verdad de lo narrado. El anónimo «amigo» de Fradique compila misivas dirigidas a personalidades de carne y hueso (Oliveira Martins, Guerra Junqueiro, Ramalho Ortigão) y a otras de prosapia novelesca (Clara —la amada, Madame de Jouarre, el señor Mouillenet, etc.)[35]. El flujo entre datos, personajes, eventos, lugares y fechas reales y otros enteramente ficticios[36] cumple el objetivo de conferir credibilidad a lo narrado. La fusión de la historia y la intrahistoria, por utilizar palabras de Unamuno, constituiría por tanto un *realema,* como denomina Even-Zohar a los mecanismos orientados a crear impresión de realidad[37].

Volviendo al cotejo de Eça con el personaje de Gonçalo Mendes Ramires, sobre todo en lo tocante a su actividad literaria, hay que señalar que Gonçalo es, a diferencia de su creador, un novelista ocasional, que sólo a impulsos de su amigo Castanheiro se decide a escribir una novela, y que luego concibe su obra como un medio más de ganar popularidad de cara a las elecciones de diputado (si bien en el final abierto se menciona que ha reunido material para un futuro libro). La vecindad con Eça proviene de hechos como las irónicas alusiones al «sobreabuso de sus fuentes», que remiten a la acusación de plagio que pesó sobre la producción queirosiana tan temprana y reiteradamente[38]. También Gonçalo, como a veces le sucedió a Eça (*v. gr.,* con *La capital*), es en algún momento apremiado por el editor (Castanheiro), para que entregue el manuscrito comprometido. Perezoso en todas sus facetas, lo será igualmente en la creativa, y Eça parangona su actividad literaria con las labores de labranza: «Se esforzaba, empujando la pluma como lento arado en terreno pedregoso», dice hacia el final del capítulo primero; «Y siguiendo el armonioso surco del tío Duarte», en el capítulo V; o, en el capítulo X, cuando termina su novela: «Narrando así la sombría emboscada con el gimiente esfuerzo de quien empuña un arado por tierra pedregosa». Se trata de un viejísimo tópico (reformulado no sin dosis de ironía); de hecho la palabra *versum* en latín también significaba surco.

En otras ocasiones Eça acude a una metáfora de navegación: «Gonçalo rezongaba un “¡ya voy!” sin soltar la pluma, que avanzaba como quilla ligera en agua mansa […]»; «Y poniéndose la bata de trabajo, decidió amarrarse a la mesa, como un cautivo al remo»[39]. Asimismo compara la escritura con un arma de ataque, lo cual no deja de arrastrar una cierta degradación, puesto que Gonçalo lucha contra sus

adversarios con el simbólico acero de sus cobardes anónimos («¡Enterrar en el costado del señor gobernador civil mi buena pluma toledana, hasta el mango!»), mientras que los viejos Ramires enarbolaban armas auténticas. En cualquier caso, y en lo que respecta a la novela, Castanheiro propone a Gonçalo la pluma como alternativa a la espada para revitalizar el Portugal decimonónico[40]. Late el verso de Camões «n'ũa mão a pena e noutra a lança», y el anterior de nuestro Garcilaso, «tomando ora la espada, ora la pluma», que incorporan el tópico de la dicotomía entre las armas y las letras, tan fecundo en la literatura medieval y renacentista española. Gonçalo, además, acaba encarnando ambos órdenes, en el ideal clásico del par *sapientia et fortitudo* de cuyo venero bebe el lugar común «pluma y espada»[41], pues al final de la novela el personaje será a un tiempo vate de las gestas pretéritas y hacedor de las presentes.

Por otra parte, el Hidalgo de la Torre deja reducida a una breve historia lo que en Coimbra concibió como una gruesa novela de dos tomos, y en esto sí que se distancia absolutamente de Eça y sus tendencias amplificadoras, que muy a menudo convertían en largas novelas embriones de relatos más cortos (el famoso ejemplo de *Los Maia*). La propia *Casa de Ramires* experimentó un notable incremento respecto a sus iniciales proporciones.

Gonçalo opta por el episodio de su antepasado Tructesindo, acaecido en el siglo XII, porque un tío materno había dejado escrito un poema (afortunadamente muy poco difundido) sobre el asunto, y se había molestado ya él en hacer las labores de documentación, con lo que el sobrino se ahorrará esta tarea. Con la ayuda de Herculano, de *Salambô* y de las obras de Walter Scott, y de algunos relatos del *Panorama*[42], para realizar la gran novela histórica portuguesa a Gonçalo no le quedará más que coger *El castillo de Santa Ireneia* del tío Duarte y «trasladar las formas fluidas del romanticismo de 1846 a su prosa tersa y varonil»[43]. *La torre de don Ramires* es una parodia de la novela histórica sin dejar de ser, ella misma, una novela histórica, y en esta amalgama de homenaje y pastiche se asemeja no poco a *El Quijote*[44].

Sabemos por qué invoca Gonçalo, narrador segundo, la anécdota alfonsina, pero ¿por qué se decidió por ella Eça, el narrador primero? Como es sabido, en su juventud el novelista había criticado el género ultrarromántico del relato histórico en las conferencias del Casino[45], defendiendo que la materia de las novelas se tomara de la actualidad; y había protagonizado una polémica con Pinheiro Chagas sobre el tema del nacionalismo; la preocupación por conjugar pasado y presente no debe extraerse del contexto de las inquietudes de la Generación del 70[46], y las tesis de *Portugal contemporáneo* de Oliveira Martins parecen estar muy presentes en la composición de *La ilustre casa de Ramires*[47].

¿Es *La torre de don Ramires* la mejor de las ficciones históricas que proliferaron en Portugal entre finales del XIX y principios del XX (novelas y obras teatrales, de las

que abominaba el movimiento luso de prevanguardia de los orfistas), reconocida como modelo por más de un discípulo, o bien es una sátira de la novela histórica romántica a lo Walter Scott?[48] Las opiniones se dividen, probablemente porque el metarrelato sobre las andanzas de Tructesindo Ramires sea ambas cosas simultáneamente. Recordemos, por un lado, que ésta no era la primera tentativa de Eça de escribir una novela histórica: nos ha quedado el cuento «La catástrofe», vestigio posible de un relato de mayor fuste, *La batalla de Caia*[49]. De otro lado, el estilo campanudo y arcaizante de la obrita de Gonçalo, al tiempo que ironiza, permite a Eça experimentar con la lengua y dar cabida a un amplio bagaje de léxico específico sobre castillos, costumbres y vestuario medievales, que Carlos Reis y Maria do Rosário Milheiro exhuman del famoso «espolio» de Eça de Queirós[50], y que parecía destinado principalmente, sin duda, al taller de creación de *La ilustre casa de Ramires.*

¿Pero por qué la época de la Reconquista, y no otra? En la novela se menciona que el linaje de los Ramires, «por línea masculina y siempre pura», se remonta al siglo X, y es por tanto previo a la existencia del propio Portugal; antes bien, son los representantes de la casa de Ramires quienes con sus hechos de armas han contribuido a la creación de su patria en distintos momentos históricos. No es que los Ramires desciendan de estirpe de reyes, sino que los reyes portugueses descienden de la estirpe de los Ramires, como orgullosamente argumenta Gonçalo cuando Cavaleiro pretende pagarle su actitud de hermano complaciente influyendo ante el rey para conseguirle un título nobiliario.

António José Saraiva señala que: «Em cada momento decisivo e típico da história de Portugal se encontra un Ramires; até um deles, na batalha de Alcácer Kibir desaparece misteriosamente com D. Sebatião»[51]. De hecho el sebastianismo, o popular creencia mesiánica portuguesa de que el rey Don Sebastián no murió en la batalla de Alcazarquivir (1578), y que volverá como libertador[52], no puede tampoco perderse de vista en el marco de la crisis finisecular. Escribe M.ª Alicia Langa Laorga:

> En […] *La ilustre casa de Ramires*, la salvación de Gonçalo, su protagonista, se lleva a cabo mediante el recurso, ya conocido, de utilizar el mundo onírico como instrumento de aproximación entre dos épocas históricas muy alejadas en el tiempo y que contraponen sistemas de vida o corrientes de pensamiento totalmente diferentes, exaltando siempre el pasado frente al tiempo presente. Será, además, en ese divagar de la mente ensoñada cuando el alma de los antepasados, llena de virtudes ancestrales, penetre en el espíritu del vástago dormido que abandonará los decadentes hábitos de su existencia, una vez recibido el hálito vivificador, para proyectarse hacia empresas de futuro coronadas por el éxito. […] La clave del mensaje de *La ilustre casa de Ramires* está en el resurgir del Mesianismo, tan típico del alma latina que, en Portugal —desde el siglo XVI— tomará forma en un Sebastianismo, domeñado en las décadas positivistas del siglo XIX, pero floreciente de nuevo en los años conflictivos de fin de siglo. El mito sebástico será pues el que proporcione a Gonçalo —y, por tanto, a Portugal, siguiendo la ideología de la obra— las fuerzas necesarias para acometer un programa de resultados positivos. El racionalismo de los años 70 está ya muy lejano. Gonçalo […] busca su identidad perdida y la encuentra, precisamente, a través de la asimilación de su más remoto pasado, transformándose en vencedor[53].

Elena Losada, por ejemplo, en la primera de las ediciones que ha preparado de la obra, decía que la «elección de ese período de la historia de Portugal no es casual. Se trata del período anterior a la empresa de ultramar de la dinastía de Avís; por tanto, al período en que Portugal dejó de ocuparse de sí mismo para dispersarse en el colonialismo»[54]. Y sin embargo, la exaltación del glorioso pasado respecto al mezquino presente, que M.ª Alicia Langa ve meridiana, es más que matizable[55]. Por una parte, remontarse en el metarrelato (siglo XII) hasta sólo dos centurias después de los remotos orígenes de la dinastía, aunque sea una forma de subrayar la antigüedad de ésta, parece algo contradictorio con la tesis de que la salvación de la inercia viene propiciada por la marcha a África, pues en este sentido resultaría más coherente haber apelado a una gesta posterior de los navegantes lusos. La lectura de la novela como glorificación del pasado y elogio del colonialismo deviene bastante conflictiva, y luego volveré sobre ella. Entre los críticos que más insisten en el componente irónico de la historia de Tructesindo figura António Cirurgião, quien ya en 1969 llama la atención del lector acerca de la naturaleza de los hechos que dieron fama a este Ramires, «que entrou na história por ter manchado as mãos em sangue fraterno, pois a guerra em que adquiriu a celebridade (magra e triste celebridade!) foi uma guerra civil»[56].

¿Hasta qué punto fue siempre tan ilustre la ilustre casa de Ramires? A partir de Pedro II, la raza degenera a la par que la nación,

> e vemos então um Ramires dado às arruaças, adúltero e brigão; outro esbanjador e beato; outro alcoviteiro […] outro bobo e comilão; outro negociante de negros, que vem a morrer da cornada dum boi; outro herói do Mindelo e poeta lírico e, por fim, comido pelo reumatismo; e outro, o pai de Gonçalo, político oportunista e esbanjador de fortuna com concubinas baratas[57].

Todo el discurso de *La ilustre casa…* se halla profusamente exornado de ironía, pero acaso Cirurgião radicalice un tanto su postura. Es palmaria la relación directamente proporcional entre el honor de Tructesindo y el deshonor de Gonçalo, relación que avanza *in crescendo* hasta determinado punto en que los papeles se invierten.

La estructura de la obra

El relato segundo de *La ilustre casa de Ramires* se definiría en jerga narratológica como intradiegético, ya que la acción misma de integrarlo en el texto pertenece a la ficción del relato básico[58]. Dicho de otro modo, Gonçalo Mendes, protagonista en el primer grado, se torna cronista (creador a su vez de un nuevo narrador) en el estrato secundario. La novela cuenta el proceso de gestación de una obra literaria, y a veces los hechos de la historia núcleo interrumpen la redacción de los de la historia segunda (el escándalo de Relho el arrendatario, la llegada de Pereira, el anuncio de telegramas con parabienes); del mismo modo, el distinto estado de ánimo de Gonçalo, a veces

deprimido y a veces exultante, repercutirá en el estilo del discurso secundario.

Pero esta dialéctica entre ambos niveles comporta aún mayor magnitud en el sentido inverso, esto es, en el modo en que, como diría Bal, «la fábula intercalada explica y determina la básica […] La exposición influye en la narración básica». ¿Qué función desempeña la *mise en abîme*? Apelo a las palabras de Maria Helena Nery Garcez:

> Ora, o que é extremamente interessante de se constatar é o fato de ser a escrita da novela histórica a responsável por essa salvação da ilustre casa, em seu fidalgo, irmã, familiares e servidores. O relato dos feitos dos antepassados extraindoos do magma informe das memórias familiares, obrigou Gonçalo a um exame microscópico daquele passado, daqueles varões e de seus feitos. Como se poderia prever, tal mergulho no passado obrigou a personagem-narradora a um «insight» regenerador. Dessa forma, a ficção atuou como uma revelação do eu a si mesmo e como uma chamada a um reerguimento[59].

En el encuentro de Gonçalo con sus raíces, que galvaniza al héroe y lo propulsa a la acción, existen dos factores fundamentales: uno, ciertamente, es la escritura de la novela, como ha explicado Nery Garcez. Éste obra en forma discontinua. El segundo y más concluyente es el episodio singulativo del sueño en que los fantasmas de los Ramires visitan a su sucesor para insuflarle valentía.

¿Qué clase de narrador es el narrador primero, extradiegético (externo a la historia) y heterodiegético, puesto que se sirve de la tercera persona gramatical? En sus últimas obras (*La reliquia*, *La ciudad y las sierras*, *El conde Abranhos*, *La correspondencia de Fradique Mendes*), Eça había apelado a un narrador personaje, ya relator-protagonista en la primera y la última de las novelas citadas, ya relator-testigo en las otras dos. Sin embargo, el estatuto vocal corresponde nuevamente en *La ilustre casa…* a una instancia extrínseca, como en sus novelas iniciales (*El crimen del padre Amaro, El primo Basílio, Los Maia*), pero no se resucita en ella la omnisciencia que presidía en mayor o menor medida aquellas ficciones.

Distintas perspectivas conviven a menudo en el seno de una misma novela, por supuesto; mas, como señala Carlos Reis[60], en *La ilustre casa…* prevalece el punto de vista de Gonçalo Mendes Ramires, esto es, se asume una «visión con» o «interna» proveniente de este personaje[61]. La teoría de la narrativa ha hecho notar también que existen diferentes rangos focales aun cuando el prisma dependa de un solo individuo: el punto de vista *literal*, a través de los ojos de alguien; el *figurativo*, a través de la visión de mundo de alguien; y el *transferido*, desde la posición de interés de alguien, atendiendo a su provecho[62]. ¿Gonçalo en cuanto reflector cubre estas tres jerarquías? Por norma general la novela sólo cuenta los hechos que presencia o conoce Gonçalo, y en la medida en que éste los presencia o conoce, por lo que el protagonista se erige en focalizador perceptivo, literal; pero además la empatía hacia el Hidalgo que se quiere provocar en los lectores permite hablar de un punto de vista transferido y, al menos en apariencia, figurativo. Digo en apariencia porque la obra ha sido campo de enfrentadas interpretaciones y se me antoja peligroso establecer hasta qué punto la ideología que irradia el texto es asimilable sin más a la ideología del

protagonista.

Hay excepciones a la regla usual del narrador de transferir la información mediatizada por la perspectiva de Gonçalo. Escapan a esta ley los sumarios de la historia de la raza en los primeros capítulos, el final del capítulo penúltimo y, tras el paréntesis de cuatro años del Hidalgo en África, todo el capítulo epílogo; la focalización en el capítulo XII y final se torna caleidoscópica: primero es traspasada al personaje de Graça y a los elementos que ésta toma de una carta recibida de Maria Mendonça; después a los amigos que aguardan el regreso de Gonçalo.

Pero, aparte de un caso tan obvio, cabe rastrear otros momentos esporádicos en que la narración se ampara en la perspectiva de alguna otra figura[63]. Por ejemplo, cuando en el capítulo II, tras la copiosa cena en la taberna de Gago, el narrador se marcha a acompañar a Titó separándose momentáneamente de Gonçalo:

> [Titó] Con su enorme bastón bajo el brazo, aún llamó a Gago al sombrío fondo del estrecho salón para cuchichear sobre el embrollado negocio de la compra de una escopeta […] Y, cuando bajó la escalinata, encontró a la puerta de la taberna, en el amplio claro de luna que orlaba la calle adormecida, al Hidalgo de la Torre y a João Gouveia, bruscamente enzarzados en la disputa de costumbre sobre el gobernador civil de Oliveira…

Se omite una parte de esa disputa en la que participa el habitual reflector, Gonçalo, porque el punto de vista corresponde en esta ocasión a Titó, que no presencia la escena en su totalidad. Y como también repara Carlos Reis, Eça se decanta por una idealización múltiple para referir el climático momento, hacia la mitad de la novela, en que Gonçalo y Cavaleiro sellan su reconciliación apareciendo juntos en la ventana del Gobierno Civil. Aquí la primera perspectiva radica en Barrolo, el primo Mendonça y demás curiosos de Oliveira que escudriñan el balcón desde los soportales de la plaza; esta estrategia estimula la curiosidad del lector al vedarle el acceso directo al salón y silenciar las palabras cruzadas entre Gonçalo y Cavaleiro, que, lógicamente, los desocupados de la plaza no pueden oír. Sin embargo a renglón seguido se reinstaura la visión del Hidalgo y un breve *flash-back* dará cuenta puntual de todo lo acaecido momentos antes entre las paredes del Gobierno Civil, con lo que el episodio se nos ofrece dos veces, según dos ópticas distintas. La segunda evidentemente es la más completa, pero la anterior y colectiva, aunque muy parcial, y transgresora de la ley de perspectiva predominante en la obra, se justifica por la función que cumple de avivar expectativas y ponderar la anécdota. En el conjunto de la novela, la opción por una focalización interna subordinada a Gonçalo tendrá importantes repercusiones en cuanto a la *cantidad* de información explícita que el texto transmite al lector y en cuanto a las vías estilísticas que emplea para ello.

De cualquier modo, la llamativa disposición bipartita de *La ilustre casa de Ramires*, el paralelismo que enlaza sus dos ejes y la presencia en cada uno de ellos de una diferente categoría de narrador son, como he dicho, fenómenos muy evidentes, pero no tienen que hacernos olvidar otras dimensiones más sutiles del estudio

estructural de una novela cuyos integrantes se hallan admirablemente ensamblados[64]. Pienso por ejemplo en el uso inteligente y discreto de la recurrencia en el seno del relato primario, aplicado a veces a la coordenada simbólica. Si trazamos un recorrido algo más detallado del discurso de *La ilustre casa de Ramires* podremos más fácilmente analizar ciertos elementos relevantes en la sólida construcción de la novela:

Capítulo primero: El crítico António Cirurgião compara este primer segmento de *La ilustre casa…* con la «abertura de um ópera, por aí se encontrarem enunciados todos os grandes temas que depois virão a ser desenvolvidos em pormenor»[65]. Ciertamente, se trata de un capítulo-presentación. El joven aristócrata Gonçalo Mendes Ramires aparece en su heredad[66], trabajando en la escritura de su novela. Puede el Hidalgo tomar inspiración de la vieja Torre de los Ramires, que se ve desde la biblioteca. Rápidamente Eça introduce la historia de la estirpe de los Ramires desde sus orígenes, con la sucinta crónica de los hechos más destacados de sus representantes. En esta escueta enumeración de los varones de la casa (de aroma cuasi bíblico, aunque no exento de ironía) llega hasta el último vástago, Gonçalo, del que ofrece también una breve semblanza, centrada sobre todo en su peripecia estudiantil en Coimbra y en los acontecimientos que condujeron al encargo de la redacción de *La torre de don Ramires.* La idea surgió tras una primera obra de Gonçalo, *Doña Guiomar,* también sobre asuntos medievales: gustó al patriota editor Castanheiro, quien invita al Hidalgo a servirse de nuevo de su musa para cantar un tema genuinamente portugués, que tiempo después será destinado a una nueva publicación, *Anales de Literatura e Historia.*

El recurso, muy típico de Balzac, de hacer aparecer a los personajes en el tiempo de arranque del discurso de la novela, en su situación y espacio propios, y a partir de este punto trazar una parábola temporal para contar su prehistoria, es también característico de Eça de Queirós. Tal método, por otro lado, se adecua bien a las necesidades del decálogo naturalista de retrotraerse a la infancia y procedencia de los personajes en aras de estudiar la herencia y el medio; recordemos este tipo de saltos hacia atrás en *La Regenta* o *Los pazos de Ulloa.* Eça se había servido de la misma técnica, entre otras ocasiones, en *El crimen del padre Amaro* y en *El primo Basílio*[67]. El caso peculiar de *La ilustre casa de Ramires,* en este sentido, demanda no sólo el conocimiento del pasado del personaje, sino también el de su extensa progenie.

El primer capítulo de *La ilustre casa…* no contiene inserción alguna de *La torre de don Ramires,* pues Gonçalo aún no ha empezado a escribirla en este estadio del relato primero. Estructuralmente, sin embargo, la prehistoria del personaje y de su abolengo y la glosa de *Doña Guiomar* cumplen la misma función que realiza el metarrelato de la novela de Gonçalo en la mayoría de los capítulos. En lo temático,

porque se producen desplazamientos a un tiempo pretérito y a una obra literaria gestada por el personaje. En lo dispositivo, porque se interrumpe el decurso del relato matriz para adjuntar esta sección. En lo estilístico, porque el lenguaje que Eça de Queirós usa, ampuloso y grandilocuente, también es muy semejante al habitual en los fragmentos de *mise en abîme*. Como ya he dicho, no suele haber transición brusca de la relación primera a la segunda. Eça no abre comillas, ni guión, ni otros símbolos convencionales para indicar que se inicia el texto intradiegético. En el capítulo primero el trasvase de un narrador a otro se halla también desvaído; ambos discursos se funden en lo que podría conceptuarse un a modo de estilo indirecto libre de palabras no pronunciadas ni pensadas, sino escritas, engastado aquí por un verbo introductor (*se contaba*), que en otras oportunidades incluso se elide:

> […] presentó a Castanheiro, un domingo después del almuerzo, once cuartillas tituladas *Dona Guiomar.* En ellas se contaba la antiquísima historia de la castellana que, mientras lejos, en las guerras de ultramar, el castellano barbudo y ceñido de hierro arroja el hacha de armas a las puertas de Jerusalén, recibe ella en su cámara, con los brazos desnudos, una noche de mayo y luna, al paje de ensortijados cabellos…

Obsérvese, entre las maniobras que el pasaje tiene en común con *La torre de don Ramires,* el presente con valor histórico y las connotaciones de solemnidad que tal mecanismo imprime en el texto. El cierre de este capítulo, como el de casi todos en la novela, proporciona un final en punta y una pincelada de ironía: «humo» es la última palabra de la sección, y se aplica en un símil para hablar de los antepasados de Gonçalo.

Capítulo II: Asistimos ahora a la presentación de la pequeña corte de este noble moderno, que incluye a un consejero (el alcalde de Vila Clara, João Gouveia) y a un juglar (el cantor de fados Videirinha), además del amigo principal, António Vilalobos, alias Titó. Carlos Reis, argumentadamente, ha defendido la simetría entre algunos de los personajes que rodean a Gonçalo y los que luego surgirán en el microrrelato alrededor de Tructesindo:

> Gonçalo é, no presente, o chefe da família, sucedendo a idênticas funções desempenhadas por Tructesindo no passado; Gracinha é a vítima de «um bruto ultrage», tal como D. Violante (e, de certo modo, também Lourenço) o fora muitos anos antes, pela proposta de casamento e pela tentativa de rapto; André, o responsável pelo ultraje, encontra o seu correspondente em Lopo de Baião; João Gouveia, pela sua argúcia e pelo apoio que presta a Gonçalo, tem no estratega D. Garcia Viegas o seu modelo medieval. Em certos casos, acontece até que as afinidades psicológicas e de comportamento são confirmadas por semelhanças físicas: assim como Lopo de Baião, pela «beleza loura de fidalgo godo», era chamado o «Claro Sol», também André Cavaleiro seduz, com a sua cabeleira arrogante, os corações mais vulneráveis de Oliveira; e os traços fisionómicos de D. Garcia Viegas, «um velho esgalgado e ágil, de escuro carão rapado, com uns escuros olhos coruscantes», como que se projectam em João Gouveia, «um homem pequeno, muito escuro, muito seco», a quem nem faltam «os olhos espertos que revrilhavam»[68].

La nítida equivalencia semántica entre los antagonistas, Lopo *el Bastardo* y André Cavaleiro, obra por oposición en el rasgo más acusado del retrato físico: ambos

galanes serán muy atractivos, característica funcionalmente determinante para que conquisten a sendas damas Ramires, pero Lopo es rubio, genuinamente godo (de sobrenombre *Claro-Sol*), y André moreno, como los héroes románticos[69]. Gonçalo se burla repetida y contumazmente de la melena y los bigotazos negros del Don Juan de Oliveira, tanto en su conversación como en sus libelos, y lo tilda de caballo en fácil juego de palabras con el apellido predestinante del gobernador civil[70]. Tras la cena con sus camaradas, Gonçalo, un poco achispado, discute violentamente con Gouveia atacando a Cavaleiro. Los ánimos se templan pero los pensamientos del Hidalgo, transmitidos en indirecto libre, abren la espita a un nuevo *flash-back*, temáticamente complementario y estructuralmente paralelo al del capítulo anterior. Este salto atrás o analepsis explica el antiguo agravio entre el Hidalgo y André: como manda la invariante del motivo novelesco de la venganza y la enemistad, Gonçalo y André se criaron juntos y fueron los mejores amigos del mundo hasta que André abandona sin miramientos a Graça Ramires, la hermana del Hidalgo, con quien durante largo tiempo había mantenido relaciones. No contento con este insulto, a su regreso a Oliveira intenta volver a cortejar a la Ramires que despreció para esposa estando ella ya casada con Barrolo, y Gonçalo fuerza a su cuñado a romper todo trato social con Cavaleiro.

Entendemos ahora la vacilación focal de la escena en que Gonçalo riñe con Gouveia: es pertinente que el punto de vista parta de otro ángulo (Titó) para mantener el misterio sobre el odio de Gonçalo a André, del que se nos han ofrecido varias muestras pero cuyas razones ignoramos. Seguidamente, y tras asentarse de nuevo la focalización del protagonista, se especifican dichas razones junto con la prehistoria de las otras figuras importantes: el enemigo de Gonçalo, André; y la hermana y el cuñado del héroe, Maria da Graça y Barrolo. La técnica es pareja a la de la otra alteración del punto de vista, ya comentada, en el episodio del Gobierno Civil en el capítulo V. Como vemos, y en consonancia con los métodos de recurrencia que se hallan por doquier en la arquitectura de esta novela, la evocación del pasado de Gonçalo se escinde en dos partes: la primera tiene cabida en el capítulo primero (su pasado familiar y literario) y la siguiente en el II (su pasado personal).

Camino a casa, Videirinha, el moderno juglar, canta fragmentos del *Fado de los Ramires*, romance que compone a mayor gloria de la ilustre casa, basándose en algunas de sus más célebres leyendas. Se trata de un nuevo guiño metatextual, sustentado además en la misma materia —el pasado de los Ramires—, y de otro caso de geminación: la historia de la familia es narrada en prosa por Gonçalo (quien a su vez se basa en el tío Duarte) y en verso por Videirinha, en tanto que el mayorazgo de Cidadelhe, hermano de Titó, realiza labores de cronista (como en cierto modo también el padre Soeiro). Gonçalo relata asimismo a sus criados y deudos sus propias aventuras *presentes*[71], de las cuales se hacen eco igualmente diversos periódicos. Los versos del fado se erigen en *leitmotiv* (nunca mejor dicho, dado la procedencia musical del término) y aflorarán en distintos momentos a lo largo de la novela, si bien

dosificados con tino y sin una insistencia fatigosa.

El Hidalgo comienza a redactar su novela y así termina el capítulo.

Capítulo III: Tructesindo resuelve, contra todo consejo y contra su propio interés, mantener la palabra dada al rey y defender a las infantas. La redacción de tales hechos en el texto espejo se interrumpe en el principal por la llegada a la Torre de Pereira, pudiente brasileño que ofrece al Hidalgo por la explotación de sus tierras una renta mayor que la que éste había pactado con otro labriego, Casco (obsérvese que Tructesindo sienta a su mesa a Mendo Pais, amigo del rey Alfonso II, y Gonçalo al nuevo rico Pereira). Gonçalo, en ostensible discordancia con su antepasado, rompe su compromiso previo y arrienda la finca a Pereira. Este acto deshonroso, sin embargo, se equilibra con la inmediata inserción en el texto de varias muestras de la bonhomía de Gonçalo[72]. Aún está el Hidalgo reflexionando en el trato que acaba de cerrar, y al hilo de ello en los procedimientos de tortura usados por los Ramires medievales, cuando lanza un grito y arroja el «tomo-inspiración» de Walter Scott sobre el gato, que se disponía a cazar a unos pajaritos en su nido. A continuación sale a caballo a visitar a los Sanches Lucena, y ofrece ayuda generosamente a un mendigo harapiento que encuentra cerca de la puerta del diputado. Los Lucena no estaban en casa; Gonçalo continúa cabalgando y ve a un aparcero que va arrastrando una pierna herida. Sin una vacilación, tiene un gesto, le ofrece su montura y se transforma así en improvisado escudero de un campesino. De esta guisa se tropieza con Sanches Lucena y su mujer al llegar a la fuente de Bica-Santa. La descripción de la postura en que se halla doña Ana, con un lacayo a sus pies limpiándole las botas, condensa plásticamente el contraste entre Gonçalo y Ana que Eça quiere establecer, mediante una línea que va desde el criado arrodillado hasta la cintura de la muchacha:

> Y Gonçalo aún sostenía la yegua por el freno, como arriero servicial en un paso peligroso, cuando divisó, sentado en uno de los bancos de piedra, junto al caño, con una manta sobre las rodillas, al viejo Sanches Lucena. A su lado, el lacayo, agachado, restregaba con un puñado de hierba la botita que la bella doña Ana le tendía, recogiéndose el vestido de hilo crudo y apoyando la otra mano, sin guante, en el talle fino y flexible.

Simbólicamente, además, el guante blanco de Gonçalo queda manchado por la sangre del pie herido del campesino cuando ayuda a éste a montar. Durante su palique galante, los Lucena reparan en este hecho y Gonçalo se desprende de la prueba de su nobleza y la arroja al suelo mientras sigue departiendo con su afectada, advenediza, y, como luego descubriremos, inmoral interlocutora. El análisis de la escena de Bica-Santa no tiene desperdicio: al margen de esa dimensión simbólica, ofrece un buen ejemplo del barroquismo funcional de Eça al tiempo que contiene algunas manifestaciones estilísticas de su pericia como pintor de paisajes. La topografía se justifica argumentalmente porque Sanches Lucena muestra con el brazo, jactancioso, las tierras que le pertenecen. Algunas pinceladas se difuminan de modo netamente

impresionista:

> […] el aparatoso carruaje, con las manchas blancas de las redes de los caballos, se hundió en el silencio y en la penumbra de la carretera, bajo el frondoso ramaje de las hayas.

Estructuralmente, el episodio sirve para introducir y caracterizar a los presuntuosos Lucena, y aporta ya índices, a los que luego volveré, sobre un posible vínculo entre la mujer del diputado y el personaje de Titó, pues doña Ana interrumpe la conversación precisamente cuando su marido empieza a hablar de Vilalobos. El capítulo, de hecho, se cerrará con la misteriosa presencia en la Torre de una sombra que a Gonçalo le parece la del grandullón Vilalobos, quien en principio había declinado ir aquella noche a cenar; pero tras esta negativa Gonçalo esparció la falsa noticia de que doña Ana Lucena acudiría a su casa, y ello podría explicar, *a posteriori,* que Titó quisiese indagar sin ser visto.

Capítulo IV: Este segmento se localiza en Oliveira, adonde Gonçalo ha ido con motivo del cumpleaños de Graça; incorpora a nuevos personajes como la locuaz prima Maria Mendonça o el padre Soeiro, y describe el que es, junto con la Torre, otro de los escenarios precipuos de la novela: la casa de los Cunhais, hogar de Barrolo y Gracinha. Ya en este estadio del discurso no olvida Eça mencionar el famoso mirador del jardín, que constituirá el marco de la más climática acción de *La ilustre casa de Ramires.* Se trata de un capítulo en que abunda el diálogo y el narrador deja que sus criaturas se desvelen a sí mismas (predominio, pues, de la mimesis o *showing* sobre la diégesis o *telling*). Podemos atar un nuevo cabo en lo tocante al entendimiento entre Titó y doña Ana, ya que cuando el tema de los Lucena sale a colación Titó intenta eludirlo, igual que hiciera doña Ana en la situación inversa. También asistimos a la comparecencia del personaje binario de las hermanas Lousadas (no existe individuación entre ellas), personajes parcialmente elípticos en cuanto que nunca se presentan de forma directa en el discurso: en los pocos meses que abarca la peripecia de la obra no mantienen (o no se registra) ningún encuentro con Gonçalo, y en sintonía con la limitación del relator a la perspectiva de este personaje, los lectores tampoco las vemos. Sólo oímos hablar de ellas, puesto que Gonçalo las conoce (preponderancia por tanto de la diégesis en detrimento de la mimesis); las chismosas Lousadas visitan los Cunhais, pero únicamente las recibe Gracinha: Gonçalo, Barrolo y los otros hombres se escabullen, así que no se narra esta escena. Hay otros muchos personajes en *La ilustre casa…* que pertenecen a esta misma condición, algunos bastante más secundarios y funcionalmente menos operativos que las Lousadas, pero cuya mera existencia y mención contribuye a completar el micromundo de la novela y aviva la impresión de realismo. Se me ocurren, por ejemplo, la tía Arminda Nunes, el mayorazgo de Cidadelhe o (en gran medida) Manuel Duarte[73]. A algunos de ellos sí los ve Gonçalo más de una vez

durante el tiempo de la historia, pero el narrador no describe su actuación. Ciertas figuras, que se introducen mediante tales mecanismos y que parecen destinadas a esta categoría, a veces acaban surgiendo en alguna escena esporádica: el doctor Julio, contrincante de Gonçalo en las elecciones, que se cruza con él en el camino durante la campaña electoral.

Toda la sección IV transcurre en la calurosa Oliveira, no en la Torre, y el alejamiento de Gonçalo de los escenarios en que se movía Tructesindo se traduce en la ausencia de fragmentos de la gesta medieval. El alternar algún capítulo en el que no haya *mise en abîme* supone una suerte de *variatio* dispositiva y evita la que habría sido una construcción excesivamente monótona. La simetría estructural, por su parte, se conserva aquí mediante otro género de escrito que elabora también el protagonista, ya hacia al final del capítulo: un artículo difamatorio contra Cavaleiro, que firma bajo pseudónimo en cobarde actitud nada ramiresca y que difundirá a través del periódico regeneracionista, la *Gazeta do Porto*. En él acusa a su enemigo de prevaricar en su cargo y de haber trasladado al Alentejo a un probo funcionario sólo porque su hermana se había resistido a los asedios amorosos de André. El desenlace del capítulo es sobremanera irónico, pues cuando Gonçalo participa a su cuñado estos rumores que a él le han contado sobre Cavaleiro, responde Barrolo:

> […] ¡Esa hermana de Noronha es una mujer soberbia! Ahora, lo que no me creo es que se haya mostrado arisca. ¿Con Cavaleiro, un hombre tan guapo y gobernador civil?… No me lo creo. ¡Cavaleiro ha saboreado ese fruto!
>
> Y con las mejillas relucientes de admiración:
>
> —¡Qué granuja! ¡Para caballos y mujeres no hay otro igual en Oliveira!

El incauto marido, incapaz de sospechar lo que ocurre en su casa ante sus propios ojos (ni aun cuando, más tarde, reciba un anónimo), es perfectamente clarividente cuando la relación de Cavaleiro afecta a otra mujer, y emite así esta veraz sentencia sobre los poderes de seducción del gobernador civil.

Capítulo V: Comienza con la huida de Gonçalo de Oliveira en prevención de alguna posible respuesta de Cavaleiro por el libelo. Tiene lugar el primer encuentro con el matón de Nacejas, en que el Hidalgo se intimida. Gonçalo recupera la redacción de su novela tras recibir una carta del editor y narra cómo Tructesindo rehúsa la propuesta de matrimonio de don Lopo con Violante. *El Bastardo* intenta entonces raptar a su amada, pero fracasa. Se cuenta la batalla de Canta-Pedra y la captura de Lourenço Ramires por los hombres de Lopo. Nótese, en el *incipit* de las dos historias, la axial y la secundaria, la muy distinta catadura del traidor y cínico Cavaleiro frente al comportamiento de Lopo de Baião. Ambos deuteragonistas son poderosos, pero socialmente inferiores a los Ramires: Lopo, por su condición de bastardo; Cavaleiro por pertenecer a un linaje de mucho menos abolengo[74].

Sin embargo, aunque los dos obtienen correspondencia por parte de doña Violante y de Maria da Graça, su actitud es muy distinta, pues Lopo apela a los más honorables medios para acercarse a la Ramires que ama. Su tío, el mayorazgo de los Baião, pide la mano de doña Violante en matrimonio para Lopo, «ofreciendo avenencias casi sumisas de alianza y de dulce paz» que unan los dos linajes enfrentados[75]. Tructesindo rechaza orgullosamente la petición y será sólo entonces cuando *Claro-Sol* recurra al intento de rapto y a la venganza. Estas dispares soluciones miden el abismo que se ha abierto entre los Ramires del Portugal bragantino y los alfonsinos, pues mientras que los primeros desean emparentar con el acaudalado Cavaleiro, de inferior rango, sus antepasados desdeñan afrentosamente un enlace conciliador con Lopo; pero, por otro lado, también este desequilibrio patentiza el distinto talante de Gonçalo, que tiene verdaderos motivos para sentirse ofendido por Cavaleiro, y el del belicoso Tructesindo, a quien podría considerarse, en cierto modo, el primer culpable de abrir las hostilidades con los Baião (si bien, no lo olvidemos, Lopo es perdonado en una primera ocasión).

En el plano del presente, Gonçalo tiene un altercado con Casco, que le acusa de no haber cumplido su palabra y le amenaza. Aterrorizado, el Hidalgo vuela a la Torre. Se produce la muerte de Sanches Lucena, hecho catalizador de importantes consecuencias en el desarrollo de la historia, puesto que deja vacante el escaño de diputado de Vila Clara y viuda y libre a la riquísima doña Ana, puestos ambos que puede ambicionar el Hidalgo. Gonçalo toma dos decisiones vergonzosas: la primera, ejercer su influencia cerca de Gouveia para que metan en la cárcel al infeliz Casco; la segunda y fundamental (que le aconseja el propio alcalde), abandonar el partido regeneracionista en cuyas filas ha militado hasta entonces y rebajarse a solicitar la ayuda de Cavaleiro para concurrir a las elecciones con los históricos. Se dirige al Gobierno Civil a entrevistarse con Cavaleiro en el cardinal episodio en que ya antes me he detenido.

El protagonista, como vemos, periclita en este capítulo en una caída cada vez más acusada, aunque todavía no ha tocado fondo. Aumentan la gravedad y número de sus bajezas, que parecen superponerse una a otra en una celeridad de vorágine: huye de Cavaleiro, huye de Ernesto de Nacejas, huye de Casco, se venga de Casco (que además tenía razón), traiciona a su partido y claudica ante Cavaleiro por el acta de diputado. Tal cúmulo de mezquindades, no obstante, es mitigado también en este momento por otros impulsos de nobleza: la mujer de Casco acude a la Torre con sus hijos (uno de ellos enfermo) para impetrar clemencia para el marido, y como era de prever Gonçalo cede rápidamente y promete excarcelar a Casco. Ocurre esto en una noche de lluvia y Gonçalo, apiadado, insiste en que el niño febril se quede a dormir allí y lo arropa él mismo en el lecho que le preparan, en un cuarto simbólicamente presidido por los retratos de dos insignes Ramires, un obispo y un caballero de la orden de Malta.

Antes aún de cerrarse el capítulo Gonçalo recibe un anónimo, cuya paternidad no

duda en atribuir a las malignas Lousadas. Toda la ironía de que Eça de Queirós era capaz, y esto es decir mucho, parece haberse vertido en la breve nota donde las Lousadas se mofan del hermano complaciente de Gracinha Ramires, que ha abierto las puertas de los Cunhais al gobernador civil ahorrándole tantas rondas a caballo alrededor del palacio (acaso una objeción: ¿es creíble que tan astuto documento supuestamente proceda de personas incultas que escriben con faltas de ortografía?). Este elemento, lógicamente, desempeña la función de evaporar cualquier sofisma con que Gonçalo quisiera engañarse sobre las intenciones de Cavaleiro, que no son suspicacias de una mente pundonorosa, sino hechos claros como la luz del día a la vista de cualquiera. Gonçalo cena con sus amigos en la Torre de Santa Ireneia, expediente argumental para que Videira pueda entonar el *Fado de los Ramires* y ponga así colofón a este capítulo, en que el Hidalgo resuelve venderse, con los más emblemáticos versos de la composición:

> ¡Vieja casa de Ramires,
> Honra y flor de Portugal!

Capítulo VI: Es otro de los segmentos en que no se interpola ninguna sección de la novela de Gonçalo, el cual estando en Oliveira posterga toda su actividad literaria. Se desarrolla íntegramente fuera del legendario paisaje de las aventuras medievales: Gonçalo visita a Cavaleiro en su finca de Corinde, donde algunos síntomas confirman la verdadera naturaleza deshonesta y los aviesos proyectos del gobernador civil. Ni el Hidalgo, pese a estar ávido de borrar sus prevenciones, deja de apercibirse, en su innata caballerosidad, de la desconsideración con que André hace esperar a un funcionario que ha solicitado audiencia. Cínicamente, en el jardín, André escoge para el futuro diputado una «rosa triunfal» y para él un «capullo inocente», y lanza incluso alguna velada amenaza sobre el desamparo político en que quedaría Gonçalo si perdiese su tutela (no olvidemos que hay incluso un precedente sobre cómo se las gasta Cavaleiro con los hermanos de las damas remisas, el caso Noronha):

> —¡Oh! ¡Si murieses para el distrito! —atajó Cavaleiro riendo—. Por ejemplo, si nos enfadásemos, si mañana surgiese entre nosotros alguna disidencia… ¡En fin, lo imposible!

Luego ambos jóvenes rubrican su renovada amistad entrando juntos a caballo en Oliveira. La montura del taimado André, metafóricamente, será de color negro. Esa noche se sirve en los Cunhais una cena a la que ya asiste Cavaleiro en calidad de invitado de honor. Eça se detiene, en este como en los demás ágapes, en la enumeración prolija de los platos[76]. Para validar la sensación de verosimilitud de lo narrado resulta muy eficaz el recurso al pormenor en la gastronomía, típicamente portuguesa, o en otros aspectos tales como el mobiliario y los trajes[77]. Eça es habilísimo en la creación de una magnífica hueste realista de personajes secundarios

y en la pintura morosa de ese tipo de pinceladas ambientales o de *atrezzo* que confieren viveza al escenario: por ejemplo, las varias referencias al calor de Oliveira o el proveer de un nombre concreto a muchos espacios (la pastelería de las Matildes, la iglesia de las Mónicas, la pañería Ramos). Los mundos de Eça son mundos que se pueden tocar.

El novelista clausura el capítulo con una escena de sangrante ironía situacional, en la que el candidato a marido burlado celebra su propia desgracia. Cavaleiro baila con Gracinha en el salón de Barrolo igual que la Regenta bailó en el Casino con don Álvaro ante la aquiescencia complaciente del esposo. El efecto expresivo del texto hace gratuita cualquier glosa:

> Giraban, enlazados. De los labios de Cavaleiro brotaba una sonrisa, un susurro. Gracinha jadeaba, mientras sus zapatos de charol brillaban bajo la falda que se enrollaba en los pantalones de Cavaleiro. Y Barrolo, extasiado, cuando ellos lo rozaban, daba palmas cariñosas y gritaba:
>
> —¡Bravo! ¡Bravo! ¡Estupendamente!… ¡Bravísimo![78]

Capítulo VII: Casco acude a la Torre de Santa Ireneia a pedir disculpas y dar gracias al Hidalgo. Éste inicia sus primeros pasos para ganarse a los electores, en un procedimiento que ciertamente es ínsito a cualquier proceso electoral, pero que en el texto está presentado con ponderación de las concesiones humillantes:

> Gonçalo conocía a esos señores, hombres con posesiones y dinero —con todos ellos había estado endeudado su padre en otros tiempos—, pero nunca había visto al vizconde de Rio-Manso […]
>
> El alcalde dudó:
>
> —Usted no necesita ninguna carta… ¡Qué diablos! ¡Usted es el Hidalgo de la Torre! Llega, entra y habla… Además, en las pasadas elecciones Rio-Manso ayudó a los otros, a los regeneradores, de manera que estamos un poco tirantes. Rio-Manso es un testarudo… ¡Pero, en efecto, Gonçalinho, conviene comenzar esa caza de popularidad!
>
> Aquella noche, en el casino, el Hidalgo, iniciando la «caza de popularidad», aceptó una invitación del comendador Romão Barros —del pelma, del grotesco Barros—, para el banquete fastuoso con el que celebraba en su quinta de la Roqueira la fiesta de São Romão. Y aquella semana entera y la siguiente, las pasó así en Vila Clara, animando a los electores, hasta el extremo de haber llegado a comprar unas horrendas camisas de algodón en la tienda de Ramos, haber encargado un saco de café en la de comestibles de Telo, haber ofrecido el brazo en el Largo do Chafariz a la horrible mujer del borrachísimo Marques Rosendo, y de haber frecuentado, con el sombrero echado hacia atrás, el billar de la Rua das Pretas.

Mientras el Hidalgo recorre la comarca recabando votos, adviene un nuevo encuentro con el matón de Nacejas, que vuelve a mirarle provocativamente. La casamentera Maria Mendonça escribe una carta a Gonçalo sugiriéndole sesgadamente una cita con la flamante viuda de Sanches Lucena, y el protagonista empieza a plantearse la posibilidad de casarse con ella. Se trata de bajar un peldaño más en la escala por la que Gonçalo va descendiendo. Si en lo político se ha vendido ya a Cavaleiro, en lo referente al matrimonio está barajando la posibilidad de venderse asimismo a la fortuna de la ordinaria doña Ana. Obsérvense la economía y cohesión estructural: los dos planos se han aleado perfectamente por medio de un mismo acontecimiento, la muerte de Sanches Lucena, que abrió ambas opciones.

Gonçalo empieza a investigar disimuladamente sobre doña Ana; pide informes a Gouveia y Videira, y todas las fuentes parecen coincidir en que se la considera una mujer muy honrada. El Hidalgo tiene un encuentro con su prima Maria y con la viudita en el romántico escenario de las ruinas de Craquede, donde reposan los restos de los antiguos Ramires. Cuando queda solo, a la caída de la tarde, recordando una leyenda fantasmagórica asociada al lugar, siente un escalofrío de miedo y escapa al galope. El capítulo se cierra así con una nueva huida del héroe, en esta grotesca oportunidad inspirada por temores casi pueriles.

Capítulo VIII: Una carta de Castanheiro manifestando impaciencia galvaniza de nuevo la labor creadora de Gonçalo, totalmente preterida en el capítulo anterior en beneficio de su intensa actividad política, de sus proyectos matrimoniales y de su galanteo a doña Ana. Nos hallamos aproximadamente en el ecuador de la novela, y como ya se ha consignado, el texto ha ido sumando hasta aquí gradativamente baldones deshonrosos al proceso de abyección del protagonista, que alcanzarán su inflexión máxima en las afrentas infligidas que se narran en la segunda mitad de este mismo capítulo. Es el estratégico lugar que Eça escoge, tras una larga interrupción del metarrelato, para reanudar éste con su más heroico episodio. *El Bastardo* ha apresado a Lourenço Ramires y amenaza con matarlo si Tructesindo no se aviene a concederle la mano de doña Violante. Tructesindo se niega a doblegarse, anteponiendo su dignidad al instinto paternal, y paga su honor con la vida de su hijo (es el fecundo motivo que informa el hecho histórico-legendario de Guzmán el Bueno en la defensa de Tarifa, luego repetido en la Guerra Civil con el general Moscardó en el sitio de Toledo).

Después de recibir una visita del rico vizconde de Rio-Manso, Gonçalo decide ir a Oliveira. Encuentra vacía y silenciosa la casa de su hermana, se encamina al mirador del jardín y oye dentro de él en susurros las voces de la inocente Gracinha y de Cavaleiro, que está tratando de seducirla. El final se resuelve en una nueva y vergonzosa fuga del anonadado Hidalgo.

El cuidado con que prepara Eça los elementos de la puesta en escena revela su interés por potenciar el suspense y así encarecer formalmente la relevancia del episodio. La atmósfera tranquila de los Cunhais y la ausencia de sus dueños parece preñada de sospechas, como la limpia y ordenada casita del ama Carlota cuando Amaro llega a ella temiendo que se haya perpetrado allí el asesinato de su hijo recién nacido[79].

La narración del episodio se ciñe a la percepción exclusivamente auditiva de Gonçalo, y dicha técnica lo hermana con otras anécdotas de adulterio en que Eça elige una perspectiva que no es la de ninguno de los amantes, aunque sí la del personaje que más interesado pueda hallarse en la relación adulterina: en el caso de *Alves & Compañía* el marido, que sorprende *in fraganti* a la esposa infiel; en *El*

primo Basílio la criada Juliana, cuyo conocimiento de los hechos posibilitará el chantaje a que luego somete a Luísa, motivo conspicuo en la novela; en *La ilustre casa de Ramires* el hermano y jefe de la casa, que con su ligereza ha propiciado este agravio al honor familiar. Juliana, espiando a la puerta de la sala el primer encuentro entre su ama y Basílio, oye igual que Gonçalo algo de lo que pasa entre los amantes, pero no lo puede ver, lo cual redunda en ambas oportunidades en un incremento de la expectación (y en cierto modo, del morbo) anexo a contenidos de índole sexual[80].

Capítulo IX: Constituye, tanto en el relato básico como en la *mise en abîme,* un capítulo de transición, que intensifica los efectos logrados en el capítulo previo. Gonçalo evita regresar a Oliveira y reflexiona sobre su culpabilidad en pasajes que se nos transmiten en estilo indirecto libre. Con desgana vuelve a su novela para ocuparse de una secuencia de enlace: Tructesindo, con su consejero don Garcia Viegas, *el Sabedor,* se une a su aliado don Pedro de Vargas, *el Castellano,* para emprender la búsqueda de *Claro-Sol, el Bastardo,* que ha matado a Lourenço Ramires. En el retorno a la historia medular, Gonçalo mantiene una conversación con la prima Maria, su nexo con doña Ana, y se produce el descubrimiento de la fusta, antigua arma de los Ramires que el criado Bento saca del desván («¡Pasa a ser mi látigo de guerra!», exclamará Gonçalo). Cena en la Torre con sus amigos y el término de la velada le reserva un nuevo golpe: Titó le asegura que doña Ana Lucena, la mujer con la que piensa casarse, tuvo un amante en vida de su anterior marido. Esta revelación supone el corolario del capítulo, que termina al son del *Fado dos Ramires* entonado por Videirinha. Huelga subrayar la correspondencia entre el desenlace de los capítulos VIII y IX, que descubren respectivamente el adulterio de Graça y el de Ana, la hermana y la pretendida novia del Hidalgo. No hay en esta ocasión *crescendo,* pues la caída de Gracinha, de la que él en parte ha sido instigador, afecta a Gonçalo mucho más profundamente que la de una mujer con la que aún no se había comprometido y a la que ni siquiera amaba. Eça realza más el adulterio de la hermana, portadora de sangre Ramires, situándolo en una posición preferente muy centrada en el discurso. Lo que hará el desengaño acerca de la viuda es añadir una gota más al cáliz de heces que Gonçalo está apurando.

Capítulo X: La obertura de este capítulo, paralela a la del anterior, permite hablar de una a modo de trabazón concatenada: son simétricos el final del V y el del VI (sentencias de Barrolo), el comienzo del V (huida de Oliveira) y el final del VII (huida de las ruinas) y del VIII (huida de los Cunhais); el término del VIII (adulterio de Graça) y del IX (adulterio de Ana), y el *incipit* del IX y del X (tristes meditaciones del héroe). Gonçalo, deprimido, dolorosamente consciente de su vergüenza, evoca con amargura los versos que actúan de irónico *leitmotiv (¡Vieja casa de Ramires, / Honra y flor de*

Portugal!) analizando las frustraciones de su vida. La humillación del último representante de los Ramires ha llegado al punto más bajo, y será a partir de este instante cuando Gonçalo comience a levantarse y en contraste Tructesindo descienda de su pedestal de perfecciones. El elemento que marca la transformación del protagonista es el sueño en que sus antepasados le visitan y le infunden el ímpetu que le ha faltado hasta entonces: «¡Oh nieto, toma nuestras armas y vence a la suerte adversa!», susurran a su vástago en las tinieblas de la noche los espíritus de los Ramires. En la fantasmagórica escena, bien ornamentada de mallas, arneses y brocados, no debe obviarse la síntesis de lo espectral con los ingredientes humorísticos, como la anáfora en la interpelación de los abuelitos: «¡Nieto, amado nieto…!». Nótese que entre estos ancestros redivivos oníricamente por Gonçalo no figura Tructesindo.

Sacudida la pereza, y recobrado —o adquirido— el valor, a la mañana siguiente Gonçalo empieza ya por rebelarse contra el influjo de Bento sobre él, aunque se arrepiente inmediatamente de lo que en su repulsa haya podido haber de despotismo. Sale a caballo, se dispone a visitar a Rio-Manso, y en el camino se topa por tercera vez con el matón de Nacejas, que lo provoca, insultando además el apellido Ramires. Gonçalo le hace frente con el viejo látigo y triunfa sobre él. No le provoca daños graves, pero castiga su bravuconería dejándole desfigurado. A su regreso a la Torre encuentra allí a Barrolo y Gracinha, extrañados de su prolongada ausencia de los Cunhais. Barrolo muestra a su cuñado un anónimo, sin duda de las Lousadas, que versa sobre la relación entre Cavaleiro y Gracinha. Gonçalo tiene una explicación a solas con su hermana. Sigue escribiendo la novela (Tructesindo, don Pedro de Castro y don Garcia persiguen al *Bastardo*), pero es interrumpido por telegramas de felicitación por su hazaña. Esa noche va al casino, rehúsa un nuevo encuentro con doña Ana y, bañado por la gloria de los recientes acontecimientos, emprende la redacción del último segmento de *La torre de don Ramires.* No vamos a asistir, como sancionarían los cánones épicos, a un combate singular entre Tructesindo y Lopo del que aquél resulte vencedor. Antes bien el texto acentúa los actos de rapiña perpetrados por el bando vencedor, y capturado el *Bastardo,* a propuesta de don Garcia, Tructesindo se cobra una bárbara venganza: el cuerpo del enemigo es dado como pasto a las sanguijuelas para que lo devoren lentamente; la pluma de Gonçalo, haciendo justicia a la importancia del pasaje, se demora morosa en él, aunque el sensible cronista «lamentaba que su antepasado Tructesindo no hubiese matado antes al Bastardo, en el fragor de la lucha, con una de aquellas maravillosas cuchilladas, tan gratas de celebrar, que parten al caballero y luego al caballo, entrando a formar parte de la historia para siempre». Un poco antes se nos había dicho que Gonçalo, tras vencer al valentón de Nacejas y a su esbirro, que intentó atacarle con un arma, «pidió generosamente “que no se procediese contra aquellos bandidos”…». Por oposición en el paralelismo semántico, este rasgo emula con la grandeza de Gonçalo la barbarie vengativa de Tructesindo, y leeremos en el segmento siguiente:

Explíqueselo bien al señor João Gouveia… Detesto las venganzas. No entran en mis costumbres ni en las de mi familia. Jamás existió un Ramires que se vengase… Quiero decir, sí hubo alguno, pero…

En pro de la variación estructural, mientras que otros capítulos no integran ninguna secuencia de la *mise en abîme,* el capítulo X comprende dos.

Capítulo XI: En este punto, en cambio, el Hidalgo ha acabado su novela, y los dos capítulos que quedan estarán en consecuencia ayunos de incursiones del relato en segundo grado. En la sección previa Gonçalo, impulsado por los ánimos que le presta el pensamiento en su ínclita progenie y empuñando el arma-talismán, cobra la cuenta pendiente con Ernesto de Nacejas, personificación de sus temores. Pero si bien ha recuperado el brío, para rehabilitarse en todos los órdenes necesita ante todo recuperar la dignidad. En una disposición semiquiasmática el círculo empezó a cerrarse por el último factor que había contribuido a la degradación de Gonçalo y el de menor relevancia, su abortado *affaire* con doña Ana, y en el capítulo X el Hidalgo descarta este matrimonio de interés y no por las prevenciones sociales que tenía contra la oscura prosapia de la novia, sino por un motivo de íntima honorabilidad. En el capítulo XI, en progresión, romperá elegantemente el más ignominioso lazo de oprobio al que se había uncido, y es el que le une a Cavaleiro. El Hidalgo desprecia sus favores cuando Cavaleiro maniobra para procurarle un título nobiliario, y tras ganar las elecciones (cosa que con su popularidad hubiera conseguido también sin la protección de André), da el paso definitivo: ocupa apenas tres meses el ansiado puesto por el que tanto se humilló y renuncia al acta para emprender la aventura africana.

A partir del momento en que Gonçalo obtiene la aplastante victoria en las elecciones desaparece el punto de vista interno en que hasta entonces se había sustentado el discurso. La vida del Hidalgo como diputado en Lisboa y la decisión de partir a África son transmitidas por un narrador que permanece en la comarca en lugar de acompañar al héroe a la capital, no tiene acceso a sus pensamientos y no parece poseer otras fuentes de información que las noticias mediatas que llegan desde Lisboa a través de revistas o cartas.

En Vila Clara, en el casino, João Gouveia ya se encogía de hombros murmurando: «¡Se ha convertido en un dandi!». Pero, a finales de abril, una noticia alborotó de repente Vila Clara, asombró en la tranquila Oliveira a los muchachos del club y de la Arcada, trastornó tan inesperadamente a Gracinha —por entonces en Amarante con Barrolo— que aquella misma noche salieron precipitadamente hacia Lisboa, y en la Torre hizo desplomarse a Rosa sobre un banco de piedra de la cocina, deshecha en lágrimas, sin comprender, gimiendo:

—¡Ay, mi niño querido, mi niño querido, que ya no lo vuelvo a ver!

Gonçalo Mendes Ramires, silenciosa y casi misteriosamente, había logrado la concesión de un extenso terreno de Macheque, en el Zambeze, había hipotecado su histórica quinta de Treixedo, y se había embarcado para África a principios de junio en el paquebote *Portugal*, acompañado por Bento.

En consonancia con esta nueva focalización se acelera enormemente el *tempo* del

discurso. Mientras que casi once capítulos han abordado cuatro meses (de junio a otoño), en apenas una página se resumen los tres meses de Gonçalo como diputado (de enero a abril). El lapso intermedio entre octubre y diciembre está solapado en el texto. También en cuanto a los cuatro años transcurridos en África cabe hablar de elipsis más que de silepsis.

Capítulo XII: La incoación contiene una referencia explícita al largo período temporal elidido («Sobre la vieja torre pasaron cuatro años rápidos […]»), algunas de cuyas lagunas se rellenan con recuerdos de Gracinha o mediante el recurso a la carta de Maria Mendonça, pero sin que vuelva a comparecer nunca el punto de vista de Gonçalo. Es lógicamente la omisión de tal perspectiva la que ha propiciado la elipsis espacial y en sintonía la temporal (no estamos en África con el Hidalgo en esa etapa). La alteración del foco influye grandemente en la ambigüedad del desenlace, coadyuva a la vaguedad del final abierto (¿tiene o no tiene Gonçalo intenciones de casarse con Rosinha Rio-Manso?) y ha generado interpretaciones diversas sobre las causas que impelen al Hidalgo a marcharse a África. De hecho, la novela concluye con la conversación que mantienen en la Torre los amigos —Titó, el alcalde, el padre Soeiro, Videirinha—, *antes* de que regrese Gonçalo. Obedeciendo a su habitual tendencia a los finales en punta, muy marcados, Eça reserva para esta oportunidad la declaración explícita de una metáfora que ha irrigado toda la novela: la identidad entre Gonçalo y Portugal, manifiesta por boca del personaje de João Gouveia:

> —Tal vez se rían. Pero yo sostengo la semejanza. Ese todo de Gonçalo, la franqueza, la dulzura, la bondad […] La generosidad, la despreocupación, la constante confusión en los negocios, los sentimientos muy honrosos, unos escrúpulos casi pueriles… ¿no es así?… La imaginación que lo lleva siempre a exagerar hasta la mentira, y, al mismo tiempo, un espíritu práctico, atento siempre a la realidad útil. […] La vanidad, el gusto por emperifollarse, por lucirse, y una sencillez tan grande que es capaz de dar la mano a un mendigo en la calle… Un fondo de melancolía, a pesar de ser tan parlanchín, tan sociable. La terrible falta de confianza en sí mismo, que lo hace acobardarse, amilanarse, hasta que un día se decide y surge el héroe que lo arrasa todo… Hasta esa antigüedad de su estirpe, aquí unida a su vieja Torre, hace mil años… Incluso recientemente aquel arranque de marcharse a África… Así, todo entero, con lo bueno y con lo malo, ¿saben ustedes a quién me recuerda?
>
> —¿A quién?
>
> —A Portugal.

Sobre la exégesis de este muy discutido pasaje, al que ya el texto sólo añade un breve párrafo, volveré más adelante. Estructuralmente conviene ahora comentar que si Eça propende al acabado enfático hasta en los cierres de cada uno de los capítulos, como he ido señalado, esta inclinación se acentuará aún más, por supuesto, en el cierre del discurso completo, y ello ha sido observado sobre todo en lo que atañe a *El crimen del padre Amaro* y a *El primo Basílio.* En la primera de las novelas, como en *La ilustre casa…*, Eça hace trascender la anécdota individual a una visión simbólica de lo portugués, que en este caso recala en la involución nacional. Choca violentamente la tragedia de Amélia y su hijo con la imagen de los tres personajes corruptos, que la

semiótica del espacio coloca a los pies del insigne Camões y de sus añorados tiempos:

> El hombre de estado y los dos hombres de religión, a los pies del monumento de Camoens, con la cabeza erguida, gozaban seguros de la grandeza y la gloria de su país, bajo la mirada fría del viejo poeta, erecto, noble, con sus anchos hombros de caballero fuerte, la epopeya en el corazón, la espada segura, rodeado de cronistas y poetas heroicos de la antigua patria, ¡patria para siempre pasada, memoria casi perdida![81]

En *El primo Basílio,* por su parte, se incide en la impunidad en que queda Basílio (al igual que Amaro) tras la muerte y la desdicha de que ha sido causante. Desde un punto de vista prenaturalista tales clausuras podrían leerse como insistencia sobre la trama como fragmento de vida que nada ha alterado, al menos en la sociedad en su conjunto ni en la existencia del sacerdote ni en la del Don Juan, y también, desde luego, como refrendo machacón y dogmático de la tesis de la novela[82].

Al hilo de esta sinopsis formal y temática han surgido ya muchas alusiones a la coherencia del armazón constructivo de la obra, pero merece la pena ahondar en tal aspecto. Eça de Queirós no dejaba cabos sueltos en *La ilustre casa de Ramires;* ninguna información parece resultar superflua. A menudo constituyentes que en un principio hubiéramos catalogado de motivos libres o de rasgos revelan, al avanzar el discurso, su condición de motivos asociados[83], su pertenencia a una urdimbre muy barroca, del tipo de las que propugnaba Chejov en su célebre ejemplo (si un relato comienza con la descripción minuciosa de un clavo, el protagonista debe terminar colgándose de ese clavo). Muchos de los elementos de la novela de Eça son funcionales en algún grado, o bien porque provocan y condicionan acontecimientos o porque se entretejen con otros, y sirven entonces de pauta prospectiva o de recordatorio. No en vano para Jakobson el criterio de literariedad recalaba en el fenómeno de la recurrencia, y los mecanismos recurrentes en la gramática de la novela son menos ostensibles, pero no menos operativos que en la lírica.

Aparte del ya comentado *leitmotiv* del fado, allego un breve recuento de algunos ingredientes que se reiteran: en dos ocasiones escribe Gonçalo artículos contra André y los firma con el nombre de *Juvenal*, que ya usara su padre (duplicación sobre duplicación), en la *Gazeta do Porto.* Lo hizo en su quinto año de estancia en Coimbra (cap. primero) y vuelve a hacerlo en Oliveira antes de la reconciliación (cap. IV). Dos son las cartas que envían las pérfidas Lousadas: una a Gonçalo y otra a Barrolo, y si continuamos tal proceso amplificatorio, dos son en la novela los personajes que se sirven de los anónimos: Gonçalo y las Lousadas, en ambos casos por partida doble. También dos veces visitan las Lousadas los Cunhais.

El Hidalgo, por su parte, piensa en realizar dos visitas que no consigue efectuar: la primera vez que toma la decisión de ir a casa de los Sanches Lucena no lo hará porque recuerda de repente que se acerca el cumpleaños de Graça, y tiene que cambiar de planes e ir a encargar un regalo (capítulo II); la segunda vez los Lucena no estaban en casa (capítulo III). Por lo que se refiere al vizconde de Rio-Manso, el

enfrentamiento con Ernesto de Nacejas le impedirá llevar a cabo su propósito de devolverle una visita (capítulo X).

Dos encuentros tendrá el héroe con doña Ana en sendos parajes bucólicos: el primero en la fuente de Bica-Santa, presente aún el marido, que alardea de su riqueza. Y dicha riqueza a su vez se torna motor de la segunda reunión: la cita en las ruinas de Craquede, viuda ya doña Ana y con Maria Mendonça como testigo y Celestina. Eça subraya las diferentes impresiones de ambas escenas en el ánimo de Gonçalo. Mientras conceptúa la primera de tarde perdida en compañía de unos insoportables advenedizos, la otra experiencia le resulta grata y le deja casi convencido de que debe casarse con Ana. Las dos entrevistas son precedidas por una aparición del mendigo barbado, casualidad en la que repara el propio Hidalgo, que identifica al viejo con el Destino. Y existen relaciones aún más sesgadas entre las secuencias: se dice muy sucintamente en la primera que el cochero de doña Ana era bigotudo, minucia de querencia naturalista a la que no se presta relevancia alguna en el discurso; pero Eça no la deja caer arbitrariamente o sólo para infundir viveza al cuadro: en el episodio del capítulo VII Gonçalo observa que el cochero se ha afeitado el bigote.

Gonçalo se reúne a comer o cenar con sus amigos no en una sino en varias oportunidades. También se repiten las reuniones en casa de los Barrolo, y de ellas cabe resaltar dos: la del cumpleaños de Graça, antes de la caída, cuando Gonçalo todavía mantiene desterrado de los Cunhais al gobernador civil, y el banquete celebrado tras el planteamiento de una nueva y muy importante *peripecia,* el regreso de André, que acaba con la secuencia del baile.

En la última parte del capítulo II Gonçalo, al oír el fado de Videirinha, se acobarda pensando en la leyenda del Ramires que salió de su túmulo de Craquede para dirigirse a la batalla de las Navas de Tolosa; es una de las primeras pruebas que tenemos del carácter medroso del protagonista. El capítulo VII retoma este motivo en el propio marco de Craquede, y dinamiza mediante él uno de los frecuentes «finales en huida» del relato.

Como ya se ha dicho, el sueño en que los Ramires gloriosos «arman caballero» a Gonçalo en el capítulo X supone una de las escenas más climáticas del texto, por cuanto implica un radical cambio de *situación.* Pero, aparte de influir sobre los eventos del resto de la novela, el episodio ha sido preconizado por otros varios. Quiero decir que no es éste el primer caso en que el Hidalgo sueña con sus antepasados guerreros. Soñó con ellos en el capítulo II, probablemente a causa de una pesada digestión debida a la pantagruélica cena y sobre todo a la ensalada de pepinos, y sueña que busca al Ramires «carnicero» en el capítulo VII. Incluso Barrolo en el capítulo V sufre una pesadilla, tan hilarante como las anteriores, a través de la cual su subconsciente parece querer avisarle del peligro que acarreará para él la renovada amistad entre André y Gonçalo. El símbolo onírico de la amenaza se proyecta en ese balcón del Gobierno Civil que se aproxima, agigantándose, hasta el balcón de los

Cunhais.

La amenazas de Casco a Gonçalo tienen su antecedente en las que sufre Sanches Lucena de unos gamberros, según cuenta Bento más tarde, y este susto además justifica argumentalmente el óbito por *angina pectoris* del ya delicado Lucena, que se notificará poco después. La utilización del látigo de cuero de hipopótamo para atacar a un agresor fue precedida a su vez por un percance similar protagonizado por el padre de Gonçalo, en versión asimismo suministrada por Bento *a posteriori.* No dos, sino tres veces, halla Gonçalo en su camino al matón de Nacejas, porque longevas leyes del relato regulan, junto con la paremia popular, que «a la tercera va la vencida». Dos pruebas fallidas suelen sucederse antes de llegar a la triunfante. Gonçalo cuenta repetidas veces al regresar a casa los percances que le han ocurrido en los caminos, y la configuración asociativa del texto traba enlaces entre esas narraciones, bastante ajustadas, de su bravura, que ofrece tras dar su merecido a Ernesto, y que confirma un mozo al que envía a investigar, con la versión adulterada que dio el Hidalgo del ataque de Casco, fragmento al que más tarde volveré.

Eça practica un sistema similar al que la retórica ha bautizado con el nombre de correlación diseminativa-recolectiva (aplicado sobre todo a la lírica), consistente en condensar al final del texto elementos disgregados a lo largo de él. Como en un cuento con moraleja, las elecciones —la prueba del héroe— concitan la alusión a todos aquellos con los se portó bien aún antes de que le animara ningún interés electoralista: el mendigo barbudo, Solha el de la pierna herida, el agradecido Casco, etc. Así constata el Hidalgo que su cambio de chaqueta y su claudicación ante Cavaleiro no sólo fueron vergonzosos, sino innecesarios. Cabría anotar otros muchos ejemplos de antecedente; citaré sólo uno más: en el *incipit* del capítulo III, y en el interior de la historia integrada, aparecen fugazmente unos «bocales con sanguijuelas», el instrumento con que Tructesindo acabará dando muerte al *Bastardo.*

Los personajes

Eça de Queirós afirmaba que «el mejor espectáculo para el hombre será siempre el propio hombre»[84], y la maestría en el diseño de sus criaturas novelescas da fe de que él fue un buen observador de tal espectáculo.

Gonçalo Mendes Ramires. Igual que el héroe trágico presentaba una *hamartía* o falta (que habitualmente residía en la *hýbris* u orgullo contra la divinidad), también el noble protagonista de *La ilustre casa de Ramires* padece una tara, una suerte de *amechanía* o impotencia[85]. Así lo reconoce él ante sí mismo en varios pasajes, entre ellos en el ejercicio de autocrítica que lleva a cabo en sus horas de abatimiento:

> […] él había nacido con el *defecto*, un defecto del mayor desdoro, aquella irremediable flaqueza de la carne que, irremediablemente también, ante un peligro, una amenaza, una sombra, lo obligaba a retroceder, a huir…

El rasgo de cobardía del protagonista evidentemente es el más apto para sostener la irónica contraposición con sus feroces ancestros. Siguiendo los principios preconizados por los defensores de la mimesis aristotélica[86], las características del personaje, antes que enunciarse explícitamente por boca del narrador, se manifiestan en la actuación de aquél con abundancia de ejemplos, que emergen desde las primeras páginas de la novela. Algunos de ellos podrían tacharse de exagerados: ya en el capítulo primero Gonçalo, un hombre de treinta años y con sangre de cien guerreros, se precipita a cerrar con llave su cuarto y hasta a parapetar la puerta con una cómoda sólo porque oye al borracho Relho armar escándalo. El miedo constituye el mayor demérito de Gonçalo, al que se suman a veces otros, como la debilidad de carácter, la falta de voluntad, la indecisión[87] y, sobre todo, la vagancia y fanfarronería[88].

Respecto a la pereza, dice el comienzo del capítulo II que «durante todo el día había holgazaneado, tumbado en el diván de damasco azul». En cuanto a la presunción y la insinceridad, da muestras de ellas en no pocos aspectos: recordemos cómo adorna, cuando la transmite a Barrolo, la historia de Cavaleiro y Adelina Noronha que le ha referido el notario Guedes, fabulando con ayuda de la fantasía y apostillando, incapaz de admitir que le hayan dado una primicia sobre Cavaleiro: «Por casualidad, esta misma mañana Guedes y yo hablamos del asunto. ¡Pero yo ya lo sabía!…»; y al notificar, también a Barrolo, su decisión de concurrir a las elecciones, asegura que le han llamado para proponérselo. Tampoco tiene empacho en mentir cuando difunde en una ocasión que doña Ana va a ir a cenar a su casa, lo que confunde a Titó; o cuando esparce la falsa noticia de que ha oído que la viuda va a casarse para poder observar la reacción de la gente. Ya hablaré de la forma como presenta a sus criados y a Gouveia el percance con Casco.

Estos defectos dotan de verosimilitud y humanidad al personaje y no dejan de prestarle encanto, sobre todo porque logra vencerlos y en cambio conserva inalterables sus cualidades[89]. Aquí valdría hablar pues de ese concepto de personaje redondo acuñado por E. M. Forster que de tanto éxito ha gozado en pagos críticos, ya que Gonçalo experimenta una evolución acusable en el decurso de la novela[90]. Tocante a las virtudes del héroe, que también hallan su equivalencia en la enumeración de las de la idiosincrasia portuguesa, se espigan discretamente a lo largo de todo la obra: nobleza instintiva, don de gentes, delicadeza de sentimientos, caballerosidad, cortesía, compasión, largueza, capacidad de rápido arrepentimiento… Por ejemplo, cuando llevado de la excitación habla descortésmente a Gouveia en el capítulo II, precisa de inmediato el narrador:

> Pero ya Gonçalo, en uno de esos impulsos suyos generosos y afables que tanto seducían, se humillaba y, conmovido, confesaba su brutalidad:
>
> —¡Perdone, João Gouveia! Sé perfectamente que usted defiende a Cavaleiro por amistad, no por dependencia…

Gonçalo Mendes Ramires es, en definitiva, una buena persona, y además una buena persona con tantas fallas que resulta creíble: más real que los cínicos Amaro, Basílio o Teodorico, más próximo que los distantes Carlos da Maia o el propio Fradique, mucho más simpático que los bondadosos Jacinto y Artur, el uno ridículo y el otro demasiado débil.

La prosopografía del héroe se ofrece en escasísimas líneas que insinúan cierta debilidad a tono con su condición de aristócrata decadente, de último representante de una larga dinastía llegada a su ocaso (rubio, blanco, algo calvo). Aparte del breve pergeño aportado por el narrador omnisciente en el capítulo primero, otras dos menciones sobre el aspecto físico del Hidalgo proceden de su propia percepción cuando se contempla en el espejo, recurso que sintoniza con el punto de vista del personaje al que se acoge la novela. Nuevamente nos las habemos con un proceso de duplicación de la estirpe de los enumerados en la sección previa. En la primera secuencia frente al gran espejo de las columnas (capítulo II), Gonçalo se encuentra macilento y bilioso y lamenta su incipiente calvicie. Tras enfrentarse a Ernesto de Nacejas (capítulo X) se transforma o se ve transformado y el espejo le devuelve la imagen de «un Gonçalo nuevo, y tan mejorado que se notaba una mayor anchura de hombros y unas guías más rizadas en el bigote». Eça, cuyas soluciones no obedecen al azar, había aludido ya al susodicho bigote en la ocasión anterior. Remito al lector a asentar la comparación con los negros mostachos de Cavaleiro.

Auque la descripción física del protagonista no es pormenorizada, sino selectiva (los atributos del bigote castaño y la piel blanca), el narrador se detiene con frecuencia en su atuendo, al igual que en el de otros personajes. Lo describe en más de una ocasión en bata y zapatillas, escribiendo, o en ropa interior mientras se viste, y Maria Helena Nery Garcez aprecia en este síntoma otro contraste más respecto a los Ramires medievales, que aparecen siempre cubiertos de mallas, lorigas, manoplas y yelmos[91].

El gusto por el detalle tan caro al naturalismo (muy acusable en Tolstoi, por ejemplo) se orienta a la particularización de las figuras por un rasgo o un grupo muy sucinto de rasgos llamativos, que corporeizan a los personajes y cooperan a la creación de efectos de plasticidad más eficazmente que una pintura exhaustiva. A veces el atributo o el ademán singular simplemente se mencionan; otras veces recorre el discurso de la novela a modo de coda, en una nueva prueba de su armónica construcción: hablo de los mofletes de Barrolo y de las palmadas que se da en los muslos; de la desagradable voz de doña Ana, que cuando suena impide disfrutar de la contemplación de su belleza; de la atronadora voz del enorme Titó, que suele acompañar todas las referencias a este personaje y que incluso puede preceder a su aparición[92]; de la delicada garganta de Gouveia; de los brazos esqueléticos de Castanheiro o los del provecto Sanches Lucena, de los brazos gordos de Guedes, de la mala dentadura de Pereira. Se me ocurren datos como el hecho de que a Gonçalo le guste coger hojitas de hierba luisa, o mueva alguna vez llaves y monedas dentro del

bolsillo (algo parecido hizo también Basílio); o el uso de los anteojos por parte de doña Ana, que puede agregarle al personaje un matiz de cierta antipatía (y tal vez sugiera que esta pretenciosa ricachona ve y calcula más de lo que parece). El lenguaje de los gestos, muy importante en *La ilustre casa de Ramires,* aparte de propiciar la ilusión de realidad, sirve en múltiples ejemplos como cauce discursivo para introducir el parlamento de los personajes sin enunciar el verbo *dicendi,* en un método especialmente grato a Eça (véase *infra*, «El estilo»).

Cuando el detalle caracterizador, aplicado a una figura muy secundaria, deriva en factores antiestéticos, desagradables o de anormalidad, nos sitúa en una estela cercana al gusto expresionista[93]. Es el caso de la pierna renca del repartidor de telégrafos, que se señala repetidamente en las comparecencias del muchacho. Pero la técnica puede apreciarse igualmente cuando opera de manera aislada: el color negro que envuelve a la mujer de Casco y que bosqueja su imagen como de un brochazo; la personificación desmembradora de una parte del cuerpo («los dedos olvidados en los botones de los pantalones», del capítulo VI), especie de hipálage bastante utilizada por el autor portugués.

Escuetas pinceladas confieren fisicidad, como la referencia a una señora obesa y bigotuda ante la pastelería cuando Gonçalo habla con Guedes (capítulo IV), la del hombre calvo que está en el casino cuando el Hidalgo va allí a buscar a Gouveia y más tarde la del hombre gordo que se pone los guantes ante la pañería de Ramos mientras Gonçalo está ansioso por interpelar a Gouveia (capítulo V). Se trata de secuencias paralelas en que Guedes y el alcalde cumplen el cometido de informantes de Gonçalo (del escándalo Noronha y de la muerte de Sanches, respectivamente), y la orquestación de la puesta en escena es idéntica: en ambos casos Gonçalo y su interlocutor se sitúan en plena calle, ante una tienda, y hay alguien que dificulta y dilata con su presencia las revelaciones, aumentando así la expectativa. Esta persona-obstáculo, sintomáticamente, es muy gorda. También la cólera del repartidor, aparte de su índole deformante, es recurso que se emplea para aumentar la ansiedad de quienes esperan con impaciencia un telegrama (otra mujer coja atravesó la calle mientras Guedes secreteaba con Gonçalo, y la alusión a los guantes estrechos en el segundo episodio de las confidencias halla su correlato, en el primero, en los botines del notario).

Eça ha sido tachado de misógino[94], y de guiarnos por el análisis de los personajes femeninos que se dan cita en *La ilustre casa de Ramires* tampoco hallaríamos muy buenas razones para rebatir esta acusación. Las mujeres del mundo queirosiano normalmente se definen por la relación que sostienen con los hombres[95], y las relaciones sexuales que unen a hombres y mujeres en la obra de Eça son sacrílegas (*El crimen del padre Amaro*), adúlteras (*El primo Basílio*, el episodio de Ega y Raquel en *Los Maia*, *Alves & Compañía*), incestuosas (*Los Maia*), simple y llanamente mercantiles (*La reliquia*), de seducción y abandono, cuando no estupro (algún caso de *El conde Abranhos*), y en la mayoría de las veces se describen

como libertinas (*La capital,* por poner un ejemplo)[96].

El amor es una categoría desconocida para los personajes de Eça de Queirós (la pasión de Carlos da Maia y Maria Eduarda es si acaso la que más podría aproximarse a esta definición); el desenlace amoroso con boda de *La ciudad y las sierras,* adecuado al talante alegre y arcádico de esta fase en general y de esta novela en particular, está demasiado poco desarrollado, es demasiado nimio y demasiado tópico para romper la tendencia dominante, que aflora de nuevo en *La ilustre casa…* Esta última será no sólo una de las novelas largas más optimistas, sino también la más pudorosa de su autor, pues en ella apenas se convoca ningún género de aberración sexual[97], y sin embargo, en otra forma de vínculo carnal repelente, el matrimonio se establece por interés; teníamos algún modelo previo, por ejemplo en el final de *La reliquia,* pero *La ilustre casa…* acumula tres casos. Pertenece ostensiblemente a esta jerarquía la pareja formada por el viejo y rico Sanches Lucena y doña Ana, una mujer espléndida de veintiocho años, de baja extracción social y llamativamente hermosa. Es interesada igualmente la boda que Gonçalo proyecta realizar con Ana cuando ésta se convierte en rica viuda, ya que a pesar de los encantos físicos de la joven Gonçalo no se siente atraído por ella: su belleza le parece simplemente una ventaja que puede hacer más cómoda, e incluso agradable, la convivencia («¡Mira, prima! ¡Es, sobre todo, la necesidad de situarme en la vida! ¿No te parece?», manifiesta el Hidalgo cristalinamente a María Mendonça en el capítulo IX).

Pero aparte de esta unión truncada, el de Gracinha y Barrolo no deja de ser también un matrimonio por dinero o cuando menos por conveniencia. Es cierto que no hay un salto de edad tan palmario como entre Ana y Sanches Lucena, matrimonio anti-natura, pero Barrolo, el bonísimo, espléndido y acaudalado Barrolo, es un pobre imbécil, y esto no deja en un lugar airoso a la mujer que lo ha escogido, que no puede ser muy lista ni muy desinteresada. El Bobo se había despertado de su indolencia habitual para enamorarse de Gracinha, pero no se dice que ocurra otro tanto respecto a ella, y repare el lector en que «filial» es el adjetivo, harto elocuente, que Eça utiliza para definir su viaje de novios. El matrimonio por interés constituye incluso motivo de disertación teórica en una conversación, a través del ejemplo de la pareja formada por una tal Rosa Alcoforado y un tal Teixeira de Carredes (capítulo VI).

Doña Ana Sanches Lucena recibe, repito, una caracterización física muy positiva, pero en el encomio de sus perfecciones, que el narrador realiza a través del filtro de Gonçalo, se insiste casi siempre en la hermosura de sus carnes y su cuerpo. Otro atributo al que se apela repetidamente es la voz, gruesa, afectada y desagradable. Por esta estrategia Eça cosifica o animaliza a Ana y la deja reducida a un pedazo de carne suculenta, animal hermoso que pierde su atractivo tan pronto como rompe a hablar. Esta solución no es improvisada; por un lado marca conexiones nada inocentes con el personaje de Titó, que también estaba caracterizado por su voz. Por otro lado, la profesión «poco honorable» escogida para el padre de la muchacha, que le hace a Gonçalo tan cuesta arriba casarse con ella, es precisamente la de carnicero.

En cuanto al retrato moral, poseemos muy escasos datos. Poco puede saberse a través de la mimesis o actuación directa del personaje en presencia del focalizador, Gonçalo, porque doña Ana tiene un carácter muy reservado y casi no habla. De su primera intervención (el encuentro en la fuente de Bica-Santa) sólo se colige que actúa como una nueva rica y que sus modales resultan forzados y aparatosos. En la segunda entrevista (en las ruinas de Craquede) a Gonçalo le parecen sus maneras menos cargantes, seguramente porque está bien predispuesto a hallar razones para casarse con ella y con su jugosa renta, pero apenas es capaz de arrancarle más de una frase; irónicamente, la joven convence más cuanto más callada está.

El resto de los juicios vertidos sobre Ana llegan a través de rumores periféricos, que trazan de ella una semblanza más bien favorable, aunque bastante nebulosa, cuando Gonçalo recaba informes con vistas a una posible boda. Pero Titó, la única persona que parece conocer a doña Ana íntimamente, y no sólo de oídas, emite de ella un dictamen demoledor: «No hay criatura más astuta ni más falsa»[98].

De Gracinha se destacan los ojos verdes y la abundante melena oscura. Por supuesto, la belleza en la hermana de Gonçalo es un rasgo necesario funcionalmente para que Cavaleiro siga interesado en seducirla. Cuando intenta disculpar a Gracinha por su caída, sobresale este parecer del protagonista expresado por el indirecto libre: «Gracinha, la pobre, sin hijos, con tan blandengue e insulso marido, *ajena a todos los intereses de la inteligencia,* indolente hasta para la costura o el bordado, había cedido —¿qué mujer no cedería?» (subrayado mío). Gracinha Ramires es una personalidad sin duda mucho más simpática y bondadosa que la de la protagonista de *El primo…*, pero tan pasiva como ella o más. De hecho, no parece sino que la virtud de la joven Ramires dependiera exclusivamente de que su hermano le permita o no alternar socialmente con Cavaleiro. Si Cavaleiro puede acudir a su casa, el intento de adulterio adviene sin remedio, y mientras no pudo hacerlo jamás había tenido arrestos Gracinha para salir a encontrase con él.

Por lo demás, la rica galería de retratos en *La ilustre casa de Ramires* se completa con otras muchas figuras, entre ellas la del estereotipado sirviente viejo y fiel a la casa, Bento. En la tolerancia con que enjuicia a sus caracteres, como en otros aspectos, el Eça crepuscular de *La ilustre casa…* supera al Eça combativo de *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basílio,* novelas que establecían una separación maniquea entre los personajes malos —que eran casi todos— y los buenos: el abad Ferrão en la primera o el leal amigo Sebatião en la segunda.

«La ilustre casa de Ramires», novela de adulterio

No hay en efecto ningún personaje enamorado en *La ilustre casa de Ramires*[99], pero hay en cambio varias tramas de adulterio que se entretejen en el engranaje de la trama principal. La novela burguesa de adulterio femenino se cimenta sobre una

constelación de motivos que informan obras de distintas literaturas en un período concreto del siglo XIX: *Madame Bovary,* de Flaubert, *Ana Karenina* de Tolstoi, *La Regenta* de Clarín, y por supuesto *El primo Basílio* de Eça entre otras. El esquema se resuelve en las invariantes de una dama casada y aburrida, un marido mayor, un amante soltero que responde al tipo de Don Juan, unas circunstancias sociales y psicológicas que favorecen el adulterio, etcétera[100].

Pero al margen del plano comparatista tematológico, y adoptando el enfoque de la llamada crítica temática o psicoanalítica (practicada sobre todo por el grupo de la *Nouvelle Critique*), el adulterio femenino puede asimismo computarse como obsesión recurrente, afinidades personales o fenómeno de intratextualidad en Eça, ya que abona muchas de sus novelas y cuentos y no sólo *El primo Basílio.* Por ejemplo, en *Los Maia,* la historia principal de Carlos y Maria Eduarda, que luego resultará incestuosa, se erige en apariencia en un principio como adúltera, al menos para Carlos, y el propio Carlos había tenido ya una amante casada, la Gouvarinho. La misma novela acoge otro episodio de este cariz, el *affaire* entre Ega y Raquel, y es igualmente el adulterio de la esposa el motor de la acción en *Alves & Compañía:* Ludovina traiciona a Godofredo con el socio de éste, Machado.

En el caso del principal esquema de adulterio de *La ilustre casa…,* el de Gracinha Ramires, existen vínculos concretos que lo enlazan con la presentación de este motivo en *El primo Basílio.* Aparte de la coordenada focal y técnica, ya reseñada (punto de vista de un personaje que no es ninguno de los dos amantes), el hombre que galantea a la dama casada es en ambas situaciones un novio de juventud, con quien mantuvo relaciones amorosas y que la abandonó antes de que ella conociera al marido. Este componente agrava la culpabilidad de Luísa y de Maria da Graça, que no pueden, como la Regenta, abrazarse al sofisma de que ese amante que las pretende hubiese preferido encontrarlas solteras y en honorables condiciones para poder casarse (Ana Ozores por el contrario sólo había tratado a don Álvaro muy superficialmente antes de su matrimonio). En consecuencia se vuelve a utilizar el mismo tema y con los mismos formantes, y los nexos constatables entre distintas obras de un solo autor también son reputados como relaciones intertextuales por algunos teóricos[101]. Por otro lado, el desdoblamiento afluye de nuevo en el seno de la misma novela: entre Cavaleiro y Gracinha ya se producen dos romances, y aún podemos ir más allá, pues aparte del caso de Ana Lucena se apuntan otros dos episodios de adulterio femenino: el de la legendaria Doña Guiomar, en el capítulo primero, y, en el último, el nuevo romance iniciado por el impenitente Cavaleiro con la esposa del conde de São Romão.

En lo que afecta a Graça, resulta pertinente por varias causas que la mujer depositaria de la honra familiar sea la hermana del protagonista, y no su novia, esposa o hija. Esta solución se desliga del tópico más habitual y además concede a la intriga una capacidad de maniobra mayor: primero, porque conviene que el Hidalgo sea soltero y libre de compromiso para que puedan urdirse otras tramas paralelas de

planeamiento de un matrimonio desigual (episodio de doña Ana) y para subrayar en el protagonista su condición de último vástago de la casa. En segundo lugar, la relajación que sería inadmisible en un amante o marido pundonorosos parece más disculpable en el hermano, puesto que, a fin de cuentas y según el expediente que el propio personaje arguye en sus meditaciones, Graça está casada y la defensa de su honor ha sido transferida al esposo. Y si a él no le parece mal recibir a Cavaleiro, ¿por qué ha de inmiscuirse Gonçalo?

Esta coyuntura que ha perfilado Eça genera un triángulo funcional del esquema de adulterio femenino con vértices muy singulares. Uno de ellos estaría constituido, obviamente, por la mujer casada objeto de asedio amoroso y el otro por el Don Juan de turno que la requiere, el protervo Cavaleiro. Pero en el tercer ángulo y como actante Oponente se sitúa no el marido, sino el hermano, cuya posición empero bascula en algún momento hasta hacerle convertirse en Ayudante[102]. Paradójicamente el cándido cuñado de Gonçalo, Barrolo, sí actúa siempre en calidad de Ayudante de estos amores aunque lo haga de forma involuntaria. Desde una óptica funcional, por tanto, el personaje de Barrolo está muy próximo al Charles Bovary de Flaubert y al don Víctor Quintanar de *La Regenta* y no tanto al Jorge de *El primo…* El marido de *La ilustre casa…* comparte con el de Clarín el hospitalario deseo de hacer entrar en casa al galán de su mujer, e insiste para que su cuñado le permita levantar el veto impuesto[103].

Siguiendo en la órbita de bimembración estructural que preside la obra, se despliega el boceto de dos adulterios femeninos, pero no se confirma la realización de ninguno de ellos. Esta imprecisión dimana, por supuesto, del anclaje en la perspectiva de Gonçalo, quien no está incluido ni como marido ni como amante en ninguno de los dos casos. Y Gonçalo es, en cuanto personaje, finito, y no puede saber más que lo que ve, oye o le cuentan[104]. Sabe, porque los oye desde fuera del mirador, que Cavaleiro trata de seducir a su hermana, pero ¿se consuma esta seducción? La crítica textual puede ayudarnos a alumbrar el misterio porque, anota Carmela Magnata Nuzzi, el tocador ante el que Gracinha se sienta en el capítulo X, que en la primera versión pertenecía a la reina María Sofía, en la segunda era de la adúltera María Francisca de Saboya[105], y parece lógico suponer que si Eça efectuó tal cambio sería con el fin de avalar la tesis de la infidelidad. Sin embargo, la marcha precipitada y sin justificar de Cavaleiro a Lisboa, comentada también en el capítulo X, sugiere que el conato de relación entre André y Gracinha o no ha llegado a culminar o se ha roto. El dato indica que ya no existe adulterio, si alguna vez lo hubo, cuando Gonçalo tiene con su hermana la explicación que cierra este conflicto.

Respecto a doña Ana, el único informe que poseemos sobre su traición conyugal proviene de la declaración de Titó, al que el focalizador, Gonçalo, no duda en dar pleno crédito. Mas aun admitiendo la existencia del adulterio, permanece soterrada la cuestión de la identidad del amante, sobre la cual Gonçalo no hace elucubración alguna, y por ende ninguna hipótesis es transmitida al lector. Y no obstante, tanto

Gonçalo como los lectores poseemos síntomas que señalan al propio Titó, y ésta es la interpretación, a mi juicio muy plausible, que defiende António Cirurgião sobre el sedimento de distintas pistas que se han ido sembrando en el texto y que he recogido ya: el que Titó oculte a sus amigos su intimidad con los Sanches Lucena, el que acuda de incógnito allá donde cree que pueda estar doña Ana, el que tanto él como ella sientan embarazo al oír hablar uno de otro, etcétera[106].

El estilo

Eça de Queirós fue el escritor que firmó la frase: «El sentimiento más artificial puesto en un verso maravillosamente sublime es una obra de arte; el más sincero grito de pasión en un alejandrino poco hábil es una insipidez»[107]. La obsesión de Eça por el lenguaje, manifiesta en el *labor limae* constante a que sometía a sus obras, le convierte en paradigma de la intención de estilo en un novelista, en reformador de la narrativa portuguesa y en gran precursor de la prosa modernista[108]. Y no obstante, pese a lo que tienen de radical defensa de la preponderancia del estilo sobre la idea declaraciones como la que encabeza este párrafo, en la praxis Eça nunca fue esteticista en el sentido peyorativo del término. A diferencia de lo que sucede en otros prosistas decadentes (los propios Valle-Inclán y Miró), en Eça la forma nunca ahoga, nunca dificulta ni entorpece el acceso a la materia. El resultado de su lucha con el lenguaje no se resuelve en abstrusos artificios, sino en todo lo contrario, en un efecto de naturalidad del cual la literatura portuguesa andaba muy necesitada, y que se antoja especialmente deseable en la novela, género largo y referencial por excelencia[109]. La forma debe lograr, al menos en la narrativa, llamar la atención hacia el contenido, y no hacia la propia forma[110].

Aun operando sobre una traducción, la proximidad entre el portugués y el castellano permite al lector español aquilatar los recursos formales de la lengua queirosiana, muchos de ellos sistematizados por Guerra da Cal en su minucioso y conocidísimo estudio, que encara el análisis de la elocución del narrador luso desde los presupuestos de la estilística idealista de raigambre germana o española (Vossler, Amado Alonso)[111]. Siguiendo tales directrices, Guerra da Cal presenta el estilo de Eça en cuanto síntesis por un lado de elementos endógenos, de la individualidad del autor; y por otro de las coordenadas generales de la época, del clima esteticista en el que la obra de Eça se fraguaba[112].

La característica que mejor puede aspirar a definir el lenguaje de Eça, sobre todo respecto a la tradición que le precedía, reside en el prurito por evitar un léxico especializado, supuestamente «literario» y en definitiva ajeno al proceso del habla. Una novela que no pueda leerse sin un diccionario es una obra grotesca[113]. Mas la reducción de vocabulario a que obliga esta premisa no deriva desde luego en

repeticiones cansinas y viciosas. Eça, que según afirmación de Álvaro Lins «lutava pelo estilo como um nobre pelo seu rei»[114], experimenta con el lenguaje, combina las palabras de modo que el texto no genere efecto de reiteración, y ello, habida cuenta de las restricciones que se imponía a sí mismo de no acudir a una terminología desconocida, resulta doblemente meritorio. Eça desecha el expediente del vocablo hiperculto a la hora de conseguir la *variatio*, y en cambio introduce alianzas desusadas de los adjetivos[115], hipálages y desplazamientos[116], en definitiva recursos conducentes a la germinación de contrastes[117], así como la ordenación anómala[118] y otras alteraciones extrañadoras en la explotación de las clases de palabras, por ejemplo el empleo transitivo de los verbos intransitivos[119]. Con los nuevos usos las voces adquieren connotaciones nuevas, de modo que el estilo imanta el contenido y además sin estridencias, porque la maquinaria del idiolecto queirosiano nunca funciona en contra de la claridad. Es un estilo perceptible pero invisible, del mismo modo que el esqueleto de recurrencias constantes a las que atendí al hablar de la estructura también rehuía la ostentación.

Uno de los ejemplos de la reluctancia de Eça por las fórmulas estereotipadas se aprecia en la guerra abierta a los manidos verbos *dicendi*. «En lugar de verbos de dicción aparecen verbos de acción sirviendo de introductores al diálogo»[120], y el lenguaje de los gestos al que ya he aludido propicia a menudo las construcciones de dicha índole, que se hallan por doquier en *La ilustre casa de Ramires* y en las demás novelas de su autor. Véase el fragmento siguiente del capítulo IV, donde el comienzo de la cláusula con conjunción de valor ilativo también ejemplifica otra de las estructuras a las que Eça era muy asiduo:

> Y Gonçalo, plantado ante él, con una ligera risita, una risita feroz, removiendo en su bolsillo el dinero y las llaves:
>
> —¡Oh! Casi nada. Una tontería […]

O estos otros casos de los capítulos V y IX respectivamente. En el primero de ellos las acotaciones del narrador encadenan el turno de intervenciones del diálogo sin el auxilio de un solo verbo de habla del tipo *dijo, exclamó, preguntó, contestó,* etcétera. El segundo texto se ha tomado del cuerpo del relato secundario, *La torre de don Ramires*:

> Y después de un silencio en el que se quitó el sombrero y se abanicaba con él, pensativo, el rostro inclinado:
>
> —Pero Cavaleiro, como usted ha dicho, es muy localista, muy regionalista… Sólo querrá imponer un hombre como Lucena, con fortuna y con influencia…
>
> El otro se detuvo y abrió los brazos:
>
> —¿Y usted qué?… ¡Qué diablos! Usted tiene aquí propiedades. Tiene la Torre, tiene Treixedo. Su hermana es hoy rica, más rica que Lucena. Y luego el apellido, la familia… Ustedes, los Ramires, están establecidos, con solar en Santa Ireneia, desde hace más de doscientos años.
>
> El Hidalgo de la Torre levantó la cabeza con vivacidad:
>
> —¿Doscientos?… ¡Hace mil, casi mil!

> Ante el señor de Santa Ireneia abrió los brazos lentamente, y con una grave sonrisa, que le curvó aún más la nariz de ave de rapiña sobre la barba tiesa:
>
> —¡Vive Dios! ¡Grande es la noche que os trae, primo y amigo! ¡Noche que no esperaba yo de tanto honor ni tampoco de tanta dicha!…

Fundamentalmente Eça maneja dos sistemas. El más espontáneo de ellos es el que describe los ademanes del personaje en una cláusula completa que se cierra con los dos puntos, signo consecutivo que indica que el parlamento en estilo directo que se registra a continuación procede de dicho personaje: «El otro se detuvo y abrió los brazos: / —¿Y usted qué?…»; «El Hidalgo de la Torre levantó la cabeza con vivacidad: / —¿Doscientos?…». El segundo método radica en dejar inacabada la frase, de modo que se sobreentienda la elipsis del verbo *dicendi:* «Y después de un silencio en el que se quitó el sombrero y se abanicaba con él, pensativo, el rostro inclinado [dijo Gonçalo]: / —Pero Cavaleiro, como usted ha dicho […]». A esta proposición subordinada de tiempo y a los subsiguientes complementos modales les faltaba el verbo principal. En el último ejemplo Eça abre mediante la copulativa una oración yuxtapuesta a la primera, con un complemento modal del que a su vez depende una cláusula de relativo, pero el sujeto y el verbo permanecen igualmente obliterados: «Ante el señor de Santa Ireneia abrió los brazos lentamente, y con una grave sonrisa, que le curvó aún más la nariz de ave de rapiña sobre la barba tiesa [exclamó don Pedro de Castro, *el Castellano*]: / —¡Vive Dios!».

De los dos dispositivos, estimo el primero aún más acertado puesto que este último no hace otra cosa, al fin y al cabo, que omitir el elemento indeseable. En cualquier caso, ambas prácticas ilustran a maravilla esa capacidad de Eça de creación de un nuevo lenguaje y esa originalidad estilística que manan sin alharacas, pues a pesar de la frecuencia con que tales resortes inundan las páginas del novelista, pueden perfectamente, debido a su sencillez, pasar desapercibidos en una primera lectura de la novela.

Si bien la metáfora (véase *supra,* nota 109) más digna de reseñarse en *La ilustre casa de Ramires* es de carácter general, no faltan imágenes dispersas en el texto que esmaltan discretamente la prosa queirosiana, por ejemplo el tópico del *iter vitae:* «en su vida, estrecha y solitaria como la Calçadinha, se extendía un aireado espacio» (capítulo V). Reproduzco un ejemplo del capítulo primero, que se amplía desmesuradamente con tintes de hipérbole y de *adynata:* «[Castanheiro] Se detuvo, ondeó el delgado brazo como la correa de un látigo, en un gesto que azotaba el Rossio, la ciudad, toda la nación». Algo consabida resulta quizá esta otra comparación localizada en el capítulo V:

> Y él allí durante todos esos años, en aquel agujero rural, jugando tresillos soñolientos en el casino de Vila Clara, fumando cigarros perezosos en los balcones de los Cunhais, sin carrera, parado y mudo en la vida, *¡criando musgo como su caduca e inútil Torre!*

Más expresiva que el símil me parece la personificación de los *tresillos soñolientos* y los *cigarros perezosos,* en la cual participa por supuesto una táctica de hipálage; el adjetivo *perezosos* concuerda con *cigarros* cuando en puridad califica al individuo, Gonçalo, y a su *modus vivendi.* Es el mismo procedimiento que, en el capítulo primero, designa los lentes de Castanheiro como *duros y desconsolados,* concentrando esta propiedad del ánimo del personaje en uno de sus atributos y no en el propio personaje, pero logrando así, paradójicamente, impregnar de ese desconsuelo a Castanheiro entero, que se alza, a usanza cuasiexpresionista, singularizado por dos rasgos descollantes: los lentes y la desolación. Contribuye al efecto de extrañamiento una estrategia queirosiana ya enumerada, la unión de dos adjetivos pertenecientes a categorías distintas, material y espiritual, usado uno en su recto sentido y otro como consecuencia del desplazamiento. También la ordenación no común de las palabras realza sus significados: «Con los negros lentes fijos en él, duros y desconsolados». La bimembración de calificativos está aislada, entre comas, cuando lo habitual en la lengua estándar sería yuxtaponerlos al sustantivo al que acompañan, *lentes,* que a su vez actúa de manera metonímica, desplazada, pues no son los lentes, sino los ojos, los que pueden fijarse en algo o en alguien.

La tendencia a relegar al verbo a una posición final aparece entre otros muchos en este fragmento, donde nuevamente la pareja de adjetivos se coloca autónoma entre las comas:

> Al fondo de la alameda que lo divide, clara en la triste claridad, el descarnado Cristo, *llagado y lívido,* en su alta y negra cruz negra, *pendía* […] (capítulo V).

Los adyacentes, tanto de los sujetos como de los verbos, se acumulan precediendo a éstos, a veces en aposición o en fórmulas de participio absoluto, para retrasar el emplazamiento de la unidad estelar. Ello desemboca lógicamente en una sintaxis reposada, con sobreabundancia de comas, para que el lector pueda saborearla a placer, pero esta lentitud elocutiva no se traslada al *tempo* estructural del relato, nada premioso, que Eça domina con suma maestría. Aporto un patrón representativo en el que se acusan igualmente las propiedades plásticas de la pluma queirosiana:

> Por la parte de la Rua das Pegas, las dos Lousadas, muy secas, muy vivarachas, las dos con manteletas cortas de seda negra y abalorios, las dos con sombrillas de cuadros descoloridos, *avanzaban,* extendiendo por la plaza empedrada sus dos sombras agudas (capítulo IV).

Este tipo de disposición casa bien con el asíndeton o ausencia de las conjunciones copulativas:

> Resoplaba, jadeaba, agotado por aquel fogoso desahogo (capítulo IV).

> Luego, la misma chusma brutal lo sube, amarrado, al lomo de una recia mula de carga, lo extiende entre dos alargados cajones de virotes, como si fuese una res cobrada al regreso de una montería. Y unos siervos de carretaje se quedaban custodiando […]

> Entretanto, sus quince caballeros cubrían el suelo, aplastados bajo el furioso cerco de lanzas que los había acometido, unos rígidos, como dormidos dentro de las negras armaduras, otros retorcidos, deshechos, con las carnes despedazadas, colgando horrendamente entre las mallas rotas de las lorigas. […] Oscuras, tristonas nubes sofocaban la mañana de agosto. Y apartados a la entrada del valle, bajo las ramas de una vieja encina, Tructesindo, don Pedro de Castro y Garcia Viegas, *el Sabedor,* decidían qué muerte lenta, bien dolorosa y bien degradante, darían al Bastardo, villano de tan negra villanía (capítulo X).

La monotonía que pudiera propiciar el asíndeton se atempera porque, como vemos, las cópulas que Eça no utiliza para hilar los elementos internos de la frase irrumpen tras el punto en función de enlace supraoracional: «Y unos siervos de carretaje… […] Y apartados a la entrada del valle…». En cualquier caso Eça se acoge también al polisíndeton cuando ello redunda en beneficio de la expresividad:

> La primera condición que debe tener la autoridad superior de una provincia es no ser grotesca. ¡Y Cavaleiro es de entremés! ¡Con esa melena de trovador, el horrible bigotazo negro y esos ojos languiduchos que chorrean galantería y la papada presuntuosa y el po-po-pó! ¡De entremés!

Se trata, huelga precisar, de un parlamento de Gonçalo previo a su contemporización con Cavaleiro, donde el recurso al polisíndeton es solidario con la carga de vehemencia del hablante. Y además los fenómenos de *amplificatio* y desdoblamiento, que a veces albergan la cópula, ayudan a forjar la característica morosidad del ritmo de la frase en Eça: «¡Casi inconquistable, al otro lado de un muro alto y áspero, sin puerta y sin rendijas!», leemos en el capítulo II, cuando la lengua estándar se inclinaría a una solución más simplificada, del tipo de «sin puerta ni rendijas»[121]. Igualmente se prodigan hasta la saciedad en el discurso de *La ilustre casa…* las exclamaciones, situadas a menudo en los pasajes de estilo indirecto libre, y tan afines a la ampulosidad impresionista como a la subjetividad del expresionismo. Por citar uno entre los innumerables ejemplos remitiré a las dos oraciones admirativas que rematan la larga enumeración de los objetos de escrutinio de las Lousadas, en la que por cierto se asocian en deliberada amalgama componentes muy disímiles, tanto por su naturaleza (concreta o abstracta, real o metafórica) como por su importancia y tamaño (de lo más relevante a lo más nimio):

> Y en la desdichada ciudad no existía mancha, defecto, tetera desportillada, corazón dolorido, bolsillo arruinado, ventana entreabierta, polvo en un rincón, bulto en una esquina, sombrero estrenado para ir a misa, pastel encargado en las Matildes, que sus cuatro penetrantes ojillos de azabache sucio no descubriesen, ¡y que su lengua suelta, entre los escasos dientes, no comentase con malicia aguda! De ellas procedían todos los anónimos que infestaban la provincia (capítulo IV).

Veamos ahora un caso de uno de los instrumentos dilectos del modernismo: los puntos suspensivos.

> Y Vila Clara resultaba insoportable en mitad de aquel septiembre tan caluroso, con Titó en el Alentejo, adonde lo había llevado una enfermedad del viejo mayorazgo de Cidadelhe, Manuel Duarte en la quinta de la madre dirigiendo la vendimia, y el casino desierto y adormecido bajo los innumerables zumbidos de las moscas…

El recurso conviene perfectamente al nivel del contenido, en esta oportunidad una calurosa atmósfera de pereza y sopor aderezada por el zumbido monótono de las moscas. Pero aparte de esto, la aposiopesis ha de estudiarse, como digo, en calidad de rasgo estilístico que se enmarca claramente en el movimiento estético del modernismo. Gerardo Diego estimaba que

> los puntos suspensivos es un signo ortográfico de época que tiene una importancia extraordinaria, porque es la equivalencia de las manchas impresionistas en la pintura, la equivalencia de los acordes que se van evaporando y se van superponiendo en armonías dobles o múltiples en la música simbolista[122].

Y en esa estela de inconcreción difuminada de la pintura impresionista cabe apuntar la pujanza en Eça del adjetivo «vago»[123].

La asunción del punto de vista de Gonçalo por el narrador heterodiegético arrastra consecuencias, como hemos visto, en el polo de la selección de la materia, y también por ende en el de las elecciones léxicas. Tanto los juicios como las palabras del personaje se incorporan al discurso en modalidades diversas[124]. Por ejemplo, en el estilo directo literal de reproducción de pensamientos, Gonçalo tilda de *pelma* a Rio-Manso en el capítulo VIII («¡El de Rio-Manso! ¿Qué me querrá este pelma?»), mientras que, en el mismo capítulo, tras recibir al susodicho personaje, murmurará para sí: «¡Qué hombre tan simpático!», y en el capítulo X, a través del estilo indirecto libre, que contamina el discurso del narrador con los términos y expresiones del personaje, Rio-Manso es calificado de *sereno y generoso anciano* («se le ocurrió visitar al vizconde de Rio-Manso. Seguramente, la compañía de tan sereno y generoso anciano le calmaría los nervios»). Ocioso es decir que el ofrecimiento del vizconde de apoyar la candidatura de Gonçalo en las elecciones ha obrado esta transformación en la perspectiva del Hidalgo.

En las novelas con estatuto vocal de tercera persona, pero emplazadas en la *focalización con* un personaje determinado, el estilo indirecto libre fluye como cauce idóneo para transmitir los pensamientos y expresiones de dicho personaje reflector, pero el resultado no es equivalente, ni en lo formal ni en lo conceptual, a un discurso en primera persona[125]. Como observó Clarín, tan brillante cultivador del procedimiento, «lo que el autor puede ir viendo en las entrañas de un personaje es más y de mucha mayor significación que lo que el mismo personaje puede ver dentro de sí y decirse a sí propio»[126]. El hecho de que la materia se vehicule mediante el conocimiento de Gonçalo no veda, en otros momentos, la participación activa del narrador omnisciente, que se distancia de su criatura y se permite incluso bucear en la interioridad de otros personajes (de Videirinha, de Bento; nunca de algunos como Cavaleiro o Ana). Eça lleva a cabo un alarde de omnisciencia por ejemplo en la escena en que Gonçalo es amenazado por Casco, el labrador al que prometió alquilar la finca que luego entregó a Pereira. El Hidalgo sale corriendo despavorido hasta llegar a su casa, donde les echa una reprimenda a los criados por no haber acudido a

su defensa:

> —Pero ¿qué sarao es éste? ¿No me han oído llamar?… Me encontré ahí abajo con un borracho, que no me conoció, y que se fue hacia mí *con una hoz*… Afortunadamente, llevaba el bastón. Y yo llamando, gritando… ¡Y que si quieres! […] Bueno, ¡estáis todos sordos en esta pobre casa! ¡Además, la puerta del jardín cerrada! Tuve que darle un empujón. Ha quedado hecha pedazos.
>
> Entonces, uno de los mozos, el más decidido, rubio con quijada de caballo, creyendo que el Hidalgo censuraba lo endeble y poco cuidada que estaba la puerta, se rascó la cabeza, disculpándose:
>
> —Pues ¡perdone el señor Hidalgo!… Pero ya después de marcharse Relho se le puso una tranca y una cerradura nueva… ¡Y buena!
>
> —¡Qué cerradura! —gritó el Hidalgo con arrogancia—. Destrocé la cerradura, destrocé la tranca… ¡Todo hecho astillas!
>
> Y el otro mozo, más desenvuelto y avispado, se rió para complacerle:
>
> —¡En el santo nombre de Dios!… ¡Pues ya le daría el señor Hidalgo con fuerza!
>
> El compañero, convencido, estiró la enorme quijada:
>
> —¡Y con qué fuerza! ¡A matar! Que la puerta era recia… ¡Y con la cerradura nueva después de irse Relho!
>
> La certeza de su fuerza, alabada por aquellos hombres fornidos, reconfortó por completo al Hidalgo de la Torre, ya ablandado, casi paternal:
>
> —Gracias a Dios, para derribar una puerta, aunque sea nueva, no me falta fuerza. Lo que no podía hacer, por dignidad, era arrastrar por ahí, por esas carreteras, a un borracho con una hoz hasta la casa del alcalde… Por eso llamé, por eso grité. […]
>
> Era ahora como un antiguo señor, como un Ramires de otros tiempos, justo y prudente, que reprende una torpeza de sus sirvientes y que luego perdona a cuenta de las hazañas futuras.

Eça se muestra profundo conocedor de la naturaleza masculina. Necesitado tanto de socorro como de rehabilitarse a sus propios ojos, Gonçalo cuenta una versión de los hechos en que el cayado de Casco se transforma en hoz (subrayado del narrador) y en que el agraviado que renuncia a su presa era un borracho peligroso. Los sofismas por los que su dignidad obligaba a Gonçalo a demandar auxilio sitúan asimismo al narrador (y al lector, que ha asistido a la escena precedente) por encima de los personajes. Ni los sirvientes saben exactamente lo que ha pasado (uno cree que les reprocha la endeblez de la cerradura) ni Gonçalo penetra que el más «desenvuelto y avispado» de ellos se ha dado cuenta de que es necesario halagar de alguna manera la bravura del amo, aunque sea convirtiendo en motivo de alabanza física el que haya roto la puerta en pleno ataque de pánico sin esperar a que le abriesen. Finalmente, el estilo indirecto libre es vía regia, gracias a su anfibia constitución, para canalizar la ironía «autorial» en el discurso del personaje; acusamos el procedimiento en el último párrafo, que da cuenta del balsámico consuelo en que el Hidalgo baña sus heridas de orgullo equiparándose con los antiguos Ramires. La modalidad abre, por otra parte, un cauce más para exonerar al texto de los odiados verbos *dicendi*. El estilo indirecto libre, en el que Eça se muestra ubérrimo, traslada no sólo pensamientos, sino también palabras pronunciadas[127]:

> Y contó [Gonçalo] atropelladamente el incidente con Casco, con unos trazos muy cargados que lo hacían aún más oscuro. Durante semanas, obstinadamente, aquel nefasto Casco lo había torturado para que le arrendase la Torre. Pero él ya había hablado con Pereira, Pereira *el Brasileño*, sobre una renta espléndidamente superior a la que Casco le ofrecía gimoteando. Desde entonces Casco rugía y lo amenazaba por todas las tabernas de los alrededores. ¡Y aquella tarde, surgió por una vereda y arremetió contra él con el garrote en alto! Gracias a Dios, él se defendió y sacudió a aquel bruto con el bastón.

Eça, con *La torre de don Ramires,* no sólo conculca su principio, postulado en los tiempos de las conferencias del Casino, de utilizar temas históricos, sino que también desobedece deliberada y ostentosamente su regla estilística más señalada, la sencillez y la repugnancia por los vocablos especializados y desconocidos. Éca actúa respecto a la prosa de Alexandre Herculano y de la narración histórica romántica de la misma suerte que Cervantes respecto al *Amadís* y la novela de caballerías. La intención paródica se revela por ejemplo en esa abundancia de sobrenombres épicos —Lopo, *el Bastardo;* don Garcia Viegas, *el Sabedor;* don Pedro de Vargas, *el Castellano*—, en la línea de *Eurico, el Presbítero* (1844), personaje que da nombre al más famoso relato de Herculano. También el alias menudea entre los antepasados de Gonçalo a los que se alude en el decurso del texto, sobre todo en la crónica del capítulo primero, participen o no en *La torre de don Ramires:* están por ejemplo Diogo Ramires, *el Trovador;* Gutierres Ramires, *el de Ultramar;* Teresa, *la Garza Real* (hija mayor de Tructesindo), Estevaninha, condesa de Orgaz, *la de la Queja Empedernida;* y especial atención merece Lourenço, *el Carnicero,* primer Ramires con sobrenombre que se menciona en la novela (capítulo primero), y que luego comparece también en el capítulo V (el nombre de este Ramires registra vacilaciones). Más tarde descubriremos que tal apodo se inviste de connotaciones irónicas cuando Gonçalo proyecta casarse con la pudiente doña Ana, hija de un carnicero y hermana de un asesino, y en su deseo de convencerse a sí mismo el Hidalgo trata de persuadirse de que sus orígenes no son tan dispares; al fin y al cabo ¿qué hacían los ínclitos guerreros Ramires sino matar? Y «¿quién entre sus miles de antepasados hasta Adán no tiene alguno carnicero?». Gonçalo sueña que está buscando a este ancestro, y sabemos que en efecto él también tuvo un abuelo *Carnicero,* pero no era «un hombre monstruoso, peludo como una fiera, [que] agachado sobre el lodo, partía a recios golpes con un hacha de piedra trozos de carne humana», sino el hermano de leche de Afonso Henriques, que veló con él las armas para armarse caballero.

Gonçalo narra las gestas de su antepasado en engoladísimo estilo repleto de variada y altisonante adjetivación, la cual logra envolver con una encantadora pátina de ironía las belicosas acciones de Tructesindo y sus aliados. Tal barniz ha de ser sutil puesto que se entiende que la enunciación ha correspondido a un narrador que no tiene el más mínimo ánimo de ridiculizar a Tructesindo, sino todo lo contrario. Hablaríamos de una ironía destilada por el autor implícito y no por el relator, si bien sus efectos proceden mayormente de manipulaciones estilísticas: la ironía sirve en esta oportunidad tanto para reírse educadamente de los ascendientes como para ofrecernos un retrato de autor de su gracioso cronista. El efecto surge también de la selección de eventos tremebundos y chocantes, la llamada ironía situacional, y desde luego de los patronímicos (Tructesindo). Leemos por ejemplo:

> —¡Por orden del señor! —gritó Ordonho—. ¡Lanza en ristre y venid conmigo a las barbacanas a recibir el recado!…
>
> […] Luego, sin apartarse del umbral, inflando el vientre entre los dos mesnaderos, gritó al mozo que

esperaba a caballo bajo el sol implacable, sacudiéndose los moscardones con su rama de morera:

—¡Decid de qué gente sois y a qué venís! ¡Y qué credencial traéis!…

Aquí la ironía situacional consiste en intercalar el prosaico gesto de sacudirse moscardones en medio de la solemnidad de los acontecimientos. Los fenómenos de ironía verbal más destacados se reservan para el discurso del narrador omnisciente heterodiegético, por ejemplo los sintagmas «abuelito Tructesindo» o «su querido André», pero en la novela de Gonçalo también elecciones expresivas como «inflando el vientre», si aisladas no llaman la atención ni pueden considerarse graves atentados al decoro, en su conjunto tiñen al texto del tono irónico de que vengo hablando[128].

Significado y símbolos de «La ilustre casa de Ramires». El tema de África

La manifiesta voluntad de estilo del autor y la revolución expresiva que emprende se suman a un gran dominio del *tempo* narrativo, por ejemplo cuando conjuga el clímax y el anticlímax para desencadenar el suspense, y creo que en este aspecto alcanza la más alta cumbre en la segunda mitad de *El primo Basílio*, con su zigzagueante arquitectura enhebrada sobre el motivo del chantaje, y con su cierre en falso antes de llegar a la inesperada solución definitiva (Eça mata a la chantajista Juliana, destruye las cartas inculpatorias y hace recobrar la salud a Luísa tras llevarla al borde de la muerte, y cuando la crisis parece remitir, se vira a un nuevo final mediante la llegada inopinada de otra carta del amante)[129]. La relevancia de la *elocutio* en Eça no debe hacernos olvidar su pericia en el plano de la *dispositio* y de la *inventio.* Sobre las virtudes dispositivas de Eça de Queirós me he extendido en el apartado de la estructura. Eça, además de un virtuoso del lenguaje, es un gran creador y narrador de historias, pues indisolublemente ligada a la dimensión estructural se halla la temática[130].

Pese a aserciones del tipo de la que el novelista escribió en una ocasión a Teófilo Braga, «Sinto que possuo a ténica de romancista, como ninguém, mas faltam-me os assuntos»[131], es notable la variación de sus contenidos y su habilidad para crear intrigas coherentes y bien trabadas: cómo engasta, por ejemplo en *El primo Basílio,* los motivos del adulterio femenino y del chantaje, cómo se sirve del motivo de la amistad traicionada, de los esquemas de adulterio y de la alternancia con el relato paralelo para desarrollar el asunto nuclear de *La ilustre casa de Ramires:* la humillación. Y cómo, en algunas de sus novelas y muy particularmente en ésta, ha sido capaz de escoger un argumento susceptible de trascender a un nivel metafórico. Porque *La ilustre casa de Ramires* es muchas cosas, como dice Timothy Brown Jr., [132] entre ellas un magnífico fresco costumbrista sobre el turno de partidos que se siguió en el vecino país durante el reinado de Pedro V y de Luis I, sistema semejante al instaurado en España por Cánovas[133]; pero *La ilustre casa de Ramires* es, ante

todo, la historia de una humillación. Y la humillación individual de un portugués, Gonçalo Mendes Ramires, representa la humillación histórica de Portugal que se concreta en el Ultimátum británico de 1890: el día 11 de enero de este año la todopoderosa Inglaterra, amparándose en un una excusa fútil, amenaza con lanzar su escuadra contra Portugal si en un plazo de horas los portugueses no se retiran de las regiones africanas, junto al Zambeze, que el Imperio ansía para su expansión colonialista[134]. Se ha consumado una gran afrenta del tipo que Eça profetizó en *La batalla de Caia*, y que puede provocar, en opinión del escritor, el efecto positivo de dinamitar la inercia de los portugueses. Cabe hablar, si queremos, de novela alegórica, o, en terminología psicoanalítica, de contenido latente y contenido manifiesto[135], si bien, como suele suceder en los buenos relatos metafóricos, el plano figurado y el conocimiento del referente histórico enriquecen la obra, pero ésta admite una recepción inmanente centrada en la trama particular que narra el texto, recepción que sigue siendo factible y satisfactoria.

En cualquier caso los eventos utilizados en la coordenada de lo *real* (que son verdaderamente los ficticios) devienen oportunos y acompasados en su conjunto como símbolo del término *imaginario* (el hecho histórico del Ultimátum). Por ello el juego de un relato dentro de otro con el consiguiente contraste de pasado y presente, la ecuación entre el protagonista y Portugal, y la profusa y bien ensamblada simbología que anima la novela pueden resultar acaso enfáticas, pero no impertinentes.

Por otro lado, si algunas metáforas, como la ya aludida encarnación en Gonçalo de Portugal[136], caen en lo explícito, éste no es un cargo que se pueda lanzar sobre el novelista de manera genérica. Recordemos cuán sutil es la presentación del adulterio de doña Ana, y que Eça en la versión definitiva aún depuró más los síntomas que iba deslizando sobre este enigma, hasta el punto de que al receptor no avisado que lea por primera vez el libro se le puede pasar por alto la identidad del amante de la joven; mientras que en el texto de *La Revista Moderna*[137] Barrolo había visto por San Juan a Titó *dentro* del portón de La Feitosa ayudando al criado a trasquilar un perro faldero, en el texto definitivo sólo lo había visto *delante* del portón de La Feitosa paseando por la correa a un perro blanco pequeño. En la confirmación del adulterio de Gracinha Eça hila más fino si cabe, y nuevamente la ecdótica contribuye a avalar una versión (detalle ya comentado del tocador de la reina María Francisca). En este sentido Elena Losada ha observado también que el volumen criba las alusiones al Ultimátum; sólo se nos ofrecen conexiones indirectas, por ejemplo, la mención, entre los antepasados Ramires, de un navegante que «mecido suavemente, como por las olas humildes de un mar vencido, […] sonreía a las naves inglesas que, ante la proa de su capitana se sometían sumisamente a Portugal»[138].

Lo que la imaginería tiene a veces de *naïf* se disculpa por su carga irónica. Entre los ejemplos más palmarios —que no digo fallidos— está el bautizar con el nombre de *Portugal* el paquebote en que se embarca Gonçalo en busca de su destino; o la

carreta que pasa, con un colchón en el que hay una mancha, justamente después de que Gracinha haya mancillado con su coqueteo el honor de los Ramires, y que a Gonçalo le hace recordar el diván del mirador donde probablemente ha tenido lugar la seducción. Luce un sol espléndido la mañana del día en que Gonçalo, tras su sueño regenerador, va a vencer al fin al de Nacejas (acontecimiento que sintetiza la superación de sus abyecciones), y a su triunfal regreso encuentra abierto para recibirle el portón principal, que solía estar cerrado[139]. La novela rebosa de símbolos; se empapan de fuerte valor connotativo objetos como el pergamino del archivo que ya sólo se utiliza para envolver frascos; la antigua fusta abandonada, suerte de talismán para Gonçalo, que representa las armas históricas (lanza, espada, hacha) entregadas al vástago la noche anterior por los fantasmas de sus ascendientes; irónicamente, el anónimo sobre el idilio de Gracinha y Cavaleiro que las Lousadas envían a Barrolo será guardado por éste en una cartera que le había regalado Cavaleiro. En otras ocasiones el símbolo porta elementos mucho menos obvios: ¿significa algo que, tras una agonía cruel e ignominiosa, al *Bastardo* se le arroje una saeta *en el costado*? La demolición del mirador y la quema del diván (fuego purificador) sellan evidentemente la desaparición de todo rescoldo del adulterio de Gracinha, pero además Eça había anudado con lazos más ingeniosos el mirador simbólico al personaje de Cavaleiro: el pequeño templete, al igual que la quinta del Don Juan[140], era una construcción del siglo XVIII.

El nivel espacial atesora en efecto una fuerte dosis de simbología; la fusión entre el personaje de Gonçalo Mendes y la Torre de Santa Ireneia se recalca con gran frecuencia a lo largo del discurso. En lo tocante al estudio del espacio me remito a las reflexiones recogidas en mi trabajo antes citado[141]; únicamente me referiré aquí a la descripción del *locus horribilis* donde será torturado y muerto *el Bastardo* y a la circunstancia de que Gonçalo, en el capítulo X, venza a Ernesto de Nacejas cerca del lugar donde uno de sus antepasados, Lourenço Ramires, había sufrido una derrota, signo inequívoco del comienzo de un cambio de tendencia en la comparación entre el Hidalgo y sus ancestros.

Por otra parte, la afición de Eça por el recurso al sueño premonitorio o metafórico se compadece perfectamente con esta su etapa de superación del naturalismo estricto, pero el autor de *La ilustre casa…* había sido siempre afecto al ingrediente onírico, del que ya participaron entre otras, con especial protagonismo, *El crimen del padre Amaro* (sueños de Amaro y Amélia) y por supuesto *El mandarín* y *La reliquia*[142].

La simbiosis entre el protagonista y Portugal y la presencia implícita del Ultimátum que alienta en la novela y le otorga a ésta su faceta alegórica se unen a la solución del desenlace en que Gonçalo hipoteca sus posesiones en Portugal y marcha varios años a África. El final, como ya se ha consignado, sólo existe en la versión póstuma y completa, pues la *Revista Moderna* no publicó los últimos capítulos. Pero además las varias menciones al tema de África dispersas en el libro[143] para justificar

su conclusión faltan en el texto del 97. Esta coyuntura, junto con el dato de que no haya trabazón entre el periodo histórico en que se desarrolla la metahistoria de Tructesindo y la expansión colonial portuguesa, apoya la tesis de que el final fue improvisado, y de que África constituye antes un medio que un fin para Gonçalo[144]. Sin embargo dicha decisión argumental de Eça ha sido piedra de discusión de los analistas de *La ilustre casa de Ramires*, y en nuestros días, con el apogeo de la crítica postcolonial, el debate alcanza especial vigencia: novelas que, como la de Eça, incluyen episodios en torno al tema de la colonización, tienden a leerse según la dialéctica dentro/fuera, interior/exterior[145].

El auge del postcolonialismo no sólo ha invadido el ámbito teórico sino que se yergue asimismo como preocupación cardinal en las ficciones, y particularmente en el caso portugués (por ejemplo, las consecuencias de la guerra de Angola tratadas en la obra de Lobo Antunes), aparte de que proliferan con gran éxito autores procedentes de las antiguas colonias (el mozambiqueño Mia Couto, los angoleños Luandino Vieira y Pepetela), los cuales encarnan la voz de la literatura de minorías que el canon de la postmodernidad desea asumir. Todos estos factores revitalizan a *La ilustre casa de Ramires* y le confieren un nuevo visaje a su lectura, pero sin ánimo alguno de pontificar juzgo, por las razones expuestas, que han sido sobredimensionadas las discusiones en torno al tema de África. Se radican éstas sobre todo en la dicotomía, algo ambigua, entre la postura de Gouveia expresada en el capítulo II (es partidario de vender Lourenço Marques a los ingleses) y el mensaje de una África revitalizadora que se desprende del cierre de la novela. Me adhiero a conclusiones como las de Alexander Coleman:

> Whatever Eça may have thought then of the colonial rule of Portugal in Africa, there is no doubt that those who went to Angola and Mozambique served him as the possible models for one kind of regeneration of the exhausted spirit of the peninsula. In this sense, the African adventure of Gonçalo is nothing but a *pretext* for which there was no room at all in the hardened, neofeudal structures still extant as part of the monarchic legacy and heritage of nineteenth-century Portugal[146] [subrayado mío].

La partida a África es ante todo la manifestación de un ejercicio de voluntad. Dice Timothy Brown, Jr.:

> In *Ramires,* Eça concentrates on the crucial moment of the hero's liberation, the point at which he ceases to be what society is making of him and takes his destiny in his own hands. Consequently, Gonçalo is shown as a mixture of good and bad qualities, who finally must master himself, as Carlos da Maia never does, before he can exercise a salutary influence ever those around him[147].

¿Quiere *La ilustre casa de Ramires,* en términos generales, transmitir una visión positiva, o cuando menos empática, de su protagonista y de la nación? Para Mário Sacramento la equidad entre Gonçalo y Portugal es, por lo exacta, sangrantemente irónica[148]; pero el hecho de que en efecto exista ironía no implica necesariamente un juicio negativo. Suscribo a Berardinelli, cuando dice que Eça, en su trayectoria,

> pasa da pura agressão à sociedade à busca de uma solução ou, pelo menos, de uma interpretação em que a sátira permaneça, contrabalançada por uma certa compreensão —aceitação seria melhor— que lhe chega com os anos. […] E o julgamento de Gonçalo e de Portugal, embora clarividente e abrangedor de defeitos e qualidades, é feito em tom complacente, de quem reconhece, mas perdoa por amor[149].

No pocos autores coinciden en considerar que *La ilustre casa de Ramires* ostenta la perfección de una obra de madurez[150]. Mitigados los excesos de la fase combativa, preside *La ilustre casa…* una ironía mucho más lograda que la de novelas como *La reliquia*, a mi juicio parcialmente fallida en cuanto a la consecución de su tono humorístico, o *El conde Abranhos*, de una ironía en exceso artificiosa. La acción tampoco se encuentra tan supeditada a lo ideológico como en sus novelas de tesis: el anticlericalismo de *El crimen del padre Amaro*, por ejemplo, contradice la presentación de una religión puritana que fomenta el miedo con la facilidad con que Amélia se aviene a convertirse en la amante de un cura; *El mandarín* no logra superar la impresión de ser un cuento excesivamente alargado, y en *La ciudad y las sierras*, por su parte, más próxima en su actitud a *La ilustre casa…*, la composición de la trama en su conjunto está lastrada por un sometimiento explícito y constante al mensaje[151].

En *La ilustre casa…*, como en el *Persiles* contrarreformista de Cervantes o en la etapa regeneracionista de Galdós, «the atmosphere is optimistic, and the characters are treated with a new indulgence and a good will […]»[152]. No creo que ello signifique que el autor se haya vuelto complaciente con ciertos estratos sociales (acusación defendible, si acaso, para los dos últimos capítulos)[153]; Eça, en definitiva, se ha hecho más sabio y más tolerante, y el tamiz irónico a través del cual retrata al mundo y a los personajes en su testamento literario no resulta acervo, ni leonino, ni forzado, por lo que se torna mucho más eficaz.

ESTA EDICIÓN

Hemos utilizado como base para la traducción el texto recientemente publicado (1999) en Imprensa Nacional-Casa da Moeda, editado por Elena Losada Soler dentro del proyecto editorial dirigido por Carlos Reis. Sigue la versión definitiva y ampliada de 1900 en formato libro, pero aún refleja (y así lo hemos conservado fielmente) alguna vacilación entre las decisiones de la *Revista Moderna* y las de la redacción final, posiblemente debidas a errores en la corrección. Por ejemplo, el editor Pinheiro de 1897 se llama Castanheiro en el volumen, pero en alguna ocasión aparece aún con su nombre primitivo. Rosinha es nieta del vizconde de Rio-Manso tanto en la *Revista Moderna* como en el libro, pero en éste, en una oportunidad, se la menciona como hija.

Se respetan en general las mayúsculas y las cursivas. Normalmente se sustituyen los paréntesis por guiones y sólo se enmienda la puntuación, sobre todo lo relativo al orden de las comas, cuando su traslado directo del original arrojaría un resultado agramatical en español.

BIBLIOGRAFÍA

ABREU, M.ª Fernanda de (1994), *Cervantes no Romantismo Português, Cavaleiros andantes, manuscritos encontrados e gargalhadas moralíssimas,* Lisboa, Estampa, 2001.

ALVES, Manuel dos Santos (1996), «O tema do exilio na obra de Eça de Queirós», en *Dedalus. Revista portuguesa de literatura comparada,* 6, Lisboa, págs. 305-312.

ALVES, Ricardo António (1998), *Eça e os Vencidos da vida em Cascais*, Cascais, Cámara Municipal.

ANDREWS Jr., Norwood H. (1965), «The Artist and the Servant Problem: Example, Eça de Queirós», en *Luso Brazilian Review Madison,* 2, 1, págs. 43-55.

ARELLANO, Ignacio (1996), «La historia, esa "grande fantasía" en *A ilustre casa de Ramires,* de Eça de Queirós», en *Príncipe de Viana*, anejo 17, págs. 27-28.

BASTO, Claúdio (1924), *Foi Eça de Queirós um plagiador?,* Oporto, Marânus.

BELLO, José María (1945), *Retrato de Eça de Queirós,* Río de Janeiro, Agir.

BERARDINELLI, Cleonice (1971), «Para uma analisi estrutural da obra de Eça de Queirós», *en Colóquio-Letras,* 2, págs. 22-30.

BERRINI, Beatriz (1988), *Eça de Queiroz Palabra e Imagem*, Lisboa, Edições Inapa.

— (1992), «A aristocracia portuguesa sob a perversa mira de Eça de Queirós», en Luís Forjaz Trigueiros y Lélia Parreira Duarte, *Temas portugueses e brasileiros,* Lisboa, Icalp, págs. 499-509.

— (2000), «O arruinado solar de uma ilustre casa», en VV. AA., *A ilustre Casa de Ramires. Cem anos…*, págs. 27-56.

BOLÉO, Manuel de Paiva (1942), *O realismo de Eça de Queirós e a sua expressão artística*, Coimbra, Edição da Coimbra Editora.

BRANDÃO, Júlio (1947), «A Obra postuma de Eça de Queiroz», en *Eça de Queiroz «In Memoriam»*, a cargo de Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Coimbra, Atlântida, págs. 405-410.

BROWN Jr., Timothy, (1971), «The Love Triangle in *A ilustre Casa de Ramires*», en *Romance Notes*, XII, núm. 2, págs. 312-317.

— (1974), «The Individual and Society: an Interpretation of *A ilustre casa de Ramires*», en *Revista de Estudios Hispánicos*, 3, págs. 381-392.

CASARES, Julio (1944), «La imitación de la forma: Eça de Queirós», en *Crítica profana,* Madrid, Espasa-Calpe, capítulo VII, págs. 58-63.

CATTON, Albano Pereira (1969), *Eça de Queirós. Dicionário biográfico dos seus personagens*, Lisboa, Dorsoi.

CIRURGIÃO, António Amaro (1969), «A estrutura de *A Ilustre Casa de Ramires*», en *Ocidente*, LXXVII, núm. 377, septiembre, págs. 137-170.

COELHO, Maria Teresa Pinto (1991), «1890 e o Fim-de-Século na Literatura Portuguesa: o símbolo da Torre no *Só* e em *A Ilustre Casa de Ramires*», en *Actas do Segundo Congresso da Associação Internacional de Lusitanistas (Leeds, 1987)*, Coimbra, págs. 73-91.

COLEMAN, Alexander (1980), *Eça de Queirós and European Realism*, Nueva York, New York University Press.

CORREIA, João de Araujo (1968), «Eça de Queirós em Resende», en *Horas Mortas*, Imprensa do Douro, págs. 57-61.

CORTESÃO, Jaime (1970), *Eça de Queirós e a questão social*, Lisboa, Portugália Editora.

COSTA, Correia da (1947), «Eça de Queiroz póstumo», en *Eça de Queiroz «In Memoriam»*, a cargo de Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Coimbra, Atlântida, págs. 124-148.

CROSAS, Francisco (1998), «Leyendo *A ilustre casa de Ramires* a la luz del *Quijote*», en *Unum et diversum. Estudios en honor de Ángel Raimundo Fernández González*, Pamplona, Eunsa, págs. 173-186.

DIAS, Augusto da Costa (1969), «Ressurreição (Parcial) e Transfiguração de Eça de Queirós», en *Seara-Nova*, 47, págs. 288-292.

DUARTE, Lélia Parreira (1998), «A lúdica complexidade de *A ilustre casa de Ramires*, de Eça de Queirós», en M. Hummel y C. Ossenkop (eds.), *Lusitanica et Romanica*, XXVIII, págs. 347-353.

FEDORCHEK, Robert M. (1979-1980), «Clarín y Eça de Queirós», en *Archivum*, XXIX-XXX, págs. 69-82.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao (1950), «Eça de Queirós, traducido», en VV. AA., *Eça de Queirós no centenário do seu nascimento*, Lisboa, Edições SIN, págs. 107-126.

FIGUEIREDO, Cândido (1947), «Eça de Queirós e a ortografia portuguesa», en *Eça de Queiroz «In Memoriam»*, a cargo de Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Coimbra, Atlântida, págs. 183-189.

GARCEZ, Maria Helena Nery (1992), «A ficção da História e a História da ficção em *A Ilustre Casa de Ramires*», en *Queirosiana. Estudos sobre Eça de Queirós e sua geração*, 3, págs. 39-54.

GARCÍA BENITO, Ana Belén (1999), «Andrés González Blanco: traductor fervoroso de Eça de Queirós a través de sus notas», en *Cuadernos de Filología*, anejo XXXI, Literatura Portuguesa y Literatura Española. Influencias y Relaciones, María Rosa Álvarez Sellers (ed.), Universidad de Valencia, Facultad de Filología, págs. 95-107.

GLEN, Lee Taylor (1990), *Leopoldo Alas y Eça de Queirós: estudio comparativo de La Regenta, O Crime do Padre Amaro y O Primo Basílio*, Ann Arbor, UMI.

GÓMEZ, Joel R. (2002), *Fazer(-se) um nome: Eça de Queirós-Guerra da Cal: um*

duplo processo de canonicidade literária na segunda metade do século XX, Sada (A Coruña), Edições do Castro.

GÓMEZ DE LA SERNA, Julio (ed.) (1948), José María Eça de Queirós, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 3 volúmenes.

GUERRA DA CAL, Ernesto (1954), *Lengua y estilo de Eça de Queirós*, Coimbra, Faculdade de Letras, 1975-1984, 4 tomos.

HUMMEL, Martin (1998a), «Textlinguistische und stilistische Aspekte der Verwendung adverbaler Adjektive bei Eça de Queirós», en M. Hummel y C. Ossenkop, eds., *Lusitanica et Romanica*, XXVIII, págs. 153-176.

— (1998b), «O Discurso Indirecto Livre de Eça de Queirós», en T. F. Earle (ed.), *Associação Internacional de lusitanistas. Actas do Quinto Congresso*, Coimbra, págs. 841-856.

LANGA LAORGA, María Alicia (1996), *Eça de Queirós: testigo y crítico de la sociedad portuguesa*, Madrid, Collado Mediano.

LEPECKI, Maria Lúcia (1984), «Eça de Queirós: le portrait de l'agonie d'une epoque», en *Revue Littéraire Mensuelle*, abril, 660, páginas 20-29.

LINS, Álvaro (1939), *História literária de Eça de Queirós*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora.

LOSADA SOLER, Elena (1986), *La recepción crítica en España de la obra de Eça de Queirós*, Universidad de Barcelona.

— (ed.) (1989), José Maria Eça de Queirós, *La ilustre casa de Ramires*, Barcelona, Planeta.

— (1992a), «Eça de Queirós a través de Valle-Inclán: el problema de las traducciones», en *Queirosiana*, 2, págs. 61-65.

— (1992b), «Eça de Queirós nos escritos de Emilia Pardo Bazán», en *Boletín Galego de Literatura*, 7, Santiago de Compostela, págs. 17-22.

— (ed.) (1999), José Maria Eça de Queirós, *A ilustre casa de Ramires*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.

— (2000), «Cien años sin Eça de Queirós», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 606, págs. 13-22.

LYRA, Heytor (1965), *O Brasil na Vida de Eça de Queiroz*, Lisboa, Edições Livros do Brasil.

MACHADO DE ASSIS, Joaquim Maria (1878), «*El primo Basílio*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 606, 2000, págs. 63-69.

MATOS, A. Campos (coord.) (1988), *Dicionário de Eça de Queirós*, Lisboa, Caminho.

— (1998), *Diálogo com Eça de Queirós*, Lisboa, Caminho.

MEDINA, João (1973), «Gonçalo Mendes Ramires, personagem hamlético», en *Coloquio-Letras*, 14, págs. 26-39.

— (1974), *Eça político*, Lisboa, Seara Nova.

— (1980), *Eça de Queiroz e a Geração de 70*, Lisboa, Moraes.

— (2001), *Eça, Antero e Victor Hugo: estudos sobre a cultura portuguesa do século XIX*, Lisboa, Centro de Historia da Universidade de Lisboa.

MENESES, Djacir; COUTINHO, Galeão; SIMÕES, João Gaspar; HERNANI CIDADE, A., y RIBEIRO, Tomas Colaco (1962), *Critica social de Eça de Queirós*, Fortaleza, Imprensa Universitária do Ceará.

MONTEIRO, Agostinho dos Reis (1977), *Ideología pequeno-burguesa de Eça de Queirós*, Lisboa, Edições O Professor.

MONTEIRO, Ofélia Paiva (1987), «Um jogo humorístico com a verosimilihança romanesca: *O Mistério da Estrada de Sintra*», en *Colóquio/Letras*, 97/98, págs. 5-18 y 38-52.

MONTES DONCEL, Rosa Eugenia, *La tematología comparatista en la literatura y el cine. El aristócrata en su decadencia*, Madrid, Pliegos (en prensa).

MOOG, Vianna (1939), *Eça de Queirós e o século XIX*, Porto Alegre, Edição da Livraria do Globo.

MOURA, Helena Cidade (1974), «A prosa de Eça de Queirós emendada pelos seus contemporâneos», en *Estética do Romantismo em Portugal*, Lisboa, Grémio Literário, págs. 163-167.

NAUPERT, Cristina (2001), *La tematología comparatista entre teoría y práctica. La novela de adulterio en la segunda mitad del siglo XIX*, Madrid, Arco/Libros.

NUZZI, Carmela Magnata (1979), *Análise comparativa de duas versões de «A ilustre casa de Ramires» de Eça de Queirós*, Oporto, Lello.

— (2000), «Papéis sociais e formas de tratamento em *A Ilustre Casa de Ramires*, de Eça de Queirós», en VV. AA., *A ilustre Casa de Ramires. Cem anos…*, págs. 85-110.

OLIVEIRA MARTINS, Joaquim Pedro de (1976), *Portugal Contemporâneo*, Lisboa, Guimarães Editores, vol. I.

PADILHA, Laura Cavalcante (1989), *O Espaço do desejo. Uma Leitura d'«A Ilustre Casa de Ramires» de Eça de Queirós*, Brasilia, Ed. Universitária.

PAGEAUX, Daniel-Henri (1990), «*A Ilustre Casa de Ramires:* da "mise en abîme" à busca do sentido», en *Eça e Os Maias*, Oporto, Asa, págs. 191-196.

PAMPLONA, Fernando de (1945), «Eça parodiou Herculano», en *Diário da Manhã*, Lisboa, 3 y 4 de diciembre.

PASERO, Carlos Alberto (1996), «Historia y discurso regenerador en *A Ilustre Casa de Ramires* de Eça de Queirós», comunicación presentada en el *Congreso Internacional Fin(es) de Siglo y Modernismo*, Universidad de Buenos Aires, págs. 537-542.

— (2000), «Los intelectuales Eça de Queirós y Fadrique Mendes», en *Cuadernos hispanoamericanos*, 606, págs. 33-42.

PÉREZ DE AYALA, Ramón (1960), «Eça de Queiroz» y «Eça de Queiroz y el francesismo», en *Mis divagaciones literarias*, Madrid, Biblioteca Nueva, págs.

163-185 y 187-230.

PETIT, Lucette (1987), *Le Champ du signe dans le romain queirosien*, París, Fondation Calouste Gulbenkian, Centre Culturel Portugais.

PIMPÃO, Álvaro Júlio da Costa (1956), «Uma interpretação de *A Ilustre Casa de Ramires*», en *Arquivos da Universidade de Bahia*, V, págs. 19-30.

RAMOS, Feliciano (1945), *Eça de Queiroz e os seus últimos vajores*, Lisboa, Revista de Ocidente, especialmente «Sobre a significação histórica e literária de *A Ilustre Casa de Ramires*», págs. 115-141.

RAMOS, José de Paula (1993), *ilustre casa de Ramires. Roteiro de leitura*, São Paulo, Ática.

REIS, Carlos (1981), *Estatuto e perspectivas do narrador na ficção de Eça de Queirós*, Coimbra, Almedina, especialmente parte III, capítulo III: «Níveis narrativos: *A Ilustre Casa de Ramires*», págs. 247-277.

— (1990), *As Conferências do Casino*, Lisboa, Alfa.

— (1994-1995), «Eça de Queirós e o discurso da História», en *Queirosiana. Estudos sobre Eça de Queirós e a sua Geração*, núms. 7/8.

— (1995), «Escrita literária e posterioridade cultural. Sobre a edição crítica das obras de Eça de Queirós», en M. de Fátima Viegas Brauer-Figueiredo, *Actas do 4.º Congresso da Associação Internacional de Lusitanistas*, Oporto-Coimbra, Lidel, págs. 793-802. También en *Estudos queirosianos. Ensaios sobre Eça de Queirós e a sua obra*, Lisboa, Presenta, 1999, págs. 176-186.

— (1999), «Eça de Queirós y Clarín o la novela como discurso ideológico», en *Sin fronteras. Ensayos de Literatura Comparada en homenaje a Claudio Guillén*, Madrid, Universidad Pompeu Fabra, Universidad de Santiago de Compostela y Castalia, págs. 141-152.

— (1999), «Para a edição crítica das obras de Eça de Queirós», en *Estudos queirosianos. Ensaios sobre Eça de Queirós e a sua obra*, Lisboa, Presença, págs. 187-194.

— (1999), «Eça de Queirós e a aprendizagem da escrita ficcional» en *Estudos queirosianos…*, págs. 167-175. Traducción española: «Eça de Queirós y el aprendizaje de la escritura de ficción», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 606, 2000, págs. 23-32.

—, y MILHEIRO, Maria do Rosário (1989), *A Construção da Narrativa Queirosiana. O espólio de Eça de Queirós*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.

REYS, Câmara (1947), «Eça de Queiroz y Flaubert», en *Eça de Queiroz «In Memoriam»*, a cargo de Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Coimbra, Atlântida, págs. 336-339.

ROSA, Alberto Machado da (1964), *Eça, discípulo de Machado? (Formação de Eça de Queirós: 1875-1880)*, Lisboa, Presença.

SACRAMENTO, Mário (1945), *Eça de Queirós: uma estética da ironia*, Coimbra,

Coimbra Editora.
SALGADO, António (1930), *História das Conferências do Casino,* Lisboa, Cooperativa Militar.
SAMPELAYO, Juan (1946), *Un novelista: José María Eça de Queiróz,* Madrid, Afrodisio Aguado.
SANTILLI, Maria Aparecida (1984), «Eça de Queirós: sepultando Prometeu», en *Entre linhas. Desvelando textos portugueses,* São Paulo, Ática, págs. 49-55.
SANTOS, Américo Oliveira (1990), «De Carnide a Corinde: comutação e transvocalização na génese d'*A Ilustre Casa de Ramires*», en *Eça e Os Maias, Actas do I Encontro Internacional de Queirosianos,* Oporto, Edições Asa, págs. 253-258.
SARAIVA, António José (1982), *As ideias de Eça de Queirós,* Amadora, Bertrand.
SERGIO, António (1932), «Guilherme Meister, Cándido e Gonçalo Mendes Ramires», en *Ensaios IV,* Lisboa, Livraria Sá da Costa, 1980, págs. 176-189.
— (1945), «Notas sobre a imaginação, a fantasia e o problema psicológico-moral na obra novelística de Queiroz», en Lúcia Miguel Pereira y Câmara Reys, *Livro do Centenário de Eça de Queiroz,* Lisboa-Río de Janeiro, Edições Dois Mundos.
SERRA, Pedro (2003), *Síntomas de modernidad en Eça de Queirós,* Salamanca, Hespérides.
SERRÃO, Joel (1985), *O Primeiro Fradique Mendes,* Lisboa, Livros Horizonte.
SHARPE VALADARES, Peggy Lee (1985), *The city in five mayor novels of Eça de Queirós,* Ann Arbor, Michigan University.
SIEPMANN, Helmut (2000), «Strafkolonie und Land der Verheissung: Zum Akrikabild bei Antonio da Silva Gaio, José Evaristo de Almeida und Eça de Queirós», en Titus Heydenreich y Eberhard Späth (eds.), *Afrika in den europäischen Literaturen zwischen 1860 und 1930,* Erlangen, Universitatsbund Erlangen-Nürnberg, páginas 2944.
SIMÕES, João Gaspar (1973), *Vida e obra de Eça de Queirós,* Lisboa, Livraria Bertrand.
SOLER, Isabel (2000), «La fuerza y la idea: la punzada queirosiana», en *Cuadernos hispanoamericanos,* 606, págs. 43-50.
TORRES, Flausinho (1967), *Notas acerca da Geração de 70,* Lisboa, Colecção Portugália.
TRIGUEIROS, Luís Forjaz (1944), «Eça de Quieroz ter-se-ia inspirado em Braga para descrever Oliveira, a cidade da *Ilustre Casa de Ramires*», en *Diário Popular,* Lisboa, 24 de diciembre.
UNAMUNO, Miguel de (1947), «El sarcasmo ibérico de Eça de Queirós», en *Eça de Queiroz «In Memoriam»,* a cargo de Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Coimbra, Atlântida, págs. 387-390.
VALERIO, João (1945), «Cartas ao director. Braga e *A Ilustre Casa de Ramires*», en

Diário Popular, Lisboa, III, Segunda-feira, 15 de enero.
VÁZQUEZ CUESTA, Pilar (1974), «Un noventa y ocho portugués: el Ultimátum de 1890 y su repercusión en España», en José María Jover Zamora, *El siglo XIX en España: doce estudios,* Barcelona, Planeta, págs. 465-569.
— (ed.) (1990), José Maria Eça de Queirós, *El mandarín,* Madrid, Cátedra.
VIANA FILHO, Luís (1984), *A vida de Eça de Queirós,* Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1984.
VV. AA. (2000), *Historia de la literatura portuguesa,* Madrid, Cátedra.
— (2000), *A ilustre Casa de Ramires. Cem anos,* São Paulo, PUC.
WERNECK, Francisco José dos Santos (1946), *As ideias de Eça de Queirós,* Río de Janeiro, Agir.

CAPÍTULO PRIMERO

DESDE las cuatro de la tarde, en el calor y el silencio de aquel domingo de junio, el Hidalgo de la Torre, en zapatillas, con una chaqueta de lino puesta sobre la camisa de percal rosa, trabajaba. Gonçalo Mendes Ramires[1] —a quien todos conocían como el «Hidalgo de la Torre» en aquella su vieja aldea de Santa Ireneia y en la villa vecina, la aseada y vistosa Vila Clara, e incluso en la ciudad, en Oliveira trabajaba en una novela histórica, *A Torre de dom Ramires*, destinada al primer número de los *Anais de Literatura e História*, revista nueva, fundada por José Lúcio Castanheiro, su antiguo compañero de Coimbra, en los tiempos del Cenáculo Patriótico, en casa de las Severinas.

La biblioteca, clara y espaciosa, estucada de azul, con pesados estantes de caoba en los que reposaban, en el polvo y en la gravedad de los lomos de vitela, gruesos pliegos de convento y de foro, respiraba al jardín por dos balcones, uno de pretil y poyos de piedra con almohadillas de terciopelo; otro más amplio, con barandilla, frescamente perfumado por la madreselva, que se enroscaba en los barrotes. Frente a este balcón, en la intensa claridad, estaba colocada la mesa, una mesa inmensa de patas torneadas, cubierta con una colcha descolorida de damasco rojo, y ocupada completamente esa tarde por los rigurosos volúmenes de la *História Genealógica*, por el *Vocabulário* completo de Bluteau, por tomos sueltos del *Panorama*, y en una esquina, por las obras de Walter Scott, que sujetaban un jarrón lleno de claveles amarillos. Y desde allí, desde su silla de cuero, Gonçalo Mendes Ramires, pensativo delante de las cuartillas de papel satinado, rascándose la cabeza con las barbas de la pluma de pato, divisaba en todo momento la inspiradora de su novela: la Torre, la antiquísima Torre, cuadrada y negra por encima de los limoneros del jardín que crecían a su alrededor, con un poco de hiedra en el ángulo agrietado, las profundas troneras enrejadas, las almenas y el mirador perfectamente recortados en el azul de junio, robusto vestigio del palacio acastillado de la mencionada Fortaleza de Santa Ireneia, solar de los Mendes Ramires desde mediados del siglo X.

Gonçalo Mendes Ramires —como reconocía aquel riguroso genealogista, el primogénito de Cidadelhe— era, ciertamente, el más genuino y antiguo hidalgo de Portugal. Escasas familias, incluso entre las coetáneas, podrían trazar su ascendencia, por línea masculina y siempre pura, hasta los indeterminados señores que entre el Duero y el Miño tenían castillo y propiedad amurallada, cuando descendieron los barones francos, con pendón y caldera, en las huestes del Borgoñón. Y los Ramires entroncaban su casa, por línea pura y siempre masculina, con el hijo del conde Nuno Mendes, aquel gigantesco Ordonho Mendes, señor de Treixedo y de Santa Ireneia, que en el año 967 se casó con doña Elduara, condesa de Carrión, hija de Bermudo, *el Gotoso*, rey de León.

Más antiguo en España que el Condado Portucalense, y reciamente, como él, creció y se hizo famoso el solar de Santa Ireneia, resistente como aquel a las fortunas y a los tiempos. Y así, en cada lance difícil de la historia de Portugal, siempre un Mendes Ramires sobresalió grandiosamente por su heroísmo, por su lealtad y por su nobleza de espíritu. Uno de los más esforzados del linaje, Lourenço, apodado *el Carnicero,* hermano de leche de Afonso Henriques —con quien la misma noche, para recibir el espaldarazo de caballero, veló las armas en la catedral de Zamora— aparece ya en la batalla de Ourique, donde vio también a Jesucristo sobre delicadas nubes de oro, clavado en una cruz de diez codos. En el cerco de Tavira, Martim Ramires, fraile de Santiago, derriba a hachazos un postigo de la Couraça, irrumpe por entre las cimitarras que le cercenan las dos manos, y surge en el muro de la torre albarrana, con las muñecas chorreando sangre, gritando alegremente al maestre: «¡Don Paio Peres, Tavira es nuestra! ¡Real, real por Portugal!». El viejo Egas Ramires, encerrado en su torre, con el puente levadizo alzado y las barbacanas erizadas de saeteros, niega acogida al rey don Fernando y a Leonor Teles, que recorrían el norte entregados a diversiones y cacerías, ¡para que la presencia de la *adúltera* no manchase la extrema pureza de su solar! En Aljubarrota, Diogo Ramires, *el Trovador,* aniquila todo un cuerpo de ballesteros, mata al adelantado mayor de Galicia, y por él y no por otro, cae derribado el pendón real de Castilla, en el que, al final de la lid, se envolvió su hermano de armas, don Anton de Almada, para llevárselo, danzando y cantando, al maestre de Aviz. Bajo los muros de Arzila combaten magníficamente dos Ramires, el anciano Sueiro y su nieto Fernão, y ante el cadáver del viejo, traspasado por cuatro dardos, tendido en el patio de la alcazaba, junto al cuerpo del conde de Marialva, Afonso V arma caballeros juntamente al príncipe, su hijo, y a Fernão Ramires, murmurando entre lágrimas: «¡Dios os quiera tan buenos como esos que ahí yacen!». ¡Pero he ahí que Portugal se hace a la mar! Y raras son entonces las armadas y los combates en Oriente en los que no se esfuerce algún Ramires, quedando para la leyenda tragicomarítima aquel noble capitán del Golfo Pérsico, Baltasar Ramires, quien, en el naufragio de la Santa Bárbara, viste de nuevo su pesada armadura y, en el castillo de proa, erguido, se hunde en silencio con la nave que se va a pique, apoyado en su enorme espada. En Alcazarquivir, donde dos Ramires, siempre al lado del rey, encuentran soberbia muerte, el más joven, Paulo Ramires, paje del portaestandarte, ni agraviado ni herido, pero no queriendo vivir puesto que el rey no vivía, coge un caballo suelto, empuña un hacha y gritando: «¡Vete, alma, que ya tardas, a servir a la de tu señor!», se mete entre la chusma morisca y desaparece para siempre. Bajo los Felipes, los Ramires, ofendidos, beben y cazan en sus tierras. Reapareciendo con los braganças, un Ramires, Vicente, gobernador de las armas de entre el Duero y el Miño, por don João IV, se adentra en Castilla, aniquila a los españoles del conde de Venavente[2] y toma Fuente-Guiñal, cuyo furioso saqueo presencia, desde el balcón de un convento de franciscanos, en mangas de camisa y comiendo rajas de sandía. En poco tiempo, sin embargo, como la nación, degenera la noble raza… Álvaro Ramires,

valido de don Pedro II, pendenciero facineroso, alborota Lisboa con motines, rapta a la esposa de un veedor de Hacienda a quien había mandado matar a palos por unos negros, incendia en Sevilla, después de perder cien doblones, una casa de juego, y acaba por capitanear una urca de piratas en la flota de Murad, *el Harapiento.* En el reinado de don João V, Nuno Ramires brilla en la corte, hierra sus mulas con plata y arruina la casa celebrando suntuosas fiestas de iglesia, en las que canta en el coro vestido con el hábito de hermano tercero de la Orden de San Francisco. Otro Ramires, Cristovão, presidente de la Mesa de Conciencia y Orden, sirve de alcahuete en los amores del rey don José I con la hija del prior de Sacavém. Pedro Ramires, proveedor y administrador de las aduanas, gana fama en todo el reino por su obesidad, sus chascarrillos y sus proezas de glotón en el palacio de Bemposta, con el arzobispo de Tesalónica. Inácio Ramires acompaña a don João VI al Brasil como repostero mayor, trafica con negros, regresa con un baúl cargado de monedas de oro que le roba un administrador, antiguo fraile capuchino, y muere en su solar de una cornada de buey. El abuelo de Gonçalo, Damião, doctor liberal aficionado a las musas, desembarca con don Pedro en Mindello, compone las ampulosas proclamas del partido, funda un periódico, el *Antifrade,* y tras las Guerras Civiles arrastra una existencia reumática en Santa Ireneia, envuelto en un capote de lana parda, traduciendo al vernáculo, con un diccionario y un paquete de rapé, las obras de Valerius Flaccus. El padre de Gonçalo, unas veces regenerador, otras histórico, vivía en Lisboa en el Hotel Universal, gastando suela por las escaleras del Banco Hipotecario y por las losas de la Arcada, hasta que un ministro de la gobernación, a cuya concubina, corista de San Carlos, había fascinado, le nombró —para alejarlo de la capital— gobernador civil de Oliveira. Gonçalo, por su parte, era licenciado, con un suspenso en el tercer curso.

Y ese año, justamente, se inició en las letras Gonçalo Mendes Ramires. Un compañero suyo de alojamiento, José Lúcio Castanheiro, natural del Algarve y muy delgado, muy pálido, de enormes lentes azules, a quien Simão Craveiro llamaba el «Castañero patriotero», fundó un semanario, la *Pátria,* «con el elevado propósito —afirmaba sonoramente el manifiesto— de despertar, no sólo en la juventud universitaria, sino en todo el país, desde el cabo Sileiro hasta el cabo de Santa Maria, ¡el amor tan apagado por las bellezas, las grandezas y las glorias de Portugal!». Devorado por esta idea, «su Idea», viendo en ella una carrera, casi una misión, Castanherio, incesantemente, con ardor obstinado de apóstol, proclamaba por los cafetines de la Rua da Sofia, por los claustros de la Universidad, por los cuartos de los amigos, entre la humareda de los cigarros, «¡la necesidad, caramba, de retomar la tradición!, ¡de desembarazar, caramba, a Portugal, del aluvión de extranjerismo!». Como el semanario apareció regularmente durante tres domingos y publicó realmente estudios plagados de párrafos en cursiva y citas sobre *As Capelas da Batalha, A Tomada de Ormuz* y *A Embaixada de Tristão da Cunha,* enseguida comenzó a ser considerado una aurora, todavía pálida pero segura, del renacimiento nacional. Y

algunos buenos espíritus de la Universidad, sobre todo los compañeros de aquella casa de Castanheiro, los tres que se ocupaban de las cosas del saber y de la inteligencia —porque de los tres restantes uno era hombre de garrote y músculos, otro guitarrista y el otro rentista—, se dedicaron, inflamados por aquella llama patriótica, a escudriñar en la Biblioteca, en los gruesos tomos nunca antes visitados de Fernão Lopes, de Rui de Pina, de Azurara, proezas y leyendas «¡sólo portuguesas, sólo nuestras —como suplicaba Castanheiro—, que creasen de nuevo en la nación abatida una conciencia de su heroicidad!». Así crecía el Cenáculo Patriótico de la casa de las Severinas. Y fue entonces cuando Gonçalo Mendes Ramires, muchacho muy afable, esbelto y rubio, de una blancura sana de porcelana, con unos delicados y risueños ojos que fácilmente se enternecían, siempre elegante y acicalado con su toga estudiantil y sus zapatos de charol, presentó a Castanheiro, un domingo después del almuerzo, once cuartillas tituladas *Dona Guiomar.* En ellas se contaba la antiquísima historia de la castellana que, mientras lejos, en las guerras de ultramar, el castellano barbudo y ceñido de hierro arroja el hacha de armas a las puertas de Jerusalén, recibe ella en su cámara, con los brazos desnudos, una noche de mayo y luna, al paje de ensortijados cabellos… Después, ruge el invierno, el castellano vuelve, más barbudo, con un bordón de romero. Por el mayordomo del castillo, hombre dado a husmear y de amarga sonrisa, conoce la traición, ¡la mancha en su nombre tan puro, honrado en todas las Españas! ¡Y ay del paje! ¡Ay de la dama! ¡Inmediatamente las campanas tocan a muerto! Ya, en el patio de la alcazaba, el verdugo, con capucha escarlata, espera, apoyado en el hacha, entre dos tajos cubiertos de paños fúnebres. Y en el final lacrimoso de *Dona Guiomar,* como en todas estas historias del Romancero de Amor, también brotaban, junto a las dos tumbas, excavadas en el yermo, dos rosales blancos, cuyos aromas y rosas enlazaba el viento. Pero, como advirtió José Lúcio Castanheiro, rascándose pensativamente la barbilla, no resaltaba en esa *Dona Guiomar* nada que fuese «¡sólo portugués, sólo nuestro, brotando del suelo y de la raza!». No obstante, aquellos amores lamentables sucedían en un solar de Riba-Coa: los nombres de los caballeros, Remarîgues, Ordonho, Froilás, Gutierres, tenían delicioso sabor godo; en cada cuartilla resonaban bravamente los genuinos *¡En verdad!… ¡Mientes villanamente!… ¡Paje, mi caballo negro!;* y a través de toda esa vernaculidad circulaba una nutrida turba de caballeros con sayos blancos, frailes mendicantes sumidos en la sombra de las casullas, mayordomos sopesando repletas bolsas de cuero, despenseros descuartizando gruesos lomos de cerdo… La novela, por tanto, acentuaba un saludable retroceso al sentimiento nacional.

—Y además —añadía Castanheiro—, ese bellaco de Gonçalinho surge con un estilo terso, viril, de buen sabor arcaico… ¡De magnífico sabor arcaico! ¡Recuerda incluso *O Bobo, O Monge de Cister!…* Guiomar realmente es una castellana imprecisa, de la Bretaña o de la Aquitania. Pero en el mayordomo, lo mismo que en el castellano, ya se traslucen portugueses, buenos portugueses de cuerpo y de alma, de entre el Duero y el Cávado… ¡Sí señor! Cuando Gonçalinho se adentre en nuestro

pasado, en nuestras crónicas, ¡tendremos, por fin, en las letras, un hombre que siente como es debido el terruño, la raza!

Dona Guiomar llenó tres páginas de la *Pátria.* Y ese domingo, para celebrar su entrada en la literatura, Gonçalo Mendes Ramires pagó a los camaradas del cenáculo y a otros amigos una cena, en la que fue proclamado, después del pollo con guisantes, cuando los camareros del Camolino, sofocados, renovaban las botellas de Colares, «¡nuestro Walter Scott!». Él, además, anunció ya, con toda sencillez, una novela en dos volúmenes, basada en los anales de su casa, en una impetuosa acción de sublime orgullo de Tructesindo Mendes Ramires, el amigo y alférez mayor de don Sancho I. Por temperamento, por aquel conocimiento especial de trajes y muebles que había revelado en *Dona Guiomar,* e incluso por la antigüedad de su linaje, Gonçalinho parecía gloriosamente destinado a restaurar en Portugal la novela histórica. Tenía una misión, y empezó enseguida a pasear por la Calçada[3], pensativo, con el sombrero hasta los ojos, como quien anda reconstruyendo un mundo. En los exámenes de ese año suspendió.

Cuando regresó de las vacaciones para el cuarto curso, ya no bullía en la Rua da Matemática el cenáculo ardiente de los Patriotas. Castanheiro, ya licenciado, vegetaba en Vila Real de Santo António: con él había desaparecido la *Pátria*, y los celosos jóvenes, que en la Biblioteca escudriñaban las crónicas de Fernão Lopes y Azurara, desamparados por aquel apóstol que los enardecía, volvieron a caer en las novelas de Georges Ohnet y a empuñar, por la noche, el taco en los billares de la Rua da Sofía. Gonçalo volvió también cambiado, de luto por su padre, que había muerto en agosto; con la barba crecida, siempre afable y delicado, pero más serio y contrario a cenas y a noches de vagabundeo. Cogió un cuarto en el Hotel Mondego, donde le servía, con corbata blanca, un viejo criado de Santa Ireneia, Bento, y sus compañeros preferidos fueron tres o cuatro muchachos que se preparaban para la política, hojeaban atentamente el *Diário das Cámaras,* conocían algunos enredos de la corte, proclamaban la necesidad de una «orientación positiva» y de un «amplio fomento rural», consideraban una liviandad despreciable y jacobina la irreverencia de la Academia por los dogmas, e incluso paseando bajo la luna por el Choupal o por el Penedo da Saudade, discutían con ardor sobre los dos jefes de partido, Brás Vitorino, el hombre joven de los regeneradores, y el viejo barón de São Fulgêncio, jefe clásico de los históricos. Inclinándose por los regeneradores, porque la regeneración representaba para él, tradicionalmente, ideas de conservadurismo, de elegancia culta y de generosidad, Gonçalo frecuentó por entonces el Centro Regenerador de la Couraça, donde aconsejaba por la noche, tomando té negro, «el fortalecimiento de la autoridad de la corona» y «¡una fuerte expansión colonial!». Después, al empezar la primavera, rompió alegremente aquella seriedad política y hasta trasnochó en la taberna de Camolino, entregado a festivos guisos de bacalao, entre el estruendo de las guitarras. Pero no hizo ninguna alusión más a su gran novela en dos volúmenes, y, o había desistido, o se había olvidado de su misión de arte histórico. Realmente, sólo en

la Pascua del quinto curso volvió a coger la pluma para lanzar, en la *Gazeta do Porto,* contra su paisano el doctor[4] André Cavaleiro, a quien el Ministerio de São Fulgêncio había nombrado gobernador civil de Oliveira, dos artículos muy duros, de un rencor intenso y personal —hasta el punto de mofarse del «feroz bigotazo negro de Su Excelencia». Firmó *Juvenal,* como su padre en otro tiempo, cuando publicaba comunicados políticos de Oliveira en esa misma *Gazeta do Porto,* periódico amigo, en el que un tal Vilar Mendes, pariente lejano suyo, redactaba la *Revista Estrangeira.* No obstante, leyó a los amigos, en el centro, «¡los dos golpes decisivos que harían caer de su caballo al señor Cavaleiro!». Y uno de aquellos jóvenes serios, sobrino del obispo de Oliveira, no ocultó su asombro:

—¡Oh Gonçalo, yo siempre pensé que usted y Cavaleiro eran íntimos! Si mal no recuerdo, cuando llegó usted a Coimbra para hacer el curso preparatorio, vivió en casa de Cavaleiro, en la Rua de São João… ¿Acaso no hay una amistad tradicional, casi histórica, entre los Ramires y los Cavaleiros?… Yo poco conozco Oliveira, nunca anduve por esos vuestros lugares, pero incluso creo que Corinde, la finca de Cavaleiro, ¡linda con Santa Ireneia!

Y Gonçalo arrugó la cara, su risueña y lisa cara, para declarar secamente que Corinde no lindaba con Santa Ireneia: que entre las dos tierras corría muy acertadamente la ribera del Coice; y que el tal señor André Cavaleiro, y especialmente caballo, ¡era un animal detestable que pastaba en la otra orilla! El sobrino del obispo aplaudió y exclamó:

—¡Sí, señor, buen chiste!

Un año después de la licenciatura, Gonçalo fue a Lisboa a causa de la hipoteca de su finca de Praga, junto a Lamego, donde cierto pago anual de diez reis[5] y media gallina, que se debía al abad de Praga, andaba entorpeciendo terriblemente en los consejos del Banco Hipotecario; y también para conocer más estrechamente a su jefe, Brás Vitorino, mostrar lealtad y sumisión partidista y recoger algún fino consejo de conducta política. Y una noche, volviendo de cenar en casa de la vieja marquesa de Louredo, la «tía Louredo», que vivía en Santa Clara, topó en el Rossio con José Lúcio Castanheiro, por entonces empleado en el Ministerio de Hacienda, en el negociado del Patrimonio Nacional. Más depauperado, más macilento, con unas lentes más gruesas y más oscuras, Castanheiro ardía todo él, como en Coimbra, en la llama de su Idea, «¡la resurrección del sentimiento portugués!». Y ahora, ampliando el proyecto de la *Pátria* a proporciones dignas de la capital, trabajaba apasionadamente en la creación de una revista quincenal de setenta páginas, con cubierta azul, los *Anais de Literatura e História.* Era una noche de mayo, suave y cálida. Y, paseando ambos alrededor de las fuentes secas del Rossio, Castanheiro, que llevaba bajo el brazo un rollo de papel y un grueso pliego encuadernado en piel, después de recordar las charlas geniales de la Rua da Misericordia y de maldecir la falta de intelectualidad de Vila Real de Santo António, volvió ansiosamente a su Idea, y suplicó a Gonçalo Mendes Ramires que le cediese para los *Anais* aquella novela

que había anunciado en Coimbra, sobre su antepasado Tructesindo Ramires, alférez mayor de Sancho I.

Gonçalo, riendo, confesó que ¡aún no había comenzado esa gran obra!

—¡Ah! —murmuró Castanheiro, deteniéndose, con los negros lentes fijos en él, duros y desconsolados—. Entonces, ¿no ha seguido usted?… ¿no ha permanecido fiel a la Idea?…

Se encogió de hombros, resignadamente, ya acostumbrado, a lo largo de su misión, a estos desfallecimientos del patriotismo. Ni siquiera consintió que Gonçalo, humillado ante aquella Fe que se había mantenido tan pura y servicial, aludiese, como disculpa, al inventario laborioso de la casa, tras la muerte del papá…

—¡Bien, bien! ¡Se acabó! *Proscratinare lusitanum est.* Trabaje ahora durante el verano… Para los portugueses, muchacho, el verano es la época de las bonitas fortunas y de los grandes hechos. ¡En verano nació Nuno Álvares en Bonjardim! ¡En verano se venció en Aljubarrota! ¡En verano llegó Gama a la India!… ¡Y en verano va nuestro Gonçalo a escribir una novelita sublime!… Además, los *Anais* no aparecen hasta diciembre, exactamente el día 1 de diciembre. Y usted en tres meses resucita un mundo. ¡En serio, Gonçalo Mendes!… Es un deber, un santo deber, principalmente de los jóvenes, colaborar en los *Anais.* ¡Portugal muere, muchacho, por falta de sentimiento nacional! ¡Nos estamos muriendo cochinamente del mal de no ser portugueses!

Se detuvo, ondeó el brazo delgado como la correa de un látigo, en un gesto que azotaba el Rossio, la ciudad, toda la nación. ¿Sabía el amigo Gonçalinho el secreto de aquella borrachera siniestra? Pues era que, de los portugueses, los peores despreciaban la patria, y los mejores la ignoraban. ¿El remedio?… Mostrar Portugal, vulgarizar Portugal. ¡Sí, amiguito! Organizar, con estruendo, el reclamo de Portugal, de modo que todos lo conozcan, al menos como se conoce el jarabe pectoral de James, ¿eh? Y que todos lo adopten, al menos como se adoptó el jabón del Congo, ¿eh? Y conocido, adoptado, que todos lo amen, por fin, en sus héroes, en sus hechos, incluso en sus defectos, en todos sus monumentos, ¡y hasta en las auténticas piedras de sus calles! Con ese fin, el más grande que emprender en este indiferente siglo de nuestra Historia, fundaba él los *Anais.* ¡Para gritar! ¡Para atronar Portugal, a gritos desde los tejados, con la noticia inesperada de su grandeza! Y a los descendientes de los que en otro tiempo habían forjado el reino incumbía, más que a los demás, el cuidado piadoso de rehacerlo… ¿Cómo? ¡Reanudando la tradición, caramba!

—¡Ustedes, lo mismo! A lo largo de la historia de Portugal, ustedes son una hilera de Ramires de la mayor belleza. Incluso el magistrado, el que se comió en una cena de Navidad dos lechones!… Era sólo una barriga. ¡Pero qué barriga! Hay en ella una pujanza heroica que prueba la raza, la raza más fuerte *de lo que promete la fuerza humana*[6], como dice Camões. ¡Dos lechones, caramba! ¡Si hasta enternece!… ¡Y los otros Ramires, el de Silves, el de Aljubarrota, los de Arzila, los de la India! ¡Y los cinco valientes, de quienes tal vez usted ni tenga noticia, que murieron en el Salado!

Pues bien, resucitar a esos varones, y mostrar en ellos el alma heroica, la voluntad sublime que nada doblega, es una soberbia lección a los jóvenes… ¡Tonifica, caramba! ¡Porque la renovada conciencia de haber sido tan grandes eliminará ese insustancial consentimiento nuestro de seguir siendo pequeños! Es lo que yo llamo reanudar la tradición… ¡Y además hecho por usted mismo, un Ramires, qué *chic*! ¡Caramba, qué *chic*! Es un noble, el mayor noble de Portugal, quien, para mostrar la heroicidad de la patria, simplemente abre, sin salir de su solar, los archivos de su casa, antigua con más de mil años. ¡Es para caerse de espaldas!… No necesita hacer una novela gruesa… Ni una novela muy desarrollada encaja en la índole militante de la revista. Basta un cuento, de veinte o treinta páginas… Claro está que los *Anais*, por ahora, no pueden pagar. ¡Tampoco usted lo necesita! Y ¡qué diablos!, no se trata de dinero, sino de una gran renovación social… Y luego, muchacho, que la literatura conduce a todo en Portugal. Yo sé que Gonçalo en Coimbra, últimamente, frecuentaba el Centro Regenerador. ¡Pues, amigo, de folletín en folletín se llega a São Bento! La pluma hoy, como antaño la espada, edifica reinos… ¡Piense en eso! ¡Y adiós! Que todavía tengo hoy que copiar, en letra cristiana, ese estudio de Henriques sobre Ceilán… ¿No conoce a Henriques?… No, no lo conoce. Nadie lo conoce. Pues cuando en Europa, en esas grandes academias de Europa, hay una duda sobre la historia o la literatura de Ceilán, ¡nos piden a gritos el Henriques!

Se marchó deprisa, agarrado a su rollo y a su tomo, y Gonçalo aún lo divisó en la puerta del estanco Nunes, agitando el brazo escuálido de apóstol ante un individuo obeso, de amplio chaleco blanco, que retrocedía con asombro, perturbado de aquella forma en el tranquilo disfrute de su enorme puro y de la apacible noche de mayo.

El Hidalgo de la Torre regresó al Hotel Bragança, impresionado, rumiando la idea del patriota. Todo en ella lo cautivaba, y le convenía: su colaboración en una revista importante, de setenta páginas, en compañía de doctos escritores, catedráticos, antiguos ministros, y hasta consejeros de Estado; la antigüedad de su linaje, más antiguo que el reino, popularizada por una historia de heroica belleza, en la que con tanto fulgor resaltaban la bravura y el alma soberbia de los Ramires; y en fin, la seriedad académica de su espíritu, su noble afición por las investigaciones eruditas, ¡apareciendo en el momento en que intentaba seguir la carrera del Parlamento y de la política! Y el trabajo, la reconstrucción moral de los vetustos Ramires, la resurrección arqueológica de la vida alfonsina, las cien cuartillas que llenar de recia prosa no lo asustaban… ¡No! Porque felizmente ya poseía «su obra», y cortada en buen paño, hilvanada hábilmente. Su tío Duarte, hermano de su madre —una señora de Guimarães, de la Casa das Balsas—, en sus años de ociosidad e imaginación, de 1845 a 1850, entre el título de licenciado y su nombramiento como fiscal, fue poeta y publicó en el *Bardo*, semanario de Guimarães, un poemita en verso libre, el *Castelo de Santa Ireneia*, que firmó con dos iniciales, «D. B.». Ese castillo era el suyo, el antiquísimo palacio del que quedaba la negra torre entre los limoneros de la huerta. Y el poemita cantaba, con romántico garbo, un lance de orgullo feudal en el que se

glorificaba a Tructesindo Ramires, alférez mayor de Sancho I, durante las contiendas de Alfonso II con las señoras infantas. Aquel volumen del *Bardo,* encuadernado en tafilete, con el blasón de los Ramires, el azor negro en campo escarlata, había permanecido en el archivo de la casa como un retazo de la crónica heroica de los Ramires. Y muchas veces, de pequeño, Gonçalo había recitado, enseñados por su madre, los primeros versos del poema, de tan armoniosa melancolía:

En la pálida tarde, entre el follaje
Que el otoño amarillea…

Era con aquel sombrío hecho de su lejano antepasado con el que Gonçalo Mendes Ramires había decidido en Coimbra, cuando los camaradas de la *Pátria* y de las cenas lo proclamaban «nuestro Walter Scott», componer una novela moderna, de buen realismo épico, en dos nutridos volúmenes que constituyesen un estudio ricamente colorido de la Edad Media portuguesa… Y ahora le servía, y con deliciosa facilidad, para esa novelita corta y sobria de treinta páginas, que convenía a los *Anais.*

En su habitación del Bragança abrió el balcón. Y asomado, acabando el puro en la durmiente suavidad de la noche de mayo, ante la majestad silenciosa del río y de la luna, pensaba gozosamente que ni siquiera tendría la fatiga de escudriñar las crónicas y los pliegos macizos… ¡Efectivamente! Toda la reconstrucción histórica la había realizado, concienzudamente y con diestro saber, el tío Duarte. El palacio acastillado de Santa Ireneia, con sus profundos fosos, la torre albarrana, la alcazaba, la mazmorra, el vigía y el pendón: el viejo Tructesindo, enorme, con sus melenas y barbas ancestrales esparcidas sobre la loriga de malla; los siervos moriscos, con zurrones de cuero, cavando los surcos de la huerta; los legos susurrando ante la chimenea las *Vidas de Santos;* los pajes jugando en el entarimado, ¡todo resurgía, con verídico realce, en el poemita del tío Duarte! Incluso recordaba aún algunos lances: el truhán azotado, el festín y los despenseros que abrían las cubas de cerveza, la jornada de Violante Ramires hacia el Monasterio de Lorvão…

Junto a la fuente morisca, entre los olmos,
La cabalgata se detiene…

Toda la trama con su pasión de bárbara grandeza, los salvajes encuentros en que se sacian a puñaladas los rencores de linaje, el habla heroica exhalada por labios de hierro, allí estaban en los versos del tito, sonoros y bien medidos:

¡Escucha, monje! ¡El solar de D. Ramires
Piedra a piedra, y por sí, se hundiría
Si un bastardo pisase
Con vil zapato, sus losas puras!

En realidad, sólo le quedaba trasladar las formas fluidas del romanticismo de 1846 a su prosa tersa y varonil, como la denominaba Castanheiro, de excelente color arcaico, recordando a *O Bobo.* ¿Era un plagio? ¡No! ¿A quién con más derecho que a él, un Ramires, pertenecía el recuerdo de los Ramires históricos? La resurrección del viejo Portugal, tan bella en el *Castelo de Santa Ireneia,* no era obra individual del tío Duarte, sino de los Herculanos, de los Rebelos, de las Academias, de la dispersa erudición. Y además, ¿quién conocía hoy aquel poemita, e incluso el *Bardo,* reducido semanario que apareció durante cinco meses, hacía cincuenta años, en una ciudad de provincia?… Seducido, no vaciló más. Y mientras se desnudaba, después de beber a sorbos un vaso de agua con bicarbonato, repetía ya una y otra vez la primera línea del cuento, a la manera lapidaria de *Salammbô:* «Era en los palacios de Santa Ireneia, una noche de invierno, en la sala de la alcazaba…».

Al día siguiente buscó a José Lúcio Castanheiro en el negociado del Patrimonio Nacional, a toda prisa, porque, después de una conferencia en el Banco Hipotecario, aún había prometido acompañar a sus primas, las de Chelas, a una exposición de bordados en la librería Gomes. Y anunció al patriota que le aseguraba, sin falta, para el primer número de los *Anais,* la novela, de la que ya había decidido el título: *A Torre de dom Ramires.*

—¿Qué le parece?

Deslumbrado, José Lúcio Castanheiro extendió los delgadísimos brazos, protegidos por los manguitos, hasta la bóveda del estrecho corredor en el que le había recibido:

—¡Sublime!… *A Torre de dom Ramires…* ¡La gran hazaña de Tructesindo Mendes Ramires contada por Gonçalo Mendes Ramires!… ¡Y todo en la misma Torre! En la Torre el viejo Tructesindo lleva a cabo la hazaña; ¡y setecientos años después, en la misma Torre, nuestro Gonçalo la cuenta! ¡Caramba, muchacho, carambísima! ¡Esto sí que es reanudar la tradición!

Dos semanas después, de regreso a Santa Ireneia, Gonçalo envió a un criado de la finca, con un coche, a Oliveira, a casa de su cuñado José Barrolo, casado con Gracinha Ramires, para que le trajese de la rica biblioteca clásica que Barrolo había heredado de su tío el deán de la catedral todos los volúmenes de la *História Genealógica,* «y —¡añadía en una carta!—, todas las carpetas que por ahí encuentres con el título de *Crónicas do Rei Fulano*…». Después, desenterró del polvo de sus estantes las obras de Walter Scott, unos volúmenes desparejados del *Panorama,* la *História* de Herculano; *O Bobo, O Monge de Cister.* Y así provisto, con una abultada resma de cuartillas sobre la mesa, comenzó a repasar el poemita del tío Duarte, dispuesto a trasladar a la crudeza de una mañana de diciembre, como más acorde con la rudeza feudal de sus antepasados, aquella brillante cabalgata de damas, monjes y hombres de armas que el tío Duarte había extendido, en medio de una suave

melancolía otoñal, a lo largo de las vegas del Mondego…

> En la pálida tarde, entre el follaje
> Que el otoño amarillea…

Pero como entonces era junio y la luna crecía, Gonçalo decidió, al final, aprovechar las sensaciones de calor, claros de luna y arboledas que le ofrecía la aldea, para erigir, enseguida al principio de su novela, el negro e inmenso palacio de Santa Ireneia, en el silencio de una noche de agosto, bajo el resplandor de la luna llena.

Y había cubierto ya, con facilidad, ayudado por el *Bardo*, dos cuartillas, cuando una desavenencia con su rentero, Manuel Relho, que cultivaba la finca por ochocientos mil reis de renta, vino a perturbar al Hidalgo de la Torre, en la fresca y nueva inspiración de su trabajo. Desde Navidad, el tal Relho, que durante años de compostura y orden se emborrachaba siempre los domingos con alegría y pachorra, había comenzado a agarrar, tres o cuatro veces por semana, unas borracheras desabridas, escandalosas, en las que pegaba a su mujer, atronaba la finca con sus berridos y salía a la carretera, desgreñado, con un garrote, desafiando a la pacífica aldea. Por fin, una noche en que Gonçalo, en su mesa, después del té, excavaba laboriosamente los fosos del palacio de Santa Ireneia, Rosa, la cocinera, rompió a gritar de repente: «¡Auxilio contra Relho!». ¡Y, a través de sus gritos y de los ladridos de los perros, una piedra y después otra golpearon en el balcón venerable de la biblioteca! Asustado, Gonçalo Mendes Ramires pensó en el revólver… Pero precisamente aquella misma tarde, el criado, Bento, ¡había bajado a la cocina aquella su vieja y única arma para quitarle la herrumbre y airearla! Entonces, aturdido, corrió a su cuarto, que cerró con llave, empujando la cómoda contra la puerta con tan desesperada ansiedad que unos frascos de cristal, un cofre de concha y hasta un crucifijo cayeron al suelo y se rompieron. Después, gritos y ladridos cesaron en el patio, pero Gonçalo no se apartó en toda la noche de aquel refugio bien defendido, fumando puros y rumiando un furor sentimental contra Relho, a quien tanto había perdonado, a quien siempre tan afablemente había tratado ¡y que ahora apedreaba los cristales de la Torre! Por la mañana temprano llamó al alcalde. Rosa, aún trémula, mostró en el brazo las marcas moradas de los dedos de Relho; y el hombre, cuyo arrendamiento acababa en octubre, fue despedido de la quinta, con la mujer, el baúl y el catre. Inmediatamente apareció un labrador de los Bravais, José Casco, respetado en toda la comarca por su seriedad y por su fuerza asombrosa, proponiendo al Hidalgo arrendarle la Torre. Gonçalo Mendes Ramires, sin embargo, ya desde la muerte de su padre, había decidido elevar la renta a novecientos cincuenta mil reis, y Casco bajó las escaleras con la cabeza gacha. Volvió enseguida, al día siguiente, recorrió detenidamente toda la finca, desmenuzó un poco de tierra entre los dedos, escudriñó el corral y la bodega, contó los olivos y las cepas, ¡y haciendo un esfuerzo que le oprimió todas las costillas, ofreció novecientos diez mil reis! Gonçalo no

cedió, seguro de su equidad. José Casco volvió nuevamente con la mujer; después, un domingo, con la mujer y un compadre, y fueron un rascarse lentamente el mentón rasurado, unas vueltas recelosas en torno a la era y a la huerta, unas tardanzas dentro de la almazara, lo que hizo aquella mañana de junio insoportablemente larga para el Hidalgo, sentado en un banco de piedra del jardín, debajo de una mimosa, con la *Gazeta do Porto.* Cuando Casco, pálido, le llegó a ofrecer novecientos treinta mil, Gonçalo Mendes Ramires tiró el periódico y declaró que él, por su cuenta, iba a cultivar la propiedad ¡y a demostrar lo que era una tierra rica, tratada con los conocimientos modernos, con fosfatos, con máquinas! El hombre de Bravais lanzó entonces un hondo suspiro y aceptó los novecientos cincuenta mil reis. A la antigua usanza, el Hidalgo estrechó la mano al labrador, que entró en la cocina a dar cuenta de un buen vaso de vino, secándose en la cabeza y en las cordovenas del cuello el sudor angustioso que lo inundaba.

Pero, como obstruida por estos cuidados, la abundante vena de Gonçalo se atascó, y no fue más que un hilillo rastrero y turbio. Cuando aquella tarde se acomodó en su mesa para describir la sala de armas del palacio de Santa Ireneia en una noche de luna, sólo consiguió convertir servilmente en una prosa aguada los versos impecables del tío Duarte, sin realce que los modernizase y diese majestad señorial o belleza nostálgica a aquellos macizos muros donde la luna, deslizándose a través de las rejas, salpicaba centellas por la punta de las altas lanzas y por los yelmos… Y desde las cuatro, en el calor y el silencio del aquel domingo de junio, se esforzaba, empujando la pluma como lento arado en terreno pedregoso, tachando enseguida rencorosamente la línea que notaba floja y sin elegancia, unas veces con agitación, quitándose y poniéndose las zapatillas por debajo de la mesa, otras inmóvil y resignado a la esterilidad que lo frenaba, con los ojos perdidos en la Torre, en su dificilísima Torre, negra entre los limoneros y el azul, envuelta toda ella en el piar y revolotear de las golondrinas.

Finalmente, descorazonado, arrojó la pluma que tan desastrosamente se le resistía. Y guardando en el cajón, de un golpe, el precioso volumen del *Bardo:*

—¡Ea! ¡Estoy completamente atascado! ¡Es este calor! ¡Y además ese animal de Casco, toda la mañana!…

Aún volvió a leer, rascándose sombrío la nuca, la última línea garabateada y sucia:

—«… En la sala altiva y amplia, donde los amplios y tenues rayos de la luna…». ¡Amplia, amplios!… ¡Y los tenues rayos, los eternos *tenues rayos!*… ¡Y además este maldito castillo, tan complicado!… ¡Y este don Tructesindo, que no logro captar, tan antiguo! ¡En fin, un horror!

Tiró de un empujón la silla de cuero; se clavó, con furia, un puro entre los dientes, y salió precipitado de la biblioteca, dando un portazo desesperado, con un profundo hastío de su obra, de aquellos confusos y enredados palacios de Santa Ireneia y de sus antepasados, enormes, resonantes, chapados de hierro y más desvaídos que el humo.

CAPÍTULO II

BOSTEZANDO, apretándose el cordón de los anchos pantalones de seda que se le escurrían de la cintura, Gonçalo, que durante todo el día había holgazaneado, tumbado en el diván de damasco azul, con un ligero dolor de riñones, atravesó lánguidamente la habitación para echar una mirada, en el corredor, al antiguo reloj de pared. ¡Las cinco y media!… Para despejarse, pensó en dar un paseo por la fresca carretera de los Bravais; después, en una visita —debida ya desde Pascua— al viejo Sanches Lucena, elegido nuevamente diputado en las elecciones generales de abril, por la circunscripción de Vila Clara. Pero el trayecto hasta la Feitosa, la finca de Sanches Lucena, requería una hora a caballo, desagradable con aquel obstinado dolor de riñones que le había dado la noche antes, después del té, en la Junta de la Villa. E, indeciso, arrastraba los pasos por el corredor, para gritar a Bento o a Rosa que le subiesen una limonada, cuando, a través de los balcones abiertos, resonó un vozarrón de ronco metal, que al bromear se enronquecía más y que rodaba ahora por el patio, con una cadencia hueca de mazo martilleando:

—¡Señor Gonçalo! ¡Señor Gonçalo! ¡Señor Gonçalíssimo Mendes Ramires!…

Inmediatamente reconoció a Titó, António Vilalobos, su lejano pariente y su compañero de Vila Clara, donde aquel hombretón excelente, de vieja raza alentejana, se había establecido sin motivo, sólo por afecto bucólico a la ciudad. Y hacía once años que la llenaba con sus robustos miembros, con el lento retumbar de su vozarrón y con su ociosidad repartida por los bancos, por las esquinas, por los umbrales de las tiendas, por las barras de las tabernas, por las sacristías discutiendo con los curas, y hasta por el cementerio filosofando con el sepulturero. Era hermano del viejo mayorazgo de Cidadelhe, el genealogista, que le había fijado un sueldo mensual de ocho monedas para mantenerlo alejado de Cidadelhe, de su sucio prostíbulo de muchachas de campo y de la obra tenebrosa a la que ahora se consagraba, *A Verídica Inquirição,* una pesquisa sobre las bastardías, crímenes y títulos ilegítimos de las familias nobles de Portugal. Y Gonçalo, desde que era estudiante, había querido siempre a aquel Hércules bonachón, que lo atraía por su prodigiosa fuerza, por la incomparable capacidad que tenía para beberse un barril entero y comerse un cordero y, sobre todo, por su independencia, una suprema independencia que, basada en su bastón terrible y en sus ocho monedas en el bolsillo, nada temía y nada deseaba ni de la tierra ni del cielo. Se asomó enseguida al balcón y gritó:

—¡Titó, sube!… Sube mientras me visto. Te tomas una copa de ginebra… Luego vamos a pasear hasta los Bravais…

Sentado en el borde del estanque redondo y sin agua que adornaba el patio, alzando hacia el caserón su franca y ancha cara requemada, poblada de barba rubia, Titó agitaba lentamente, como si fuese un abanico, su viejo sombrero de paja:

—No puedo… ¡Escucha! ¿Quieres ir esta noche a cenar a Gago, conmigo y con João Gouveia? Va también Videirinha con su violón. Tenemos una tenca asada, extraordinaria. Y enorme, que compré esta mañana a una mujer de la costa por cinco tostones[7]. ¡Asada por Gago!… ¿Entendido? Gago abrirá una nueva cuba de vino, del abad de Chandim. Conozco el vino. Es cosa fina…

Y Titó, juntando las yemas de los dedos, las besó ruidosamente. Pero Gonçalo, estirándose los pantalones, dudaba:

—Hombre, ando con el estómago destrozado… Y desde anoche con un dolor de riñones, o de hígado, o de bazo, no sé muy bien, ¡en uno de esos órganos!… Incluso tengo hoy, para comer, sólo caldo de gallina y gallina hervida… ¡En fin! ¡Bueno! Pero, por precaución, recomienda a Gago que a mí me prepare un pollito asado… ¿Dónde nos encontramos? ¿En el casino?

Titó se apartó enseguida del estanque, poniéndose hacia atrás el sombrero de paja:

—Hoy no pienso arruinarme en el casino. Tengo señora. De diez a diez y media en la fuente pública. Va también Videirinha con la viola[8]. ¡Olé!… ¡De diez a diez y media! ¿Entendido?… ¡Y pollito asado para Su Excelencia, que se queja de los riñones!

Y cruzó el patio con lentitud bovina, deteniéndose a coger, de un rosal, junto al portón, una rosa con la que floreció su chaqueta de terciopelo verde aceituna.

Inmediatamente Gonçalo decidió no comer, convencido de los beneficios de aquel ayuno hasta las diez, después de un paseo por los Bravais y por el valle de Riosa. Y, antes de entrar en la habitación para vestirse, empujó la puerta acristalada que daba a la oscura escalera de la cocina y llamó a voces a Rosa, la cocinera. Pero ni la buena de la vieja, ni Bento, a quien también llamó furiosamente, contestaron, en el pesado silencio en que yacían, como abandonadas, aquellas sombrías profundidades de grandes losas y altas bóvedas que quedaban del antiguo palacio, restaurado por Vicente Ramires tras su campaña en Castilla e incendiado en tiempos del rey don José I. Entonces Gonçalo descendió dos escalones de la desgastada escalera de piedra y lanzó otro de aquellos fuertes gritos con los que atronaba la Torre desde que las campanillas estaban estropeadas. Y bajaba ya para entrar en la cocina cuando Rosa acudió. ¡Había salido al patio de la huerta con la hija de la Crispola! y ¡no había oído al señor doctor!…

—¡Pues hace una hora que estoy gritando! ¡Y ni usted ni Bento!… Es porque hoy no como. Voy a cenar a Vila Clara con los amigos.

Rosa, desde el sonoro fondo del corredor, protestó, desolada. ¿Y el señor doctor se iba a quedar así en ayunas hasta la noche? Hija de un antiguo hortelano de la Torre, criada en la Torre, ya cocinera de la Torre cuando Gonçalo nació, siempre lo había llamado «niño» o incluso «chiquitín», hasta que se marchó a Coimbra y comenzó a ser, para ella y para Bento, el «señor doctor». Y el señor doctor, al menos, debía tomar el caldito de gallina, que estaba cociendo desde el mediodía ¡y que olía a gloria!

Gonçalo, que nunca disentía de las opiniones de Rosa o de Bento, accedió, y subía ya cuando llamó de nuevo a Rosa para preguntar por Crispola, una desgraciada viuda que, con un montón de criaturas hambrientas, había caído enferma por Pascua con unas fiebres malignas.

—La Crispola va mejor, señor doctor. Ya se levanta. Dice la pequeña que ya se levanta…, pero muy derrengadita…

Gonçalo bajó entonces otro escalón, asomado a la escalera, para sumirse más confidencialmente en aquellas tristezas:

—Oiga, Rosa, si esa pobre pequeña está ahí, que lleve a su casa, para su madre, la gallina que tenía yo para comer. Y el caldo… ¡Que se lleve la olla! Yo tomaré una taza de té con bizcochos. ¡Y mire! Mande también diez tostones a la Crispola… Mándele dos mil reis. ¡Escuche! Pero no le mande la gallina y el dinero así secamente… Dígale que me alegro mucho de su mejoría y que ya pasaré por su casa a verla. ¡Y ese animal de Bento que me suba agua caliente!

En la habitación, en mangas de camisa, frente al espejo, un inmenso espejo enmarcado entre columnas doradas, se examinó la lengua, que le parecía sarrosa, después el blanco de los ojos, temiendo la amarillez de la bilis suelta. Y terminó por contemplarse en su nuevo aspecto, ahora que se había afeitado la barba en Lisboa, dejándose tan sólo el bigotito castaño, rizado y leve, y una mosca un poco crecida, que le alargaba más el rostro aguileño y fino, siempre de una blancura de nata. Su desconsuelo era el cabello, bien ondulado pero delgado y débil, y, a pesar de todas las aguas y pomadas usadas, necesitando ya una raya más atrás, casi en medio de la despejada cabeza.

—¡Es infernal! A los treinta años estoy calvo…

Y seguía sin despegarse del espejo, contemplándose con placer y recordando incluso la recomendación que le había hecho la tía Louredo, en Lisboa: «¡Sobrino! Un muchacho así, tan galante y listo ¡que no se entierre en la provincia! Lisboa está sin jóvenes. ¡Necesitamos aquí un buen Ramires!». ¡No! ¡No se enterraría en la provincia, inmóvil bajo la hiedra y el polvo melancólico de las cosas inmóviles, como su Torre!… Pero aquella vida elegante en Lisboa, entre su histórica parentela, ¿cómo la iba a soportar con un millar de escudos y ochocientos mil reis de renta que era lo que le quedaba, una vez pagadas las deudas de papá? Y además, realmente vivir en Lisboa sólo lo deseaba con una posición política, escaño en São Bento, influencia intelectual en su partido, lentos y seguros avances hacia el poder. Y aquella vida, tan dulcemente soñada en Coimbra durante las fáciles charlas del Hotel Mondego, ¡la vislumbraba muy remota! ¡Casi inconquistable, al otro lado de un muro alto y áspero, sin puerta y sin rendijas!… ¿Cómo iba a ser diputado? Ahora, con el horrendo São Fulgêncio y los históricos en el gobierno, durante tres largos años no se convocarían elecciones generales. E incluso si se convocasen algunas elecciones parciales, ¿qué posibilidad tendría él, que ya en los días de Coimbra, por cierto muy a la ligera, arrastrado por una elegancia de tradiciones, se había manifestado siempre

regenerador, en el «Centro» de la Couraça, en los artículos de la *Gazeta do Porto* y en las ardientes diatribas contra el jefe del distrito, el detestable Cavaleiro?… Ahora sólo le quedaba esperar. Esperar, trabajando; ganando en consistencia social; edificando con sagacidad, sobre la base de su gran apellido histórico, una pequeña reputación política; tejiendo y extendiendo la red preciosa de las amistades partidistas desde Santa Ireneia hasta el Terreiro do Paço… ¡Sí! Aquella era una espléndida teoría: pero consistencia, reputación, afectos políticos, ¿cómo se conquistan? «¡Ejerza la abogacía, escriba en los periódicos!». Ése había sido el consejo distraído y risueño de su jefe, Brás Vitorino. ¿Ejercer la abogacía en Oliveira o incluso en Lisboa? No podía, dado aquel terror congénito suyo, casi fisiológico, a los autos y al papeleo forense. ¿Fundar un periódico en Lisboa, como Ernesto Rangel, su compañero de Coimbra en el Hotel Mondego? Eso era una hazaña fácil para el adorado nieto de Doña Joaquina Rangel, que almacenaba diez mil cubas de vino en los barracones de Gaia. ¿Luchar acaso en un periódico de Lisboa? Durante aquellas semanas pasadas en la capital, siempre en el Banco Hipotecario, siempre con las «primas», ni siquiera había entablado relaciones duraderas y útiles en los dos grandes diarios regeneradores, *A Manhã* y *A Verdade*.… De modo que, realmente, en ese muro que lo separaba de la fortuna sólo descubría un agujerito, muy estrecho pero servicial, los *Anais de Literatura e História*, con su colaboración de profesores, de políticos y hasta de un ministro y un almirante, Guerreiro Araújo, conmovedor pelmazo. Aparecería, pues, en los *Anais* con su *Torre*, revelando imaginación y un rico saber. Después, trepando desde el terreno de la invención al más respetable de la erudición, publicaría un estudio, ¡que incluso se le había ocurrido en el tren, volviendo de Lisboa!, sobre *Origens Visigóticas do Direito Público em Portugal*.… ¡Oh! Bien es cierto que no conocía nada de tales orígenes, ni de tales visigodos. Pero con la estupenda *História da Administração Pública em Portugal* que le había prestado Castanheiro, compondría fácilmente un elegante resumen… Después, saltando de la erudición a las ciencias sociales y pedagógicas, ¿por qué no había de preparar una buena *Reforma do Ensino Jurídico em Portugal* en dos artículos compactos, de hombre de Estado?… Así avanzaría, bien ligado a los regeneradores, construyendo y cincelando su pedestal literario, hasta que los regeneradores volviesen al gobierno y se abriese de par en par en el muro la anhelada puerta triunfal. Y en medio de la habitación, en calzoncillos, con las manos en las caderas, Gonçalo Mendes Ramires determinó que era necesario darse prisa con su novela.

—¿Pero cuándo acabaré yo esta *Torre*, así atascado, sin vena, con el hígado deshecho?…

Bento, viejo de rostro afeitado y moreno, con un bonito pelo blanco, todo crespo, muy limpio, muy fresco con su chaqueta de algodón, entró lentamente, llevando la jarra de agua caliente.

—¡Oye, Bento! ¿Tú no has encontrado en la maleta que traje de Lisboa, o en el cajón, un frasco de cristal con unos polvos blancos? Es un remedio inglés que me dio

el doctor Matos… Tiene una etiqueta en inglés, con un nombre en inglés, no sé qué, *fruit salt.*… Quiere decir sal de frutas…

Bento clavó los ojos en el entarimado y después los cerró, meditando. Sí, en el cuarto de lavar, encima del baúl rojo, había quedado un frasco con unos polvos, envuelto en un pergamino antiguo como los del archivo.

—¡Ése es! —declaró Gonçalo—. Yo necesitaba en Lisboa unos documentos a causa de aquel maldito impuesto de Praga. Y por error, con el jaleo, ¡me llevé del archivo un pergamino completamente inútil! Ve a buscar el rollo… ¡Pero ten cuidado con el frasco!

Bento, atento, siempre pausado, puso aún los gemelos de ágata en los puños de la camisa del señor doctor y extendió sobre la cama, para que se vistiera, la chaqueta y los pantalones, bien estirados, de fino *cheviot.* Y Gonçalo, preso nuevamente de su idea de los artículos para los *Anais,* hojeaba, junto a la ventana, la *História da Administração Pública em Portugal,* cuando Bento volvió con un rollo de pergamino, del que colgaba, con unas cintas deshilachadas, un sello de plomo.

—¡El mismo! —exclamó el Hidalgo arrojando el volumen sobre el antepecho de la ventana—. Éste es el que yo envolví en el pergamino para que no se rompiese. Desenvuélvelo y ponlo encima de la cómoda… El doctor Matos me aconsejó que lo tomase en ayunas con agua tibia. Parece ser que hierve. Limpia la sangre y despeja la cabeza… ¡Porque necesito despejarme la cabeza!… Tómalo tú también, Bento. Y dile a Rosa que lo tome. Ahora todos lo toman, ¡hasta el Papa!

Con mucho cuidado, Bento desenvolvió el frasco, extendiendo sobre el mármol de la cómoda el duro pergamino, en el que la letra del siglo XVI se arrugaba amarillenta y muerta. Y Gonçalo, abrochándose el cuello:

—¡Ahí está lo que llevo cuidadosamente para aclarar lo del impuesto de Praga! Un pergamino de la época de don Sebastião… Y sólo entiendo la fecha, mil cuatrocientos… No, 1577. En las vísperas del viaje a África. ¡En fin! Al menos ha servido para envolver el frasco.

Bento, que había escogido en el cajón un chaleco blanco, miró de reojo el pergamino venerable:

—Naturalmente se trata de una carta que el rey don Sebastião escribió a algún abuelito del señor doctor…

—Naturalmente —murmuró el Hidalgo frente al espejo—. Y para darle algo bueno, algo gordo… Antiguamente tener rey era tener renta. Ahora… ¡No aprietes tanto la hebilla, hombre! Hace días que tengo el estómago hinchado… ¡Ahora, en efecto, la institución real anda muy gastada, Bento!

—Eso parece —observó muy seriamente Bento—. También *O Século* afirma que los reyes se están acabando por momentos. Ayer mismo lo aseguraba. Y *O Século* es un periódico bien informado… En el de hoy, no sé si el señor doctor lo habrá leído, viene la gran fiesta de cumpleaños del señor Sanches Lucena, y los fuegos artificiales, y el banquete que dieron en la Feitosa…

Sepultado en el diván de damasco, Gonçalo extendió los pies hacia Bento, que le ataba las botas blancas:

—¡Ese Sanches Lucena es un idiota! ¿De qué le servirá a ese hombre, a los sesenta años, ser diputado, pasarse unos meses en Lisboa, en Fráncfort, abandonar sus propiedades, su hermosa finca?… ¿Y para qué? ¡Para mascullar de vez en cuando algún «Sí» en las votaciones! Más le valiera cederme a mí su escaño, que soy más listo, no poseo grandes tierras y me gusta el Hotel Bragança. Y hablando de Sanches Lucena… Que Joaquim me tenga preparada mañana la yegua, a esta misma hora, para ir a la Feitosa a visitar a ese animal… Me pondré el traje nuevo de montar que compré en Lisboa, con las polainas altas. Hace más de dos años que no veo a doña Ana Lucena. ¡Es una mujer bonita!

—Pues cuando el señor doctor estaba en Lisboa pasaron por aquí en coche. Hasta se pararon y el señor Sanches Lucena señaló la Torre, mostrándosela a la señora… ¡Mujer perfecta en sumo grado! Y lleva unos anteojos grandes, con un gran mango y una gran cadena, todo de oro…

—¡Bravo! ¡Empapa bien ese pañuelo en agua de colonia, que tengo la cabeza tan pesada!… Esa doña Ana ¿era una jornalera, una muchacha del campo, de Corinde?

Bento protestó, con el frasco suspendido, mirando asombrado al Hidalgo:

—¡No, señor! ¡La señora doña Ana de Lucena es de gente muy baja! Hija de un carnicero de Ovar… Su hermano se echó al monte por haber matado al herrador de Ilhavo.

—En fin —resumió Gonçalo—, hija de carnicero, hermano en el monte, hermosa mujer, anteojos de oro… ¡Se merece este traje nuevo!

En Vila Clara, a las diez, sentado en uno de los bancos de piedra de la fuente, bajo las acacias, Titó esperaba con el amigo João Gouveia, que era el alcalde del concejo de Vila Clara. Ambos se abanicaban con los sombreros, en silencio, disfrutando del frescor y del susurro del agua lenta en la sombra. Y daba la media en el reloj del Ayuntamiento cuando Gonçalo, que se había entretenido en el casino jugando un tresillo retardado, apareció anunciando un hambre terrible, «el hambre histórica de los Ramires», y apresurando la marcha hacia la casa de Gago, sin ni siquiera consentir que Titó bajase al estanco de Brito a buscar una botella de aguardiente de caña de Madeira, añeja y «cosa fina…».

—¡No hay tiempo! ¡A Gago, a Gago! ¡Si no, devoro a uno de ustedes con esta furiosa hambre ramirense!

Pero, nada más subir la Calçadinha, se detuvo cruzando los brazos e interpelando festivamente al alcalde del concejo sobre la estupenda hazaña de *su* gobierno… De modo que *su* gobierno, sus amigos históricos y su honradísimo São Fulgêncio, ¡nombraban gobernador civil de Monforte a António Moreno! ¡António Moreno, tan justamente conocido en Coimbra como Antoninha Morena! ¡No, realmente era la

última degradación a la que podía descender un país! Después de esto, para la perfecta armonía de los servicios, sólo faltaba por hacer otro nombramiento, y urgente, ¡el de la Joana Salgadeira como fiscal general de la Corona!

Y João Gouveia, un hombre pequeño, muy moreno y seco, con un bigote más duro que un cepillo de cerdas, estirado en su levita corta, con el bombín inclinado sobre la oreja, no disentía. Funcionario imparcial, que servía a los históricos como había servido a los regeneradores, siempre acogía con imparcial ironía los nombramientos de los nuevos licenciados, históricos o regeneradores, para los altos puestos administrativos. Pero, sinceramente, en aquel caso, ¡casi había vomitado, muchachos! ¡Gobernador civil, y de Monforte, António Moreno, a quien él mismo tantas veces había encontrado en su cuarto de Coimbra, vestido de mujer, con la bata abierta y la linda carita cubierta de polvos!… Y, agarrándose del brazo del Hidalgo, recordaba la noche en que José Gorjão, muy borracho, con la chistera puesta y con un revólver, exigía furiosamente que el padre Justino, también borracho, ¡lo casase con el tal Antoninho ante una hornacina de la Señora de la Buena Muerte! Pero Titó, que esperaba dando vueltas al bastón, declaró a aquellos señores que si sobraba tiempo para entretenerse así en la calle, hablando de política y de indecencias, entonces él volvía a Brito a buscar el aguardientillo… Inmediatamente el Hidalgo de la Torre, siempre bromista, se soltó del brazo del alcalde y se precipitó por la Calçadinha, dando saltos, con las manos muy juntas, como quien empuña unas riendas intentando frenar a un caballo que se desboca.

Y en la sala alta de Gago, situada al final de la escalera estrecha y empinada que subía de la taberna, en una esquina de la larga mesa alumbrada por dos quinqués de petróleo, la cena fue muy alegre, muy sabrosa. Gonçalo, que se declaraba curado milagrosamente por el paseo hasta los Bravais y por las emociones del tresillo, en el que había ganado diecinueve tostones a Manuel Duarte, empezó con un gran plato de huevos con chorizo, devoró media tenca, engulló su «pollito de enfermo», despobló la fuente de la ensalada de pepino y acabó con un montón de pedazos de mermelada de membrillo; y a lo largo de aquella noble tarea, sin que la fina blancura de su piel se le encendiese, vació una jarra de Alvaralhão, porque enseguida, al primer trago y con gran disgusto de Titó, maldijo el vino nuevo del Abad. En la sobremesa apareció Videirinha, «Videirinha, el del violón», músico afamado de Vila Clara, ayudante de farmacia y poeta con versos de amor y patriotismo ya impresos en el *Independente de Oliveira.* Había cenado aquella noche, con su violón, en casa del comendador Barros, que celebraba el aniversario de su encomienda, y sólo aceptó una copa de Alvaralhão, en la que aplastó un trozo de mermelada de membrillo «para endulzar la garganta». Después, a media noche, Gonçalo instó a Gago a avivar la lumbre y a preparar un café «¡bien cargado, un café bien grande, amigo Gago!, ¡un café capaz de despertar el talento en el señor comendador de Barros!». Era aquel el momento divino del violón y del «fadito». Inmediatamente Videirinha retrocedió hacia lo oscuro del salón, carraspeando, afinando las cuerdas, y se sentó con aire melancólico en el borde de un

banco alto.

—¡La *Soledad*, Videirinha! —pidió el bueno de Titó, pensativo, liando un grueso cigarro.

Videirinha cantó deliciosamente la *Soledad:*

> Cuando vayas al cementerio,
> ¡Ay Soledad, Soledad!…

Después, en cuanto acabó, aclamado, y mientras apretaba las clavijas, el Hidalgo de la Torre y João Gouveia, con los codos sobre la mesa y con los puros humeantes, conversaron sobre la venta de Lourenço Marques[9] a los ingleses, preparada con malas artes —según gritaban, estremecidos de horror, los periódicos de la oposición — por el Gabinete de São Fulgêncio. ¡Y Gonçalo también se estremecía! ¡No con la alienación de aquella colonia, sino con la desvergüenza de São Fulgêncio! Que aquel calvo obeso, hijo sacrílego de un fraile, que después se hizo tendero en Cabecelhos, para mantenerse dos años más en el poder cambiase un pedazo de Portugal, tierra augusta, pisada heroicamente por los Gamas, los Ataídes, los Castros, por sus propios antepasados, era para él una abominación que justificaba todas las violencias, incluso un levantamiento, ¡y la Casa de Bragança enterrada en el lodo del Tajo! Mordisqueando sin parar almendras tostadas, João Gouveia observó:

—¡Seamos justos, Gonçalo Mendes! Mire usted que los regeneradores…

El Hidalgo sonrió con superioridad. ¡Ay! ¡Si los regeneradores realizasen esa grandiosa operación, bien! Ésos, en primer lugar, ¡nunca cometerían la indecencia de vender a los ingleses tierra de los portugueses! Negociarían con franceses, con italianos, pueblos latinos, razas fraternas… Y además, los buenos millones contantes y sonantes serían aplicados al desarrollo del país, con sabiduría, con probidad y con experiencia. ¡Pero aquel horrendo calvo de São Fulgêncio!… Y en su furor, atragantado, pidió ginebra a gritos, porque realmente ¡aquel coñac de Gago era un veneno asqueroso!

Titó se encogió de hombros, resignado:

—No me dejaste ir a buscar el aguardientillo, aguántate ahora… pues la ginebra es todavía peor. No sirve ni para los negros de ese Lourenço Marques que tú quieres vender… ¡Portugueses indecentes, vendiendo Portugal! Incluso el señor alcalde debería prohibir estas conversaciones…

Pero el señor alcalde afirmó que las consentía, y sin reparo alguno… Porque también él, como el gobierno, vendería Lourenço Marques, y Mozambique, ¡y toda la costa oriental! ¡A trozos! ¡En subasta pública! ¡Allí, África toda, puesta en la plaza, pregonada en el Terreiro do Paço! ¿Y no sabían los amigos por qué? Por el sano principio de una recta administración —y extendía el brazo, medio levantado de su asiento, como en un parlamento—… Por el sano principio de que todo propietario de tierras lejanas que no pueda valorizarlas por falta de dinero o de gente las debe

vender para arreglar su tejado, abonar su huerta, poblar su corral, y desarrollar el terruño que pisan sus pies… ¡A Portugal le quedaba toda una riquísima provincia por cultivar, regar, labrar y sembrar: el Alentejo!

Titó elevó su vozarrón, desdeñando el Alentejo como una fina capa de tierra de mala calidad, que, salvo unas leguas de campo alrededor de Beja y de Serpa, por un grano sólo daba dos, y, en cuanto se la escarbaba, mostraba enseguida el granito…

—¡El amigo João tiene allí una propiedad inmensa, inmensísima, que produce trescientos mil reis!

El alcalde, que había ejercido la abogacía en Mértola, protestó gallito. ¡El Alentejo! ¡Provincia abandonada, sí! Abandonada miserablemente desde hacía siglos por la imbecilidad de los gobiernos… ¡Pero riquísima, fertilísima!

—Porque entonces los árabes… ¡Y qué árabes! No hace muchos días Freitas Galvão me contaba…

Pero Gonçalo Mendes, que también había escupido la ginebra con un gesto de desagrado, intervino, haciendo un resumen barredor que condenaba a todo el Alentejo ¡por ser una desgraciada ilusión!

Inclinado sobre la mesa, el alcalde gritaba:

—¿Acaso ha estado usted en el Alentejo?

—Tampoco he estado nunca en China y…

—¡Entonces no hable! Sólo la viña formidable que plantó João Maria…

—¡Cómo! ¡Cien cubas de vinacha! Pero en otros sitios, leguas y leguas sin…

—¡Un granero!

—¡Un erial!

Y en medio del alboroto, Videirinha, rasgueando con solitario ardor, envuelto en el torrente de ayes del fado de la Ariosa, sollozaba por unos ojos negros, dueños de su corazón:

> ¡Ay!, que de tus ojos negros
> Me viene hoy la perdición…

El petróleo de los quinqués se acababa, y Gago, reclamado para que trajese unos candelabros, surgió en mangas de camisa de detrás de una cortina de percal, con su maliciosa humildad bañada en una sonrisa, recordando a los señores que pasaba un poquito de la una de la madrugada… El alcalde, que detestaba trasnochar, perjudicial para su garganta —de amígdalas incomprensiblemente inflamables— sacó el reloj aterrorizado. Y abrochándose rápidamente la levita, con el bombín más inclinado hacia un lado, metió prisa al lento Titó, porque ambos vivían en la parte alta de la ciudad, él frente a Correos, y el otro en la calleja de las Teresas, en una casa donde antiguamente vivió y apareció apuñalado el antiguo verdugo de Oporto.

Sin embargo Titó no se apresuraba. Con su enorme bastón bajo el brazo, aún llamó a Gago al sombrío fondo del estrecho salón para cuchichear sobre el

embrollado negocio de la compra de una escopeta, soberbia escopeta Winchester, dejada en prenda a Gago por el hijo del notario Guedes de Oliveira. Y, cuando bajó la escalinata, encontró a la puerta de la taberna, en el amplio claro de luna que orlaba la calle adormecida, al Hidalgo de la Torre y a João Gouveia, bruscamente enzarzados en la disputa de costumbre sobre el gobernador civil de Oliveira, ¡el tal André Cavaleiro!

Era siempre la misma pelea, personal, furiosa e inconcreta. Gonçalo pidiendo a gritos que, por las cinco llagas de Cristo, no nombrasen delante de él a ese bandido, a ese señor Cavaleiro, y sobre todo caballo, ¡mandón grotesco que desorganizaba la provincia! Y João Gouveia, muy tieso, muy seco, con el bombín cada vez más caído sobre la oreja, afirmando la inteligencia superior del amigo Cavaleiro, ¡que había establecido orden y limpieza, como un Hércules, en las caballerizas de Oliveira! El Hidalgo rugía. Y Videirinha, con el violón resguardado detrás de la espalda, suplicaba a los amigos que volviesen a la taberna, para no alborotar la calle…

—¡Tanto más cuando, enfrente, la desdichada suegra del Doctor Venâncio está desde ayer sentenciada!

—¡Pues entonces —gritó Gonçalo—, que no me vengan con disparates que me indignan! ¡Mira que decir usted, Gouveia, que Oliveira no ha tenido nunca un gobernador civil como Cavaleiro!… ¡No lo digo por mi padre! Desgraciadamente, hace ya tres años que murió. Estoy de acuerdo en que no fue una buena autoridad. Era débil, estaba enfermo… Pero después tuvimos al vizconde de Frixomil. Tuvimos a Bernardino. Usted sirvió con ellos. ¡Eran dos hombres!… ¡Pero este caballo de Cavaleiro! La primera condición que debe tener la autoridad superior de una provincia es no ser grotesca. ¡Y Cavaleiro es de entremés! ¡Con esa melena de trovador, el horrible bigotazo negro y esos ojos languiduchos que chorrean galantería y la papada presuntuosa y el po-po-po! ¡De entremés! Y estúpido, de una estupidez total, que empieza en las patas y le va subiendo, le va aumentando. ¡Oh señores, qué animal!… Y eso sin contar que es un granuja.

Tieso en la sombra del inmenso Titó, como una estaca junto a una torre, el alcalde mordía el puro. Luego, apuntando con el dedo con una serenidad cortante:

—¿Ha acabado usted?… ¡Pues ahora escuche, Gonçalinho! En toda la provincia de Oliveira, fíjese bien, en toda ella, ¡no hay nadie, absolutamente nadie, que ni de lejos, ni de muy lejos, pueda compararse a Cavaleiro en inteligencia, carácter, modales, saber y finura política!

El Hidalgo de la Torre enmudeció, atónito. Por fin, agitando el brazo, con desabrido, arrogante desprecio:

—¡Ésa es la opinión de un subalterno!

—¡Y ésas son las palabras de un mal educado! —aulló el otro, creciéndose todo, con los ojillos muy abiertos, relampagueantes.

Inmediatamente, entre los dos, más grueso que un barrote, avanzó el brazo de Titó, proyectando una sombra en la calzada:

—¡Vaya, muchachos! ¿Qué disparate es éste? ¿Acaso están ustedes borrachos?… Porque tú, Gonçalo…

Pero ya Gonçalo, en uno de esos impulsos suyos generosos y afables que tanto seducían, se humillaba y, conmovido, confesaba su brutalidad:

—¡Perdone, João Gouveia! Sé perfectamente que usted defiende a Cavaleiro por amistad, no por dependencia… Pero ¿qué quiere, hombre? Cuando me hablan de ese caballo… ¡No sé, por contagio con esa bestia, rebuzno y tiro coces!

Gouveia, sin rencor —reconciliado enseguida, porque admiraba cariñosamente al Hidalgo de la Torre—, dio un fuerte tirón de su levita y se limitó a observar «que Gonçalinho era una flor, pero con espinas…». Después, aprovechando la emoción sumisa de Gonçalo, comenzó de nuevo la glorificación de Cavaleiro, más sobriamente. Le reconocía ciertas debilidades. Sí, en efecto, aquella actitud altiva… ¡Pero qué corazón! Y Gonçalinho debía tener en cuenta…

El Hidalgo, de nuevo irritado, retrocedió, abriendo las manos:

—¡Escuche usted, João Gouveia! ¿Por qué usted, allí arriba, durante la cena, no comió la ensalada de pepino? ¡Estaba divina y hasta a Videirinha le apeteció! Yo repetí, acabé la fuente… ¿Por qué? Pues porque tiene usted un horror fisiológico, un horror visceral al pepino. Su naturaleza y el pepino son incompatibles. No hay raciocinios, no hay sutilezas que le persuadan a admitir en su interior el pepino. Usted no pone en duda que sea excelente, cuando tanta gente de bien lo adora: pero usted no puede… Pues a mí me pasa con Cavaleiro como a usted con el pepino. ¡No puedo con él! No hay salsas ni razones que me lo disfracen. Para mí es asqueroso. ¡No me sienta bien! ¡Vomito!… Y ahora escuche…

Entonces Titó, que bostezaba, intervino, ya harto:

—¡Bueno! ¡Me parece que ya hemos tomado nuestra dosis de Cavaleiro, y grande! Somos todos muy buenas personas y sólo nos queda separarnos. Yo he tenido señora, he tenido tenca… Estoy derrengado. ¡Y de madrugada, qué vergüenza!

El alcalde dio un brinco. ¡Diablos! ¡Y él tenía a las nueve de la mañana comisión de reclutamiento!… Para disipar por completo el enfado, ciñó a Gonçalo en un estrecho abrazo. Y, cuando el Hidalgo descendía hacia la fuente pública con Videirinha —que en aquellas noches festivas de Vila Clara siempre lo acompañaba por la carretera hasta el portón de la Torre—, João Gouveia aún se volvió, colgado del brazo de Titó a mitad de la Calçadinha, para recordarle un precepto moral «de no sé qué filósofo»:

—«No vale la pena estropear una buena cena por causa de una mala política…». ¡Creo que es de Aristóteles!

Y hasta Videirinha, que de nuevo afinaba el violón y se preparaba para una serenata libre a la luz de la luna, murmuró respetuosamente entre sofocados harpejos:

—No vale la pena, señor doctor… Realmente no vale la pena, porque en política hoy es blanco, mañana negro, y luego, ¡zas, todo es nada!

El Hidalgo se encogió de hombros. ¡La política! ¡Cómo si él pensase en la autoridad, en el señor gobernador civil de Oliveira, cuando injuriaba a André Cavaleiro, de Corinde! ¡No! A quien detestaba era al hombre, ¡al hombre falso de mirada lánguida! Porque entre ellos existía uno de esos profundos agravios que en otro tiempo, en la época de los Tructesindos, armaban uno contra el otro, en dura arremetida de lanzas, a dos bandos señoriales… Y por la carretera, con la luna en lo alto de los cerros de Valverde, mientras el violón de Videirinha temblaba el lloro lento del fado de Vimioso, Gonçalo Mendes recordaba, a trozos, aquella historia que tanto había henchido su alma desocupada. Ramires y Cavaleiros eran familias vecinas, una en la vieja torre en Santa Ireneia, más vieja que el reino, la otra con la finca bien cuidada y rentable de Corinde. Y cuando él, joven de dieciocho años, iniciaba, aburrido, el curso preparatorio, André Cavaleiro, entonces estudiante del tercer año, ya lo trataba como a un amigo formal. Durante las vacaciones, como su madre le había regalado un caballo, aparecía todas las tardes en la Torre, y muchas veces, bajo las arboledas de la finca o paseando por los alrededores de Bravais y Valverde, le confiaba, como a un espíritu maduro, sus ambiciones políticas, sus ideas sobre una vida que deseaba seria y totalmente consagrada al Estado. Gracinha Ramires florecía en sus dieciséis años, e incluso en Oliveira la llamaban la «Flor de la Torre». Entonces aún vivía la institutriz inglesa de Gracinha, la buena de Miss Rhodes, quien, como todos en la Torre, admiraba con entusiasmo a André Cavaleiro por su amabilidad, su ondulada cabellera romántica, la tenue dulzura de sus ojos grandes y la manera ardiente de recitar a Victor Hugo y a João de Barros. Y con aquella debilidad que le ablandaba el alma y los principios ante la soberanía del amor, favorecía las largas conversaciones de André con Maria da Graça bajo las acacias del mirador y hasta el intercambio de cartitas, al oscurecer, por encima del muro bajo del manantial. Todos los domingos, Cavaleiro comía en la Torre; y el anciano administrador Rebelo ya tenía preparados, con esfuerzo y refunfuñando, mil reis para el ajuar de la «niña». El padre de Gonçalo, gobernador civil de Oliveira, siempre atareado, enredado en política y en deudas, que sólo amanecía en la Torre los domingos, aprobaba aquella colocación para Gracinha, que, tierna y novelesca, sin madre que velase por ella, creaba en su vida, ya difícil, un obstáculo y un cuidado. Sin representar como él a una familia de amplia crónica, anterior al reino, de la más pura sangre de los reyes godos, André Cavaleiro era un joven bien nacido, hijo de general, nieto de magistrado, con legítimo blasón en su casa-palacio de Corinde y extensas tierras alrededor, bien sembradas y libres de hipotecas… Además, sobrino de Reis Gomes, uno de los jefes históricos, afiliado ya al partido histórico —desde el segundo año en la Universidad—, su carrera estaba trazada con seguridad y brillo en la política y en la administración. Y, en fin, Maria da Graça amaba arrobadamente aquellos relucientes bigotes, los hombros fuertes de Hércules bien educado, el porte bizarro que le acorazaba la pechera y que impresionaba. Ella, en contraste, era pequeñita y frágil, con unos ojos tímidos y verdosos que la sonrisa humedecía y hacía languidecer, una piel transparente de

porcelana fina y unos magníficos cabellos, más negros y lustrosos que la cola de un corcel de guerra, que le caían hasta los pies y en los que se podía envolver toda, suave y pequeña como era. Cuando ambos bajaban por las alamedas de la finca, Miss Rhodes —a quien su padre, profesor de literatura griega en Manchester, había inundado de mitología— pensaba siempre en «Marte lleno de fuerza, amando a Psiquis llena de gracia». Y hasta los criados de la Torre se maravillaban de la «¡linda pareja!». Sólo doña Joaquina Cavaleiro, madre de André, señora obesa e irritable, detestaba aquella tierna asiduidad de su hijo a la Torre, sin ningún motivo de peso, únicamente porque «desconfiaba del aspecto de la niña y porque deseaba una nuera más mujer de su casa…». Afortunadamente, cuando André Cavaleiro se matriculó en el quinto año, la desagradable matrona murió de una hidropesía. El padre de Gonçalo recibió la llave del féretro; Gracinha se puso de luto; y Gonçalo, compañero de hospedaje de Cavaleiro en la Rua de São João, en Coimbra, usó un brazalete negro en la manga de la toga. Enseguida se pensó en Santa Ireneia que el maravilloso André, liberado de la estúpida oposición de la mamá, pediría en matrimonio a la «Flor de la Torre» después de doctorarse. Pero, una vez terminado aquel deseado acontecimiento, Cavaleiro partió precipitadamente para Lisboa, porque se preparaban elecciones en octubre y él había recibido de su tío Reis Gomes, entonces ministro de Justicia, la promesa de que «sería diputado» por Bragança.

Y todo aquel verano lo pasó en la capital; después en Sintra, donde la negra languidez de sus ojos húmedos conmovía los corazones; y luego, en un viaje casi triunfal a Bragança, con cohetes y «¡vivas al sobrino del señor consejero Reis Gomes!». En octubre, Bragança «confió al doctor André Cavaleiro —como informó el *Ecos de Trás-os-Montes—,* el derecho de representarla en las Cortes con sus brillantes conocimientos literarios y su apuesta presencia de orador…». Regresó entonces a Corinde, pero en sus visitas a la Torre, donde el padre de Gonçalo convalecía de unas fiebres gástricas, agravadas por su antigua diabetes, André ya no arrastraba ansiosamente a Gracinha, como en otros tiempos, hasta las silenciosas sombras de la finca, sino que permanecía, preferentemente, en el salón azul, hablando de política con Vicente Ramires, que no se movía de su poltrona, envuelto en una manta. Y Gracinha, en sus cartas a Coimbra a su hermano Gonçalo, ya se quejaba de que no eran tan dulces ni tan íntimas las visitas de André a la Torre, «ocupado, como ahora andaba siempre, estudiando para diputado…». Después de Nochebuena, Cavaleiro regresó a Lisboa para la apertura de las Cortes, muy pertrechado, con su criado Mateo, una bonita yegua que había comprado en Vila Clara a Manuel Duarte y dos cajones de libros. Y la buena de Miss Rhodes sostenía que Marte, como correspondía a un héroe, sólo reclamaría a Psiquis después de una noble hazaña, su estreno en la Cámara, «con un bello discurso, todo florido…». Cuando Gonçalo, en las vacaciones de Pascua, apareció en la Torre, encontró a Gracinha inquieta y pálida. Las cartas de su André, que había debutado «y con un bonito discurso, todo florido…», eran cada semana más breves, más tranquilas. Y la última —que le

mostró en secreto—, fechada en la Cámara, contaba en tres líneas mal garabateadas «que tenía mucho trabajo en las comisiones, que se había puesto buen tiempo, que aquella noche era el baile de los condes de Vilaverde, y que él seguía con mucha nostalgia. Su fiel André…». Gonçalo Mendes Ramires, aquella misma tarde, se desahogó con su padre, que se consumía en su poltrona:

—Yo creo que André se está portando muy mal con Gracinha… ¿No te parece, papá?

Vicente Ramires sólo movió, con un gesto de vencida tristeza, la mano descarnada, de la que se le caía a cada momento la sortija con el escudo de armas.

Por fin, en mayo terminaron las sesiones de la Cámara, aquellas sesiones que tanto interesaban a Gracinha, ansiosa por que «acabasen de discutir y tuviesen vacaciones». Y casi inmediatamente, ella en Santa Ireneia y Gonçalo en Coimbra, supieron por los periódicos que «el talentoso diputado André Cavaleiro se había marchado a Italia y a Francia en un largo viaje de recreo y estudio». ¡Y ni una carta a su elegida, casi su prometida!… Era un ultraje, un brutal ultraje que, en otra época, en el siglo XII, habría lanzado a todos los Ramires, con hombres de a caballo y de a pie, sobre el solar de los Cavaleiro, para dejar cada viga renegrida por las llamas, cada siervo colgado de una soga de cáñamo. Ahora, Vicente Ramires, apagado y moribundo, musitó simplemente: «¡Qué bellaco!». ¡Él, en Coimbra, rugiendo, juró abofetear algún día al infame! La buena de Miss Rhodes, para consolarse, desenfundó su vieja arpa y llenó Santa Ireneia de apenados arpegios. Y todo acabó con las lágrimas que Gracinha, tan desconsolada de la vida que ni siquiera se peinaba, ocultó durante semanas bajo las acacias del mirador.

Y todavía después de todos aquellos años, ante el recuerdo de las lágrimas de su hermana, invadió a Gonçalo un rencor tan renovado que ¡atizó un bastonazo sobre las ramas de la cerca, como si se tratase de las costillas de Cavaleiro! Caminaban entonces junto al puente de la Portela, donde los campos se ensanchan y desde la carretera se divisa Vila Clara, que la luna blanqueaba toda, desde el convento de Santa Teresa, próximo a la Fuente Pública, hasta el muro nuevo del cementerio, allá en lo alto, con sus finos cipreses. Al fondo del valle, célebre también en el lugar, estaba la iglesita de Craquede, Santa Maria de Craquede, resto del antiguo monasterio donde aún yacían, en sus toscos túmulos de granito, los nobles huesos de los Ramires alfonsinos. Bajo el arco, el lento riachuelo, deslizándose entre los guijarros, susurraba suavemente en la sombra. Y Videirinha, extasiado en aquel silencio y aquella melancólica suavidad, cantaba entre el sordo gemir de las cuerdas.

Inútiles son tus quejas,
Excusados son tus ayes,
Que es como si hubiese muerto,
¡Y no me verás nunca más!…

Y Gonçalo, sumido de nuevo en sus recuerdos, repasaba las tristezas que cayeron después sobre la Torre. Vicente Ramires murió una tarde de agosto, sin sufrimiento, tendido en su poltrona, en el balcón, con los ojos clavados en la vieja Torre y susurrando al padre Soeiro: «¿Cuántos Ramires verá ella todavía en esta casa, a su sombra?…». Aquellas vacaciones las consumió Gonçalo en el oscuro archivo, sin ayuda —porque al administrador, al bueno de Rebelo, también se lo había llevado Dios—, revolviendo papeles, y averiguando el estado de la casa, reducida a los dos mil escudos y trescientos mil reis que producían los arriendos de Craquede, la heredad de Praga y las dos históricas fincas, Treixedo y Santa Ireneia. Cuando regresó a Coimbra dejó a Gracinha en Oliveira, en casa de una prima, doña Arminda Nunes Viegas[10], señora de muy buena posición, muy bondadosa, que vivía en el Terreiro da Louça, un inmenso caserón lleno de retratos de antepasados y de árboles genealógicos, donde ella, vestida de terciopelo negro, instalada en un canapé de damasco, entre sirvientas que hilaban, releía constantemente sus libros de caballería, el *Amadís, Leandro el Hermoso, Tristán y Blancaflor,* las *Crónicas del emperador Clarimundo.*… Fue allí donde José Barrolo —señor de una de las casas más ricas de Amarante—, encontró a Gracinha Ramires y la amó con una pasión profunda, casi religiosa, extraña en aquel muchacho indolente, gordinflón, de mejillas coloradas como una manzana, y tan escaso de luces que sus amigos lo llamaban «José Bobo». El bueno de Barrolo había residido siempre en Amarante con su madre y no conocía el traicionado romance de la «Flor de la Torre», que nunca se difundió más allá de las espesas arboledas de la finca. Y, bajo el enternecido y romántico patrocino de doña Arminda, el noviazgo y la boda dulcemente se apresuraron en tres meses, después de una carta de Barrolo a Gonçalo Mendes Ramires, en la que juraba «que el afecto puro que sentía por la prima Graça, por sus virtudes y otras cualidades respetables, era tan grande que no hallaba en el diccionario términos para explicarlo…». Hubo una boda suntuosa, y los novios, por deseo de Gracinha, para no alejarse de su querida Torre, después de un viaje filial a Amarante, «hicieron su nido» en Oliveira, en la esquina del Largo d'El-Rei con la Rua das Tecedeiras, en un palacete que el Bobo había heredado, con extensas tierras, de su tío Melchior, deán de la catedral. Transcurrieron dos años tranquilos y sin historia. Y Gonçalo Mendes Ramires pasaba precisamente en Oliveira sus últimas vacaciones de Pascua, cuando André Cavaleiro, nombrado gobernador civil de la provincia, tomó posesión del cargo ruidosamente, ¡con cohetes y bandas de música, el Gobierno Civil y el palacio del obispo iluminados y con las armas de los Cavaleiros en colgaduras en el Café da Arcada y en las oficinas de la recaudación de impuestos!… Barrolo conocía a Cavaleiro casi íntimamente, admiraba su talento, su elegancia, su brillo político. Pero Gonçalo Mendes Ramires, que dominaba soberanamente al bueno del Bobo, enseguida le instó a no visitar al gobernador civil ni a saludarle siquiera en la calle, ¡compartiendo, por un deber de alianza, los rencores que existían entre Cavaleiros y Ramires! José Barrolo cedió, sumiso, asombrado, sin comprender. Luego, una noche, en su alcoba, mientras se

ponía las zapatillas, contó a Gracinha «la extravagancia de Gonçalo»:

—¡Y sin motivo, sin ofensa, sólo a causa de la política!… ¡Ya ves! ¡Un joven guapo como Cavaleiro! ¡Podríamos formar un grupito tan agradable…!

Pasó otro año en calma… Y aquella primavera, en Oliveira, donde se había quedado para celebrar el cumpleaños de Barrolo, ¡he aquí que Gonçalo sospecha, husmea, descubre una infamia inigualable! El estirado hombre del bigotazo negro, el señor André Cavaleiro, había empezado de nuevo, con un soberbio descaro, a cortejar a Gracinha Ramires, de lejos, calladamente, con profundas miradas, cargadas de nostalgia y languidez, intentando ahora tener como amante a aquella noble hidalga, a aquella Ramires, ¡a quien antes había despreciado como esposa!

Tan absorto iba Gonçalo por la blanca carretera, dando vueltas amargamente a aquellos pensamientos, que no reparó en el portón de la Torre, ni en el postigo verde de la esquina de la casa, sobre los tres escalones. Y continuaba, a lo largo del muro de la huerta, cuando Videirinha, que se había detenido, con los dedos inmóviles sobre las cuerdas del violón, le avisó, riendo:

—¡Señor doctor! ¿Es que se marcha usted así a estas horas, a la carrera, hacia los Bravais?

Gonçalo giró, al despertarse bruscamente, y buscó en el bolsillo, entre el dinero suelto, la llavecita del postigo:

—Ni me he dado cuenta… ¡Qué lindamente ha tocado usted, Videirinha! Con luna, después de la cena, no hay compañero más poético… ¡Es usted, realmente, el último trovador portugués!

Para el ayudante de farmacia, hijo de un panadero de Oliveira, la familiaridad de aquel gran hidalgo, que le estrechaba la mano en la botica delante del boticario Pires y en Oliveira delante de las autoridades, constituía una gloria, casi una coronación, y siempre nueva, siempre deliciosa. Enseguida, conmovido, pulsó las cuerdas con vivacidad.

—Entonces, para acabar, ¡ahí va la gran trova, señor doctor!

Era su famosa canción, el *Fado dos Ramires,* rosario de heroicos versos que celebraban las leyendas de la ilustre casa, que él perfeccionaba y completaba desde hacía meses, ayudado en la dulce tarea por el saber del viejo padre Soeiro, capellán y archivero de la Torre.

Gonçalo empujó el postigo verde. En el corredor chisporroteaba una lamparilla mortecina, ya sin aceite, junto al candelabro de plata. Y Videirinha, retrocediendo hasta el medio de la carretera, con un *din-don* ardiente, contemplaba la Torre, que por encima de los tejados de la inmensa casa sumergía las almenas y el negro mirador en el luminoso silencio del cielo de verano. Luego, para ella y para la luna, lanzó las endechas glorificadoras, envueltas en la triste melodía de un fado de Coimbra, rico en ayes:

Nadie te ve que no tiemble,
Torre de Santa Ireneia,
Así, negra y callada,
En noches de luna llena…
¡Ay! ¡Así callada y negra,
Torre de Santa Ireneia!

Se interrumpió otra vez para dar las gracias al Hidalgo, que le invitaba a subir y tomarse una copa de reparadora ginebra. Pero prosiguió inmediatamente el canto, gozando al cantar, arrebatado como siempre por el sabor de sus versos y por el prestigio de las leyendas, mientras Gonçalo desaparecía, pidiendo divertidas disculpas al trovador «por cerrarle la puertecita del castillo…».

¡Ay! ¡Ahí estás, fuerte y soberbia,
Con una historia en cada almena,
Torre más vieja que el reino,
Torre de Santa Ireneia!…

Y había iniciado los versos dedicados a Múncio Ramires, *Diente de Lobo,* cuando una sala de arriba, abierta al fresco de la noche, se iluminó, y el Hidalgo de la Torre, con el puro encendido, se asomó al balcón para recibir la serenata. Más ardiente, casi sollozante, vibró la canción de Videirinha. Ahora se sucedían los versos de Gutierres Ramires, en Palestina, sobre el monte de los Olivos, a la puerta de su tienda, ante los barones que lo aclamaban con las espadas desenvainadas, cuando él rechazaba el ducado de Galilea y el señorío de las tierras de allende el Jordán, pues, verdaderamente, no podía aceptar tierras, aun siendo santas, aun siendo de Galilea…

¡Quien ya tenía en Portugal
Tierras de Santa Ireneia!

—¡Buena ocurrencia! —murmuró Gonçalo.

Videirinha, entusiasmado, enseguida entonó otra nueva parte, preparada aquella misma semana, la del cortejo fúnebre de Aldonça Ramires, Santa Aldonça, traída desde el monasterio de Arouca hasta el solar de Treixedo, sobre el almadraque en el que había muerto, ¡a hombros de cuatro reyes!

—¡Bravo! —gritó el Hidalgo casi cayéndose del balcón—. ¡Esto es famoso, Videirinha! Pero aquí hay reyes de más… ¡Cuatro reyes nada menos!

Extasiado, alzando el brazo del violón, el ayudante de farmacia lanzó otros versos ya antiguos, los de aquel terrible Lopo Ramires, que estando muerto ¡se levantó de su tumba en el monasterio de Craquede, montó un caballo también muerto, y galopó toda la noche cruzando España para combatir en las Navas de Tolosa! Carraspeó y, más lastimosamente, atacó la parte del Descabezado:

Ahí va la negra figura…

Pero Gonçalo, que detestaba esa leyenda de la silenciosa figura degollada, vagando las noches de invierno entre las almenas de la Torre con la cabeza en las manos, se apartó del balcón y detuvo la grandiosa crónica:

—Es hora de acostarse, ¿eh, Videirinha? Son más de las tres, ¡qué horror! ¡Escuche! Titó y Gouveia vienen a comer aquí a la Torre, el domingo. Venga usted también, con el violón y una canción nueva; pero menos siniestra… *¡Bona sera!*[11]. ¡Qué hermosa noche!

Tiró el puro y cerró los cristales de la sala, la «sala vieja», completamente revestida con aquellos renegridos y tristones retratos de los Ramires, a los que él llamaba desde niño las *caretas de los abuelitos.* Y, mientras atravesaba el corredor, todavía oyó sonar a lo lejos, en el silencio de los campos bañados por la luna, las hazañas rimadas de los suyos:

¡Ay! En aquella gran batalla…
El rey don Sebastião…
El menor de los Ramires
Que era paje del pendón…

Ya desnudo y apagada la vela, después de persignarse rápidamente, el Hidalgo de la Torre se durmió. Pero en la alcoba, que se pobló de sombras, comenzó para él una noche agitada y pavorosa. André Cavaleiro y João Gouveia aparecieron rompiendo por la pared, revestidos con cotas de malla ¡montados en horrendas tencas asadas! Y lentamente, guiñando el ojo maligno, arremetían contra su pobre estómago a lanzadas, haciéndole gemir y retorcerse en el lecho de caoba. Después, en la Calçadinha de Vila Clara, eran el terrible Ramires muerto, con la osamenta crujiendo en el interior de la armadura, y el rey don Afonso II, a quien rechinaban unos afilados dientes de lobo, quienes lo arrastraban furiosamente a la batalla de las Navas. Él se resistía, inmóvil en las losas, ¡llamando a gritos a Rosa, a Gracinha, a Titó! Pero don Afonso le lanzó a los riñones tan fuerte puñetazo, con el guante de hierro, que lo lanzó desde la taberna de Gago hasta Sierra Morena, al campo de batalla, brillante y estremecido de pendones y de armas. E inmediatamente su primo español Gomes Ramires, maestre de Calatrava, inclinándose desde su negro caballo, le arrancaba los últimos pelos en medio de la retumbante mofa de toda la hueste sarracena y de los llantos de la tía Louredo, ¡llevada en andas a hombros de cuatro reyes!… Por fin, molido, sin sosiego, cuando el alba clareaba ya en las rendijas de las ventanas y las golondrinas piaban en los aleros de los tejados, el Hidalgo de la Torre apartó las sábanas de una sacudida, saltó de la cama, abrió los cristales y respiró con delicia el silencio, el fresco, el verdor y el sosiego de la quinta. ¡Pero qué sed! ¡Una sed desesperada que le encorchaba los labios! Se acordó entonces del famoso *fruit salt*

que le había recomendado el doctor Matos; cogió el frasco y corrió al comedor, en camisa. Jadeante, echó dos cucharadas bien repletas en un vaso de agua de la Bica-Velha y lo vació de un trago, con su efervescencia estimulante.

—¡Ah!, ¡qué alivio, qué agradable alivio!…

Volvió a la cama agotado, y enseguida se durmió de nuevo, muy lejos, sobre la tupida hierba de un prado africano, bajo los cocoteros susurrantes y entre el apimentado aroma de unas flores radiantes que brotaban entre piedras de oro. De aquella perfecta beatitud lo sacó Bento al mediodía, intranquilo por «aquella tardanza del señor doctor».

—¡Es que he pasado una noche atroz, Bento! Pesadillas, terrores, disputas, esqueletos… Han sido los malditos huevos con chorizo; y el pepino… ¡Sobre todo el pepino! Una ocurrencia de ese animal de Titó… Luego, de madrugada, tomé ese *fruit salt,* ¡y estoy estupendamente, hombre! ¡Estupendísimamente! Hasta me siento capaz de trabajar. Llévame a la biblioteca una taza de té verde, bien fuerte… Y lleva también tostadas.

Y momentos después, en la biblioteca, con una bata de franela sobre la camisa de dormir, mientras bebía lentos sorbitos de té, Gonçalo releía junto al balcón aquella última línea de la novela, tan floja y poco conseguida, en la que «los amplios rayos de la luna se extendían por la amplia sala de armas…». De repente, en una súbita impresión de claridad, acertó a ver detalles expresivos para aquella noche de castillo y de verano: las puntas de las lanzas de los centinelas brillando silenciosamente por los adarves de la muralla, y el croar triste de las ranas en los bordes cenagosos del foso…

—¡Bellas líneas!

Acercó despacio la silla y consultó una vez más en el tomo del *Bardo* el poemilla del tío Duarte. Y despejado, sintiendo que las imágenes y las frases brotaban como burbujas de agua contenida que se desborda, atacó aquel lance del capítulo primero en el que el viejo Tructesindo Ramires, en la sala de armas de Santa Ireneia, conversaba con su hijo Lourenço y su primo don Garcia Viegas, el *Sabedor,* sobre aprestos de guerra. ¡Guerra! ¿Por qué? ¿Acaso por los cerros fronterizos corrían, rápidos entre la arboleda, almogávares moros? ¡No!, sino que, desgraciadamente, «¡en aquella tierra ya se cruzarían muy pronto, unas contra otras, nobles lanzas portuguesas!…».

¡Alabado sea Dios! ¡La pluma ya no se le resistía! Y, atento a las páginas marcadas en un tomo de la *História* de Herculano, esbozó con seguridad la época de su novela, que empezaba con las desavenencias entre Afonso II y sus hermanos por causa del testamento del rey su padre, don Sancho I. En ese comienzo del capítulo, ya los infantes don Pedro y don Fernando, despojados, andaban por Francia y León; ya con ellos había abandonado el reino el poderoso primo de los Ramires, Gonçalo

Mendes de Sousa, jefe magnífico de la casa de los Sousas. Y ahora, encerradas en los castillos de Montemor y Esgueira, las señoras infantas doña Teresa y doña Sancha negaban a don Afonso el señorío real sobre las villas, fortalezas, heredades y monasterios que tan abundantemente les había entregado como dote el rey su padre. No obstante, antes de morir en el alcázar de Coimbra, don Sancho suplicó a Tructesindo Mendes Ramires, su hermano de leche y alférez mayor, por él mismo armado caballero en Lorvão, que defendiese y sirviese siempre a su hija más amada entre todas, la infanta doña Sancha, señora de Aveiras. Y así lo había jurado el leal ricohombre junto al lecho, donde en los brazos del obispo de Coimbra y del prior del Hospital, sosteniendo la candela, agonizaba, vestido de estameña como un penitente, el vencedor de Silves… Pero he aquí que estalla la fiera contienda entre Afonso II, agriamente celoso de su autoridad real, y las infantas, orgullosas, animadas a la resistencia por los frailes del Temple y por los prelados ¡a quienes don Sancho había legado tan extensos pedazos del reino! Inmediatamente, Alenquer y los alrededores de otros castillos son devastados por las huestes reales que regresaban de las Navas de Tolosa. Entonces, doña Sancha y doña Teresa acuden al rey de León, que se adentra con su hijo don Fernando por tierras de Portugal, para socorrer a las «damas oprimidas». Y en este lance, el tío Duarte, en su *Castelo de Santa Ireneia,* interpelaba con soberbio garbo al alférez mayor de don Sancho I:

¿Qué harás tú, mayorazgo de Ramires?
Si al leonés juntas el pendón tuyo
¡La palabra traicionas al rey vivo!
Pero si a las infantas no defiendes,
¡Traicionas la que diste a tu rey muerto!…

Esa duda, sin embargo, no angustió el alma de aquel Tructesindo rudo y leal, a quien el Hidalgo de la Torre modelaba severamente. Aquella noche, apenas recibió por mediación del hermano del alcalde de Aveiras, disfrazado de fraile mendicante, un angustioso recado de la señora doña Sancha, ordenó a su hijo Lourenço que, al despuntar el alba, corriese sobre Montemor, con quince lanzas, cincuenta hombres de a pie de su merced y cuarenta ballesteros. Él, entretanto, lanzaría el grito de guerra y en dos días tomaría parte en la lucha con los parientes de su casa, y un cuerpo más potente y numeroso de caballeros y ballesteros, para unirse a su primo, el de Sousa, que, al frente de los leoneses, bajaba de Alba de Duero.

Después, nada más romper el día, el pendón de los Ramires, azor negro en campo escarlata, se plantó ante las barreras de hierro; y a su lado, en el suelo, amarrado al asta con una lira de cuero, relucía el viejo emblema señorial, el hondo y sonoro caldero bruñido. Por todo el castillo se afanaban los siervos, descolgando los yelmos, arrastrando con estruendo por las losas los pesados sayos de malla de hierro. En los patios, los armeros aguzaban los venablos, suavizaban la dureza de las grebas y

quijotes con capas de estopa. Prontamente el adalid, en la despensa, anotaba las raciones de carne para los dos calurosos días de marcha. Y por todas las cercanías de Santa Ireneia, en la tranquilidad de la tarde, los atambores moriscos, mitigados en la arboleda, ¡tantarantán!, ¡tantarantán!, o más vivos en los cerros, ¡rantamplán!, ¡rantamplán!, convocaban a los caballeros de soldada y a los peones de la mesnada de los Ramires.

Entretanto, el hermano del alcalde, disfrazado siempre de fraile mendicante, de vuelta al castillo de Aveiras con la buena nueva de la inmediata ayuda, traspasaba con ligereza el puente levadizo… Y en ese punto, para alegrar tan sombrías vísperas de guerra, el tío Duarte, en su poemita, había engastado un acontecimiento galante:

A la moza que el cántaro llenaba,
El fraile roba un beso y dice ¡Amén!

Pero Gonçalo dudaba en descomponer con un beso de clérigo la pompa de aquella hermosa partida a la contienda… Y mordía pensativamente las barbas de la pluma cuando rechinó la puerta de la biblioteca.

—El correo…

Era Bento con los periódicos y dos cartas. El Hidalgo solamente abrió una de ellas, lacrada con el enorme sello de armas de Barrolo, rechazando la otra, en la que había reconocido la odiosa letra de su sastre de Lisboa. E inmediatamente, dando un puñetazo en la mesa:

—¡Ah, diablos!, ¿a qué día estamos hoy? A 14, ¿verdad?

Bento esperaba con la mano en el picaporte.

—¡Está al caer el cumpleaños de mi hermana Graça! Se me había olvidado por completo; siempre se me olvida. Y no tengo ni un regalito curioso… ¡Qué fastidio!

Pero la noche anterior, Manuel Duarte, en el casino, jugando al tresillo, había anunciado una escapada de tres días a Lisboa, para gestionar el empleo de su sobrino en Obras Públicas. Correría, pues, a Vila Clara para pedir a don Manuel Duarte que le comprase en Lisboa una bonita sombrilla de seda blanca con encajes…

—¡Don Manuel Duarte tiene gusto, muy buen gusto! Di entonces a Joaquim que no ensille la yegua; ya no voy a casa de Sanches Lucena. ¡Ah, señor! ¿Cuándo podré devolver esa infame visita? ¡Hace tres meses!… En fin, por dos días más, la bella doña Ana no envejece, ni tampoco muere el viejo Lucena.

Y el Hidalgo de la Torre, que decidió arriesgarse al alegre beso, tomó nuevamente la pluma y redondeó aquel final con elegante armonía:

«La moza, furiosa, gritó: “¡Atrás! ¡Atrás! ¡Villano!”. Y el fraile mendicante, silbando, aligeró sus sandalias por el barranco, bajo la sombra de las altas hayas, mientras que por todo el fresco valle hasta Santa Maria de Craquede, los atambores moriscos, ¡tantarán!, ¡rantamplán!, convocaban la mesnada de los Ramires, en la tranquilidad de la tarde…».

CAPÍTULO III

DURANTE la larga semana, en las horas de calma, el Hidalgo de la Torre trabajó con ahínco y provecho. Y esa mañana, después de haber repicado la campanilla en el corredor, Bento empujó la puerta de la biblioteca por dos veces, para avisar al señor doctor «de que la comididita, ciertamente, se echaría a perder con aquella espera». Pero por encima de la cuartilla Gonçalo rezongaba un «¡ya voy!» sin soltar la pluma, que avanzaba como quilla ligera en agua mansa, con la prisa amorosa de terminar antes de la comida su capítulo primero.

¡Ah! ¡Qué trabajo le costó aquellos días ese denso capítulo, tan difícil, con el inmenso castillo de Santa Ireneia que levantar, y toda una época esfumada de la historia de Portugal que condensar en recios contornos; y teniendo que proveer la mesnada de los Ramires, sin que faltase una ración en las alforjas o un fleje en los cofres que iban a lomos de las mulas! Pero, afortunadamente, el día anterior ya había sacado del castillo la hueste de Lourenço Ramires, que iba en auxilio de Montemor, con un vistoso centellear de yelmos y lanzas en torno al pendón desplegado.

Y ahora, en aquel remate del capítulo, era de noche, la campana había dado el toque de queda, ardía la almenara en la torre albarrana y Tructesindo Ramires bajaba a la sala de piso de tierra de la alcazaba para cenar, cuando fuera, ante el portillo, con tres toques fuertes que anunciaban la llegada de un hidalgo, sonó presuroso un cuerno. Y, sin que el mayordomo hubiese pedido permiso al señor, el rastrillo del puente levadizo chirrió sobre las cadenas de hierro y retumbó huecamente sobre sus poyos de piedra. Quien así llegaba con tanta prisa era Mendo Pais, amigo de Afonso II y mayordomo de su corte, casado con la hija mayor de Tructesindo, doña Teresa, a quien por su grácil y blanco cuello y por su paso más ligero que un vuelo, llamaban los Ramires la *Garza Real.* El señor de Santa Ireneia corrió al patio para acoger con un abrazo al amado yerno, «membrudo caballero, con los cabellos rubios y la piel blanquísima de la raza germánica de los Visigodos…». Y, con las manos enlazadas, entraron ambos en la sala abovedada, iluminada por antorchas sostenidas en toscos aros de hierro emplomados en los muros.

En el centro descansaba la maciza mesa de roble, rodeada de escaños hasta el extremo, en el que se levantaba, ante un áspero mantel de lino cubierto de platos de estaño y de relucientes picheles, el sillón señorial con el azor toscamente labrado en el alto respaldo, y colgando de él, por el cinturón ataujiado de plata, la espada de Tructesindo. Detrás negreaba la honda chimenea apagada, repleta de ramas de pino, con la repisa guarnecida de conchas, entre bocales con sanguijuelas, bajo dos manojos de palmas traídas de Palestina por Gutierres Ramires, *el de Ultramar.* Junto a un pilar de la chimenea, un halcón, todavía con plumas, dormitaba en su alcándara; y al lado, sobre las losas, sobre un montón de juncos, dos alanos enormes también

dormían, con el hocico entre las patas y las orejas caídas. Troncos de castaño sostenían en un rincón una pipa de vino. Entre dos troneras enrejadas, un monje con el rostro hundido en la capucha, sentado en el borde de un arcón, leía, a la luz del candil que humeaba en lo alto, un pergamino desenrollado… Así adornó Gonçalo la lúgubre sala alfonsina, con objetos sacados del tío Duarte, de Walter Scott, de narraciones del *Panorama*. ¡Pero qué esfuerzo! E incluso después de haber colocado sobre las rodillas del monje un infolio impreso en Maguncia por Ulrick Zell, tuvo que tachar toda aquella línea tan erudita, al recordar, dando un puñetazo en la mesa, que aún no se había inventado la imprenta en los tiempos de su abuelo Tructesindo y que al monje letrado sólo le correspondía «un pergamino de escritura amarillenta…».

Y caminando sobre el enlosado sonoro, desde la chimenea hasta el arco de la puerta, cubierto por una cortina de cuero, Tructesindo, con su blanca barba esparcida sobre los brazos cruzados, escuchaba a Mendo Pais, quien, con la confianza de ser pariente y amigo, había viajado sin escolta, ciñendo tan sólo sobre el brial de lana parda una espada corta y un puñal sarraceno. Presuroso y cubierto de polvo, Mendo Pais había corrido desde Coimbra para suplicar a su suegro, en nombre del rey y de los juramentos prestados, que no formase bandera con los de León y con las señoras infantas. Y exponía ya ante el viejo todos los fundamentos invocados contra ellas por los doctos notarios de la curia: ¡las resoluciones del Concilio de Toledo!, ¡la bula del apóstol de Roma, Alejandro!, ¡el viejo foro de los Visigodos!… Además, ¿qué injuria había hecho a las señoras infantas su real hermano para llamar así a huestes leonesas a tierras de Portugal? ¡Ninguna! Ni la regiduría ni la renta de los castillos y villas de la donación de don Sancho les negaba el señor don Afonso. El rey de Portugal solamente quería que ni un solo palmo de tierra portuguesa, baldía o amurallada, quedase fuera de su señorío real. ¿Avaro y ávido el rey don Afonso?… ¿Acaso no había entregado él a la señora doña Sancha ocho mil morabitinos[12] de oro? ¡Y el agradecimiento de su hermana había sido el leonés cruzando la raya y, seguidamente, la destrucción de los hermosos castillos de Ulgoso, de Contrasta, de Urros y de Lanhoselo! El mayor de los Sousas, Gonçalo Mendes, no se encontraba al lado de los caballeros de la Cruz en la jornada de las Navas, sino que andaba por allí guardando a las infantas, ¡como un moro, devastando tierra portuguesa desde Aguiar hasta Miranda! Y ya por los cerros del otro lado del Duero había aparecido el pendón renegado de los trece roeles, y tras él, husmeando la presa, ¡la manada de los Castro! Infame amenaza, y de armas cristianas, oprimiendo el reino, ¡cuando todavía moabitas y agarenos daban rienda suelta a sus correrías por los campos del sur!… ¡el honrado señor de Santa Ireneia, que tan esforzadamente había ayudado a construir el reino, no debiera, ciertamente, destruirlo, arrancando de él los mejores pedazos para monjes y damas rebeldes! Así, dando impetuosos pasos, clamó Mendo Pais, tan acalorado por el esfuerzo y la emoción que por dos veces llenó de vino un cuenco de madera y lo vació de un trago. Después, limpiándose la boca con el dorso de la mano trémula:

—¡Id sin vacilación a Montemor, señor Tructesindo Ramires! ¡Y en son de paz y de buena avenencia, persuadid a vuestra señora doña Sancha y a las señoras infantas de que deben volver honradamente a quien hoy tienen por padre y por rey!

El corpulento señor de Santa Ireneia se detuvo, fijando en su yerno la dura mirada, bajo las fruncidas cejas, hirsutas y blancas como zarzas en mañana de helada:

—Iré a Montemor, Mendo Pais, pero a llevar mi sangre y la de los míos para que justicia logre quien justicia tenga.

Entonces, Mendo Pais, amargado ante la heroica obstinación:

—¡Mayor dolor, mayor dolor! Será buena sangre de ricoshombres vertida por malas venganzas… ¡Señor Tructesindo Ramires, sabed que en Canta-Pedra os espera Lopo de Baião, el Bastardo, para impediros el paso con cien lanzas!

Tructesindo levantó su ancho rostro, con una risa tan soberbia y clara que los alanos gruñeron torvamente y el halcón, despertándose, estiró el ala lentamente:

—¡Buena nueva y de buena esperanza! Y, decidme, señor mayordomo mayor de la corte, ¿me la dais de tan buena gana y con tanta certidumbre para intimidarme?

—¿Para intimidaros?… ¡Ni el señor arcángel San Miguel os intimidaría aunque bajase del cielo con toda su hueste y su espada de fuego! De sobra lo sé, señor Tructesindo Ramires. Pero casé en vuestra casa, y ya que en esta lid no seréis por mí bien ayudado, quiero, al menos, que quedéis bien avisado.

El viejo Tructesindo batió palmas para llamar a sus sirvientes:

—¡Bien, bien, a cenar, pues! ¡A cenar, fray Munio!… Y vos, Mendo Pais, dejad los recelos.

—¡Los dejo, sí! No os puede venir daño alguno que me angustie de cien lanzas ni de doscientas que os surjan en el camino.

Y mientras el monje enrollaba su pergamino y se acercaba a la mesa, Mendo Pais añadió con tristeza, deshebillando lentamente el cinturón de la espada:

—Sólo tengo un temor: y es que en esta jornada, señor suegro mío, vayáis a quedar mal con el reino y con el rey.

—¡Hijo y amigo! ¡Quedaré mal con el reino y con el rey, pero bien con la honra y conmigo!

Este grito de fidelidad, tan altivo, no resonaba en el poemita del tío Duarte. Y cuando lo encontró, con inesperada inspiración, el Hidalgo de la Torre, soltando la pluma, se frotó las manos y exclamó, entusiasmado:

—¡Caramba! ¡Aquí hay talento!

Terminó enseguida el capítulo. Estaba agotado, en la mesa de trabajo desde las nueve de la mañana, ¡reviviendo intensamente y en ayunas las energías magníficas de sus vigorosos antepasados! Numeró las cuartillas y guardó en el cajón, con llave, el volumen del *Bardo.* Después, en la ventana, con el chaleco desabrochado, todavía lanzó el grito genial en tono grave y ronco, como lo lanzaría Tructesindo: «¡… mal con el reino y con el rey, pero bien con la honra y conmigo!…». Y sintió en él, realmente, el alma toda de un Ramires tal como eran ellos en el siglo XII, de sublime

lealtad, ¡más esclavos de su palabra que un santo de su voto, y sabiendo derrochar alegremente, por mantenerla, bienes, felicidad y vida!

Bento, que había lanzado otro repique desesperado, abrió de par en par la puerta de la biblioteca:

—Es Pereira… Está ahí abajo en el patio, que quiere hablar con el señor doctor.

Gonçalo Mendes frunció el entrecejo, con impaciencia, apartado así de aquellas alturas donde respiraba el noble espíritu de su estirpe:

—¡Qué fastidio!… Pereira… ¿Qué Pereira?

—Pereira; Manuel Pereira, el de la Riosa; el Pereira brasileño.

Era un labrador, con vivienda en la Riosa, llamado *el Brasileño* por haber heredado veinte mil escudos de un tío suyo, comerciante al por menor en Pará, con los que entonces compró algunas tierras; tenía arrendada la Cortiga, la famosa posesión de los condes de Monte-Agra, se ponía los domingos un gabán de paño fino y disponía de sesenta votos en el distrito.

—¡Ah! Di a Pereira que suba, que hablaremos mientras almuerzo… Y pon otro cubierto.

El comedor de la Torre, que se abría mediante tres puertas acristaladas a una amplia galería cubierta, conservaba desde los tiempos del abuelo Damião, el traductor de Valerius Flaccus, dos hermosos tapices de Arrás que representaban la *Expedición de los Argonautas.* Porcelanas de la India y de Japón, desparejadas y preciosas, llenaban un inmenso armario de caoba. Y sobre el mármol de los aparadores relucían los restos, aún suntuosos, de la famosa plata de los Ramires, que Bento constantemente aireaba y bruñía con amor. Pero Gonçalo, sobre todo en verano, almorzaba y cenaba siempre en la terraza luminosa y fresca, bien alfombrada y revestida hasta la mitad del muro de finos azulejos del siglo XVIII, que ofrecía en un rincón, para las indolencias del habano, un mullido canapé de paja con almohadas de damasco.

Cuando entró allí, con los periódicos de la mañana que no había abierto, Pereira ya lo esperaba, apoyado en un gran quitasol de paño escarlata, contemplando pensativamente la quinta que desde allí se extendía hasta los álamos de la ribera del Coice y hasta los suaves oteros de Valverde. Era un viejo flaco y tieso, todo huesos, de ancha cara morena, ojillos azulados y una barbita rala, ya blanca, entre dos enormes golas sujetas con botones de oro. Hombre acomodado, acostumbrado a la ciudad y al trato con las autoridades, ofreció abiertamente la mano al Hidalgo de la Torre, y aceptó, sin ningún embarazo, la silla que éste le acercó a la mesa, en la que sobresalían, por sus ricas tallas, dos altas vasijas de cristal antiguo, una llena de azucenas y la otra de vino verde.

—Bueno, ¿qué buen viento lo trae por la Torre, amigo Pereira? ¡No lo veo desde abril!

—Es verdad, señor Hidalgo, ¡desde aquel sábado en que cayó la gran tormenta, la

víspera de las elecciones! —confirmó Pereira acariciando el mango del quitasol que había conservado entre las rodillas.

Gonçalo, con una voraz prisa por el almuerzo, hizo sonar la campanilla de plata. Después, riendo:

—Y sus votos, amigo Pereira, como de costumbre, se fueron derechitos al eterno Sanches Lucena, ¡como los ríos al mar!

Pereira también se rió, con una risa complacida que ponía al descubierto su mala dentadura. ¡Efectivamente el distrito era una propiedad del señor Sanches Lucena! Caballero adinerado, hombre de bien, enterado, servicial… Por eso, cuando le convenía como en abril el apoyo del gobierno, ¡ni Nuestro Señor Jesucristo que volviese a la tierra y se presentase por Vila Clara derrotaría al dueño de la Feitosa!

Bento, calmoso, con su chaqueta de alpaca negra sobre el delantal blanquísimo, entraba con un plato de huevos fritos, cuando el Hidalgo, que había desdoblado la servilleta, la estrujó y arrojó con asco:

—¡Esta servilleta está usada! Ya estoy harto de repetirlo. No me importa una servilleta rota, con zurcidos o con remiendos… ¡Pero la quiero blanquita, nuevecita cada mañana, oliendo a espliego!

Y reparando en Pereira, que discretamente apartaba la silla:

—Pero ¿cómo? ¿No almuerza usted, Pereira?…

No, se lo agradecía mucho al Hidalgo, pero aquella tarde se reunía con su yerno en los Bravais, pues había fiesta por el cumpleaños del nietecito.

—¡Bravo! ¡Felicidades, amigo Pereira! Dé un beso de mi parte al nietecito… Pero tome al menos una copa de vino verde.

—Entre las comidas, señor Hidalgo, ni agua ni vino.

Gonçalo olisqueó y desechó los huevos. Reclamó la «comida familiar», siempre muy abundante y sabrosa en la Torre, que comenzaba con aquellas contundentes sopas de pan, jamón y legumbres, que él adoraba desde pequeño y llamaba las *palanganas.* Después, untando de manteca una galleta:

—¡Pues, francamente, Pereira, su Sanches Lucena no hace honor al distrito! Hombre excelente, sin duda, respetable, obsequioso… ¡Pero mudo, Pereira! ¡Completamente mudo!

El labrador se pasó lentamente por las narices velludas el rojo pañuelo, hecho una bola:

—Conoce las cosas, piensa con acierto…

—¡Sí! ¡Pero el pensamiento y el acierto se le quedan dentro del cráneo! ¡Además está muy viejo, Pereira! ¿Qué edad tendrá? ¿Setenta?

—Sesenta y cinco. Pero es de gente muy dura, señor Hidalgo. Su abuelo duró hasta los cien años. Aún lo conocí yo en la tienda…

—¿Cómo en la tienda?

Entonces Pereira, enrollando aún más el pañuelo, se extrañó de que el Hidalgo no conociese la historia de Sanches Lucena. Pues bien, el abuelo, Manuel Sanches, era

un pañero de Oporto, de la Rua das Hortas. Casado también con una moza muy vistosa, muy pomposa…

—¡Bien! —atajó el Hidalgo—. Eso es honroso para Sanches Lucena. Gente que medró, que ascendió… Estoy de acuerdo, Pereira, en que el distrito debe enviar a Lisboa un hombre como Sanches Lucena, que tenga aquí tierras, raíces, intereses, nombre… Pero es necesario también que sea un hombre con talento, con arrojo. ¡Un diputado que en las grandes cuestiones, en las crisis, se levante y arrebate la Cámara! … Y además, amigo Pereira, en la política, el que más grita más se lleva. ¡Mire la carretera de la Riosa! Todavía en proyecto, a lápiz rojo… Y, si Sanches Lucena fuese hombre que gritase en São Bento, usted, Pereira, tendría ya sus carros rechinando por ella.

Pereira meneó la cabeza, con tristeza:

—Quizá en eso acierte el señor Hidalgo… Siempre ha faltado alguien que grite cuando se trata de esa carreterita de la Riosa. ¡Quizá en eso acierte el señor Hidalgo!

Pero el Hidalgo había enmudecido, dedicado a la olorosa sopa que con ramitas de yerbabuena tenía ante sí en una cazuela nueva. Entonces Pereira, acercando más la silla, cruzó en el borde de la mesa las manos, que medio siglo de trabajo en la tierra había vuelto negras y duras como raíces, y declaró que se había atrevido a molestar al Hidalgo a la hora de la comida porque esa semana empezaba un corte de madera por la parte de Sandim, y deseaba, antes de que surgiesen otros compromisos, conversar con el señor Hidalgo sobre el arrendamiento de la Torre…

Gonçalo paró de comer entre asombrado y risueño:

—¿Quiere usted arrendar la Torre, Pereira?

—Quería hablar con usted. Como Relho está despedido…

—¡Pero yo ya hice trato con Casco, José Casco el de los Bravais! Dejamos las cosas medio apalabradas hace días…, más de una semana.

Pereira se mesó la barba rala lentamente. Pues era una pena, una gran pena… Él hasta el sábado no se había enterado de la desavenencia con Relho. Y, si el señor Hidalgo no se reservaba el secreto, ¿en cuánto habían convenido el arrendamiento?

—¡No, no me reservo el secreto, hombre! Novecientos cincuenta mil reis.

Pereira sacó del bolsillo del chaleco la tabaquera de concha y aspiró con calma el rapé, con el rostro inclinado hacia el suelo. ¡Pues mayor pena, incluso para el señor Hidalgo! ¡En fin! Si había dado su palabra… Pero era una pena, porque a él le gustaba aquella quinta. Ya por San Juan pensó acercarse al señor Hidalgo, y aunque los tiempos corrían escasos, ¡él hubiera estado dispuesto a ofrecer mil cincuenta escudos, e incluso mil ciento cincuenta!

Gonçalo se olvidó de la sopa, con una emoción que le encendió sus finas mejillas, ante tal aumento de la renta, ¡y la excelencia de tal rentero, hombre pudiente, con dinero en el banco y el más hábil cultivador de tierras de aquellos contornos!

—¿Me lo dice en serio, Pereira?

El viejo labrador dejó la caja de rapé sobre el mantel y con decisión:

—¡Señor Hidalgo, yo no soy hombre que venga a la Torre para bromear con usted! ¡Trato hecho, escritura firmada…! Pero si el arrendamiento está convenido…

Recogió la caja y apoyaba su mano ancha en la mesa para ponerse en pie, cuando Gonçalo intervino nervioso, empujando el plato:

—¡Escuche, hombre! No le he contado detalladamente el caso de Casco. Usted comprende, sabe cómo son estas cosas… Casco vino, hablamos; yo le pedí novecientos cincuenta mil reis y un cerdo en Navidad. Primero aceptó, que sí; luego rectificó, que no… Volvió con su compadre; ¡después con la mujer, el compadre, el ahijado y el perro! Luego solo. Anduvo ahí por la quinta, midiendo, oliendo la tierra; creo que hasta la probó. ¡Esos enredos de Casco!… Por fin, una tarde, gimoteando, aceptó los novecientos cincuenta mil reis, pero sin el cerdo. Cedí en lo del cerdo. Apretón de manos, vaso de vino. Quedó en que volvería para disponer y tratar de la escritura. ¡No lo he vuelto a ver, y hace casi dos semanas! Naturalmente, ya habrá cambiado de parecer, ya se habrá arrepentido… En resumen, que no tengo con Casco ningún contrato en firme… Fue una conversación en la que únicamente establecimos como base una renta de novecientos cincuenta. ¡Y yo, que detesto las cosas imprecisas, ya estaba pensando en encontrar mejor hombre!

Pero Pereira se rascaba la barbilla, desconfiado. A él, en los negocios, le gustaban las cosas claras. Siempre se había llevado bien con Casco. Ni por un condado se interpondría en los asuntos de Casco, hombre violento, irritable. De modo que deseaba las cosas claras para que no surgieran disgustos serios. No se había firmado la escritura, ¡bien! ¿Pero había o no había palabra dada entre el Hidalgo y Casco?

—¡Hombre, qué pregunta!… Si hubiera yo comprometido firmemente con Casco la palabra de Gonçalo Ramires, ¿estaría ahora aquí tratando o ni siquiera hablando con usted, Pereira, sobre el arrendamiento de la Torre?

Pereira bajó la cabeza. ¡Eso era verdad!… Pues, en ese caso, él se reafirmaba en su propuesta claramente. Y, como conocía la quinta y ya había hecho sus cálculos, ofrecía al Hidalgo mil ciento cincuenta escudos, sin cerdo. Y no daba para la familia ni leche, ni hortalizas ni fruta. El Hidalgo, hombre soltero, de poco se aprovecharía. La Torre, sin embargo, era casa antigua, rebosaba de gentes y de allegados. Todos cogían, todos abusaban… En fin, ése era su criterio. Además, para la mesa del Hidalgo y hasta para los criados, bastaba con el jardín y la huerta de recreo… Que huerta y jardín necesitaban cuidados más delicados, pero él, por afecto al Hidalgo y por su propio gusto, pasaría por allí y haría lucir todo… En cuanto a las otras condiciones, aceptaba las del antiguo arrendamiento. Firmarían las escritura la semana siguiente, el sábado… ¿De acuerdo?

Gonçalo, después de un momento en el que pestañeó nerviosa y trémulamente, tendió la mano abierta a Pereira:

—¡Chóquela! ¡Ahora sí! ¡Ahora está dada mi palabra!

—Que Nuestro Señor le dé virtud —concluyó Pereira, apoyándose en su enorme quitasol para levantarse—. Entonces el sábado en Oliveira, para la escritura… ¿Firma

el señor Hidalgo o el padre Soeiro?

Pero el Hidalgo calculaba:

—¡No, hombre, no puede ser! El sábado, en efecto, estoy en Oliveira, pero es el cumpleaños de mi hermana Maria da Graça…

Pereira mostró de nuevo su mala dentadura, con una sonrisa afectuosa:

—¡Ah! ¿Y cómo sigue doña Maria da Graça? ¡Hace siglos que no la veo! Desde el año pasado en la procesión de los Passos, en Oliveira… ¡Muy buena señora! ¡Muy afectuosa! ¿Y don José Barrolo? Excelente persona, también, don José Barrolo, mejorando lo presente… ¡Y qué tierra la suya, la Ribeirinha! ¡La mejor propiedad en veinte leguas a la redonda! ¡Hermosa finca! La de don André Cavaleiro, que linda con ella, la Biscaia, no se le puede comparar, es como el cardo al pie de la col.

El Hidalgo mondaba un melocotón, sonriendo:

—¡De André Cavaleiro nada vale, Pereira! ¡Ni la tierra ni el alma!

El labrador pareció sorprendido. Él creía que el señor Hidalgo y Cavaleiro seguían siendo íntimos amigos… ¡No en política! Pero personalmente como caballeros…

—¿Cómo? ¿Yo y Cavaleiro? Ni como caballero ni como político, que él no es ni caballero ni político. Es tan sólo un caballo, y resabiado.

Pereira permaneció silencioso, con los ojos fijos en el mantel. Después, resumiendo:

—Entonces, entendido, el sábado, en la ciudad. Y si no le causa trastorno al señor Hidalgo, pasamos por la notaría de Guedes y queda el asunto arreglado. Naturalmente el Hidalgo parará en casa de su señora hermana…

—Siempre. Vaya usted a las tres. Hablaremos con el padre Soeiro.

—¡También hace siglos que no veo al padre Soeiro!

—¡Oh! Ese ingrato, ahora, raras veces aparece por la Torre. Siempre está en Oliveira, con mi hermana Graça, que es la niña de sus ojos… ¿Entonces ni una copita de Oporto, Pereira?… Bueno, pues hasta el sábado. No se olvide de darle un besito de mi parte al nieto.

—Lo llevo aquí en el corazón, señor Hidalgo… ¡Pero cómo! ¿Voy a consentir yo que usted se levante? Conozco perfectamente la escalera y, además, voy a pasar por la cocina para bromear con la tía Rosa. ¡Desde los tiempos del papá de usted, que Dios tenga en la Gloria, conozco bien la Torre!… ¡Y siempre tuve la esperanza de llevar a cabo en esta quinta una labor a mi gusto, de provecho!

Durante el café, olvidándose de los periódicos, Gonçalo disfrutó con la excelencia de aquel negocio. Doscientos mil reis más de renta. ¡Y la Torre cultivada por Pereira, con aquel amor suyo por la tierra y sus conocimientos de labranza que habían transformado el erial del monte de Agra en una maravilla de trigal, viña y huerta!… Además, hombre de dinero, capaz de algún anticipo. He ahí una prueba más del valor de la Torre, ese empeño de Pereira en arrendarla, él tan ahorrativo, tan cauto… Casi se arrepentía de no haberle arrancado mil doscientos escudos. ¡En fin, la mañana

había sido fecunda! Y, realmente, ningún acuerdo firmado le unía a Casco. Entre ellos sólo se inició una conversación sobre un posible arrendamiento de la Torre, para discutir después detalladamente, sobre la nueva base de novecientos cincuenta mil reis… ¡Qué insensatez que él, por un respeto escrupuloso a aquella charla esbozada, rechazase a Pereira y se quedase con Casco, labrador rutinario, de los que escarban la tierra para comer y la dejan cada año consumida, más cansada y exprimida!

—¡Bento, trae los puros! Y que Joaquim tenga ensillada la yegua entre cinco y cinco y media. Por fin voy a ir a la Feitosa… ¡Hoy es el día!

Encendió un puro, volvió a la biblioteca e inmediatamente releyó el magnífico final: «¡Mal con el reino y con el rey, pero bien con la honra y conmigo!». ¡Ay! ¡Cómo clamaba allí el alma entera del viejo portugués, en su amor religioso a la palabra y al honor! Y, con la cuartilla en la mano, junto al balcón, contempló un instante la Torre, las polvorientas saeteras enrejadas, las sólidas almenas, enteras aún, en las que revoloteaba ahora una bandada de palomas… ¡Cuántas mañanas, a la hora fresca del alba, el viejo Tructesindo se habría apoyado en aquellas almenas, nuevas y blancas entonces! Toda la tierra alrededor, sembrada o por cultivar, pertenecería, sin duda, al poderoso ricohombre. ¡Y Pereira, en aquel tiempo colono o siervo, sólo abordaría a su señor de rodillas y temblando! Pero no le pagaba mil ciento cincuenta escudos en moneda contante y sonante del reino. Tampoco, ¡qué diablos!, los necesitaba el abuelito Tructesindo… Cuando las talegas escaseaban en las arcas y los mercenarios refunfuñaban por el retraso en la soldada, el leal ricohombre, para proveerse, tenía los graneros y las bodegas de los concejos mal defendidos, o si no, en cualquier recodo del camino, al recaudador que volvía de recoger las rentas reales, o al mercader genovés con su reata de mulos cargados de fardos. Bajo la Torre —como le había contado su padre—, aún negreaba la mazmorra feudal, ya casi cegada, pero con los restos de las cadenas sujetas con plomo a los pilares y en la bóveda la argolla de la que pendía la polea y en las losas los agujeros en los que se fijaba el potro. Y, en esa sórdida y húmeda cueva, recaudador, mercader, clérigos y hasta burgueses de privilegio aullaban bajo el látigo o en el torniquete, hasta que soltaban, agonizando, hasta el último morabitino. ¡Ah! La romántica Torre, tan tiernamente cantada a la luz de la luna por Videirinha, ¡cuántos tormentos había encubierto!

Y de repente, dando un grito, Gonçalo cogió de encima de la mesa un volumen de Walter Scott, que lanzó sin piedad, como una piedra, contra el tronco de un haya. Era que había descubierto al gato de Rosa la cocinera, encaramado, con las uñas clavadas en una rama, arqueando el espinazo, para lanzarse sobre un nido de mirlos.

Cuando aquella tarde el Hidalgo de la Torre, muy gallardo con su nuevo traje de montar, polainas de cuero brillante, guantes de gamuza blanca, paró la yegua ante el portón de la Feitosa, un viejo todo desharrapado, con largos cabellos cayendo sobre los hombros y unas enormes barbas esparcidas por el pecho, se levantó

inmediatamente del banco de piedra donde estaba comiendo unas rajas de chorizo y bebiendo de una calabaza, para comunicarle que el señor Sanches Lucena y la señora doña Ana habían salido en su coche. Gonçalo pidió al viejo que tirase de la campanilla y, entregando una tarjeta al mozo que había entreabierto la rica reja dorada, con una S y una L entrelazadas bajo una corona de conde, dijo:

—¿El señor Sanches Lucena sigue bien?

—El señor consejero está ahora un poquito mejor…

—¡Cómo! ¿Es que ha estado enfermo?

—Sí, el señor consejero, hace tres o cuatro semanas, estuvo muy delicado…

—¡Oh! Lo siento mucho… ¡Dígale al señor consejero que lo siento muchísimo!

Llamó al viejo que había tirado de la campanilla para recompensarle con unos céntimos… E interesándose por aquellas barbazas y melenas de mendigo de melodrama:

—¿Pide usted limosna por estos lugares?

El hombre levantó hacia él los ojos sucios, enrojecidos por el polvo y por el sol pero risueños, casi alegres:

—También me acerco a la Torre, señor Hidalgo. Y, gracias a Dios, allí me hacen mucho bien.

—Entonces, cuando vuelva, diga a Bento, ¿conoce usted a Bento?

¡Claro que lo conocía! Y a la señora Rosa…

—¡Pues dígale que le dé unos pantalones, hombre! Así, con esos, no está usted decente.

El viejo rió con una risa lenta y desdentada, mirando complacido los sórdidos harapos que le rozaban las canillas, más renegridas y secas que ramas en invierno:

—Algo rotitos sí, rotitos… Pero el señor don Júlio dice que así me quedan bien. El señor don Júlio cuando paso por allí siempre me hace algún retrato con su máquina. Incluso la semana pasada… Hasta con unos trozos de cadenas colgándome de las muñecas y una espada levantada en la mano… Al parecer era para enseñárselas al Gobierno.

Gonçalo, riendo, espoleó la yegua. Pensaba ahora en dar un rodeo hasta Valverde, después regresaría por Vila Clara y tentaría a Gouveia a compartir en la Torre un cabrito asado en el espetón de cerezo, comida a la que ya había invitado el día antes, en el casino, a Manuel Duarte y a Titó. Pero al atravesar la «Cruz das Almas», donde la carretera de Corinde, tan bella con sus hileras de álamos, cruza la ladera de Valverde, se detuvo, al divisar al fondo, hacia Corinde, algo como el desmoronamiento confuso de una carga de leña, una carreta de carnicero, una mujer de pañuelo rojo agitando los brazos sobre la albarda de un burro y dos campesinos con la azada al hombro. Y, de repente, todo el grupo se disolvió: la mujer trotando en su burrito desapareció de pronto en un recodo de la arboleda; la carreta traqueteando entre una fina nube de polvo; el carro dirigiéndose hacia la «Cruz das Almas», chirriando lentamente; los cavadores descendiendo hacia una llanura entre los haces

de heno… En la carretera sólo quedó, como desamparado, un hombre con la chaqueta al hombro, que se arrastraba penosamente, cojeando. Gonçalo trotó, lleno de curiosidad:

—¿Qué ha sucedido?… ¿Qué le pasa?

El hombre, con la pierna encogida, levantó hacia Gonçalo un rostro arrugado, casi desfallecido, que brillaba con los regueros de sudor:

—¡Nuestro Señor le dé muy buenas tardes, señor Hidalgo! ¿Qué ha de ser? ¡Desgracias de esta vida!

Y, gimiendo, le contó la historia. Desde hacía meses padecía de una llaga en un tobillo, que no se secaba ni con emplastos, ni con polvo de murtón, ni con hechizos… Y ahora, estaba allí arriba, en la hacienda del señor don Júlio, arreglando un bancal para ayudar a un compadre, también enfermo con fiebres, y ¡zas!, se desprende un peñasco, choca contra la herida, se lleva por delante la carne, astilla el hueso y ¡lo deja en aquel lastimoso estado!… Hasta había tenido que arrancar un trozo del faldón de la camisa para empapar la sangre, atando por encima el pañuelo.

—¡Pero así no puede andar, hombre! ¿De dónde es usted?

—De Corinde, señor Hidalgo, Manuel Solha, del caserío de la Finta. Hasta allí siempre podré arrastrarme.

—Y entonces, de toda esa gente que estaba aquí hace un rato, ¿nadie le ha podido ayudar?… Había una carreta, dos hombretones…

Un movimiento brusco, en el penoso esfuerzo por asentar la pierna, arrancó un grito a Solha. Pero sonrió, jadeante… ¿Qué esperaba el señor Hidalgo? Cada cual, en este mundo, tiene su prisa… En fin, la moza del burro le había prometido pasar por la Finta para avisar. Y tal vez uno de sus hijos apareciese en la carretera con una yegüita que le había comprado por Pascua, y que, por desgracia, ¡también cojeaba!…

Inmediatamente, con un ligero salto, el Hidalgo de la Torre se apeó:

—¡Bien! Entonces, yegua por yegua, aquí tiene usted esta…

Solha miró perplejo a Gonçalo:

—¡Cómo! ¡En el nombre de Dios!… ¿Cómo voy a ir yo a caballo y el señor Hidalgo a pie?

Gonçalo reía:

—Hombre, con estas discusiones de «yo a pie», «usted a caballo», y «haga el favor», «no señor», podemos perder un tiempo precioso. ¡Monte, estese quieto y trote hacia la Finta!

El otro retrocedía hacia la cuneta de la carretera, sacudiendo la cabeza, desencajado, como espantado ante un sacrilegio:

—¡Eso sí que no, señor, eso sí que no! ¡Antes me dejaría acabar aquí, en la penuria, con la llaga enmohecida!

Gonçalo golpeó el suelo con el pie, autoritariamente:

—¡Monte, se lo mando yo! ¡Usted es un labrador y yo soy un doctor graduado en Coimbra! ¡Soy yo el que sabe y el que manda!

Y Solha, inmediatamente sumiso ante aquella fuerza deslumbrante del saber superior, agarró en silencio la crin de la yegua y se calzó respetuosamente el estribo, ayudado por el Hidalgo que, sin quitarse los guantes blancos, le sujetaba el pie vendado y manchado de sangre.

Después, cuando descansó en la silla con un ¡Ah! de alivio:

—Bueno, ¿qué tal?

El hombre sólo musitaba el nombre de Nuestro Señor, ante la gratitud y el asombro de aquella caridad:

—Pero esto es el mundo al revés… ¡Yo, aquí, en la yegua del señor Hidalgo! ¡Y el señor Hidalgo, el señor Gonçalo Ramires, el de la Torre, a pie por la carretera!

Gonçalo bromeó. Y, para entretener la caminata, preguntó por la quinta de don Júlio, que ahora se había metido a hacer obras y a plantar viñas. Después, como Manuel Solha conocía a Pereira, *el Brasileño* —que pensó arrendar las tierras de don Júlio—, hablaron sobre aquel hombre experto y sobre las grandezas de la Cortiga. Ya sin embarazo alguno, tieso en la silla, con el placer de aquella intimidad con el Hidalgo de la Torre, Solha se olvidaba de la llaga y del dolor que lo atormentaba. Y al estribo de Solha, atento y sonriendo, el Hidalgo apresuraba el paso entre la blanca polvareda.

Se acercaban así a la Bica-Santa, uno de los lugares más alabados de aquellos hermosos contornos. Allí la carretera, abierta en la ladera de un monte, se ensancha y forma una extensa explanada, desde la que se puede abarcar todo el valle de Corinde, tan rico en caseríos, arboledas, trigales, agua. En la pendiente del monte, cubierto de robles y peñascos musgosos, brota la famosa fuente, que ya en tiempos del rey don João V curaba los dolores de vientre y que una devota señora de Corinde, doña Rosa Miranda Carneiro, mandó canalizar desde lo alto hasta un estanque de mármol, donde ahora corre provechosamente por un caño de bronce, bajo la imagen y advocación de Santa Rosa de Lima. A cada lado del estanque se sitúan, formando curva, dos espaciosos bancos de piedra, que el frondoso ramaje de los robles cubre de sombra y frescor. Es un agradable retiro donde se cogen violetas, se merienda, y donde las señoras de los alrededores se sientan en grupos, las tardes de los domingos, escuchando los mirlos y disfrutando de la poblada, luminosa y verdeante amplitud del valle.

Pero, antes de desembocar en la Bica-Santa y cerca de Serdal, la carretera de Corinde se dobla en una curva y, ahí, de repente, la yegua hizo un extraño que obligó al Hidalgo de la Torre a echar mano a la rienda del freno, desconfiado de la pericia de Solha. El motivo fue el encuentro inesperado con un carruaje, una calesa forrada de azul, con la pareja cubierta por redes blancas contra la mosca y, en el pescante, tieso, un cochero con bigote, librea de cuello escarlata y sombrero de copa amarillo. Y Gonçalo aún sostenía la yegua por el freno, como arriero servicial en un paso peligroso, cuando divisó, sentado en uno de los bancos de piedra, junto al caño, con una manta sobre las rodillas, al viejo Sanches Lucena. A su lado, el lacayo, agachado,

restregaba con un puñado de hierba la botita que la bella doña Ana le tendía, recogiéndose el vestido de hilo crudo y apoyando la otra mano, sin guante, en el talle fino y flexible.

La desconcertante aparición del Hidalgo de la Torre, tirando de la brida de su yegua, en la que se apoltronaba cómodamente un labrador en mangas de camisa, alborotó aquel tranquilo rincón adormecido de la Bica. Sanches Lucena abría desmesuradamente los ojos y enfocaba los lentes en un arrebato de curiosidad que lo había hecho levantarse, con el cuello estirado y la manta resbalándosele hasta la hierba. Doña Ana recogió bruscamente la botita, enderezándose rápidamente con la gravedad que correspondía a la señora de la Feitosa, y empuñó, como si fuera un cetro, el mango de oro de los anteojos, de oro también, colgados de una cadena del mismo metal. Y hasta el lacayo reía asombrado mirando hacia Solha.

Pero enseguida, con su elegante desenvoltura, Gonçalo, en un instante, saludó a doña Ana, apretó con efusión la mano asombrada de Sanches Lucena y ¡se congratuló alegremente por aquel feliz encuentro! ¡Pero si él venía precisamente de la Feitosa! Y allí había sabido, con gran disgusto, por un criado de la quinta, que seguramente exageraba, que el señor consejero había estado enfermo las últimas semanas… Y ahora ¿qué tal?, ¿cómo estaba? ¡Oh! ¡Su aspecto era excelente!

—¿No es verdad, doña Ana? ¡Su aspecto es excelente!

Con un leve movimiento de cabeza y un blando ondular del ramillete de plumas blancas sobre el sombrero de paja rojo, ella replicó con una voz arrulladora, gruesa y pausada, que estremeció a Gonçalo:

—Ahora, gracias a Dios, goza de mejor salud…

—Sí, estoy algo mejor, en efecto, ¡muy agradecido, señor Gonçalo Ramires! —musitó el huesudo y encorvado señor, colocándose la manta sobre las rodillas.

Y con los relucientes lentes clavados en Gonçalo, por la curiosidad que lo abrasaba y casi le coloreaba la cara aguzada, más amarilla que un cirio:

—Pero, ¡con perdón!, ¿cómo es que anda usted por aquí, por la carretera de Corinde, en semejante estado, a pie y llevando de la rienda la yegua con un jornalero?

Riendo, sobre todo en dirección a doña Ana, cuyos ojos hermosamente negros, de un profundo brillo húmedo, también esperaban, serios y reservados, Gonçalo contó la desgracia de aquel buen hombre, a quien había encontrado en el camino quejándose y arrastrando la pierna herida…

—De modo que le ofrecí mi yegua… Y ahora, si usted me lo permite, señora, debo ponerme de acuerdo con él sobre el resto del trayecto…

Rápidamente volvió hasta donde estaba Solha, que, nuevamente azorado ante los señores de la Feitosa, con el sombrero en la mano, encogido en la silla como empequeñeciéndose, enseguida sacó los pies de los estribos para apearse. Pero Gonçalo le ordenó que trotase hacia la Finta y que le mandase la yegua con uno de sus hijos allí, a la Bica-Santa, donde él aguardaría con el señor consejero. Y cuando Solha arrancó, saludando precipitadamente, torcido y como empujado a su pesar por

los gestos risueños con los que el Hidalgo le despedía, el asombro de Sanches Lucena reapareció:

—¡Qué cosas! Esperaría todo, todo, menos que el señor Gonçalo Mendes Ramires viniese por la carretera de Corinde, ¡tirando de la rienda de su propia yegua, con un jornalero montado! Es la repetición de lo del buen samaritano… ¡Pero aún mejor!

Gonçalo bromeó, sentado en el banco junto a Sanches Lucena. ¡Oh! El buen samaritano seguramente no habría merecido una página tan amable en los Evangelios solamente por ofrecer el burro a un levita enfermo: seguramente mostraría otras virtudes más hermosas… Y sonriendo hacia doña Ana, que, al otro lado de Sanches Lucena, dirigía los anteojos, con majestuosa lentitud, hacia los árboles y hacia la fuente que tan bien conocía:

—Hace dos años, señora, que no tenía el honor…

Pero Sanches Lucena lanzó un grito:

—¡Oh, señor Gonçalo Ramires! ¡Tiene usted sangre en la mano!

El Hidalgo miró asustado. En el guante de gamuza blanca resaltaban dos manchas rojizas.

—¡No es mía! Habrá sido, naturalmente, de cuando Solha montó y yo le sujeté el pie herido…

Se quitó el guante y lo tiró sobre la hierba, por detrás del banco de piedra. Y continuó sonriente:

—En efecto, no he tenido el honor de volverla a encontrar, señora mía, desde el baile del barón de las Marges, en Oliveira, el famoso baile de Carnaval… Hace más de dos años, era yo estudiante. Y aún recuerdo que iba usted espléndidamente disfrazada de Catalina de Rusia…

Y mientras la envolvía en la sonrisa de sus ojos corteses y tiernos, pensaba: «¡Hermosa criatura! ¡Pero ordinaria! ¡Y qué voz!…». Doña Ana también recordaba el baile de los Marges:

—Sin embargo, el caballero está equivocado. No fui de rusa, sino de emperatriz.

—Sí, de emperatriz de Rusia, de Catalina la Grande… ¡Y con qué buen gusto! ¡Con qué lujo!

Sanches Lucena giró lentamente sus lentes de oro hacia Gonçalo y apuntó con un dedo largo y lívido:

—Yo también recuerdo que su hermana, la señora doña Graça, llevaba un traje de labradora de Viana… Fue una fiesta brillantísima; lo que no es de extrañar, pues nuestro buen Marges es siempre primoroso… Y desde aquella noche no he vuelto a encontrarme a su hermana en la intimidad; solamente de lejos, en misa…

Además, ahora residía poco tiempo en Oliveira, a pesar de conservar allí casa abierta, servidumbre y cochera, porque, por culpa del aire o del agua, no le sentaba bien la ciudad.

Gonçalo acentuó aún más su interés:

—Pero entonces, realmente, ¿qué es lo que ha tenido usted?

Sanches Lucena sonrió, con amargura. Los médicos en Lisboa no se ponían de acuerdo. Unos lo atribuían al estómago, otros al corazón. Por tanto, en un lado o en otro había una víscera vital atacada. Y sufría ataques, terribles ataques. En fin, con la gracia de Dios, la dieta, la leche y el reposo, aún esperaba tirar unos años.

—¡Oh! ¡Seguro! —exclamó Gonçalo alegremente—. ¿No cree usted que la estancia en Lisboa, la Cámara, y la política, la terrible política, pueden fatigarlo y agitarlo?…

No, al contrario, Sanches Lucena lo pasaba sensiblemente mejor en Lisboa. ¡Incluso mejor que en la Feitosa! Además, le gustaba aquella distracción de la Cámara. Y como conservaba amigos en la capital, un grupo escogido, fino…

—A uno de esos excelentes amigos nuestros lo conocerá usted, seguramente. Es pariente suyo… Don João de la Pedrosa.

Gonçalo, ajeno al hombre y hasta al nombre, musitó cortésmente:

—Sí, cierto, don João…

Y Sanches Lucena, pasándose por las patillas blancas la mano delgadísima, casi transparente, en la que brillaba un enorme anillo con las armas en zafiro:

—Y no sólo don João… Otro amigo nuestro es también pariente suyo, y cercano. Muchas veces hemos hablado de usted y de su casa. Él también pertenece a la antigua nobleza… Arronches Manrique.

—¡Un caballero muy amable, muy divertido! —añadió doña Ana con una convicción que le sobresaltó el pecho, cuyo lozano vigor y perfección marcaban el ceñido corsé.

Gonçalo tampoco había oído nunca aquel nombre sonoro. Pero no dudó:

—Sí, claro, Manrique… En realidad, tengo tantos parientes en Lisboa, ¡y voy tan poco!… Y usted, doña Ana…

Pero Sanches Lucena insistía, encantado con aquella conversación sobre parentescos nobles:

—Ciertamente, tiene usted en Lisboa toda su parentela histórica. ¡Creo que también es usted primo del duque de Lourençal!… ¡Duarte Lourençal! No usa el título a causa de su miguelismo, o más bien por costumbre; pero, en fin, ¡es el legítimo duque de Lourençal! El representante de la casa de Lourençal.

Gonçalo, sonriendo atentamente, se desabrochó la levita y buscó su vieja petaca de piel:

—Sí, en efecto, Duarte… somos primos. Él dice que somos primos. Y yo lo creo. ¡Entiendo tan poco de árboles genealógicos!… En realidad, las casas nobles de Portugal están muy cruzadas; todos somos parientes, no sólo por parte de Adán, sino por los godos… Y usted, doña Ana, ¿prefiere la estancia en Lisboa?

Pero, advirtiendo que distraídamente había cortado con los dientes la punta del puro que acababa de elegir:

—¡Oh! Perdón, señora… Iba a fumar sin saber si a usted…

Ella inclinó la cabeza, bajando sus largas pestañas:

—El caballero puede fumar; mi marido no fuma, pero a mí hasta me gusta el olor.

Gonçalo le dio las gracias, molesto con aquella voz ronca y pastosa, con aquellos horrendos *¡caballero, el caballero!*… Pero pensaba: «¡Qué bonita piel! ¡Qué criatura tan hermosa!…». Y Sanches Lucena, inexorable, extendió su agudo dedo:

—Pues yo conozco mucho, no a don Duarte Lourençal, hasta el momento no tengo ese alto honor, sino a su hermano, don Filipe. Caballero apreciadísimo, como usted seguramente sabe… Y, además, ¡qué talento!… ¡Qué talento con el cornetín!

—¡Ah!

—¡Cómo! ¿No ha escuchado usted a su primo, a don Filipe Lourençal, tocar el cornetín?

Hasta la hermosa doña Ana se animó, con una lánguida sonrisa en sus labios carnosos, más rojos que cerezas maduras, sobre el húmedo brillo de sus dientes menuditos.

—¡Oh! ¡Toca espléndidamente! A mi marido le gusta mucho la música, y a mí también… Pero, como usted comprenderá, aquí en la aldea, con la falta de medios…

Gonçalo, tirando el fósforo, exclamó al instante, con sincero interés:

—Entonces quisiera yo que usted escuchase a un amigo mío que es una verdadera maravilla con el violón, ¡Videirinha!…

A Sanches Lucena le extrañaron el nombre y su vulgaridad. Y el Hidalgo, con sencillez:

—Es un joven muy amigo mío, de Vila Clara… José Videira, auxiliar de farmacia…

Los lentes de Sanches Lucena se agrandaron de puro asombro:

—¡Auxiliar de farmacia y amigo de don Gonçalo Mendes Ramires!

Sí, desde la época de estudiantes, desde los exámenes en el instituto. Incluso Videirinha pasaba las vacaciones en la Torre, con su madre, antigua costurera de la familia. Tan buen muchacho, tan sencillo… ¡Y realmente un genio con el violón!

—Ahora tiene una canción admirable que ha titulado el *Fado dos Ramires.* Y en efecto la música es la de un fado de Coimbra, un fado conocido. Pero la letra es suya, unos versos deliciosos sobre cosas de mi familia, leyendas, patrañas… ¡Le ha quedado sublime! Hace pocos días en la Torre, conmigo y con Titó…

Y ante aquel nombre, familiar e infantil, Sanches Lucena manifestó un nuevo reparo:

—¿Titó?

El Hidalgo reía:

—Es un antiguo apodo amistoso que damos a António Vilalobos.

Entonces Sanches Lucena extendió los brazos, como si alguien muy querido hubiese aparecido en la carretera:

—¡António Vilalobos! ¡Pero si es uno de nuestros fieles y buenos amigos! ¡Caballero apreciadísimo! Casi todas las semanas nos hace el honor de aparecer por la Feitosa…

Y ahora fue el Hidalgo el que se quedó asombrado ante aquella intimidad a la que Titó nunca había aludido, cuando en casa de Gago, en la Torre, o en el casino, se gritaba, discutiendo de política, el nombre de Sanches Lucena.

—¡Ah! Usted lo conoce…

Pero doña Ana, que se había levantado bruscamente del banco y se inclinaba para recoger el guante y la sombrilla, recordó a su marido el lento descenso de la temperatura al atardecer, la neblina que subía siempre a esas horas desde el valle cálido:

—Sabes que no te sienta bien… Y tampoco hace ningún bien a los caballos, así parados hace tanto rato.

Inmediatamente, Sanches Lucena, temeroso, sacó del bolsillo un grueso pañuelo de seda blanca para abrigarse el cuello. Y preocupado también por los caballos, enseguida se levantó torpemente del banco de piedra, haciendo al lacayo un gesto cansado para que recogiese la manta y avisase al cochero. Pero aún cruzó, encorvado y apoyado en el bastón, hacia el parapeto que resguarda la carretera sobre la inclinada falda del monte, desde donde se domina el valle. Y confesó a Gonçalo que aquel era, en los alrededores de la Feitosa, su paseo preferido. No sólo por la belleza del lugar, ya cantada por «nuestro delicado Cunha Torres», sino porque desde el mirador de la Bica, sin ningún esfuerzo, sentado en el banco, se divisaba una amplia extensión de sus tierras.

—Mire usted… Más allá de aquel soto, hasta la llanura y el cerro en el que está la casona amarilla y hasta detrás del Pinhal, es todo mío… También el pinar es mío… Aquello de más allá, desde la hilera de álamos en adelante, después de ese terreno pantanoso, también es mío… Lo de allí, al lado de la ermita, pertenece al Monte-Agra… Pero, más allá, pasado el encinar, monte arriba, ¡es todo mío!

El lívido dedo y el brazo esquelético por entre la manga de lana negra se alargaban sobre todo el valle. Allí, los pastos… Más adelante, el centeno… Luego el baldío… ¡Todo era suyo! Y, tras la flaca figura derrengada, con el sombrero hundido hasta la nuca y el pañuelo de seda subido hasta las pálidas orejas casi despegadas, doña Ana, esbelta, blanca y sana como un mármol, con una sonrisa olvidada en sus apetecibles labios y el hermoso pecho aún más abultado, seguía la amplia enumeración, fijaba los anteojos sobre los pastos, los pinares y los centenos, sintiendo ya ¡todo suyo!

—Y ahora allí, detrás del olivar —concluyó Sanches Lucena con respeto—, es terreno suyo, don Gonçalo Mendes Ramires…

—¿Mío?…

—De usted… quiero decir, ligado a su casa. ¿No lo reconoce?… Allí, detrás del molino, pasa la carretera de Santa Maria de Craquede. Son las tumbas de sus antepasados… Es un paseo que, a veces, también me doy, y con gusto. Hará un mes visitamos detenidamente las ruinas. Y, ¡créame que quedé impresionado! Aquel trozo de claustro tan antiguo, los grandes sepulcros de piedra, la espada sujeta a la bóveda

sobre el túmulo central… ¡Es conmovedor! Y me pareció muy hermoso, muy filial por parte de usted, tener siempre encendida aquella lámpara de bronce, de noche y de día…

Gonçalo emitió un murmullo risueño, porque ni recordaba la espada ni había encargado a nadie lo de la lámpara. Pero Sanches Lucena le suplicaba ahora un preciado favor a don Gonçalo Mendes Ramires. Que le concediese el honor de llevarle en su coche hasta la Torre… Gonçalo se negó, con alborozo. ¡No podía! Había quedado con el hombre de la pierna herida en que esperaba allí, en la Bica, hasta que le trajesen la yegua.

—Pero si se queda aquí mi lacayo, que puede llevar su yegua a la Torre.

—No, no, si usted me lo permite, yo espero. Después me meto por el atajo de la Crassa, porque a las ocho, en la Torre, tengo a Titó esperando por mí para cenar.

Doña Ana, en medio de la carretera, apresuró a su marido con viveza, amenazándolo de nuevo con el frío y con el relente… Pero, junto al coche, Sanches Lucena se detuvo aún para asegurar a Gonçalo, con la mano descarnada sobre su hundido pecho, que había pasado una tarde inolvidable…

—Porque he visto una cosa que pocas veces se habrá visto: ¡al mayor Hidalgo de Portugal, a pie por la carretera de Corinde, llevando de las riendas en su propio caballo a un jornalero!

Ayudado por Gonçalo, subió por fin pesadamente al estribo. Doña Ana ya se había acomodado entre las almohadas, sosteniendo entre las manos, como un estandarte, el mango brillante de los anteojos de oro. El lacayo también se puso tieso, cruzando los brazos: y el aparatoso carruaje, con las manchas blancas de las redes de los caballos, se hundió en el silencio y en la penumbra de la carretera, bajo el frondoso ramaje de las hayas.

«¡Qué pesadez!», exclamó Gonçalo. Y se lamentaba de haber desperdiciado de aquella manera una tarde tan hermosa… ¡Insoportable ese Sanches Lucena con su don Fulano y don Mengano, y su vanidad de «grupo selecto», y «todo suyo», por el valle y la colina! La mujer, espléndido trozo de carne, como hija de carnicero que era, pero sin pizca de gracia ni espíritu. ¡Y qué voz, Jesús, qué voz! Gente pedante y aduladora… Y ahora sólo deseaba recuperar su yegua, galopar hasta la Torre y desahogar con Titó, ¡asiduo de la Feitosa!, su asco por aquellos Sanches.

La yegua no tardó en llegar, al trote rápido, montada por el hijo de Solha, quien, al divisar al Hidalgo, saltó a la carretera con el sombrero en la mano, encogido y encarnado, balbuciendo que su padre había llegado bien y que pedía que Nuestro Señor le pagase su caridad…

—¡Bien, bien! Recuerdos a tu padre. Que espero que se mejore. Ya mandaré a preguntar.

Montó de un salto y galopó por el cómodo atajo de la Crassa. Pero ante el portón de la Torre encontró a un mozo de Gago con una tarjeta de Titó, anunciándole que no podía cenar en la Torre, ¡porque esa misma semana salía hacia Oliveira!

—¡Qué tontería! También yo salgo hacia Oliveira; ¡pero esta noche ceno! Hasta nos podríamos haber puesto de acuerdo para ir; lo habría llevado en mi coche… ¿Qué estaba haciendo don António?

El mozo se rascó la cabeza pensativo:

—Don António fue a casa para que yo le trajese la tarjeta al señor Hidalgo… Después, creo que tiene fiesta porque entró enfrente, donde el tío Cosme, el cohetero, a comprar buscapiés…

Aquellos inesperados buscapiés enseguida causaron al Hidalgo una gran envidia.

—¿Y dónde es la fiesta? ¿Sabes?

—No sé, señor Hidalgo… Pero parece que es cosa grande, porque don João Gouveia encargó al patrón dos grandes fuentes de pasteles de bacalao.

¡Pasteles de bacalao! Gonçalo sintió como la amargura de una traición:

—¡Oh! ¡Qué animales!

Y de repente se le ocurrió una divertida venganza:

—Pues si ves hoy a don António o a don João Gouveia, no te olvides de decirles que lo siento mucho… Que yo también tenía esta noche una fiesta en la Torre. Y había señoras. Venía doña Ana Lucena… No te olvides, ¿eh?

Gonçalo subió ágilmente las escaleras riéndose de su ocurrencia. Pero aquella noche, a las nueve, después de la lenta y copiosa cena con Manuel Duarte, entró en el gran salón de los retratos, iluminado únicamente por la lámpara dorada del corredor, para buscar una caja de puros. Y casualmente, a través de la ventana abierta, divisó a un hombre que, abajo, entre las sombras de los álamos, andaba rondando, espiando… Fijándose un poco más, le pareció reconocer los hombros poderosos y el andar bovino de Titó. ¡Pero no, con toda seguridad! El hombre llevaba chaqueta y capucha de lana. Curioso, silenciando los pasos, todavía se acercó al balcón. El bulto, sin embargo, se apartó de la carretera, sumiéndose enseguida bajo los árboles de una cañada que bordea el Casal do Miranda, y desemboca más adelante, en la Portela, junto a las primeras casas de Vila Clara.

CAPÍTULO IV

EL palacete de los Barrolos, en Oliveira —conocido desde principios de siglo como Casa dos Cunhais—, erguía su noble fachada con doce balcones en el Largo d'El-Rei, entre una solitaria callejuela que conduce al cuartel y a la Rua das Tecedeiras, calle vieja y mal empedrada, empinada, oprimida por la amplia terraza del jardín y por el muro delantero de la antigua tapia de las Mónicas. Y aquella mañana, justamente cuando Gonçalo, en la calesa de la Torre, tirada por la pareja de Torto, desembocaba en el Largo d'El-Rei, subía por las Tecedeiras, doblando la esquina de los Cunhais, en un caballo negro de abundantes crines, que hería el empedrado con soberbia y garbo, el señor gobernador civil, don André Cavaleiro, con chaleco blanco y sombrero de paja. De un vistazo, desde el fondo de la calesa, el Hidalgo aún consiguió sorprenderlo alzando sus negros ojos de largas pestañas hacia los balcones del palacete. Y saltó, dándose un puñetazo en la rodilla, rugiendo sordamente: «¡Qué canalla!». Al apearse ante el portón —un portón bajo, como aplastado por el inmenso escudo de armas de los Sás—, lo dominaba tan sofocante indignación que no reparó en las efusiones del portero, el viejo Joaquim da Porta, y olvidó dentro de la calesa los regalos para Gracinha, la caja con la sombrillita y una cesta de flores de la Torre cubierta con papel de seda. Luego, ya arriba, en el recibidor, al que Barrolo había ido corriendo al sentir en las losas de la silenciosa plaza el estrépito del carruaje, inmediatamente se desahogó, colérico, arrojando el guardapolvo de viaje sobre una silla de cuero.

—¡Oh, señor! ¡Que yo no pueda venir a la ciudad sin toparme de cara con ese animal de Cavaleiro! ¡Y siempre en la plazuela, frente a la casa! ¡Vaya suerte!… ¿Ese bigotazos no tendrá otro sitio para ir a caracolear con su penco?

José Barrolo, joven gordo, de pelo rubio y crespo, con un leve bozo en una cara más redonda y colorada que una hermosa manzana, replicó ingenuamente:

—¡¿Penco?! ¡Pero chico, si ahora tiene un hermoso caballo! ¡Un bonito caballo que le compró a Marges!

—¡Bueno! Pues es un burro feo sobre un caballo bonito. Que se queden los dos en la cuadra. ¡O que se vayan a pastar a las dehesas!

Barrolo abrió mucho la boca grande y fresca, de soberbios dientes, con un lento asombro. Y de repente, dando una patada en el suelo, doblándose por la cintura, rompió en una carcajada que lo sofocó, hinchándole las venas:

—¡Eso sí que es bueno! Es para contarlo en el club… ¡Un burro feo sobre un caballo bonito! ¡Y que pasten los dos!… ¡Hoy vienes bueno, chico! ¡Qué ocurrencia! Los dos pastando con los hocicos en la hierba, el gobernador civil y su caballo… ¡Eso sí que es bueno!

Se movía por la sala, dándose alborozadas palmadas en el grueso muslo. Y

Gonçalo, sosegado por aquella ovación que celebraba su ocurrencia:

—Bien. Vengan acá esos huesos, o mejor dicho, esas mantecas. ¿Cómo está la familia? ¿Y Gracinha?… ¡Oh! ¡Viva la linda flor!

Era ella, con su ligereza airosa e infantil, la magnífica cabellera suelta sobre un peinador de encajes, corriendo alborozada hacia su hermano, que la envolvió en un abrazo y dos besos sonoros. E inmediatamente, retrocediendo, la encontró más bonita, más gorda:

—Realmente estás más gorda, y hasta más alta… ¿Y el sobrino?… ¿No? ¿Nada, por ahora?

Gracinha enrojeció, con aquella lánguida sonrisa suya que le humedecía y le enternecía más aún los dulces ojos verdosos.

—¡Si es que ella no quiere, no quiere! —gritaba José Barrolo, bamboleándose, con las manos hundidas en los bolsillos del chaquetón, que le dibujaba las ancas rollizas—. La culpa no es del patrón… ¡Es ella la que no se decide!

El Hidalgo de la Torre reprendió a su hermana:

—Pues necesitamos un niño. Yo, por mi parte, no me caso, no estoy hecho para eso: ¡y de este golpe se acaban los Barrolos y los Ramires! La extinción de los Barrolos es una medida de limpieza. Pero, acabados los Ramires, se acaba Portugal. Por lo tanto, doña Graça Ramires, deprisa, en nombre de la nación, ¡un mayorazgo! ¡Un mayorazgo muy gordo que yo pretendo que se llame Tructesindo!

Barrolo protestó, aterrado:

—¿Cómo? ¿Turtesinho?[13] ¡No! ¡Para esa desdicha no lo fabrico yo!

Pero Gracinha cortó aquellas bromas picantes, deseosa de saber noticias de la Torre, de Bento, de Rosa, la cocinera, de la huerta, de los pavos reales… Conversando, entraron en la otra sala, guarnecida de muebles antiguos de la India y de pesados sillones dorados tapizados de damasco azul, con tres balcones que daban al Largo d’El-Rei. Barrolo lió un cigarrillo y reclamó la historia de Relho, el gran escándalo. ¡También él había tenido una trifulca con el rentero de la Ribeirinha, a causa de una tala de pinos! La de Relho, sin embargo, debía de haber sido tremenda…

Y Gonçalo, enterrado en un extremo del hondo canapé azul, desabrochándose perezosamente la chaqueta de *cheviot* claro:

—¡No! Fue muy sencillo. Hacía ya meses que el tal Relho andaba siempre borracho, sin soltarla… Una noche gritó, amenazó a Rosa, cogió una escopeta. Yo bajé, y en un instante la Torre quedó libre de Relhos y de barullos.

—¡Pero tuvo que ir el alcalde con los guardias! —intervino Barrolo.

Gonçalo se encogió de hombros, impaciente:

—¿El alcalde? ¡Vino después, para aplicar la ley! Ya el hombre se había marchado a toda prisa, avergonzado. Y de resultas he arrendado la Torre a Pereira, Pereira el de la Riosa…

Contó aquel excelente negocio tratado en el balcón, durante el almuerzo, ante dos

copas de vino verde. Barrolo admiró la renta y alabó al rentero. ¡A ver si Gonçalo pillaba otro Pereira para la quinta de Treixedo, tierra generosa, pero tan mal arreglada!

Al borde del canapé, cubierta por el hermoso cabello que se había lavado aquella mañana y olía a romero, Gracinha contemplaba a su hermano con ternura:

—¿Y andas mejor del estómago? ¿Siguen las cenas con Titó?

—¡Oh! ¡Ese animal! —exclamó Gonçalo—. Hace días me prometió ir a cenar a la Torre y hasta Rosa asó un cabrito magnífico en el espetón… Pues luego no fue. Creo que tuvo una orgía infame, con buscapiés y todo. Viene esta semana a Oliveira… ¡Ahora que me acuerdo! ¿Vosotros conocíais la gran familiaridad de Titó con Sanches Lucena?

Relató entonces, con divertida exageración, el encuentro en la Bica-Santa, el horror que le había causado la hermosa doña Ana y el descubrimiento inesperado de aquella familiaridad de Titó en la Feitosa.

Barrolo recordó que una tarde, antes de San Juan, había visto a Titó, ante el portón de la Feitosa, paseando a un perrito faldero blanco que llevaba por la correa…

—Lo que yo no comprendo, chico, es ese «horror» tuyo por doña Ana… ¡Caramba! ¡Si es una mujer soberbia! Un quiebro de cintura, unos ojazos, un busto…

—¡Calla esa boca impura, libertino! —gritó Gonçalo—. ¡Mira que atreverse aquí, al lado de su mujer, que es la flor de las Graças, a alabar a semejante pedazo de carne!

Gracinha, riendo, sin celos, entendía «la admiración de José». Realmente, Ana Lucena ¡era muy vistosa, muy bella!…

—Sí —admitió Gonçalo—, bella como una yegua hermosa… Pero aquella voz gruesa, vasta… Y los anteojos, los modales… Y «el caballero puede fumar, el caballero está equivocado…». ¡Oh, señores! ¡Horrorosa!

Barrolo se bamboleaba ante el sofá, con las manos en los bolsillos de la chaqueta:

—¡Las uvas verdes, don Gonçalo, las famosas uvas verdes!

El Hidalgo clavó en su cuñado unos ojos feroces:

—¡Ni aunque se me ofreciese, de rodillas, en camisa, con los doscientos mil escudos de Sanches Lucena en una bandeja de oro!…

Sonriendo, roja como una amapola, con un «¡oh!» escandalizado, Gracinha golpeó en el hombro a Gonçalo, que se acercó a ella, bromeando:

—¡Venga acá ese moflete y otro besito, para purificarme! En efecto, sólo el pensar en la tal doña Ana obliga a la gente a emplear imágenes brutales… Me preguntabas por el estómago… Pues sí, hija, fastidiado. Y desde hace unos días más pesado, desde la tal cena de cabrito asado en el espetón, en compañía del borrachín de Manuel Duarte. ¿Tienes aquí agua de Vidago?… Entonces, Barrolito, sé bueno. Manda traer enseguida una botellita bien fresca. ¡Ah, mira! Pregunta si han subido una cesta y una caja de cartón que dejé en la calesa. Que lo pongan en mi cuarto. Y no lo desenvuelvas, que es una sorpresa… ¡Oye! Que me lleven agua bien caliente.

Necesito cambiarme de ropa… ¡Había una polvareda por ese camino!

Y cuando Barrolo se marchó presuroso, contoneándose y silbando, Gonçalo, frotándose las manos:

—¡Los dos estáis espléndidos! Y en la armonía necesaria. Tú, sin duda, más fuerte, más llena. Hasta creí que teníamos sobrinito. Y Barrolo más delgado, más ligero…

—Oh, ahora José pasea, monta a caballo, ya no duerme tanto tiempo después de comer…

—¿Y la demás familia? ¿La tía Arminda, el grupo de los Mendonça? ¿Todos bien?… ¿Y el padre Soeiro?, ¿qué es de ese santo?

—Tuvo un pequeño ataque de reuma, muy leve. Ahora está bien, siempre en el palacio del obispo, en la biblioteca… Parece ser que se entretiene haciendo un libro sobre los obispos.

—Ya sé, la Historia de la Catedral de Oliveira… ¡Pues yo también he trabajado mucho, Gracinha! Estoy escribiendo una novela.

—¡Ah!

—Una novela corta, una novelita para los *Anais de Literatura e História*, revista fundada por un joven amigo mío, Castanheiro… Trata de un hecho histórico de nuestra gente… Sobre un antepasado nuestro, muy antiguo, Tructesindo.

—Tiene gracia, ¿qué hizo?

—Horrores. Pero es pintoresco… ¡Y luego está el Palacio de Santa Ireneia, en el siglo XII, en todo su esplendor! En fin, una bella reconstrucción del viejo Portugal y sobre todo de los viejos Ramires. Te gustará… No hay amoríos, todo guerras. Sólo muy remotamente aparece una de nuestras antepasadas, una tal doña Menda, que ni siquiera sé si existió realmente. Tiene su encanto ¿eh?… Tú ya me entiendes… Como deseo probar suerte con la política, necesito primero figurar, dar a conocer mi nombre…

Gracinha sonreía dulcemente a su hermano, con su habitual embeleso:

—¿Y ahora tienes algún plan? La tía Arminda sigue insistiendo en que deberías ingresar en la diplomacia. Hace pocos días me dijo… «¡Ay, Gonçalinho, tan galante y con ese nombre, sólo puede estar en una embajada importante!».

Gonçalo se levantó lentamente del amplio canapé, abrochándose la chaqueta clara:

—En efecto, tengo una idea desde hace algún tiempo… Tal vez me la haya inspirado una novela inglesa, muy interesante y que te recomiendo, sobre las antiguas minas de Ofir, *King Solomon's Mines*[14]. Ando con la idea de irme a África.

—¡Oh, Gonçalo, por Dios! ¿A África?

El criado entró con dos botellas de agua de Vidago, ambas abiertas, en una bandeja. Precipitadamente, para aprovechar la «efervescencia», Gonçalo llenó un gran vaso de cristal labiado. ¡Ah! ¡Qué delicia de agua! Y como Barrolo regresaba, anunciando que estaban cumplidas las órdenes del señor:

—¡Bien! ¡Entonces, charlaremos luego, durante el almuerzo, Gracinha! Ahora voy a lavarme y a cambiarme de ropa, que no puedo parar con estos horribles picores…

Barrolo acompañó al cuñado hasta el cuarto, uno de los más espaciosos y alegres del palacete, tapizado de cretonas color canario, con un balcón al jardín y dos ventanas con antepecho que daban a la Rua das Tecedeiras y a las viejas arboledas del Convento de las Mónicas. Gonçalo, impaciente, se quitó enseguida la chaqueta y tiró lejos el chaleco:

—¡Estás espléndido, Barrolo! Debes haber perdido tres o cuatro kilos. Son, naturalmente, los que ha ganado Gracinha… Os equilibráis así y estáis perfectos.

Ante el espejo Barrolo se acariciaba la cintura, con una risita de felicidad:

—Efectivamente, parece que he adelgazado… Lo noto en los pantalones…

Gonçalo abrió el cajón de la suntuosa cómoda con adornos de metal dorado, en la que siempre guardaba ropa —hasta dos chaquetas—, para evitar el transporte de maletas entre los Cunhais y la Torre. Y riendo, aconsejaba al bueno de Barrolo que «adelgazase» sin descanso, para belleza de la futura raza barrólica, cuando abajo, en la silenciosa Rua das Tecedeiras, los cascos de un vistoso caballo hirieron las losas con lenta cadencia.

Desconfiado, Gonçalo enseguida corrió hacia la ventana, todavía con la camisa que estaba desdoblando. ¡Era él! Era André Cavaleiro, que bajaba cruzando el caballo, frenándolo, para que golpease con ruidoso garbo la cuesta mal empedrada. Gonçalo se volvió hacia Barrolo con la cara encendida de furor:

—¡Esto es una provocación! ¡Si este descarado de Cavaleiro pasa otra vez en su maldito penco bajo las ventanas, se va a llevar un cubo de agua sucia!…

Barrolo, inquieto, echó una mirada:

—Naturalmente va a casa de las Lousadas… Ahora es muy íntimo de las Lousadas… Siempre lo veo por aquí… Va a casa de las Lousadas.

—¡Que se vaya al infierno! ¿Es que en toda la ciudad no hay otro camino para ir a casa de las Lousadas? ¡Dos veces en media hora! ¡Qué insolencia! ¡Que se lleva una carga de agua con jabón en la melena y en los bigotes es tan cierto como que yo soy Ramires, hijo de Ramires!

Barrolo se pellizcaba la piel del cuello, cohibido ante aquellos rencores ruidosos que alteraban su tranquilidad. Ya, por imposición de Gonçalo, había roto, dolorosamente, con Cavaleiro. Y ahora, en todo caso, presentía un jaleo, un escándalo que lo indispondría con los amigos de Cavaleiro, que le vedaría el club y las delicias de la Arcada y que le haría Oliveira más enojosa que su quinta de la Ribeirinha o de la Murtosa, soledades detestables. No se contuvo y arriesgó el consabido reparo:

—Gonçalinho, mira que también armar todo este follón sólo a causa de la política…

Gonçalo casi rompió el jarro, con la furia con que lo depositó sobre el mármol del lavabo:

—¡Política! ¿Ahora me sales con la política? Por política no se arroja agua sucia sobre los gobernadores civiles. ¡Él no es un político, solamente es un granuja! Además…

Pero acabó por encogerse de hombros y enmudecer ante aquel pobre bobo de mofletes pasmados, que en aquellos paseos de Cavaleiro alrededor de los Cunhais, ¡sólo se fijaba en el «lindo caballo» o en «el camino más corto para ir a casa de las Lousadas»…!

—Bueno, concluyo, ahora vete, que me quiero vestir… Del bigotazos ese me encargo yo.

—Entonces, hasta luego… Pero si vuelve a pasar nada de tonterías, ¿eh?

—¡Sólo justicia y cubo de agua!

Y cerró la puerta tras la espalda resignada del bueno de Barrolo que, por el corredor, suspirando, lamentaba el genio tan vivo de Gonçalinho, y la cólera desproporcionada a la que lo arrastraba la «política».

Mientras se enjabonaba vigorosamente y cuando se vestía después, con prisa airada, Gonçalo resumió aquel escándalo intolerable. ¡Fatalmente, apenas ponía un pie en Oliveira, se encontraba al hombre de la gran melena, caracoleando bajo las ventanas del palacete, en su penco de largas crines! Y lo que lo desolaba era advertir en el corazón de Gracinha, pobre corazón tierno y sin fortaleza, una obstinada raíz de afecto hacia Cavaleiro, bien enterrada, pero todavía viva, de fácil florecimiento… Y sin ningún otro sentimiento fuerte que la defendiese en aquella ociosidad de Oliveira, ni la superioridad del marido, ni el encanto de un hijo en su cuna. Sólo la amparaba el orgullo, cierto respeto religioso por el nombre de los Ramires y el miedo a la comarca pequeña, con gente acechadora y chismosa. Su salvación estaría en el abandono de la ciudad y en el cerrado retiro de una de las quintas de Barrolo, la Ribeirinha, o mejor, la Murtosa, con su bella arboleda, sus musgosas paredes conventuales y la aldea alrededor para que ella desempeñase su papel de castellana benefactora. ¡Pero qué va! ¡Barrolo nunca accedería a abandonar su partida de tresillo en el club, su tertulia en el estanco Elegante ni las bromas del mayor Ribas!

Sofocado por el calor y la emoción, Gonçalo abrió el balcón. Abajo, en la pequeña terraza enladrillada, rodeada de macetas, que precedía el jardín, Gracinha, con el cabello todavía suelto sobre el peinador, conversaba con otra señora, muy alta y muy delgada, con sombrero de estilo marinero adornado con amapolas, que sostenía en los brazos un gran manojo de rosas.

Era la «prima» Maria Mendonça, mujer de José Mendonça, condiscípulo de Barrolo en Amarante, ahora capitán del regimiento de caballería de guarnición en Oliveira. Hija de un tal don António, señor de los Paços de Severim —hoy vizconde —, obsesionada por la preocupación de los parentescos nobles, de los orígenes aristocráticos, relacionaba siempre subrepticiamente la imprecisa casa de Severim con todas las familias nobles de Portugal, sobre todo y más gustosamente, con la gran casa de Ramires; y desde que el regimiento se acuarteló en Oliveira, trató de «tú» a

Gracinha y a Gonçalo como «primo», con esa intimidad especial que corresponde entre gentes de sangre azul. Aun así, mantenía ininterrumpidas y muy estrechas amistades con algunas brasileñas ricas de Oliveira, hasta con la viuda de Pinho, dueña de la pañería, que —según se rumoreaba— proveía a sus dos hijos, aún pequeños, de pantalones y chaquetas. También se relacionaba, bien en la ciudad, bien en la Feitosa, con doña Ana Lucena. A Gonçalo le gustaban su gracia, su agudeza y la maliciosa vivacidad que la agitaba con un lindo crepitar de rama que ardiera alegremente. Y cuando, al oír el ruido de la ventana atascada, ella levantó sus ojos brillantes y expresivos, experimentaron ambos una cariñosa sorpresa:

—¡Hombre, prima Maria! Qué alegría me das, nada más llegar y abrir la ventana…

—¡Y tú a mí, primo Gonçalo, que no te veía desde tu regreso de Lisboa!… Estás más guapo así, con bigote…

—Dicen que estoy guapísimo, ¡absolutamente irresistible! Hasta te aconsejo, prima Maria, que no te me acerques mucho, para que no te abrases.

Ella dejó colgar de sus brazos, desconsoladamente, el pesado manojo de rosas:

—¡Ay, Jesús, entonces estoy perdida, pues justo en este momento acabo de prometer a la prima Graça comer aquí esta tarde!… ¡Gracinha, por lo que más quieras, pon un biombo entre los dos!

Gonçalo gritó, casi colgando del balcón, encantado ya con los chistes de la prima Maria:

—¡No! ¡Me pondré una pantalla en la cabeza para atenuar mi resplandor!… ¿Y ese maridito y los pequeños? ¿Cómo anda esa noble familia?

—Viviendo, con algún pan y mucha gracia de Dios… ¡Entonces, hasta luego, primo Gonçalo! ¡Y ten compasión!

Y mientras él aún reía, encantado, ya la prima Maria, después de cuchichear y estampar dos apresurados besos en la cara de Gracinha, desaparecía por la puerta acristalada de la sala con su esbelta elegancia. Gracinha, lentamente, subió los tres peldaños de mármol del jardín. Desde el balcón, Gonçalo aún pudo divisar a través del no muy espeso ramaje, entre el cercado de boj, el peinador blanco y el largo cabello suelto reluciendo al sol como una cascada de azabache. Después, el negro brillo y los encajes claros desaparecieron bajo los laureles del camino que conducía al mirador.

Pero Gonçalo no se apartó de las ventanas, limándose despacio las uñas, escudriñando a través de las cortinas, con desconfianza, casi con terror de que Cavaleiro apareciese de nuevo en su penco, ahora que Gracinha se adentraba hacia aquel cómodo mirador, construido en el siglo XVIII, que imitaba un pequeño Templo del Amor, remataba la amplia terraza del jardín y dominaba la Rua das Tecedeiras. Pero la calle permanecía silenciosa, bajo las derramadas sombras de las arboledas del palacete y del convento. Y finalmente, decidió bajar, avergonzado por aquel espionaje, seguro de que su hermana no se dejaría ver por Cavaleiro asomada a la

barandilla del mirador, así con el cabello sin arreglar, sobre el peinador.

Y cerraba la puerta cuando se encontró ante los brazos del padre Soeiro, que lo cogieron por la cintura con cariño y respeto.

—¡Oh, mi muy ingrato padre Soeiro! —exclamaba Gonçalo, golpeando cariñosamente las anchas espaldas del capellán—. ¿Qué comportamiento es éste? ¡Más de un mes sin aparecer por la Torre! Ahora para el padre Soeiro no hay Gonçalinho, sólo existe Gracinha…

Enternecido, casi con una lágrima asomándole en los mansos ojillos, que negreaban aún más entre la tersura rosada de su cara rolliza y su cabecita blanca como el algodón, el padre Soeiro sonreía, cerrando las manos sobre el pecho de la sotana de alpaca, de la que asomaba la punta de un pañuelo de cuadros rojos. No le habían faltado deseos de ir a la Torre. Pero aquel trabajillo en la biblioteca del palacio del obispo… Además el reumita… Y en fin, como doña Graça estaba esperando a su hermano un día u otro…

—¡Bueno, bueno! —interrumpió Gonçalo alegremente—, con tal de que el corazón no se haya olvidado de la Torre…

—¡Ah, ése no! —musitó el padre Soeiro con gravedad conmovida.

Y por el corredor de paredes azules, adornado con grabados en color de las batallas de Napoleón, Gonçalo le resumió las novedades de la Torre:

—Como el padre Soeiro sabrá, estalló aquel escándalo de Relho… Y mucho mejor, porque he hecho un negocio espléndido. ¡Figúrese! Hace unos días arrendé la quinta a Pereira *el Brasileño,* Pereira, el Pereira de la Riosa, en mil ciento cincuenta escudos…

El capellán suspendió la toma de rapé, que había cogido de una caja de plata dorada, mirando asombrado al Hidalgo:

—¡Cómo se inventan las cosas! Por aquí se afirmó que usted había hecho trato con José Casco, el José Casco de los Bravais. Incluso el domingo pasado, durante el almuerzo, doña Graça…

—Sí —interrumpió el Hidalgo con un leve rubor en la fina cara—. Efectivamente Casco fue a la Torre y conversamos. Primero quiso, luego no quiso. ¡Cosas de Casco! En fin, una pesadez… No quedó nada decidido. Y cuando Pereira, una hermosa mañana, se me presentó con su proposición, yo, sin ningún compromiso previo, la acepté, ¡y con qué alborozo!… ¡Figúrese! Un aumento soberbio de la renta y tener a Pereira de rentero… Usted, padre Soeiro, conoce bien a Pereira…

—Hombre entendido —asintió el capellán rascándose el mentón con cierto embarazo—. Sin duda. Y hombre de bien… Además, no habiendo dado la palabra a Cas…

—Y Pereira vendrá esta semana a la ciudad —atajó apresuradamente Gonçalo—. Usted, padre Soeiro, avisa a Guedes, el notario, y firmamos esa bonita escritura. Las condiciones son las de costumbre. Creo que hay una reserva respecto a las hortalizas y al cerdo… En fin, padre Soeiro, usted recibirá carta de Pereira.

E inmediatamente, mientras bajaban la escalera, pasándose el pañuelo perfumado por el bigote, bromeó con el capellán sobre el famoso *Fado dos Ramires,* en el que él colaboraba con Videirinha. ¡Oh! ¡El padre Soeiro les había proporcionado leyendas sublimes! Pero aquella de Santa Aldonça, realmente estaba adornada con exageración… ¡Cuatro reyes llevándola a hombros!

—¡Son demasiados reyes, padre Soeiro!

El bueno del capellán protestó, inmediatamente interesado y serio, en su amor por aquella obra que glorificaba la casa:

—¡Ahora me viene con ésas! Con perdón de usted… Absolutamente exacto. Lo cuenta el padre Guedes de Amaral en sus *Damas da Corte do Céu,* libro precioso, rarísimo, que el señor José Barrolo tiene en su biblioteca. No especifica qué reyes, pero dice que eran cuatro… «A hombros de cuatro reyes y con acompañamiento de muchos condes». Pero nuestro José Videira declaró que no podía incluir a los condes a causa de la rima.

El Hidalgo reía mientras colgaba en una percha, al fondo de la escalera, el sombrero de paja con el que había bajado:

—A causa de la rima, pobres condes… Sin embargo el fado es bonito. He traído una copia para que Gracinha lo cante al piano… Y ahora otra cosa, padre Soeiro. ¿Qué se cuenta por ahí del gobernador civil, de ese tal don André Cavaleiro?

El capellán se encogió de hombros, desdoblando cuidadosamente su enorme pañuelo de cuadros rojos:

—Yo, como usted sabe, no entiendo de política. Además, tampoco frecuento los cafés, los sitios donde se discute de política… Pero parece que a la gente le gusta.

En el corredor, un criado gordo, de pobladas patillas rubias, a quien Gonçalo no conocía, tocó la campanilla para anunciar el almuerzo. Gonçalo, al escucharla, comunicó al individuo que la señora doña Graça estaba al fondo del jardín…

—¡Acaba de entrar, don Gonçalo! —replicó el criado—. Y me ha mandado preguntarle si el señor desea para el almuerzo vino verde de Amarante, de *Vidainhos.*

Sí, en efecto, vino de *Vidainhos.* Luego, sonriendo:

—¡Padre Soeiro, dígale a este criado nuevo que yo no tengo *don*[15]! ¡Soy simplemente Gonçalo, gracias a Dios!

El capellán musitó que todavía en documentos de la primera dinastía aparecían Ramires con don. Y como Gonçalo se había detenido ante el gran cortinón corrido de la entrada de la sala, inmediatamente el bueno del viejo se inclinó en una de sus escrupulosas y reverentes ceremonias para dejar pasar al Hidalgo.

—¡Vamos, padre Soeiro, por lo que más quiera!

Pero el padre, con cariñoso respeto:

—Después de usted, mi señor…

Gonçalo separó el cortinón y empujó suavemente al capellán:

—¡Padre Soeiro, ya en los documentos de la primera dinastía se estableció que los santos no van nunca detrás de los pecadores!

—Usted manda, y siempre con gracia.

Después del cumpleaños de Gracinha, una tarde, a eso de las tres, Gonçalo, con el padre Soeiro, de regreso de una visita a la biblioteca del palacio del obispo, oyó ya desde la antesala el vozarrón de Titó, que resonaba en la sala azul como un trueno prolongado. Apartó con viveza el cortinón y agitó el puño hacia el hombretón que llenaba uno de los sillones dorados y estiraba sobre las flores de la alfombra unas botas nuevas con gruesos clavos relucientes:

—¡Infame!… ¿De modo que el otro día me dejas así plantado, sin ningún escrúpulo, después de haberte preparado un cabrito estupendo, asado en un espetón de cerezo? ¿Y por qué?… ¡Por una vulgar orgía, con pasteles de bacalao y buscapiés!

Titó no abandonó su apoltronada beatitud:

—Totalmente imposible. Por la tarde encontré a João Gouveia en la fuente pública. Y sólo entonces nos acordamos de que era el cumpleaños de doña Casimira. ¡Día sagrado!

Aquellas cenas de Vila Clara, las trasnochadoras «juergas» con el violón, siempre impresionaban a Barrolo, que se sentía atraído por ellas. Y con los ojos aguzados, desde una esquina de la mesa donde deshacía cuidadosamente paquetes de tabaco dentro de un jarroncito del Japón:

—¿Quién es doña Casimira? Qué personajes descubren ustedes ahí en Vila Clara… ¡Cuente, cuente!

—¡Un monstruo! —declaró Gonçalo—. Una matronaza tripuda como un barril, con un vello asqueroso en la barbilla. Vive al lado del cementerio, en un cuchitril que apesta a petróleo, donde este señor y las autoridades van a jugar a la lotería y a pelearse con unas mujerzuelas desgreñadas de abrigo rojo… ¡No se puede contar decentemente estando delante el padre Soeiro!

El capellán, que se había esfumado silenciosamente hacia una penumbra discreta, entre el satén a rayas de una cortina y un pesado mueble de la India, se encogió de hombros consintiendo risueñamente, como quien está acostumbrado a todas las fealdades del pecado. Y Titó, con calma, enmendó el boceto burlesco del Hidalgo:

—Doña Casimira es gorda, pero muy limpia. Incluso me pidió que le comprase hoy en la ciudad un baño de asiento nuevo. Su casa no huele a petróleo y queda por detrás del Convento de Santa Teresa. Las mujerzuelas son sencillamente sus sobrinas, dos muchachas alegres a las que les gusta reír y bromear… Y el señor padre Soeiro podía, sin temor…

—¡Bueno, bueno! —atajó Gonçalo—. ¡Gente deliciosa! Dejemos a doña Casimira con su baño nuevo para sus aseos… ¡Vayamos a la otra infamia de don António Vilalobos!

Pero Barrolo insistía, curioso:

—No, no, cuente, cuente, Titó… Noche de cumpleaños, buena juerga, ¿eh?

—Cena tranquila —repuso Titó con la seriedad que le merecía la fiesta de sus amigas—. Doña Casimira tenía una rica pepitoria con guisantes. João Gouveia llevó

de casa de Gago una fuente de pasteles de bacalao que entraron bien… Luego, fuegos artificiales en la huerta. Videirinha tocó, las muchachas cantaron… No se pasó mal.

Gonçalo esperaba, interesado irresistiblemente por la cena de las Casimiras:

—Ha terminado, ¿eh? ¡Pues ahora la otra infamia, más grave! ¿De modo que don António Vilalobos es íntimo de Sanches Lucena, frecuenta todas las semanas la Feitosa, toma té con tostadas con la bella doña Ana Lucena y oculta tenebrosamente a sus amigos todos esos gloriosos privilegios?

—¡Eso sin contar —gritó Barrolo, deliciosamente divertido— que le lleva de la correa a sus perrillos falderos!

—¡Eso! ¡Sin contar que le lleva de la correa a sus perrillos falderos! —coreó Gonçalo ahuecando la voz—. ¡Responda, ilustre amigo!

Titó removió su enorme cuerpo en el sillón, retiró las botas de relucientes clavos y acarició lentamente su rostro barbudo, que el rubor encendía. Y tras mirar intensamente a Gonçalo, en un esfuerzo de sagacidad que le hizo enrojecer aún más:

—¿Acaso tú alguna vez, por curiosidad, me has preguntado si yo conocía a Sanches Lucena? Nunca me lo has preguntado…

El Hidalgo protestó. ¡No! ¡Pero si constantemente en el casino, en casa de Gago, en la Torre, ellos vociferaban, al discutir de política, el nombre de Sanches Lucena! ¡Nada más natural, y hasta más prudente, que el señor Titó aludiese a tan ilustre intimidad! Al menos para evitar que tanto él como sus amigos, delante del señor Titó, que comía las tostadas de la Feitosa, ¡pusiesen a los Sanches Lucena como un trapo!

Titó se levantó del sillón y, hundiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta de alpaca, se encogió de hombros despreocupadamente:

—Cada cual tiene su opinión sobre Sanches… Yo hace apenas cuatro o cinco meses que lo conozco, pero me parece que es un hombre serio, que sabe cosas… Ahora, en la Cámara…

Gonçalo, indignado, gritaba ¡que no se discutían los méritos de Sanches Lucena, sino los secretos del señor Titó Vilalobos! Y el criado nuevo, asomando sus rubias patillas por una abertura del cortinón, anunció que el señor alcalde de Vila Clara buscaba a los señores…

Barrolo apartó al instante el jarroncito de tabaco:

—¡El señor João Gouveia! ¡Que entre! ¡Bravo! ¡Ya tenemos aquí a toda la panda de Vila Clara!

Y Titó, desde la ventana en la que se había refugiado, lanzó su vozarrón más retumbante, apagando la inoportuna conversación sobre Sanches Lucena:

—¡Hemos venido juntos! Por cierto en una tartana infame… Hasta se le cayó una herradura a uno de los pencos y tuvimos que parar en la Vendinha. Aunque no se perdió el tiempo, ¡porque ahora tienen allí un vinito blanco de categoría!…

Juntó los dedos y los besó, aconsejando ruidosamente a Barrolo y a Gonçalo que pasasen por la Vendinha, a probar aquel caldo celestial…

—¡Incluso aquí el señor padre Soeiro se atizaría un buen vaso, a pesar del

pecado!

Pero Gouveia entró, tranquilo, lleno de polvo, con una marca roja en la frente, del sombrero y del calor, ceñido en su levita negra, con pantalones negros y guantes también negros. Sin aliento, estrechó silenciosamente, por toda la sala, las manos amigas que lo acogían. Y se desplomó sobre el canapé, ¡suplicando al amigo Barrolo, por caridad, una bebidita fresca!

—Estuve por entrar en el café Mónaco. Pero pensé que en esta grandiosa casa de los Barrolos las bebidas son de más confianza.

—¡Ya lo creo! ¿Qué quiere usted? ¿Horchata? ¿Sangría? ¿Limonada?

—Sangría.

Y secándose el cuello y la frente, maldijo el indecente calor de Oliveira.

—¡Pues hay a quien le gusta! Mi jefe, el señor gobernador civil, escoge siempre la hora del calor para pasear a caballo. Hoy mismo ha estado en el despacho hasta el mediodía; después, el caballo a la puerta y marcha hasta la carretera de Ramilde, que es un asadero… ¡No sé cómo no se le cuecen los sesos!

—¡Oh! —intervino Gonçalo—, es muy sencillo. ¡Porque no los tiene!

El alcalde inclinó la cabeza con seriedad:

—¡Faltaba don Gonçalo Mendes Ramires con sus pullas! No empecemos, no empecemos… ¡Este cuñado suyo, amigo Barrolo, es un bicho indomable! ¡Siempre entra al trapo!

El bueno de Barrolo tartamudeó, azorado, que Gonçalinho, en política, no perdonaba una.

—¡Pues escuche! —declaró el alcalde, apuntando con el dedo a Gonçalo—. ¡Ese don André Cavaleiro, que no tiene sesos, esta misma mañana, en el despacho, alabó con gran simpatía los que tiene don Gonçalo Mendes Ramires!…

Y Gonçalo, muy serio:

—¡Faltaría más! ¡Para ser absolutamente ridículo, a ese gobernador civil sólo le faltaba considerarme un burro!

—¡Perdón! —gritó el alcalde, que se levantó, desabrochándose la levita para discutir más cómodamente.

Barrolo intervino, afligido, poniendo sus manos en los hombros de Gouveia para calmarlo y sentarlo de nuevo en el canapé:

—¡No, chicos, no! ¡Política no! Y menos esta pesadez con Cavaleiro… Vamos a lo que importa. ¿Come con nosotros, Gouveia?

—No, gracias. Le he prometido a Cavaleiro comer con él. Irá Inácio Vilhena, que nos va a leer un artículo que ha escrito para el *Boletim de Guimarães* sobre unos procedimientos para fabricar huesos de santo que han encontrado en las obras del Convento de São Bento. Tengo gran curiosidad… Y doña Graça, ¿bien? Al que no veía desde hace meses es al padre Soeiro. ¿Ya nunca va por la Torre?… Y siempre tan robusto, siempre tan lozano. ¡Oh, padre Soeiro! ¿Cuál es su secreto para conservar toda esa juventud?

Desde su rincón, el capellán sonrió tímidamente. ¿Secreto? Ahorrar la vida, no gastándola ni en ambiciones ni en desengaños. Aunque para él, gracias a Dios, la vida transcurría muy sencilla, muy insignificante. Y si no fuera por su reuma…

Luego, enrojeciendo tímidamente, a través de las sentencias evangélicas que se le escapaban:

—Y ni siquiera el reuma es un mal desaprovechado. Dios, que lo manda, sabe por qué lo manda… Sufrir es edificante. Porque al fin y al cabo, lo que sufrimos nos lleva a pensar en lo que sufren los demás…

—¡Pues mire que yo —replicó con alegre incredulidad el alcalde—, cuando tengo mis ataques de garganta, no pienso en las gargantas de los demás! Pienso sólo en la mía, que me da bastante trabajo. Y ahora voy a saborear esta excelente sangría…

El criado se inclinó, con la reluciente bandeja de plata llena de vasos de sangría, en los que flotaban rodajitas de limón.

Y todos sintieron la tentación, todos bebieron, hasta el padre Soeiro, para demostrar a don António Vilalobos que no despreciaba el vino, amable dádiva de Dios, pues como enseña Tibulo con razón, a pesar de ser un gentil, *vinus facit dites animos, mollia corda dat,* fortalece el alma y ablanda el corazón.

João Gouveia, después de un suspiro de alivio, dejó en la bandeja el vaso que había vaciado de un trago e interpeló a Gonçalo:

—¡Vamos a ver! Entonces, el otro día, ¿qué historia fantástica fue aquella de una fiesta en la Torre, con señoras, con doña Ana Lucena?… Yo no me lo creí cuando el pequeño de Gago me encontró y me dio el recado. Además…

Pero entre las cortinas de la ventana, donde acababa su sangría, retumbó de nuevo Titó, interpelando también al Hidalgo:

—¡Oye, Gonçalo! ¿Y lo que hace poco me contó Barrolo?… ¿Que andas con la idea de marcharte a África?…

Al asombro de João Gouveia casi se mezcló el terror. ¿A África?… ¿Cómo? ¿A África con un cargo?…

—¡No! ¡A plantar cocos! ¡A plantar cacao! ¡A plantar café! —exclamaba Barrolo, con divertidas palmadas en el muslo.

¡Pues Titó aprobaba la idea! También él, si reuniese capital, diez o quince mil escudos, intentaría la aventura de África, traficar con negros… Y también si fuera más pequeño, más seco. Porque los hombres con su corpachón, que necesitan mucha comilona y mucho vino, no soportan África, ¡revientan!

—¡Gonçalo sí! Es enjuto y duro; no se carga de aguardiente; resulta de lo más indicado para africanista… ¡Te lo he dicho siempre! ¡Es una carrera mucho más decente que esa otra por la que te ha dado, la de diputado! ¿Para qué? ¿Para gastar suela en la Arcada y adular a los consejeros?

Barrolo asintió con un alarido. ¡Tampoco él comprendía el empeño de Gonçalo en ser diputado! ¡Qué pesadez! Enseguida empezaban las intrigas, los líos en los periódicos y las calumnias. Y sobre todo, tener que aguantar a los electores.

—¡A mí, ni aunque me nombrasen después gobernador civil, con un título nobiliario y una gran cruz en bandolera, como a Freixomil!

Gonçalo había escuchado, en silencio, sonriente y con aires de superioridad, liando laboriosamente un cigarrillo con el tabaco de Barrolo:

—Ustedes no lo entienden… Ustedes no conocen la organización de Portugal. Pregunten a Gouveia… Portugal es una hacienda, una hermosa hacienda entregada a una aparcería. Como ustedes saben, hay aparcerías comerciales y aparcerías rurales. Esta de Lisboa es una *aparcería política* que gobierna la heredad llamada Portugal… Nosotros, los portugueses, pertenecemos todos a dos clases: unos cinco o seis millones que trabajan en la hacienda o viven en ella sin hacer nada, como Barrolo, y que son los que pagan; y unos treinta individuos por encima, en Lisboa, que componen la aparcería y que son los que cobran y gobiernan. Pues bien, yo, por gusto, por necesidad, por costumbre de familia, quiero mandar en la hacienda. Pero, para entrar en la *aparcería política* el ciudadano portugués necesita un título, ser diputado. Exactamente igual que cuando pretende ingresar en la magistratura necesita otro, el de licenciado en derecho. Por eso intento empezar como diputado, para acabar como aparcero y gobernar… ¿No es así, João Gouveia?

El alcalde había vuelto a la bandeja de las sangrías y saboteaba otro vaso, ahora lentamente, a sorbos.

—Sí, en efecto, ésa es la carrera… Candidato, diputado, político, consejero, ministro, mandarín. Es la carrera… Es mejor que la de África. Al fin y al cabo, en la Arcada, en Lisboa, ¡también crece el cacao y hay más sombra!

Barrolo, entretanto, abrazó el hombro poderoso de Titó, con quien se hundió en el hueco del balcón, bromeando, en confraternidad de ideas:

—¡Pues yo, sin ser de los tales *aparceros,* también mando en los trozos de Portugal que más me interesan porque me pertenecen!… Y ya quisiera yo ver a ese São Fulgêncio, o a Brás Vitorino, o a los políticos del Terreiro do Paço, disponiendo de mis tierras, la Ribeirinha o la Murtosa… ¡Salían a tiros!

Recostado en los cristales, Titó se rascaba la barba, impresionado:

—¡Sí, Barrolo! Pero usted tiene que pagar por la Ribeirinha y la Murtosa las contribuciones que ellos imponen. Y en esos concejos tiene que aguantar a las autoridades que ellos nombran. Y disfruta usted allí de carreteras si ellos las construyen. Y vende el carro de trigo y la cuba de vino con mayor o menor ganancia según las leyes que ellos votan. Y así todo. Gonçalo no deja de tener razón. ¡Es el mismísimo diablo! Quien manda es quien se lucra… ¡Mire! El granuja de mi casero en Vila Clara ahora por San Miguel me va a subir la renta de la casa en la que vivo, un cuchitril que no quiere nadie porque fue donde mataron al verdugo, y dicen que se aparece… Y el Cavaleiro ese, como *aparcero,* vive gratis en ese bello palacio de São Domingos, con cochera, jardín, huerta…

Barrolo pidió silencio, haciendo un gesto con la mano, intentando apagar el vozarrón de Titó, temiendo que las regalías de Cavaleiro, proclamadas así, renovasen

la furia de Gonçalo. Pero el Hidalgo no se había dado cuenta, atento a João Gouveia que, enterrado en el canapé tras la sangría, hablaba de nuevo sobre su asombro, al encontrar en la fuente pública de Vila Clara al chiquillo de Gago con el recado de la gran fiesta en la Torre.

—Y llegué a creer que realmente usted daba esa fiesta cuando dieron las nueve, las nueve y media, y ¡Titó que no llegaba para la cena de doña Casimira!… Pensé, bueno, habrá recibido también el recado y ¡se habrá marchado a la Torre! Por fin, en cuanto apareció con caperuza y chaqueta, comprendí que todo había sido una broma de don Gonçalo…

Entonces el Hidalgo se llenó de asombro con una inesperada y extraña sospecha:

—¿Con caperuza y chaqueta? ¿Titó iba aquella noche con caperuza y chaqueta? …

Pero Barrolo, bruscamente, desde el fondo del balcón, lanzó hacia la sala un grito de horror:

—¡Oh! ¡Muchachos! ¡Santo Dios! ¡Vienen las Lousadas!

João Gouveia saltó del canapé como ante un peligro, abrochándose la levita apresuradamente; Gonçalo, aturdido, chocó contra Titó y Barrolo, que retrocedían con el terror de haber sido vistos a través de los grandes cristales; y hasta el padre Soeiro, prudente, abandonó el rincón donde echaba un vistazo a la *Gazeta do Porto.* Y todos, entre las aberturas de las cortinas, como soldados en las troneras de una ciudadela, escudriñaban la plaza, que el sol de las cuatro doraba por encima de los tejados musgosos de la Cordoaria. Por la parte de la Rua das Pegas, las dos Lousadas, muy secas, muy vivarachas, las dos con manteletas cortas de seda negra y abalorios, las dos con sombrillas de cuadros descoloridos, avanzaban, extendiendo por la plaza empedrada sus dos sombras agudas.

¡Las dos hermanas Lousadas! Secas, morenas y parlanchinas como cigarras, desde hacía muchos años, en Oliveira, eran las escudriñadoras de todas las vidas, las difusoras de todas las calumnias, las tejedoras de todas las intrigas. Y en la desdichada ciudad no existía mancha, defecto, tetera desportillada, corazón dolorido, bolsillo arruinado, ventana entreabierta, polvo en un rincón, bulto en una esquina, sombrero estrenado para ir a misa, pastel encargado en las Matildes, que sus cuatro penetrantes ojillos de azabache sucio no descubriesen, ¡y que su lengua suelta, entre los escasos dientes, no comentase con malicia aguda! De ellas procedían todos los anónimos que infestaban la provincia: las personas devotas consideraban como verdaderas penitencias aquellas visitas en las que ellas parloteaban durante horas, agitando los brazos esqueléticos; y siempre por donde ellas pasaban quedaba flotando una nube de desconfianza y recelo. Pero ¿quién se atrevía a rechazar a las dos hermanas Lousadas? Eran hijas del decrépito y venerable general Lousada; eran parientes del obispo; eran poderosas en la poderosa cofradía del Señor de los Pasos de la Peña. Y además, de una castidad tan rígida, tan antigua y tan reseca, de la que ellas alardeaban con tantos aspavientos, que Marcolino, del *Independente,* las

apodaba las *Dos mil vírgenes.*

—¡No vienen para acá! —tronó Titó con inmenso alivio.

En efecto, en medio de la plaza, junto a la verja que circunda el antiguo reloj de sol, las dos hermanas, quietas, levantaron su oscuro pico, husmeando y espiando la pequeña iglesia de São Mateus, donde la campana había dado un repique de bautizo.

—¡Oh! ¡Por todos los diablos, que vienen hacia aquí!

¡Las Lousadas, decididas, embistieron contra el portón de los Cunhais! ¡Entonces cundió el pánico! Las gordas piernas de Barrolo, en la huida, tropezaron y casi derribaron sobre las mesas los panzudos jarrones de la India. Gonçalo gritaba que se escondiesen en el jardín. Gouveia buscaba desesperadamente su bombín. Sólo Titó, que las detestaba y a quien ellas llamaban *Polifemo,* se retiró con serenidad, cobijando bajo su robusto brazo al padre Soeiro. Y ya el grupo despavorido se precipitaba hacia el cortinón de la puerta, cuando apareció Gracinha con un fresco vestidito de seda color fresa, sonriendo, asombrada, hacia el tropel arrollador:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?…

Un clamor ahogado envolvió a la dulce señora amenazada:

—¡Las Lousadas!

—¡Oh!

Apresuradamente Titó y João Gouveia estrecharon la mano que ella les entregó, desfallecida. ¡La campanilla del portón tintineó, pavorosa! Y la fila encadenada, en la que el padre Soeiro era arrastrado a remolque, se lanzó hacia la biblioteca que Barrolo cerró con llave, gritando a Gracinha, en un acto de inspiración:

—¡Esconde la sangría!

¡Pobre Gracinha! Aturdida, sin tiempo para llamar al criado, llevó ella misma hacia una banqueta del corredor, en un desesperado esfuerzo, la pesada bandeja, con la que si la descubrían las Lousadas, edificarían por toda la ciudad, y más alta que la Torre de São Mateus, una historia tremenda de «vino y borrachera». Después, jadeante, echó un vistazo rápido a su peinado en el espejo. Y erguida cual gladiadora en la arena del circo, con la osadía sencilla y risueña de los antiguos Ramires, esperó la acometida de las terribles hermanas.

Al domingo siguiente, después del almuerzo, Gonçalo acompañó a su hermana a casa de su tía Arminda Vilegas, que el día antes, al tomar su baño de pies, como hacía todos los sábados, se escaldó y se había metido en la cama, aterrorizada, reclamando una consulta de los cinco cirujanos de Oliveira. Después acabó el puro bajo las acacias del Terreiro da Louça, pensando en su novelita abandonada en la Torre durante todas aquellas semanas, y en el famoso lance del capítulo segundo que lo tentaba y lo asustaba a la vez: el encuentro de Lourenço Ramires con Lopo de Baião, el Bastardo, en el valle fatal de Canta-Pedra. Y regresaba a los Cunhais —porque le había prometido a Barrolo dar una galopada a caballo hasta el pinar de Estevinha,

para aprovechar la tibieza del domingo nebuloso—, cuando, en la Rua das Velas, divisó al notario Guedes, que salía de la pastelería de las Matildes con un abultado paquete de pasteles. Con ligereza, el Hidalgo cruzó la calle rápidamente, mientras Guedes, al borde de la acera, pesado y barrigudo, apoyándose en las puntas de los botines de charol de caña corta, descubría, con una cortesía exagerada, su calva coronada en el centro por el famoso mechón de pelo cano que le había valido el apodo de «Guedes Copete».

—¡Por lo que más quiera, mi querido Guedes, póngase el sombrero! ¿Cómo está? Siempre tan gallardo y juvenil. ¡Qué bien!… ¿Ha hablado usted con el padre Soeiro? Pereira, el de la Riosa, al final, no viene a la ciudad hasta el miércoles…

¡Sí! ¡Sí! El padre Soeiro había pasado por la notaría para avisarlo, y él felicitaba al Hidalgo por su nuevo rentero…

—¡Hombre muy competente ese Pereira! Hace ya veinte años que lo conozco… ¡Y no hay más que ver la propiedad del conde de Monte-Agra! Todavía me acuerdo de cuando era un erial; ¡hoy es un primor! ¡Sólo la viña que ha plantado! Hombre muy competente… ¿Y va a quedarse usted muchos días por aquí?

—Dos o tres… No se aguanta este calor de Oliveira. Hoy, afortunadamente, ha refrescado. Y ¿qué hay de nuevo? ¿Cómo va la política? El amigo Guedes siempre buen regenerador, leal y apasionado, ¿eh?

De pronto, el notario, con su paquete de pasteles apoyado en el chaleco de seda negro, agitó el brazo gordo y corto con una indignación que le incendió de sangre el cuello, las orejas peludas, el rostro afeitado y toda la frente hasta el ala del sombrero blanco adornado con cinta negra:

—¿Y cómo no va uno a serlo, don Gonçalo Mendes Ramires? ¿Cómo no va uno a serlo?… ¡Mire que este último escándalo!

Los risueños ojos de Gonçalo se abrieron enseguida, muy serios:

—¿Qué escándalo?

El notario retrocedió. ¿Acaso no tenía noticia el Hidalgo del último abuso de autoridad del gobernador civil, de André Cavaleiro?

—¿Cuál ha sido, querido amigo?

Guedes se alzó completamente sobre la punta de los botines y se arqueó y se hinchó para exclamar:

—¡El traslado de Noronha!… ¡El traslado del desgraciado de Noronha!

Pero una señora, también obesa, con bigotillo en el labio superior, estallando toda en ricas y crujientes sedas de misa, que llevaba rudamente de la mano a un niño lloriqueante, se detuvo y miró a Guedes, porque el digno caballero, con su vientre, su paquete y su indignación obstruía la entrada a las Matildes. Diligentemente, el Hidalgo levantó, para que pudiese entrar, el picaporte de la puerta acristalada. Luego, con alborozo:

—Supongo que el amigo Guedes va naturalmente hacia su casa. Me cae de camino. Vamos andando y charlamos… ¡Vaya, vaya! Pero Noronha… ¿Qué

Noronha?

—Ricardo Noronha… Usted lo conoce. ¡El pagador de Obras Públicas!

—¡Ah! Sí, sí… ¿De modo que trasladado? ¿Arbritariamente?

En la Rua das Brocas, por la que bajaban en medio del silencio y la soledad de las tiendas cerradas, la cólera de Guedes retumbó más libremente:

—¡Desvergonzadamente, don Gonçalo Mendes Ramires! ¡Desvergonzadísimamente! ¡Y a Almodóvar, a los confines del Alentejo! ¡A una tierra sin recursos, sin distracciones, sin gente!…

Se detuvo, con los pasteles contra el corazón y los ojillos desmesuradamente abiertos fijos en el Hidalgo, centelleantes. ¡Noronha! ¡Un funcionario trabajador, honradísimo! Y apolítico, completamente apolítico. Ni de los históricos ni de los regeneradores. Sólo de su familia, de las tres hermanas que mantenía, tres flores… Y hombre apreciadísimo en la ciudad, lleno de virtudes. ¡Con un enorme talento para la música!… ¡Ah! ¿No lo sabía don Gonçalo Ramires? ¡Pues componía al piano cosas bellísimas! Además, imprescindible en reuniones y cumpleaños. Era él quien organizaba siempre en Oliveira las funciones de aficionados…

—Porque para dirigir los ensayos de una obra, créame usted que no hay otro ni en la capital… ¡No hay otro! Y, zas, de repente, a Almodóvar, ¡al infierno, con sus hermanas y todos los bártulos! ¡Sólo el piano!… ¡Fíjese usted, sólo el transporte del piano!

Gonçalo resplandecía.

—Bonito escándalo. ¡Qué alegría haberlo encontrado a usted, mi querido Guedes! … ¿Y no se sabe el motivo?

De nuevo caminaban pausadamente por la acera estrecha. Y el notario se encogió de hombros con amargura. ¡El motivo! Públicamente, como siempre en tales abusos, el motivo era la conveniencia del servicio…

—Pero todos los amigos de Noronha, y la ciudad entera, conocen el verdadero motivo… ¡El íntimo, el secreto, el horrendo!

—¿Cuál?

Guedes, prudentemente, echó un vistazo a la calle. Una vieja cruzaba, cojeando, con un cántaro. Y el notario susurró despacio, acercándose al rostro atónito del Hidalgo. André Cavaleiro, ese sinvergüenza, se había encaprichado de la mayor de las hermanas Noronhas, doña Adelina, una muchacha bellísima, alta, morena, ¡una estatua!… Y habiendo sido rechazado, porque la muchacha, con mucho juicio, una perla, se había dado cuenta de sus viles intenciones, ¿en quién se venga, por despecho, el señor gobernador civil? ¡En el pagador! ¡Y a Almodóvar con las muchachas y los bártulos!… ¡El pagador era el que pagaba!

—¡Bonita jugarreta! —musitó Gonçalo, inundado de gozo y de risa.

—¡Y fíjese usted! —exclamó Guedes, agitando la mano gruesa por encima del sombrero—. Fíjese que el pobre Noronha, en su inocencia, tan buen hombre, siempre deseoso de agradar a sus superiores, hace aún pocas semanas, ¡le había dedicado a

Cavaleiro un vals precioso!, ¡la *Mariposa,* un vals precioso!

Gonçalo no se contuvo y se frotó las manos triunfalmente:

—¡Pero qué bonita jugarreta!… ¿Y no se ha hablado de ello? ¿Y en ese periódico de la oposición, el *Clarim de Oliveira,* ni una denuncia, ni una alusión?…

Guedes negó con la cabeza, descorazonado. Don Gonçalo Ramires conocía bien a esa gente del *Clarim.*… Tenían estilo, un estilo elegante, opulento… Pero para divulgar así, en un caso gravísimo como el de Noronha, la cruda verdad, carecían de nervio, de coraje. Además, Biscainho, el redactor jefe, andaba intentando pasarse rastreramente a los históricos. ¡Ah! ¿Don Gonçalo Mendes Ramires no se había enterado? Pues ese indecente de Biscainho nadaba entre dos aguas. Seguro que Cavaleiro lo había atraído con algún cebo… Además, ¿cómo se podía probar la infamia? Eran cosas íntimas, cosas de familia. No se podía presentar una declaración de doña Adelina, muchacha virtuosísima, ¡y con unos ojos!… ¡Ay, si hubiera sido en tiempos de Manuel Justino y de la *Aurora de Oliveira*!… Aquel si era un hombre capaz de estampar en la primera página y con letras grandes: «¡Alerta! ¡La máxima autoridad de la provincia ha intentado llevar la deshonra al seno de la familia Noronha!…».

—¡Aquél sí que era un hombre! El pobre ya está en el cementerio de São Miguel… ¡Y ahora, don Gonçalo Ramires, el despotismo campa a sus anchas, sin freno!

Resoplaba, jadeaba, agotado por aquel fogoso desahogo. Doblaron en silencio la esquina de las Brocas hacia la bonita calle, recientemente pavimentada, de la Princesa D. Amélia, y enseguida en la segunda puerta, deteniéndose y sacando del bolsillo la llave, Guedes, que aún resoplaba, invitó al Hidalgo a descansar.

—No, no, muchas gracias, mi querido amigo. Ha sido un enorme placer encontrarlo… ¡Esa historia de Noronha es tremenda!… Pero nada me espanta del señor gobernador civil. Lo único que me asombra es que no lo hayan corrido todavía de Oliveira, como se merece, a palos y con cencerrada… En fin, no toda la gente buena yace en el cementerio de São Miguel… Hasta mañana, querido Guedes. ¡Y gracias!

Desde la Rua da Princesa D. Amélia hasta el Largo d’El-Rei, Gonçalo corrió con el deslumbramiento de quien hubiese descubierto un tesoro ¡y lo llevase oculto bajo la capa! Y, efectivamente, allí llevaba el «escándalo, el bonito escándalo» que tanto había buscado y deseado para destruir al señor gobernador civil ¡en su propia fiel ciudad de Oliveira, que le erigía arcos de boj! Y, por merced de Dios, el «bonito escándalo» derribaría también al hombre del corazón de Gracinha, donde, a pesar del antiguo ultraje, permanecía como gusano en fruto, socavando y pudriendo… ¡Y no dudaba de la eficacia del escándalo! Toda la ciudad se levantaría contra la autoridad mujeriega, que oprimía, que desterraba a un funcionario intachable, porque la hermana del pobre señor se había negado a la baba de sus besos. ¿Y Gracinha?… ¿Cómo soportaría Gracinha aquel desengaño? ¿Su antiguo André abrasado de amor

por la señorita Noronha y por ella rechazado con asco y con mofa? ¡Oh! ¡El escándalo era soberbio! Sólo faltaba que estallase, bien ruidoso, sobre los tejados de Oliveira y en el pecho de Gracinha como el trueno benéfico que limpia los aires corrompidos. Y de que ese trueno retumbase por todo el Norte ya se encargaría él con gran placer. Liberaba a la ciudad de un gobernador detestable y a Gracinha de un sueño equivocado. Y así, de un plumazo certero, trabajaba *pro patria et pro domo…*

Ya en los Cunhais corrió al cuarto de Barrolo, que se estaba vistiendo mientras tarareaba el *Fado dos Ramires,* y gritó a través de la puerta con una decisión enardecida:

—No te puedo acompañar a Estevinha. Tengo que escribir algo urgentemente. Y no subas, no me molestes. ¡Necesito tranquilidad!

Ni siquiera atendió a las protestas desconsoladas con las que Barrolo salió al corredor, en calzoncillos. Corrió escaleras arriba. Ya en su cuarto, después de quitarse rápidamente la chaqueta y de despejarse la cabeza con un chorro de agua de colonia, se sentó a la mesa, donde Gracinha colocaba siempre entre flores, para que él trabajase, el monumental tintero de plata que había pertenecido al tío Melchior. Y sin atascarse, sin tachaduras, en una de esas espontáneas oleadas de prosa que brotan de la pasión, improvisó un «artículo» rencoroso para la *Gazeta do Porto* contra el gobernador civil. Ya el título era fulminante: «¡Monstruoso atentado!». Sin revelar el nombre de la familia Noronha, contaba detalladamente, como cosa cierta y presenciada por él, «¡el vil y bajo atentado de la primera autoridad de la provincia contra el pudor, la paz interior y la honra de una dulce muchacha de dieciséis abriles!». Luego continuaba con la resistencia desdeñosa «que la noble criatura había opuesto al donjuán administrativo, ¡cuyo arrogante bigote es el terror de los pueblos!». Y por fin venía «el desquite torpe y sin nombre que su excelencia había tomado contra el celoso funcionario, que es a la vez un artista de talento, consiguiendo del nefasto gobierno que fuese trasladado, o más bien arrojado, cruelmente desterrado, junto con su familia, tres delicadas señoritas, a los confines del reino, a la más árida y pobre de nuestras provincias, ¡al no poderlo embarcar a África en la sórdida bodega de una fragata!». Y aún lanzó algunos rugidos sobre «la agonía política de Portugal». Con triste pavor recordaba los peores tiempos del absolutismo, la inocencia soterrada en las mazmorras, ¡los placeres desordenados del príncipe, como única expresión de la ley! Y terminaba preguntando al gobierno si iba a encubrir a ese agente suyo, «aquel grotesco Nerón que, como en otros tiempos el otro, el grande, en Roma, intentaba llevar la seducción al seno de las mejores familias, y cometía esos abusos de poder motivados por un temperamento lascivo que ha sido siempre, ¡en todos los siglos y en todas las civilizaciones, la execración del justo!». Y firmaba *Juvenal.*

Eran casi las seis cuando bajó a la sala, ligero y resplandeciente. Gracinha tocaba el piano, practicando el *Fado dos Ramires.* Y Barrolo —que no se había arriesgado a dar el paseo en solitario—, hojeaba, tumbado en el canapé, una famosa *História dos*

Crímenes da Inquisição, que había empezado a leer estando todavía soltero.

—¡Llevo trabajando desde las dos! —exclamó enseguida Gonçalo abriendo la ventana de par en par—. Estoy rendido. Pero, gracias a Dios, he hecho una obra de justicia… ¡Esta vez sí que don André Cavaleiro se va a caer del caballo!

Barrolo cerró inmediatamente el libro, y apoyando el codo en los cojines, inquieto:

—¿Ha ocurrido algo?

Y Gonçalo, plantado ante él, con una ligera risita, una risita feroz, removiendo en su bolsillo el dinero y las llaves:

—¡Oh! Casi nada. Una tontería. Tan sólo una infamia… Aunque para nuestro gobernador civil las infamias son tonterías.

Bajo los dedos de Gracinha, el *Fado dos Ramires* se desvaneció, apenas rozado, en un murmullo vago.

Barrolo esperaba, desencajado:

—¡Desembucha!

Y Gonçalo se desahogó estruendosamente:

—¡Pues una jugarreta gordísima, hombre! ¡Noronha, el pobre Noronha, perseguido, vejado, expulsado! Con la familia… ¡Al infierno, al Algarve!

—¿Noronha, el pagador?

—Noronha el pagador, sí. ¡El infeliz pagador es quien ha pagado!

Y relató con deleite la lamentable historia. Don André Cavaleiro enamoradísimo, ardiendo de amores por la hermana mayor de Noronha. ¡Y asediando a la muchacha con ramos de flores, cartas, versos y alborotos cada mañana ante su ventana, caracoleando sobre su penco! Hasta le había enviado, según parece, una vieja ramera, una alcahueta… Y la muchacha, un ángel lleno de dignidad, impasible. Ni se alteraba, sólo se reía. Era un jolgorio la casa de las Noronhas, a la hora del té, con la lectura de aquellos ardientes ripios, en los que la llamaba «ninfa», «estrella de la tarde»… ¡En fin, una grotesca sordidez!

El pobre *Fado dos Ramires* se desvaneció por el teclado, en un tumulto de gemidos desconcertados y ásperos.

—¡Y yo que no he oído nada! —murmuró Barrolo, asombrado—. Ni en el club ni en la Arcada…

—Pues, amiguito, el que sí lo oyó, y un estampido bien gordo, fue el pobre Noronha. Arrojado a lo más profundo del Alentejo, a un sitio insalubre, cuajado de pantanos. Es su muerte… ¡Es una condena a muerte!

Ante aquella aparición de la muerte surgiendo de los pantanos, Barrolo, desconfiado, se dio una palmada en la rodilla:

—Pero ¿quién diablos te ha contado todo eso?

El Hidalgo de la Torre miró a su cuñado con una mezcla de desdén y compasión:

—¿Que quién me lo ha contado? ¿Y quién me contó que don Sebastião murió en Alcazarquivir?… Son los hechos. Es la historia. Toda Oliveira lo sabe. Por

casualidad, esta misma mañana Guedes y yo hablamos del asunto. ¡Pero yo ya lo sabía!… Y me ha dado pena. ¡Qué diablos! No es ningún crimen estar enamorado como el pobre André. ¡Loco, perdido! Hasta ha llegado a llorar en su despacho, delante del secretario general. ¡Y la muchacha riendo a carcajadas!… Ahora bien, lo que sí es un crimen, y horrendo, es la persecución al hermano, al pagador, funcionario excelente, de raro talento… Y el deber de todo hombre de bien que aprecie la dignidad de la administración y la dignidad de las costumbres es denunciar la infamia… Yo, por mi parte, he cumplido ese buen deber. ¡Y con cierta brillantez, gracias a Dios!

—¿Qué has hecho?

—¡Enterrar en el costado del señor gobernador civil mi buena pluma toledana, hasta el mango!

Barrolo, impresionado, se pellizcaba la piel del cuello. El piano había enmudecido, pero Gracinha no se movía de la banqueta, con los dedos agarrotados sobre las teclas, como abstraída ante la gran hoja donde se alineaban, con la letra esmerada de Videirinha, los versos triunfales de los Ramires. Y de pronto, Gonçalo percibió, en aquella inmovilidad sofocada, el despecho que la traspasaba. Conmovido, para liberarla, para evitarle algún sollozo que se le escapase irresistiblemente, corrió hacia el piano y dio unos golpecitos cariñosos en los pobres hombros abatidos que se estremecieron:

—¡No acabas ese bonito fado, chica! Deja, que yo canturreo unos versos, imitando el buen estilo de Videirinha… Pero primero sé un ángel… Da una voz ahí en el corredor para que me traigan un vaso de agua bien fresca, del pozo viejo.

Probó las teclas y, al azar, entonó unos versos, desgañitándose:

> En aquella gran batalla
> Cuatro Ramires valientes…

Gracinha desapareció por una abertura del cortinón, sin hacer ruido. Entonces, el buen Barrolo, que ante su jarroncito de la India liaba un cigarrillo con pensativo cuidado, corrió a desahogarse de la certidumbre que poco a poco le había ido invadiendo, inclinándose sobre Gonçalo:

—Pues chico, no sé qué decirte… ¡Esa hermana de Noronha es una mujer soberbia! Ahora, lo que no me creo es que se haya mostrado arisca. ¿Con Cavaleiro, un hombre tan guapo y gobernador civil?… No me lo creo. ¡Cavaleiro ha saboreado ese fruto!

Y con las mejillas relucientes de admiración:

—¡Qué granuja! ¡Para caballos y mujeres no hay otro igual en Oliveira!

CAPÍTULO V

LA *Gazeta do Porto*, con el artículo vengador, debía abatirse sobre Oliveira el miércoles por la mañana, día del cumpleaños de la prima Maria Mendonça. Pero Gonçalo, aunque no temía —protegido por su seudónimo *Juvenal*—, una pelea ordinaria con Cavaleiro en las calles de la ciudad, ni tampoco con alguno de sus partidarios serviles y bravucones como Marcolino, del *Independente*, se retiró discretamente a Santa Ireneia el martes, a caballo, acompañado por Barrolo hasta la Vendinha, donde los dos probaron aquel vino blanco alabado por Titó. Después, para recordar los lugares memorables donde en su novela se encontraban, con funesto lance de armas, Lourenço Ramires y el Bastardo de Baião, tomó el camino que, atravesando los huertos de la dispersa aldea de Canta-Pedra, empalma con la carretera de los Bravais.

Con un trote tranquilo pasó la fábrica de vidrios, luego el crucero, siempre cubierto por las palomas que volaban desde el palomar de la fábrica. Y entraba en el lugar conocido como Nacejas cuando en la ventana de una casita muy limpia, rodeada de parrales, apareció una linda muchacha, morena y fina, con una chaquetita de paño azul y un pañuelo de lienzo bordado sobre los abundantes rizos ondulados. Gonçalo, sujetando la yegua, saludó y sonrió delicadamente:

—Perdón, muchacha… ¿Voy bien por aquí para Canta-Pedra?

—Sí, señor. Allí abajo, al llegar al puente, tuerza a la derecha, hacia los álamos. Luego, todo derecho…

Gonçalo suspiró, bromeando:

—¡Preferiría quedarme!

La muchacha enrojeció. Y el Hidalgo se volvió aún sobre la silla para gozar del fino rostro moreno, entre los claveles de la ventanita de aquella casa tan bien encalada.

En aquel momento, junto a una vereda enramada desembocaba un cazador, con chaqueta y gorro rojo y la escopeta colgada a la espalda, seguido por dos perdigueros. Era un hombretón apuesto que todo él, en la manera de pisar con sus zapatones blancos, en el movimiento de la cintura con faja de seda y en la forma de levantar su rostro claro de patillas rubias, rebosaba presunción y jactancia. De un vistazo sorprendió la sonrisa, la atención galante del Hidalgo, y se detuvo, clavando en él, con lenta arrogancia, sus hermosos ojos de grandes pestañas. Luego pasó desdeñosamente, sin apartarse de la yegua en la ladera estrecha, casi rozando el cañón de la escopeta por la pierna del Hidalgo. Más adelante, lanzó aún una tosecilla seca y burlona, con un pisar de tacones todavía más petulante.

Gonçalo espoleó la yegua, de inmediato intimidado por aquel desdichado miedo, aquel desfalleciente escalofrío de carnes que siempre, ante cualquier riesgo o

cualquier amenaza, lo obligaba irresistiblemente a achicarse, a retroceder, a escapar. Abajo, en el puente, desesperado por su timidez, detuvo el trote y miró hacia atrás, hacia la blanca casa florida. El mocetón se había parado, apoyado en la escopeta, bajo la ventana donde la muchacha se asomaba entre las dos macetas de claveles. Y así apoyado, después de sonreír a la muchacha, hizo una seña al Hidalgo, en claro desafío, con la cabeza alta y la borla del gorro toda tiesa como una cresta llameante.

Gonçalo Mendes Ramires marchó a galope por el tupido camino de álamos que bordea el riachuelo de las Donas. En Canta-Pedra ni siquiera se detuvo a examinar, como era su intención, en beneficio de su novela, el valle, la ribera extendida, las ruinas del monasterio de Recadães en lo alto de la colina ni, en el cerro frontero, el molino que se asienta sobre las renegridas piedras de la antigua y tan afamada Fortaleza de Avelãs. Por lo demás, el cielo, ceniciento y nublado desde por la mañana, se entenebrecía por el lado de Craquede y Vila Clara. Un vientecillo cálido agitó el follaje sediento. Y ya unas gotas densas se aplastaban contra el polvo, cuando él, siempre al galope, entró en la carretera de los Bravais.

En la Torre encontró una carta de Castanheiro. El patriota ansiaba saber «si aquella *Torre de dom Ramires* se levantaba, por fin, para honra de las letras, como la otra, la genuina, se había levantado antaño, en siglos más venturosos, para orgullo de las armas…». Y añadía en un *post scriptum:*

> Estoy planeando cientos de carteles, pegados en cada esquina de cada ciudad de Portugal, ¡anunciando en letras de una vara la aparición salvadora de los *Anais*! Y como pienso prometer en ellos a las gentes su preciosa novela, deseo que el amigo Gonçalo me informe de si tiene, a la manera de 1830, algún sabroso subtítulo como *Episódios do Século XII* o *Crónica do Reinado de Afonso II,* o *Cenas da Meia Idade Portuguesa.*… Yo voto por el subtítulo. Tal como el subsuelo en un edificio, el subtítulo en un libro eleva y da solidez. ¡A la obra, entonces, mi querido Ramires, con esa imaginación suya tan fecunda!…

Aquella ocurrencia de cientos de carteles con su nombre y el título de su novela en letras de colores estridentes, llenando cada esquina de Portugal, agradó al Hidalgo. Y aquella misma noche, entre el rumor de la densa lluvia que azotaba el follaje de los limoneros, volvió a sacar su manuscrito, interrumpido en las primeras líneas, amplias y sonoras, del capitulo segundo…

A través de ellas, y en el frescor de la madrugada, Lourenço Mendes Ramires, con el cuerpo de caballeros e infantes de su merced, corría sobre Montemor en auxilio de las señoras infantas. Pero al penetrar en el valle de Canta-Pedra, he ahí que el esforzado hijo de Tructesindo avista la mesnada del Bastardo de Baião, que lo estaba esperando desde el alba —tal como había anunciado Mendo Pais—, para cortarle el paso. Y entonces, en aquella novela de sangre e intrigas, brotaba inesperadamente, como una rosa en la grieta de un bastión, un lance de amor, que el tío Duarte cantaba en el *Bardo* con triste elegancia.

Lopo de Baião, cuya belleza rubia de hidalgo godo era tan celebrada por todas las tierras de entre el Miño y el Duero que lo llamaban *Claro-Sol* amaba apasionadamente a doña Violante, la hija menor de Tructesindo Ramires. Un día de

San Juan, en el solar de Lanhoso, donde se celebraban lidias de toros y juegos de azar, había conocido a la espléndida doncella que el tío Duarte, en su poemita, alababa con deslumbrado encanto:

¡Qué líquido fulgor sus negros ojos!
¡Qué espesas trenzas de lustroso ébano!

Y ella, ciertamente, también rindió su corazón a aquel muchacho resplandeciente y color de oro que, aquella tarde de fiesta, abatiendo con el rejón dos toros, había ganado dos cintas bordadas por la noble dama de Lanhoso, y que por la noche, en el baile, se contoneó con tan airoso garbo, en la danza de los donceles… Pero Lopo era bastardo, de aquella raza de los Baião, enemiga de los Ramires por viejísimas disputas de tierras y prioridades desde tiempos del conde don Henrique, que se habían agravado aún más después, durante las contiendas de don Tareja con Afonso Henriques, cuando en la corte de los Barões, en Guimarães, Mendo de Baião, aliado con el conde de Trava, y Ramires, *el Carnicero,* hermano de leche del joven infante, se arrojaron a la cara los guanteletes. Y, fiel a ese odio secular, Tructesindo Ramires negó con áspera arrogancia la mano de Violante al mayor de los Baião, uno de los valientes de Silves que, por Navidad, en la alcazaba de Santa Ireneia, se la pidió para Lopo, su sobrino, *el Claro-Sol,* ofreciendo avenencias casi sumisas de alianza y de dulce paz. Aquel ultraje sublevó el solar de los Baião, que se honraba en Lopo, a pesar de ser bastardo, por el temple de su bravura y su gracia galante. Y entonces Lopo, dolorosamente herido en su corazón y mucho más furiosamente en su orgullo, para saciar su hambriento deseo y para infamar el claro nombre de los Ramires, intentó raptar a doña Violante. Era primavera, cuando toda la vega del Mondego estaba ya verde. La donosa dama, entre algunos escuderos de su feudo y algunos parientes, viajaba desde Treixedo al monasterio de Lorvão, del que era abadesa su tía doña Branca… Lánguidamente, en el *Bardo,* había cantado el tío Duarte el romántico episodio:

Junto a la fuente morisca, entre los olmos,
La cabalgata se detiene…

¡Y junto a los olmos de la fuente surgió el *Claro-Sol* que, con los suyos, había estado acechando desde un cerro! Pero, apenas comenzó la corta lucha, un primo de doña Violante, el gigantesco señor de los Paços de Avelim, lo desarmó, manteniéndolo un momento arrodillado bajo el centelleo y el filo de su daga. Y con la vida perdonada, rugiendo de sorda rabia, el Bastardo huyó mezclándose entre los pocos servidores solariegos que lo habían acompañado en aquella osada acometida. Desde entonces ardía más fieramente el rencor entre los Baião y los Ramires. ¡Y he aquí ahora, en ese comienzo de la guerra de las infantas, a los dos enemigos frente a frente en el angosto valle de Canta-Pedra! Lopo, con un bando de treinta lanzas y más de cien ballesteros

de la hueste real. Lourenço Mendes Ramires, con quince jinetes y noventa hombres de a pie de su propio pendón.

Agosto acababa y el prolongado estío amarilleaba toda la hierba, los famosos pastos del valle y hasta el follaje de alisos y fresnos en la orillas del riachuelo de las Donas, que deslizaba entre las piedras lustrosas sus débiles hilillos, con callado murmullo. En lo alto de un otero, por la parte de Ramilde, se destacaba entre poderosas minas cubiertas de zarzas la ennegrecida Torre Redonda, resto de la antigua Fortaleza de Avelãs, que fue incendiada durante las cruentas contiendas entre los de Salzedas y los de Landim, y ahora habitada por el alma en pena de Guiomar de Landim, *la Malcasada.*

En el cerro frontero y más alto, dominando el valle, el monasterio de Recadães extendía sus canterías nuevas, con el fuerte torreón asaeteado como el de una fortaleza, desde el que los monjes se asomaban, espiando, inquietos con aquel centellear de las armas que desde el alba llenaba el valle. E igual temor acosaba a las aldeas cercanas, porque, sobre la cresta de las colinas, se apresuraban hacia el santo y amurallado refugio del convento gentes con bultos, carros entoldados y delgadas hileras de ganado.

Al divisar tan poderoso cuerpo de jinetes y hombres de a pie, que se extendía hasta las orillas del riachuelo, entre la sombra de los fresnos, Lourenço Ramires detuvo su caballo y sujetó a la hueste junto a un montón de piedras donde se pudría, clavada, una tosca cruz de madera. Y su vigía, que había salido a galope tendido, protegido bajo su escudo de cuero, para reconocer la mesnada, regresó enseguida, sin que flecha ni piedra de honda lo alcanzasen, gritando:

—¡Son los hombres de Baião y de la hueste real!

¡Estaba pues, cortado el paso! ¡Y en qué desigual encuentro! Pero el denodado Ramires no dudó en avanzar y trabar pelea. Aunque hubiese estado solo en el valle y con una quebradiza lanza de montero, habría arremetido contra toda la mesnada del Bastardo… Entretanto, ya el adalid de Baião se había adelantado, corveteando sobre su rosillo delgado, con la espada levantada por encima del morrión que remataban unas plumas de garza. Y pregonaba, atronando el valle con el ronco pregón:

—¡Deteneos! ¡Deteneos, que no hay paso! ¡El noble señor de Baião, por encargo del rey y por merced de su señoría, os perdona las vidas si dais marcha atrás sin ruido y sin tardanza!

Lourenço Ramires gritó:

—¡A él, ballesteros!

Los virotes silbaron. La reducida ala de jinetes de Santa Ireneia, al completo, galopó hacia el interior del valle con las lanzas en ristre. Y el hijo de Tructesindo, erguido sobre los estribos de hierro, bajo el paño desplegado de su pendón que apresuradamente había sacado de su funda el alférez, se levantó la visera de la celada para que le viesen bien su cara valiente, y lanzó al Bastardo injurias de furioso orgullo:

—¡Llama a otros tantos de esos villanos que te siguen, que por encima de ellos y de ti voy a llegar esta noche a Montemor!

Y el Bastardo, en su alazán, cubierto con una malla toda recamada de oro, levantó la mano enguantada de hierro y exclamó:

—¡Atrás, al lugar de donde saliste has de volver, traidor burlón, si yo te hago la merced de mandar a tu padre tu cuerpo en unas andas!

Aquellos fieros desafíos sonaban en los versos serenamente rimados del poemita del tío Duarte. Y tras reforzarlos, Gonçalo Mendes Ramires, sintiendo el alma henchida por el heroísmo de su raza como por un viento que soplase de la honda campiña, lanzó, uno contra el otro, a los dos bandos valerosos. Gran combate, gran griterío…

—¡Hala! ¡Hala!

—¡Rompe! ¡Desbarata!

—¡Adelante por Baião!

—¡Arriba por los Ramires!

A través de la espesa polvareda y del tumulto zumban las lanzas, las toscas balas de barro lanzadas por las hondas. Almogávares de Santa Ireneia, almogávares de la hueste real, en pequeños grupos, cargan, chocan con embarullado arrojo de venablos que se quiebran, de dardos que se clavan, y ambos retroceden enseguida para volver a precipitarse unos contra otros, mientras, en el suelo revuelto, algún malherido se debate entre la vida y la muerte gritando y los aturdidos, tambaleándose, buscan, al abrigo de la arboleda, la frescura del riachuelo. En el centro, donde está lo más noble del combate, por encima de los corceles que se levantan de manos, jadeantes bajo el peso de las cubiertas de malla, las lisas hojas de los espadones brillan, resuenan y se hunden en las chapas de los broqueles; y ya, desde los altos arzones de cuero rojo, se desploma algún tieso y encorazado señor, con un golpe de hierros sobre la tierra blanda. Sin embargo, jinetes e infantes, como en un torneo, sólo cruzan lanzas para derribarse, abollados los arneses, con clamores de excitada ufanía; y sobre el villanaje contrario, en el que se ceba el furor de la matanza, se abaten sus espadones, se precipitan sus hachas, deshaciendo los cascos de hierro como si fueran cántaros de arcilla.

Entre el peonaje de Baião y de la hueste real, Lourenço Ramires avanza más ligero que el segador apresurado por la hierba tierna. A cada arrancada de su recio caballo morcillo, bañado en espuma, que sacude furiosamente la cabezada en forma de pico, entre maldiciones o gritos de ¡por Jesús!, se dobla siempre un pecho traspasado, unos brazos se retuercen en la agonía. Todo su afán está puesto en cruzar sus armas con Lopo. Pero el Bastardo, tan impetuoso y arrostrador en el combate, no se apartaba aquella mañana de la loma del cerro, donde una hilera de lanzas lo resguardaba como una estacada; ¡y con gritos, no con golpes, enardecía la lid! En su ardor desesperado por romper la cerca humana, Lourenço gastaba las fuerzas, gritando roncamente al Bastardo duros ultrajes de ¡vil! y de ¡marrano! Ya de entre la

trama abollada de la malla brotaban de su hombro, por la loriga, lentos hilillos de sangre. Un virotazo, que le partió la charnela de la greba izquierda, lo había herido en la pierna, de la que manaba mucha más sangre, empapando el forro de estopa. Además, con el anca atravesada por una flecha, su gran corcel se desplomó y rodó, rompiendo las cinchas con su coceo. Y, desembarazándose de un salto de los estribos, Lourenço Ramires se encontró rodeado por una cerca erizada de espadones y lanzas que lo acometieron, mientras desde el otero, inclinándose sobre la silla, el Bastardo bramaba:

—¡Teneos! ¡Teneos! ¡Apresadlo!

Saltando por encima de los cuerpos caídos, que se retorcían bajo sus plantas de hierro, el valiente mozo arremete con jadeantes golpes contra las puntas relucientes que retrocedían, esquivaban… Y, triunfantes, redoblan los gritos de Lopo de Baião:

—¡Vivo! ¡Vivo! ¡Cogedlo vivo!

—¡No si me queda alma, villano! —rugía Lourenço.

Y más rabiosamente embestía cuando un afilado guijarro le acertó en el brazo, que enseguida desfalleció, quedó colgando, arrastrando la espada, sujeta aún al puño por la cadena, pero tan inútil como una roca. En un instante fue apresado por hombres de a pie que lo sujetaron por la gorja, mientras otros, a lanzazos, le hicieron doblar las piernas todavía firmes. Cayó, por fin, tieso como un madero, y entre las cuerdas con las que inmediatamente lo amarraron yació rígido, sin yelmo, sin armadura, con los ojos fuertemente cerrados y los cabellos envueltos en un amasijo de polvo y sangre.

¡He aquí cautivo a Lourenço Ramires! Y ante las andas hechas con ramas de haya en las que lo tendieron, después de rociarlo apresuradamente con agua fresca del riachuelo, el Bastardo, limpiándose con el dorso de la mano el sudor que le corría por el hermoso rostro y por las barbas doradas, musitó conmovido:

—¡Ah, Lourenço, Lourenço, gran dolor tengo, que bien pudiéramos ser hermanos y amigos!

Así, ayudado por el tío Duarte, por Walter Scott y por algunas informaciones del *Panorama*, compuso Gonçalo la desventurada contienda de Canta-Pedra. Y con aquel desahogo de Lopo, en el que se traslucía la pena del amor vedado, terminó el capítulo segundo, en el que había trabajado tres días con tanta entrega que a su alrededor el mundo estaba como callado y hundido en la penumbra.

Una rueda de cohetes estalló a lo lejos, hacia la parte de los Bravais, donde aquel domingo se celebraba la romería de Nuestra Señora de las Candelas. Tras la lluvia de aquellos tres últimos días, bajaba sobre los campos más verdes un frescor del cielo sereno y lavado. Y como todavía quedaba media hora larga antes de la cena, el Hidalgo cogió su sombrero y así como estaba, con la vieja chaqueta de trabajo y un bastoncito de caña, bajó a la carretera y siguió por el camino que se estrecha entre el muro de la Torre y las tierras de centeno en las que se asentaban en el siglo XII las

barbacanas de la Fortaleza de Santa Ireneia.

Por la silenciosa vereda, todavía húmeda, Gonçalo pensaba en sus formidables antepasados. ¡Cómo resurgían en su novela, sólidos y con resonancia! Y realmente la profunda comprensión que él mostraba de aquellas almas alfonsinas era prueba de que su alma conservaba los mismos quilates y había salido de la misma rica pieza de oro. Porque un corazón débil o degenerado no sabría describir corazones tan recios, de épocas tan bravas, y nunca el bueno de Manuel Duarte o el excelente Barrolo serían capaces de comprender lo bastante para reconstruir el elevado espíritu de un Martim de Freitas o de un Afonso de Alburquerque… En esa sutil verdad deseaba él que insistiesen los críticos al estudiar más adelante la *Torre de dom Ramires,* pues Castanheiro le había garantizado artículos importantes en las *Novidades* y en la *Manhã.* ¡Sí! Lo que convenía destacar —y él así se lo recordaría a Castanheiro— era que los ricoshombres de Santa Ireneia revivían en su nieto, si no por la continuación heroica de las mismas hazañas, sí por el mismo profundo entendimiento del heroísmo… ¡Qué diablos! ¡Bajo el reinado del horrible São Fulgêncio, él no podía desmantelar el solar de Baião, desmantelado hacía ya seiscientos años por su antepasado Leonel Ramires, ni reconquistar a los moros aquella amurallada Monforte, de la que Antoninho Moreno era el lánguido gobernador civil! Pero sentía la grandeza y el prestigio histórico de aquel arrojo que antaño impulsaba a los suyos a arrasar los solares rivales, a escalar las villas de los moros; él resucitaba por medio del saber y del arte, lanzaba a la vida actual a aquellos varones temibles, con sus corazones, sus ropas, sus grandes cuchilladas y sus bravatas sublimes; era pues, dentro del espíritu y de las maneras de su tiempo, un buen Ramires, un Ramires de nobles energías, no heroicas sino intelectuales, como correspondía a una edad de quietud intelectual. Y los periódicos, que tanto censuran la decadencia de los hidalgos de Portugal, deberían afirmar en justicia —¡se lo indicaría también a Castanheiro!—: «¡He aquí a uno, y el mayor, que con las formas y maneras de su tiempo, continúa la honra de su raza!».

Con aquellos pensamientos, que hacían más firmes sus pisadas sobre aquel terreno tan hollado por los suyos, el Hidalgo de la Torre llegó a la esquina del muro de la quinta, donde una empinada y estrecha vereda la separa del pinar y de la arboleda. Del noble portón que antaño se levantaba en aquel rincón con tallas y escudo de armas, quedaban tan sólo las dos jambas de granito, amarillentas de musgo, defendidas del ganado por una cancela de tablas mal clavadas, carcomidas por la lluvia y por los años. Y en aquel momento, por la honda vereda, sumida en la sombra, subía chirriando, cargado de leña, un carro de bueyes guiado por una linda boyerita.

—¡Buenas tardes nos dé Dios!

—¡Buenas tardes, florecilla!

El carro pasó lento. E inmediatamente detrás apareció un hombre, desgarbado y moreno, que llevaba al hombro el cayado, del que colgaba un manojo de cuerdas.

El Hidalgo de la Torre reconoció a José Casco, el de los Bravais, y siguió, como distraído, por el lindero del pinar, silbando, golpeando con el bastoncito las zarzas floridas de la cerca. El otro, sin embargo, aligeró el paso galgueño y lanzó duramente, en el silencio de la arboleda y de la tarde, el nombre del Hidalgo. Entonces, dándole un vuelco el corazón, Gonçalo Mendes Ramires se detuvo forzando una sonrisa afable:

—¡Hola! ¡Pero si es usted, José! ¿Qué hay?

Casco se turbó, con las costillas agitadas bajo la sucia camisa de trabajo. Por fin, desembarazando el cayado de las cuerdas, lo clavó en el suelo por el hierro:

—¡Hay que yo siempre hablé claro con el Hidalgo y no esperaba que después me faltase a su palabra!

Gonçalo Ramires levantó la cabeza con una dignidad lenta y trabajosa, como si levantase una masa de hierro:

—¿Qué está usted diciendo, Casco? ¡Que yo he faltado a mi palabra! ¿En qué le he faltado yo a la palabra?… ¿A causa del arrendamiento de la Torre? ¡Ésa sí que es buena! ¿Hubo acaso escritura firmada entre nosotros? Usted no volvió, no apareció…

Casco enmudeció, asombrado. Después, con una cólera que le hacía temblar los pálidos labios y las secas manos velludas, aferradas al puño del cayado:

—¡Si hubiese habido un papel firmado el Hidalgo no habría podido volverse atrás!… ¡Pero entre gente de bien, era como si lo hubiese!… Hasta dijo usted cuando yo acepté: «¡Viva! ¡Trato hecho!…». ¡El Hidalgo dio su palabra!

Gonçalo, pálido, aparentó la paciencia de un señor benévolo:

—Escuche, José Casco. Aquí, en la carretera, no es lugar apropiado. Si quiere hablar conmigo, vaya a la Torre. Allí estoy siempre, como usted sabe, por la mañana… Vaya mañana mismo, no me molesta.

Y se encaminaba hacia el pinar, temblándole las piernas y con un sudor frío en el espinazo, cuando Casco, rodeándolo con un salto ligero, se le plantó delante atrevidamente con el cayado atravesado:

—¡El Hidalgo tiene que hablar aquí mismo! ¡El Hidalgo dio su palabra! A mí no se me hacen esos desprecios… ¡El Hidalgo dio su palabra!

Gonçalo miró de reojo a su alrededor, sobrecogido, con el deseo de encontrar algún socorro. Sólo lo rodeaba la soledad, la espesa arboleda. En la carretera, iluminada apenas por las últimas luces de la tarde, el carro de leña, a lo lejos, chirriaba más apagadamente. Las ramas altas de los pinos gemían con un rumor adormecido y remoto. Entre los troncos se adensaban ya la sombra y la niebla. Entonces, aterrado, intentó buscar refugio en la idea de la justicia y de la ley, que suele asustar a los hombres del campo. Y como amigo que aconseja a otro amigo, con suavidad, trémulos y resecos los labios:

—¡Escuche, Casco, escuche, hombre! Las cosas no se arreglan así, a gritos. Puede haber un disgusto, aparecer el alcalde. Luego vienen los tribunales, la cárcel. Y usted tiene mujer, tiene hijos pequeños… ¡Escuche! Si cree que tiene motivo de queja, vaya

a la Torre y conversamos. Pacíficamente todo se aclara, hombre… ¡A gritos, no! Vienen los guardias, la cárcel…

Entonces, de repente, Casco creció todo él en el solitario camino, negro y alto como un pino, con una furia que le desorbitaba los ojos encendidos, casi sangrientos:

—¡Aún me amenaza el Hidalgo con la justicia!… ¡Encima de hacerme la canallada me amenaza con la cárcel!… ¡Pues, por todos los diablos, antes de ir a la cárcel le voy a partir los huesos!…

Levantó el cayado… Pero en una vislumbre de razón y respeto aún acertó a gritar, echando hacia atrás la cabeza y con los dientes apretados:

—¡Huya, señor Hidalgo, que me pierdo!… ¡Huya, que lo mato y me pierdo!

Gonçalo Mendes Ramires corrió hacia la cancela encajada en las viejas jambas de granito; saltó las tablas mal clavadas y se encaminó por la cañada que bordea el muro, ¡en una carrera furiosa de liebre acosada! Al final de la viña, junto a los maizales, una higuera silvestre, muy poblada de hojas, se extendía dentro de un granero de piedra, sin tejado y en desuso. Y en aquel escondrijo de ramas y piedra se ocultó el Hidalgo de la Torre, jadeando. El crepúsculo había caído sobre los campos, y con él una serenidad en la que se adormecían frondas y hierbas. Animado por el silencio y por la calma, Gonçalo abandonó el abrigado cobijo y se lanzó nuevamente a la carrera, una carrera sigilosa en la que apoyaba tan sólo las puntas de sus botas blancas sobre el suelo blando por las últimas lluvias, hasta que llegó al muro de la fuente.

Se detuvo de nuevo, extenuado. Y creyendo entrever, a lo lejos, en la linde de la arboleda, una mancha clara, tal vez algún jornalero en mangas de camisa, lanzó un grito angustiado:

—¡Eh, Ricardo! ¡Eh, Manuel! ¡Eh, ahí! ¿Hay alguien?…

La mancha imprecisa se fundió con el impreciso follaje. Una rana saltó en una regatera. Estremecido, Gonçalo volvió a emprender la carrera hasta la esquina del jardín, donde encontró cerrada la puerta, la vieja puerta poco segura que se movía sobre los goznes herrumbrosos. Furioso, se lanzó contra ella con los hombros, que el terror endurecía como trancas. Cedieron dos tablas y él se metió por el hueco, rasgándose la chaqueta con un clavo. Respiró por fin al amparo del jardín murado, ante los balcones de la casa, abiertos al fresco de la tarde, junto a la Torre, su Torre, negra y milenaria, más negra y como más cargada de años frente a la tenue claridad de la luna nueva que salía.

Con el sombrero en la mano, enjugándose el sudor, entró en la huerta y bordeó el judiar. Sentía ahora, de pronto, una cólera amarga por el desamparo en el que se había encontrado, en una quinta tan poblada, ¡rebosante de gente y de criados! ¡Ni un colono, ni un jornalero cuando él gritó tan angustiado al borde de la fuente! De cinco criados, ninguno acudió, ¡y él, allí, perdido, a un tiro de piedra de la era y de los corrales! Con que dos hombres corriesen con palos o azadas, aún podían alcanzar a Casco en la carretera y lo trituraban como una espiga.

Desde el gallinero, mientras escuchaba una delicada risa de muchacha, cruzó el patio hasta la puerta iluminada de la cocina. Dos mozos de la huerta, la hija de Crispola y Rosa charlaban cómodamente sentados en un banco de piedra, bajo la fresca oscuridad del parral. Dentro, la lumbre chisporroteaba y la olla de la sopa, hirviendo, olía deliciosamente. Estalló entonces toda la cólera del Hidalgo:

—Pero ¿qué sarao es este? ¿No me han oído llamar?… Me encontré ahí abajo con un borracho, que no me conoció, y se fue hacia mí *con una hoz.*… Afortunadamente, llevaba el bastón. Y yo llamando, gritando… ¡Y que si quieres! ¡Todos aquí de cháchara, con la cena cociendo! ¡Qué poca vergüenza! Si vuelve a suceder, los pongo a todos en la calle… ¡Y al que proteste, un garrotazo!

Le llameaba el rostro, ahora erguido y valiente. La pequeña de Crispola se escabulló enseguida en un rincón de la cocina, tras la artesa. Los dos mozos, puestos en pie, se doblaban como espigas bajo el vendaval, mientras que Rosa, aterrada, se persignaba y se deshacía en lamentaciones sobre «¡las desgracias que así se preparan!». Gonçalo, encantado con la sumisión de los dos hombres, ambos tan fuertes, con tan gruesos garrotes apoyados en la pared, se había ido amansando:

—Bueno, ¡estáis todos sordos en esta pobre casa! ¡Además, la puerta del jardín cerrada! Tuve que darle un empujón. Ha quedado hecha pedazos.

Entonces, uno de los mozos, el más decidido, rubio con quijada de caballo, creyendo que el Hidalgo censuraba lo endeble y poco cuidada que estaba la puerta, se rascó la cabeza, disculpándose:

—Pues ¡perdone el señor Hidalgo!… Pero ya después de marcharse Relho se le puso una tranca y una cerradura nueva… ¡Y buena!

—¡Qué cerradura! —gritó el Hidalgo con arrogancia—. Destrocé la cerradura, destrocé la tranca… ¡Todo hecho astillas!

El otro mozo, más desenvuelto y avispado, se rió para complacerle:

—¡En el santo nombre de Dios!… ¡Pues ya le daría el señor Hidalgo con fuerza!

Y el compañero, convencido, estiró la enorme quijada:

—¡Y con qué fuerza! ¡A matar! Que la puerta era recia… ¡Y con la cerradura nueva después de irse Relho!

La certeza de su fuerza, alabada por aquellos hombres fornidos, reconfortó por completo al Hidalgo de la Torre, ya ablandado, casi paternal:

—Gracias a Dios, para derribar una puerta, aunque sea nueva, no me falta fuerza. Lo que no podía hacer, por dignidad, era arrastrar por ahí, por esas carreteras, a un borracho con una hoz hasta la casa del alcalde… Por eso llamé, por eso grité. ¡Para que ustedes lo agarrasen y lo llevasen al alcalde!… Bueno, se acabó. ¡Ah! Rosa, dé a estos muchachos, para la cena, una jarra más de vino… Y a ver si para otra vez se espabilan y aparecen…

Era ahora como un antiguo señor, como un Ramires de otros tiempos, justo y prudente, que reprende una torpeza de sus sirvientes y que luego perdona a cuenta de las hazañas futuras. Después, con el bastón al hombro, como si fuera una lanza, subió

por la lóbrega escalera de la cocina. Y ya arriba, en su cuarto, en cuanto Bento entró para ayudarle a vestirse, comenzó nuevamente a contar su epopeya, más cargada de detalles, más terrorífica, asombrando al sensible hombre, que se quedó parado junto a la cómoda, sin ni siquiera dejar en el suelo la jarra de agua caliente, las botas cepilladas ni el montón de toallas que le entorpecían… ¡Casco! José Casco, el de los Bravais, borracho, arrojándose sobre él, sin conocerlo, con una hoz enorme y gritando: «¡Muera, que es un cerdo!…». ¡Y él en la carretera, ante aquel bruto, con un bastoncito! Pero dio un salto y la hoz resbaló sobre el tronco de un pino… Entonces le acometió con ímpetu, enarbolando el bastón y llamando a Ricardo y a Manuel, como si ambos lo escoltasen, y consiguió aturdir a Casco, que retrocedió, desapareciendo por la vereda, tambaleándose, gruñendo…

—¿Eh? ¿Qué te parece? ¡Si no es por mi audacia, estoy seguro de que este hombre me pega *un tiro con la escopeta*!

Bento, a quien se le caía la baba, con la jarra olvidada goteando sobre la afombra, pestañeó, confuso y más atónito aún:

—Pero el señor doctor dijo que era una hoz…

Gonçalo, impaciente, golpeó el suelo con el pie:

—Corrió hacia mí con una hoz. Pero venía detrás del carro… Y en el carro llevaba una escopeta. Casco es cazador y siempre anda con la escopeta… En fin, estoy aquí vivo, en la Torre, gracias a Dios. ¡Y también porque, afortunadamente, en estos casos no me falta decisión!

Y metió prisa a Bento porque con la conmoción y el esfuerzo le temblaban realmente las piernas de cansancio y de hambre… ¡Además, tenía sed!

—¡Sobre todo sed! Que venga bien fresco ese vino… Del verde y del Alvaralhão, para mezclarlos.

Bento, con un trémulo suspiro por la emoción experimentada, llenó la palangana y extendió las toallas. Luego, muy serio:

—¡Pues sí, señor doctor, tenemos esa peste por estos lugares! Lo mismo le ocurrió al señor Sanches Lucena en la Feitosa.

—¿Cómo? ¿Al señor Sanches Lucena?

Bento relató entonces una tremenda historia traída a la Torre durante la estancia del señor doctor en Oliveira por el cuñado de Crispola, Rui el carpintero, que trabajaba en las obras de la Feitosa. El señor Sanches Lucena había bajado una tarde, al oscurecer, a la puerta del mirador, cuando pasaron por la carretera dos jornaleros, borrachos o facinerosos, que la emprendieron con el buen señor. Chuflas, risitas, muecas… El señor Sanches, con paciencia, aconsejó a los hombres que siguiesen su camino, que no se propasasen. Pero de repente, uno de ellos, un mozalbete, se quitó la chaqueta del hombro ¡y levantó un garrote! Afortunadamente su compañero, que se había fijado un poco más, aún tuvo tiempo de gritar: «¡Ay, muchacho, que es nuestro diputado!». El mozalbete huyó despavorido. El otro hasta se puso de rodillas ante el señor Sanches Lucena… ¡Pero el pobre señor, con la impresión, tuvo que guardar

cama!

Gonçalo había seguido la historia, mientras se secaba despacio las manos con la toalla, impresionado:

—¿Cuándo fue eso?

—Pues ya le dije al señor doctor… Cuando el señor doctor estaba en Oliveira. Un día antes o un día después del cumpleaños de doña Graça.

El Hidalgo soltó la toalla y se limpió pensativamente las uñas. Después, con una risita imprecisa y ligera:

—En fin, al final le ha servido de algo a Sanches Lucena ser diputado por Vila Clara…

Y ya vestido, llenando de puros su petaca, porque había decidido pasar la noche en Vila Clara, para desahogarse con Gouveia, se volvió de nuevo hacia Bento, que recogía la ropa:

—Entonces el borracho, cuando el otro le gritó: «Ay, que es nuestro diputado», cayó en la cuenta y huyó, ¿eh?… ¡Ya ves tú! ¡Aún vale de algo ser diputado! ¡Todavía inspira respeto, hombre! ¡Por lo menos inspira más respeto que descender de los reyes de León!… Paciencia, es hora de comer.

Durante la comida, mezclando abundantemente el verde y el Alvaralhão, Gonçalo no dejó de rumiar la osadía de Casco. ¡Por primera vez en la historia de Santa Ireneia un labrador de aquellas aldeas que habían crecido a la sombra de la ilustre casa, dueña y señora de montes y valles durante tantos siglos, había ultrajado a un Ramires! ¡Y brutalmente, levantando el garrote ante los mismos muros de la histórica quinta!… Contaba su padre que, en vida del bisabuelo Inácio, todavía, desde Ramilde hasta Corinde, los hombres doblaban la rodilla en los caminos cuando pasaba el señor de la Torre. ¡Y ahora le levantaban la hoz!… ¿Y por qué? ¡Porque él no había rebajado sus rentas sumisamente en provecho de un matón! En tiempos del abuelo Tructesindo, un villano capaz de cometer semejante atentado habría sido asado, como jabalí, en una chisporroteante hoguera, ante las barbacanas de la fortaleza solariega. Aún en la época del bisabuelo Inácio se habría podrido en una mazmorra. Y Casco no podía escapar sin castigo. La impunidad sólo lo llenaría de osadía y, furioso, rencoroso, en algún otro encuentro, sin mediar palabra, descargaría sobre él la escopeta. ¡Oh! No le deseaba un mal duradero al infeliz, con dos hijos pequeñitos, uno todavía de pecho. Pero sí que lo condujesen a la alcaldía, esposado, entre dos guardias, y que, en el triste cuartucho desde el que se divisaban las rejas de la cárcel, recibiese una fuerte reprimenda de Gouveia, de un Gouveia muy seco, muy estirado en su levita negra… Así tenía él que protegerse, con medios tortuosos, ya que no era diputado y que, a pesar de su talento, de su apellido y del extraordinario linaje de sus antepasados, que había forjado el reino, carecía del prestigio de un Sanches Lucena, ¡precioso prestigio que detenía en el aire los garrotes atrevidos!

En cuanto terminó el café, mandó a Bento a decir a los dos mozos de la huerta, Ricardo y el otro de quijada de caballo, que lo esperasen en el patio, armados. Porque

en la Torre aún sobrevivía una «sala de armas», cuchitril tenebroso, junto al archivo, en el que se amontonaban piezas abolladas de armaduras, una loriga de malla, un broquel moro, alabardas, espadones, polvorines, mosquetones de 1820 y, entre aquellos polvorientos hierros negros, tres escopetas limpias con las que los mozos de la quinta, en la romería de San Gonçalo, descargaban salvas en honor al santo.

Después él metió el revólver en el bolsillo, desenterró del armario del corredor un viejo bastón enorme rematado en plomo trenzado y cogió un silbato. Y así prevenido, caliente por el verde y el Alvaralhão, acompañado por los dos criados con escopetas al hombro, importantes y tiesos, partió hacia Vila Clara, en busca del señor alcalde. La noche envolvía los campos en sosiego y frescor. La luna nueva, que había despejado el cielo, rozaba la cresta de los cerros de Valverde como la rueda brillante de un carro de oro. En el silencio, las fuertes botas claveteadas de los dos jornaleros resonaban rítmicas. Y Gonçalo, delante, con el puro encendido, disfrutaba de aquella marcha, con la que de nuevo un Ramires volvía a recorrer los caminos de Santa Ireneia con hombres armados de sus tierras solariegas.

Sin embargo, a la entrada de la villa, dejó discretamente su escolta en la taberna de la Serena, y él atajó por el Mercado da Erva hacia el estanco de Simões, donde Gouveia, a aquella hora, antes de la partida en el casino, solía detenerse para comprar cerillas y contemplar pensativo los billetes de lotería del escaparate. Pero aquella noche el señor alcalde había faltado a su costumbre de pasar por el Simões. Se dirigió entonces hacia el casino, donde en cuanto entró, abajo, en la sala de billar, un sujeto calvo que contemplaba los resultados solitarios del marcador, medio arrebujado en un banco, con el chaleco desabrochado y mordiendo un palillo, informó al Hidalgo de la enfermedad del amigo Gouveia:

—Cosa leve, una inflamación de garganta… Lo encontrará usted seguramente en su casa. No sale de su cuarto desde el domingo.

Pero otro señor, que removía su café en la esquina de una mesa abarrotada de botellas de licor, aseguró que el señor alcalde ya se había dejado ver aquella tarde. Serían las cinco cuando él se lo encontró en la Amoreira, con el cuello abrigado con una bufanda de lana.

Gonçalo, impaciente, salió rápidamente hacia la Calçadinha. Y atravesaba el Largo do Chafariz cuando divisó al deseado Gouveia a la puerta muy iluminada de la pañería Ramos, conversando con un hombretón de gran barba oscura y guardapolvo claro.

Y fue Gouveia quien, apuntando con el dedo, abordó a Gonçalo:

—¿Ya se ha enterado?

—¿De qué?

—¿Pero no lo sabe, hombre?… ¡Lo de Sanches Lucena!

—¿Qué?

—¡Ha muerto!

El Hidalgo miró perplejo al alcalde y luego al otro señor que intentaba ponerse en

la mano enorme, con un gran esfuerzo, un guante negro, estrecho y corto.

—¡Santo Dios!… ¿Cuándo?

—Esta madrugada. De repente. *Angina pectoris,* algo del corazón… De repente, en la cama.

Y ambos se miraron en silencio, con el renovado espanto por aquella muerte que impresionaba Vila Clara. Por fin, Gonçalo:

—¡Y yo apenas hace un rato, en la Torre, hablando de él! Y ¡pobre hombre!, como siempre, con poca admiración…

—¡Y yo! —exclamó Gouveia—. ¡Yo, que ayer mismo le escribí!… Y una carta larga, recomendándole a Manuel Duarte… El cadáver recibió la carta.

—¡Ésa es buena! —murmuró el sujeto obeso que luchaba obstinadamente con el guante—. El cadáver recibió la carta… ¡Ésa es buena!

El Hidalgo se retorcía el bigote, pensativo:

—¡Vaya, vaya!… ¿Y qué edad tenía?

Gouveia siempre lo había creído un perfecto viejo, con setenta inviernos a sus espaldas. ¡Pues no! Sesenta nada más, en diciembre. Pero consumido, destrozado. Se casó tarde, con hembra vigorosa…

—Y ahí tenemos a la bella doña Ana, viuda a sus veintiocho años, sin hijos y heredera, naturalmente, de una suma de doscientos mil escudos… ¡Tal vez más!

—¡Bonita cantidad! —dijo de nuevo, roncamente, el hombre grueso, que se había puesto el guante y ahora gemía, con las venas hinchadas, intentando abrochar el corchete.

Aquel señor molestaba al Hidalgo, ansioso por desahogarse con Gouveia sobre la «vacante política» que se había producido así, inesperadamente, en el distrito de Vila Clara, con la brusca desaparición del jefe tradicional. Y, sin poder contenerse, cogió al alcalde por el botón de la levita y lo empujó hasta la sombra propicia de la pared:

—¡Oh! ¡Gouveia! Entonces ahora ¿qué?… Habrá elecciones parciales… ¿Quién saldrá por el distrito?

Y el alcalde, con mucha sencillez, sin ocultarse del hombretón del guardapolvo que, por fin enguantado, había encendido un puro y se acercaba con familiaridad, dedujo los hechos:

—Ahora, querido amigo, con el tío de Cavaleiro ministro de Justicia y José Ernesto ministro de la Gobernación, saldrá diputado por el distrito quien diga André Cavaleiro. Está claro… Sanches Lucena se mantuvo siempre en su escaño en São Bento por indicación natural del partido. Era aquí el principal hombre, el gran hombre de los históricos… ¡Bueno! Hoy en día, para que el gobierno decida, como falta la indicación natural del partido, ¿qué queda? Pues el deseo personal de Cavaleiro. Ya sabe usted que Cavaleiro es regionalista. Por tanto, por el distrito saldrá, lógicamente, quien se presente a Cavaleiro como un buen continuador de Lucena, que trabaje por la influencia y por la estabilidad territorial… En otro distrito aún se podría encajar aprisa algún diputado fabricado en Lisboa, en los ministerios.

¡Aquí no! El diputado tiene que ser local y *cavaleirista*. Y, créame, el propio Cavaleiro está en estos momentos preocupado.

El gordinflón murmuró dándose importancia, a través del enorme puro que chupaba:

—Mañana estaré con él y sabré algo…

Pero el alcalde había enmudecido y se rascaba la barbilla clavando en Gonçalo unos ojos vivarachos que brillaban como si una idea feliz, casi una inspiración, lo iluminase. Y de repente, dirigiéndose al otro, que se mesaba la barba oscura:

—Pues, querido señor, hasta mañana entonces. Quedamos así. Yo envío el cestillo con los quesos directamente al señor consejero.

Cogió el brazo de Gonçalo, apretándolo con impaciencia. Y sin atender más al hombretón que saludaba con desenvoltura, arrastró al Hidalgo hacia la Calçadinha silenciosa:

—¡Gonçalo, escuche!… ¡Ahora tiene usted una ocasión soberbia! ¡Si quisiese, dentro de pocos días, sería diputado por Vila Clara!

El Hidalgo de la Torre se detuvo, como si, de repente, se precipitase una estrella en la calle mal iluminada.

—¡Escuche! —exclamó el alcalde, soltando el brazo de Gonçalo para desarrollar con más libertad su idea—. Usted no tiene ningún compromiso serio con los regeneradores. Salió usted de Coimbra hace un año, inicia ahora su vida pública y nunca ha hecho ningún acto definitivo de partidismo. ¡Sólo algún que otro artículo para los periódicos, historias!…

—Pero…

—¡Escuche, hombre! ¿Quiere usted meterse en la política? Sí. Entonces poco importa que sea con los históricos o con los regeneradores. Los dos son constitucionales, los dos son cristianos… La cuestión es meterse, abrirse camino. Y ahora se encuentra usted, inesperadamente, una puerta abierta. ¿Qué se lo puede impedir? ¿Su enemistad personal con Cavaleiro? ¡Tonterías!

Hizo un ademán, amplio y seco, como si barriese aquellas puerilidades:

—¡Tonterías! Entre ustedes no hay ninguna muerte de por medio; ni, en el fondo, son enemigos. Cavaleiro es un joven de talento, de buen gusto… No veo otro, aquí en el distrito, con quien usted tenga más afinidad de espíritu, de educación, de modales, de costumbres… En un sitio pequeño como éste, un día u otro, irremediablemente, se imponía la reconciliación. ¡Pues que sea ahora, cuando esa reconciliación lo lleve a usted a la Cámara!… Y repito. ¡Por el distrito de Vila Clara saldrá diputado quien diga Cavaleiro!

El Hidalgo de la Torre respiró con esfuerzo, por la emoción que lo ahogaba. Y después de un silencio en el que se quitó el sombrero y se abanicaba con él, pensativo, el rostro inclinado:

—Pero Cavaleiro, como usted ha dicho, es muy localista, muy regionalista… Sólo querrá imponer un hombre como Lucena, con fortuna y con influencia…

El otro se detuvo y abrió los brazos:

—¿Y usted qué?… ¡Qué diablos! Usted tiene aquí propiedades. Tiene la Torre, tiene Treixedo. Su hermana es hoy rica, más rica que Lucena. Y luego el apellido, la familia… Ustedes, los Ramires, están establecidos, con solar en Santa Ireneia, desde hace más de doscientos años.

El Hidalgo de la Torre levantó la cabeza con vivacidad:

—¿Doscientos?… ¡Hace mil, casi mil!

—¡Pues ahí está! Hace mil años. Una casa anterior a la monarquía. ¡Por lo menos coetánea suya! ¡Usted es, por tanto, más noble que el rey! Luego, ¿acaso no es ésa una situación muy superior a la de Lucena? Sin contar la inteligencia… ¡Oh! ¡Diablos!

—¿Qué le pasa?

—La garganta… Una punzadita en la garganta. Todavía no estoy restablecido del todo.

Y decidió retirarse inmediatamente y hacer gárgaras, porque el doctor Macedo le había prohibido trasnochar festivamente. Pero Gonçalo acompañaría hasta la puerta al amigo Gouveia. Y abrigándose con la bufanda de lana, el alcalde resumió su idea:

—Por el distrito de Vila Clara, Gonçalinho, saldrá quien diga Cavaleiro. Ahora bien, Cavaleiro, créame, tiene un gran empeño en elegirlo a usted, en lanzarlo a la política. Por tanto, si usted pide ayuda a Cavaleiro, el distrito es suyo. ¡Cavaleiro tiene el mayor, el máximo empeño, Gonçalinho!

—Eso es lo que yo no sé, João Gouveia…

—¡Pues yo sí lo sé!

Y confidencialmente, en la soledad de la Calçadinha, João Gouveia reveló al Hidalgo que Cavaleiro ¡ansiaba la ocasión de reanudar la antigua fraternidad con su viejo amigo Gonçalo! Incluso la semana pasada, Cavaleiro le había asegurado —palabras textuales—: «Entre los jóvenes de esta generación, ninguno con más seguro y más amplio futuro en la política que Gonçalo. ¡Lo tiene todo! Apellido ilustre, gran talento, seducción, elocuencia… ¡Lo tiene todo! Y a mí, que conservo por Gonçalo todo el antiguo cariño, me gustaría mucho, muchísimo, llevarlo a la Cámara».

—¡Palabras textuales, amigo mío!… Hará seis o siete días, en Oliveira, después de comer, tomando café en el jardín.

La cara de Gonçalo ardía en la sombra, devorando las revelaciones del alcalde. Luego, con lentitud, como descubriendo cándidamente todos los entresijos de su alma:

—Yo, en realidad, también conservo la antigua simpatía por Cavaleiro. Y ciertos problemillas íntimos ¡fuera!… Han envejecido, caducado, tan obsoletos hoy como los agravios de los Horacios y los Curiacios… Como usted bien dijo hace poco, nunca se ha interpuesto entre nosotros la muerte de un hombre. ¡Qué diablos! Yo fui educado con Cavaleiro, éramos como hermanos… ¡Créame, Gouveia! Siempre que lo veo, siento unas ganas locas, pero locas, de correr hacia él y gritarle: «¡Oh, André! Nubes

pasadas no vuelven, ¡venga, un abrazo!». Créame usted, si no lo hago es por timidez… Sólo por timidez… ¡Oh! Si por mí fuera, yo estoy dispuesto a la reconciliación, ¡todo el corazón me la pide! Pero ¿y él? Porque, en fin, Gouveia, yo, en mis artículos para la *Gazeta do Porto*, ¡he sido feroz con Cavaleiro!

João Gouveia se paró, con el bastón al hombro, mirando al Hidalgo con una sonrisa divertida:

—¿En sus artículos? ¿Qué ha dicho usted en sus artículos? ¿Que el señor gobernador civil es un déspota y un donjuán?… Querido amigo, a todo hombre le gusta que, por oposición política, lo llamen déspota y donjuán. ¿Cree usted que eso lo ha afligido? ¡Se quedó simplemente encantado! El Hidalgo murmuró, inquieto:

—¡Sí! Pero las alusiones a los bigotazos, a las melenas…

—¡Oh, Gonçalinho! Bonito cabello ensortijado y bonitos bigotes retorcidos no son defectos de los que un varón se avergüence… ¡Todo lo contrario! Todas las mujeres lo admiran. ¿Cree usted que ridiculizó a Cavaleiro? ¡No! Simplemente anunció usted a las señoras y señoritas que leen la *Gazeta do Porto* la existencia del espléndido mocetón que es el gobernador civil de Oliveira.

Y parándose de nuevo, porque enfrente, en la esquina, brillaban las dos ventanas abiertas de su casa, el alcalde apuntó con el dedo firme para dar su consejo supremo:

—Gonçalo Mendes Ramires, usted mañana manda a buscar la pareja de Torto, se monta en su coche, corre a la ciudad, entra en el Gobierno Civil con los brazos abiertos y grita sin más prolegómenos: «¡André, lo que pasó pasó; vengan esos brazos! Y como el distrito está vacante, ¡venga también ese distrito!». Y en cinco o seis semanas, es usted el señor diputado por Vila Clara y repicarán todas las campanas… ¿Quiere tomar el té?

—No, muchas gracias.

—Bueno, ¡entonces, adiós! Mañana coche y Gobierno Civil. Claro que hay que buscar un pretexto…

El Hidalgo le interrumpió, alborozado:

—¡Tengo un pretexto! ¡No!… Quiero decir que tengo necesidad real y absoluta de hablar con Cavaleiro o con el secretario general. Es un asunto de renteros… ¡Es más, por causa de ese desdichado enredo, lo buscaba yo hoy a usted, Gouveia!

Y contó atropelladamente el incidente con Casco, con unos trazos muy cargados que lo hacían aún más oscuro. Durante semanas, obstinadamente, aquel nefasto Casco lo había torturado para que le arrendase la Torre. Pero él ya había hablado con Pereira, Pereira *el Brasileño,* sobre una renta espléndidamente superior a la que Casco le ofrecía gimoteando. Desde entonces Casco rugía y lo amenazaba por todas las tabernas de los alrededores. ¡Y aquella tarde, surgió por una vereda y arremetió contra él con el garrote en alto! Gracias a Dios, él se defendió y sacudió a aquel bruto con el bastón. Pero ahora se cernía sobre su sosiego, sobre su vida, la afrenta de aquel garrote. Y si el ataque se repetía, él agujereaba a Casco con una bala, como a un animal salvaje… Urgía, pues, que el amigo Gouveia llamase a aquel hombre y lo

reprendiese duramente e incluso lo metiese en la cárcel durante algunas horas…

El alcalde, que había estado escuchando palpándose la garganta, lo atajó enseguida con la mano abierta:

—¡Al Gobierno Civil, querido amigo, al Gobierno Civil! Esos casos de prisión preventiva pertenecen al Gobierno Civil. ¡Con semejante fiera no basta una reprimenda!… Sólo la cárcel, un día de cárcel, a media ración… Que el Gobierno Civil me mande un oficio o un telegrama. Realmente, corre usted peligro. ¡No hay un instante que perder!… Mañana coche y al Gobierno Civil. ¡Aunque no sea más que por amor al orden público!

Y Gonçalo, convencido, con los hombros caídos, cedió ante aquella soberana razón del orden público:

—¡Está bien, João Gouveia, está bien!… En efecto, es una cuestión de orden público. Mañana voy al Gobierno Civil.

—Perfectamente —concluyó el alcalde, tirando del cordón de la campanilla de la puerta—. Dé recuerdos míos a Cavaleiro. Y sólo le digo que tenemos que organizar una votación tremenda, con cohetes y vivas y una magnífica cena en casa de Gago… No quiere tomar el té conmigo ¿no? Entonces, buenas noches… ¡Y escuche! De aquí a dos años, cuando sea usted ministro, Gonçalo Mendes Ramires, ¡recuerde esta conversación nuestra, de noche, en la Calçadinha de Vila Clara!

Gonçalo continuó pensativo frente a Correos, bordeó la blanca escalinata de la Iglesia de São Bento y se metió, distraído, sin darse cuenta, por la carretera plantada de acacias que lleva al cementerio. Y en aquel alto de la villa, desde el que, al desembocar la Calçadinha, se domina la rica extensión de los campos desde Valverde a Craquede, sintió que también en su vida, estrecha y solitaria como la Calçadinha, se extendía un aireado espacio lleno de interesante bullicio y de abundancia. El muro, por el que siempre se había imaginado irremediablemente cercado, se rasgaba de repente. ¡Allí estaba la grieta facilitadora! ¡Al otro lado brillaban todas las hermosas realidades que él apetecía desde Coimbra! Pero… Pero al atravesar el muro por la grieta fragosa, ciertamente, se rasgaría su dignidad o su orgullo. ¿Qué podía hacer?…

¡Sí! ¡Seguro! Llamando a las puertas del animal de Cavaleiro, ganaría las elecciones. El distrito, sometido a los históricos, elegiría sumisamente al diputado que el jefe histórico ordenase con indolente gesto. Pero aquella reconciliación implicaba la entrada triunfal de Cavaleiro en la apacible casa de Barrolo… ¡Vendía, pues, el sosiego de su hermana por un escaño en São Bento! ¡No! ¡No podía hacerlo por amor a Gracinha! Y Gonçalo suspiró, con un suspiro ruidoso, en el luminoso silencio de la carretera.

Ahora, sin embargo, durante tres o cuatro años, los regeneradores no subirían al poder. Y él allí, durante todos esos años, en aquel agujero rural, jugando tresillos soñolientos en el casino de Vila Clara, fumando cigarros perezosos en los balcones de los Cunhais, sin carrera, parado y mudo en la vida, ¡criando musgo como su caduca e inútil Torre! ¡Caramba! ¡Eso era faltar cobardemente a deberes muy sagrados para

consigo mismo y para su apellido!… En breve, sus compañeros de Coimbra ocuparían altos cargos en las Compañías más poderosas; muchos lograrían algún escaño en el Congreso, gracias a las benditas vacantes como la de Sanches Lucena; incluso alguno que otro, más audaz o servil, llegaría al ministerio. Sólo él, con un talento superior y semejante brillo histórico, yacería olvidado y rezongando como un cojo en un camino cuando pasa la romería. Y ¿por qué? Por el temor pueril de poner el bigote atrevido de Cavaleiro muy cerca de los frágiles labios de Gracinha… Además, ese temor constituía una injuria, una injuria asquerosa para la seriedad de su hermana. ¡Porque Portugal no se honraba con mujer más rigurosamente formal y de más grave y puro pensamiento! Aquel cuerpecillo leve que el viento arrastraba contenía un alma heroica. ¿Cavaleiro?… Podía su excelencia mover la melena con gracia fatal o hacer brotar de sus ojos de largas pestañas la languidez en oleadas, que Gracinha permanecería tan inaccesible y firme en su virtud como si fuese asexual y de mármol. ¡Oh, realmente, tratándose de Gracinha, él abriría a Cavaleiro todas las puertas de los Cunhais, hasta la puerta de su cuarto, y de par en par, como en un encuentro a solas bien preparado!… Y además, él no tenía que cuidar a una doncella o a una viuda. En la casa del Largo d'El-Rei, gobernaba, gracias a Dios, un marido celoso, un marido severo. A él y sólo a él competía elegir las amistades de su hogar y mantener en él tranquilidad y recato. ¡No! Aquel temor de una posible debilidad de Gracinha, de su honesta y altiva Gracinha, aquel temor perverso e insensato, ciertamente debía ser barrido, con el corazón aliviado y sonriendo. Y en la clara soledad de la carretera, Gonçalo Mendes Ramires hizo un ademán decidido y terminante que barría todo.

Quedaba, sin embargo, su propia humillación. Ostentosamente y desde hacía años, conversando y escribiendo, en Coimbra, en Vila Clara, en Oliveira, en la *Gazeta do Porto*, ¡había desacreditado a Cavaleiro! ¿E iba a subir ahora, con la cabeza baja, las escaleras del Gobierno Civil, murmurando su *peccavi, mea culpa, mea maxima culpa*?… ¡Qué escándalo en la ciudad! «El Hidalgo de la Torre me necesitó y aquí vino…». Era el triunfo desbordante de Cavaleiro. El único hombre que en todo el distrito se había mantenido erguido, peleando, gritando las verdades, ¡se rendía, enmudecía y se alineaba tímidamente en el séquito adulador de su excelencia! ¡Era muy duro!… Pero, ¡qué diablos!, ¡estaba por encima el interés del país! Y tan admirable le pareció esta razón que la gritó con ardor en el silencio de la carretera: «¡Por el país!…».

¡Sí, el país! ¡Cuántas reformas por proclamar, por realizar! En Coimbra, durante el quinto curso, ya se había ocupado de la instrucción pública, de una nueva estructuración de la enseñanza, completamente industrial, completamente colonial, sin latín, sin las inútiles bellas letras, creando un pueblo hormiguero de productores y explotadores… Y los compañeros, en los sueños fluctuantes para el futuro, cuando repartían los ministerios, estaban siempre de acuerdo: «¡Gonçalo para la instrucción pública!». Por aquellas magníficas ideas, por el saber acumulado, se debía todo él a la

nación, como en otros tiempos, por su poder, los grandes Ramires armados. Y por la nación era necesario que su orgullo de hombre cediese ante su tarea de ciudadano…

Luego, ¿quién sabe? Entre Cavaleiro y él existía todo un pasado de camaradería que los envolvía subterráneamente, apenas mitigado, que tal vez reviviese en aquel encuentro y los enlazase enseguida en un estrecho abrazo, en el que los antiguos agravios se sumirían como el polvo que se sacude… Pero ¿para qué imaginar y darle vueltas? Se sobreponía una necesidad ineludible, la de comparecer inmediatamente, por la mañana, en Oliveira, en el Gobierno Civil, requiriendo la detención de Casco. De aquella urgencia dependía el sosiego de su vida y de su espíritu. Nunca conseguiría trabajar en su novela ni recorrer tranquilamente la carretera de Vila Clara sabiendo que a su alrededor el otro rondaba con la escopeta por las veredas y sombras. Y para no volver a las primitivas costumbres de sus antepasados, obligados a circular por todo el concejo entre las carabinas de sus criados, necesitaba tener a Casco domado, sujeto. Era, pues, inaplazable correr al Gobierno Civil, por el bien del orden. Y después, cuando se encontrase en el despacho de Cavaleiro, ante su mesa, la Providencia decidiría… «¡La Providencia decidirá!».

Y aferrado a aquella resolución, el Hidalgo de la Torre se detuvo y miró a su alrededor. Llevado por la ardiente ráfaga de sus pensamientos, había llegado hasta la verja del cementerio de la villa, que la luna blanqueaba como si fuera un pañuelo extendido. Al fondo de la alameda que lo divide, clara en la triste claridad, el descarnado Cristo, llagado y lívido, en su alta y negra cruz, pendía, aún más dolorido y lívido en el silencio y en la soledad con una tristísima lamparilla mortecina a sus pies. Alrededor todo eran cipreses, sombras de cipreses, blancura de lápidas, cruces a ras del suelo en las tumbas pobres, una paz muerta pesando sobre los muertos; y en lo alto, la luna amarilla y quieta. Entonces el Hidalgo sintió un escalofriado miedo del Cristo, de las losas, de los difuntos, de la luna, de la soledad, y emprendió una carrera hasta divisar las casas de la Calçadinha, por la que se precipitó cuesta abajo como piedra suelta que rodase. Cuando se detuvo en el Largo do Chafariz, un mochuelo silbaba en la torre del Ayuntamiento, llenando de melancolía el reposo de Vila Clara, apagada y dormida. Aún más impresionado, Gonçalo corrió a la taberna de la Serena y recogió a sus criados, que lo esperaban jugando a la brisca. Y con ellos cruzó de nuevo la villa hasta la cochera de Torto, para encargarle que le enviasen a la Torre, a las nueve de la mañana, la pareja de rucios.

A través del postigo, que se abrió con cautela en el portón adornado con chapa, la mujer de Torto se lamentó, indecisa:

—¡Ay, Dios mío, no sé si podrá!… A las nueve tiene un servicio… ¿No le convendría más al señor Hidalgo a eso de las once?

—¡A las nueve! —gritó Gonçalo.

Deseaba apearse temprano ante el portón del Gobierno Civil para evitar la curiosidad de aquellos señores de Oliveira que, después del mediodía, se reunían en la plaza, paseando bajo la Arcada.

Pero a las nueve y media, Gonçalo, que hasta las primeras luces del alba se había estado paseando agitadamente por el cuarto en un torbellino de esperanzas y temores, aún se estaba afeitando, en camisa, ante el gran espejo de columnas doradas. Después aprovechó el coche para dejar en la Feitosa una tarjeta de pésame a la bella viuda, a doña Ana. Al mediodía, hambriento, almorzó en la Vendinha, mientras la pareja descansaba. Y estaban dando las dos y media cuando, por fin, se apeó en Oliveira ante el portón del antiguo Convento de São Domingos, al fondo de la plaza, donde su padre, cuando fue jefe del distrito, había instalado fastuosamente los despachos del Gobierno Civil.

A aquella hora, ya al fresco y a la sombra de los soportales de la Arcada, que bordean un lado de la plaza —antiguamente *Praça da Prateria,* hoy *Praça da Liberdade*—, los señores más desocupados de Oliveira, los «muchachos», holgazaneaban en butacas de mimbre a la puerta del estanco Elegante y de la tienda de Leão. Gonçalo, cautamente, corrió las cortinillas verdes del coche. Pero en el patio del Gobierno Civil, aún guarnecido por los bancos monumentales del tiempo de los frailes, se topó con su primo José Mendonça, que bajaba la escalera, de uniforme. Fue un asombro para el alegre capitán, joven esbelto, de bigotito recortado y picado ligeramente de viruelas.

—¡Tú por aquí, Gonçalinho! ¡Y con chistera! ¡Caramba! ¡Debe de ser cosa gorda!

El Hidalgo de la Torre declaró con valentía que llegaba en aquel momento de Santa Ireneia para hablar con André Cavaleiro…

—¿Está aquí ese ilustre señor?

El otro retrocedió, casi aterrado:

—¿Con Cavaleiro? ¿Vienes a hablar con Cavaleiro?… ¡Virgen Santísima! ¡Entonces es que ha ardido Troya!

Gonçalo bromeó, sonrojándose. ¡No! No había sucedido ninguna desgracia épica como la de Troya… Por lo demás, podía revelar al primo Mendonça el asunto que lo llevaba a la presencia augusta de su excelencia el señor gobernador civil. Se trataba de un hombre de los Bravais, un tal Casco, que, furioso por no haber conseguido arrendar la Torre, lo había amenazado y rondaba ahora por la noche la carretera de Vila Clara, acechando con una escopeta. Y él, no atreviéndose a «hacer la recta y debida justicia» a manos de sus criados, como en los tiempos de los Ramires feudales, reclamaba modestamente de la autoridad superior una orden para que Gouveia mantuviese dentro de la legalidad y de los mandamientos de Dios al matón de los Bravais…

—Tan sólo esto, un asuntillo de orden público… De modo que ¿el gran hombre está ahí arriba? Entonces, hasta luego, Zezinho… La prima, ¿bien? Yo, naturalmente comeré en los Cunhais. ¡Vete por allí!

Pero el capitán no se despegaba del escalón de piedra, abriendo calmosamente la petaca de cuero:

—¿Y qué me dices de la noticia? ¿De lo del pobre Sanches Lucena?…

Sí, Gonçalo se había enterado en el casino. Un ataque, ¿no? Mendonça encendió un cigarro y le dio una chupada:

—Fue de repente; ¡un aneurisma, leyendo el *Noticias*!… Pues no hace ni tres días que Maricas[16] y yo comimos en la Feitosa. Hasta toqué a dos manos con doña Ana el cuarteto de *Rigoleto*[17]. Y él estaba bien, conversando, tomándose su aguardientito de caña…

Gonçalo esbozó un gesto de compasión y tristeza:

—Pobre… También yo me lo encontré hace pocas semanas en la Bica-Santa. Muy buena persona, bien educado… Y ahí tenemos ahora libre a la bella doña Ana.

—¡Y el distrito!

—¡Uf, el distrito! —murmuró el Hidalgo de la Torre con risueño desdén—. A mí me convendría más la viuda. ¡Es Venus con doscientos mil escudos! Por desgracia, tiene una voz espantosa…

El primo Mendonça replicó con interés y una fervorosa convicción:

—¡No! ¡No! En la intimidad pierde ese tono ronco… ¡No puedes imaginarte! Hasta tiene un timbre natural, agradable… Y además, chico, ¡qué cuerpo!, ¡qué piel!

—¡Ahora con el luto debe de estar espléndida! —concluyó Gonçalo—. Bueno, ¡adiós! Vete por los Cunhais… ¡Yo voy corriendo a Cavaleiro para que su excelencia me salve con su poderoso brazo!

Estrechó la mano de Mendonça y subió presuroso la escalera de piedra.

Pero el capitán, que se había encaminado hacia la travesía de São Domingos, desconfiaba de aquella historia de amenazas, escopetas… «¡quia! ¡Esto es cosa de política!». Y cuando, pasada una hora larga, volvió a la plaza y vio el coche de la Torre parado aún a las puertas del Gobierno Civil, corrió a la Arcada y se desahogó enseguida con los dos Vila-Velhas, ambos recostados y con gesto pensativo a un lado y a otro de la entrada del estanco Elegante:

—¿Saben ustedes quién está en el Gobierno Civil?… ¡Gonçalo Ramires!… ¡Con Cavaleiro!

Todos a su alrededor se removieron, como despertando en las viejas sillas de mimbre, en las que los tenía tendidos el silencio y la ociosidad de la larga tarde de verano. Y Mendonça, excitado, contó que desde las dos y media, Gonçalo Mendes Ramires «en carne y hueso» estaba encerrado con Cavaleiro en el Gobierno Civil, ¡en una conferencia extraordinaria! El asombro y la curiosidad fueron tan vivos que todos se levantaron y se precipitaron fuera de los soportales para espiar el panzudo balcón del convento, situado encima del portón, que era el del despacho de su excelencia.

Precisamente en aquel momento José Barrolo, a caballo, con pantalones blancos y una rosa también blanca en la chaqueta de alpaca, doblaba la esquina de la Rua das Vendas. Y todo el interés de aquellos señores cayó sobre él, con la esperanza de alguna revelación:

—¡Barrolo!

—¡Barrolinho, ven para acá!

—¡Deprisa, hombre, que se trata de un asunto importante!

Barrolo, haciendo caminar de lado a su cabalgadura, se acercó a la Arcada, y los amigos le lanzaron inmediatamente la formidable noticia, agrupados alrededor de la yegua. ¡Gonçalo y Cavaleiro cuchicheando secretamente toda la mañana! ¡El coche de la Torre esperando, con la pareja adormilada! ¡Y ya comenzaban a repicar las campanas de la catedral!

Barrolo desmontó de un salto, y mientras un muchachillo le paseaba la yegua, se quedó entre los amigos, con la fusta a la espalda y mirando, también pasmado, hacia el balcón de piedra del Gobierno Civil.

—¡Pues yo no sé nada! ¡A mí Gonçalo no me ha contado nada! —aseguraba él, asombrado—. Bien es verdad que hace bastantes días que no viene a la ciudad… ¡Pero no me ha contado nada! Y la última vez que estuvo aquí, por el cumpleaños de Graça, ¡aún siguió despotricando contra Cavaleiro!

¡A todos les parecía un caso «sonado»! Y de repente, el silencio cayó sobre la Arcada, traspasada de emoción. En el balcón, por entre los cristales, abiertos lentamente, apareció Cavaleiro con el Hidalgo de la Torre conversando, sonrientes y con los puros encendidos. Los grandes ojos de Cavaleiro se posaron enseguida, maliciosamente, sobre los «muchachos» apiñados con gran pasmo al borde de los soportales. Pero fue una mirada rapidísima. Su excelencia volvió a meterse en su despacho y el Hidalgo también, después de asomarse al balcón para echar una ojeada al coche de la Torre. Entre los amigos estalló un clamor:

—¡Viva! ¡Reconciliación!

—¡Se acabó la Guerra de las Rosas!

—¿Y los artículos de la *Gazeta do Porto*?…

—¡Será que ha habido un acontecimiento tremendo!

—¡Tenemos a Gonçalinho alcalde de Oliveira!

—¡Aúpa, excelentísimo señor, aúpa!

Pero enmudecieron de nuevo. Cavaleiro y el Hidalgo reaparecían con una animada conversación que los detuvo un momento, distraídos, en la evidencia del balcón abierto de par en par. Después, Cavaleiro, con familiaridad cariñosa, dio unas palmadas en la espalda a Gonçalo, como si publicase su reconciliación ante la plaza maravillada. Y desaparecieron otra vez en aquel paseo íntimo y de conversación que los llevaba desde la sombra del despacho a la claridad del balcón, rozándose las mangas y mezclando el humo ligero de sus puros. Abajo el grupo aumentaba, cada vez más excitado. Pasaron Melo Alboim, el barón de las Marges, el Doctor delegado y, como los llamaron con impaciencia, todos corrieron, devoraron asombrados la noticia y miraron pasmados hacia el viejo balcón de piedra que doraba el sol.

Las gruesas manillas del reloj del Gobierno Civil se acercaban ya a las cuatro. Los dos Vila-Velhas y otros «muchachos», cansados, volvieron a las sillas de mimbre del estanco. El Doctor delegado, que comía a las cuatro y padecía del estómago, se

retiró desconsoladamente de los soportales, suplicando a Pestana, vecino suyo, «que fuese a tomar café con él para contarle el final…». Melo Alboim se encaminó a su casa, que estaba frente el Gobierno Civil, en la esquina de la plaza, y desde la ventana, oculto tras su mujer y su cuñada, las dos con chambras blancas y bigudíes, escudriñaba el despacho de su excelencia con unos gemelos. Por fin, con grandes campanadas, dieron las cuatro. Entonces el barón de las Marges, con hirviente impaciencia, decidió subir al Gobierno Civil «¡para husmear!…».

Pero en aquel momento André Cavaleiro se asomaba de nuevo al balcón, solo, con las manos metidas en la chaqueta de franela azul. Y casi inmediatamente el coche de la Torre arrancó de la puerta del Gobierno Civil y cruzó la plaza con las cortinillas verdes a medio echar, descubriendo solamente a aquellos ávidos señores los pantalones claros del Hidalgo.

—¡Va a los Cunhais!

¡Entonces allí lo cazaría Barrolo! ¡Y todos metieron prisa al bueno de Barrolo para que montase y se fuera a su casa, ¡a escuchar de boca de su cuñado los motivos y los lances de aquella paz histórica! El barón de las Marges hasta le sostuvo el estribo. Barrolo, alborozado, trotó hacia el Largo d’El-Rei.

Pero Gonçalo Mendes Ramires, sin detenerse en los Cunhais, continuó hacia la Vendinha, donde había decidido comer para dar un descanso a la pareja, que estaba rendida. Y en cuanto dejó atrás las últimas casas de la ciudad, descorrió las cortinillas y respiró con delicia, con el sombrero sobre las rodillas, el luminoso frescor de la tarde, más fresca y de una claridad más placentera que todas las demás tardes de su vida… ¡Volvía de Oliveira vencedor! ¡En fin, había pasado a través de la grieta, a través del muro! ¡Y sin que su honor ni su orgullo se desgarrasen en las escabrosidades de la grieta!… ¡Bendito Gouveia, aquel sagaz Gouveia! Y bendita la sagaz conversación de la víspera por la Calçadinha de Vila Clara…

Sí, ciertamente, había sido penoso aquel mudo momento en el que se sentó seca, rígidamente en el borde del sillón, junto a la pesada mesa administrativa de su excelencia. Pero se mantuvo con mucha dignidad y mucha naturalidad… «Me veo forzado —había dicho—, a dirigirme al gobernador civil, a la autoridad, por un motivo de orden público…». Y la primera avenencia partió enseguida de Cavaleiro, que se retorcía el bigote, pálido: «Siento profundamente que no sea al hombre, al viejo amigo, a quien Gonçalo Mendes Ramires se dirija…». Él todavía se mantuvo retraído, reticente, murmurando con una triste frialdad: «La culpa no es, ciertamente, mía…». Y entonces, Cavaleiro, tras un silencio en el que le temblaron los labios: «Al cabo de tantos años, Gonçalo, sería más caritativo no aludir a las culpas y recordar solamente la antigua amistad, que, en mí al menos, se ha mantenido intacta, leal y seria». Ante aquella conmovedora invocación, él replicó con dulzura, con indulgencia: «Si mi viejo amigo André recuerda nuestra antigua amistad, yo no puedo negar que en mí tampoco se ha apagado nunca por completo…». Ambos balbucieron todavía algunas confusas lamentaciones sobre las desavenencias de la vida. ¡Y casi

insensiblemente se tutearon! Él contó a Cavaleiro la torpe osadía de Casco; y Cavaleiro, indignado como amigo y aún más como autoridad, telegrafió inmediatamente a Gouveia una enérgica orden para inmovilizar al valentón de los Bravais… Luego conversaron sobre la muerte de Sanches Lucena, que conmocionaba el distrito. Ambos alabaron la belleza de la viuda y sus doscientos mil escudos. Cavaleiro recordó una mañana en la Feitosa, en la que, al entrar por la puertecilla del jardín, la sorprendió bajo la rosaleda, subiéndose una liga. ¡Una pierna divina! Los dos, riendo, se negaban a casarse con doña Ana a pesar de los doscientos mil escudos y de la pierna divina… Se había restablecido entre ellos la antigua amistad de Coimbra. Era de nuevo «¡oye, Gonçalo; oye, André!», «¡mira, chico; mira, hijo!».

Y fue André, naturalmente, el que aludió a la desaparición del diputado, a la sorpresa del escaño vacante… Entonces él, con indiferencia, arrellanado en el sillón, tamborileando con los dedos en el borde la mesa, había murmurado:

—Sí, en efecto… Ahora estaréis en un aprieto, así de repente…

¡Y nada más! Sólo aquellas indolentes palabras, musitadas entre el tamborilear de dedos. Y Cavaleiro, inmediatamente, sin preparación previa, apresuradamente y con empeño, ¡le había ofrecido el distrito! Fijó en él los ojos con lentitud, como para penetrarlo, para escudriñarlo… Después, insinuante y grave:

—Si tú quisieras, Gonçalo, no estaríamos en un aprieto…

Él exclamó aún con sorpresa y risa:

—¿Cómo si yo quisiera?

Y André, siempre con los ojos fijos en él, aquellos ojos suyos grandes y brillantes, tan persuasivos:

—Si tú quisieras servir al país, ser diputado por Vila Clara, ¡no estaríamos en un aprieto, Gonçalo!

Si tú quisieras… Y ante aquella insistencia que suplicaba, tan sincera y emocionada, en nombre del país, él consintió, se encogió de hombros:

—Si puedo seros útil a ti y al país, estoy a vuestras órdenes.

Y he ahí que ya estaba traspasada la brecha, la fragosa brecha, ¡sin desgarro de su orgullo ni de su dignidad! Después conversaron desahogadamente, paseando por el despacho, desde la estantería repleta de papeles hasta el balcón, que Anché abrió por causa de un persistente olor a petróleo derramado el día anterior. André tenía intención de salir aquella misma noche hacia Lisboa, para conferenciar con el gobierno, tras aquella inesperada desaparición de Lucena. Y una vez en Lisboa, impondría al querido Gonçalo como único diputado, después de Sanches Lucena, seguro y de peso, por su apellido, por su talento, por su influencia y por su lealtad. ¡Y ya estaba la elección consumada! Además —declaró Cavaleiro riendo—, aquel distrito de Vila Clara constituía una propiedad suya, tan suya como Corinde. Podría elegir libremente el funcionario del negociado, pues el que hasta ahora había era tartamudo y borracho. Prestaba, pues, un servicio espléndido al gobierno y a la nación presentando a un joven de tan alto linaje y de tan viva inteligencia. Después

añadió:

—No tienes que pensar más en las elecciones. Te vas a la Torre. No se lo cuentas a nadie, excepto a Gouveia. Esperas allí, muy quietecito, un telegrama mío desde Lisboa. Y recibido éste, ya eres diputado por Vila Clara y puedes anunciárselo a tu cuñado, a tus amigos… Luego, el domingo, vienes a almorzar conmigo a Corinde, a las once.

Entonces ambos se estrecharon en un abrazo, que fundió de nuevo y para siempre aquellas dos almas separadas. Después, en lo alto de la escalera de piedra hasta donde lo había acompañado, André, volviendo tímidamente al pasado, murmuró con una risa pensativa: «¿Qué has hecho últimamente en esa querida Torre?». Y al saber lo de la novelita para los *Anais,* suspiró con nostalgia de aquellos tiempos de fantasía y de arte en Coimbra, cuando él cincelaba amorosamente el canto primero de un poema heroico, *O Fronteiro de Ceuta.* En fin, otro abrazo y hasta que volviera por allí diputado por Vila Clara.

Todos aquellos campos, aquellos poblados que divisaba desde la ventanilla del coche, era él quien los iba a representar en las Cortes, él, Gonçalo Mendes Ramires… ¡Y los iba a representar magníficamente, gracias a Dios! Porque ya lo invadían las ideas, vigorosas y fértiles. En la Vendinha, mientras esperaba que le friesen un chorizo con huevos y dos trozos de sábalo, meditó, para la contestación al discurso de la Corona, un bosquejo sombrío y áspero de nuestra administración en África. Y lanzaría entonces un llamamiento a la nación, que la despertase, que encauzase sus fuerzas hacia aquella África portentosa, donde era preciso, como gloria suprema y suprema riqueza, ¡levantar de costa a costa un Portugal más grande!… La noche había caído y todavía otras ideas lo agitaban, múltiples y difusas, cuando el trote cansino de la pareja se detuvo ante el portón de la Torre.

Al día siguiente —martes—, a las diez, Bento entró en el cuarto del Hidalgo con un telegrama que había llegado a Vila Clara de madrugada. Gonçalo, con un deslumbrado vuelco de corazón, pensó: «¡Es del gobierno!». Pero era de Pinheiro[18], clamando por la novelita. Gonçalo estrujó el telegrama. ¡La novela! ¿Cómo iba a poder trabajar en la novelita, ahora, entregado por completo a la impaciencia y al esfuerzo de su elección?… Ni pudo almorzar con tranquilidad, conteniendo entre plato tras plato que iba rechazando un deseo desesperado de «contárselo a Bento». Y, bebiendo el café de un sorbo precipitado, marchó a Vila Clara, a desahogarse con Gouveia. El pobre alcalde yacía de nuevo en el canapé de paja, poniéndose fomentos en la garganta. Y durante toda la tarde, en la salita empapelada de color verde claro, Gonçalo exaltó las virtudes de André, «¡hombre de gobierno y de ideas, Gouveia!»; celebró el gobierno de los históricos, «¡el único capaz de salvar a esta chusma!»; desarrolló los vistosos proyectos de ley que preparaba sobre África, «¡nuestra magnífica esperanza, Gouveia!». Entretanto, Gouveia, tumbado, sólo rompía su mutismo y su inmovilidad para musitar débilmente, palpando el calor de los fomentos:

—¿Y a quién debe usted todo eso, Gonçalinho? ¡A un servidor!

El miércoles, al despertarse, ya tarde, su pensamiento se trasladó enseguida, ávidamente, a André Cavaleiro, que a aquella hora, en Lisboa, almorzaba en el Hotel Central siempre, desde muchacho, André se había mantenido fiel al Hotel Central. Y durante todo el día, fumando cigarros insaciablemente en el silencio de la casa y de la quinta, siguió a Cavaleiro en sus vueltas de jefe del distrito, por la Baixa, por la Arcada, por los ministerios… Cenaría, naturalmente, con su tío Reis Gomes, ministro de Justicia. El otro invitado, seguro, sería José Ernesto, ministro del Reino, condiscípulo de Cavaleiro, su confidente político… ¡Aquella noche, pues, se decidiría todo!

—¡Mañana, alrededor de las diez, tengo aquí el telegrama de André!

Pero no llegó ninguna noticia a la Torre, y el Hidalgo pasó aquel lento jueves asomado a la ventana, vigilando la carretera polvorienta por la que aparecería el mozo de Telégrafos, un muchacho gordo que él conocía por su gorra de hule y su cojera. Al anochecer, sin poder resistir la inquietud, envió un criado a Vila Clara. Tal vez el telegrama se arrastrase, olvidado, ¡por la mesa de aquel «bestia de Nunes el de Telégrafos»! No había ningún telegrama para el Hidalgo. Tuvo entonces la certeza de que en Lisboa ¡habían surgido complicaciones! Y toda la noche, sin sosiego, con una indignación que se acumulaba y crecía, se imaginó a Cavaleiro cediendo blandamente a otras exigencias del ministro y aceptando con servilismo para Vila Clara la candidatura de algún imbécil de la Arcada, ¡de algún chulo escritorzuelo del partido!

Por la mañana insultó a Bento por llevarle tan tarde los periódicos y el té:

—¿Y no hay telegrama, ni carta?

—No hay nada.

¡Bueno! ¡Había sido traicionado! ¡Pues entonces nunca, jamás, aquel infame de Cavaleiro traspasaría la puerta de los Cunhais! Por lo demás, ¿qué le importaba a él la ridícula elección? ¡Gracias a Dios, le sobraban otros medios para probar soberbiamente su valía y mucho mejores que un mugriento escaño en São Bento! ¡Qué miseria, verdaderamente, doblegar su espíritu y su nombre al rastrero servicio de São Fulgêncio, aquel gordo y horrible calvo! Y decidió volver inmediatamente a las puras cimas del arte y dedicar altivamente todo el día a la noble y elegante tarea de su novela.

Después de la comida se sentó, no sin esfuerzo, y removió con nerviosismo las cuartillas. De pronto, cogió el sombrero y salió rápidamente hacia Vila Clara, a Telégrafos. ¡Nunes no había recibido nada para el señor Hidalgo! Corrió, cubierto de sudor y de polvo, hacia la alcaldía. ¡El señor alcalde se había marchado a Oliveira!… ¡Estaba claro que había triunfado otra combinación! ¡Su confianza estaba burlada! Y regresó a la Torre, decidido a tomarse un desquite tremendo con Cavaleiro, ¡por tanta injuria acumulada sobre su nombre, sobre su dignidad! Todo el sofocante y encapotado viernes lo pasó meditando amargamente aquella venganza, que quería que fuese lo más pública y sangrienta posible. ¡La más sabrosa, la más sencilla, sería

arrancar a latigazos los bigotes del infame en la escalinata de la catedral, un domingo a la salida de misa! Al oscurecer, después de la cena, que apenas probó, con aquel despecho y humillación que lo torturaban, se puso la chaqueta para volver a Vila Clara. No entraría en Telégrafos, pues ya le daba vergüenza de Nunes. Pero pasaría la noche en el casino, jugando al billar, tomando alegremente el té y leyendo sonriente todos los periódicos regeneradores, para que todos recordasen su indiferencia si, por casualidad, más tarde, se enteraban de la trampa por la que se había deslizado.

Bajó al patio, donde los árboles adensaban las sombras del crepúsculo cargado de oscuras nubes, y abría el portón cuando se topó con un muchacho que jadeaba apoyándose sobre la pierna coja y gritaba: «¡Un telegrama!». ¡Con qué voracidad se lo arrancó de las manos! Corrió a la cocina, ¡y riñó desabridamente a Rosa por la falta de luz! Y con una cerilla casi quemándole los dedos devoró, de un vistazo, las benditas líneas: *Ministro acepta, todo arreglado.*… El resto era que Cavaleiro le recordaba que el domingo lo esperaba en Corinde, a las once, para comer juntos y conversar…

Gonçalo Mendes Ramires dio cinco tostones al muchacho de Telégrafos y subió corriendo las escaleras. En la biblioteca, bajo la luz más intensa del quinqué, releyó el delicioso telegrama: *¡Ministro acepta, todo arreglado!*… Rebosando de gratitud hacia Cavaleiro, pensó inmediatamente en una cena soberbia, ofrecida en los Cunhais por Barrolo, cimentando así, para siempre, la reconciliación de las dos casas. Y recomendaría a Gracinha que, para honrar más la agradable fiesta, se descotase y luciese su magnífico collar de brillantes, la última joya histórica de los Ramires.

—¡Ese André! ¡Qué encanto de muchacho!

El reloj de pared del corredor dio nueve sonoras campanadas. Y sólo entonces advirtió Gonçalo la densa lluvia que inundaba la quinta, y de la que él, embebido en su triunfo, paseando por la biblioteca en medio de un luminoso remolino de fantasías, no había oído el rumor sobre la piedra del balcón ni sobre el follaje de los limoneros.

Para calmarse y entretener la cerrada noche, decidió trabajar en la novela. Ahora, realmente, convenía que terminase aquella *Torre de dom Ramires* antes del ajetreo de las elecciones, para que en enero, cuando fuese la apertura de las Cortes, surgiese en la política con su antiguo apellido aureolado por la erudición y por el arte. Se puso la bata de franela, y sentado a la mesa, con la inspiradora tetera de costumbre, repasó detenidamente el comienzo del segundo capítulo, que no lo satisfacía.

Estaban en el castillo de Santa Ireneia, aquel día de agosto en el que Lourenço Ramires había caído en el valle de Canta-Pedra malherido y cautivo del Bastardo de Baião. Por el capitán de los infantes que, con el brazo atravesado por un lanzazo, había vuelto en desesperada carrera al castillo, conocía ya Tructesindo Ramires el desafortunado desenlace del combate. En aquel lance, el tío Duarte en su poemita del *Bardo,* con un lirismo blando, presentaba al enorme ricohombre gimiendo desconsoladamente por toda la sala de armas, con la nostalgia de aquel hijo, flor y nata de los caballeros de Riba-Cávado, derribado, amarrado en unas andas, a merced

de la gente de Baião…

Lágrimas incontenibles escapan,
¡Se agita su arnés con el llanto ardiente!…

Y siguiendo el armonioso surco del tío Duarte, él también, en las primeras líneas del capítulo, describió al viejo desplomado sobre un escaño, con las barbas blancas relucientes de lágrimas y las fuertes manos desfallecidas como las de una lánguida dama, mientras que, en las losas, moviendo el rabo, sus dos lebreles lo contemplaban con una simpatía ansiosa y casi humana. Pero ahora aquel lloroso desaliento no le parecía apropiado para el alma tan indomable y violenta del abuelo Tructesindo. El tío Duarte, de la casa de las Balsas, no era un Ramires, no sentía por herencia la fortaleza de la raza, y, como romántico sensiblero de 1848, enseguida había inundado de llantos románticos ¡el férreo rostro de un guerrero del siglo XII, de un compañero de Sancho I! Él, por el contrario, debía restablecer el espíritu del señor de Santa Ireneia, dentro de la realidad épica. Y, tachando inmediatamente aquel descolorido y falso comienzo del capítulo, rehízo el lance con más vigor, llenando todo el castillo de Santa Ireneia de una enardecida y enérgica alarma. En su lealtad sublime y sencilla, Tructesindo no se cuida de su hijo, sino que aplaza la venganza de tan amargo ultraje. Y todo su esfuerzo se concentra en apresurar los preparativos de la mesnada ¡para correr él mismo sobre Montemor y llevar a las señoras infantas el socorro del que las había privado la emboscada de Canta-Pedra! Pero cuando el impetuoso ricohombre, con su adalid, en la sala de armas, daba la orden de partida, he aquí que los centinelas, resguardados del calor de agosto en las atalayas, divisan a lo lejos, más allá de la arboleda de la ribera, destellos de armas y una cabalgata subiendo hacia Santa Ireneia. El mayordomo, el gordo y atareado Ordonho, sube jadeando a lo alto de la torre albarrana y reconoce el pendón de Lopo de Baião, su toque de trompetas a la manera morisca, arrastrado y triste en el silencio de los campos. Entonces se pone las velludas manos en la boca a modo de bocina y lanza un alarido:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Es la gente de Baião!… ¡Ballesteros, a los cuadrillos! ¡Hombres de peonaje, al puente levadizo del foso!

Y Gonçalo, rascándose la cabeza con las barbas de la pluma, rebuscaba aún más gritos verídicos, que tuviesen bravo gusto alfonsino, cuando la puerta de la biblioteca se abrió lentamente con aquel persistente rechinar que lo desesperaba. Era Bento, en mangas de camisa:

—¿No podría bajar el señor doctor a la cocina?

Gonçalo miró perplejo a Bento, pestañeando, sin comprender:

—¿A la cocina?…

—Es que está ahí la mujer de Casco armando un griterío. Parece ser que han prendido a su hombre esta tarde… Ha llegado toda empapada, con sus pequeños,

hasta con uno de pecho. Por fuerza quiere hablar con el señor doctor. Y no se calla, bañada en lágrimas, de rodillas con sus hijos… ¡que parece una Inés de Castro!

Gonçalo murmuró: «¡Qué lata!». ¡Y qué contrariedad! ¡La mujer en una agonía, entre gritos, arrastrando a los hijos suplicantes hasta el portón de la Torre! ¡Y él en vísperas de su elección, apareciendo ante toda la gente enternecida como un hidalgo inhumano!… Tiró la pluma, furioso:

—¡Qué lata! Dile a esa criatura que me deje en paz, que no se aflija… Mañana el alcalde manda soltar a Casco. Yo mismo iré a Vila Clara, antes del almuerzo, para pedírselo. Que no se aflija, que no asuste a los pequeños… ¡Corre a decírselo, hombre!

Pero Bento no se movía de la puerta:

—Si ya se lo hemos dicho Rosa y yo… ¡Pero la pobre mujer no se lo cree y quiere pedírselo al señor doctor! Ha venido en pleno chaparrón. Incluso uno de los pequeños está muy enfermito y no hace más que temblar…

Entonces Gonçalo, conmovido, y dando un puñetazo en la mesa, que desordenó las cuartillas de la novela:

—¡Esto no hay quien lo aguante! ¡Un hombre que me quiso matar! ¡Y ahora, encima, caen sobre mí las lágrimas, las escenas y la criatura enferma! ¡Aquí no se puede vivir! Cualquier día vendo la casa y la quinta y emigro a Mozambique o al Transval[19], a donde no me den la lata… Bueno, dile a la mujer que ya bajo.

Bento aprobó la decisión con entusiasmo:

—Pero si al señor doctor no le cuesta ningún trabajo… Y como es para dar una buena noticia… ¡Consuela a la pobre mujer!…

—¡Allá voy, hombre, allá voy! No me des la lata tú también… ¡Es imposible trabajar en esta casa! ¡Otra noche perdida!

Se dirigió violentamente hacia su cuarto dando portazos, con la idea de meterse en el bolsillo de la bata unas monedas que darían consuelo a los pequeños. Pero ante el cajón, retrocedió avergonzado. ¡Qué brutalidad compensar con dinero a unas criaturitas a quienes él había arrebatado el padre, esposado, para meterlo en la cárcel! Cogió simplemente una cajita de albaricoques secos, de aquellos famosos albaricoques del Convento de Santa Brígida de Oliveira, que Gracinha le había enviado el día antes. Y, cerrando lentamente su cuarto, se arrepentía ya de su severidad, tan irreflexiva, que alteraba así el sosiego de un hogar. Luego, en el corredor, ante la lluvia ruidosa que desde los tejados se despeñaba sobre las losas del patio, le causó una impresión aún más dolorosa la imagen de la pobre mujer, enloquecida por la carretera oscura, tirando de los hijitos empapados, rendidos bajo la tormenta que se había desatado. Y al entrar en el pasillo de la cocina temblaba como un culpable.

A través de la puerta vidriera oyó enseguida a Rosa y a Bento consolando a la mujer con parladora confianza, casi risueños. Pero los «ayes» de ella, sus ruidosos lamentos por «el bueno de su hombre», resonaban más fuerte, como rechazando y

ahogando todo consuelo. Y apenas Gonçalo empujó tímidamente la puerta, ¡casi retrocedió con asombro y temor de aquella aflicción estridente que se arrojaba hacia él y a su misericordia! De rodillas en las losas, retorciendo las delgadas manos sobre la cabeza, toda de negro, pareciendo más negra y doliente al lado del pañuelo rojo que se secaba extendido junto al gran fuego del hogar, la criatura estalló en un torrente de súplicas y de gritos:

—¡Ay, mi buen señor, tenga compasión! ¡Ay, que han prendido a mi hombre y me lo van a mandar deportado a África! ¡Jesús, mis hijitos del alma que se quedan sin padre! ¡Ay, por sus almas, mi señor, y por toda su felicidad!… ¡Yo sé que él tuvo la culpa! ¡Aquello fue una perdición que le dio! ¡Pero tenga piedad de estas criaturitas! ¡Ay, mi pobre hombre que está con cadenas! ¡Ay, mi buen señor, por quien es!

Con los ojos humedecidos, agarrando desesperadamente la cajita de albaricoques, Gonçalo balbució en medio de la emoción que lo ahogaba:

—¡Vamos, mujer, tranquilícese, que ya lo van a soltar! ¡Ya he dado la orden! ¡Ya lo van a soltar!

Y por un lado, Rosa, inclinada sobre la oscura criatura que gemía, repetía suavemente:

—¡Es lo que le hemos dicho, tía Maria! ¡Mañana temprano lo sueltan!

Y por el otro, Bento, golpeándose la pierna con impaciencia:

—¡Vamos, mujer, acabe con este jaleo! ¡Pero si el señor doctor se lo ha prometido! ¡Mañana temprano lo sueltan!

Pero ella no se calmaba, con el pañuelo de la cabeza caído, una trenza suelta, sollozando y clamando en medio de los sollozos:

—¡Ay, que yo me muero si no lo veo libre! ¡Ay, perdón, mi buen señor de mi alma!…

Entonces Gonçalo, a quien aquel interminable y obstinado lamento torturaba como un puñal clavado una y otra vez, golpeó con la zapatilla en las losas y gritó:

—¡Escuche, mujer! ¡Y míreme! ¡Pero de pie, de pie!… ¡Y míreme bien, míreme a la cara!

Rígidamente erguida, poniéndose las manos a la espalda como queriendo escapar de unas esposas que también a ella la amenazasen, abrió hacia el Hidalgo los ojos despavoridos, unos penetrantes ojos negros, de profundas ojeras tristes que le llenaban la cara chupada y morena.

—¡Bien, perfectamente! —exclamó Gonçalo—. ¡Y ahora dígame! ¿Usted cree que tengo ánimo para mentirle viéndola a usted en esta aflicción? ¡Pues entonces tranquilícese, no grite más, que le doy mi palabra de que mañana temprano su hombre está libre!

Y Rosa y Bento, ambos triunfantes:

—¿Pues qué le decíamos nosotros, criatura de Dios? Si el señor doctor lo había prometido… ¡Mañana tiene allí a su hombre!

Se limpiaba ella lentamente las lágrimas, ya silenciosas, con la punta del delantal

negro, pero todavía recelosa, con los tenebrosos ojos aún más abiertos, devorando a Gonçalo. ¿Y el Hidalgo mandaría de verdad la orden temprano, de madrugada?… Fue Bento quien la convenció, con violencia:

—¡Vamos, mujer, se está usted pasando de la raya! ¡Pues vaya! ¿Es que duda de la palabra del señor doctor?

Ella soltó el delantal, bajó la cabeza y suspiró simplemente:

—Ay, entonces muy agradecida y que sea por la felicidad de todos…

Y ahora la curiosidad de Gonçalo buscaba a los pequeños que ella había arrastrado desde los Bravais bajo la lluvia cerrada. La pequeñita de pecho dormía con beatitud sobre la tapa de un arca, donde la buena de Rosa la había acomodado entre mantas y almohadas. Pero el pequeño de siete años, encogido en una silla frente a la lumbre, junto al pañuelo que se secaba, secándose él también, con la carita encendida por la fiebre, tosía desgarradamente, cabeceando de sueño y cansancio, respirando con dificultad y gimiendo entre la tos que lo extenuaba. Gonçalo dejó la cajita de albaricoques en el arca y palpó la mano con la que el niño se rascaba sin cesar el pecho sucio por la abertura de la camisa también sucia.

—¡Pero esta criatura tiene fiebre!… ¿Y usted en una noche como ésta se trae al pequeño así desde los Bravais, mujer?

Desde la sillita baja en la que se había sentado, agotada, ella musitó sin levantar su flaca cara, mientras retorcía la punta del delantal:

—¡Ay! Era para que ellos también pidiesen. ¡Que estaban sin padre, pobrecitos!

—¡Está usted loca, mujer! ¿Y acaso piensa regresar a los Bravais, bajo esta lluvia, con las criaturas?

Ella suspiró:

—¡Ay! Vuelvo, sí… No puedo dejar sola a la madre de mi hombre, que tiene ochenta años y está paralítica…

Entonces el Hidalgo, descorazonado, se cruzó de brazos, preocupado ante aquella aventura a la que, por culpa de su ferocidad, se arriesgaban dos criaturas. Pero Rosa opinaba que la pequeñita, la de pecho, no sufriría con la caminata, bien pegadita al regazo de la madre, bajo una manta gruesa. Ahora que el otro, con la tos, con la fiebre…

—¡Ése se queda aquí! —exclamó Gonçalo, decidido—. ¿Cómo se llama? Manuel… Bueno, pues Manuel se queda aquí. Y váyase tranquila, que la señora Rosa lo cuidará. Necesita un buen ponche y después sudar mucho. Dentro de unos días lo tiene en los Bravais curado y más gordo… ¡Vaya tranquila!

De nuevo la mujer suspiró con el enorme cansancio que la invadía y la ablandaba. Y sin resistirse, con su habitual y humilde hábito de sumisión:

—Sí, señor, si el señor Hidalgo así lo manda, está muy bien…

Bento, entreabriendo la puerta del patio, anunció un «claro», que la oscuridad levantaba. Y Gonçalo inmediatamente metió prisa a la mujer para que regresara a los Bravais.

—Y no tenga miedo, mujer. Irá con usted un mozo de la quinta con un farol y un paraguas para tapar a la pequeña… ¡Oiga! ¡También puede llevar usted una capa impermeable!… ¡Bento! Sube y trae mi capa impermeable; la nueva, la que compré en Lisboa…

Y cuando Bento trajo el «impermeable» de ancha esclavina y se lo puso sobre los hombros a la mujer, a quien la magnífica prenda intimidaba con su frufrú de seda, hubo en la cocina divertidas carcajadas. El llanto había pasado, como la lluvia. Ahora era como una visita agradable que terminaba en una reconciliación de alegres agasajos. Rosa se frotaba las manos, llena de gusto:

—Así parece usted una guapa dama, ¿eh?… ¡Si fuese de día, vaya si se arremolinaba la gente para verla!

La mujer sonreía por fin, indiferente, ajena a todo:

—¡Ay! No sé qué parezco… ¡Un fantasma!

A través del patio en el que las acacias goteaban suavemente, Gonçalo acompañó al grupo hasta la puerta del jardín, desde donde aún gritó: «¡Abriguen bien a la pequeña!», cuando ya el farol del mozo se hundía en la húmeda espesura de la noche en calma. Después, en la cocina, sacudiéndose las suelas mojadas de las zapatillas contra las losas, palpó otra vez a Manuelzinho, que se había dormido y roncaba, ladeado contra el respaldo de la silla.

—Tiene poca fiebre… Pero necesita sudar mucho. Y antes de arroparlo bien, leche caliente, casi hirviendo, con coñac… Lo que necesita también es un buen baño… ¡Qué porquería de gente! En fin, lo dejaremos para más tarde, cuando se haya curado… Y ahora, Rosa, mándeme arriba algo para cenar, ¡algo sólido, que no he cenado y el jaleo ha sido tremendo!

En la biblioteca, después de cambiarse de zapatillas y descansar, Gonçalo escribió a Gouveia una carta reclamando con conmovida urgencia la libertad de Casco. Y añadía:

> Es la primera petición que le hace el diputado por Vila Clara —ifelicíteme!—, porque acabo de recibir un telegrama de nuestro querido André anunciándome que *todo arreglado, el ministro conforme,* etc. ¡De manera que tenemos que encontrarnos! Venga, pues, a comer mañana a esta su Torre, a la sombra de Tití y con acompañamiento de Videirinha. Estos dos beneméritos son indispensables para que haya apetito y armonía. Y le ruego, amigo Gouveia, que los avise para el festín y así me evita el envío de circulares elocuentes…

Lacrada la carta, volvió perezosamente al manuscrito de su novela. Y, cogiendo la pluma, buscó aún voces de buen sabor medieval para aquel lance en el que el mayordomo y los vigías divisaban la cabalgata del Bastardo por la cuesta de la ribera, con centelleo de armas bajo el fuerte sol de agosto…

Pero su imaginación, desde la carta escrita a Gouveia por el «diputado de Vila Clara», escapaba inquieta de la vieja Fortaleza de Santa Ireneia, y volaba obstinadamente hacia Lisboa, la Lisboa de São Fulgêncio. Y la atalaya de la torre albarrana, desde donde el gordo Ordonho gritaba jadeante, se deshacía incesantemente como blanda niebla, para que surgiese sobre ella, apetecible y más

interesante, una habitación del Hotel Bragança con un balcón sobre el Tajo…

Fue un alivio cuando Bento le metió prisa para cenar. Y en la mesa esparció libremente su imaginación por Lisboa, por los pasillos de São Carlos, por debajo de los árboles de la Avenida, a través de los anticuados palacios de sus parientes en São Vicente, en la Graça, a través de los salones más modernos de cultos y alegres amigos, deteniéndose a veces ante algunas visiones en las que se recreaba con una risa placentera y silenciosa. Alquilaría por meses, ciertamente, un coche. Y para las sesiones de São Bento llevaría siempre guantes color perla y una flor en el ojal. Para su comodidad llevaría a Bento, bien elegante, con librea nueva…

Bento entró con la botella de coñac en una bandeja. Había entregado la carta a Joaquim, el de la huerta, con el recado de que, en cuanto diesen las seis, fuese corriendo a casa del señor alcalde y se quedase en la villa, frente a la cárcel hasta que soltasen a Casco.

—Ya hemos acostado al pequeño en la habitación verde, que está cerca de la mía, por si llora, pues tengo el sueño ligero… Pero ya está durmiendo plácidamente.

—Está tranquilo, ¿eh? —dijo Gonçalo, apurando deprisa la copa de coñac—. ¡Vamos a ver a ese caballero!

Cogió un candelabro y subió a la habitación verde con Bento, sonriendo, sofocando el ruido de los pasos por la estrecha escalera. En el pasillo, junto a la puerta, en un descolorido canapé de damasco verde, Rosa había doblado cariñosamente la andrajosa ropa del pequeño: el chaleco deshilachado y los enormes calzones con un solo botón. Dentro, la cama de caoba, una gran cama de lujo, cubría casi toda la pared empapelada con un viejo papel aterciopelado de verdes ramajes. Junto a las dos columnas torneadas de la cabecera colgaban dos cuadros, retratos de antiguos Ramires: un obispo grueso hojeando un infolio y un apuesto caballero de Malta, de barba rubia, apoyado en su espada, con una gran gorguera de encaje sobre la coraza brillante. Y en los altos colchones Manuelzinho roncaba, sin tos, tranquilo, arropado por dos gruesas mantas, húmedo por el sudor fresco y sereno.

Gonçalo, caminando siempre sigilosamente, estiró con cuidado el embozo de la sábana. Desconfiando de las viejísimas ventanas, comprobó que no entrase ningún aire traicionero por las rendijas; mandó a Bento a buscar una lamparilla, que colocó sobre el lavabo, con la luz atenuada tras una vasija; echó, además, un detenido vistazo por la habitación, para asegurarse del sosiego, del silencio, de la penumbra y de la comodidad; y salió, siempre de puntillas, sonriendo, dejando al hijo de Casco velado por los dos nobles Ramires, el obispo con su tratado y el caballero de Malta con su inmaculada espada.

Cuando regresaba de la alberca vieja, situada al fondo de la quinta, donde había pasado las horas de bochorno, tras del almuerzo, bajo el frescor de la arboleda, entre los susurros del agua que corría, hojeando un volumen del *Panorama*, Gonçalo

encontró sobre la mesa de la biblioteca, con el correo de Oliveira, una carta que lo sorprendió, enorme, de papel satinado, cerrada con lacre. Y dentro, la firma, dibujada con tinta azul, era un corazón llameante.

De un vistazo, devoró las líneas pautadas a lápiz, con una letra grande, redondeada con esmero:

> Querido y excelentísimo señor don Gonçalo Ramires:
>
> El galante gobernador civil de la provincia, nuestro tenorio André Cavaleiro, últimamente pasea constantemente por delante de los Cunhais, mirando con ternura hacia los balcones y hacia el honrado escudo de los Barrolo. Como no era lógico que anduviese estudiando la arquitetura del palacete —que nada tiene de notable—, dedujo la gente seria que el digno jefe de la provincia esperaba que usted apareciese en alguno de los balcones de la plaza o de los que dan a la Rua das Tecedeiras o, sobre todo, *en el mirador del jardín,* para reanudar con usted la antigua y rota amistad. Por eso procedió usted con mucho acierto al ir corriendo personalmente al Gobierno Civil a proponerle la reconciliación y abrir sus brazos generosos al viejo amigo, evitando así que la primera autoridad de la provincia continuase malgastando un tiempo precioso en aquellos paseos, con los ojos clavados en el palacete de los nobilísimos Barrolos. Le enviamos, por tanto, nuestra felicitación sincera por ese acertado paso, ¡que calmará la impaciencia del fogoso Cavaleiro y redondará en beneficio de los servicios públicos!

Dando vueltas al papel en las manos, Gonçalo pensó:

—¡Es de las Lousadas!

Estudió un poco más la letra y las expresiones, observando que *redundar* estaba escrito con una o y *arquitectura* sin c. Y rompió furioso la gruesa hoja, murmurando en el silencio de la biblioteca:

—¡Esas descaradas!

¡Sí, era de ellas, de las odiosas Lousadas! Y esa procedencia lo aterraba aún más, porque maledicencia lanzada por tan ardientes propagadoras de maledicencias ¡habría penetrado ya, seguro, en todas las casas de Oliveira, hasta en la cárcel, hasta en el hospital! Y ahora la ciudad, divertida, saboreando el escándalo, relacionaría pérfidamente los paseos de André alrededor de los Cunhais con aquella visita suya al Gobierno Civil, que había asombrado a la Arcada. Así pues, según la opinión de Oliveira, y bajo la inspiración de las Lousadas, habría sido él, Gonçalo Mendes Ramires, quien había arrancado a Cavaleiro de su despacho, lo había llevado servilmente al Largo d’El-Rei, le había abierto de par en par las puertas del palacete, hasta entonces rondadas y contempladas sin ningún provecho, ¡y con sereno descaro había servido de celestina en los amores de su hermana! ¡Semejantes desvergonzadas no merecían sino que les levantasen sus sucias faldas en medio de la plaza, una mañana a la hora de misa, y que las azotasen furiosamente en las nalgas arrugadas hasta que la sangre corriese por entre las losas!…

¡Y para mayor daño, todas las apariencias se disponían traidoramente contra él! Aquella insistencia de André, acechando a Gracinha, alborotando la calle alrededor del palacete, había aumentado y llamaba más la atención justamente ahora, en agosto, los días antes de su aparición en el balcón del Gobierno Civil, que Oliveira entera comentaba como un misterio histórico. ¡Qué inoportunamente había muerto aquel

animal de Sanches Lucena! Unos meses antes, ni siquiera la malicia de las Lousadas habría relacionado su reconciliación con André con el cerco amoroso que no había comenzado aún o que no daba origen a tantas murmuraciones. Tres o cuatro meses después, André, sin esperanzas ante el palacete inaccesible, ¡habría dado por terminadas, seguramente, sus vueltas por la plazoleta con una flor en el ojal! ¡Pero no! Desgraciadamente cuando aquel André rondaba con mayor estrépito la puerta anhelada, ¡era cuando él acudía, abrazaba al rondador y le facilitaba la entrada! ¡Y así la maledicencia de las Lousadas encontraba una base cuya consistencia y solidez podían palpar todos en la ciudad y se erigía sobre ésta como verdad pública! ¡Infames Lousadas! ¿Y ahora? ¿Qué hacer? ¿Mantener sus relaciones con Cavaleiro estrictamente dentro de la política, evitando peligrosas intimidades que rápidamente lo convirtiesen en el invitado predilecto de los Cunhais, como antaño lo fue de la Torre? ¿Cómo podría hacerlo? Desde el momento en que él se reconciliaba con André, tan rápida y tan naturalmente como la sombra sigue la inclinación de la rama, se reconciliaba también Barrolo, su cuñado y su sombra… ¿Pero cómo imponerle a Barrolo que su renovada intimidad con Cavaleiro se realizase únicamente dentro de la política, como dentro de un lazareto? «¡Ya soy otra vez el viejo amigo de André; tú, Barrolo, también, pero no lo invites nunca a tu mesa ni le abras la puerta!». Imposición absurda, impertinente en extremo y que, en la pequeña Oliveira, rápidamente, debido a la facilidad de encuentros y a la simplicidad hospitalaria de Barrolo, se rompería como un bramante desgastado… Y luego, ¡qué grotesca actitud la suya, tieso, ante el portón del palacete como el arcángel San Miguel, con un bastón de fuego en la mano, para impedir la entrada de Satanás, jefe de la provincia! Pero también, que toda la ciudad se dedicase a cuchichear por los rincones el nombre de Gracinha unido al de André y al suyo, Gonçalo, enredado entre ellos como si fuese la cinta favorable que los hubiese atado, ¡era horrible!

Impaciente ante aquella dificultad de aristas tan agudas que tanto lo herían, acabó dando un puñetazo en la mesa, indignado:

—¡Caramba, qué lata! Todo es una lata en estos sitios pequeños y chismosos…

Porque en Lisboa, ¿a quién le iba a importar que el señor gobernador civil pasease por cierta plaza y que cierto Hidalgo de la Torre se reconciliase con el señor gobernador civil?… ¡Pues se acabó! Seguiría orgullosamente hacia adelante, como si viviese en Lisboa, despreocupado de murmuraciones y de malignos ojillos acechantes. ¡Él era Gonçalo Mendes Ramires, de la casa de los Ramires! ¡Mil años de apellido y de solar! Estaba muy por encima de Oliveira y de todas sus Lousadas. Y no sólo por el apellido, ¡bendito sea Dios!, sino por su espíritu… André era su amigo, entraba en casa de su hermana y ¡Oliveira que reventase!

No consintió que la sucia carta de las Lousadas le estropease su tranquila mañana de trabajo, para el que se había preparado desde el almuerzo, releyendo fragmentos del poemita del tío Duarte y hojeando artículos del *Panorama* sobre las guerras de murallas en el siglo XII. Con un esfuerzo de atención erudita se sentó a la mesa de

trabajo, mojó la pluma en el tintero de latón que había servido a tres generaciones de Ramires y, conforme iba repasando las cuartillas escritas, sintió que ¡nunca como entonces el castillo de Santa Ireneia le había parecido tan heroico, de tan soberana grandeza sobre la gran colina de la historia, dominando altivo el reino que se extendía a su alrededor, cubierto de pueblos y mieses por el esfuerzo de sus castellanos!

¡Temible, en efecto, se erguía la antigua Fortaleza de Santa Ireneia en aquella alfonsina mañana de agosto y de sol abrasador en la que el pendón del Bastardo había aparecido entre el fulgor de las armas, al otro lado de la arboleda de la ribera! Ya en todas las almenas se apiñaban los ballesteros, acechando, con las ballestas curvadas. De las torres y de los adarves subía el denso humo de la pez que hervía en las cubas y que sería arrojada sobre los hombres de Baião que intentasen la escalada. El adalid recorría las torres indicando los mejores medios de defensa, inspeccionando los haces de flechas y los pedruscos de las hondas. Y en el inmenso terrado, entre los cobertizos repletos, surgían viejos solariegos, siervos del horno y siervos de la labranza, que se persignaban aterrados y tiraban del sayón a algún apresurado hombre de la ronda para saber de la hueste que avanzaba. Entretanto, la cabalgata había cruzado la ribera por el tosco puente de madera, y ya se acercaba serenamente, por entre los álamos, al crucero de granito levantado antaño en los confines del feudo por Gonçalo Ramires, *el Carnicero*[20]. Y en la calma de la mañana sofocante resonaban con más fuerza las trompetas del Bastardo con su toque lento y triste a la manera morisca…

Pero cuando Gonçalo, absorto en el trabajo, intentaba reproducir con términos muy sonoros, afanosamente rebuscados en el *Diccionario de Sinónimos*, el son prolongado de las trompetas de Baião, escuchó, efectivamente, hacia la parte de la Torre, un gemir de notas graves que se elevaba por entre los limoneros. Detuvo la pluma, y he ahí que el *Fado dos Ramires* se elevó en serenata, como una ofrenda, desde la huerta hasta el balcón florido de madreselva:

> Quién te ve tan solitaria,
> Torre de Santa Ireneia…

¡Videirinha! Corrió alborozadamente a la ventana. Un bombín se agitó entre las ramas y resonó un grito aclamador:

—¡Viva el diputado por Vila Clara! ¡Viva el ilustre diputado Gonçalo Mendes Ramires!

Y del violón brotó triunfalmente el *Hino da Carta*. Videirinha, de puntillas sobre sus botas acharoladas, gritaba: «¡Viva la ilustre casa de Ramires!». Y bajo el bombín, agitado con delirio, João Gouveia, sin preocuparse por su garganta, aullaba: «¡Viva el ilustre diputado por Vila Clara!».

Majestuosamente, Gonçalo, estallando de risa, levantó el brazo elocuente en el balcón:

—¡Gracias, mis queridos conciudadanos! ¡Gracias!… El honor que me hacéis viniendo así, en este hermoso grupo el señor alcalde, el inspirado farmacéutico y…

Pero observó… ¿Y Titó?

—¿Titó no ha venido?… João Gouveia, ¿no avisó usted a Titó?

Volviendo a colocarse el sombrero ladeado sobre la oreja, el alcalde, que lucía una corbata de satén encarnado, declaró que Titó era «un animal»:

—Habíamos quedado en venir los tres. Incluso él tenía que traer una docena de cohetes para lanzarlos aquí con el himno… Nos teníamos que reunir en el puente… Pero ese animal no ha aparecido. En todo caso, está avisado, avisadísimo… Y si no viene es un traidor.

—¡Bueno, suban ustedes! —gritó Gonçalo—. Me visto en un instante. ¡Y para abrir el apetito propongo un *vermut* y luego dar una vuelta por la quinta hasta el pinar!…

Inmediatamente, Videirinha, tieso, levantando el violón, se metió por el camino ancho de la huerta, cubierto por el emparrado, y tras él João Gouveia, que iba marcando el paso con noble cadencia a la vez que levantaba el quitasol como si fuera un estandarte. Cuando Gonçalo entró en la habitación llamando a voces a Bento para que le trajese agua caliente, el *Fado dos Ramires* sonaba en tono heroico a través del judiar, bajo la ventana abierta donde se estaba secando la toalla de baño. Y eran las estrofas preferidas del Hidalgo, aquellas en las que su gran antepasado Rui Ramires, surcando los mares de Mascate en una urca, se encuentra con tres potentes naves inglesas y, desde lo alto del castillo de proa, vestido de grana, con la mano en el cinto de ante con incrustaciones de oro y piedras preciosas, les ordena con arrogancia que se rindan…

> Muy alegre y, mano al cinto,
> Junto a la enseña real,
> «¡Amainad», grita a las naves,
> «Por el rey de Portugal!…».

Gonçalo se abrochaba deprisa los tirantes y repetía el canto glorificador: *Muy alegre, mano al cinto… junto a la enseña real…* Y en medio del desgañitado esfuerzo pensaba que con tal linaje de antepasados bien podía despreciar a Oliveira y a sus horribles Lousadas. Pero el pausado vozarrón de Titó resonó en el corredor:

—¿*Y* ese diputado por Vila Clara?… ¿Ya se está poniendo el uniforme?

Gonçalo corrió a la puerta de la habitación, radiante:

—¡Entra, Titó! ¡Los diputados ya no usan uniforme, hombre! Pero si lo tuviese, ¡qué diablos!, ¡hoy me lo ponía, con espadín y bicornio, para honrar a unos huéspedes tan ilustres!

El otro avanzó lentamente con las manos en los bolsillos de la chaqueta de terciopelo color aceituna, el ancho sombrero bracarense echado hacia atrás,

descubriendo la noble cara barbuda, colorada, rebosando salud y sol:

—Al decir uniforme, quise decir librea… Librea de lacayo.

—¿Cómo dices?

Y el otro, más retumbante:

—¿Pues qué vas a ser tú, hombre, más que un sujeto a las órdenes de São Fulgêncio, del *horrendo calvo*? No le servirás el té cuando él te lo mande, ¡pero cuando te mande votar, votarás! ¡Allí, derechito, a sus órdenes! «¡Ramires, vote esto!». Y Ramires, ¡zas!, lo vota… Eso es de lacayo, hombre, de lacayo de librea…

Gonçalo agitó los hombros, impaciente:

—Tú eres una criatura de la selva, lacustre, casi prehistórica… ¡No entiendes nada de realidades sociales!… ¡En la sociedad no hay principios absolutos!…

Pero Titó, impertubable:

—¿Y Cavaleiro? ¿También tiene ya talento? ¿Gobierna ya bien la provincia?

Entonces Gonçalo protestó, picado, con un fuerte sonrojo en las mejillas. ¿Y cuándo había negado él que Cavaleiro tuviera talento o dotes de gobierno? ¡Nunca! Sólo se había reído, bromeando, de su pompa, de su lustroso bigote… Además, ¡el servicio al país exigía que a veces se aliasen hombres que ni compartían los mismos gustos ni buscaban los mismos intereses!

—En fin, que don António Vilalobos viene hoy hecho un moralista terrible, ¡un Catón con quien no se puede cenar!… Ahora bien, siempre fue costumbre de los filósofos muy severos huir de la sala de los banquetes donde triunfa el libertinaje y ¡protestar comiendo en la cocina!

Titó, tranquilamente, volvió sus majestuosas espaldas.

—¿Adónde vas, Titó?

—¡A la cocina!

Y como Gonçalo se reía, Titó, ya junto a la puerta, giró como giraría una torre y se encaró con su amigo:

—¡En serio, Gonçalo, en serio! Elección, reconciliación, sumisión, tú en Lisboa haciendo reverencias a São Fulgêncio y en Oliveira del brazo con André, todo esto parece que no cuadra… Pero, en fin, si Rosa hoy se ha esmerado, ¡no aludamos más a cosas tristes!

Y Gonçalo, agitando los brazos, protestaba de nuevo, cuando el violón resonó en el corredor junto con los pasos bien marcados de Gouveia, y el *Fado* se reanudó, más dulce, más glorificador:

¡Vieja casa de Ramires,
Honra y flor de Portugal!

CAPÍTULO VI

LA casa de Cavaleiro en Corinde era una construcción de finales del siglo XVIII, sin elegancia y sin arte, pintada de amarillo, lisa y amplia, con catorce ventanas en la fachada, casi en el centro de una quinta llana, toda de tierras cultivadas. Pero una avenida de castaños conducía, con alineada nobleza, al patio principal, adornado con dos estanques de mármol. Los jardines conservaban la espléndida abundancia de rosales que los había hecho famosos y merecedores en tiempos del abuelo de André, el magistrado Martinho, de una visita de doña Maria II. Y en el interior, todos los salones relucían de limpieza y orden, gracias a los cuidados de la vieja ama de llaves, una pariente pobre de Cavaleiro, doña Jesuína Rolim.

Cuando Gonçalo, que había llegado de la Torre en la yegua, cruzó la antesala, aún reconoció uno de los lienzos que había en la pared, un humeante combate de galeones que él, una tarde, había rasgado jugando a batirse a espada con André. Bajo aquel lienzo, al borde del canapé de paja, esperaba melancólicamente un escribiente del Gobierno Civil, con su carpeta roja sobre las rodillas. Y desde una puerta alejada, al fondo del corredor, André, avisado por el criado, el fiel Mateus, gritó alegremente:

—¡Gonçalo, pasa aquí, a mi cuarto! Acabo de salir del baño… ¡Aún estoy en calzoncillos!

Y en calzoncillos lo abrazó, con un generoso abrazo de enhorabuena. Después, mientras se vestía entre las sillas ocupadas por el contenido de las maletas —corbatas, calcetines de seda, frascos de perfume—, hablaron del calor, del incómodo viaje, de la Lisboa despoblada…

—¡Un horror! —exclamó Cavaleiro, calentando unas tenacillas de rizar en la lámpara de alcohol—. Todas las calles de la Baixa en obras, llenas de yeso, de polvo. El Central infestado de mosquitos. Mucho mulato. ¡Una especie de Túnez, Lisboa!… Pero, en fin, ¡allí luchamos bravamente en el mejor combate!

Gonçalo sonreía desde un extremo del diván en el que se había acomodado, entre una pila de camisas de color y otra de calzoncillos con un flamante monograma:

—Entonces, Andrezinho, todo arreglado, ¿eh?

Cavaleiro, delante del tocador, se rizaba con cuidadoso esmero las gruesas puntas del bigote. Y sólo después de embadurnarlo de brillantina, de alisar las ondas de su rebelde cabellera, de contemplarse y de contonearse, aseguró a Gonçalo, ya inquieto, que la elección había quedado consolidada…

—¡Pero figúrate! Cuando aparecí en Lisboa, en el Ministerio de la Gobernación, me encontré con que el distrito ya se lo habían prometido a Pita, Teotónio Pita, el gran hombre de la *Verdade*…

El Hidalgo dio un brinco, derribando el montón de camisas:

—¿Y entonces qué?…

Pues que él, con mucha aspereza, había hecho ver a José Ernesto la desconsideración que suponía disponer del distrito como de un puro, sin consultarle a él, el gobernador civil y amo de la provincia… Y como José Ernesto se había engallado, aludiendo a los superiores intereses del gobierno, él inmediatamente, apuntándole firmemente con el dedo, le dijo: «¡Pues Zezinho, querido, o saco a Ramires diputado por Vila Clara o dimito y arde Troya!…». Espanto, algazara, gritos, pero José Ernesto había cedido y todo acabó cenando los dos juntos en Algés con el tío Reis Gomes, donde por la noche las señoras le ganaron catorce escudos al «bluff».

—En resumen, Gonçalinho, tenemos que tener los ojos muy abiertos. José Ernesto es un muchacho leal, un viejo amigo mío. Y además, conoce mi genio… Pero están los compromisos, las presiones… Y ahora la noticia pintoresca. ¿Sabes a quién presentan contra ti los regeneradores?… Adivina… ¡A Julinho!

—¿Qué Julinho?… ¿Júlio el de las fotografías?

—Júlio el de las fotografías, sí.

—¡Diablos!

Cavaleiro se encogió de hombros, compasivo:

—Saca diez votos a la puerta de la quinta, hace un retrato de todos los taberneros del distrito en mangas de camisa y sigue siendo Julinho… ¡No! Sólo me preocupa Lisboa, la política canalla de Lisboa.

Gonçalo se retorcía el bigote, desconsolado:

—Creí que todo sería más sólido, más firme… Así, con todas esas intrigas aún puede surgir algún jaleo… ¡A que al final no salgo!

Cavaleiro, ante el espejo, se estiraba la levita, que se probó primero abrochada y después muy abierta sobre el chaleco de fustán color aceituna, en cuya amplia abertura destacaba la corbata de seda clara, prendida con un zafiro. Por fin, mientras empapaba el pañuelo con esencia de heno:

—Nosotros dos estamos bien unidos, bien congraciados, ¿no es verdad? Pues entonces, querido Gonçalo, ¡tranquilízate y almorcemos a gusto!… Me parece que esta levita hecha por nuestro Amieiro me sienta con bastante gracia, ¿no?

—¡Magníficamente! —afirmó Gonçalo.

—Bien. Entonces ahora bajaremos al jardín para que vuelvas a ver los viejos rincones y te florezcas el ojal con una rosa de Corinde.

Y después, en el corredor, adornado con jarrones de la India y cofres de laca, del brazo de Gonçalo, de su recuperado Gonçalo:

—Pues, hijo mío, aquí estamos los dos pisando de nuevo el noble suelo de Corinde, como hace cinco años… ¡Y nada ha cambiado, ni un criado ni una cortina! Ahora, un día de éstos, tengo que visitar la Torre.

Gonçalo replicó ingenuamente:

—¡Oh! La Torre está muy cambiada… ¡Muy cambiada!

Y se hizo un embarazoso silencio, como si surgiese entre ellos la imagen entristecida de la vieja quinta, en la época de los amores y de las ilusiones, cuando

André y Gracinha buscaban las últimas violetas de abril bajo la sonrisa tutelar de Miss Rhodes, junto a los húmedos muros de la fuente. Callados aún bajaron la escalera de caracol, por la que ambos en otro tiempo se deslizaban montados en la barandilla. Y ya abajo, en un salón abovedado, bordeado de bancos de madera con las armas de los Cavaleiros en el respaldo, André, deteniéndose ante la puerta acristalada del jardín, hizo un gesto desconsolado y melancólico:

—Yo también ahora aparezco poco por Corinde. Y comprenderás que no me retienen en Oliveira las preocupaciones de la administración… Pero es que este caserón se ha enfriado, se ha hecho más grande desde la muerte de la mamá. Ando aquí como perdido. Y créeme, cuando me quedo algún tiempo, no hago más que dar unos paseos tristones por los jardines, por la Rua Grande… ¿Aún te acuerdas de la Rua Grande?… ¡Voy envejeciendo muy solitariamente, querido Gonçalo!

Gonçalo musitó, por afinidad, por renovada simpatía:

—Yo también me aburro en la Torre…

—¡Pero tú tienes otro carácter!… Yo, realmente, soy un elegiaco.

Corrió con dificultad el cerrojillo atascado de la puerta acristalada. Y limpiándose los dedos en el pañuelo perfumado:

—Yo creo que ahora Corinde sólo me gustaría con grandes cerros pelados, con grandes peñascos agrestes… A veces, aquí en lo profundo del alma, ansío el yermo de San Bruno…

Gonçalo sonreía ante aquellos deseos ascéticos, expresados con afectación a través del bigote rizado con tenacillas, resplandeciente de brillantina. Y en la terraza, junto a la balaustrada de piedra cubierta de hiedra, bromeó alabando la disposición de la arena, la brillante lozanía del jardín:

—En efecto, para un discípulo de San Bruno, ¡qué escándalo todo este refinamiento! Pero para un pecador como yo, ¡qué delicia!… El jardín de la Torre está hecho un erial.

—A la prima Jesuína le gustan las flores. ¿No conoces a la prima Jesuína? Es una vieja parienta de mamá que se encarga ahora de la casa. ¡Pobre! Y con un esmero, con un cariño… Si no fuese por esa santa criatura, los cerdos hozarían en los macizos del jardín… ¡Hijo mío, donde no hay faldas, no hay orden!

Bajaron la escalinata redonda, entre los tiestos de loza azul rebosantes de geranios, de margaritas de cañas de la India. Gonçalo recordó la víspera de San Juan en la que rodó por aquellos escalones dando una voltereta tremenda y con los brazos cargados de cohetes.

Y, caminando lentamente por el jardín, continuaron evocando recuerdos de su antigua camaradería. Allí seguía el trapecio, de la época en que ambos se consagraron a la religión heroica de la fuerza, de la gimnasia, del baño frío… En aquel banco, bajo el magnolio, había leído André, una tarde, el canto primero de su poema, *O Fronteiro de Arzila*[21]. ¿Y el blanco? ¿El blanco donde ambos se ejercitaban en el tiro con pistola, para los futuros desafíos, inevitables en la campaña que ambos pensaban

emprender contra el viejo Sindicato Constitucional?… ¡Oh! Toda aquella parte del muro que lindaba con el lavadero había sido derribada después de morir mamá, para ampliar el invernadero…

—¡Además, el blanco resultó inútil! —añadió Cavaleiro—. Precisamente por aquel tiempo entré también en el Sindicato… ¡Y ahora entras tú por la puerta que yo te he abierto!

Entonces Gonçalo, que había cogido hojas de hierba luisa y las aplastaba entre los dedos para aspirar el perfume, replicó con una franqueza que aquellos recuerdos desenterrados hacían más sentida y penetrante:

—Yo deseo entrar, y con toda mi alma, bien lo sabes. Pero ¿tú de verdad me aseguras la elección? ¿No surgirá alguna dificultad, Andrezinho?… ¡Ese Pita es muy hábil!

Cavaleiro, metiendo los dedos en las sisas del chaleco, se limitó a decir:

—De la habilidad de los Pita se ríe la fuerza de los Cavaleiro…

Por tres escalones de ladrillo bajaron al otro jardín, despejado de arboleda y de sombra, donde se abría desde mayo, con todo su esplendor, el tan celebrado bosque de rosales, orgullo de la quinta de Corinde, que había deleitado a una reina. Aquel despreocupado desdén hacia Pita confirmaba la seguridad de su elección. Gonçalo, caminando respetuosamente como por un museo, roció con deslumbradas alabanzas las rosas de Cavaleiro:

—¡Una hermosura, André, una maravilla! Tienes aquí unas rosas sublimes… Aquellas grandes de allí, ¡qué suntuosas! ¿Y estas amarillas? ¡Una delicia!… ¡Mira qué encanto! ¡Este ruborcillo encarnado que surge, que irradia desde el fondo de los pétalos blancos…! ¡Oh, qué escarlata! ¡Qué escarlata tan divino!

Cavaleiro se cruzó de brazos con risueña melancolía:

—¡Pues ya ves! Es tal mi soledad social y sentimental que, con todas estas rosas abiertas, ¡no tengo a quién mandar un ramo!… ¡Me veo reducido a cubrir de flores a las Lousadas!

Un escarlata más vivo que el de las rosas que alababa cubrió las mejillas del Hidalgo:

—¡Las Lousadas! ¡Oh, qué sinvergüenzas!

André clavó en su amigo sus brillantes ojos, con una inquieta expresión de curiosidad:

—¿Por qué?… ¿Sinvergüenzas por qué?

—¿Por qué? ¡Porque lo son! ¡Por naturaleza y por voluntad de Dios!… Son tan sinvergüenzas como estas rosas son rojas.

Y Cavaleiro, tranquilizado:

—¡Ah! Genéricamente… En efecto, son muy venenosas. Por eso yo las cubro de rosas. ¡Y en Oliveira, todas las semanas, hijo mío, tomo con ellas un té protocolario!

—Pues no las amansas —masculló el Hidalgo.

Pero en aquel momento Mateus apareció en los escalones de ladrillo con la

servilleta en la mano y la calva reluciendo bajo el sol. Era la hora del almuerzo. Cavaleiro cogió para Gonçalo una «rosa triunfal» y para él mismo un «capullo inocente…». Y así, floridos, subían hacia la terraza entre el esplendor y el perfume de otros rosales, cuando Cavaleiro se detuvo con una idea:

—¿A qué hora te irás a Oliveira, Gonçalinho?

El Hidalgo dudó. ¿A Oliveira?… No pensaba aparecer por Oliveira en toda la semana…

—¿Por qué? ¿Es urgente que vaya a Oliveira?

—¡Efectivamente, hijo! Mañana mismo tenemos que hablar con Barrolo, ¡para ponernos de acuerdo sobre los votos de la Murtosa!… Mi querido Gonçalo, no nos podemos dormir. ¡No por Júlio, sino por Pita!

—¡Bueno, bueno! —replicó inmediatamente Gonçalo, asustado—. Iré a Oliveira.

—Pues entonces —continuó André—, iremos los dos después a caballo. Es un bonito paseo por los Freixos, siempre con sombra… Quizá tengas que mandar recado a la Torre, por la ropa…

¡No! Gonçalo, para evitar la molestia de las maletas, tenía en los Cunhais un equipo completo, desde las zapatillas hasta el frac. Y entraba en Oliveira como el filósofo Bías en Atenas, con un simple bastón y paciencia infinita…

—¡Estupendo! —declaró André—. Entonces haremos después nuestra entrada oficial en Oliveira. Será el comienzo de la campaña.

El Hidalgo se retorcía el bigote, consternado, pensando en las risitas perversas de las Lousadas, de toda la ciudad, ante una entrada tan aparatosamente fraternal. Y cuando Cavaleiro encargó a Mateus que mandase ensillar a *Rosilho* y a la yegua del Hidalgo para las cuatro y media, Gonçalo exageró su temor al calor y al polvo. ¡Mejor que salieran a las siete, con la fresca! —así esperaba entrar en Oliveira más inadvertido, encubierto por el anochecer. Pero André protestó:

—No, eso es una pesadez; llegaremos de noche. Tenemos que entrar solemnemente, a la hora de la música en el Terreiro… A las cinco, ¿eh?

Y Gonçalo, encogiéndose de hombros ante la fatalidad:

—Bueno, a las cinco.

En el comedor, alfombrado y con renegridos bodegones de flores y frutas colgados sobre el papel rojo que imitaba damasco, André ocupó el venerable sillón del abuelo Martinho. El brillo de la plata y la frescura de las rosas colocadas en un jarrón de Sajonia revelaban el esmero de la prima Jesuína, quien, con dolor de vientre aquella mañana, no se había vestido y almorzaba en su cuarto. Gonçalo elogió aquel orden elegante, tan raro en casa de un solterón, lamentando la falta de una prima Jesuína en la Torre… Y André sonreía con delicia mientras desdoblaba la servilleta, con la esperanza de que Gonçalo contase a los Barrolo el confortable lujo de Corinde. Después, pinchando una aceituna con el tenedor:

—Pues sí, mi querido Gonçalo, allí estuve en la gran capital y luego un día en Sintra…

Mateus entreabrió la puerta para recordar a su excelencia que el escribiente del Gobierno Civil estaba esperando.

—¡Pues que espere! —gritó su excelencia.

Gonçalo indicó que tal vez aquel digno señor estaría impaciente por el hambre…

—¡Pues que almuerce! —gritó su excelencia.

Aquel seco desprecio de André hacia el pobre empleado, olvidado en el banco de la entrada, con su carpeta sobre las rodillas, intimidaba al Hidalgo. Y pinchando también una aceituna:

—Decías entonces que estuviste en Sintra…

—Un aburrimiento —resumió André—. Una polvareda horrenda y un mujerío mediocre… Y ya se me olvidaba. ¿Sabes a quién encontré allí, en la carretera de Colares? A Castanheiro, a nuestro Castanheiro, el de los *Anais*, con sombrero de copa, que enseguida levantó los brazos, desolado: «¿Entonces ese Gonçalo Mendes Ramires no me manda la novela?». Según parece, el primer número de la revista sale en diciembre, y él necesita el original a principios de octubre… Me rogó que te apremiase, que te recordase la gloria de los Ramires. Y deberías terminarla… Hasta sería muy conveniente que antes de que entres en la Cámara aparezca un trabajo tuyo, un trabajo serio, de profunda erudición, bien portugués…

—¡Ya lo creo que sería conveniente! —asintió vivamente Gonçalo—. A la novela sólo le falta el capítulo cuarto. Pero precisamente ése es el que exige más preparación, más informaciones… Para terminarlo necesito tener el espíritu más tranquilo, una mayor certidumbre sobre esa infernal elección… No es ese animal de Júlio el que me preocupa, sino la gentuza intrigante de Lisboa… ¿A ti qué te parece?

Cavaleiro se rió, acercando de nuevo el tenedor hacia las aceitunas:

—¿Que qué me parece, Gonçalinho? Que estás como un niño pequeño, preocupado y con miedo de que no te llegue el plato de arroz con leche. ¡Tranquilízate, chico, tendrás tu arroz con leche! Pues en efecto, encontré a José Ernesto muy obstinado, pues ya existían viejos compromisos con Pita. ¡La *Verdade* ha sido siempre furiosamente ministerial!… Y ese tal Pita, ahora, cuando sepa que le he birlado Vila Clara, arderá en furor contra mí. Lo cual me trae soberanamente sin cuidado; las rabietas y las puntaditas de Pita no me quitan el apetito… Pero José Ernesto admira a Pita, lo necesita y está empeñado en pagarle con un escaño de diputado… Incluso me dijo el último día en la secretaría y le encontré cierta gracia: «Como veo que los diputados por Vila Clara se mueren, si, según esa buena costumbre, tu Ramires se muere pronto, entonces entrará Pita».

Gonçalo echó hacia atrás el sillón:

—¡Si yo me muero!… ¡Qué animal!

—¡Oh! ¡Si murieses para el distrito! —atajó Cavaleiro riendo—. Por ejemplo, si nos enfadásemos, si mañana surgiese entre nosotros alguna disidencia… ¡En fin, lo imposible!

Mateus entraba en aquel momento con la sopera de caldo de gallina, que

desprendía un olor apetitoso.

—¡A por el caldo! —exclamó André—. ¡Y no se hable más de distritos, ni de Pitas, ni de Júlios, ni de la trabajosa política!… Mejor cuéntame el asunto de tu novela… Histórica, ¿no? ¿Edad Media? ¿Don João V?… Yo, si intentase ahora escribir una novela, escogería una época deliciosa: Portugal bajo el dominio de los Felipes…

Daban las siete menos cuarto en el reloj, siempre adelantado, de la iglesia de São Cristovão, en Oliveira, cuando André Cavaleiro y Gonçalo, bajando por la Rua Velha, penetraron en el Terreiro da Louça —ahora plazuela del Conselheiro Costa Barroso.

Todos los domingos, tocando en el templete que el consejero, siendo alcalde, había mandado construir en el lugar que antes ocupaba la vieja picota, la banda de música del regimiento o la filarmónica Lealdade hacían de aquella plaza el centro más social de la tranquila y casera ciudad. Aquella tarde, sin embargo, como había comenzado en el Convento de Santa Brígida la tómbola patrocinada por el obispo, las señoras escaseaban en los bancos de piedra y en las sillas del asilo, esparcidas bajo las acacias. Las Lousadas faltaban en su asiento reservado, magníficamente escogido para espiar todo el Terreiro, las casas que lo limitaban por el lado de São Cristovão y por el lado de las Trinas, la Rua Velha y la Rua das Velas, el quiosco de refrescos y hasta cierto retiro púdicamente oculto por una cerca con hiedra. Y el único grupo conocido, doña Maria Mendonça, la baronesa de Marges y las dos Alboim, charlaban de espaldas al Terreiro, junto a la verja que lo limitaba sobre la antigua muralla, desde la que se dominan los campos, la tapia del seminario nuevo, todo el pinar de Estevinha y las brillantes curvas de la ribera de Crede.

Pero entre los señores que paseaban lentamente por la alameda de la plaza denominada «el Picadero», disfrutando de la *Marcha do Profeta*, se produjo de nuevo el espanto, a pesar de que todos conocían ya la famosa reconciliación del Gobierno Civil, cuando los dos amigos aparecieron, ambos con sombrero de paja y botas altas de montar, al paso solemne de las dos yeguas[22], la de Gonçalo airosa y baya, con la cola corta, a la inglesa; la de Cavaleiro, pesada y negra, de cuello arqueado y larga cola que rozaba las piedras. Melo Alboim, el barón de Marges y el Doctor delegado se pararon en una fila estupefacta, a la que se unió uno de los Vila-Velhas, luego el mayorazgo Pestana, después el gordo comandante Ribas con el uniforme desabrochado, contoneándose y bromeando sobre «aquella reconciliación…». El notario Guedes, Guedes Copete, que derribó la silla por el entusiasmo con el que se levantó, indignado pero respetuoso, descubriendo la calva, hizo un exagerado saludo en el que su sombrero blanco temblaba. Y el viejo Cerqueira, el abogado, que salía del retiro cubierto de hiedra y se abrochaba, se quedó perplejo con los lentes en la punta de la nariz levantada y los dedos olvidados en los botones de los pantalones.

Mientras tanto, los dos amigos seguían, con actitud grave, la hilera de casas que domina el palacete de doña Arminda Vilegas, con el pesado escudo de los Vilegas en lo alto y sus diez nobles balcones de hierro adornados lujosamente con cortinas de

damasco amarillo. En el balcón de la esquina, Barrolo y José Mendonça fumaban, sentados en unas banquetas de paja. Y al oír las lentas pisadas de las yeguas, al divisar a su cuñado tan inesperadamente, el bueno de Barrolo a punto estuvo de caerse del balcón:

—¡Gonçalo! ¡Gonçalo!… ¿Vas a casa?

Y sin esperar siquiera la contestación, gritó de nuevo, agitando los brazos:

—¡Nosotros vamos enseguida! Hemos comido aquí esta tarde… Gracinha está arriba con la tía Arminda. ¡Ya vamos también! ¡Es un momento!

Cavaleiro saludó sonriente al capitán Mendonça. Barrolo ya se había apresurado con entusiasmo para dentro de los damascos amarillos. Y los dos amigos, dejando por el Terreiro aquel reguero de asombro, penetraron en la Rua das Velas, donde un guardia se cuadró con la mano en la gorra, lo cual agradó al Hidalgo de la Torre.

Cavaleiro acompañó a Gonçalo hasta el Largo d'El-Rei. Ante el palacete, un hombre con boina roja tocaba en su organillo el coro nupcial de *Lucia,* acechando las ventanas desiertas. Joaquim da Porta corrió desde el patio a sujetar la yegua del Hidalgo. Con una muda sonrisa, el organillero tendió la boina. Y después de arrojarle un puñado de calderilla, Gonçalo, dudando, masculló por fin, azorado, poniéndose rojo:

—¿No quieres entrar y descansar un poco, André?

—No, gracias… Entonces, mañana a las dos en el Gobierno Civil, con Barrolo, para que arreglemos lo de los votos de la Murtosa… ¡Adiós, chico! ¡Hemos dado un estupendo paseo y hemos asombrado a la gente!

Y su excelencia, envolviendo el palacete en una larga mirada, bajó por la Rua das Tecedeiras.

Ya en su cuarto —siempre preparado y con la cama hecha—, Gonçalo acababa de lavarse y cepillarse cuando Barrolo se precipitó por el corredor, jadeante, ansioso, y detrás de él Gracinha, jadeante también, desatando con nerviosismo las cintas escarlatas del sombrero. Desde la tarde en que Barrolo «presenció con los ojos bien abiertos» la conversación de Gonçalo y André en el balcón del Gobierno Civil, ardía en él y en Gracinha una desesperada impaciencia por averiguar los motivos, la secreta historia de aquella reconciliación sorprendente. Después, la huida de Gonçalo en el coche, hacia la Torre, sin detenerse en los Cunhais, el repentino viaje de Cavaleiro a Lisboa y el silencio que cayó sobre el caso, más pesado que una plancha de hierro, los había tenido prácticamente aterrados. Gracinha, por la noche, en el oratorio, murmuraba en medio de los rezos distraídos: «Oh, Virgen Santa, ¿qué pasará?». Barrolo no se había atrevido a ir corriendo a la Torre, pero hasta había llegado a soñar con el balcón del Gobierno Civil, que se le aparecía enorme, creciendo, obstruyendo Oliveira entera, rozando ya las ventanas de los Cunhais, desde donde él lo rechazaba con el palo de una escoba… Y he aquí que ahora Gonçalo y André entraban en la ciudad a caballo, muy tranquilos, los dos con sombrero de paja, ¡como compañeros inseparables que vuelven de un paseo!

Nada más llegar a la puerta del cuarto, Barrolo tendió los brazos y rompió a gritar:

—Pero entonces, ¿qué ha sido todo esto?… ¡No se habla de otra cosa!… ¡Tú con André!

Gracinha, jadeando y tan colorada como las cintas del sombrero, se limitaba a balbucear:

—Y ni vienes ni escribes. Estábamos tan preocupados…

Y allí mismo, junto a la puerta abierta, sin ni siquiera sentarse, el Hidalgo aclaró el «misterio» con la toalla todavía en las manos:

—Una cosa muy inesperada pero muy natural. Sanches Lucena ha muerto, como sabéis. Quedó vacante, por tanto, el distrito de Vila Clara. Se trata de un distrito por el que solamente puede salir un hombre de esta tierra, con propiedades, con influencia, y el gobierno inmediatamente me telegrafió para consultarme si yo me quería presentar… Y como yo, en el fondo, me llevo bien con los históricos y soy amigo de José Ernesto… Y como deseaba entrar en la Cámara…, acepté.

Barrolo se dio en el muslo una palmada triunfal:

—¡Entonces era cierto, caramba!

El Hidalgo prosiguió, secándose interminablemente las manos:

—Acepté, claro está, con algunas condiciones, y muy duras. Pero acepté… En estos casos, como sabéis, conviene que el candidato se entienda con el gobernador civil. Yo, al principio, no quería renovar las relaciones. Sin embargo, presionado, muy presionado desde Lisboa, y por altas consideraciones políticas, consentí en hacer este sacrificio. En las dificultades en que se encuentra el país, todos debemos hacer sacrificios. Yo he hecho éste… André, por su parte, estuvo muy amable, muy afectuoso. De manera que otra vez somos amigos. Amigos políticos, pero muy bien, muy lealmente… He almorzado hoy con él en Corinde y luego hemos venido juntos por los Freixos. ¡Una hermosa tarde!… En fin, ha renacido la antigua armonía. Y mi elección está asegurada.

—¡Venga un abrazo! —gritó Barrolo, emocionado.

Gracinha había acabado por sentarse al borde de la cama, con el sombrero en el regazo, contemplando extasiada a su hermano, con una silenciosa ternura que le humedecía e iluminaba al mismo tiempo sus dulces ojos. El Hidalgo, que se había soltado del abrazo de Barrolo, doblaba la toalla con una lentitud distraída:

—La elección está asegurada, pero tenemos que trabajar. Tú, Barrolo, tienes que hablar también con Cavaleiro. Ya lo he arreglado. Mañana en el Gobierno Civil a las dos. Es necesario que os pongáis de acuerdo los dos sobre los votos de la Murtosa…

—¡No se hable más, chico! ¡Lo que queráis! Votos, dinero…

Y Gonçalo, rociando despacio su chaqueta con agua de colonia, que goteaba sobre el suelo:

—Desde el momento en que yo me he reconciliado con André, todo se ha acabado. Tú, Barrolo, inmediatamente también te reconcilias con él…

Barrolo, en su deslumbramiento, casi dio un brinco:

—¡Pues claro! ¡Y menos mal, porque yo aprecio mucho a Cavaleiro! Incluso he insistido muchas veces con Gracinha…: «¡Oh, señor, esta tontería a causa de la política!…».

—¡Bueno! —concluyó el Hidalgo—. La política nos separó, la política nos une… Es lo que se llama la inconstancia de los tiempos y de los imperios.

Y cogiendo a Gracinha por los hombros y estampándole un beso juguetón en cada mejilla:

—¿Y la tía Arminda? ¿Ya está bien de su escaldadura? ¿Ya ha vuelto a las hazañas de *Leandro, o Belo*?

Gracinha resplandecía, manteniendo aquella suave sonrisa que la envolvía toda en claridad y dulzura:

—La tía Arminda está mejor, ya camina. Preguntó por ti… Pero, Gonçalo, ¡tú seguramente querrás comer algo!

—No, almorcé de una manera tremenda en Corinde… Vosotros, como habréis comido a la hora antigua de la tía Arminda, cenaréis ahora, ¿verdad? Entonces yo ceno más tarde… Ahora sólo una taza de té, ¡bien cargado!

Gracinha corrió, con el alborozo de servir al héroe querido. Y por la escalera, mientras bajaba con Barrolo, que lo contemplaba, el Hidalgo de la Torre lamentó sus sacrificios:

—Realmente, chico, es una lata… ¡Pero qué diablos! ¡Todos debemos contribuir a sacar al país del atolladero!

Barrolo, maravillado, murmuraba:

—Y tú sin decir nada… ¡Así, sin darte importancia! ¡Sin darte importancia!

—Y ahora otra cosa, Barrolo. Mañana en el Gobierno Civil debes invitar a cenar a André…

—¡Por supuesto! —gritó Barrolo—. ¿Una cena de gran gala?

—¡No, hombre! Una cena muy tranquila, muy íntima. Invita solamente a André y a João Gouveia. Telegrafías a João Gouveia. También puedes invitar a los Mendonça… Pero una comida muy discreta, sólo para charlar, para firmar la reconciliación de un modo más sociable, más elegante.

Al día siguiente, en el Gobierno Civil, Barrolo y Cavaleiro se estrecharon las manos con tanta naturalidad como si ambos hubieran estado el día antes jugando al billar y charlando en el club de la Rua das Pegas. Por lo demás, apenas si hablaron brevemente sobre las elecciones. En cuanto Cavaleiro aludió, sin darle importancia, a los votos de la Murtosa, el bueno de Barrolo casi se atragantó, en su afán por ofrecérselos:

—Y todo lo que queráis… Votos, dinero, ¡lo que queráis!… ¡Pedídmelo! Yo iré a la Murtosa y que si comilona, que si cuba de vino a caño suelto, y la comarca entera

votará entre cohetes…

Cavaleiro, riendo, templó aquel fervor ostentoso:

—¡No, mi querido Barrolo, no! Preparamos unas elecciones muy sobrias, muy tranquilas. Vila Clara elegirá diputado a Gonçalo Mendes Ramires, naturalmente, como a su mejor hombre. No habrá lucha; Julinho es una sombra. Por lo tanto…

Barrolo insistía, radiante, bamboleándose:

—¡Perdón, André, perdón! ¡Habrá vino y vivas, y cohetes, una fiesta soberana…!

Pero Gonçalo, embarazado, deseoso de contener el parloteo de Barrolo, las palmadas cariñosas que se propinaba, pavoneándose por la familiaridad con Cavalerio, señaló hacia la mesa de su excelencia:

—Tú tienes que hacer, André. Veo ahí un montón pavoroso de papelotes… ¡No robemos más tiempo al ilustre jefe de la provincia! ¡Al trabajo!

¡A trabajar, hermano mío, que el trabajo,
André, es virtud, es valor!…

Cogió su sombrero e hizo una seña al cuñado. Entonces Barrolo, con las mejillas estallando de gusto, balbució la invitación que ratificaría la reconciliación de un modo sociable y elegante.

—Cavaleiro, para que charlemos más a gusto, si usted quisiera darnos el placer de venir a cenar… El jueves, a las seis y media. Nosotros, cuando está Gonçalo, cenamos siempre más tarde.

Cavaleiro, que había enrojecido, dio las gracias con discreta cortesía:

—Es para mí un inmenso placer, un inmenso honor…

Y en la puerta de la antesala, hasta donde los acompañó, mientras sujetaba el pesado cortinón de paño rojo con las armas reales bordadas, rogó a Barrolo que le pusiera a los pies de la señora doña Graça…

Barrolo, según bajaba la amplia escalera de piedra, se secaba la frente y el cuello, sudorosos por la emoción. Y ya en el patio se desahogó:

—¡Muy simpático este André! Un muchacho franco, que siempre me agradó… Realmente, me moría por que acabasen esas historias… E incluso para los Cunhais, para el grupo, para la tertulia, ¡qué magnífica adquisición!

El jueves por la mañana, después del almuerzo, en la terraza del jardín donde tomaban café, Gonçalo recomendó a Barrolo que, «para acentuar aún más la sencilla intimidad de la cena, no se pusiese el frac…».

—Y tú, Gracinha, vestido cerradito, pero claro, alegre…

Gracinha sonrió vacilante y siguió hojeando un *Almanaque de Lembranças*, acomodada en una silla de mimbre, con un gatito blanco en el regazo.

Tras el alborozo y el asombro del domingo, aparentaba ella ahora un desinterés

silencioso por la reconciliación que todavía conmocionaba Oliveira, por la elección, por la cena. Pero durante aquellos días no había tenido sosiego, mostrándose tan impaciente y sensible que el bueno de Barrolo le había aconsejado constantemente el gran remedio de mamá para los nervios: «Flores de romero cocidas en vino blanco».

Gonçalo percibía claramente la perturbación que le producía aquella entrada triunfal de André, del viejo André, en su casa de casada, en los Cunhais. Y para tranquilizarse, evocaba —como en el camino del cementerio de Vila Clara— la formalidad de Gracinha, su pensamiento recto y puro, la altivez de su almita heroica. Aquella mañana incluso, entregado por completo al reciente y afanoso cuidado de su elección, sólo temía que Gracinha, por azoramiento o cautela, acogiese secamente a Cavaleiro, y enfriase su renovado fervor por la casa de Ramires en su protección política. E insistió bromeando:

—¿Has oído, Gracinha? Un vestido blanco. Un vestidito alegre, que sonría a los invitados…

Ella murmuró, enfrascada en su *Almanaque:*

—Sí, realmente, con este calor…

Pero Barrolo se dio una palmada en el muslo. ¡Qué pena! ¡Qué pena no tener en Oliveira, «para el brindis de la reconciliación», un famoso vino de Oporto, de la bodega de mamá, riquísimo, viejísimo, de los tiempos de don João II…!

—¿De don João II? —masculló Gonçalo—. ¡Estará estropeado!

Barrolo dudó:

—Don João II o VI… De un rey de ésos. ¡En fin, un vino único, del siglo pasado! Sólo le quedan a mamá ocho o diez botellas… Y hoy era el día apropiado para una de ellas, ¿eh?

El Hidalgo dio un sorbo lento al café:

—A André, antiguamente, también le gustaban mucho los huevos estrellados…

Gracinha cerró bruscamente el *Almanaque* y, en una huida silenciosa que hizo enmudecer a Gonçalo, echó de su regazo al gato adormilado, atravesó la terraza y desapareció entre los altos tejos del jardín.

Pero por la tarde, cuando el Hidalgo ocupó su sitio en la mesa oval, al lado de la prima Maria Mendonça, vio enseguida, entre dos compoteras, una fuente de huevos estrellados. A pesar de tratarse de una cena íntima, aparecieron en la mesa, junto con la loza de China, los famosos cubiertos dorados de la vajilla del tío Melchior. Y dos jarrones de Sajonia rebosaban de claveles blancos y amarillos, los colores heráldicos de los Ramires.

Doña Maria, que no veía a su querido primo desde el cumpleaños de Gracinha, murmuró con una sonrisa un sobrio cumplido en medio de aquel ceremonioso silencio con que se desdoblaban las servilletas:

—¡Aún no te he dado la enhorabuena, primo Gonçalo!

Él replicó, moviendo nerviosamente las copas:

—¡Silencio, prima! ¡Silencio! Se ha decidido que hoy aquí ni siquiera se alude a

la política… Hace mucho calor para hablar de política.

Ella suspiró levemente, como desfallecida. «¡Ay, el calor!… ¡Qué horrible calor!». Desde que entró en los Cunhais con aquel vestido negro que «era su traje de ceremonia» no había cesado de envidiar la frescura del vestido blanco de Gracinha…

—¡Qué bien te sienta! ¡Estás lindísima hoy!

Era un vestido liso de crespón blanco, que iluminaba, que remozaba su gracia casi virginal. Y nunca, realmente, había resultado tan seductora, así blanca y delicada, con los ojos verdes refulgiendo como esmeraldas lavadas, la lustrosa ondulación del espeso cabello, el suave rubor transparente, todo un brillo fresco de flor recién regada, de flor revivida, a pesar de la timidez que le inmovilizaba los dedos al levantar la cuchara de plata dorada. Y a su lado, extraordinariamente robusto y fuerte, con la pechera arqueada como una coraza, con dos zafiros en ella y una rosa blanca, abierta en el ojal, André Cavaleiro, que había rechazado la sopa. —¡Oh, en verano nunca tomaba sopa!—, dominaba la mesa, ligeramente emocionado también, pasándose sobre el reluciente bigote un pañuelo tan perfumado que ahogaba el aroma de los claveles. Pero fue él quien reavivó la animación con risueñas quejas sobre el calor, el calor escandaloso de Oliveira… ¡Ah! ¡Qué purgatorio abrasador después de sus dos días en el paraíso, en el delicioso frescor de Sintra!

Doña Maria Mendonça endulzó sus inteligentes ojos y los dirigió hacia el señor gobernador civil. ¿Qué tal Sintra? ¿Animada? ¿Muchas tertulias por la tarde en Seteais? ¿Había visto a la condesa de Chelas, a la prima Chelas?

Sí, en la Pena, en su visita a la reina, Cavaleiro había hablado un momento con la señora condesa de Chelas…

—¡Ah! ¿Y la reina?

—¡Oh! Encantadora como siempre…

La que estaba un poco delgada era la señora condesa de Chelas. Pero tan amable, tan inteligente, tan verdaderamente *grande dame*, ¿verdad? Y como él se inclinó hacia Gracinha, con una dulzura infinita en el simple movimiento de cabeza, ella, perturbada, más sonrojada, balbució que no conocía a la condesa de Chelas… Doña Maria Mendonça reprochó inmediatamente la pereza de los primos Barrolos, siempre encerrados en los Cunhais, sin aventurarse nunca a ir a Lisboa en el invierno, para relacionarse, para conocer a los parientes…

—Y la culpa es del primo José, que detesta Lisboa…

¡Oh, no! ¡Barrolo no detestaba Lisboa! Si pudiese llevarse a Lisboa todas sus comodidades, su cuarto, su cochera, el agua buena de la huerta, el estupendo balcón sobre el jardín, ¡hasta disfrutaría!

—Pero metido en aquellos cuartitos del Bragança… Y luego la mala comida, el ruido… Gracinha en Lisboa nunca consigue dormir… ¿Y la pesadez de las mañanas? ¡Por la mañana no hay nada que hacer en Lisboa!

Cavaleiro sonreía a Barrolo, como encantado con su gracia y con sus razones. Después confesó que él, a pesar de vivir también, ¡gracias al Estado!, en un palacete

cómodo y de disfrutar también de un agua excelente, la finísima agua del pozo de São Domingos, lamentaba que los deberes políticos y la disciplina del partido lo amarrasen a Oliveira. Y todas sus esperanzas estaban en la caída del gobierno, para poder liberarse y pasar tres meses divinos en Italia…

Al otro lado de Gracinha, João Gouveia, siempre tímido y callado delante de señoras, exclamó en un impulso de amistad, de convicción:

—¡Pues, Andrezinho, vete perdiendo las esperanzas! ¡São Fulgêncio no cae! ¡Todavía te tendremos aquí tres o cuatro años!

E insistió, inclinado sobre Gracinha, en un esfuerzo de amabilidad que lo hacía enrojecer:

—São Fulgêncio no cae. Tendremos todavía por aquí a nuestro André tres o cuatro años más.

André protestó, con un ligero movimiento de ojos, cerrando casi las espesas pestañas:

—¡Oh, mi querido João! ¡No me quieras tan mal, no me quieras tan mal!…

Y continuó. ¡Ah, seguro! Aunque tuviese que desertar de su partido —¿qué importa en una hueste potente una lanza herrumbrosa?—, esos meses en Italia, durante el invierno, ya los había soñado, ya los preparaba… ¿Y la señora doña Graça no le permitía que le sirviese un poco de vino blanco?

Barrolo extendió el brazo, efusivo:

—¡Oh, Cavaleiro! Tengo interés en que pruebe este vino con detenimiento… Es de mi quinta de Corvelo… Yo lo aprecio mucho. ¡Pero pruébelo usted con cuidado!

Su excelencia lo probó con devoción, como si comulgase. Y con un cumplido de asentimiento hacia Barrolo, que estaba hueco de gusto:

—¡Una delicia! ¡Una verdadera delicia!

—¿Eh? ¿No es verdad? Yo, personalmente, prefiero este vino de Corvelo a todos los vinos franceses, a los más finos… ¡Hasta aquí nuestro amigo el padre Soeiro, que es un santo, lo aprecia!

Silencioso, oculto tras uno de los altos jarrones de claveles, el padre Soeiro sonrió, ruborizándose:

—Desgraciadamente con mucha agua, señor José Barrolo… El paladar lo pide puro, pero el reuma no lo permite.

Pues José Mendonça, que no temía el reuma, daba siempre buenos tientos a aquel bendito Corvelo…

—¿Qué le parece a usted, João Gouveia?

¡Oh! ¡João Gouveia ya lo conocía, gracias a Dios! Y, realmente, nunca había encontrado en Portugal, como vino blanco, ninguno que se le pudiese comparar, en frescura, en aroma, en sabor…

—¡Y lo voy atacando con fervor, amigo Barrolo! ¡Esta bonita botella de cristal ya va de vencida!

Barrolo estaba exultante. Su pena era que Gonçalo no honrase nunca «aquel

néctar». ¡No! Gonçalo no soportaba los vinos blancos…

—Y hoy precisamente estoy con una sed de esas que sólo me la quita el vino verde, así, un poco espumoso, y con hielo… Que este Vidainhos también es de Barrolo. ¡Oh! Yo no desprecio los vinos de la familia… A este Vidainhos lo considero sinceramente sublime.

Entonces Cavaleiro quiso probar aquel sublime vino verde de la quinta de Vidainhos, en Amarante. El criado, a una seña entusiasmada de Barrolo, presentó a su excelencia una esbelta copa, especial para aquel vino espumoso. Pero Cavaleiro, acariciando el cristal fresco sin levantar la copa, volvió sobre su idea de vacaciones, de viajes, como acentuando su cansancio, su aburrimiento de Oliveira. ¿Y sabía la señora doña Graça hacia dónde iría después de Italia, aquel invierno, si por caridad de Dios cayese el gobierno?… A Asia Menor.

—Sería un viaje para el que yo tentaría, con toda seguridad, a nuestro Gonçalo… ¡Tan fácil ahora, con el ferrocarril!… De Venecia a Constantinopla, un simple paseo. Luego, de Constantinopla a Esmirna, un día, dos, en un vapor excelente. Y desde allí, en una buena caravana, por Trípoli, por la antigua Sidonia, entraríamos en Galilea… ¡Galilea! ¿Eh, Gonçalo? ¡Qué hermosura!

El padre Soeiro, con el tenedor en el aire, recordó tímidamente que en Galilea el señor Gonçalo Ramires pisaría tierra que, en otros tiempos, a punto estuvo de pertenecer a su familia:

—Uno de los antepasados de usted, Gutierres Ramires, compañero de Tancredo en la primera cruzada, rechazó el ducado de Galilea y Transjordania…

—¡Pues hizo muy mal! —gritó Gonçalo, riendo—. ¡Oh, ese antepasado Gutierres hizo muy mal! ¡Porque si hubiese aceptado, no habría ahora, en este mundo, disparate más divertido que yo duque de Galilea! ¡Don Gonçalo Mendes Ramires, duque de Galilea y Transjordania!… ¡Sería simplemente para morirse de risa!

Cavaleiro protestó, con simpatía:

—¡Vaya! ¿Y eso por qué?

—¡No le haga caso! —intervino con los ojos chispeantes doña Maria Mendonça —. El primo Gonçalo, pese a todas estas bromas, es, en el fondo, muy aristócrata… ¡Pero terriblemente aristócrata!

El Hidalgo de la Torre dejó la copa de Vidainhos, después de beber un trago largo y paladeado:

—Aristócrata… Está claro que soy aristócrata. Y sentiría, en efecto, cierto disgusto si hubiese nacido, como una hierba, de otras hierbas sin determinar. Me gusta saber que he nacido de mi padre Vicente, que a su vez nació de su padre Damião, que nació de su padre Inácio, y así siempre hasta no sé qué rey suevo…

—¡Recesvinto! —informó respetuosamente el padre Soeiro.

—Pues hasta ese tal Recesvinto. Lo peor es que la sangre de todos esos padres, realmente, no se diferencia de la sangre de los padres de Joaquim da Porta. ¡Y que desde Recesvinto para atrás, hasta llegar a Adán, yo no tengo más padres!

Y mientras todos reían, doña Maria Mendonça, inclinada hacia él, tras el abanico totalmente abierto, murmuró:

—El primo está siempre con esos desprecios… Pues yo sé de una señora que tiene la mayor admiración por la casa de Ramires y por su representante.

Gonçalo llenaba de nuevo la copa con amor, atento a la espuma:

—¡Bravo! Pero «conviene distinguir», como dice Manuel Duarte. ¿Por quién tiene ella la verdadera admiración, por mí o por el suevo, por Recesvinto?

—Por los dos.

—¡Diablos! —y después, dejando la botella, más serio:

—¿Quién es?

¡Oh! Ella no podía revelarlo. No era aún lo suficientemente vieja como para andar con recaditos amorosos. Pero Gonçalo excusaba el nombre y sólo deseaba saber las cualidades… ¿Era joven? ¿Bonita?

—¿Bonita? —exclamó doña Maria—. ¡Es una de las mujeres más hermosas de Portugal!

Asombrado, Gonçalo lanzó el nombre:

—¡Doña Ana Lucena!

—¿Por qué ella?

—Porque mujer así, tan hermosa, que viva en estos lugares y tan conocida de la prima que le haga confidencias, sólo está doña Ana.

Doña Maria, colocándose las dos rosas que le alegraban el corpiño de seda negra, sonrió:

—Tal vez, tal vez…

—Pues me siento enormemente halagado. Pero aún tengo que distinguir, como Manuel Duarte. Si, por su parte, toda esa simpatía es con buen fin, ¡no! ¡No, Dios Santo, no!… Pero si es con mal fin, entonces prima, cumpliré honradamente con mi deber dentro de mis fuerzas…

Doña Maria escondió el rostro tras el abanico, escandalizada. Después, acechando, con sus agudos ojos centelleantes:

—¡Oh, primo! Pero el buen fin es el que conviene, porque la cosa es la misma y además ¡son doscientos mil escudos!

—¡Oh, esta prima Maria! ¡No hay en toda Europa nadie más inteligente!

Todos, con curiosidad, desearon conocer la nueva gracia de la señora doña Maria. Pero Gonçalo detuvo las curiosidades:

—No se puede contar. Se trata de una boda.

Entonces José Mendonça recordó la maliciosa noticia que desde el día antes tenía agitada Oliveira.

—¡Hablando de bodas!… ¿Qué me dicen ustedes de la boda de doña Rosa Alcoforado?

Barrolo, luego Gouveia y hasta Gracinha, todos la calificaron de «un horror». Aquella muchacha perfecta, de piel tan sonrosada, con aquel cabello de oro, unida a

Teixeira de Carredes, un vejestorio cargado de nietos… ¡Qué desastre!

Pues a Cavaleiro la boda no le parecía una cosa tan «desastrosa». Teixeira de Carredes, además de ser muy fino y muy inteligente, era un viejo lozanísimo, casi sin arrugas, y hasta guapo con aquel contraste del bigote oscuro y la melena blanca y rizada. Y en la señora doña Rosa, con todas las rosas de su piel y todo el oro de su cabello, dominaba «un no sé qué» blandengue y pachucho… Además, era poco lista. Y poco cuidadosa, siempre mal peinada, siempre desaliñada…

—En fin, ustedes perdonen… Pero quien hace una boda muy insípida es el pobre Teixeira de Carredes.

Doña Maria Mendonça miró al gobernador civil con amable asombro:

—Pues si el señor Cavaleiro no admira a Rosinha Alcoforado, entonces no sé a qué muchacha admirará dentro de su provincia…

Y él, enseguida, en un gesto galante:

—¡Aparte de ustedes no admiro a nadie! Realmente yo gobierno la provincia más desprovista de belleza de Portugal…

Todos protestaron. ¿Y Maria Marges? ¿Y la pequeña Reriz, de la Riosa? ¿Y la de Melo Alboim, con aquellos ojos?… Pero Cavaleiro no estaba de acuerdo y a todas las demolía con un leve sarcasmo, por la piel sin lozanía, por el andar sin gracia o por el provincianismo de gusto y modales; siempre por la carencia de las bellezas y gracias que ornaban a Gracinha, arrojando así disimuladamente a sus pies aquel montón de mujeres vencidas y aplastadas. Ella percibió la sutil adulación y sus ojos iluminaron con un fulgor más enternecido el rubor que la abrasaba. Deseando repartir aquel incienso tan concentrado, recordó tímidamente otra belleza de la que se enorgullecía la provincia:

—La hija[23] del vizconde de Rio-Manso, Rosinha Rio-Manso… ¡Es muy bonita!

Cavaleiro triunfó fácilmente:

—¡Pero tiene doce años, señora mía! ¡No es rosita siquiera, es un capullito!…

Casi humildemente, Gracinha recordó a Luísa Moreira, hija de un tendero, muy admirada los domingos en la misa de la catedral y en el Terreiro da Louça:

—Es una bella muchacha… Sobre todo por la figura…

Cavaleiro volvió a triunfar, con galante seguridad:

—Sí, ¡pero tiene los dientes torcidos, doña Graça! ¡Unos dientes de caballo! ¿Nunca se ha fijado?… ¡Oh, una boca muy desagradable! Y además de los dientes, su hermano Evaristo, con aquella cara más chata que su alma, y la caspa, y la porquería, y el jacobinismo… ¡No puede haber una mujer bonita con un hermano tan feo!

Mendonça extendió el brazo, con otra curiosidad que ocupaba Oliveira:

—¡Y hablando de Evaristo!… ¿Va a fundar, por fin, ese nuevo diario republicano, *O Rebate*?

El señor gobernador civil se encogió de hombros con una ignorancia superior y risueña. Pero João Gouveia, colorado y reluciente después de la botella de Corvelo y de la botella de Douro, aseguró que el *Rebate* aparecería en noviembre. Incluso

conocía al patriota que aportaba el dinero. Y la campaña del *Rebate* comenzaba con cinco artículos demoledores sobre la toma de la Bastilla.

El asombro de Gonçalo era ver cómo el republicanismo se extendía en Portugal, hasta en la vieja, en la devota Oliveira…

—Cuando yo estudiaba los preparatorios, había únicamente dos republicanos en Oliveira, el viejo Salema, catedrático de Retórica, y yo. Ahora tenemos partido, comité, dos diarios…, y hasta al barón de Marges con la *Voz Pública* en la mano, paseando bajo la Arcada…

Mendonça, que no temía la República, bromeó:

—Todavía está muy lejos, muy lejos… Todavía tenemos tiempo para comernos estos hermosos huevos estrellados.

—Deliciosos —murmuró Cavaleiro.

—Sí —asintió Gonçalo—, todavía tenemos tiempo para los huevos… Pero que estalle una revolución en España o que muera su joven rey siendo menor de edad, que naturalmente morirá…

—¡Por Dios! ¡Pobrecillo! ¡Pobre madre! —murmuró Gracinha, conmovida.

Cavaleiro la tranquilizó inmediatamente. ¿Por qué iba a morirse el reyezuelo de España? Los republicanos difundían rumores sombríos sobre las enfermedades del excelente niño. Pero él conocía la realidad y aseguraba a la señora doña Graça que, afortunadamente para España, todavía reinarían un Alfonso XIII y hasta un Alfonso XIV. En cuanto a nuestros republicanos, ésos… ¡Dios mío! ¡Simple cuestión de la guardia municipal! Portugal, en sus capas más profundas, seguía siendo monárquico hasta la médula. Y sólo en la superficie, en la burguesía y en las escuelas, flotaba una espuma ligera y bastante sucia que se podía limpiar fácilmente con un sable…

—Usted, doña Graça, que es una perfecta ama de casa, conoce esa operación que se hace a la olla del caldo… Espumar la olla. Con una cuchara. En este caso, con un sable. Y así, con la mayor sencillez, se clarifica Portugal. Es lo que recientemente le he dicho al rey.

Irguió la cabeza y su pechera resplandeció más ancha, como una coraza lo suficientemente fuerte para defender la monarquía entera. Y en el convencido silencio que siguió, los corchos de dos botellas de champán estallaron tras el biombo, en el *office.*

En cuanto el criado, presuroso, llenó las copas, el Hidalgo de la Torre, con una seriedad dulcificada por la sonrisa:

—A tu salud, André. ¡No al gobernador civil sino al amigo!

Todas las copas se alzaron con un susurro cariñoso. João Gouveia agitó la suya con especial efusión, gritando: «¡Andrezinho, viejo amigo!».

Su excelencia apenas si rozó ligeramente la copa de Gracinha. El padre Soeiro musitó una oración de gracias. Y Barrolo, apartando la servilleta:

—¿El café aquí o en el salón?… En el salón estamos más frescos.

En el salón grande, el salón de los terciopelos rojos, la araña lucía solitaria. Por los tres balcones abiertos penetraba la serenidad de la noche cálida, el íntimo silencio de Oliveira. Y abajo, en la plaza, algunos individuos, e incluso dos señoras con blancas manteletas de lana en la cabeza, miraban pasmados aquella claridad de fiesta que brotaba de los Cunhais. Cavaleiro y Gonçalo encendieron los puros en el balcón, respirando el escaso frescor. Y Cavaleiro, con placidez:

—¡He de decirte, Gonçalinho, que se cena magníficamente en casa de tu cuñado! …

Gonçalo quiso que el domingo comiera con él en la Torre. Aún le quedaban unas botellas de Madeira, de los tiempos del abuelo Damião, a las que darían, con la ayuda de Gouveia y Titó, un asalto heroico.

Cavaleiro se lo prometió, ya entusiasmado, mientras cogía de la pesada bandeja de plata, que sostenía con esfuerzo el criado, su taza de café sin azúcar.

—Y tú, en efecto, Gonçalo, ahora no debes apartarte de la Torre. Tu papel se basa en tu presencia en la localidad. El Hidalgo de la Torre está en medio de sus tierras, por las que va a ser elegido para que las represente en las Cortes. Ése es tu papel.

Y Barrolo, con una sonrisa arrobada, surgió entre los dos amigos, a los que enlazó cariñosamente por la cintura:

—¡Y nosotros nos quedamos aquí, trabajando los dos, Cavaleiro y yo!…

Pero doña Maria, desde el canapé en el que se había acomodado, reclamó al primo Gonçalo «para negocios». Junto a una consola, João Gouveia y el padre Soeiro, removiendo su café, estaban de acuerdo en la necesidad de un gobierno fuerte. Y Gracinha, con el primo Mendonça, removía las partituras sobre la tapa del piano, buscando el *Fado dos Ramires.* Mendonça tocaba con brillante soltura, había compuesto valses, un himno al coronel Trancoso, héroe de Machumba, e incluso el acto primero de una ópera, *A Pegureira.* Y como no encontraban el fado con los versos de Videirinha, fue precisamente con uno de sus valses, la *Pérola,* de una cadencia lánguida y amorosa que recordaba el vals del *Fausto,* con el que se arrancó, sin soltar el puro.

Entonces André Cavaleiro, que había vuelto despacio al salón, se estiró el chaleco, se acarició el bigote y, avanzando hacia Gracinha con una actitud medio en serio, medio en broma:

—¿Quiere, señora, concederme el honor?…

Se le ofrecía, abriendo los brazos. Y Gracinha, toda sofocada, cedió, arrastrada inmediatamente en los amplios giros deslizantes que Cavaleiro trazaba sobre la alfombra. Barrolo y João Gouveia corrieron a apartar las butacas, despejando un espacio en el que el vals se desarrolló dejando la suave estela blanca del vestido de Gracinha. Pequeñita y leve, toda ella se perdía, como fundida en la fuerza viril de Cavaleiro, que la arrebataba en lentos giros, con el rostro inclinado, respirando el olor de sus cabellos magníficos.

Desde el borde del canapé, con sus vivos ojos centelleantes, doña Maria

Mendonça se asombraba:

—¡Pero qué bien, qué bien baila el vals el señor gobernador civil!…

A su lado, Gonçalo se retorcía nerviosamente el bigote, con la sorpresa de aquella familiaridad, renovada por Cavaleiro con tan serena confianza, y por Gracinha con tal abandono… Giraban, enlazados. De los labios de Cavaleiro brotaba una sonrisa, un susurro. Gracinha jadeaba, mientras sus zapatos de charol brillaban bajo la falda que se enrollaba en los pantalones de Cavaleiro. Y Barrolo, extasiado, cuando ellos lo rozaban, daba palmas cariñosas y gritaba:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Estupendamente!… ¡Bravísimo!

CAPÍTULO VII

GONZALO regresaba para el almuerzo después de un paseo por el jardín hojeando la *Gazeta do Porto*, cuando divisó en el banco de piedra, junto a la puerta de la cocina, donde Rosa renovaba el alpiste en la jaula de su canario, a Casco, José Casco, el de los Bravais, que lo estaba esperando, pensativo y abatido, con el sombrero sobre las rodillas. Rápidamente, para esquivarlo, se enfrascó de nuevo en el periódico. Pero notó la figura flaca y alargada del hombre que surgía de la sombra del emparrado y avanzaba en la claridad centelleante del patio, vacilando, como asustada… Y, animado por la proximidad de Rosa, se detuvo, forzando una sonrisa, mientras Casco enrollaba en sus manos trémulas el ala dura del sombrero, balbuciendo:

—Si el señor Hidalgo me hiciese la caridad de una palabra…

—¡Ah! ¡Es usted, Casco! Hombre, no lo había reconocido… ¿Qué ocurre?

Dobló el periódico, tranquilizado, gozando incluso de la sumisión de aquel valiente que tanto lo había asustado, erguido y negro como un pino en la soledad del pinar. Y Casco, atragantándose, estiraba, alargaba el pescuezo dentro del tosco cuello bordado, hasta que sacó toda su alma en una súplica sollozante, conteniendo las lágrimas que le asomaban:

—¡Ay, mi señor Hidalgo, perdone por quien es! ¡Perdóneme, que yo no sé ni pedirle perdón!

Gonçalo interrumpió al hombre con generosidad y dulzura. ¡Él bien que se lo advirtió! Nada se arregla gritando, levantando un palo…

—¡Y mire, Casco! Cuando me salió usted al encuentro en el pinar, yo llevaba un revólver en el bolsillo… Siempre llevo un revólver. Desde que una noche en Coimbra, en el Choupal, me asaltaron dos borrachos, llevo siempre el revólver por precaución… ¡Piense usted ahora qué desgracia si saco el revólver, si disparo!… ¡Qué desgracia! ¿Eh?… Afortunadamente, en un instante pensé que me perdía, que lo mataba, y huí. Por eso huí, por no disparar… En fin, ya pasó todo. Yo no soy persona rencorosa, ya lo he olvidado. Con tal de que usted, ahora ya tranquilo y en su juicio, lo olvide también.

Casco manoseaba las alas del sombrero con la cabeza agachada. Y sin levantarla, sin atreverse, ronco por los sollozos que lo ahogaban:

—¡Pues ahora es cuando me acuerdo, señor Hidalgo! ¡Ahora es cuando me atormento por aquella locura! ¡Ahora! ¡Después de lo que el señor Hidalgo ha hecho por la mujer y por el pequeño!…

Gonçalo sonrió, encogiéndose de hombros:

—¡Qué tontería, Casco!… Su mujer apareció aquí una noche de aguacero… Y el pequeñín enfermo, probrecillo, con fiebre… ¿Cómo seguía, Manelzinho?

Casco musitó desde lo más profundo de su humildad:

—Gracias a Dios, señor, muy sanito, muy robustito.

—Menos mal… Póngase el sombrero. ¡Póngaselo, hombre! ¡Y adiós!… No tiene usted nada que agradecerme, Casco… ¡Y mire! Tráigame algún día al pequeño. Me gustó. Es muy despierto.

Pero Casco no se retiraba, pegado a las losas. Por fin, estallando en un sollozo:

—Es que yo no sé cómo decírselo, mi señor Hidalgo… ¡Un día en la cárcel, y se acabó! Tengo genio, hice una burrada y con el cuerpo la pagué. Y pagué poco gracias al Hidalgo… Pero después, cuando salí, cuando supe que la mujer había venido de noche a la Torre y que el Hidalgo hasta la había arropado con una capa, y que no había dejado salir al pequeño…

Se detuvo, ahogado por la emoción. Y como Gonçalo, también conmovido, cariñosamente le daba golpecitos en el hombro, «se acabó, no se hable más de esas bagatelas…», Casco estalló, con una gran voz dolorida y quebrada:

—¡Pero es que el señor Hidalgo no sabe lo que es para mí ese pequeño!… ¡Desde que Dios me lo mandó he tenido aquí dentro una pasión por él que hasta parece mentira!… Mire, la noche que pasé en la cárcel del pueblo, no dormí… Y, Dios me perdone, pero no pensé en la mujer, ni en la pobre vieja, ni en la poquita tierra que cultivo, todo abandonado… Toda la noche la pasé gimiendo: «¡Ay, mi querido hijito! ¡Ay, mi querido hijito!…». Después, cuando la mujer, ya en la carretera, me dijo que el Hidalgo lo había dejado con él en la Torre, lo había acostado en su mejor cama y había mandado llamar al médico… Y luego, cuando supe por el señor Bento que el señor Hidalgo había subido por la noche para ver si estaba bien tapado y le había arreglado la ropa al pobrecito…

Y arrebatadamente, en un llanto incontenible, gritando: «¡Ay, mi señor Hidalgo! ¡Mi señor Hidalgo!…», Casco agarró las manos de Gonçalo y las besaba y las volvía a besar, inundándolas de gruesas lágrimas:

—¡Vamos, Casco! ¡Qué tontería!… ¡Deje, hombre!

Pálido, Gonçalo se sacudía aquella gratitud furiosa, hasta que los dos se miraron cara a cara, el Hidalgo con las pestañas húmedas y trémulas, el labrador de los Bravais sollozando, lleno de confusión. Y fue éste quien, por fin, reprimiendo un último sollozo, se recuperó y se desahogó de la idea que lo había llevado allí, ciertamente fraguada en lo más profundo de su corazón, y que ahora le endurecía la cara y el gesto en una determinación que no vacilaría nunca:

—Señor Hidalgo, yo no sé hablar, no sé decir las cosas… Pero si de hoy en adelante, sea para lo que sea, el señor Hidalgo necesita la vida de un hombre, ¡aquí tiene la mía!

Gonçalo tendió la mano al labrador con mucha sencillez, como un Ramires de antaño recibiendo la pleitesía de un vasallo.

—Gracias, José Casco.

—¡Entendido, señor Hidalgo, y que Dios Nuestro Señor lo bendiga!

Gonçalo, perturbado, subió presuroso la escalera, mientras Casco cruzaba el patio

lentamente, con la cabeza bien alta, como quien tenía una deuda y la ha pagado.

Y arriba, en la biblioteca, Gonçalo pensaba con asombro: «¡Hay que ver cómo en este mundo sentimental se ganan los afectos gratuitamente!…». Porque, en fin, ¿quién iba a dejar que una criaturita con fiebre se arriesgase de noche por una carretera oscura, bajo la lluvia y el vendaval? ¿Quién no la acostaría, no le prepararía un ponche y no le arreglaría las mantas para mantenerla bien arropada? Y por ese ponche y esa cama, ¡viene corriendo el padre, temblando y llorando, a ofrecerme su vida! ¡Ah, qué fácil era ser rey, y rey popular!

Y aquella certeza lo animaba más aún a obedecer el consejo de Cavaleiro y comenzar inmediatamente a efectuar sus visitas a los electores influyentes, aquellas visitas aduladoras que le asegurarían ser elegido por unanimidad aplastante. Nada más acabar de almorzar, sobre el mantel mismo, apartando los platos, copió la lista de aquellos magnates, según el borrador que le había proporcionado João Gouveia. Eran el doctor Alexandrino; el viejo Gramilde, de Ramilde; el padre José Vicente, de la Finta, y otros menos importantes. Y Gouveia había marcado con una cruz, como el más poderoso y el más difícil, al vizconde de Rio-Manso, que controlaba la inmensa provincia de Canta-Pedra. Gonçalo conocía a esos señores, hombres con posesiones y dinero —con todos ellos había estado endeudado su padre en otros tiempos—, pero nunca había visto al vizconde de Rio-Manso, un viejo brasileño, dueño de la finca de la Varandinha, en la que vivía solitario con una nieta de once años, aquella linda Rosinha a la que llamaban «el capullito de Rosa», la heredera más rica de toda la provincia. Y aquella misma tarde, en Vila Clara, pidió a João Gouveia una carta de presentación para Rio-Manso.

El alcalde dudó:

—Usted no necesita ninguna carta… ¡Qué diablos! ¡Usted es el Hidalgo de la Torre! Llega, entra y habla… Además, en las pasadas elecciones Rio-Manso ayudó a los otros, a los regeneradores, de manera que estamos un poco tirantes. Rio-Manso es un testarudo… ¡Pero, en efecto, Gonçalinho, conviene comenzar esa caza de popularidad!

Aquella noche, en el casino, el Hidalgo, iniciando la «caza de popularidad», aceptó una invitación del comendador Romão Barros —del pelma, del grotesco Barros—, para el banquete fastuoso con el que celebraba en su quinta de la Roqueira la fiesta de San Román. Y aquella semana entera y la siguiente, las pasó así en Vila Clara, animando a los electores, hasta el extremo de haber llegado a comprar unas horrendas camisas de algodón en la tienda de Ramos, haber encargado un saco de café en la de comestibles de Telo, haber ofrecido el brazo en el Largo do Chafariz a la horrible mujer del borrachísimo Marques Rosendo, y de haber frecuentado, con el sombrero echado hacia atrás, el billar de la Rua das Pretas. João Gouveia no aprobaba esos excesos, aconsejándole más bien «buenas visitas, lo más *chic* posibles, a los serios e influyentes». Pero Gonçalo bostezaba, las retrasaba, con la insuperable pereza de tener que afrontar la maledicencia impertinente del viejo Gramilde, o la

solemnidad forense del doctor Alexandrino.

Agosto terminaba, y a veces, en la biblioteca, Gonçalo, rascándose desconsoladamente la cabeza, contemplaba las blancas cuartillas, el capítulo tercero de *A Torre de dom Ramires,* interrumpido… ¡Pero claro! ¡No podía, con aquel calor y con la preocupación de las elecciones, sumirse de nuevo en la época alfonsina!

Cuando refrescaban las tardes lentas, montaba a caballo y alargaba su paseo por los alrededores, sin olvidarse de los consejos de Cavaleiro, que le había recomendado llevar siempre los bolsillos llenos de caramelos de hierbas para tirar a los chiquillos. Pero en una carta a su querido André, ya le había confesado que «su popularidad no crecía, no aumentaba…».

> ¡No! ¡Realmente, viejo amigo, no tengo ese don! Sé tan sólo charlar familiarmente con los hombres, saludar por su nombre a las viejas en los umbrales de las puertas, bromear con la chiquillería, y si encuentro una boyerita con la faldita rota, darle unas monedas para que se compre una faldita nueva… Pero todas esas cosas tan naturales siempre las he hecho con toda espontaneidad, desde niño, sin que me conquistasen ninguna influencia apreciable… Necesito, por tanto, que esa querida autoridad me empuje con su brazo poderoso y diestro…

Aun así, una tarde, al encontrarse junto a la Torre al viejo Cosme de Nacejas, y después, un domingo, cuando cruzaba hacia las Ave-Marias por la Bica-Santa, a Adrião Pinto, del caserío de Levada, ambos labradores, muy considerados y agitadores en las elecciones, les había pedido los votos, despreocupadamente y riendo. Y casi se quedó asombrado de la prontitud y el fervor con el que los dos se le ofrecieron: «¿Para el señor Hidalgo? ¡Pues no hay más que hablar! ¡Aunque hubiera que votar contra el gobierno, que es nuestro padre!». Y en Vila Clara, con Gouveia, Gonçalo deducía de estos ofrecimientos tan ardorosos «la inteligencia política de la gente del campo»:

—¡Está claro que no es por mi cara bonita!, sino que saben que yo soy hombre que habla, que luchará por los intereses de la tierra… ¡Sanches Lucena no pasaba de ser un consejero muy rico y muy mudo! Esta gente quiere un diputado que grite, que pelee, que se imponga… Votan por mí porque represento una inteligencia.

Y Gouveia insistía, mirando pensativamente al Hidalgo:

—¡Hombre! ¿Quién sabe? Nunca lo ha comprobado, Gonçalo Mendes Ramires. ¡Tal vez sea realmente por su cara bonita!

En uno de aquellos paseos, un caluroso viernes, con el sol todavía alto, Gonçalo atravesaba el pequeño caserío de la Veleda, en el camino de Canta-Pedra. Una vez pasadas las casuchas que se apiñan al borde de la carretera blanquecina, muy enjalbegada, en una explanada frente a la iglesia, está la famosa taberna de «Pintainho»[24], a la que el emparrado del jardín y la fama del conejo guisado atraen a mucha gente durante las ferias de Veleda. Aquella mañana Titó, después de una madrugada de caza a las perdices en Valverde, había aparecido por la Torre para

almorzar, rugiendo de hambre. Como era viernes, Rosa había preparado una pescadilla con tomate y después un bacalao asado formidables. Y Gonçalo, muerto de sed toda la tarde y reseco además por el polvo del camino, se detuvo ávidamente ante el portón de la venta, llamando a voces a Pintainho:

—¡Oh, señor Hidalgo!

—¡Pintainho! ¡Deprisa! ¡Una sangría! Una gran sangría bien fresca, que me muero…

Pintainho, un viejo rollizo de pelo rubio, no tardó en venir con un vaso apetitoso y grande en el que flotaba, sobre la espumilla de azúcar, una rodaja de limón. Y Gonçalo saboreaba la sangría con inefable deleite cuando desde la ventana baja de la venta salió un silbido lento, fino y trinado, como el de los arrieros cuando animan a sus bestias a beber en los riachuelos. Gonçalo detuvo el vaso en el aire, asustado. Y a la ventana se asomó un hombretón garboso de cara muy blanca y patillas rubias que, con los puños sobre el antepecho y la cabeza levantada, lo miraba atrevidamente, con descarada actitud bravucona y desafiante. De un vistazo, el Hidalgo reconoció a aquel cazador que ya una tarde, en el caserío de Nacejas, junto a la fábrica de vidrios, lo había mirado con arrogancia, le había rozado la pierna con la escopeta, e incluso después, parado bajo la ventana de una muchacha de chaquetilla azul, le había hecho una seña burlona mientras él bajaba por la ladera. ¡Era el mismo! Como si no hubiese advertido el ultraje, Gonçalo bebió apresuradamente la sangría, lanzó una moneda al pobre Pintainho, sobrecogido, y espoleó la fina yegua. Pero entonces, desde la ventana, le llegó una risita, cacareada y burlona, que le recorrió la espalda como un latigazo. Gonçalo se alejó al galope. Y más adelante, frenando a la yegua en el refugio de una vereda, pensó, trémulo todavía: «¿Quién será ese desvergonzado?… ¿Y qué le habré hecho yo, Santo Dios? ¿Qué le habré hecho?…». Al mismo tiempo, todo su ser se desesperaba contra aquel desgraciado *miedo,* encogimiento de la carne, escalofrío de la piel, que siempre, ante un peligro, ante una amenaza, ante un bulto que surgiese de la sombra, ¡lo aturdía y lo impulsaba furiosamente a huir, a escapar a toda prisa! ¡Porque a su alma, gracias a Dios, no le faltaba arrojo! ¡Pero era el cuerpo, el cuerpo traicionero el que, con un estremecimiento, con un terror, huía, se zafaba, arrastrando al alma, mientras por dentro ésta se enfurecía!

Entró en la Torre mortificado, envidiando el coraje de los mozos de su quinta, rumiando un rencor triste contra aquel bruto de patillas rubias, ¡al que, ciertamente, denunciaría a Cavaleiro y lo enterraría en la cárcel! Pero, nada más penetrar en el corredor, Bento le borró aquellos pensamientos al aparecer con una carta «que había traído un mozo de la Feitosa…».

—¿De la Feitosa?

—Sí, señor. De la quinta del señor Sanches Lucena, que en gloria esté. Dijo que venía de parte de las señoras…

—¡De las señoras!… ¿Qué señoras?

Sin orla de luto la carta no podía ser de la bella doña Ana… Pero era de doña

Maria Mendonça, que firmaba: «Tu afectísima prima, Maria Severim». La leyó en un instante, movido enseguida por aquella nueva sorpresa, olvidándose de la venta de Pintainho y de la afrenta:

Mi querido primo:

Desde hace tres días estoy aquí con mi amiga Anica, y como ha pasado el mes entero de luto riguroso y ella ya puede salir —e incluso lo necesita, porque ha estado un poco delicada—, yo aprovecho la ocasión para recorrer estos alrededores que dicen que son tan bonitos y que conozco muy poco. Pensamos ir el domingo a visitar Santa Maria de Craquede, donde están las tumbas de los antiguos tíos Ramires. ¡Qué impresión van a causarme!… Pero, según parece, además de los sepulcros del claustro, existen otros, aún más antiguos, que fueron destruidos en tiempos de los franceses, y que están en un subterráneo, donde no se puede entrar sin permiso y sin que traigan la llave. Te pido, pues, querido primo, que des órdenes para que el domingo podamos bajar al subterráneo, que todos aseguran que es muy interesante, porque todavía quedan allí huesos y armas. Si en la Torre hubiese alguna señora, yo misma iría a hacerte esta petición… Pero no se puede visitar a un solterón tan peligroso. ¡Cásate pronto!… De Oliveira tenemos buenas noticias.

Confía en mí siempre, etc.

Gonçalo miró a Bento, que esperaba interesado ante aquel asombro del señor doctor:

—¿Tú sabes si en Santa Maria de Craquede hay otros sepulcros en un subterráneo?

Entonces el asombro pasó a Bento:

—¿En un subterráneo?… ¿Sepulcros?

—¡Sí, hombre! Además de los que están en el claustro, parece ser que hay otros más antiguos, bajo tierra… Yo no los he visto nunca, no recuerdo. ¡También es verdad que hace muchos años que no entro en Santa Maria de Craquede! ¡Desde que era pequeño!… ¿Tú sabes algo?

Bento se encogió de hombros.

—¿Y Rosa no sabrá nada?

Bento meneó la cabeza, dudando.

—¡Vosotros es que nunca sabéis nada! ¡Bueno! Mañana temprano corre a Santa Maria de Craquede y pregunta en la iglesia, al sacristán, si existe ese subterráneo. Si existiera, que se lo enseñe el domingo a unas señoras, a doña Ana Lucena y a doña Maria Mendonça, mi prima Maria… ¡Y que tenga todo barrido, todo adecentado!

Pero, repasando la carta, encontró una posdata con letra más menuda, en una esquina de la hoja: «El domingo, no te olvides, la visita será *¡entre las cinco y las cinco y media!*».

Gonçalo pensó: «¿Será una entrevista?». Y en la biblioteca, tirando sobre una silla el sombrero y la fusta, llegó a la conclusión de que se trataba de una entrevista, ¡muy clara y muy concreta! Y tal vez ni siquiera existiese aquel subterráneo, y Maria Mendonça, con su tortuosa habilidad, se lo habría inventado, como pretexto natural para escribirle y anunciarle que el domingo, a las cinco y media, la bella doña Ana y sus doscientos mil escudos lo esperarían en Santa Maria de Craquede. Pero entonces, ¿la prima Maria no había bromeado en Oliveira? ¿Acaso él le gustaba realmente a aquella doña Ana?… Y una emoción, una curiosidad voluptuosa se apoderó de

Gonçalo ante la idea de que mujer tan hermosa lo deseara. ¡Ah! ¡Pero con toda seguridad lo desearía para marido, porque si lo quisiera para amante no se habría valido de los servicios de doña Maria Mendonça, ni la prima Maria, a pesar de ser tan aduladora con las amigas ricas, se los prestaría así, tan descaradamente como una celestina de comedia! Y ¡caramba! Casarse con doña Ana, ¡no!

¡De pronto, deseó conocer la vida de doña Ana! ¿Habría soportado durante tantos años, con rígida fidelidad, al viejo Sanches Lucena? Sí, tal vez en la Feitosa, en la soledad de los grandes muros de la Feitosa, porque jamás había corrido sobre ella un rumor en una tierra como aquélla, tan ávida de rumores malévolos. Pero ¿y en Lisboa?… ¿Y aquellos «amigos apreciadísimos» de los que se ufanaba el pobre Sanches, aquel don João no sé qué, aquel pomposo Arronches Manrique, o aquel Filipe Lourençal con su cornetín?… Seguramente alguno la habría atacado. Tal vez aquel don João, por deber tradicional del nombre. ¿Y ella? ¿Quién podría informarle sobre el historial sentimental de doña Ana?

Después, de repente, durante la cena, pensó en Gouveia. Una hermana de Gouveia, casada en Lisboa con un tal Cerqueira —refundidor de comedias de magia y empleado en la Misericordia—, solía enviar a su hermano el alcalde informes íntimos sobre todas las personas conocidas de Oliveira y de Vila Clara que se detenían en Lisboa y que interesaban a su hermano por fines políticos o por chismorreo. Y seguro que el querido Gouveia, a través de su hermana, la Cerqueira, conocía al detalle la historia de doña Ana durante sus inviernos de Lisboa, en las deliciosas reuniones de su «selecto grupo».

Pero aquella noche el alcalde no apareció por el casino, y Gonçalo, desconsolado, se retiraba a la Torre cuando se lo encontró con Videirinha en el Largo do Chafariz, sentados ambos en un banco, bajo las oscuras acacias.

—¡Llega usted a tiempo! —exclamó Gouveia—. Justamente nos disponíamos a marchar a mi casa para tomar un té. ¿Quiere venir?… A usted suelen gustarle mis tostaditas.

El Hidalgo aceptó, a pesar de estar cansado. Y ya en la Calçadinha, cogiendo del brazo al alcalde, le contó que había recibido una carta de Lisboa, de un amigo, con una noticia estupenda… ¿Y cuál era? La boda de doña Ana Lucena.

Gouveia se detuvo, asombrado, echándose hacia atrás el bombín.

—¡¿Con quién?!

Gonçalo, tal como había inventado la carta, inventó el novio:

—Con un pariente mío lejano, según parece, un tal don João Pedroso o de la Pedrosa. Sanches Lucena me habló de él muchas veces… Se veían mucho en Lisboa…

Gouveia golpeó con la punta del bastón sobre las piedras:

—¡No puede ser!… ¡Qué disparate! Doña Ana no va a concertar su boda siete semanas después de haber muerto su marido… ¡Tenga en cuenta que Lucena murió a mediados de julio, hombre! ¡Aún no ha tenido tiempo ni de acostumbrarse a la

sepultura!

—¡Sí, en efecto! —murmuró Gonçalo.

Y sonrió envuelto en una dulce ráfaga de vanidad, pensando que siete semanas después de haber enviudado, ella, sin poder resistir, pisoteando decencia y luto, le ofrecía a él un encuentro en las ruinas de Craquede.

Por lo demás, la mentira, a pesar de disparatada, le fue provechosa porque, después de subir a la salita verde del alcalde, se repitió el asombro. Videirinha se frotaba las manos, divertido:

—¡Tiene gracia, señor doctor!… Mira que si doña Ana, después de agarrar los doscientos mil escudos del viejo, en cuanto pasan unas semanas, ¡zas!, se lía con un muchachote joven…

—¡No! ¡No!… —Gonçalo, ahora, recapacitando, también consideraba disparatada la noticia de la boda, así, con el pobre Sanches Lucena todavía caliente…

—Naturalmente, entre ella y ese tal don João habría algún amorío, miraditas… Por eso lo habrán inventado. En efecto, alguien me contó hace ya tiempo que el tal don João se lanzaba sobre ella valientemente, como corresponde a un donjuán, y que ella…

—¡Mentira! —atajó el alcalde, inclinándose sobre el tubo del quinqué para enceder el cigarro—. ¡Mentira! Lo sé perfectamente, y de muy buena tinta… ¡En fin, lo sé por mi hermana! Nunca, en Lisboa, dio motivo doña Ana para que se murmurase. Es muy formal, de lo más seria. Claro está que no han faltado por allí granujas que la cortejasen con ojos tiernos… Tal vez ese don João, o cualquier otro amigo del marido, siguiendo la buena ley de la naturaleza. Pero ella, ¡nada! ¡Ni una mirada de reojo! ¡Esposa romana, amigo mío, y de los buenos tiempos romanos!

Gonçalo, hundido en el canapé, se retorcía lentamente el bigote, deleitado, recogiendo aquellas revelaciones. Y Gouveia, en medio del salón, con aire convencido y superior:

—¡No es de extrañar! Estas mujeres muy hermosas son insensibles. Bellos mármoles, pero mármoles fríos… No, Gonçalinho, ¡para el sentimiento y para el alma, e incluso para lo demás también, vengan mujeres pequeñitas, delgaditas, morenitas! ¡Ésas sí!… Pero esas imponentes mujeres blancas, del tipo de Venus, son sólo para vista, sólo para los museos.

Videirinha aventuró una duda:

—Una señora tan hermosa como doña Ana y con aquella sangre, así casada con un viejo…

—¡Hay mujeres a las que les gustan los viejos porque ellas mismas tienen sentimientos viejos! —declaró Gouveia, apuntando con el dedo, con una autoridad y una filosofía inmensa.

Pero la curiosidad de Gonçalo no se contentaba con aquello. ¿Y en la Feitosa? ¿No se murmuró nunca de alguna aventura oculta? Parece ser que con el doctor Júlio…

De nuevo inventaba el Hidalgo. Y de nuevo Gouveia rechazaba la «mentira»:

—Ni en la Feitosa, ni en Oliveira, ni en Lisboa… Además, ¡es como yo le digo, Gonçalo Mendes, mujer de mármol!

Y luego, alabándola, con sumisa admiración:

—Ahora que como el mármol… ¡No se imaginan ustedes, amigos míos, la belleza de esa mujer escotada!

Gonçalo se admiró:

—¿Y dónde la vio usted escotada?

—¿Que dónde la vi escotada? En Lisboa, en un baile de palacio… Fue incluso Lucena quien me proporcionó la invitación para palacio. Y allí me presenté, de calzón corto… Un aburrimiento. Y también una vergüenza; toda aquella turba amontonada sobre las mesas del *buffet*, gritando, para agarrar furiosamente un pedazo de pavo…

—Pero ¿y doña Ana?

—¡Pues doña Ana, una belleza! ¡Ni se lo imaginan!… ¡Santo Dios! ¡Qué hombros! ¡Qué brazos! ¡Qué pecho! De una blancura, de una perfección… ¡Para volverse loco! Al principio, como había mucha gente y ella estaba en un rincón encogida, no causó sensación. Pero luego la descubrieron, y todo fueron carreritas, grupos pasmados… Y «¿quién será?». Y «¡qué encanto!». Todo el mundo perdidito por ella, ¡hasta el rey!

Por un momento, los tres hombres enmudecieron con la impresión del hermoso cuerpo evocado, que surgía ante ellos casi desnudo, inundando con el esplendor de su blancura la modesta sala mal iluminada. Por fin, Videirinha acercó su silla, con aire confidencial, para aportar también él su información:

—Pues, por mi parte, lo que puedo afirmar es que doña Ana es una mujer muy aseada, muy lavada…

Y como los otros se asombraban, riendo, de aquella certeza tan íntima, Videirinha contó que todas las semanas aparecía en la botica de Pires un mozo de la Feitosa para comprar tres o cuatro frascos de agua de colonia portuguesa, una fórmula de Pires.

—Hasta Pires decía siempre, frotándose las manos, que en la Feitosa regaban las tierras con agua de colonia. Después, lo supimos por la criada… Doña Ana toma todos los días un gran baño, no sólo para lavarse, sino por placer. Se pasa una hora en la bañera. Hasta lee allí dentro el periódico. Y en cada baño, ¡zas!, medio frasco de agua de colonia… ¡que ya es lujo!

Entonces Gonçalo sintió como un hastío por todas aquellas revelaciones del alcalde y del auxiliar de farmacia, sobre los escotes y los lavados de aquella bonita mujer que lo esperaba entre los sepulcros de los Ramires seculares. Agitó el periódico con el que se estaba abanicando y exclamó:

—¡Bueno! Pasando a cosas más serias… Gouveia, ¿qué ha sabido del doctor Júlio? ¿Trabaja el hombre en su elección?

La criada entró con la bandeja del té. Y alrededor de la mesa, tomando las

famosas tostadas, charlaron sobre las elecciones, sobre los informes de los alcaldes, sobre la reserva de Rio-Manso y sobre el doctor Júlio, al que Videirinha se había encontrado en los Bravais mendigando votos por las puertas, acompañado por un mozo con la máquina fotográfica a la espalda.

Después del té, Gonçalo, cansado y ya abastecido de «revelaciones», encendió el puro para retirarse a la Torre.

—¿No me acompaña usted, Videirinha?

—Hoy, señor doctor, no puedo. Salgo de madrugada hacia Oliveira, en la diligencia.

—¿Qué diablos va usted a hacer a Oliveira?

—Es a causa de unos zapatos de playa y de un traje de baño de mi patrona, doña Josefa Pires… Tengo que cambiarlos en los Emilios y llevarle las medidas.

Gonçalo levantó los brazos, desolado:

—¡Fíjense qué país este! Un gran artista como Videirinha, ¡cargando hasta Oliveira con los zapatos de baño de su patrona Pires!… ¡Oh, Gouveia! Cuando yo sea diputado tenemos que buscar un buen puesto para Videirinha en el Gobierno Civil. ¡Un puesto fácil y de poco trabajo para que no olvide el violón!

Videirinha enrojeció de gusto y de esperanza, corriendo a descolgar de la percha el sombrero del Hidalgo.

Por la carretera de la Torre, los pensamientos de Gonçalo volaron enseguida, con irresistible tentación, hacia doña Ana, hacia sus escotes, hacia los perezosos baños en los que se olvidaba de todo leyendo el periódico. En fin, ¡qué diablos!… Aquella doña Ana, así tan honesta, tan perfumada, tan espléndidamente bella, sólo presentaba, incluso como esposa, un feo *defecto:* el papá carnicero. Y también la voz, aquella voz que tanto le estremeció en la Bica-Santa… Pero Mendonça aseguraba que aquel timbre arrastrado y grueso en la intimidad desaparecía, volviéndose suave y casi dulce… ¡Además, unos meses de convivencia habitúan a uno a las voces más desagradables, y él mismo, ahora, ya ni notaba lo gangoso que era Manuel Duarte! ¡No! La mancha persistente, realmente, era sólo lo del padre carnicero. Pero en esta Humanidad, nacida toda de un solo hombre, ¿quién entre sus miles de antepasados hasta Adán, no tiene alguno carnicero? Él mismo, un buen Hidalgo, de un linaje de reyes del que irradiaban las dinastías, seguramente, escarbando en el pasado, se encontraría con un antepasado carnicero. Y lo mismo si el carnicero aparecía enseguida en la primera generación, en una carnicería con clientela, que si sólo se esfumaba a través de los densos siglos, entre trigésimos antepasados, ¡allí estaba, con el cuchillo y el tajo, las tajadas de carne y las manchas de sangre en el brazo sudoroso!…

Y ese pensamiento no lo abandonó en la carretera hasta la Torre, ni siquiera después, ya en la ventana de su cuarto, terminando el puro y escuchando cantar a las cigarras. Incluso estaba ya acostado y cerrándosele los párpados y aún sentía que sus pasos impacientes se dirigían hacia atrás, hacia el oscuro pasado de su estirpe,

buscando al carnicero entre la enmarañada historia… Estaba ya más allá de los confines del imperio visigodo, donde reinaba con un globo de oro en la mano su barbudo abuelo Rescesvinto. Agotado, jadeando, dejó atrás las ciudades cultas, pobladas de hombres cultos, y penetró en las selvas por donde aún surcaban los mastodontes. Entre la húmeda espesura se había cruzado ya con indeterminados Ramires que cargaban, gruñendo, reses muertas, haces de leña. Otros surgían de cubiles humeantes, rechinando unos afilados dientes verdosos, para sonreír al nieto que pasaba. Después, por tristes yermos, bajo tristes silencios, llegó a una laguna envuelta en nieblas. Y a la orilla del agua cenagosa, entre los cañaverales, un hombre monstruoso, peludo como una fiera, agachado en el lodo, partía a recios golpes con un hacha de piedra trozos de carne humana. Era un Ramires. En el cielo ceniciento volaba un azor negro. Y enseguida, de entre la neblina de la laguna, él hacía un gesto en dirección a Santa Maria de Craquede, hacia la hermosa y perfumada doña Ana, gritando por encima de los imperios y de los tiempos: «¡He encontrado a mi antepasado carnicero!».

El domingo Gonçalo despertó con una «¡astuta idea!». ¡No correría a Santa Maria de Craquede con ansiosa puntualidad, a las cinco —las cinco indicaba la posdata de la prima Maria—, mostrando su alegría por ver a la tan bella y rica doña Ana Lucena!, sino que, a las seis, cuando acabase la excursión de las señoras a los sepulcros, aparecería él indolentemente, como si, al regresar de un paseo por las frescas cercanías, se acordase y se detuviese en las ruinas para charlar con la prima Maria.

Sin embargo, en cuanto dieron las cuatro comenzó a vestirse con tanto esmero que Bento, cansado de la cantidad de corbatas que el señor doctor se probaba y después tiraba arrugadas sobre el diván, no pudo contenerse:

—¡Póngase la de seda blanca, señor doctor! ¡Póngase la blanca, que le sienta mejor! Y refresca más con este calor.

Incluso se esmeró también en la elección de un ramito para el ojal, juntando los colores heráldicos de los Ramires: un clavel amarillo y otro blanco. En el portón, apenas montó en la yegua, temió que las señoras —no encontrándolo en el claustro— acortasen la visita, y avivó el trote por el atajo de la Portela. Luego, más adelante, al desembocar en el antiguo camino real, rompió en un galope impaciente que lo blanqueó de polvo.

Sólo volvió a adoptar un paso indiferente al acercarse a la vía del tren, donde un carro de leña y dos hombres esperaban frente a la barrera a que ésta se cerrase, para que pasara lentamente un mercancías cargado de toneles. Uno de los dos hombres, con unas alforjas al hombro, era el mendigo, el aparatoso mendigo que paseaba por aquellas aldeas el llamativo encaje de sus barbazas de dios fluvial. Quitándose con gravedad el sombrero de anchas alas, deseó al Hidalgo la compañía de Nuestro Señor.

—¿Qué? ¿A ganarse hoy la rica vida por Craquede?…

—Me arrastro aquí algunas veces para el paso del tren de Oliveira, señor Hidalgo. A los pasajeros les gusta verme de pie en el talud y siempre corren a las ventanillas…

Gonçalo, riendo, recordó que el encuentro con aquel anciano precedía siempre un encuentro suyo con la bella doña Ana. «¿Quién sabe?» pensó, «¡tal vez sea el destino! Los antiguos lo pintaban así, con largas barbas y largas melenas, y las alforjas al hombro, conteniendo las diversas suertes de los hombres…». Y en efecto, al final de pinar silencioso, que los últimos rayos del sol doraban suavemente, divisó el coche de la Feitosa, parado bajo una encina, con el cochero vestido de negro dormitando en el pescante. El camino real de Oliveira bordea allí el antiguo atrio del monasterio de Craquede, abrasado por el fuego del cielo en aquella furiosa tempestad que llaman de *San Sebastián*, que aterrorizó Portugal en 1616. Ahora la hierba alfombra el suelo, alta y verde entre los poderosos troncos de los viejísimos castaños. La iglesia nueva blanquea, bien encalada, al fondo de la enramada y, unida a ella por un muro agrietado cubierto de espesa hiedra, ocupando todo el lado este de la explanada, sube, llena todavía magníficamente el cielo brillante, la fachada de la iglesia del vetusto monasterio, suavemente amarilleada y bruñida por el tiempo, con su inmenso portal sin puertas, el rosetón desmantelado y vacíos los nichos sepulcrales donde antaño estaban tendidas las estatuas de los fundadores, Froilas Ramires y su esposa, Estevaninha, condesa de Orgaz, apodada la de la *Queja empedernida.* Dos casas de adobe ocupaban el lado frontero del atrio, una aseada, con los marcos de las ventanas pintados de un azul chillón; y la otra, abandonada, casi sin tejado, ahogada entre el verdor de un huerto silvestre donde los girasoles resplandecían. Un profundo silencio envolvía la arboleda, las altivas ruinas. Y no lo quebraba sino más bien lo acunaba el susurro de una fuente que el estío había reducido a un hilillo lento y que apenas llenaba su estanque de piedra, entoldado por el pálido y escaso follaje de un sauce muy alto.

El lacayo de la Feitosa, al divisar al Hidalgo, saltó risueño del borde del estanque, donde estaba picando tabaco, para hacerse cargo de la yegua. Y Gonçalo, que desde pequeño no entraba en las minas de Craquede, caminaba por un senderito abierto en la hierba, con gran atención, encantado con aquella romántica soledad de leyenda y poesía, cuando, bajo el arco de la entrada, aparecieron las dos señoras, que regresaban del viejo claustro. Doña Maria Mendonça, con su expresiva vivacidad, agitó enseguida la sombrilla a cuadritos, a juego con el vestido, cuyas mangas, muy abombadas en los hombros, acentuaban más su delgada elegancia. Y a su lado, en la claridad, doña Ana era una silenciosa y esbelta figura negra, de lana y gasa negra, en la que apenas se transparentaba, suavizada por el velo negro, la blancura espléndida de su rostro sensual y serio.

Gonçalo corrió, quitándose el sombrero de paja, balbuciendo su «placer por aquel encuentro…». Pero ya doña Maria le regañaba, sin consentirle la fábula del tal «encuentro»:

—El primo no es nada amable, nada amable…

—¡Pero prima!…

—¡Sabías que veníamos por mi carta! Y ni siquiera estás a la hora convenida, para hacer los honores, como debías…

Él, riendo, con su airosa desenvoltura, ¡negó tal obligación! ¡Aquella casa no era la suya, sino la del Señor! Al Señor, por tanto, correspondía «hacer los honores», recibiendo a tan bellas romeras con algún milagro cariñoso…

—¿Entonces les ha gustado? ¿Le han gustado a usted las ruinas, doña Ana?… Muy interesantes, ¿verdad?

A través del velo, con una lentitud que el tupido encaje negro hacía aún más grave, ella murmuró:

—Ya las conocía… Vine aquí una tarde con el pobre Sanches, que en gloria esté.

—¡Ah!…

Ante aquella evocación del pobre muerto, Gonçalo borró toda su sonrisa, con cortés tristeza. Pero doña Maria Mendonça intervino, levantando uno de sus delgados brazos, como para apartar aquella sombra inoportuna:

—¡Ay! ¡No te puedes imaginar lo que me ha gustado, primo! Es tan bello todo el claustro… Y luego esa espada herrumbrosa, fijada sobre el sepulcro… No hay nada que impresione tanto como estas cosas antiguas… ¡Oh, primo, y pensar que están ahí nuestros antepasados!

La sonrisa de Gonçalo brilló de nuevo, alegre y acogedora, como siempre que doña Maria se introducía con desesperado afán en la estirpe de los Ramires. Y bromeó afablemente. Oh, los antepasados… ¡Simples puñados de vana ceniza! ¿Verdad, doña Ana?… ¡Ciertamente! ¿Quién podría imaginar que la prima Maria, tan viva, tan sociable, tan graciosa, descendiese de un montón de polvo tristón encerrado en un arca de piedra? ¡No! No se podía unir tanto ser a tanto no ser… Y como doña Ana sonreía con un vago asentimiento, apoyando las dos manos fuertes y muy ceñidas por la negra piel del guante, en el alto puño de aljófar de la sombrilla, él intervino con interés:

—Estará usted tal vez cansada, doña Ana.

—No, no estoy cansada… Aún vamos a entrar a la capilla un momentito… Yo nunca me canso.

Y a Gonçalo le pareció que la voz de la hermosa criatura ya no se arrastraba desde la garganta, gruesa y ronca, sino que se había afinado, suavizada y velada por el luto de gasa y lana, como esos fuertes y arrastrados ruidos que la noche y la arboleda mitigan. ¡Pero doña Maria confesó su enorme cansancio! Nada la fatigaba tanto como visitar curiosidades… ¡Y además la emoción, la idea de unos héroes tan antiguos!

—¿Y si nos sentásemos en aquel banco, eh? Es muy pronto para regresar, ¿verdad, Anica? Y resulta tan agradable este sosiego, este frescor…

Era un banco de piedra, situado junto al muro agrietado que la hiedra cubría. A su alrededor crecía la hierba, más silvestre y florida si cabe, con las últimas margaritas y botones de oro que el sol de agosto había respetado. Un fino aroma, de algún

jazminero oculto por la hiedra, flotaba en el aire, endulzando la tarde serena. Y en la rama de un álamo, frente al portón de entrada de la capilla, un mirlo cantó dos veces. Gonçalo limpió todo el banco cuidadosamente con el pañuelo y, sentado en un extremo, junto a doña Maria, alabó también el frescor y el recogimiento de aquel rinconcito de Craquede… ¡Y pensar que él nunca había aprovechado tan santo refugio, y casi suyo, ni siquiera para un almuerzo bucólico! Pues a partir de ahora, ciertamente, volvería allí a fumarse un puro y a remover ideas de paz bajo la paz de las encinas, con la proximidad de los abuelos fallecidos… Y luego, con cierta curiosidad:

—¡Es verdad, prima! ¿Y el subterráneo?

«¡Oh! ¡No existía tal subterráneo!… Bueno, sí existía, pero estaba cegado, sin sepulturas, sin antigüedades. Y el sacristán enseguida les había asegurado que no valía la pena ensuciarse las faldas…».

—Y ahora que me acuerdo, Anica, ¿le diste tú algo al sacristán?

—Sí, hija; le di cinco tostones… No sé si habrá sido bastante.

Gonçalo aseguró que se había pagado espléndidamente al sacristán, y que si él hubiese sospechado semejante generosidad por parte de doña Ana, él mismo habría cogido un manojo de llaves y hasta se habría puesto una sotana para enseñarles aquello y ganarse la propina…

—¡Pues es lo que deberías haber hecho! —exclamó doña Maria con un centelleo en sus despiertos ojos—. ¡Y ten por seguro que se te habrían dado los cinco tostones! ¡Porque siempre habrías sido más instructivo que ese hombrecillo que mascullaba las cosas y que no sabía nada!… ¡Valiente soso! Y yo que tenía tanta curiosidad por ese sepulcro abierto que tiene la tapa rajada… Ese mono sólo sabía rezongar que «eran historias muy antiguas del Hidalgo de la Torre…».

Gonçalo reía:

—¡Pues esa historia, por casualidad, la conozco yo, prima Maria! La he sabido ahora por el *Fado dos Ramires,* el fado de Videirinha…

Doña Maria Mendonça levantó sus largas manos al cielo, indignada ante aquella indiferencia por las heroicas tradiciones de la familia. ¡Mira que conocer su historia únicamente desde que andaba canturreada en un fado!… ¿No le daba vergüenza al primo Gonçalo?

—Pero ¿por qué, prima, por qué? El fado de Videirinha está basado en documentos auténticos que ha estudiado el padre Soeiro. Todo el relleno histórico ha sido suministrado por el padre Soeiro. Videirinha sólo ha puesto la rima. Además, antiguamente, prima, la historia se perpetuaba en verso y se cantaba al son de la lira… En fin, ¿quieres conocer el caso de la tumba abierta, según los versos de Videirinha? ¡Pues voy a contarlo! Pero sólo para doña Ana, que no tiene esos escrúpulos…

—¡No! —replicó doña Maria—. ¡Si es verdad que Videirinha posee esa autoridad histórica, entonces cuéntalo también para mí, que soy de la familia!

Gonçalo, por hacer la gracia, tosió y se pasó el pañuelo por los labios:

—¡Pues he aquí el caso! En ese sepulcro habitaba, naturalmente muerto, uno de mis antepasados… No recuerdo el nombre, Gutierres o Lopo. Creo que Gutierres… En fin, ahí yacía cuando se produjo la batalla de las Navas de Tolosa… La prima Maria conoce lo de la batalla de las Navas, lo de los cinco reyes moros, etc. Cómo se enteró el tal Gutierres de esa batalla no lo cuentan los versos de Videirinha. Pero, apenas le llegó ahí dentro el olor de la matanza, rompió el sepulcro, salió por este patio como un desesperado, desenterró su caballo, que había sido enterrado en el atrio, donde ahora crecen esas encinas, montó en él armado hasta los dientes y, jinete muerto sobre caballo muerto, se largó al galope cruzando España, llegó a las Navas, sacó la espada y acabó con los moros… ¿Qué le parece, doña Ana?

Le había dedicado la historia a doña Ana, buscando en sus bellos ojos la atención y el interés. Y ella que, con disimulo, en medio del decoro melancólico que se esforzaba por mantener, había dulcificado la sonrisa, atraída e interesada, murmuró apenas: «¡Tiene gracia!». Doña Maria, por el contrario, casi desfalleció sobre el banco de piedra, en éxtasis: «¡Qué bonito! ¡Qué bonito! ¡Cuánta poesía!… ¡Oh! ¡Una leyenda cautivadora!». Y para que Gonçalo continuase mostrando aún más la gracia de sus relatos, le pidió que contase otras maravillas de su crónica:

—Cuenta, primo, cuenta… ¿Y volvió a Craquede ese tío Ramires?

—¿Quién, prima? ¿Gutierres?… ¡Habría sido tonto! Al verse libre de la pesadez de la sepultura, no apareció más por Santa Maria de Craquede. El sepulcro vacío, tal como está, ¡y él por España entregado a la juerga heroica!… ¡Figúrense! ¡Un difunto que por milagro se libra de su tumba, de esa postura eterna, tan incómoda, tan rígida! …

De pronto enmudeció, recordando a Sanches Lucena, rígido también en su féretro de plomo, bajo su ostentoso panteón de Oliveira… Doña Ana bajó el rostro, ocultándolo aún más tras el velo, agujereando la hierba con la punta de la sombrilla. Y la astuta doña Maria, para deshacer la sombra impertinente que de nuevo los rozaba, salió con otra curiosidad que también estaba relacionada con la nobleza de los Ramires:

—¡Por cierto! Siempre se me olvida preguntarte. ¿Tienes aún muchos parientes en Francia?… Tal vez tampoco lo sabes.

¡Sí! Gonçalo, casualmente, conocía esa historia de sus parientes de Francia, ¡a pesar de que Videirinha no la cantaba en el fado!

—¡Entonces, cuéntala! ¡Pero que sea una historia alegre!

¡Oh, no es que fuese extraordinariamente divertida! Un antepasado Ramires, Garcia Ramires, acompañó en sus famosos viajes al infante don Pedro, el hijo del rey don João I… La prima Maria ya sabía quién era el infante don Pedro, el que recorrió las siete partidas del mundo… Pues bien, el infante don Pedro y sus nobles, de vuelta de Palestina, permanecieron un año entero en Flandes, con el duque de Borgoña. Incluso se celebraron por entonces fiestas maravillosas, con un banquete que duró

siete días y que figura en los compendios de la historia de Francia. Y como donde hay danzas, hay amores, y al abuelo Ramires le sobraba imaginación y arrojo… Fue él quien ante Jerusalén, en el valle de Josafat, propuso que se erigiese una *señal* para que el infante y sus compañeros de peregrinaje se reconociesen en el gran día del Juicio. Además, naturalmente, era un mocetón guapo, de barba negra y cerrada a la portuguesa… En fin, que se casó con una hermana del duque de Clèves, una señora tremenda, sobrina del duque de Borgoña y Brabante. Más tarde, a través de esos enlaces, una abuela Ramires, ya viuda, se casó también en Francia con el conde de Tancarville. Aquellos Tancarvilles, grandes maestres de Francia, poseían el castillo más formidable de toda Europa y…

Doña Maria palmoteo, riendo:

—¡Bravo! ¡Precioso, sí, señor!… Y el primo que se jactaba de no saber nada de su linaje… ¡Mira cómo conoce al detalle la historia de esas grandes bodas! ¿Eh, Anica?… ¡Es una crónica viva!

Gonçalo se encogió de hombros, confesando que si se había ocupado de toda aquella historia heráldica había sido por un motivo bien rastrero, ¡por penuria!…

—¿Por penuria?

—Sí, prima Maria, por escasez de dinero, de plata…

—¡Cuenta! ¡Cuenta! Mira, Anica está ansiosa…

—¿Quiere usted saberlo, doña Ana?… Pues fue en Coimbra, durante mi segundo curso en Coimbra. Entre los compañeros y yo no llegamos a juntar ni veinte reis. ¡Ni para cigarros! Ni para el sagrado vasito de vino peleón y las tres aceitunas de rigor… Entonces a uno de ellos, un muchacho muy gracioso, de Melgaço, se le ocurrió la estupenda idea de que yo escribiese a mis parientes de Francia, a los Clèves, a los Tancarvilles, señores a buen seguro inmensamente ricos, y les pidiese, sin ningún apuro, un prestamito de trescientos francos.

Doña Ana no pudo contener la risa, francamente divertida:

—¡Ay! ¡Eso es muy gracioso!

—Pero no dio resultado, señora mía… ¡Ya no existen ni Clèves ni Tancarvilles! Todas esas grandes familias feudales se acabaron, se fundieron con otras casas, hasta con la Casa Real de Francia. Y mi querido padre Soeiro, a pesar de todo su saber genealógico, no ha podido descubrir nunca quién las representa con la suficiente afinidad para prestarme, a mí, pariente pobre de Portugal, esos trescientos francos.

Aquella penuria de Gonçalo, de tan gran Hidalgo, casi enterneció a doña Ana:

—¡Mira que estar así sin un real! Quién lo hubiese sabido… ¡Pero tiene gracia! Esas historias de Coimbra tienen siempre mucha gracia. Don João Pedrosa, en Lisboa, también contaba muchísimas…

Doña Maria Mendonça, sin embargo, a partir de aquella broma de estudiantes, descubrió otra prueba inesperada de la grandeza de los Ramires. E inmediatamente la desplegó ante doña Ana con suma habilidad:

—¡Hay que ver!… Todas esas grandes casas de Francia, tan ricas, tan poderosas,

se acabaron, desaparecieron. ¡Y aquí, en nuestro Portugalito, aún perdura la casa de Ramires!

Gonçalo intervino:

—¡Ahora se acabará, prima! No me mires tan asombrada. Ahora se acabará… ¡Si yo no me caso!

Entonces doña Maria se echó hacia atrás, como si esa boda del primo dependiese de dulces influencias que convenía que se intercambiasen muy de cerca, sin Marias Mendonças de por medio en el estrecho banco, con aquellas mangas tan abombadas que estorbaban las corrientes del efluvio. Y sonrió, casi lánguidamente:

—Sí, no te casas… Pero ¿por qué, primo, por qué?

—Porque no estoy hecho para eso, prima. El matrimonio es un arte muy delicado que necesita vocación, un talento especial. Las hadas no me han concedido a mí ese talento. Y si me dedicase a semejante obra, ¡ay de mí!, sin duda lo echaría todo a perder.

Doña Ana, como si le preocupase otra idea, sacó lentamente del cinturón el reloj, sujeto con una cinta para el cabello. Y doña Maria insistía, rechazando los motivos del Hidalgo:

—Eso son tonterías. Pero si a ti, primo, te gustan muchísimo los niños…

—Sí, me gustan mucho los niños, hasta los de pecho. Los niños son los únicos seres divinos que conoce nuestra pobre humanidad. Los otros ángeles, los que tienen alas, nunca aparecen. Los santos, una vez que lo son, se quedan perezosamente en la bienaventuranza y ya nadie los vuelve a ver. Y realmente sólo disponemos de los niños para formarnos una idea de las cosas del cielo… Sí, efectivamente, prima, me gustan muchísimo los niños, pero también me gustan las flores y no soy jardinero ni tengo dotes para la jardinería.

Y doña Maria, con una chispa en la mirada prometedora:

—¡Tranquilo, que aún puedes aprender!

Y luego, dirigiéndose a doña Ana, que seguía absorta consultando el reloj:

—¿Te parece que ya va siendo hora? Entonces, si quieres, entramos en la capilla… Primo, ve a ver si está abierta.

Gonçalo corrió y empujó la puerta de la capilla. Luego acompañó a las dos señoras por la pequeña nave entarimada, por entre finos pilares recubiertos de una cal áspera y basta, que blanqueaba también las paredes lisas, sólo guarnecidas en su severa desnudez por unas litografías de santos en pequeños marquitos de pino. Ante el altar las señoras se arrodillaron, la prima Maria ocultando el rostro entre las manos juntas, como en un cuadro piadoso. Gonçalo dobló ligeramente la rodilla y masculló un avemaría.

Después volvió al atrio y encendió un cigarro. Y, pisando lentamente la hierba, pensó en lo mucho que la viudez había mejorado a doña Ana. Bajo la negrura del luto, como en una penumbra que esfuma la grosera falta de elegancia de las cosas, todos sus defectos se difuminaban, aquellos defectos que tanto lo horrorizaron la

tarde de la Bica-Santa: la ronquera de la voz, el pecho empinado, la ostentación de burguesa ricachona pingüemente repantigada en la vida. Ya ni siquiera decía «¡caballero!». Y allí, en el atrio melancólico de Craquede, parecía realmente interesante y deseable.

Las señoras bajaban los dos escalones de la capilla. Un mirlo revoloteó entre el follaje de los álamos. Y Gonçalo tropezó con el destello de los ojos serios de doña Ana que lo buscaban:

—Les pido perdón por no haberles ofrecido agua bendita a la salida, pero es que la pila está seca…

—¡Jesús, primo, qué iglesia tan fea!

Doña Ana insinuó con timidez:

—Después de ver las ruinas y los sepulcros, hasta parece poco religiosa.

La observación impresionó a Gonçalo por su agudeza. Y junto a ella, aminorando el paso con agrado, sentía, esparcido por sus movimientos y por el roce del vestido, un perfume finísimo, que no era el de la horrenda agua de colonia de la botica de Pires. En silencio, bajo el follaje de las encinas, caminaron hasta el coche, donde el cochero se enderezó, correcto, quitándose el sombrero. Gonçalo observó que se había afeitado el bigote. Y la pareja relucía, enjaezada con esmero.

—Entonces, prima Maria, ¿vas a quedarte aún por estos lugares?

—Sí, primo, unos quince días más… Anica es tan amable que quiso que trajese a los pequeños. ¡No te imaginas lo que se están divirtiendo en la quinta!

Doña Ana murmuró, siempre seria:

—Son muy graciosos, hacen mucha compañía… A mí también me gustan mucho los niños.

—¡Ay, a Anica le encantan los niños! —apuntó doña Maria con fervor—. ¡Hay que ver lo que los soporta! ¡Hasta juega con ellos a las cartas!

Junto al coche, Gonçalo pensó que otra vuelta por el atrio, más lenta, con doña Ana y su aroma, sería muy agradable en aquel sosiego de la tarde que caía, teñida de tan bonitos colores rosáceos sobre los pinos sombríos. Pero ya el lacayo se acercaba, trayendo la yegua. Y doña Maria, tras admirar y acariciar al animal, llamó a su primo discretamente para preguntarle qué distancia había desde la Feitosa a Treixedo, la otra quinta histórica de los Ramires.

—¿A Treixedo, prima?… Cinco leguas largas y por malos caminos.

E inmediatamente se arrepintió, sospechando un paseo, un nuevo encuentro:

—Pero en el camino había obras últimamente. Y es un sitio muy bonito, en un alto, con algunos restos de murallas… Treixedo había sido un castillo enorme… En la quinta hay una laguna entre la vieja arboleda… ¡Oh! ¡Un sitio delicioso para un *picnic*!

Doña Maria dudó:

—Está un poco lejos. Ya veremos, tal vez.

Y como doña Ana esperaba en silencio, Gonçalo abrió la portezuela y cogió de

manos del lacayo las riendas de su yegua. Doña Maria Mendonça, satisfecha por tan provechosa tarde, estrechó efusivamente la mano de su primo, jurando «¡que se iba enamorada de Craquede!». Doña Ana apenas si rozó los dedos de Gonçalo, tímida y sonrojada.

Ya solo, con las riendas de la yegua colgadas del brazo, Gonçalo sonrió. Verdaderamente, aquella tarde doña Ana no le había desagradado. Le había encontrado otros modales, otra grave sencillez, otra dulzura en su majestuosa belleza de Venus rural… Y aquella observación sobre la capilla, «poco religiosa» después de las ruinas seculares del claustro, era una observación aguda. ¿Quién sabe? Quizá bajo carne tan sensual se escondiese una naturaleza delicada. Quizá la influencia de otro hombre que no fuese el estupidísimo Sanches podría desarrollar en la espléndida hija del carnicero cualidades encantadoras… ¡Oh! Evidentemente, la observación sobre los sepulcros y su religiosidad, que emanaba de la leyenda y de la historia, era aguda.

Y entonces a él también le picó la curiosidad de visitar aquel claustro, en el que no había entrado desde pequeño, cuando la Torre todavía mantenía sus carruajes y la romántica Miss Rhodes escogía siempre el paseo de Craquede para las tardes pensativas de otoño. Tiró de la yegua, pasó el portón y atravesó el espacio descubierto que había sido la nave, repleto ahora de escombros, de cascotes, de piedras desprendidas de la bóveda y sepultadas entre la hierba silvestre. Y por la brecha de un muro en el que aún se sostenía un trozo de altar, penetró en el silencioso claustro alfonsino. Sólo quedaban de él dos arcos en ángulo, descansando sobre toscos pilares, enlosados con recias losas desgastadas que aquella mañana había barrido cuidadosamente el sacristán. Y contra el muro, donde unas potentes nervaduras dibujaban otros arcos, destacaban los siete inmensos sepulcros de los antiquísimos Ramires, ennegrecidos, lisos, sin ningún adorno, como toscas arcas de granito, algunos pesadamente asentados sobre las losas del piso, otros descansando sobre unas bolas que los siglos habían ido partiendo. Gonçalo siguió un camino de ladrillos, junto a los arcos, recordando cuando en otro tiempo Gracinha y él saltaban ruidosamente sobre aquellas tumbas, mientras en el patio del claustro, entre las columnas caídas y el follaje de las ruinas, la buena de Miss Rhodes, agachada, buscaba florecillas silvestres. En la bóveda, sobre el sepulcro más grande, negreaba, sujeta a la piedra, la espada, la famosa espada con su cadena de hierro colgando del puño y la hoja corroída por la herrumbre de las muchas edades. Sobre otro sepulcro ardía la lámpara, la extraña lámpara morisca, que no se había apagado desde la tarde remota en que algún monje, con una antorcha funeraria, la encendió silenciosamente… ¿Cuándo se había encendido aquella eterna lámpara? ¿Qué Ramires yacían en esos cofres de granito, a los que el tiempo había borrado las inscripciones y las fechas para que en ellos se sumiese toda la historia y más oscuramente se volviesen leve polvo sin nombre aquellos hombres poderosos y arrogantes?… Más allá, en un extremo del claustro, estaba el sepulcro abierto y, al lado, partida en dos pedazos, la lápida que el esqueleto de Lopo Ramires destrozó

para correr a las Navas de Tolosa y derrotar a los cinco reyes moros. Gonçalo miró dentro con curiosidad. ¡En un rincón del hondo arcón blanqueaban un montón de huesos, mondos y bien colocados! ¿Se había olvidado el viejo Lopo, con su heroica prisa, aquellos pocos huesos, ya desprendidos del esqueleto?… El crepúsculo se acercaba y con él una melancólica sombra que se adensaba en las bóvedas del claustro, y cubría de tristeza muerta aquel lecho mortuorio. Entonces Gonçalo sintió la apesadumbrada soledad que lo envolvía, que lo separaba de la vida, ¡allí solo y sin protección, entre el polvo y las almas de sus pavorosos antepasados! Y de repente se estremeció, ¡con un miedo escalofriante de que se rompiese otra lápida con estruendo y apareciesen a través de la grieta unos lívidos dedos sin carne! Tiró desesperadamente de la yegua hacia el muro desmantelado, saltó a la silla en las ruinas de la nave, cruzó el portal al trote, galopó angustiado por el atrio y sólo se calmó al divisar, donde acaba el pinar, la barrera levantada del paso a nivel y a una vieja que pasaba arreando a su burro cargado de hierba.

CAPÍTULO VIII

AL final de la semana, Gonçalo, que desde la visita a Santa Maria de Craquede venía arrastrando el molesto remordimiento de su pereza, del tan largo abandono de su novela, recibió por la mañana, al salir del baño, una carta de Castanheiro. Era breve y declaraba al amigo Gonçalo que, si a mediados de octubre no le llegaban a Lisboa tres capítulos del original, él, con gran pesar suyo y del arte, publicaría en el primer número de los *Anais,* en vez de *A Torre de dom Ramires,* un drama de Nuno Carreira en un solo acto, que se titulaba *Em Casa do Temerário…* «Aún siendo un drama y de fantasía», añadía,

> encaja bien en la índole erudita de los *Anais,* porque el tal Temerario es Carlos *el Temerário,* y toda la acción, de trama vigorosa, transcurre en el castillo de Peronne, donde se encuentran nada más y nada menos que Luis XI, rey de Francia, nuestro pobre Afonso V y Pero de Covilhã que lo acompañaba, además de otros personajes de recia altura histórica. ¡Imagínese!… ¡Está claro que el *chic* supremo sería Tructesindo Mendes Ramires de la pluma de nuestro Gonçalo Mendes Ramires! Pero, por lo que veo, ese *chic* supremo está paralizado por una indolencia también suprema. *¡Sunt Lacrymae Revistarum!*

Gonçalo tiró la carta y llamó a gritos a Bento:

—Llévame a la biblioteca té verde, bien cargado, con tostadas. Hoy comeré tarde, a las dos… ¡O quizá ni coma!

Y poniéndose la bata de trabajo, decidió amarrarse a la mesa, como un cautivo al remo, hasta terminar aquel difícil capítulo tercero, en el que destacaba la bárbara y sublime peripecia del abuelo Tructesindo. ¡No, qué diablos! No le convenía perder la aparición de la novela en tan provechoso momento, en vísperas de su llegada a Lisboa, cuando para la influencia política y para su prestigio social necesitaba ese lucimiento, ya que, según el viejo Vigny, «una pluma de acero da más resplandor al yelmo dorado de un noble…». Afortunadamente, en aquella luminosa mañana, en la que las aguas de la huerta cantaban abundantes, él también sentía bullir su vena inspiradora, contenta de brotar y correr. Después de la visita al claustro de Craquede su imaginación concebía menos nebulosamente a sus antepasados alfonsinos, y le parecía como que los palpaba, al fin, en su vida y en su pensamiento, desde que había contemplado los grandes sepulcros en los que se deshacían sus grandes osamentas.

En la biblioteca volvió a coger con ilusión, tras sacudirles el polvo, las cuartillas de la novela en las que se había atascado, en aquel desconcertante lance de susto y alarma, cuando el mayordomo, el viejo Ordonho, reconocía el pendón del Bastardo que surgía en la ribera del río Coice, entre el centelleo de las lanzas levantadas, que pasaba el antiguo puente de madera y, tras hundirse un momento en el verdor de los álamos, avanzaba de nuevo, alto y desplegado, hasta el tosco crucero de piedra de Gonçalo Ramires, *el Carnicero.*… El gordo Ordonho, lanzando entonces el grito de «¡Prestos, prestos, que son los de Baião!», se precipitaba por la rampa interior de la

muralla como un fardo que rodase.

Entretanto, Tructesindo Ramires, en su esfuerzo por preparar a su mesnada para lanzarse sobre Montemor, había dado ya al adalid la orden de arrancada, disponiendo que los cuernos sonasen en cuanto el sol rozara el brocal del pozo grande. Y ahora, en la sala alta de la alcazaba, conversaba con su primo de Riba-Cávado y habitual compañero de armas, don Garcia Viegas, ambos sentados en el poyo de piedra de una profunda ventana donde un cántaro de agua con su cuenco de barro producía cierto frescor entre las macetas de albahaca. Don Garcia Viegas era un viejo flaco y ágil, de cara afeitada y morena y con unos ojillos chispeantes que le habían hecho ganarse el apodo de *el Sabedor,* además de por la viveza y la enjundia de su palabra, por sus infinitas tretas de guerra y por el mérito de hablar latín más doctamente que un clérigo de la curia. Convocado por Tructesindo, al igual que los otros parientes de la casa, para engrosar la mesnada de los Ramires al servicio de las infantas, siempre fiel, corrió inmediatamente a Santa Ireneia con su pequeña partida de diez lanzas, habiendo comenzado por saquear en el camino la heredad de Palha-Cã, de los Severosa, que habían alzado su pendón con la hueste real, en contra de las damas oprimidas. Tanto se apresuró que, desde la madrugada, apenas si había comido, y sobre la silla del caballo, en Palha-Cã, dos rodajas de los chorizos robados. Y con la sed por la acalorada carrera y aún con la emoción por la amarga noticia de la derrota de Lourenço Ramires, su ahijado, llenaba de nuevo el cuenco de barro cuando, por la puerta de la sala de armas, sobre la que había tres cabezas de jabalí, irrumpió jadeante el viejo Ordonho:

—¡Señor Tructesindo! ¡Señor Tructesindo Ramires! ¡El Bastardo de Baião ha pasado la ribera y viene sobre nosotros con una gran partida de lanzas!

El viejo ricohombre saltó del poyo y extendió su mano velluda, cerrada con saña, como si aferrase por la garganta al Bastardo:

—¡Por la sangre de Cristo! ¡En buena hora viene, que nos ahorra el camino! ¿Eh, Garcia Viegas? ¿Vamos sobre él a caballo…?

Pero pegado a los torpes talones de Ordonho había corrido un capitán de ballesteros que gritó desde el umbral, agitando su gorro de cuero:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Los de Baião se han detenido en el crucero! Y un joven caballero, con una rama verde, está delante de las barbacanas como portando un mensaje…

Tructesindo golpeó con la bota de hierro sobre las losas, indignado ante semejante embajada enviada por semejante villano… Pero Garcia Viegas, que de un solo trago había vaciado el cuenco, le recordó serena y lealmente las leyes de la guerra:

—¡Teneos, teneos, primo y amigo! Que por uso y ley de aquende y allende las sierras, siempre se debe escuchar al mensajero con rama…

—¡Pues que así sea! —rugió Tructesindo—. ¡Id vos, Ordonho, con dos lanceros al otro lado de las barreras y conoced el recado!

El mayordomo se precipitó por la renegrida escalera de caracol hasta el patio

pequeño de la alcazaba. Dos mesnaderos, que habrían regresado de alguna ronda, con sus lanzas al hombro, conversaban con el armero que estaba embadurnando de amarillo y rojo las puntas de unos venablos nuevos, y los iba dejando apoyados en el muro para que se secaran.

—¡Por orden del señor! —gritó Ordonho—. ¡Lanza en ristre y venid conmigo a las barbacanas a recibir el recado!…

Caminando entre los dos hombres, que marchaban erguidos, cruzó las barreras y por el postigo de la barbacana, custodiado por una cuadrilla de ballesteros, salió al patio de la fortaleza, un espacio de tierra removida, sin hierba ni árboles, en el que aún se alzaban los maderos carcomidos de una antigua horca, y donde ahora se amontonaban, para las reparaciones de la alcazaba, tablones y grandes piezas de cantería. Luego, sin apartarse del umbral, inflando el vientre entre los dos mesnaderos, gritó al mozo que esperaba a caballo bajo el sol implacable, sacudiéndose los moscardones con su rama de morera:

—¡Decid de qué gente sois y a qué venís! ¡Y qué credencial traéis!…

Y como enseguida se puso la mano inquieta detrás de la oreja, el caballero, muy sereno, metiendo la rama entre la pierna y el arzón, puso también los dos guantes relucientes de escamas en la abertura del casco y gritó:

—¡Soy caballero de la casa de Baião!… Credencial no traigo, pues no traigo embajada… Pero mi señor don Lopo se ha quedado tras el crucero y desea que el noble señor de estas tierras, el señor Tructesindo Ramires, le escuche desde lo alto de la barbacana…

El mayordomo saludó, retirándose por la poterna abovedada de la torre albarrana, murmurando hacia los dos mesnaderos:

—El Bastardo viene a tratar sobre el rescate de don Lourenço Ramires…

Ambos rezongaron:

—Fea acción.

Pero cuando Ordonho, jadeante, corría hacia la alcazaba, se encontró en el patio a Tructesindo Ramires que, con furiosa impaciencia ante aquellas dilaciones del Bastardo, había bajado, completamente armado. Sobre el largo brial de lana verdinegra que recubría la vestidura de malla, sus barbas relucían aún más blancas, recogidas con un grueso nudo, como si se tratara de la cola de un corcel. Del cinto, con incrustaciones de plata, colgaba, a un lado, el puñal curvo y el cuerno de marfil; y al otro, una espada goda, de hoja ancha, con larga empuñadura dorada en la que centelleaba una piedra preciosa, traída antaño de Palestina por Gutierres Ramires, *el de Ultramar.* Un sirviente llevaba sobre un cojín de cuero sus guantes y su casco redondo de visera enrejada, como el que usaba el rey don Sancho; otro iba cargado con el inmenso broquel en forma de corazón, revestido de cuero rojo, con el azor negro toscamente pintado, abriendo las furiosas garras. Y el alférez Afonso Gomes iba tras ellos con el guión enrollado en su funda de lona.

Con el viejo ricohombre habían bajado don Garcia Viegas y los otros parientes de

la casa: el decrépito Ramiro Ramires, un veterano de la toma de Santarem, retorcido por el reuma como la raíz de un roble y que apoyaba sus pasos trémulos no en un bastón sino en un chuzo; el hermoso Leonel, el más joven de los Samoras de Cendufe, el que mató dos osos en los zarzales de Cachamuz y que tan bien trovaba; Mendo de Briteiros, el de las barbas rojas, gran quemador de brujas y alegre organizador de danzas y holganzas; y el gigantesco señor de los Paços de Avelim, completamente cubierto, como un pez fabuloso, de brillantes escamas. Como el sol se acercaba al brocal del pozo grande, señalando la hora de la partida hacia Montemor, desde los profundos cobertizos que guardaban los pertrechos para la contienda los caballerizos sacaban los corceles de guerra, con sus altas sillas claveteadas de plata y las ancas y los pechos protegidos por gualdrapas de cuero rematadas con flecos que arrastraban por las losas del suelo. Por todo el castillo se había extendido la noticia de que el Bastardo, después de aquella liza fatal a los Ramires, había corrido desde Canta-Pedra y amenazaba las tierras del señor, y asomados a los pasadizos que unían la muralla con los contrafuertes de la alcazaba, o metidos entre las máquinas de lanzamiento de armas arrojadizas que atestaban los corredores, los mozos despenseros, los siervos de las huertas, los villanos refugiados por dentro de las barbacanas, observaban al señor de Santa Ireneia y a aquellos fuertes caballeros, con gran ansiedad, temblando ante el asalto de los de Baião y ante aquellas horrendas bolas de hierro, llenas de fuego, que ahora ya las mesnadas cristianas arrojaban con tanta destreza como las hordas sarracenas. Mientras tanto, con su gorro aplastado contra el pecho, Ordonho, jadeando, transmitía a Tructesindo el recado del Bastardo.

—Es un caballero joven, no trae credencial… El señor Bastardo está esperando en el crucero… Y pide que lo escuchéis desde la talanquera de las barbacanas…

—¡Que se acerque, pues! —gritó el viejo—. ¡Y con cuantos quiera de los villanos que lo siguen!

Pero Garcia Viegas, *el Sabedor,* siempre prudente, con su experta mansedumbre:

—¡Teneos, primo y amigo, teneos! No subáis a la talanquera antes de que yo me asegure de si el de Baião nos viene con artería y falsedad.

Y entregando su pesada lanza de haya a un doncel, se adentró por la sombría escalera de la torre albarrana. Arriba, en el terrado, susurrando «¡Chitón, chitón!» a la fila de ballesteros que guarnecía las almenas, atentos y con la ballesta curvada, penetró en el mirador y espió por la saetera. El mensajero de Baião galopó hacia el crucero, que estaba rodeado por una selva movediza de lanzas centelleantes. Y el recado que dio fue breve porque enseguida, en su caballo rojizo cubierto con una red de malla recamada de oro, Lopo de Baião se despegó del apretado grupo de caballeros, con la visera levantada, sin lanza ni venablo de monte y con las manos vacías sobre el arzón de la silla morisca, en la que se enrollaban las bridas de cuero rojo. Después, a un toque prolongado de cuerno, avanzó hacia las barbacanas de la fortaleza, pausadamente, como si acompañase un entierro. Y no agitó su pendón amarillo y negro. Sólo lo escoltaban seis infantes, también sin lanza ni broquel, con

sobrevestes de paño rojo sobre los sayos de malla. Detrás, cuatro esforzados ballesteros llevaban a hombros unas andas hechas toscamente con troncos, en las que yacía un hombre estirado, como muerto, protegido del calor y de los moscardones por ligeras ramitas de acacia. Y un monje los seguía en una mula blanca, asiendo juntamente con las riendas un crucifijo de hierro, sobre el que caía el borde de su capucha y una punta de barba negra.

Desde la saetera, aunque sin vislumbrar entre el ramaje la cara del hombre tendido en las andas, *el Sabedor* adivinó a Lourenço Ramires, su dulce ahijado a quien tanto amaba y a quien tan bien había enseñado a cruzar lanzas y a adiestrar halcones. Y cerrando los puños y gritando sordamente «¡Bien prestos, ballesteros, bien prestos!», bajó la oscura escalera, tan impulsado por la cólera y por el dolor que su yelmo chocó huecamente contra el arco de la puerta, donde lo estaba esperando Tructesindo con los caballeros parientes.

—¡Señor primo! —gritó—. ¡Vuestro hijo Lourenço está ante las barreras de la fortaleza tumbado en unas andas!

Con un murmullo de asombro y un apresurado golpeteo de las botas sobre las sonoras losas, todos siguieron al ricohombre por la poterna de la albarrana, hasta la escalera de madera que conducía a la talanquera de las barbacanas. Y, cuando el enorme viejo apareció en el terrado, pesó un silencio tan anhelante que se podía sentir más allá del vergel el chirriar triste y pausado de la noria y los ladridos de los mastines.

En la explanada, frente a la cancela de hierro, el Bastardo esperaba, inmóvil sobre el caballo, con su hermoso rostro bien erguido, el rostro del *Claro-Sol*, en el que las barbas rizadas, cayendo sobre el peto de la armadura, relucían como oro nuevo. Inclinando el capacete de oropel, saludó a Tructesindo con gravedad y respeto. Luego alzó la mano, despojada del guante. Y con hablar considerado y sereno:

—Señor Tructesindo Ramires, en estas andas os traigo a vuestro hijo Lourenço, a quien en noble combate cogí prisionero en el valle de Canta-Pedra y me pertenece según el fuero de los ricoshombres de España. Y he caminado con él desde Canta-Pedra para pediros que entre nosotros acaben estos homicidios y estas feas peleas que malgastan la sangre de buenos cristianos… Señor Tructesindo Ramires, como vos, desciendo de reyes. De Afonso de Portugal recibí el espaldarazo de caballero. Toda la noble raza de Baião se honra en mí… Consentid en darme la mano de vuestra hija Violante, a la que quiero y que también me quiere, y mandad levantar el puente levadizo para que Lourenço, herido, entre en su castillo y yo os pueda besar la mano de padre.

De las andas, que se estremecieron sobre los hombros de los ballesteros, salió un grito desesperado:

—¡No, padre mío!

Y tieso al borde del terrado, continuando con los brazos cruzados, el viejo Tructesindo respondió al grito con otro aún más arrogante y más profundo, que

resonó por toda la explanada de la fortaleza:

—¡Mi hijo te ha respondido antes que yo, villano!

Como si hubiese recibido un lanzazo en el pecho, el Bastardo vaciló en la alta silla e, impulsado por el tirón de las riendas, su caballo retrocedió levantando la dorada testera. Pero a un nuevo tirón, volvió a saltar contra la cancela. Y Lopo de Baião, de pie sobre los estribos, gritó con ansia y furor:

—¡Señor Tructesindo Ramires, no me tentéis!…

—¡Atrás, villano e hijo de villana, atrás! —clamó soberbiamente el viejo sin separar los brazos del erguido pecho, en su rígida y obstinada inmovilidad, como si todo su cuerpo y toda su alma fuesen de duro hierro.

Entonces el Bastardo, arrojando el guante contra el muro de la barbacana, rugió llameante y ronco:

—¡Pues por la sangre de Cristo y por el alma de todos los míos, te[25] juro que si no me das en este mismo instante a esa mujer a la que quiero y que me quiere, te quedarás sin hijo, que con mis propias manos y delante de ti, y aunque acuda todo el cielo, le quitaré lo que le resta de vida!

Ya en su mano relampagueaba un puñal. Pero en un impulso de sublime orgullo, un impulso sobrehumano con el que creció como otra oscura torre entre las torres de la fortaleza, Tructesindo desenvainó la espada:

—¡Con ésta, cobarde, con ésta! ¡Para que sea puro, y no vil como el tuyo, el hierro que atraviese el corazón de mi hijo!

Furiosamente, con las dos poderosas manos, le arrojó la espada, que dio vueltas en el aire silbando y centelleando y se clavó en el duro suelo, donde quedó vibrando, refulgiendo aún, como si una cólera heroica también la animase. En ese mismo instante, con un rugido y un brinco del caballo, el Bastardo, inclinándose sobre el arzón, sepultó el puñal en la garganta de Lourenço con un golpe tan violento que el chorro de sangre le salpicó la clara faz y las barbas de oro.

Después hubo una brutal conmoción. Los cuatro ballesteros arrojaron las andas al suelo con el cuerpo muerto envuelto entre las ramas, y corrieron por el llano como las liebres en un claro, detrás del monje, que se agachaba agarrado a las crines de su mula. Con una carrera corta, el Bastardo y los seis caballeros, dando el grito de alarma, se adentraron en el campamento establecido junto al crucero. Hubo un gran tumulto alrededor del piadoso pilar. Y en revuelto tropel, la mesnada se precipitó hacia la ribera y pasó el viejo puente, envuelta después en una nube de polvo y desapareciendo en la arboleda con un fugaz centelleo de yelmos y lanzas apiñadas.

¡Un fuerte griterío atronaba mientras tanto las murallas de Santa Ireneia! Saetas, flechas, piedras de honda, silbaban, disparadas en el mismo furioso instante sobre el bando de Baião; pero tan sólo uno de los ballesteros que transportaba las andas cayó al suelo retorciéndose con una flecha en el costado. Por la cancela de las barreras, ya caballeros y donceles de armas se apresuraban desesperadamente para recoger el cuerpo de Lourenço Ramires. Y Garcia Viegas y los otros parientes subieron

corriendo al terrado de la barbacana, donde seguía aún Tructesindo, rígido y mudo, mirando las andas y a su hijo, tendido en ellas sobre la explanada que se extendía frente a la fortaleza. Cuando, al oír ruido, se volvió pesadamente, todos enmudecieron ante su semblante sereno, más blanco que las blancas barbas, de una mortal blancura de mármol, con los ojos resecos y color fuego, palpitantes y refulgentes como dos bocas de horno. Con la misma siniestra serenidad tocó en el hombro al viejo Ramires, que temblaba apoyado en el chuzo, y con una voz pausada y potente:

—¡Amigo! ¡Encárgate tú del cuerpo de mi hijo, que el alma, aún hoy, por Dios, que se la voy a sosegar yo!

Apartó a aquellos señores, mudos de asombro y de emoción, y bajó por la desgastada escalera de madera que crujía bajo el peso del enorme ricohombre, lleno de ira y de dolor.

En aquel momento, entre ballesteros y siervos que se atropellaban, el cuerpo de Lourenço Ramires traspasaba el portillo de las barbacanas, sostenido por el hermoso Leonel y por Mendo Briteiros, ambos arrasados en lágrimas y rugiendo furiosas amenazas contra la estirpe de Baião. Detrás, el renqueante Ordonho gemía, abrazado a la espada de Tructesindo que había recogido del suelo de la explanada y que besaba como si quisiera consolarla. Al borde del foso, un avellano extendía su sombra leve sobre un tosco tablado levantado sobre troncos, desde donde los domingos, junto con el alférez de los ballesteros, Lourenço dirigía los juegos de ballesta y de flecha, y repartía profusamente las recompensas de bollos de miel y de picheles de vino. Sobre aquellas tablas lo tendieron, retrocediendo todos después mientras se persignaban con fuerza. Un caballero de Briteiros, temiendo por aquella alma desamparada y sin confesión, corrió a la capilla de la alcazaba en busca de fray Múncio. Otros, bordeando toda la muralla, habían llegado hasta el baluarte viejo y gritaban con gestos desesperados hacia el ruinoso torreón donde, como un mochuelo, vivía el físico. Pero el certero puñal del Bastardo había acabado con el denodado Lourenço, flor y espejo de caballeros por todas las tierras de Riba-Cávado… ¡Y qué lastimoso y destrozado estaba, con sucia tierra en la faz, la garganta cubierta de apelmazada sangre negra, las mallas del sayo rotas sobre los hombros y adheridas a la carne rasgada! ¡Y desnuda, sin greba, toda hinchada y roja, la pierna herida en Canta-Pedra, sobre la que se acumulaban más sangre y más barro!

Tructesindo bajaba lento y rígido. Y las secas brasas de sus ojos se le encendían aún más a medida que, atravesando el dolorido silencio, se acercaba al cuerpo de su hijo. Se arrodilló ante el banco y asió la helada mano que colgaba; y, junto a la cara manchada de sangre y barro, masculló con un murmullo, de alma a alma, unas palabras, que no eran de despedida sino alguna gran promesa, que terminó con un beso prolongado sobre la frente donde brilló un rayo de sol que se filtraba a través de las hojas del avellano. Después, irguiéndose en un arrebato y estirando el brazo como para recoger en él toda la fuerza de su estirpe, gritó:

—Y ahora, señores, ¡a caballo, y venganza fiera!

Ya por los patios, alrededor de la alcazaba, se extendía un precipitado fragor de armas. A las ásperas órdenes de los almocadenes, las filas de ballesteros, de arqueros y de honderos descendían apresuradas de los adarves de los muros para formar las cuadrillas. Rápidamente, los encargados de las caballerizas amarraban al lomo de las mulas los cajones de vituallas y las alforjas con el vino[26]. En las puertas bajas de la cocina, peones y siervos, antes de marchar, bebían apresuradamente un cuenco de cerveza. Y en el campo de las barreras, los caballeros, cubiertos de hierro, se encumbraban pesadamente, y con la ayuda de sus donceles, en las altas sillas de los caballos, acompañados enseguida por sus infanzones y mesnaderos, que apoyaban las lanzas sobre el quijote del arnés, silbando a los lebreles.

Finalmente, el alférez Afonso Gomes sacó el pendón de su funda y lo desplegó con un furioso balanceo, con el que las alas del azor negrearon, abiertas, como si levantase el vuelo, enfurecido. El grito agudo del adalid resonó por todo el cercado: «¡Hala! ¡Hala!». Desde lo alto de un mojón de piedra, junto al postigo de la barbacana, fray Múncio alzaba sus huesudas manos, todavía trémulas, y bendecía a la hueste. Entonces Tructesindo, sobre su caballo morcillo, recibió de manos del viejo Ordonho su espada, de la que tan terriblemente se había desprendido. Y extendiendo la brillante hoja hacia las torres de su fortaleza, como si estuviese ante un altar, gritó:

—¡Muros de Santa Ireneia, que no vuelva yo a veros más si en tres días, de sol a sol, aún queda sangre maldita en las venas del traidor de Baião!

Y abiertas de par en par las barreras, la cabalgata se agrupó con gran ruido de cascos en torno al pendón desplegado, mientras en la torre de la almenara, bajo el quieto resplandor del mediodía de agosto, la campana grande había comenzado a tocar a difuntos.

Cuando Gonçalo, por la tarde, en el balcón y hundido en su poltrona, releyó este capítulo de sangre y de furia, en el que había trabajado hasta la extenuación durante aquella semana, pensó «que el lance impresionaría».

Sintió entonces el deseo de recoger sin demora los merecidos elogios y de mostrar a Gracinha y al padre Soeiro los tres capítulos completos, antes de enviar el original a los *Anais.* Incluso le convenía hacerlo, porque la erudición arqueológica del padre Soeiro tal vez le proporcionaría algún rasgo nuevo, muy alfonsino, que avivaría aún más aquella resurrección de las tierras solariegas de Santa Ireneia y de sus formidables señores. Inmediatamente decidió salir a la mañana siguiente para Oliveira llevando su trabajo que, una vez revisado con detenimiento por el padre Soeiro, entregaría al administrador de doña Arminda Viegas, para que él lo copiase con aquella su hermosa letra, tan celebrada en toda la provincia y sólo igualada —en las mayúsculas— por la del escribano de la Cámara Eclesiástica.

Estaba ya limpiando el polvo a una antigua carpeta de tafilete para llevar en ella

la obra amada, cuando Bento empujó la puerta cargado con una cesta de mimbre cubierta con un mantel de encajes:

—Un regalo.

—Un regalo… ¿De quién?

—De la Feitosa, de las señoras.

—¡Bravo!

—Y con una carta que viene prendida en el mantel.

¡Con qué curiosidad rasgó el sobre Gonçalo! Pero, a pesar de estar lacrado con un pomposo escudo de armas, sólo contenía unas líneas escritas a lápiz en una tarjeta de visita de la prima Maria Mendonça:

> Ayer, durante la comida, conté lo mucho que le gustan los melocotones al primo Gonçalo, sobre todo macerados en vino, y por eso Anica se ha tomado la libertad de mandarte este cestito de melocotones de la Feitosa que, como sabes, son famosos en todo Portugal…
>
> Mil recuerdos.

¡Gonçalo se imaginó enseguida que en el fondo de la cesta, debajo de los melocotones, dulcemente escondida, habría una cartita de doña Ana!

—¡Bien! Son melocotones… Déjalos ahí sobre una silla…

—Sería mejor que los llevase ya a la alacena, señor doctor, y los colocase en el vasar…

—¡Déjalos en la silla!

En cuanto Bento cerró la puerta, extendió el mantel en el suelo y volcó cuidadosamente sobre él los hermosos melocotones, que perfumaban la biblioteca. En el fondo de la cesta sólo encontró unas hojas de parra. Ligeramente desconsolado, olió un melocotón. Después pensó que los melocotones, colocados por ella, con aquellas hojas de parra que habría cogido en el emparrado, bajo un mantel que habría escogido en el armario, formaban en su olorosa mudez un pequeño mensaje sentimental. Agachado todavía sobre la estera, comió un melocotón y volvió a colocar los otros en la cesta para llevárselos a Gracinha.

Pero al día siguiente, a las dos, ya con la pareja de Torto enganchada al coche y con los guantes puestos para el viaje a Oliveira, recibió una inesperada visita, la del señor vizconde de Rio-Manso. Quitándose los guantes el Hidalgo pensaba: «¡El de Rio-Manso! ¿Qué me querrá este pelma?». En la sala, acomodado al borde del canapé de terciopelo verde y frotándose las rodillas, el vizconde le contó que de vuelta de Vila Clara y ante el portón de la Torre, había vencido su obstinada timidez para entrar a presentar sus respetos al señor Gonçalo Ramires. Pero no sólo estaba allí para ese gustoso deber, sino también —como se había enterado de que don Gonçalo se presentaba como diputado por el distrito— para ofrecerle su apoyo y los votos de la feligresía de Canta-Pedra…

Gonçalo, sonriente y asombrado, le daba las gracias, mientras, confuso, se retorcía el bigote. Y al vizconde de Rio-Manso no le extrañaba aquel asombro

porque, ciertamente, el señor Gonçalo Ramires lo había conocido siempre como un férreo regenerador… Pero ¡y qué! Él pertenecía a esa generación, ahora muy diezmada, que anteponía a los deberes de la política los deberes de la gratitud; y además de la simpatía que le merecía el señor Gonçalo Ramires —por lo que se sabía en toda la provincia de su talento, de su afabilidad y de su caridad—, tenía también contraída con él una deuda de gratitud, aún sin saldar, no por despreocupación sino por timidez…

—¿No adivina usted, señor Gonçalo Mendes Ramires?… ¿No se acuerda?

—No, realmente, señor vizconde, no me…

Pues una tarde, el señor Gonçalo Mendes Ramires pasaba a caballo ante la quinta de la Varandinha, cuando su nieta, que estaba jugando en la terraza —aquella terraza enverjada sobre la que se curva un magnolio—, dejó escapar una pelota que fue a parar al camino. El señor Gonçalo Mendes Ramires, sonriendo, se apeó inmediatamente, cogió la pelota y, para devolvérsela a la niña que se asomaba a la verja, volviendo a montar, acercó la yegua al muro, ¡y con qué ligereza y con qué garbo!…

—¿No se acordaba usted?

—Sí, sí, ahora sí…

Pues en los ladrillos de la terraza, junto a la verja, había un jarrón lleno de claveles. El señor Gonçalo Mendes Ramires, después de bromear con la niña —¡que, gracias a Dios, no era tímida!—, le pidió un clavel, que ella escogió y le dio luego, toda seria, como una señora. Y él, que estaba observando desde la ventana de su cuarto, pensó: «¡Así se hace! ¡Este Hidalgo de la Torre, un Hidalgo de tan alta nobleza, qué amable!». «¡Oh! No se ría usted ni se ponga colorado…». Su gentileza fue grande, y a él, al abuelo, ¡le había parecido inmensa! Pero aquello no quedó solamente en lo de la pelota que recogió…

—¿No se acuerda usted, señor Gonçalo Mendes Ramires?

—Sí, señor vizconde, en efecto, ahora…

Pues, enseguida al día siguiente, el señor Gonçalo Mendes Ramires envió desde la Torre un precioso cesto de rosas con su tarjeta, y en una línea estas simpáticas palabras: «En agradecimiento por un clavel, rosas para la señorita Rosa».

Gonçalo casi saltó en la silla, divertido:

—¡Sí, sí, señor vizconde, efectivamente!… ¡Ahora me acuerdo!

Pues, desde aquella tarde, él siempre había deseado tener una oportunidad para demostrar al señor Gonçalo Mendes Ramires su reconocimiento, su simpatía. Pero ¡qué le iba a hacer!; era tímido, vivía muy retirado… Sin embargo, aquella misma mañana, en Vila Clara, había sabido por Gouveia que el Hidalgo se presentaba diputado por el distrito, y a pesar de estar su elección tan segura, bien por la influencia del señor Ramires, bien por la del gobierno, enseguida pensó: «¡Bueno, aquí está la ocasión!». Por eso ahora venía a ofrecer al Hidalgo su apoyo y los votos en Canta-Pedra.

Gonçalo murmuró, enternecido:

—Realmente, señor vizconde, nada me podía conmover más que este ofrecimiento tan espontáneo, tan…

—Soy yo quien está conmovido por que usted acepte. Y ahora no hablemos más de mi pobre apoyo ni de mis pobres votos… Tiene usted aquí una admirable vivienda.

Y como el vizconde aludió al deseo, ya antiguo en él, de admirar de cerca la famosa Torre, más vieja que Portugal, bajaron los dos al jardín. El vizconde, con el quitasol al hombro, contempló la Torre pasmado y mudo, y reconoció —a pesar de ser liberal— el prestigio que supone un linaje tan alto como el de los Ramires, y alabó sinceramente el huerto de naranjos. Después, sabiendo que Pereira, el de la Riosa, había arrendado la quinta, envidió al señor Ramires tan cuidadoso y honrado rentero… Ante el portón esperaba la tartana del vizconde, tirada por dos lustrosas y robustas mulas. Gonçalo las admiró. Y abriendo la portezuela, rogó al señor vizconde que besase en su nombre la manita de la señorita Rosa. Conmovido, el vizconde le confesó un atrevimiento, una esperanza, y era que el día que a él le pareciese bien, fuese a Canta-Pedra y comiese en la quinta, para conocer más íntimamente a la niña de la pelota y del clavel…

—¡Será para mí un gran honor!… Y desde este momento me comprometo a enseñar a la señorita Rosa, si es que no lo conoce, el juego de pelota a la antigua manera portuguesa.

El señor vizconde se lo agradeció, inundado de satisfacción y de risa, con la mano en el corazón.

Gonçalo, subiendo las escaleras, murmuró: «¡Ah, señor! ¡Qué hombre tan simpático! ¡Y qué generoso, un hombre que paga las rosas con votos! ¡He aquí cómo, a veces, por una pequeñita atención se gana un amigo! ¡Con toda seguridad, la semana que viene voy a comer a Canta-Pedra!… ¡Es un hombre encantador!».

Y en tan feliz estado de ánimo colocó en el coche la carpeta de tafilete con el manuscrito y el cestillo sentimental de los melocotones de doña Ana. Y tras encender un puro, saltó al pescante y cogió las riendas para lanzar hacia Oliveira, con un trote alegre, la pareja blanca de Ruço[27].

En el Largo d’El-Rei, antes de apearse, preguntó enseguida a Joaquim da Porta noticias de los señores. Los señores estaban muy bien todos, gracias a Dios… El señor José Barrolo había marchado a caballo, por la mañana, a la quinta del señor barón de Marges y no regresaría hasta la noche…

—¿Y el padre Soeiro?

—El señor padre Soeiro creo que está en casa de doña Arminda…

—¿Y doña Graça?

—La señora doña Graça bajó hace un buen rato al mirador, con sombrero… Iría,

naturalmente, a la iglesia de las Mónicas.

—Bien. Lleva este cestillo de melocotones y dile a Joaquim da Copa que los ponga en la mesa, así mismo en el cesto, con las hojas… Y que suban a mi cuarto agua caliente.

El reloj de pared de la antesala gimió perezosamente las cinco. El palacete descansaba en un claro silencio. Y después de la polvareda y del traqueteo del camino, a Gonçalo le pareció más dulce el frescor de su cuarto, con los cuatro balcones abiertos sobre el jardín recién regado y sobre la tapia de las Mónicas. Cuidadosamente guardó enseguida en un cajón de la cómoda la preciosa carpeta de tafilete. Una criada de ojos saltones entró con una jarra de agua caliente, y el Hidalgo, como siempre, bromeó con ella sobre los guapos sargentos de caballería, cuyo tentador cuartel dominaba el lavadero de la quinta y retenía a las muchachas de la casa enjabonando todo el día con ardor. Luego se entretuvo aún cambiándose el traje polvoriento, silbando distraídamente asomado al balcón que daba a la silenciosa Rua das Tecedeiras. La campana de las Mónicas lanzó un lindo repique… Y Gonçalo, aburrido de su soledad, decidió bajar por la terraza del jardín y sorprender a Gracinha en sus devociones en la pequeña iglesia.

Abajo, en el corredor, se cruzó con Joaquim da Copa:

—Entonces, ¿no cena aquí el señor Barrolo?

—El señor Barrolo fue a cenar con el señor barón de las Marges, en la quinta… Es el cumpleaños de la niña. Seguramente no regresará hasta la noche.

En el jardín, Gonçalo aún se entretuvo un rato más entre los macizos de flores, haciéndose un pequeño ramito para el ojal. Después dio la vuelta al invernadero, sonriendo al ver la puerta con la que Barrolo lo había enriquecido, una puerta acristalada, con forma de arco de herradura, con un monograma de colores rutilantes, y se adentró por el sendero que conducía al surtidor, lleno de silencio y penumbra por las ramas entrelazadas de los altos laureles. Más adelante, circundado por bancos de piedra y árboles aromáticos en flor, cantaba soñoliento el fino surtidor sobre un estanque redondo, de borde ancho, en el que se alineaban grandes macetas de loza blanca con el ostentoso escudo de los Sás. Seguramente el día antes o aquella mañana habían limpiado el estanque, porque en el agua muy transparente, sobre las losas muy claras, nadaban con redoblada vivacidad, dibujando relampagueos rosados, los peces, a los que Gonçalo asustó metiendo y agitando el bastón. Y desde el borde del estanque, divisó al final de otro sendero jalonado de dalias abiertas el mirador, una construcción del siglo XVIII, que semejaba un pequeño templo griego, color rosa pálido, con un grueso Cupido sobre la cúpula y ventanitas de rocalla situadas entre el medio relieve de unas columnas acanaladas por las que trepaban los jazmineros.

Gonçalo, como era su costumbre, arrancó unas hojitas de hierba luisa, para aplastarlas y perfumarse las manos, y siguió lentamente hacia el mirador por entre las dalias apiñadas. En la alameda, recientemente enarenada, los finos zapatos de charol que llevaba pisaban sin ruido en el blando suelo. Y así, en un silencio de sombra

indolente, se acercó al mirador y a una de las ventanitas que, mal cerrada, conservaba echada por dentro la persiana de listoncitos verdes. Junto a aquella ventana estaba la escalera de piedra que, desde la alta y amplia terraza ante la que se extendía el jardín, comunicaba con la hundida Rua das Tecedeiras, casi enfrente de la capilla de las Mónicas. Y Gonçalo bajaba sin prisa cuando, a través de la tenue persiana, percibió dentro del mirador un susurro, un cuchicheo nervioso. Sonriendo, pensó que alguna de las criadas de la casa se habría refugiado en aquel templecito del amor con uno de los terribles sargentos de caballería… Pero ¡no!, ¡imposible! ¡Momentos antes, Gracinha había pasado junto a aquella ventana y había pisado aquella escalera cuando se encaminaba a las Mónicas! Y entonces otro pensamiento le atravesó como una espada, y tan doloroso que retrocedió aterrado desde el borde del mirador, donde la idea le había asaltado tan perversamente. Sin embargo, una impaciente curiosidad lo sobrecogía ya, lo empujaba, y acercó la cara a la persiana con la cautela de un espía. El mirador volvió a quedar en silencio y Gonçalo temía que lo delatasen los latidos de su corazón… ¡Santo Dios! De nuevo comenzó el murmullo, más apresurado, más nervioso. Alguien suplicaba, balbucía: «¡No, no, qué locura!» y alguien replicaba impaciente y apasionado: «¡Sí, amor mío! ¡Sí, amor mío!». Y a ambos los reconoció tan claramente como si se alzara la persiana y entrase por ella toda la gran claridad del jardín. ¡Era Gracinha! ¡Era Cavaleiro!

Invadido por una inmensa vergüenza y aturdido por el terror de que lo sorprendiesen junto al mirador y a la impudicia oculta, se adentró por el sendero de las dalias, encogido, pisando sin hacer ruido sobre el suelo blando, bordeó el surtidor bajo el ramaje de los arbustos, se hundió de nuevo en la oscuridad de los laureles, se deslizó cautelosamente por detrás del invernadero y penetró en el sosiego del palacete. Pero el murmullo del mirador lo envolvía aún, más desfallecido, más rendido: «¡No, no, qué locura!… ¡Sí, sí, amor mío!».

Huyó por las salas desiertas como una sombra acosada; se precipitó sofocado por la escalera de piedra; cruzó el portal de una carrera, mirando a todas partes, con miedo de encontrarse con Joaquim da Porta. Por fin se detuvo en la plaza, ante la verja del reloj de sol. Pero el susurro del mirador erraba por toda la plaza como un viento remolineante, rozando las losas, azotando las barbas de los santos en el pórtico de la iglesia de São Mateus, volviendo a remolinear sobre los tejados musgosos de la cordelería… «¡No, no, qué locura!… ¡Sí, sí, amor mío!». Entonces Gonçalo sintió un ansia desesperada de huir lejos, muy lejos de la plaza, del palacete, de la ciudad, de toda aquella vergüenza que lo traspasaba. Pero ¿y un coche?… Pensó en alquilarlo en la cochera de Maciel, la más retirada, ya pasadas las últimas casas, en la carretera del seminario. Y pegado a los muros bajos de aquellas calles pobres, corrió hasta la cochera y mandó enganchar una calesa cerrada.

Mientras esperaba a la puerta, en un banco, pasó por el camino una lenta carreta con muebles, con ollas de cocina y con un gran colchón sobre el que se extendía una mancha. Bruscamente, Gonçalo se acordó del diván que guarnecía el mirador. Era

enorme, de caoba, tapizado de lino a rayas, con unos muelles flojos que crujían. Y de repente recomenzó el murmullo y creció, rodando con fragor de trueno sobre las casuchas cercanas, sobre la tapia del seminario, sobre Oliveira asombrada: «¡No, no, qué locura!… ¡Sí, sí, amor mío!».

Dando un salto, Gonçalo gritó hacia el interior de la oscura cuadra:

—Pero ¡qué diablos! ¿No acaban de enganchar ese coche?

—Ya está, señor Hidalgo.

En el reloj de la Piedade daban las siete cuando se metió en el coche, bajó las cortinillas que estaban atascadas y se enterró en el fondo, bien escondido, deshecho, con la sensación de que el mundo temblaba, de que las almas más fuertes se derrumbaban y de que su Torre, vieja como el reino, se agrietaba, mostrando en su interior un montón ignorado de inmundicia y de faldas sucias.

CAPÍTULO IX

A la puerta de la cocina, agitando un sobre ya estrujado, Gonçalo regañaba a Rosa, la cocinera:

—¡Rosa!, ¿pero no le dije mil veces que no escribiese a mi hermana Graça?… ¡Qué terquedad! ¿Es que no podíamos arreglar lo de la pequeña sin ir con esos lloriqueos a Oliveira? ¡Gracias a Dios, la Torre es suficientemente espaciosa para que quepa una criaturita más!

Es que había muerto Crispola, la desgraciada viuda, vecina de la Torre que, con una familia de pequeños compuesta por dos muchachos y tres muchachas, se consumía en un catre desde la Pascua. Y ahora Gonçalo, que había mantenido la casucha con gran generosidad, estaba acomodando a las pobres criaturas, ya gracias a él muy decentemente vestidas de luto. La chica mayor —que también se llamaba Crispola—, siempre metida en la cocina de la Torre, pasaba oficialmente a ser la «ayudante de Rosa», con sueldo. A uno de los chicos, de doce años, espigado y listo, también lo empleó Gonçalo en la Torre, para hacer los recados, con una chaquetilla de botones dorados. Al otro, blandengue y mocoso, pero con aptitud y afición a la carpintería, Gonçalo, bajo el patrocinio de la tía Louredo, lo había colocado ya en Lisboa, en la ebanistería de São José. De otra de las chicas se encargaba la madre de Manuel Duarte, amable señora que vivía en una hermosa quinta junto a Treixedo y que adoraba a Gonçalo, de quien se consideraba *vasalla.* Pero para la más pequeña y debilucha no encontraban ningún amparo firme. Entonces Rosa se había acordado de que «seguramente doña Maria da Graça recogería a la criaturita…». Gonçalo masculló secamente: «¡Por un mendrugo más de pan no se necesita molestar a la *ciudad de Oliveira*!». Rosa, sin embargo, entusiasmada con aquella obra, deseando para la pequeñita, tan delicada y rubia, la protección de una señora, escribió a Gracinha, con la esmerada letra de Bento, una expresiva carta con la petición, con toda la lamentable historia de Crispola y con devotas alabanzas a la caridad del señor doctor. Y era la respuesta de Gracinha, retrasada pero enternecida, con el encargo de que «le mandasen enseguida a la pobre criatura», lo que impacientaba al Hidalgo.

Porque, desde la tarde abominable del mirador, ¡se había apoderado de él una repugnancia casi púdica de comunicarse con los Cunhais! Era como si aquel mirador y la impudicia cobijada entre sus paredes color de rosa apestasen el jardín, el palacete, el Largo d’El-Rei, toda la ciudad de Oliveira, y él ahora, por higiene moral, retrocediese ante aquella región apestada, en la que se ahogaban su corazón y su orgullo… Al poco tiempo de su fuga había recibido una carta llena de asombro del bueno de Barrolo:

> ¿Qué chifladura ha sido ésa? ¿Por qué no has esperado? Cuando, por la noche, regresé de la quinta de Marges, hasta estuve preocupado. ¡Y no te imaginas lo nerviosa que está Gracinha! Nos enteramos de tu marcha por

Gonçalo respondió secamente en una tarjeta: «Negocios». Después recordó que se había dejado en un cajón de la cómoda, en su cuarto, el manuscrito de la novela, y mandó a un criado de la quinta que fuese de madrugada con un recado casi secreto para el padre Soeiro: «Que entregase la carpeta al portador, bien envuelta, sin decir nada a los señores…». Entre la Torre y los Cunhais sólo deseaba separación y silencio.

Y en los enclaustrados días que pasó en la Torre —sin arriesgarse a ir hasta Vila Clara por temor a que la vergüenza de su apellido anduviese ya murmurada en el estanco de Simões o en el almacén de Ramos—, no cesó de vibrar en una cólera que se extendía a cualquier cosa y a todos tenía aterrorizados… Cólera contra su hermana, que pisoteando el pudor, la altivez de su estirpe, el temor a los escarnios de Oliveira, tan fácil y despreocupadamente como se pisan las flores descoloridas de una alfombra, ¡había corrido hacia el mirador, hacia el macho del bigote, en cuanto él le había hecho una seña con el pañuelo perfumado! Cólera contra Barrolo, el mofletudo insulso, que empleaba sus insulsos días alabando a Cavaleiro, empujándolo hacia el Largo d'El-Rei, escogiendo en su bodega los mejores vinos para que a Cavaleiro se le enardeciese la sangre, colocando los cojines de todos los canapés para que Cavaleiro saborease cómodamente su puro y ¡los actuales encantos de Gracinha! En fin, cólera contra sí mismo, que por la mezquina codicia de un escaño en São Bento había derribado la única muralla segura que había entre su hermana y el hombre del flequillo reluciente: su enemistad, ¡aquella enemistad tan firmemente mantenida y reforzada y avivada desde los días de Coimbra!… ¡Ah! ¡Los tres eran tremendamente culpables!

Después, una tarde, harto de tanta soledad, se atrevió a dar un paseo por Vila Clara. Y comprobó que en el casino, en el estanco de Simões y en la tienda de Ramos, los amores de Gracinha eran, con toda seguridad, tan ignorados como si ocurriesen en las profundidades de Tartaria. Inmediatamente, su alma bondadosa, ahora sosegada, se abandonó a la dulzura de tejer disculpas sutiles para todos los culpables de aquella triste caída… Gracinha, la pobre, sin hijos, con tan blandengue e insulso marido, ajena a todos los intereses de la inteligencia, indolente hasta para la costura o el bordado, había cedido —¿qué mujer no cedería?— a la crédula y primitiva pasión que brotó en su alma, se le enraizó en ella, le proporcionó sus únicas alegrías mundanas y —aún más poderosa influencia— ¡le arrancó sus únicas lágrimas! Barrolo, el pobre, era «El Bobo» y, como el «espino» de la canción, incapaz de más noble fruto, sólo producía las «espinas» de su bobería. Y él, desdichado de él, pobre, ignorado, se había rendido irresistiblemente a la fatal Ley del Progreso, que lo había llevado, como lleva a todos, movidos por el ansia de fama y de fortuna, a introducirse precipitadamente por la puerta que por casualidad se abre, sin reparar en la basura que obstruye el umbral… ¡Ah! ¡En realidad bien poco

culpables eran todos ante Dios, que nos ha creado tan volubles, tan frágiles, tan dependientes de unas fuerzas menos gobernadas por nosotros que el viento o el sol!

¡No! ¡Culpable irremisiblemente era sólo el otro, el granuja de la melena ondulada! Ése sí que en su conducta con Gracinha, desde los tiempos de estudiante, había demostrado siempre un egoísmo atrevido, que sólo se podía castigar como castigaban los antiguos Ramires, con la muerte después del tormento y entregando sus restos a los cuervos. Mientras le divirtió, en la ociosidad de los largos veranos, un amor bucólico bajo las arboledas de la Torre, fingió amor. Cuando consideró que una mujer y unos hijos serían un obstáculo para su vida frívola, traicionó. Y en cuanto la antigua amada perteneció a otro hombre, comenzó nuevamente el lánguido asedio para disfrutar, sin las preocupaciones de la paternidad, las emociones del sentimiento. Y en cuanto ese marido le abre sus puertas, ¡no pierde ni un momento y se lanza brutalmente sobre su presa! ¡Ah, cómo habría tratado el abuelo Tructesindo al villano autor de tal villanía! Seguramente lo habría asado en una crepitante hoguera ante las barbacanas, o en las mazmorras de la alcazaba le habría taponado la falsa boca con un buen plomo derretido…

¡Y él, nieto de Tructesindo, ni siquiera podría, cuando encontrase a Cavaleiro por las calles de Oliveira, calarse el sombrero y pasar de largo! La más mínima disminución de aquella intimidad tan desastrosamente reanudada ¡sería como la revelación de aquella impudicia oculta aún entre las paredes del mirador! Oliveira entera cuchichearía, se reiría: «¡Mira el Hidalgo de la Torre! ¡Mete a Cavaleiro en los Cunhais con su hermana y luego, pasadas unas semanas, rompe de nuevo con Cavaleiro! ¡Ha habido algún escándalo, y de los gordos!». ¡Qué delicia para las Lousadas! No, al contrario, ahora debía ostentar una fraternidad tan grande y tan sonada hacia Cavaleiro, que por su grandeza y por su ruido ocultase por completo el sucio enredo que latía tras ella. Fingimiento torturante, ¡impuesto por el honor de su nombre! ¡El sucio enredo debía permanecer bien guardado entre las más densas arboledas del jardín, en la más densa penumbra del mirador! ¡Y fuera, al sol, en las plazas de Oliveira, él siempre cogido cariñosamente del brazo de Cavaleiro!

Los días pasaban y en el espíritu de Gonçalo no se restablecía la serenidad. Y sobre todo lo amargaba sentir que se veía forzado a esa llamativa intimidad con Cavaleiro, tanto por el prestigio de su apellido como por la conveniencia de su elección. A veces se rebelaba toda su altivez: «¡Qué me importa la elección! ¿Qué valor tiene un sucio escaño en São Bento?…». Pero enseguida la cruda realidad lo acallaba. La elección era el único resquicio por el que conseguiría escapar de su agujero rural; y si rompía con Cavaleiro, con aquel villano acostumbrado a las villanías, inmediatamente, con el apoyo de la horda intrigante de Lisboa, improvisaría otro candidato por Vila Clara… Por desgracia él era uno de esos seres doblegados que *dependen.* ¿Y de dónde provenía aquella triste dependencia? De la pobreza, de aquella escasa renta de sus dos quintas, suficiente para un don nadie, pero una miseria para él, con su educación, sus gustos, sus deberes de nobleza y su espíritu de

sociabilidad.

Y esos pensamientos lo empujaron lenta y capciosamente a otro pensamiento, a doña Ana Lucena y a sus doscientos mil escudos… Hasta que una mañana afrontó con valentía una posibilidad perturbadora: ¡casarse con doña Ana! ¿Por qué no? Ella le había mostrado claramente cierta inclinación, casi consentimiento… ¿Por qué no casarse con doña Ana?

¡Sí! El padre carnicero, el hermano asesino… Pero también él, entre tantos antepasados, hasta los feroces suevos, descubriría algún abuelo carnicero; y la ocupación de los Ramires, a través de los siglos heroicos, había consistido, realmente, en asesinar. Además, tanto el carnicero como el asesino, ambos ya muertos, eran sombras remotas que pertenecían a una leyenda que se borraba. Doña Ana, con la boda, ascendía del populacho hasta la burguesía. Y él no la habría encontrado en la carnicería del padre ni en la guarida del hermano, sino en la quinta de la Feitosa, ya rica dama, con administrador, con capellán, con lacayos, como una antigua Ramires. ¡Ah! Sinceramente, cualquier vacilación era pueril desde el momento en que aquellos doscientos mil escudos de dinero muy limpio, de buen dinero rural, los llevaba consigo mujer tan hermosa y tan seria. Con aquel oro puro y con su nombre y su talento, no necesitaría, para destacar en la política, la traicionera mano de Cavaleiro… ¡Y luego qué vida noble y completa! Su vieja Torre restituida al sobrio esplendor de otros tiempos; las históricas tierras de Treixedo magníficamente cultivadas; ¡viajes provechosos, a lugares que educan!… Y la mujer que le proporcionaba todo aquel bienestar no le amargaría su gozo, como en tantas bodas interesadas, con su fealdad, sus prominentes huesos o su piel fofa… ¡No! Tras el brillo social durante el día, no le esperaba en la alcoba una mostrenca sino una Venus.

Y así, trabajado lentamente por aquellas tentaciones, una tarde envió una tarjeta a la prima Maria, a la Feitosa, pidiéndole «que se encontrasen a solas en algún paseo de los alrededores, pues deseaba tener con ella una *pequeña conversación* íntima y seria…». Pero transcurrieron tres días interminables y no llegó la deseada carta de la Feitosa. Gonçalo llegó a la conclusión de que la prima Maria, tan lista, oliéndose la naturaleza de la *pequeña conversación* y sin una certeza con la que poder alegrarlo, la retrasaba, se negaba. Pasó entonces una desolada semana, removiendo la melancolía de una vida que sentía vacía y toda llena de incertidumbres. El orgullo, un pudor complicado, no le consentían volver a Oliveira, al cuarto desde donde divisaría irremediablemente, sobre la arboleda, la cúpula del mirador con su gordo Cupido, ¡y casi lo hacía estremecer la idea de besar a su hermana en la cara que el otro habría baboseado! Sobre su elección había caído un silencio sepulcral, y otra repugnancia más severa le impedía escribir a Cavaleiro. João Gouveia disfrutaba de sus vacaciones en la costa, con sus zapatos blancos, cogiendo conchitas en la playa. Y Vila Clara resultaba insoportable en mitad de aquel septiembre tan caluroso, con Titó en el Alentejo, adonde lo había llevado una enfermedad del viejo mayorazgo de Cidadelhe, Manuel Duarte en la quinta de su madre dirigiendo la vendimia, y el

casino desierto y adormecido bajo los innumerables zumbidos de las moscas…

Para entretenerse y pasar el tiempo, más que por obligación o por amor al arte, retomó su novela, pero sin fervor, sin inspiración clara. Ahora estaba en el momento de la sañuda partida de Tructesindo y sus caballeros, corriendo tras el Bastardo de Baião. Lance dificultoso que requería fragor, brillante colorido medieval. ¡Y él tan blando y tan apagado!… Afortunadamente, el tío Duarte, en su poemita, había enriquecido aquel violento párrafo con paisajes bien dibujados, con interesantes acciones de guerra.

Al llegar a la ribera del Coice, Tructesindo encontró cortado a hachazos el decrépito puente, cuyas partidas vigas y carcomidos tablones impedían, caídos en el fondo, el paso de la escasa corriente. En su huida, el Bastardo lo había desmantelado precavidamente para detener la cabalgata vengadora. Entonces la poderosa hueste de Santa Ireneia avanzó por la estrecha orilla, siguiendo la hilera de chopos en busca del vado del Espigal… Pero ¡cuánto retraso! Cuando las últimas mulas de carga pisaron la tierra del otro lado del río, ya la tarde caía dulcemente, y en las pozas de agua, entre las piedras, teñidas unas de oro pálido y otras de un suave color rosado, se apagaba su esplendor. Inmediatamente Garcia Viegas, *el Sabedor,* aconsejó que la mesnada se dividiese: los peones y la carga avanzando hacia Montemor, ocultos y en silencio, para evitar encuentros; los caballeros de lanza y los ballesteros a caballo, marchando al galope para alcanzar al Bastardo. Todos alabaron el ardid del *Sabedor,* y la cabalgata, aligerada sin las lentas filas de arqueros y honderos, galopó a rienda suelta a través de las tierras yermas, después por los berrocales, hasta los Três-Caminhos, desolada llanura en la que se yergue solitario aquel roble viejísimo que en otros tiempos, antes de ser exorcizado por San Froilán, cobijaba, el sábado más tenebroso de enero, a la luz de unas antorchas azufradas, la Gran Ronda de todas las brujas de Portugal. Junto al roble Tructesindo detuvo la cabalgata y, alzado sobre los estribos, escudriñó las tres sendas que allí se separan y se hunden entre los ásperos, lóbregos cerros llenos de maleza y de tojo. ¿Había pasado por allí el malvado Bastardo?… ¡Ah! ¡Con seguridad habían pasado por allí él y toda su maldad, porque tras un peñasco, junto a tres cabras flacas que retozaban en la maleza, yacía con los brazos abiertos un pobre pastorcillo, muerto, atravesado por una flecha! Para que el infeliz cabrero no soplase ninguna noticia de la gente de Baião, una brutal saeta le había atravesado el pecho descarnado por el hambre, mal cubierto de harapos. Pero ¿por cuál de las tres sendas se habría internado el malvado? En la tierra suelta, removida por el viento cálido que venía de los montes, no aparecían las huellas revueltas del tropel fugitivo. Y en aquella soledad no había ni choza ni cabaña donde un villano o una vieja agazapada pudiesen haber visto la huida del bando… Entonces, al mando del alférez Afonso Gomes, tres almogávares se adentraron por los tres caminos en su búsqueda, mientras los caballeros, sin desmontar, se quitaban los morriones para limpiarse el sudor que les bañaba los rostros barbudos, o abrevaban los caballos en un hilillo de agua que se deslizaba al borde de la planicie, por entre el

ralo cañaveral. Tructesindo no se apartó de debajo del ramaje del roble de San Froilán, inmóvil sobre su caballo morcillo también inmóvil, completamente cubierto por el hierro de su negra armadura, con las manos juntas sobre la silla y el yelmo pesadamente inclinado, como sumido en dolor, en oración. Y a su lado, con sus collares erizados de púas y con las sangrientas lenguas fuera, jadeaban, tumbados, sus dos mastines.

Y mientras la espera ya se alargaba, inquietante y enojosa, el almogávar que se había adentrado por el camino del este reapareció entre una nube de polvo, haciendo enseguida señales desde lejos con la lanza en alto. ¡A la hora escasa de marcha divisó en un cerro una hueste acampada, en un lugar seguro, cercado con estacas y zanjas!…

—¿Qué pendón?

—Los trece besantes.

—¡Alabado sea Dios! —gritó Tructesindo, que se estremeció como si despertase —. ¡Es don Pedro de Castro, *el Castellano,* que entró con los leoneses y viene por las señoras infantas!

¡Por aquel camino, pues, no se había atrevido el Bastardo!… Pero ya por el camino de poniente regresaba otro almogávar que contó que entre unos cerros, en un pinar, se había topado con un grupo de buhoneros genoveses, allí retenidos desde el alba porque uno de ellos se había desmayado con las fiebres. ¿Y entonces?… Entonces, por la orilla del pinar sólo habían pasado en todo el día —según juraban los genoveses— una pandilla de truhanes que regresaba de la feria de Grajelos. Sólo quedaba, pues, el camino del medio, sombrío y pedregoso como el lecho seco de un torrente. Y por él, a un grito de Tructesindo, galopó la cabalgata. Pero el crepúsculo tristísimo ya caía y el camino se alargaba, agreste, lúgubre, interminable entre los cerros de brezos y rocas, sin una cabaña, sin un muro, sin un cercado, sin rastro de reses ni de hombres. A lo lejos, muy a lo lejos, avistaron, al fin, la campiña árida, cubierta de soledad y de sombra, dilatada en su silencio hasta un cielo remoto, en el que ya se extinguía una última franja del sol poniente color de cobre y de sangre. Entonces Tructesindo detuvo el galope junto a unos espinos que se retorcían con las ráfagas cada vez más fuertes del viento cálido del sur:

—¡Por Dios, señores, que estamos corriendo con prisa vana y sin esperanza!… ¿Qué pensáis, Garcia Viegas?

Todo el bando se agrupó y subió una vaharada de los caballos, que resoplaban, bajo las gualdrapas de malla. *El Sabedor* extendió el brazo:

—¡Señores! El Bastardo, antes que nosotros, ha cruzado huyendo esta campiña y se habrá dirigido a Vale-Murtinho para pernoctar en las tierras de Agredel, que están bien fortificadas y son de parientes suyos…

—¿Y entonces nosotros, don Garcia?

—A nosotros, señores y amigos, sólo nos queda pernoctar también. Volvamos a los Três-Caminhos. Y desde allí, en buena avenencia, al campamento de don Pedro de Castro a pedir cobijo… Junto a tan gran señor, encontraremos más

abundantemente que en nuestras alforjas lo que todos, cristianos y brutos, vamos necesitando ya: cebada, un pedazo de carne y tres buenos tragos de vino…

Todos gritaron con júbilo: «¡Bien dicho! ¡Bien dicho!…».

Y nuevamente, por el barranco pedregoso, la cabalgata galopó pesadamente hacia los Três-Caminhos, donde ya dos cuervos se encarnizaban en el cuerpo del pastorcillo muerto.

Al poco, al final del camino del este, en el cerro más alto, blanquearon las tiendas del campamento, a la luz de las hogueras que por todo él humeaban. El adalid de Santa Ireneia arrancó del cuerno tres toques lentos anunciando a un hijodalgo. Inmediatamente, tras la estacada sonaron otros cuernos acogedora y claramente. Entonces el adalid galopó hasta las zanjas para anunciar a los centinelas apostados en las barreras, entre brillantes fuegos de almenara, la mesnada amiga de los Ramires. Tructesindo paró en el oscuro barranco que el espeso pinar oscurecía aún más, agitándose y gimiendo con el viento. Dos caballeros, de sobreveste negro y capuz, corrieron al instante por la ladera del otero, ¡gritando que don Pedro de Castro esperaba al noble señor de Santa Ireneia y que se complacía mucho en atenderlo y servirlo! Silenciosamente Tructesindo descabalgó y, acompañado por don Garcia Viegas, Leonel de Samora, Mendo de Briteiros y otros parientes de su casa, todos sin lanza, sin broquel y sin los guanteletes, subió presuroso el cerro hasta la estacada, cuyas puertas se abrieron de par en par, mostrando, a la vaga claridad de las fogatas sombrías, grupos de peones, en los que, entre los cascos de hierro, aparecían las tocas amarillas de las mancebas y los gorros con cascabeles de los juglares. En cuanto el viejo asomó a los barrotes, dos infanzones, agitando la espada, gritaron:

—¡Loor! ¡Loor a los ricoshombres de Portugal!

Las trompas mezclaban su clangor ríspido con los pausados redobles de los tambores. Y entre la turba, que retrocedió silenciosamente en lentas filas, avanzó, precedido por cuatro caballeros que levantaban unos hachones encendidos, el viejo don Pedro de Castro, *el Castellano*, el hombre de las largas guerras y de los vastos señoríos. Un coselete de ante con labores de plata ceñía su pecho, ya hundido, como consumido por las grandes fatigas de pelear y las grandes ansias de reinar. Sin yelmo, sin armas, apoyaba su velluda mano de marcadas venas en un bastón de marfil. Y sus ojos hundidos chispeaban con afable curiosidad en la tostada delgadez de su cara, de nariz más curva que el pico de un halcón, torcida hacia un lado por una profunda cicatriz que se perdía entre la barba crespa, puntiaguda y casi blanca.

Ante el señor de Santa Ireneia abrió los brazos lentamente, y con una grave sonrisa, que le curvó aún más la nariz de ave de rapiña sobre la barba tiesa:

—¡Vive Dios! ¡Grande es la noche que os trae, primo y amigo! ¡Noche que no esperaba yo de tanto honor ni tampoco de tanta dicha!…

Al rematar este difícil capítulo, después de tres mañanas de trabajo, Gonçalo arrojó la

pluma con un suspiro de cansancio. ¡Ah! Ya se sentía harto de aquella interminable novela, desarrollada como si fuera un ovillo suelto, sin que él le pudiese acortar los hilos, ¡tan apretadamente enmarañados por el tío Duarte en su denso poema, que él continuaba entre lamentaciones! Y luego, ni siquiera lo consolaba la certeza de estar construyendo una obra recia. Aquellos Tructesindos, aquellos Bastardos, aquellos Castros, aquellos *Sabedores,* ¿eran realmente varones alfonsinos, de sólida sustancia histórica?… ¡Quizá tan sólo títeres huecos, mal engoznados en unas falsas armaduras, pobladores de inverosímiles campamentos y castillos, sin un gesto o una frase que datasen de las antiguas épocas!

Y al día siguiente no reunió en todo su ser el valor suficiente para continuar aquella ávida correría de los de Santa Ireneia tras el bando fugitivo de los de Baião. Además, ya había enviado tres capítulos de la novela, calmando así las ansias de Castanheiro. Pero la ociosidad le pesó más durante aquella semana, pasada en los canapés o entre el boj del jardín, fumando y sintiendo tristemente que la vida se le escapaba en humo. Para enervarlo aún más, se le juntaba ahora un apuro económico, una letra de seiscientos escudos, del último año de Coimbra, continuamente modificada, continuamente aumentando, y que ahora el prestamista, un tal Leite, de Oliveira, reclamaba con dureza. Su sastre de Lisboa también lo importunaba con una factura pavorosa, que llenaba dos hojas. Pero sobre todo lo entristecía la soledad de la Torre. Todos sus alegres amigos estaban dispersos por la costa o en quintas. La elección, encallada como una barca en el légamo. Su hermana, seguramente con el *otro* en el mirador. Hasta la prima Maria desatendía, ingratamente, su tímida petición de una *pequeña conversación.* Y él en su caluroso caserón, sin energías, inmovilizado por una desidia creciente, como si lo atasen unas cuerdas cada día más apretadas, transformándose de hombre en fardo.

Una tarde, en su habitación, perezoso y taciturno, sin ni siquiera hablar con Bento, se acababa de vestir para montar a caballo y distraerse dando una galopada por los caminos de Valverde, cuando el pequeño de Crispola —ya colocado en la Torre como recadero, con su chaquetilla de botones dorados— llamó a la puerta, sofocado. Era que una señora había parado ante el portón, en un carruaje, y que pedía que bajase el Hidalgo…

—¿No ha dicho su nombre?

—No, señor. Es una señora delgada, en un coche tirado por dos caballos con unas redes…

La prima Maria. ¡Con qué alborozo corrió, cogiendo del perchero del corredor un viejo sombrero de paja! Y ya abajo fue como si contemplase a la diosa Fortuna sobre su rueda caprichosa.

—¡Oh, prima Maria, qué sorpresa!… ¡Qué felicidad!

Asomada a la ventanilla del carruaje —la calesa azul de la Feitosa—, doña Maria Mendonça, con un sombrero nuevo adornado con ramilletes de lilas, se disculpó, atropelladamente y riendo, por su silencio. Había recibido la carta del primo con

mucho retraso… Aquel condenado cartero, renqueante y borracho… Además, había tenido unos días muy atareados en Oliveira, con Anica, que preparaba para el invierno su casa de la Rua das Velas.

—Y por último, como debía una visita en Vila Clara a la pobre Venância Rios, que ha estado enferma, me pareció más sencillo y más completo detenerme en la Torre… Bueno, ¿qué ocurre?

Gonçalo sonreía, cohibido:

—Pues nada importante, pero… Es que deseaba hablar contigo… ¿Por qué no entras?

Abrió la portezuela. Ella prefería pasear por el camino. Y los dos se dirigieron hacia el viejo banco de piedra que los álamos cubrían frente al portón de la Torre. Gonçalo limpió con el pañuelo el extremo del banco.

—Pues verás, prima Maria, yo quería hablarte… ¡Pero es difícil, es muy difícil! Tal vez lo mejor sea atacar la cuestión brutalmente.

—Atácala.

—Entonces, ¡allá va! ¿Tú crees, prima, que pierdo el tiempo si me dedico a tu amiga doña Ana?

Sentada delicadamente en el borde del banco, enrollando con cuidado la seda negra de la sombrilla, Maria Mendonça tardó un instante en murmurar:

—No, yo creo, primo, que no pierdes el tiempo…

—¡Ah! ¿Tú crees?

Ella miraba atentamente a Gonçalo, disfrutando con su confusión y con su ansiedad.

—¡Jesús, prima!… ¡Dime algo más!

—Pero ¿qué más quieres que te diga? Ya te lo advertí en Oliveira. Yo aún soy muy joven para andar con recaditos amorosos. Pero encuentro que Anica es guapa, es rica y es viuda…

Gonçalo se levantó del banco, alzando los brazos, desolado. Y, como doña Maria también se levantó, ambos siguieron por la franja de hierba que bordea los álamos. Él casi gemía, desconsolado:

—Guapa, viuda, rica… ¡Para conocer esos grandes secretos no te habría molestado, prima!… ¡Qué demonios! ¡Sé buena chica, sé franca! Tú debes de saber algo; seguro que ya habéis hablado… Sé franca. ¿Tiene por mí alguna simpatía?

Doña Maria se detuvo y murmuró, rayando con la punta de la sombrillita el sendero amarillento de hierba:

—Pues claro que la tiene…

—¡Bravo! Entonces, si de aquí a un tiempo, pasados estos primeros meses de luto, yo me declarase, me…

Ella clavó en Gonçalo sus inteligentes ojos:

—¡Santo Dios! Vas al galope, primo… Entonces, ¿es una pasión?

Gonçalo se quitó el viejo sombrero de paja, se pasó la mano por el pelo

lentamente, y en un inmenso y triste desahogo:

—¡Mira, prima! ¡Es, sobre todo, la necesidad de situarme en la vida! ¿No te parece?

—Tanto me lo parece que fui yo misma quien te indiqué el buen puerto… Y ahora, adiós, que ya pasan de las cinco. No quiero retrasarme, por los criados.

Gonçalo protestó, suplicó:

—¡Un ratito más!… ¡Es muy pronto! Sólo otra cosa, con franqueza. ¿Es buena chica?

Doña Maria regresaba hacia el coche, al final de la hilera de álamos:

—Una pizca de genio, para animar la existencia. Pero muy buena chica… ¡Y una admirable ama de casa! No te imaginas, primo, cómo anda la Feitosa. El orden, la limpieza, la organización, la disciplina. Ella se ocupa de todo, ¡hasta de la bodega y de la cochera!

Gonçalo se frotó las manos, radiante:

—¡Pues si de aquí a un año se lleva a cabo el gran acontecimiento, he de gritar por todas partes que fue la prima Maria la que salvó la casa de los Ramires!

—¡Para eso trabajo yo, para servir al blasón y al nombre! —exclamó ella, saltando con ligereza dentro del coche, como si escapase, una vez hecha aquella clara confesión.

El lacayo se encaramó al pescante. Y mientras los caballos, descansados, arrancaban dando corvetas, doña Maria todavía gritó:

—¿Sabes a quién me encontré en Vila Clara? ¡A Titó!

—¿A Titó?…

—Ha llegado del Alentejo, viene a cenar contigo. No lo traje en el coche por decoro, para no comprometerlo…

Y la calesa rodó entre las risas y las cariñosas señas con las que los dos se agasajaban, en aquel nuevo acuerdo, encendido por la conspiración sentimental.

Gonçalo partió enseguida alegremente hacia Vila Clara, al encuentro de Titó. Y ya lo llenaba de gozo la idea de recoger de Titó, íntimo de la Feitosa, informaciones sobre doña Ana, sobre su genio, sus modales. La prima Maria, por amor a los Ramires —¡y sobre todo, pobrecilla, en provecho de los Mendonças!—, idealizaba a la novia. Pero Titó, el hombre más veraz del reino, que amaba la verdad con la antigua devoción de Epaminondas, presentaría a doña Ana sin afeites ni adornos. Y Titó… ¡Ah! Bajo su vozarrón atronador y su indolencia bovina, Titó poseía un espíritu muy fino, muy penetrante.

Los dos amigos se encontraron en Portela, y, a pesar de que la separación había sido corta, el abrazo fue estruendoso:

—¡Gonçalão[28]…!

—¡Titózinho, querido! ¡Me has echo muchísima falta aquí!… ¿Y tu hermano?

Su hermano estaba mejor, más tranquilo. Muchos cartapacios y muchas mujeres para un viejo de sesenta años. Él ya se lo había avisado: «¡Hermanito João, hermanito

João! ¡Mira que si sigues así, siempre agarrado a papeles viejos y a muchachas nuevas, vas a reventar!».

—¿Y por aquí? ¿Y esa elección?

—La elección ahora, para octubre, a principios de octubre… Por lo demás, monotonía universal. Gouveia en la costa, Manuel Duarte en la vendimia… Y yo seco, mustio, sin inspiración y hasta sin apetito.

—Pues mira, yo vengo a cenar y he invitado a Videirinha.

—Ya lo sé. Me lo dijo la prima Maria, que se detuvo un rato en la Torre… Está en la Feitosa, con doña Ana.

Durante un momento insistió en la intimidad de la prima Maria en la Feitosa, con la tentación de desahogarse enseguida, allí mismo, en el camino, sobre el inesperado romance que había surgido. ¡Pero no se atrevió! Lo invadía una angustiosa timidez, como la vergüenza de codiciar así todos los bienes del pobre Lucena: el distrito y la viuda.

Entonces, charlando sobre el Alentejo y sobre el hermano João —que había contado muchas antiguallas latosas sobre la genealogía de los Ramires—, bajaron desde Portela hasta la Torre, con la intención de alargar el paseo hasta los Bravais. Pero, al llegar a la Torre, Gonçalo quiso avisar a Rosa de que tenía dos inesperados invitados, señores de muy poderoso tenedor. Entraron por la puerta del jardín, donde un lento hilillo de agua se adormecía en las regueras. A los alegres gritos del Hidalgo acudió Rosa, secándose las manos en el delantal. ¡Cómo! ¡Dos invitados! ¡Hasta cuatro, y más voraces que ustedes, podían venir, que, gracias a Dios Nuestro Señor, sobraba comida! ¡Aquella misma tarde había comprado a una mujer de la costa una banasta de sardinas grandes y gordas que daba gusto verlas!… Titó reclamó enseguida una fritada tremenda de sardinas y huevos. Y los dos amigos cruzaban el patio cuando Gonçalo se fijó en Bento, escarranchado en el banco del emparrado ante un cuenco y restregando con arena una empuñadura de plata labrada, que sobresalía de una toalla enrollada como si fuera una vaina.

—¿Qué empuñadura es ésa, Bento, así enrollada?

Bento lentamente sacó de la toalla retorcida una fusta oscura y larga, con tres aristas afiladas como las de un florete.

—¡Ni el señor doctor lo sabía! Estaba en el desván. Esta tarde andaba yo revolviendo por allí a causa de una camada de gatos y, detrás de un baúl, di con unas espuelas de níquel y con esta fusta…

Gonçalo examinó la maciza empuñadura de plata y agitó el fino vástago, que silbó en el aire.

—Espléndida fusta… ¿Eh, Titó? Afilada como un cuchillo. Y antigua, muy antigua, con mi blasón… ¿De qué diablos está hecha? ¿De ballena?

—De cuero de hipopótamo… ¡Un arma terrible! Mata a un hombre… Mi hermano João tiene una, pero con el puño de metal… ¡Mata a un hombre!

—Bien —terminó Gonçalo—. ¡Límpiala y ponla en mi cuarto, Bento! ¡Pasa a ser

mi látigo de guerra!

En la puerta del jardín aún encontraron a Pereira, el de la Riosa, con una chaqueta de algodón echada sobre los hombros. Muy pronto, el día de San Miguel, Pereira comenzaba, por fin, la labranza de la Torre. Y Gonçalo bromeó, mostrándole a Titó el labrador famoso. ¡Éste es el hombre! ¡Éste es el gran hombre que se prepara para convertir la Torre en una renombrada maravilla de trigal, viña y huerta! Pereira se rascaba la barba rala:

—¡Y también para enterrar buen dinero! ¡En fin, un gusto siempre valió más que unos céntimos! ¡Y el Hidalgo, como patrón, bien merece una tierra que dé gusto verla!

—¡Oh, señor Pereira! —vociferó Titó—. Entonces no se olvide de cuidar los melones. ¡Es una vergüenza! ¡Nunca se ha comido en la Torre un buen melón!

—¡Pues el año que viene, si Dios nos da salud, ya comerá usted en la Torre un buen melón!

Gonçalo aún abrazó al experto labrador y se apresuró hacia la carretera, decidido a soltar toda la confidencia a Titó en la soledad propicia de la arboleda de los Bravais. Pero, apenas emprendieron de nuevo la caminata, la misma timidez de siempre se apoderó de él, casi temiendo ahora las informaciones de Titó, un hombre tan severo y de una moral tan rígida. Y terminaron toda la lenta vuelta por los Bravais sin que Gonçalo se desahogase. El crepúsculo había caído, suave y cálido, cuando regresaron, hablando de la pesca del sábalo en el Guadiana.

Frente al portón de la Torre los estaba esperando Videirinha, rasgueando el violón en la penumbra de los álamos. Como la noche seguía sofocante, sin un soplo de aire, cenaron en la terraza, con dos quinqués encendidos. Nada más desdoblar la servilleta, Titó, colorado y repantigado en la silla, declaró que «¡Gracias a Dios, la sed era mucha!». Él y Gonçalo llevaron a cabo sus habituales hazañas de tenedor y de copa. Cuando Bento sirvió el café, una enorme y brillante luna nueva surgía al fondo de la oscura quinta, tras los cerros de Valverde. Gonçalo, apoltronado en una butaca de mimbre, encendió el puro beatíficamente. Todo el aburrimiento y las incertidumbres de aquellas semanas se desprendían de su alma como la ceniza apagada, barrida rápidamente. Y más por el buen sabor de la vida despejada que por la dulzura de la noche, el Hidalgo exclamó:

—¡Señores, esto ahora es una delicia!

Videirinha, después de un breve cigarrillo, volvió a coger el violón. Por toda la quinta, pedazos de muro encalado, algún sendero no cubierto por el follaje, y el agua del estanque grande relucían a la luz de la luna que se deslizaba por los cerros; y la quietud de la arboleda, de la claridad, de la noche, penetraban en el alma con adormecedora caricia. Titó y Gonçalo saboreaban el famoso coñac de moscatel, preciosa antigualla de la Torre, silenciosamente extasiados con Videirinha, que había retrocedido hasta el fondo de la terraza, envolviéndose en la sombra. Nunca el buen cantor había herido las cuerdas con una inspiración más enternecida. Hasta los

campos, el cielo inclinado, la luna llena sobre las colinas, escuchaban las quejas del fado de la Ariosa. Y en la oscuridad, bajo la terraza, el carraspeo de Rosa, los pasos apagados de los criados, alguna risa sofocada de muchacha, la sacudida de orejas de un perdiguero, eran como la presencia de un pueblo dulcemente atraído por el hermoso concierto.

Así la noche se prolongó; la luna ascendió con solitario fulgor. Titó, con la pesadez de la comilona, se adormeció. Y, como siempre, Videirinha, para terminar, atacó con ardor el *Fado dos Ramires:*

Nadie te ve que no tiemble,
Torre de Santa Ireneia,
Así, tan negra y callada,
En noches de luna llena…

Y lanzó entonces una estrofa nueva, que había compuesto amorosamente aquella misma semana a partir de una nota erudita del bueno del padre Soeiro. Era la gloria magnífica de Paio Ramires, maestre de la orden del Temple, a quien el Papa Inocencio y la reina Blanca de Castilla y todos los príncipes de la cristiandad suplican que se arme y corra con enérgica prisa a liberar a San Luis, rey de Francia, cautivo en tierras de Egipto…

Que sólo en Paio Ramires
Pone el mundo su esperanza…
¡Que agrupe a sus caballeros
Y que salve al rey de Francia!

Y por aquel antepasado y por tal hazaña, hasta Gonçalo se interesó, acompañando el canto con voz trémula y chillona y alzando el brazo:

¡Ay, que agrupe a sus caballeros
Y que salve al rey de Francia!…

Al estrépito más fuerte del acompañamiento, Titó abrió los ojos, despegó del canapé su inmenso corpachón y declaró que regresaba a Vila Clara:

—¡Estoy rendido! Todo el tiempo de viaje y sin dormir, desde ayer a las cuatro de la madrugada que salí de Cidadelhe… ¡Caramba, daría ahora, como aquel rey griego, un cruzado por un burro!

Entonces Gonçalo, animado por el coñac, también se levantó, con una resolución jovial:

—¡Oye, Titó, antes de que te marches, entra aquí, que quiero hablar contigo sobre una cosa!

Cogió uno de los quinqués y penetró en el comedor, donde flotaba el perfume de

unas magnolias que se marchitaban en un jarrón. Y allí, sin ningún preámbulo, con ojos decididos y bien fijos en Titó, que lo había seguido cansadamente y aún se desperezaba:

—Escucha, Titó, y sé franco. A ti que ibas mucho a la Feitosa… ¿qué te parece esa doña Ana?

Titó, que despertó como si hubiera estallado un mortero, observó a Gonçalo con asombro:

—¡Atiza! Pero ¿a qué viene eso ahora?…

Gonçalo lo atajó, con la prisa por conseguir rápidamente una certeza:

—¡Mira! Yo para ti no tengo secretos. Durante estas últimas semanas ha habido unas conversaciones, unos encuentros… En fin, resumiendo, si de aquí a un tiempo yo pensase en casarme con doña Ana, creo que ella, por su parte, no me rechazaría. Tú ibas por la Feitosa. Tú tienes que saberlo… ¿Qué tal muchacha es?

Titó cruzó los brazos violentamente:

—¿Es que te vas a casar con doña Ana?

—Hombre, no es que me vaya a casar. No salgo esta misma noche camino de la iglesia. Por ahora quiero sólo información… ¿Y de quién la puedo tener más franca y más segura que de ti, que eres mi amigo y que la conoces?

Titó continuó con los brazos cruzados y levantó hacia el Hidalgo de la Torre su cara honrada y severa:

—¿Es que tú piensas casarte con doña Ana, tú, Gonçalo Mendes Ramires?…

Gonçalo hizo un gesto de impaciencia y molestia:

—¡Oh! No me vengas ahora con lo de la nobleza y con lo de Paio Ramires…

Titó casi vociferó, con su indignación:

—¡Qué nobleza! ¡Es que un hombre de bien, como tú, no piensa en casarse con una criatura como ella!… ¿Nobleza?… ¡Sí! ¡Pero nobleza de espíritu y de corazón!

Gonçalo enmudeció, herido. Luego, con una serenidad forzada, argumentó, dedujo:

—¡Bueno! Entonces es que tú sabes otras cosas… Yo, por mi parte, sé que ella es bonita y rica; sé también que es formal, porque nunca se ha murmurado de ella ni aquí ni en Lisboa. Son cualidades para casarse con una mujer… Tú ahora afirmas que uno no se puede casar con ella. Por lo tanto, sabes otras cosas… Dilas.

Entonces fue Titó el que enmudeció, inmóvil ante el Hidalgo, como si el lazo de una cuerda lo hubiese prendido y atado. Por fin, resoplando, con un enorme esfuerzo:

—Tú no me has llamado para que deponga como testigo… En principio y sin explicaciones, me preguntas si puedes casarte con esa mujer. Y yo, también sin explicaciones, en principio, te declaro que no… ¿Qué demonios quieres más?

Gonçalo exclamó, indignado:

—¿Que qué quiero? ¡Por amor de Dios, Titó!… Suponte que estoy locamente enamorado de doña Ana o que tengo un interés enorme en casarme con ella… Que no lo estoy, ni tengo interés. ¡Pero supóntelo! En ese caso, no se aparta a un amigo de un

acto en el que está tan profundamente empeñado sin presentarle una razón, una prueba…

Apremiado así, Titó bajó la cabeza, rascándose desesperadamente. Luego, acobardado, para evadirse, aplazó la discusión:

—Mira, Gonçalo, estoy muy cansado. Tú no vas a salir a estas horas camino de la iglesia, y ella menos, pues el otro marido todavía no se ha enfriado en la tumba. Así pues, mañana hablamos.

Dio dos zancadas enormes y empujó la puerta del balcón, gritando a Videirinha:

—¡Vaya horas, Videira! Andando, que no he dormido desde Cidadelhe.

Videirinha, que estaba preparando con esmero un coñac con agua y limón, vació precipitadamente el vaso y recogió su preciado violón. Y Gonçalo, frotándose las manos silenciosamente, no los detuvo, disgustado con aquella negativa de Titó, tan obstinada y poco amiga. Como sombras atravesaron una sala donde dormía, olvidado desde los tiempos de los Ramires del siglo XVIII, un clavicordio lacado. En el rellano de la escalera que conducía a la puertecita verde, Gonçalo, para alumbrarlos, levantó un candelabro. Titó encendió un cigarrillo en la llama. Su mano velluda temblaba:

—Entonces, entendido… Vengo mañana, Gonçalo.

—Cuando quieras, Titó.

Y en el seco asentimiento del Hidalgo se traslucía tanto despecho, que Titó vaciló en los estrechos escalones que él ocupaba por completo. Por fin bajó pesadamente.

Videirinha, ya en el camino, contemplaba el cielo, la luminosa serenidad:

—¡Qué bonita noche, señor doctor!

—Bonita, Videirinha… Y gracias. ¡Ha tocado usted hoy divinamente!

Gonçalo entró en la sala de los retratos y apenas había soltado el candelabro cuando, bajo el balcón abierto, retumbó el vozarrón de Titó:

—¡Gonçalo, ven aquí abajo!

El Hidalgo se precipitó por los escalones con gran impaciencia. Más allá de los álamos, en el camino, a la luz de la luna, Videirinha afinaba su violón. Y apenas la cara del Hidalgo apareció en la claridad de la puerta, Titó, que esperaba con el sombrero echado hacia atrás, se desahogó:

—Gonçalo, te has quedado enfadado… ¡Qué bobada! No quiero que haya sombras entre nosotros. Entonces, ¡allá va! Tú no puedes casarte con esa mujer porque ella ha tenido un amante. No sé si antes o después de ése habrá tenido otro. No hay criatura más astuta ni más falsa. No me vengas ahora con preguntas. Pero ten la certeza de que ha tenido un amante. Te lo digo yo. ¡Y tú sabes que nunca miento!

Bruscamente salió al camino, con los poderosos hombros abatidos. Gonçalo no se movió de los escalones de piedra, frente a los mudos álamos, inmóviles como él. Una palabra se había oído, irreparable, en el suave silencio de la noche y de la luna, ¡y he aquí que el alto sueño que había forjado sobre doña Ana, su belleza y sus doscientos mil escudos, se desplomaba sobre el lodo! Subió lentamente, volvió a la sala. Por encima de la alta llama de la vela, en un lienzo ennegrecido, se despertó un rostro, un

seco y amarillento rostro de altivos bigotes negros, que se inclinaba atento, como observando. Y a lo lejos, Videirinha esparcía por los campos adormecidos los ingenuos versos que celebraban la gran gloria de la ilustre casa:

Que sólo en Paio Ramires
Pone el mundo su esperanza…
¡Que agrupe a sus caballeros
Y que salve al rey de Francia!…

CAPÍTULO X

HASTA bien entrada la noche, Gonçalo, paseando por su cuarto, rumió la amarga certidumbre de que siempre, a lo largo de toda su vida —prácticamente desde el colegio de São Fel—, no había dejado de sufrir humillaciones. Y todas procedían de intentos muy sencillos, tan seguros para cualquier hombre como el vuelo para un ave, ¡y que sólo a él le acababan constantemente en dolor, vergüenza o daño! Al comenzar la vida, escogió con entusiasmo un confidente, un hermano, que llevó a la pacífica intimidad de la Torre, ¡y luego ese hombre se apoderó casquivanamente del corazón de Gracinha y la abandonó con ultraje! Después, concibió el deseo tan corriente de entrar en la vida política, ¡y, enseguida, el azar lo obligó a rendirse y a acogerse a la influencia de ese mismo hombre, ahora autoridad poderosa, tan detestado y escarnecido por él durante todos aquellos años de despecho! Luego, restablecida la convivencia, abrió al amigo la puerta de los Cunhais, confiando en la seriedad, en el severo orgullo de su hermana, ¡e inmediatamente su hermana se entregaba al antiguo burlador, sin lucha, la primera tarde que se encontraba con él bajo la sombra propicia de una enramada! Ahora había pensado en casarse con una mujer que le ofrecía junto con una gran belleza una gran fortuna, y enseguida, un camarada de Vila Clara llega y le dice confidencialmente: «¡La mujer que has elegido, Gonçalinho, es una pelandusca llena de amantes!». ¡Es cierto que no amaba a aquella mujer con un amor noble y grande! Pero había decidido acomodar en sus hermosos brazos, muy confortablemente, su suerte incierta, y he ahí que descarga, con aplastante puntualidad, la acostumbrada humillación. ¡Realmente, el destino lo machacaba con saña desmedida!

—¿Y por qué? —murmuraba Gonçalo quitándose melancólicamente la chaqueta —. En tan corta vida, tanta decepción… ¿Por qué? ¡Pobre de mí!

Cayó en el amplio lecho como en una sepultura, y hundió el rostro en la almohada con un suspiro, un enternecido suspiro de piedad por aquella suerte suya tan contrariada, tan desvalida. Y recordó los presuntuosos versos de Videirinha, cantados aquella misma noche con el violón:

> ¡Vieja casa de Ramires,
> Honra y flor de Portugal!

¡Cómo se había marchitado la flor! ¡Qué mezquina la honra! ¡Y qué contraste el del último Gonçalo, encogido en su agujero de Santa Ireneia, con aquellos grandes antepasados Ramires, cantados por Videirinha, todos ellos, si la historia y la leyenda no mentían, con vidas tan triunfales y sonoras! ¡No! Ni siquiera había heredado de ellos la cualidad que todos heredaban a través de los tiempos: la valentía fácil. Su

padre aún había sido el buen Ramires intrépido, que en la famosa revuelta de la romería de la Riosa avanzó con un quitasol contra tres carabinas que lo apuntaban. Pero él… Allí, en el secreto del cuarto apagado, bien podía lamentarse libremente: él había nacido con el *defecto*, un defecto del mayor desdoro, aquella irremediable flaqueza de la carne que, irremediablemente también, ante un peligro, una amenaza, una sombra, lo obligaba a retroceder, a huir… A huir de uno como Casco. A huir de un granuja con patillas rubias que primero en una carretera y luego en una venta lo había insultado sin motivo, sólo para demostrar bravuconería y desafío. ¡Ah, vergonzosa carne tan asustadiza!

Y el alma… En aquella silenciosa oscuridad de su cuarto bien lo podía reconocer también y lamentarse. ¡La misma flaqueza le sobrecogía el alma! Era aquella flaqueza la que lo entregaba a cualquier influencia, que lo arrastraba luego como una ráfaga de viento arrastra a la hoja seca. Porque la prima Maria enterneció una tarde sus avispados ojos y le aconsejó tras su abanico que se interesase por doña Ana, él, inmediatamente, lleno de esperanzas, levantó sobre el dinero y la belleza de doña Ana una presuntuosa torre de ventura y de lujo. ¿Y la elección? ¿Y aquella desgraciada elección? ¿Quién lo había empujado a la elección, a la indecente reconciliación con Cavaleiro y a los disgustos procedentes de todo aquello? ¡Gouveia, sólo con ligeras argucias, murmuradas por encima del tapabocas, desde la tienda de Ramos hasta la esquina de Correos! ¡Pero qué estaba diciendo! ¡Si hasta dentro de su propia Torre estaba manejado por Bento, que le imponía con superioridad gustos, dietas, paseos, opiniones y corbatas! Un hombre de tal naturaleza, por muy bien dotado que esté de inteligencia, es una masa inerte a la que el mundo imprime constantemente formas diversas y contrarias. João Gouveia había hecho de él un candidato servil. Manuel Duarte podría convertirlo en un borracho inmundo. ¡Bento, fácilmente, podría llevarle a atarse al cuello, en vez de una corbata de seda, un collarín de cuero! ¡Qué miseria! Y, sin embargo, el hombre sólo vale por la voluntad, sólo en el ejercicio de la voluntad estriba el gozo de la vida. Porque si la voluntad bien ejercida encuentra a su alrededor sumisión, entonces se tiene la delicia del dominio sereno; y si encuentra resistencia, entonces la delicia de la lucha interesante es mayor. Solamente no emana gozo fuerte y viril de la inercia que se deja arrastrar calladamente, en silencio y con blandura de cera… Pero él, él, descendiente de tantos varones famosos por su voluntad, ¿no conservaría, oculta en algún rincón de su ser, dormida y ardiente como una brasa bajo la ceniza, alguna parcela de aquella energía hereditaria?… ¡Tal vez! Sin embargo, nunca saltaría la chispa ni estallaría en llama intensa y útil en aquel estúpido y soterrado vivir de Santa Ireneia. ¡No! ¡Pobre de él! Hasta en los impulsos del alma, con los que todo hombre pone en práctica la libertad pura, ¡él tendría que sufrir siempre la opresión de la suerte adversa!

Con otro suspiro más se enterró, se escondió bajo la ropa. No podía dormir, la noche acababa; ya en el viejo reloj de pared, en el corredor, habían sonado las cuatro. Y entonces, a través de los párpados cerrados, en el confuso cansancio de tantas

tristezas removidas, Gonçalo percibió, por entre las tinieblas de la habitación, destacando pálidos en la oscuridad, unos rostros que iban pasando lentamente…

Eran rostros muy antiguos, con desusadas barbas ancestrales y cicatrices de feroces hierros. Unos aún encendidos, como en el fragor de la batalla; otros, sonriendo majestuosamente, como en la pompa de una gala, pero todos endurecidos por el ejercicio soberbio del mando y del triunfo. Y Gonçalo, atisbando tras el embozo, reconocía en aquellos rostros las auténticas facciones de los viejos Ramires, ya fuera por haberlas contemplado así en renegridos retratos, ya por haberlas concebido así él mismo, tal como había concebido las de Tructesindo, de acuerdo con el rigor y el esplendor de sus hazañas.

Lentas o con más vivacidad, surgían de entre la sombra que palpitaba densa y como poblada. Y ahora emergían también los cuerpos, los fortísimos cuerpos cubiertos con herrumbrosas cotas de malla, ajustados por arneses de reluciente acero, embozados en oscuros mantos de revueltos pliegues, ceñidos por fastuosos jubones de brocado, en los que centelleaba la pedrería de collares y cinturones, y todos armados con todas las armas de la historia, desde la clava goda de raíz de roble cubierta de erizadas púas hasta el espadín de gala adornado con lazos de seda y oro.

Sin miedo, incorporado sobre la almohada, ¡Gonçalo no dudaba de aquella realidad maravillosa! ¡Sí! Se trataba de sus antepasados Ramires, sus formidables abuelos históricos que corrían desde sus tumbas dispersas, y se reunían en la vieja casa de Santa Ireneia, nueve veces secular, y formaban alrededor de su lecho, del lecho en el que él había nacido, como la asamblea majestuosa de su estirpe resurgida. E incluso reconocía a algunos de los más esforzados, que ahora, gracias al repaso constante del poemita del tío Duarte y a Videirinha gimiendo fielmente su «fado», bullían continuamente en su imaginación…

Aquel de allí, con el brial blanco, cuyo pecho ocupaba una cruz roja, era, sin duda, Gutierres Ramires, *el de Ultramar,* ataviado como cuando corría desde su tienda al asalto de Jerusalén. En aquel otro, tan viejo y apuesto, que extendía el brazo, él adivinaba a Egas Ramires, ¡negándose a acoger en sus tierras puras al rey don Fernando y a la adúltera Leonor! Ése, de crespada barba rubia, que cantaba agitando el pendón real de Castilla, ¿quién iba a ser sino Diogo Ramires, *el Trovador,* aún en medio de la alegría de la radiante mañana de Aljubarrota? Ante la incierta claridad del espejo temblaban las suaves plumas color escarlata del yelmo de Paio Ramires, que se armaba para salvar a San Luis, rey de Francia. Mecido suavemente, como por las olas humildes de un mar vencido, Rui Ramires sonreía a las naves inglesas que, ante la proa de su capitana, se sometían sumisamente a Portugal. Y, apoyado en una de las columnas del lecho, Paulo Ramires, paje del estandarte del rey en los fatales campos de Alcácer, sin yelmo, rota la coraza, inclinaba hacia él su rostro de doncel, con la dulzura grave de un abuelo enternecido…

Entonces, ante aquella ternura afable del más poético de los Ramires, Gonçalo sintió que su ascendencia toda lo amaba y que desde la oscuridad de las tumbas

dispersas había acudido a velar por él y a socorrerlo en su debilidad. Con un prolongado gemido, retirando la ropa, se desahogó, contando dolidamente a sus antepasados resucitados la enojosa suerte que lo perseguía, ¡y que, sin descanso, amontonaba sobre su vida tristeza, vergüenza y daño! Y he aquí que súbitamente un hierro refulgió en la oscuridad, junto con un grito sofocado: «¡Nieto, amado nieto, toma mi lanza nunca partida!…». Y luego, el puño de una clara espada le rozó el pecho, a la vez que se oía otra voz grave que lo animaba: «¡Nieto, amado nieto, toma la espada pura que luchó en Ourique!…». Y después, un hacha de centelleante filo golpeó en la almohada, ofrecida con altiva firmeza: «¿Qué no derribará esta hacha que derribó las puertas de Arzila?…».

Como sombras arrastradas por un viento trascendental, iban desfilando todos los formidables antepasados y le tendían efusivamente sus armas, todas recias y probadas armas a lo largo de toda la historia, ennoblecidas en las incursiones contra la morisma, en los penosos asedios de castillos y villas, en las hermosas batallas contra el castellano soberbio… Había alrededor del lecho un heroico relucir y entrechocar de hierros. Y todos le gritaban con arrogancia: «¡Oh, nieto, toma nuestras armas y vence a la suerte adversa!…». Pero Gonçalo, pasando sus tristes ojos por las sombras ondulantes, insistió: «¡Oh, abuelos!, ¿de qué me sirven vuestras armas si me falta vuestra alma?…».

Despertó muy temprano con el confuso recuerdo de una pesadilla en la que había hablado con los muertos, y sin la pereza que siempre lo retenía remolonamente en el lecho, se puso una bata y abrió los balcones de par en par. ¡Qué mañana tan hermosa! Una mañana de finales de septiembre, suave, luminosa y fina. Ni una nube manchaba el vasto e inmaculado azul, y el sol se posaba ya en las arboledas, en los oteros lejanos, con una dulzura otoñal. Pero a pesar de respirar alentadoramente su brillo y su pureza, Gonçalo permaneció cubierto de sombras, de las mismas sombras del día anterior, rezagadas en su espíritu oprimido como la niebla en un valle muy profundo. Y una vez más con un suspiro, arrastrando tristemente las zapatillas, tiró del cordón de la campanilla. Bento no tardó en aparecer con la jarra de agua caliente para afeitarse. Y acostumbrado al alegre despertar del Hidalgo, tanto le extrañó aquel silencioso y preocupado paseo por el cuarto que quiso saber si el señor doctor había pasado mala noche…

—¡Pésima!

Bento declaró enseguida con viveza y en tono de reproche que seguramente le había sentado mal al señor doctor tanto coñac de moscatel. Un coñac muy dulce, muy excitante… Bueno para don António, un hombretón tranquilote. Pero el señor doctor, que era tan nervioso, no debía probar aquel coñac. O, si acaso, media copita escasa.

Gonçalo levantó la cabeza, sorprendido de encontrarse ya desde el comienzo del día y de manera tan flagrante con aquel dominio que todos se arrogaban sobre él ¡y del que tanto se había lamentado toda aquella amarga noche! ¡He ahí a Bento ordenando, determinando su ración de coñac! Y precisamente Bento insistía:

—El señor doctor bebió más de tres copas. Eso no le conviene… Yo también tengo parte de culpa por no haber retirado la botella…

Entonces, ante un despotismo tan claro, el Hidalgo de la Torre manifestó una brusca rebeldía:

—Hombre, no des tantas órdenes. ¡Bebo el coñac que necesito y que quiero!

Al mismo tiempo, con la punta de los dedos, probaba el agua de la jarra:

—¡Esta agua está tibia! —exclamó enseguida—. ¡Y estoy harto de decírtelo! Para afeitarme necesito siempre el agua hirviendo.

Bento, gravemente, metió también el dedo en el agua:

—Pues esta agua está casi hirviendo… Tampoco para la barba se necesita agua más caliente.

Gonçalo miró a Bento con furor. ¡Cómo! ¡Más objeciones, más órdenes!

—¡Pues vete inmediatamente a buscar otra agua! Cuando yo pido agua caliente, quiero que venga hirviendo a borbotones. ¡Caramba, tanta sentencia!… ¡No quiero moral, quiero obediencia!

Bento contempló al Hidalgo tan lleno de asombro que se le congestionó el rostro. Luego, lentamente, con dolida dignidad, empujó la puerta, llevándose la jarra. Al instante, Gonçalo se arrepentía de su violencia. ¡Pobre Bento, no era culpa suya que su vida fuese tan maltratada y sacudida! Además, en una casa tan antigua no desentonaba la tradición de los antiguos ayos. ¡Y Bento, con perfecto rigor, reproducía su impertinencia y su lealtad! Aquel ascendiente y aquella libertad de palabra bien le correspondían, bien los merecía por tanta y tan probada dedicación…

Bento, todavía rojo y congestionado, volvió con la jarra humeante. Y Gonçalo, enseguida, para calmarlo, le dijo dulcemente:

—Bonito día, ¿eh, Bento?

El viejo rezongó, todavía molesto:

—Muy bonito.

Gonçalo se enjabonaba la cara rápidamente, impaciente por reanudar su relación con Bento y devolverle su cariñosa supremacía. Y, por fin, más dulce, casi humilde:

—Pues si tú crees que, efectivamente, el día está hermoso, daré un paseo a caballo antes del almuerzo. ¿Qué te parece? Quizá me siente bien a los nervios… Tienes razón, ese coñac no me conviene… Anda, Bento, haz el favor de decirle a Joaquim que me tenga preparada la yegua inmediatamente. Estoy seguro de que una galopada me calmará… Y ahora, en el baño, el agua bien caliente, bien caliente. También me tranquiliza el agua caliente. Por eso necesito siempre agua bien caliente, hirviendo. Pero tú, con esas ideas tuyas anticuadas… Todos los médicos lo recomiendan. ¡Para la salud, agua caliente, bien caliente, a sesenta grados!

Y después del baño rápido, mientras se estaba vistiendo, abrió más su corazón al viejo ayo, contándole sus tristezas más íntimas:

—¡Ay, Bento, Bento, lo que yo necesitaba realmente para calmarme no es un paseo, sino un viaje…! ¡Tengo el alma muy cargada, hombre! Además estoy harto de

esta eterna Vila Clara, de la eterna Oliveira. Mucho chismorreo, mucha deslealtad. Necesito tierras grandes, grandes distracciones.

Bento, ya reconciliado, enternecido, recordó que el señor doctor encontraría muy pronto en Lisboa una bonita distracción en las Cortes.

—¡Qué sé yo si voy a ir a las Cortes, hombre! No sé nada, todo falla… ¡Qué Lisboa! Lo que yo necesito es un viaje bien largo, a Hungría, a Rusia, a tierras donde haya aventuras.

Bento sonrió con superioridad ante aquella fantasía. Y ofreciendo al Hidalgo la chaqueta gris aterciopelada:

—En efecto, en Rusia parece ser que no faltan aventuras. Anda todo a latigazos, según dice el *Século*… Pero aventuras, señor doctor, las encuentra uno hasta ahí mismo, en el camino… Mire el papá del señor doctor, que Dios tenga en su Gloria, fue ahí abajo, ante el portón, donde tuvo la bronca con el doctor Avelino de la Riosa, y le dio el latigazo y ahí también recibió la puñalada en el brazo…

Gonçalo se ponía los guantes de ante, mirándose al espejo:

—Pobre papá. El infeliz también tuvo poca suerte… Y hablando de látigos, trae para acá, Bento, aquella fusta de cuero de hipopótamo que limpiaste ayer. Parece que es una buena arma.

Al salir del portón, el Hidalgo de la Torre metió la yegua por el acostumbrado camino de los Bravais, sin rumbo fijo y a un paso indolente. Pero en el Casal Novo, donde dos pequeños estaban jugando a la pelota bajo unas encinas, se le ocurrió visitar al vizconde de Rio-Manso. Seguramente la compañía de tan sereno y generoso anciano le calmaría los nervios. Y si lo invitaba a almorzar, disiparía sus preocupaciones visitando aquella famosa quinta de la Varandinha y cortejando al «capullo de rosa».

Gonçalo tan sólo recordaba de manera confusa que la terraza de la Varandinha dominaba un camino bordeado de chopos, situada en alguna parte entre el caserío de la Cerda y la desparramada aldea de Canta-Pedra. Y siguió el viejo camino que baja desde las encinas del Casal Novo y se adentra en el valle, entre el cerro de Avelã y las ruinas del monasterio de Ribadais, en el histórico suelo donde Lopo de Baião derrotó a la mesnada de Lourenço Ramires… Sepultada unas veces entre cercados y otras entre toscos muros de piedras sueltas, la vereda se prolongaba sin ninguna belleza, cansina, pero las madreselvas en las cercas, entre las moras maduras, olían intensamente. El fresco silencio aumentaba en frescor y gracia con el temblor de las alas que lo rozaban, y tan radiante era el azul del cielo sereno que algo de su brillo y de su serenidad penetraba en el alma. Gonçalo, más despejado, no se apresuraba. Cuando pasó por el Casal Novo acababan de dar las nueve en la iglesia de los Bravais, y después de bordear un prado de escasa hierba, se detuvo con pachorra a encender un puro, junto al viejo puente de piedra que cruza el riachuelo de las Donas. Casi seco por el estiaje, el agua oscura corría con dificultad bajo las anchas hojas de los nenúfares, entre los juncos que le impedían el paso. Más adelante, al borde de un

herbazal, al abrigo de un grupo de álamos, relucían las piedras de un lavadero. En la otra orilla, dentro de una vieja barca encallada, un chiquillo y una chiquilla conversaban muy seriamente, con dos manojos de espliego olvidados en el regazo. Gonçalo sonrió ante el idilio, y luego se llevó una sorpresa al descubrir en la esquina del puente, toscamente tallado, su escudo de armas, un azor enorme que extendía las garras feroces. Quizá aquellas tierras hubiesen pertenecido antaño a su familia, o bien alguno de sus bondadosos antepasados mandó construir el puente sobre el torrente, entonces más profundo, para seguridad de hombres y ganados. ¡Quién sabe si habría sido el abuelo Tructesindo, en piadosa memoria de Lourenço Ramires, vencido y cautivo a orillas de aquel riachuelo!

Al otro lado del puente, el camino se elevaba entre campos segados. Las gavillas amarilleaban, apretadas y voluminosas, en aquel año de abundancia. En la lejanía, de los bajos tejados de un caserío subían perezosos humos, que se deshacían enseguida en el cielo radiante. Y lentamente, como aquellos humos lejanos, Gonçalo sentía que todas sus melancolías se le escapaban del alma, se perdían también en el azul brillante… Un bando de perdices levantó el vuelo entre un rastrojo. Gonçalo galopó tras ellas, gritando, agitando su fuerte fusta de cuero de hipopótamo, que silbaba como una fina lámina.

Al poco, el camino torció bordeando un soto de alcornoques, hundiéndose después entre zarzales, lleno de grandes pedruscos que sobresalían en la tierra polvorienta. Y al fondo, el sol centelleaba sobre la cal fresca de una pared. Era una casa de adobe, con una puerta baja entre dos ventanas acristaladas, remiendos nuevos en el tejado y un huertecillo a la sombra de una oscura e inmensa higuera. De una de las esquinas arrancaba un muro bajo de piedra suelta, que continuaba luego en una cerca, en la que más adelante se abría una vieja cancela a la sombra de una enramada. Enfrente, en la vasta llanura que se extendía, había unas piedras de cantería y un montón de vigas. Pasaba por allí una carretera llana y cuidada, que a Gonçalo le pareció la de Ramilde. Más allá, praderas y tierras pantanosas bajaban hasta un pinar lejano.

Sentado en un banco, junto a la puerta, con una escopeta apoyada en la pared, un muchachote gordo, con gorro de lana verde, acariciaba pensativo el hocico de un perdiguero. Gonçalo se detuvo:

—Haga el favor… ¿Sabe usted, por casualidad, cuál es el mejor camino para la quinta del señor vizconde de Rio-Manso, la Varandinha?

El mocetón levantó la cara morena, con un poco de bozo, tocándose levemente el gorro:

—Para la quinta de Rio-Manso… Siga por el camino hasta la cantera, luego tuerza a la izquierda, siempre sin apartarse de la vega…

Pero en aquel instante asomaba a la puerta un hombretón de patillas rubias, en mangas de camisa y una faja de seda. Y Gonçalo, con un sobresalto, reconoció inmediatamente al cazador que lo había injuriado en el camino de Nacejas y le había

silbado en la venta de *Pintainho*. El hombre lanzó una rápida mirada de superioridad al Hidalgo. Luego, con la mano apoyada en el marco de la puerta, se burló del mocetón:

—¡Manuel! ¿Qué tienes tú que enseñar el camino, hombre? ¡Este camino no es para burros!

Gonçalo sintió que la palidez lo cubría, y que toda la sangre se le agolpaba en el corazón, de miedo y de rabia. ¡Un nuevo ultraje del mismo hombre, sin provocación! Apretó las rodillas contra la silla, dispuesto a galopar. Y temblando, en un esfuerzo que lo ahogaba:

—¡Es usted muy atrevido! ¡Y es ya la tercera vez! Yo no soy hombre de armar escándalos en la carretera… Pero tenga la seguridad de que lo conozco y no se escapará sin una buena lección.

Inmediatamente, el otro agarró un cayado corto y saltó a la carretera, colocándose frente a la yegua, con las patillas erizadas y una risa desafiante:

—¡Pues aquí me tiene! Venga ahora mismo esa lección… De aquí no pasa usted, pedazo de Ramires de mierd…

Una niebla veló los ojos muy abiertos del Hidalgo. Y de repente, en un arranque inconsciente, como impulsado por una furiosa ráfaga de orgullo y de fuerza, desencadenada desde lo más profundo de su ser, gritó, ¡obligando a la fina yegua a dar un salto terrible! ¡No se dio ni cuenta! ¡El cayado remolineó en el aire! ¡La yegua se encabritó, con una furiosa cabezada! Y Gonçalo entrevió la mano del hombre, morena, enorme, que se apoderaba de la cama del freno.

Entonces, erguido sobre los estribos, arreó por encima de la enorme mano un latigazo con la silbante fusta de cuero de hipopótamo, alcanzando al mocetón en un lado de la cara, con un golpe tan tremendo de la aguda arista que le dejó la oreja colgando, sangrando a borbotones. Dando un aullido, el hombre retrocedió tambaleándose. Gonçalo se lanzó sobre él en una nueva acometida, con otro fulgurante latigazo que le rasgó la boca y seguramente le arrancó algunos dientes, derribándolo en el suelo gritando. Las patas de la yegua pisoteaban los gruesos muslos extendidos, y Gonçalo, inclinándose, aún lo azotó más, rasgándole el rostro y el cuello, hasta que el cuerpo quedó tendido blando y como muerto, manando chorros de sangre oscura que le empapaban la camisa.

¡Un disparo atronó la llanura! Y Gonçalo, dando un salto en la silla, divisó al muchachote moreno con la escopeta levantada y todavía humeante, pero ya temblando, aterrorizado:

—¡Ah, perro!

Lanzó la yegua con la fusta en alto. El muchacho, despavorido, corría ligero por la llanura para saltar la cerca ¡y escapar hacia los campos segados!

—¡Ah, perro! ¡Ah, perro! —gritaba Gonçalo.

Aturdido, el muchacho tropezó con una viga que estaba por allí apartada. Pero ya se enderezaba y se disponía a escaparse cuando el Hidalgo lo alcanzó con una

cuchillada de la fusta en el cuello, que enseguida se cubrió de sangre. Extendiendo las manos inseguras, aún se tambaleó, desplomándose y dando con la cabeza contra la arista de una columna, con lo que brotó de ella más sangre. Entonces Gonçalo, jadeante, detuvo la yegua. ¡Los dos hombres yacían inmóviles! ¡Santo Dios! ¿Muertos? De ambos corría la sangre sobre la tierra seca. El Hidalgo de la Torre sentía una alegría brutal. Pero un grito de espanto sonó de la parte del huerto.

—¡Ay, que me han matado al chico!

Era un viejo que corría agazapadamente, pegado a la cerca, desde la cancela hasta la puerta de la casa. Con tanta precisión lanzó la yegua el Hidalgo para detenerlo, que el viejo chocó contra el pecho del animal, que resoplaba cubierto de sudor y de espuma. Y ante el inquieto animal que escarbaba, y Gonçalo, alzado sobre los estribos, con el rostro encendido y la fusta amenazadora, el viejo, aterrorizado, cayó de rodillas, gritando angustiosamente:

—¡Ay, no me haga daño, señor Hidalgo, por el alma de su padre!

Gonçalo aún lo mantuvo un momento así, suplicante y temblando bajo el centellear justiciero de sus ojos. Gozaba soberbiamente viendo aquellas manos callosas que se erguían hacia él pidiéndole misericordia, invocando el nombre de los Ramires, temido nuevamente, habiendo recobrado su prestigio heroico. Después, haciendo recular la yegua:

—¡Ese bellaco de muchacho disparó la escopeta!… ¡Y usted también tiene cara de pocos amigos! ¿A qué iba corriendo hacia la casa? ¿A buscar otra escopeta?

El viejo extendía desesperadamente los brazos y le ofrecía el pecho como testimonio de que estaba diciendo la verdad:

—¡Oh, señor Hidalgo, no tengo en casa ni un cayado!… ¡Que Dios me ayude y me salve al muchacho!

Pero Gonçalo desconfiaba. En cuanto bajase ahora por la carretera de Ramilde, bien podría el viejo correr hasta la casucha, coger otra escopeta y dispararle a traición. Y entonces, con esa agilidad mental que la lucha agudiza, concibió un ardid seguro contra cualquier posible emboscada. Y hasta sonrió un instante recordando las «tretas de guerra» de don Garcia Viegas, *el Sabedor.*

—¡Camine delante de mí, todo derecho, por el camino!

El viejo, aterrado, tardó en levantarse. Y lleno de una angustia que lo ahogaba, se golpeó repetidamente en los muslos con sus manazas:

—¡Oh, señor Hidalgo, señor Hidalgo! ¿Cómo voy a dejar así al muchacho, sin sentido?…

—El chico está solamente aturdido. Ya se mueve… Y el otro granuja también… ¡Camine!

Y ante la irresistible orden de Gonçalo, el viejo, tras sacudirse lentamente las rodilleras, comenzó a avanzar por el camino, encorvado delante de la yegua, como un cautivo, con los largos brazos colgando, y murmurando con ronco asombro: «¡Ay, cómo se arman los jaleos! ¡Ay, Santo nombre de Dios, qué desgracia!». A ratos se

detenía, lanzando a Gonçalo una mirada torva, en la que se podía ver el miedo y el odio… Pero inmediatamente lo empujaba la orden enérgica: «¡Camine!…». Y continuaba. Más adelante, donde se levantaba una cruz en memoria del abad Paguim, asesinado allí, Gonçalo reconoció un ancho atajo hasta la carretera de los Bravais, que llamaban el *Caminho da Moleira,* y por allí metió al viejo, que con el pavor de verse en aquella senda solitaria, pensando que Gonçalo lo alejaba de los caminos más transitados para matarlo más cómodamente, rompió a gemir: «¡Ay, que esto es el fin de mi vida! ¡Ay, Virgen Santa, que esto es el fin de mi vida!». Y no paró de gemir, dando tropezones, hasta que desembocaron en la carretera alta, entre taludes escarpados, cubiertos de retama silvestre. Entonces, de repente, asaltado por un nuevo temor, el hombre se volvió bruscamente, llevándose las manos al sombrero:

—¡Oh, mi señor Hidalgo! ¿No me llevará preso?…

—¡Siga! ¡Corra! ¡Que ahora va a trotar la yegua!

La yegua trotó, y el viejo corrió desmadejado, jadeando como un fuelle de fragua. Recorrida así una milla, Gonçalo se detuvo, harto del cautivo y de la lenta marcha. Por lo demás, antes de que el hombre corriese ahora hasta la casa, cogiese un arma y volviese para alcanzarlo y vengarse, ¡cruzaría él, de un solo galope, el portón de la Torre! Entonces gritó, con el ceño fruncido duramente:

—¡Alto! Ahora puede usted volver atrás… Pero antes, dígame, ¿cómo se llama su caserío?

—La Grainha, señor Hidalgo.

—¿Y usted cómo se llama? ¿Y el muchacho?

El viejo, con la boca abierta, tardó en contestar, dudando:

—Yo soy João, y mi chico Manuel…, Manuel Domingues, señor Hidalgo.

—Está claro que está usted mintiendo. ¿Y el otro granuja, el de las patillas rubias?

El viejo gritó, de un tirón:

—Ése es Ernesto de Nacejas, el matón de Nacejas, al que llaman *el Caza-Abrazos,* y que tanto me ha descarriado al muchacho…

—¡Bueno! Pues diga a esos dos granujas que me han atacado a palos y a tiros que no se libran sólo con la soba, y que ahora se las tendrán que entender con la justicia… ¡Hasta ellos llegará! ¡Lárguese!

Desde el medio de la carretera Gonçalo vigiló aún al viejo, que había escapado rápidamente, forzando su derrengado paso y limpiándose el sudor que le goteaba. Después galopó hacia la Torre por el camino ya familiar.

Y se alejaba, galopando con una alegría tan intensa que lo lanzaba al sueño y a la fantasía. Era como la sensación sublime de galopar por las alturas, en un corcel de leyenda, extraordinariamente crecido y rozando las nubes brillantes… Y abajo, en las ciudades, los hombres reconocían en él a un verdadero Ramires, de los antiguos de la historia, de los que derribaban torres, de los que transformaban la configuración de los reinos, ¡y levantaban ese murmullo de admiración que es el rastro que dejan los fuertes al pasar! ¡Y con razón! ¡Con razón! Que aún aquella misma mañana, cuando

salió de la Torre, no se hubiera atrevido a enfrentarse con un muchachillo decidido que blandiese un palo… Y luego, de repente, en la soledad de aquella casa de adobe, cuando el bruto de las patillas rubias le lanzó su sucia injuria, he aquí que *un no sé qué* se desprendió dentro de su ser, rebosando, llenándole cada una de sus venas de sangre valerosa, endureciéndole cada nervio con una fuerza diestra, esparciendo por su piel el desprecio y el dolor, impregnando profundamente su alma con una fortaleza indomable… ¡Y ahora volvía allí como un varón nuevo, poderosamente virilizado, libre al fin de la sombra que tan dolorosamente había oscurecido su vida, la sombra blanda y torpe de su miedo! Porque ahora sentía que, si todos los bravucones de Nacejas se le pusiesen delante alzando agresivos sus cayados, ¡aquel *no sé qué* se desataría de nuevo en lo más profundo de su ser y lo empujaría, con cada vena hinchada, con cada nervio tenso, al delicioso fragor de la pelea! ¡En fin, era un hombre! Cuando en Vila Clara Manuel Duarte y Titó contasen sus hazañas hinchando el pecho, él ya no se dedicaría a liar tímidamente un cigarrillo, encogido, mudo, no sólo por la desconsoladora carencia de valentías, sino sobre todo por el recuerdo humillante de sus cobardías. Y galopaba y galopaba, apretando con furia el puño de la fusta, como para otras acometidas más hermosas. Pasados los Bravais, galopó aún más deprisa al avistar la Torre. Y de un modo extraño, de pronto, le pareció que su Torre era ahora *más suya* y que una nueva afinidad, basada en la gloria y en la fuerza, ¡le hacía ser más señor de su Torre!

Como para acoger a Gonçalo más dignamente, el portón grande, siempre cerrado, ofrecía una entrada triunfal con las dos pesadas hojas abiertas de par en par. Lanzó la yegua al medio del patio, gritando:

—¡Joaquim! ¡Manuel! ¡Eh, uno de vosotros!

Joaquim surgió de la cuadra, arremangado y con una esponja en la mano.

—¡Deprisa, Joaquim! Ensilla el *Rosilho* y corre a un sitio de la carretera que llaman la Grainha… ¡Acabo de tener allí un gran jaleo! Creo que he dado fin a dos hombres… ¡Han quedado en medio de un charco de sangre! ¡No digas que vas de parte de la Torre, que pueden atacarte! ¡Pero entérate de lo que haya ocurrido, si están muertos!… ¡Deprisa, deprisa!

Joaquim, aturdido, volvió a meterse en la oscura cuadra. Y de lo alto de uno de los balcones del corredor salieron unas exclamaciones de asombro:

—Pero ¡¿qué ha pasado, Gonçalo?! ¡Santo Dios! ¡¿Qué ha pasado?!

Era Barrolo. Sin desmontar y sin mostrar sorpresa alguna ante la aparición de Barrolo, Gonçalo rápidamente, mirando al balcón, relató desordenadamente la historia de la pelea. Un granuja que lo había insultado… Luego otro que le había disparado con la escopeta… Y los dos habían quedado bajo las patas de la yegua, en un charco de sangre…

Barrolo se apartó del balcón y en un instante estaba ya en el patio, pálido, con los

cortos brazos colgando. Pero ¿cómo ha sido?, ¿cómo ha sido?… Gonçalo se apeó y, trémulo ahora por el cansancio y la emoción, le detalló lo sucedido… ¡En la carretera de Ramilde! ¡Un matón que lo injurió! A ése le había rasgado la boca y le había arrancado una oreja… Luego, el otro, un mozalbete, le disparó la carabina… Corrió tras él a toda velocidad y le lanzó un latigazo que lo derribó y lo lanzó sobre una piedra, como muerto…

—¿Un latigazo?

—Sí, ¡con esta fusta, Barrolo! ¡Es un arma terrible! ¡Bien decía Titó!… Si no llego a llevar esta fusta estoy perdido.

Asombrado, Barrolo examinaba la fusta. Sí, en efecto, aún estaba manchada de sangre. Entonces Gonçalo reparó en la fusta con la sangre… ¡Sangre humana! ¡Sangre fresca que él había hecho correr!… Y en medio de su orgullo sintió una compasión que lo hizo palidecer:

—¡Qué desgracia! ¡Mira qué desgracia!

Se examinó detenidamente el traje, las botas, con el horror de encontrar manchas de salpicaduras de sangre. ¡Sí, Santo Dios! ¡Tenía sangre en la polaina!… E inmediatamente ansió desnudarse y lavarse, así que subió rápidamente las escaleras seguido por Barrolo, que se secaba el sudor, balbuciendo: «¡Qué cosas pasan! ¡Y de repente! ¡Así, en la carretera!…». Pero en el corredor, subiendo a la carrera desde la cocina y seguida de Rosa, apareció Gracinha, pálida y haciendo un nudo con el pañuelo y el pelo, con un mudo pavor:

—¿Qué ha ocurrido, Gonçalo? ¡Jesús! ¿Qué ha ocurrido?

Entonces, al ver a Gracinha a su lado, en la Torre, en aquel magnífico momento suyo de orgullo, tras haber superado tan tremendo peligro, Gonçalo se olvidó de André, del mirador y de las sombrías humillaciones, y con el abrazo en el que la estrechó y los fuertes besos que le dio en la cara querida, todo su enfado se deshizo en ternura. Con ella todavía apretada contra su corazón, suspiró débilmente, como un niño cansado. Después, apretándole las dos pobres manos temblorosas, sonriendo despacio y con ternura, mientras se le humedecían los ojos de confusa emoción y de confusa alegría:

—¡Pues ha sido el diablo, hija! ¡Un alboroto horrible! ¡Imagínate! ¡Yo que soy tan tímido!…

Y por el corredor volvió a empezar para Gracinha, que respiraba agitadamente, y para Rosa, estremecida, la historia del encuentro y del sucio ultraje, el tiro que había fallado el muchacho, los granujas desgarrados a latigazos y el viejo caminando como un cautivo, gimiendo, por la carretera de Ramilde. Apretándose el pecho, con un desfallecimiento, Gracinha murmuró:

—¡Ay, Gonçalo! ¿Y si uno de esos hombres hubiera muerto?

Barrolo, más rojo que una amapola, gritó enseguida ¡que semejantes canallas bien merecían la muerte! ¡Incluso estando heridos, merecían el castigo tremendo de África! ¡Gouveia! ¡Había que ir a Vila Clara y avisar a Gouveia!… Pero unas grandes

y presusoras zancadas sonaron en el entarimado. Era Bento, que apareció ante Gonçalo, agitando los brazos ansiosamente:

—¿Qué ha pasado, señor doctor?… Dicen que un gran alboroto… ¿eh?

Y en la puerta del despacho, donde todos se detuvieron, atentos nuevamente, se repitió el relato, especialmente para Bento, que bebía las palabras con una ligera sonrisa de gusto, creciéndose, hinchándose con los ojillos húmedos y relucientes, como si también él triunfase. Y por último, triunfó con estruendo:

—¡Fue la fusta, señor doctor! ¡Lo que le valió al señor doctor fue la fusta que yo le di!

Era verdad. Y Gonçalo, conmovido, abrazó al viejo ayo, que, excitado, gritaba a Rosa, a Gracinha, a Barrolo:

—¡El señor doctor acabó con ellos!… ¡Esa fusta mata a un hombre!… ¡Esos malvados están muertos!… ¡Y fue la fusta! ¡Fue la fusta que yo le di al señor doctor!

Pero Gonçalo pedía agua caliente para lavarse el polvo, el sudor, la sangre… Y Bento corrió, gritando todavía por el corredor y luego por la escalera de la cocina que «¡había sido la fusta!, ¡la fusta que él le había dado al señor doctor!». Gonçalo entró en su cuarto, acompañado por Barrolo, y dejó el sombrero sobre el mármol de la cómoda con un profundo «¡ah!» de alivio. Era el gran alivio de hallarse, después de una mañana tan violenta, entre las amadas cosas de costumbre, pisando su vieja alfombra azul, acariciando el lecho de caoba en el que había nacido, respirando a través de las cristaleras abiertas, ante las cuales las ramas familiares de las hayas se atropellaban con la brisa para saludarlo. Con qué gusto se acercó al espejo de columnas doradas y se miró y remiró como si fuera un Gonçalo nuevo, y tan mejorado que se notaba una mayor anchura de hombros y unas guías más rizadas en el bigote.

Y fue al apartarse del espejo y toparse con Barrolo cuando súbitamente se despertó en él una curiosidad enorme:

—Pero, Barrolo, ¿cómo es que os encuentro esta mañana en la Torre?

Lo habían decidido el día antes, a la hora del té. Gonçalo no aparecía, no escribía… Gracinha no hacía más que cavilar, inquieta. Él también, asombrado por aquella desaparición, después de la cesta de melocotones… De modo que, tomando el té y pensando también que la pareja necesitaba un buen trote, le propuso a Gracinha: «¿Vamos mañana a la Torre, en el faetón?».

—Además, necesitaba hablar contigo, Gonçalo… Ando algo disgustado.

El Hidalgo juntó dos almohadas en el diván y se hundió en ellas.

—¿Cómo que disgustado?… ¿Disgustado por qué?

Barrolo, con las manos en los bolsillos de la casaca de franela, que le ceñía los gruesos muslos, contempló melancólicamente las flores de la alfombra:

—¡Es un fastidio enorme! No se puede confiar en nadie… ¡Ni dar confianza!

Por un momento Gonçalo imaginó a Cavaleiro y a Gracinha mostrando imprudentemente en los Cunhais, como en otro tiempo entre las arboledas de la

Torre, el sentimiento que los dominaba, y presintió un desahogo, alguna triste queja del pobre Barrolo, atormentado por alguna sospecha o quizá por intimidades que hubiese sorprendido. Pero la emoción suprema de su batalla había sumido en una sombra inferior las preocupaciones que, el día antes, aún lo oprimían. De repente, todas las dificultades de la vida se le aparecían ahora, en el frescor del nuevo coraje, tan fáciles de vencer como los desafíos de los bravucones, y no se asustó con las confidencias del cuñado, completamente seguro de que impondría a aquella alma sumisa de bobo la confianza y el sosiego. Hasta sonrió con indolencia:

—¿Qué pasa, Barrolinho? ¿Te ha ocurrido algún incidente?

—He recibido una carta.

—¡Ah!

Gravemente, Barrolo se desabrochó la casaca y sacó del bolsillo interior una gran cartera de cuero verde brillante, con un monograma de oro. Y fue la cartera lo que mostró a Gonçalo con satisfacción:

—Bonita, ¿eh? Un regalo de André, el pobre… Creo que hasta la mandó traer de París. El monograma es muy *chic.*

Gonçalo esperaba, espantado. Por fin, el bueno de Barrolo sacó de la cartera una carta, que había arrugado y alisado después. Era una carta en papel rayado con una letra menudita que el Hidalgo, apenas le echó una ojeada, reconoció con toda seguridad:

—Es de las Lousadas.

Y leyó despacio, sereno, con el codo hundido en la almohada:

> Excelentísimo señor don José Barrolo:
>
> A pesar de que todos sus amigos lo apodan *el Bobo,* ha demostrado usted ahora una gran inteligencia introduciendo de nuevo en su intimidad y en la de su digna esposa al gentil André Cavaleiro, nuestro gobernador civil. En efecto, la esposa de usted, la bella Gracinha, que en los últimos tiempos andaba tan mustia y hasta pálida —lo que a todos nos inquietaba—, inmediatamente ha vuelto a florecer y a recobrar el color desde que disfruta de la compañía de la primera autoridad de la provincia. Se ha comportado usted, por tanto, como un marido solícito y deseoso de la felicidad y buena salud de su interesante esposa. ¡No parece éste un rasgo de quien toda Oliveira considera su más ilustre imbécil! ¡Nuestra más sincera enhorabuena!

Gonçalo guardó muy tranquilamente en el bolsillo aquella carta, que días antes lo habría sumido en una furia y en una amargura infinitas:

—Es de las Lousadas… ¿Y tú has dado importancia a semejante estupidez?

Barrolo replicó con las mejillas encendidas:

—¡En absoluto! Siempre me han resultado antipáticas las cartitas anónimas… Y además esa insolencia de que los amigos me llaman *el bobo.*.. ¡Qué infamia, eh! ¿Tú lo crees?… ¡Yo no! Pero mete cizaña entre los muchachos y yo… Ni he vuelto por el club… *¡El Bobo!* ¿Por qué? Porque soy sencillo, siempre franco, amigo de tertulias… ¡No! Si los muchachos en el club me llaman bobo a mis espaldas, ¡caramba, son unos ingratos! ¡Pero yo no lo creo!

Desconsolado, dio algunas vueltas por el cuarto, con las manos cruzadas sobre las

gruesas nalgas. Luego, parándose delante del diván desde el que Gonçalo lo contemplaba compasivamente:

—En cuanto al resto de la carta, es tan estúpido, tan embrollado, que, al principio, no lo comprendí. Ahora lo entiendo. Quieren decir que Gracinha y Cavaleiro están enamorados… ¡Es lo que me parece que quieren decir! ¡Fíjate qué disparate! Hasta lo de la intimidad con Cavaleiro es mentira. El pobre muchacho, desde que cenó allí, sólo ha aparecido tres o cuatro veces, por la noche, a jugar al tresillo, con Mendonça… Y ahora se ha marchado precipitadamente a Lisboa.

Entonces el Hidalgo dio un brinco de sorpresa:

—¡Cómo! ¿Que Cavaleiro se ha ido a Lisboa?

—¡Sí, hace tres días!

—¿Por mucho tiempo?

—Por mucho tiempo, sí, por bastante tiempo… No regresará hasta mediados de octubre, para la elección.

—¡Ah!

Pero Bento irrumpió en el cuarto con la jarra de agua caliente y dos toallas de encaje, todavía con una excitación que lo hacía apresurarse. Ante el espejo, Barrolo se abrochaba lentamente la chaqueta:

—Bueno, hasta luego, Gonçalinho. Bajo a la cuadra a ver a la pareja. ¡Ni te lo imaginas! Desde Oliveira, sin descanso, con un trote espléndido. ¡Y sin sudar ni una gota! ¿Guardas tú la carta?

—Sí, para estudiar la letra.

En cuanto Barrolo cerró la puerta, el Hidalgo volvió a empezar con Bento la deliciosa historia de la pelea, reviviendo cada sorpresa y cada incidente, simulando las embestidas de la yegua, empuñando la fusta para reproducir los latigazos silbantes que arrancaban carne y sangre… Y de repente, en calzoncillos:

—Bento, tráeme el sombrero… Me da la impresión de que la bala ha debido pasar rozándolo.

Los dos miraron y remiraron el sombrero. A Bento, en su afán por alabar la hazaña, le parecía que la copa estaba abollada y hasta chamuscada.

—¡La bala le pasó de refilón, señor doctor!

El Hidalgo lo negó, con la modestia grave de un hombre fuerte:

—¡No! ¡Ni de refilón!… Cuando aquel granuja disparó, le temblaba ya el brazo… Debemos dar gracias a Dios, Bento, ¡aunque yo realmente no corrí un gran peligro!

Una vez vestido, Gonçalo, paseando por la habitación, releyó la carta. Sí, sin duda era de las Lousadas. Pero ahora esa maledicencia arrojada con tan sórdida maldad sobre los mofletes del pobre Barrolo no causaba ningún daño; por el contrario, casi resultaba beneficiosa, como un hierro candente, para cauterizar una herida. El pobre Barrolo se había impresionado solamente con la revelación de su estupidez, con aquel ingrato apodo puesto por sus amigos en las ingratas bromas del club y bajo los soportales. Y la otra insinuación terrible, la de que Gracinha reverdecía al calor

amoroso de Cavaleiro, apenas la había entendido y casi no le hizo caso, con un desdén distraído y cándido. Sin embargo, la carta que así silbaba por encima del bueno de Barrolo como flecha que erraba el blanco acertaría de lleno en Gracinha, la heriría en su orgullo, en su pudor impresionable, mostrando a la pobre bobalicona cómo su nombre y hasta su corazón ¡eran arrastrados ya suciamente por el rastrero chismorreo de las Lousadas!… Certeza tan humillante no acabaría con un sentimiento que no se apagaba con otras humillaciones más íntimas y más dolorosas. Pero estimularía su reserva y su desconfiado recato; y ahora que André se había alejado a Lisboa, operaría en ella sorda y solitariamente, sin que la presencia tentadora contrarrestase la influencia tranquilizadora y saludable. Así el torpe escrito beneficiaba a Gracinha como un terrible aviso pegado en la pared. Y preparada rencorosamente por las dos arpías para desencadenar en los Cunhais el escándalo y el dolor, aquella carta tal vez sirviese para restablecer en la amenazada casa el sosiego y la seriedad. Gonçalo se frotó las manos pensando que ¡en tan afortunada mañana quizá hasta aquel mal redundase en bien!

—Bento, ¿dónde está la señorita Graça?

—La niña subió a su cuarto hace un momento, señor doctor.

Era su cuarto de soltera, fresco y claro, que daba al jardín, en el que todavía se conservaba su cama de bonita madera con incrustaciones, un tocador ilustre que había pertenecido a la reina doña Maria Francisca de Saboya, y el sofá y las sillas de casimir claro, en las que Gracinha había bordado pacientemente, durante años, el azor negro de los Ramires. Y siempre que volvía a la Torre, a Gracinha le gustaba revivir en su cuarto las horas de soltera, revolviendo los cajones, hojeando viejas novelas inglesas en el armarito acristalado o, simplemente, contemplando desde el balcón su querida quinta, que se extendía hasta los oteros de Valverde, tan fundida con su vida que cada árbol le susurraba algún recuerdo, que cada rinconcito de verdor era como un rincón de su propio pensamiento.

Gonçalo subió y golpeó con los nudillos en la puerta cerrada, diciendo el viejo anuncio: «¡Permiso al hermano!». Ella corrió desde el balcón, donde estaba regando en sus antiguas macetas de loza vidriada las plantas siempre renovadas y cuidadas por Rosa con mucho cariño. Y desahogándose enseguida del pensamiento que la henchía:

—¡Oh, Gonçalo! ¡Qué felicidad haber venido a la Torre justamente hoy, que te ha sucedido semejante cosa!

—¡Es verdad, Gracinha, una gran suerte! Y no me sorprendió nada verte… Es como si aún vivieses en la Torre y te encontrase en el corredor… ¡El que me sorprendió fue Barrolo! Y al instante, después de apearme de la yegua, pensé así, confusamente: «¿Pero qué diablos hace aquí Barrolo? ¿Cómo demonios se encuentra aquí Barrolo?…». Curioso, ¿eh? Quizá fuese que después del jaleo me encontré rejuvenecido, con sangre nueva, y me creí en los tiempos en que deseábamos una guerra en Portugal y vernos cercados en la Torre, bajo nuestro pendón, mientras *nuestro tercio* disparaba bombardas contra los españoles…

Ella reía recordando aquellas fantasías heroicas. Y con el vestido recogido entre las rodillas continuó el lento riego de sus tiestos, mientras Gonçalo, asomado al balcón, contemplando la Torre, sentía que se apoderaba de él nuevamente la idea de una comunión más íntima, establecida desde aquella mañana entre él y aquel heroico resto de la fortaleza de Santa Ireneia, como si su fuerza, quebrada durante tanto tiempo, se soldase al fin, firmemente, con la fuerza secular de su estirpe.

—¡Oh, Gonçalo! ¡Debes de estar muy cansado! Después de esa auténtica batalla…

No, cansado, no… Pero sí con hambre. ¡Con un hambre y una sed espléndidas!

Ella dejó enseguida la regadera, limpiándose las manos alegremente:

—¡Pues el almuerzo no tardará!… Ya estuve en la cocina ayudando a Rosa a preparar una merluza a la española… Es una receta nueva del barón de las Marges.

—Entonces será tan insípida como él.

—¡No! Es hasta un poco picante. Se la enseñó el señor vicario general.

Y como ella, ante el tocador de la reina Maria Francisca, se arreglaba deprisa las horquillas del pelo, él, para aprovechar aquella soledad que le era favorable, apresuró, haciendo un esfuerzo, la confidencia que lo estaba removiendo por dentro:

—¿Y por Oliveira? ¿Qué hay de nuevo por Oliveira?

—Por Oliveira nada… ¡Mucho calor!

Gonçalo, pasando los dedos lentamente por el marco del espejo, un fino entrelazado de azucenas y laureles, murmuró:

—Yo sólo tengo noticias de las Lousadas, de tus amigas Lousadas. Siguen en plena actividad…

Gracinha negó ingenuamente:

—¿Las Lousadas? ¡No! Ni han aparecido.

—¡Pero siguen maquinando!

Y como los verdes ojos de Gracinha se abrieron completamente, sin comprender, Gonçalo sacó rápidamente del bolsillo la carta que había guardado y que ahora le pesaba como una plancha de hierro:

—¡Mira, Gracinha! ¡Más vale que nos desahoguemos! Aquí tienes lo que han escrito a tu marido hace unos días…

De un vistazo, Gracinha devoró las terribles líneas. Y con oleadas de rubor en las mejillas, apretó las manos desesperada y angustiosamente, estrujando el papel:

—¡Oh, Gonçalo! Pues…

Gonçalo la interrumpió:

—¡No! ¡Barrolo no le ha dado importancia! ¡Hasta se ha reído! Y yo también, cuando me entregó este papelucho… Y la prueba de que los dos lo consideramos un chisme insensato es que te lo he mostrado con toda franqueza.

Ella estrujaba la carta entre sus manos juntas y temblorosas, pálida ahora y muda de espanto, conteniendo las gruesas lágrimas que asomaban a sus ojos. Y Gonçalo, conmovido, con gravedad pero con ternura:

—Pero, Gracinha, ya sabes cómo son estos sitios pequeños. ¡Sobre todo Oliveira! Es necesario mucho tiento, mucha reserva… ¡Ay de mí! Yo tengo la culpa. Reanudé unas relaciones que nunca debieron reanudarse… ¡Bien arrepentido estoy! ¡Y créeme! A causa de esta situación tan falsa y tan peligrosa que yo mismo he creado irreflexivamente, por estúpida ambición, he pasado aquí en la Torre unos días muy amargos… No me atrevía, ni siquiera, a volver por Oliveira. Hoy, no sé por qué, después de esta aventura, me parece que todo se ha esfumado, se ha sumido en una gran sombra… En fin, ya no tengo tan en ascuas el corazón… Por eso me desahogo así, con serenidad.

Ella prorrumpió en un doloroso y desatado llanto, con su débil alma deshecha. Gonçalo, con redoblada ternura, abrazó los pobres hombros abatidos, desgarrados por los sollozos. Y así, con ella completamente reclinada sobre su pecho, aún la aconsejó, con dulzura:

—Gracinha, el pasado murió y todos necesitamos, por el honor de todos nosotros, que continúe muerto. ¡Al menos que, por fuera, en cada gesto tuyo, parezca bien muerto! ¡Soy yo quien te lo pide, por nuestro apellido!…

Entre los brazos del hermano, ella gimió con infinita humildad:

—¡Pero si él hasta se ha marchado!… ¡No ha querido estar más en Oliveira!

Gonçalo acarició la apesadumbrada cabeza que, de nuevo, se refugió en su pecho y se apretó contra él, como buscando la fresca misericordia que sentía brotar dentro:

—Ya lo sé. Y eso me demuestra que has sido fuerte… ¡Pero es necesario tener mucha reserva, mucha vigilancia, Gracinha!… Y ahora serénate. No hablemos más, nunca más, de este incidente… Porque ha sido eso, sólo un *incidente*. Que yo he provocado, ¡ay de mí!, por ligereza, por ilusión. ¡Pero ya pasó, está olvidado! Cálmate, descansa. Y cuando bajes, hazlo con los ojos bien secos.

Lentamente la desprendió de sus brazos, a los que ella se aferraba como al refugio más seguro y al consuelo más deseado. Y salía, ahogado por la emoción, conteniendo también él las lágrimas… Un gemido tímido, suplicante, lo retuvo aún:

—¡Gonçalo! Acaso piensas que…

Él volvió, la abrazó de nuevo y la besó despacio en la frente.

—Yo pienso que tú ahora, bien advertida, bien aconsejada, vas a demostrar mucha dignidad, mucha firmeza.

Salió rápidamente, cerrando la puerta. Y en la estrecha escalera, iluminada escasamente por una claraboya empañada, se secaba los párpados cuando tropezó con Barrolo, que estaba buscando a Gracinha para almorzar lo más rápido posible:

—¡Gracinha ya baja! —dijo atropelladamente el Hidalgo—. ¡Se está lavando las manos! ¡Ya baja!… Pero antes del almuerzo vamos a las cuadras. Debemos una visita a la yegua, ¡a esa querida yegua que me salvó la vida!

—¡Es verdad, caramba! —asintió inmediatamente Barrolo, dando la vuelta en los escalones con entusiasmo—. Tenemos que visitar a la yegua… Grande y briosa, ¿eh? Pero apuesto a que quedó más sudada que las mías… ¡Imagínate! ¡Un trote así, desde

Oliveira, y ni un solo pelo mojado! ¡Grandes yeguas! ¡Claro que con lo que yo las cuido y cómo las trato!

En la cuadra, los dos acariciaron a la yegua. Barrolo propuso que se la premiase con una buena ración de zanahorias. Después, para dar tiempo a que Gracinha se calmase despacio, el Hidalgo se llevó a Barrolo al jardín y a la huerta…

—¡Tú no venías a la Torre desde hace casi seis meses, Barrolinho! Tienes que verla y admirar sus progresos. Ahora anda por aquí la mano fuerte de Pereira, el de la Riosa…

—¡Ya me imagino! ¡Gran hombre ese Pereira! ¡Pero yo tengo un hambre, Gonçalo!

—¡Y yo también!

Estaba dando la una cuando entraron en la terraza donde esperaba la mesa florida y adornada de fiesta, mientras Gracinha, sentada en un extremo del diván, recorría pensativa la vieja *Gazeta do Porto.* A pesar de que estaban muy lavados, sus bellos ojos aún conservaban una cierta irritación; y para justificarla, así como también su aspecto abatido, enseguida se quejó, sonrojándose, de padecer un poco de jaqueca. Eran las emociones, el peligro que había corrido Gonçalo…

—¡También yo tengo dolor de cabeza! —dijo Barrolo, rondando la mesa—. Pero el mío es de hambre… ¡Hijos, es que estoy desde las siete de la mañana con una taza de café y un huevo pasado por agua!

Gonçalo agitó la campanilla. Pero quien irrumpió por la puerta acristalada, jadeante, abriendo mucho la boca con una gran sonrisa, fue Joaquim, el mozo de cuadra, que volvía de la Grainha.

Gonçalo abrió los brazos, anhelante:

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Pues allí estuve, señor Hidalgo! —exclamó Joaquim con el pecho a punto de estallarle de orgullo—. ¡Hay un gran revuelo! ¡Todo el mundo lo sabe ya! Una muchacha de los Bravais lo vio todo desde la huerta… Luego corrió a contarlo… Pero el viejo, el tal Domingues, que vive en la casa, y su hijo, han huido rápidamente. El muchacho, según dicen, está poco herido. Si cayó sin sentido fue del susto. Ernesto de Nacejas, en el santo nombre de Dios, ese sí que recibió una buena. Lo llevaron en brazos a casa de un compadre, allí al lado, en la Arribada. ¡Al parecer se queda sin oreja y sin boca!… ¡Él, que era el preferido por todas las muchachas de los alrededores!… Y luego lo han trasladado al hospital de Vila Clara, porque en casa del compadre no podía curarse. Mucho gentío, y todos dan la razón al Hidalgo. El tal Domingues era un granuja. ¡Y al Ernesto ese no lo aguantaba nadie! Pero todos le tenían miedo… ¡Una buena limpieza ha hecho el señor Hidalgo!

Gonçalo resplandecía. ¡Ah! ¡Menos mal! ¡Que no le había pasado mayor daño al donjuán de Nacejas que la pérdida de su belleza!

—¿Y entonces la gente anda por allí hablando y mirando el sitio?

—Sí, ¡la gente no se separa del sitio! Y no hacen más que señalar la sangre del

suelo y las piedras por donde se lanzó la yegua del señor Hidalgo… Y ahora hasta cuentan que fue una emboscada y que le dispararon al señor tres tiros y que luego, más adelante, en el pinar, todavía lo asaltaron tres hombres enmascarados, a quienes el señor Hidalgo dejó malheridos…

—¡He aquí cómo se forma la leyenda! —declaró Gonçalo.

Bento apareció con una gran fuente humeante. El Hidalgo palmeó risueño a Joaquim en el hombro. Y dispuso que, abajo, Rosa abriese para el almuerzo de la familia un par de botellas de un Oporto añejo. Luego, con la mano apoyada en el respaldo de la silla, murmuró gravemente:

—¡Pensemos un momento en Dios, que me ha librado hoy de un gran peligro!

Barrolo bajó la cabeza, respetuoso. Gracinha, dando un leve suspiro, pensó una leve oración. Y desdoblaron las servilletas. Gonçalo aplaudía la fuente de merluza a la española, cuando el pequeño de Crispola empujó otra vez la puerta acristalada «¡con un telegrama que había llegado de Vila Clara!». Una cierta inquietud detuvo los tenedores. ¡La mañana había trascurrido con tanta agitación y tantos sustos! Pero ya una sonrisa de satisfacción y de triunfo se dibujaba en el rostro fino de Gonçalo:

—No pasa nada… Es de Castanheiro, con motivo de los capítulos de la novela que le envié… ¡Pobre! ¡Es un buen muchacho!

Y recostado en la silla, leyó lentamente y en voz alta el telegrama que acariciaban sus ojos: «Recibidos capítulos novela. Lectura amigos. ¡Entusiasmo! ¡Verdadera obra maestra! ¡Un abrazo!…».

Barrolo aplaudió con la boca llena. Y Gonçalo, sin fijarse en la fuente de merluza que le presentaba Bento, pero llenando su copa de vino verde, con un ligero temblor y una sonrisa de satisfacción que no se le borraba:

—En fin, buena mañana… ¡Una gran mañana!

Gonçalo, a pesar de la insistencia de Gracinha y de Barrolo, no los acompañó a Oliveira, deseoso de terminar durante aquella semana el último capítulo de la novela, y después cerrar el perezoso circuito de visitas a los electores influyentes del distrito. Así remataría la obra de arte y la obra política, ¡y remataba, gracias a Dios, la tarea de aquel fecundo verano!

Aquella misma noche volvió a coger el manuscrito de la novela y en el ancho margen puso la fecha y una nota: «Hoy, en el término de Grainha, he tenido una pelea terrible con dos hombres que me asaltaron a palos y a tiros, y a los que castigué severamente…». Luego, con facilidad, atacó el lance, de tanto sabor medieval, en el que Tructesindo Ramires, corriendo tras el rastro del Bastardo, penetraba en el campamento de don Pedro de Castro, a la luz movediza y humeante de los hachones.

Con profunda amistad acogió el viejo hombre de guerra a su primo de Portugal, quien, cuando los Castros lucharon en Enxarez de Sandornim contra una gran cantidad de tropas moras, le había ayudado a derrotarlas aportando su poderosa mesnada. Luego, en la amplia tienda, reluciente de armas, tapizada con pieles de león y de oso, Tructesindo contó, todavía jadeando por el dolor contenido, la muerte de su

hijo Lourenço, herido en la lucha de Canta-Pedra y rematado de una puñalada por el Bastardo de Baião, ante las murallas de Santa Ireneia, ¡con el sol en el cielo alto presenciando la traición! Indignado, el viejo Castro dio un puñetazo en la mesa, donde un rosario de oro se mezclaba con unas grandes piezas de ajedrez; y juró por la vida de Cristo que ¡en sesenta años de armas y sobresaltos, jamás tuvo noticia de una acción más vil! Y, cogiendo la mano del señor de Santa Ireneia, le ofreció, para aquella empresa de justa venganza, toda su hueste, trescientas treinta lanzas y un nutrido grupo de fuertes infantes de a pie.

—¡Por Santa Maria! ¡Buena acometida! —gritó Mendo de Briteiros, con sus rojizas barbas llameando de gusto.

Pero don Garcia Viegas, *el Sabedor,* entendía que para coger vivo al Bastardo, como convenía a una venganza dilatada y bien disfrutada, sería de mayor utilidad una silenciosa y corta fila de caballeros con algunos hombres de a pie…

—¿Por qué, don Garcia?

—Porque el Bastardo, después de aligerarse, junto al riachuelo, de los infantes y de las carretas, habrá corrido, con la mira puesta en Coimbra, para acogerse a las fuerzas de la hueste real. Esta noche, con su agotado grupo de lanzas, seguramente estará pernoctando en la fortaleza de Landim. Y al despuntar el alba, para ganar tiempo, sin duda emprenderá de nuevo el galope por el antiguo camino de Miradães, que asciende y huye entre las lomas de Caramulo.

Y él, Garcia Viegas, conocía un poco más allá del Poço da Esquecida cierto paso, donde unos pocos caballeros y algunos ballesteros, bien apostados entre la maleza, atraparían a Lopo de Baião como a un lobo en un cepo…

Tructesindo, indeciso y pensativo, se mesaba lentamente las hebras de la barba. El viejo Castro dudaba también, prefiriendo presentar batalla al Bastardo en campo raso, donde lo adelantarían tantas lanzas ya preparadas, y después correrían, en alegre galopada, a asolar las tierras de Baião. Entonces Garcia Viegas rogó a sus primos de España y de Portugal que saliesen al llano que había delante de la tienda, con muchas antorchas que los alumbrasen bien. Y allí, en medio de los caballeros curiosos, a la luz de las antorchas inclinadas, don Garcia Viegas dobló la rodilla y dibujó en la tierra con la punta de una daga el plano de *su cacería,* para que pudiesen comprobar su belleza… Por el lado de allá del castillo de Landim saldría el Bastardo al alba. Por aquí, cuando asomase la luna, se presentarían ellos con veinte caballeros de los Ramires y de los Castros, para que combatientes de las dos mesnadas disfrutasen de la contienda. Allí se apostarían, ocultos entre los matorrales, ballesteros y peonaje. Detrás, por este lado, para cercar al Bastardo, el señor don Pedro de Castro, si con tan gustosa ayuda quisiese honrar al señor de Santa Ireneia. Delante, por aquí, para coger por la garganta al villano, el señor Tructesindo, que era el padre y vengador por mandato de Dios. Y allí, en el angosto paso, lo derribarían y lo sangrarían como a un puerco. Y como su sangre era vil, a un tiro de ballesta encontrarían agua abundante para lavarse las manos, ¡el agua del Pego das Bichas!…

—¡Buena treta! —murmuró Tructesindo convencido.

Y don Pedro de Castro gritó, lanzando una centelleante mirada a los caballeros de España:

—¡Por la sangre de Cristo que si mi tío abuelo Gutierres hubiera tenido por adalid aquí a don Garcia, no se le habrían escapado los de Lara cuando se llevaron al rey niño en una gran carrera hacia Santo Estevão de Gurivaz[29]!… ¡Entendido pues, primo y amigo! ¡Y a caballo, para la montería, apenas despunte la luna!

Y regresaron a las tiendas, pues ya en las hogueras se doraban los cabritos para la cena y los despenseros transportaban desde las carretas los pesados odres de vino de Tordesillas.

Con la cena en el campamento —grave y en silencio porque el luto velaba el corazón de los huéspedes—, Gonçalo terminó esa noche su capítulo cuarto, poniendo al margen otra nota: «Media noche… Día completo. Combatí y trabajé». Después, en su cuarto, mientras se desnudaba, bosquejó todo el alboroto de la corta lucha en la que el Bastardo sería apresado como el lobo en el cepo, quedando a la merced vengadora de los de Santa Ireneia… Pero por la mañana, antes del almuerzo, al sentarse gustosamente a trabajar, recibió dos telegramas que lo apartaron deliciosamente de la ardiente correría contra el Bastardo de Baião.

Eran dos telegramas de Oliveira, uno del barón de las Marges y el otro del capitán Mendonça, ambos felicitando al Hidalgo «por haber escapado así de tan terrible emboscada, destrozando a los valentones de Nacejas». El barón de las Marges añadía: «¡Bravísimo! ¡Digno de un héroe!».

Gonçalo, conmovido, mostró los telegramas a Bento. La noticia de su hazaña ya se había divulgado, pues, impresionando Oliveira.

—¡Ha sido don José Barrolo el que lo ha contado! —intervino Bento—. ¡Ya verá el señor doctor, ya verá! ¡Se van a asombrar hasta en Oporto!

Cuando daban las doce del mediodía apareció en el corredor, con gran estruendo, el enorme Titó, acompañado por João Gouveia, que había llegado de la costa el día antes por la tarde y se había enterado de la aventura en el casino, y acudía corriendo a la Torre como amigo, para darle un abrazo, antes de actuar como autoridad en el atestado. Entonces Gonçalo, todavía en los brazos de Gouveia, pidió generosamente «que no se procediese contra aquellos bandidos…». El alcalde se negó, decidido y rotundo, proclamando el principio del orden y la necesidad de un fuerte escarmiento, para que Portugal no retrocediese a los tiempos bárbaros de João Brandão de Midões. Él y Titó almorzaron en la Torre. Y Titó, a los postres, indicó alegremente la conveniencia de un brindis, que él mismo hizo a gritos, comparando a Gonçalo con el elefante, «¡siempre bonachón, que tanto aguanta y, de repente, zas, aplasta el mundo!».

Después, João Gouveia, encendiendo un gran puro, reclamó la reconstrucción verídica del jaleo, con los golpes y los gritos, para poder comprenderlo bien como autoridad. Entonces, allí en la terraza, revivió la heroica historia, simulando con la

fusta sobre el diván —que acabó por desgarrar— los golpes que había descargado e imitó los tumbos medio desmayados del valentón de Nacejas cuando ya estaba empapado de sangre. El alcalde y Titó visitaron en la cuadra a la yegua histórica, y en el patio Gonçalo les mostró también las dos polainas de cuero que estaban secándose al sol, después de haber sido lavadas para quitarles la sangre que las había salpicado.

Ya en el portón, João Gouveia palmeó gravemente al Hidalgo en el hombro:

—Gonçalo, creo que debe usted aparecer esta noche por el casino…

Y apareció por allí, y fue recibido como el vencedor de una batalla ilustre. En el billar, a propuesta del viejo Ribas, flambeó un gran ponche, y el comendador Barros, entusiasmado, insistía en que aquel domingo se celebrase en São Francisco un Tedeum de gracias, cuyos gastos costearía él con orgullo, ¡caramba! A la salida, acompañado por Titó, por Gouveia, por Manuel Duarte y otros socios, encontraron a Videirinha, que no pertenecía al casino, pero que andaba rondando por los alrededores, esperando al Hidalgo para dedicarle dos estrofas del *Fado*, improvisadas aquella misma tarde, ¡en las que lo exaltaba por encima de los otros Ramires de la historia y de la leyenda!

El grupo se detuvo junto a la fuente pública. El violón gimió amorosamente, y el cantar de Videirinha, que le salía del alma, atravesó el mudo ramaje de las acacias:

Los Ramires de otros tiempos
Vencían con grandes lanzas,
Éste vence con la fusta,
¡Ved cuán extrañas mudanzas!

Y es que en los grandes Ramires
De la vieja generación,
La fuerza estaba en las armas
¡Y en éste en su corazón!

Ante tan requebrado dicho, los amigos prorrumpieron en vivas a Gonçalo y a la casa de Ramires. Y el Hidalgo, al regresar a la Torre, conmovido, pensaba:

—¡Es curioso! ¡Toda esta gente parece apreciarme mucho!…

¡Y qué emoción cuando por la mañana temprano Bento lo despertó con un telegrama de Lisboa! Era de Cavaleiro, que, «¡enterado por los periódicos del atentado, le mandaba entusiástico abrazo por feliz desenlace y valentía!».

Gonçalo, sentado en la cama, gritó:

—¡Caramba! ¡Entonces, Bento, hasta los periódicos de Lisboa hablan ya de esto! ¡El asunto se está haciendo famoso!

¡Ciertamente famoso!, porque durante todo aquel delicioso día, el mozo de telégrafos, jadeando con su pierna de palo, no cesó de empujar el portón de la Torre con más telegramas, todos de Lisboa: de la condesa de Chelas; de Duarte Lourençal; de los marqueses de Coja *felicitándolo;* de la tía Louredo con «enhorabuena al

valiente sobrino»; de la marquesa de Esposende «¡esperando que el querido primo hubiese dado gracias a Dios!…». Y el último de Castanheiro, con exclamaciones: «¡Magnífico! ¡Digno de Tructesindo!». Gonçalo, paseando por la biblioteca, levantaba los brazos, aturdido:

—¡Santo Dios! ¿Pero qué habrán dicho los periódicos?

Y entre telegrama y telegrama llegaban los señores de los alrededores, los influyentes: el doctor Alexandrino, aterrado, previendo un retroceso al cabralismo[30]; el viejo Pacheco Valadares de Sá, a quien no le extrañaba la hazaña de su noble primo, porque la sangre de los Ramires, como la de los Sás, siempre hierve; el padre Vicente da Finta, que junto con su felicitación le envió un cestillo de uvas de su famoso moscatel tinto; y finalmente el vizconde de Rio-Manso que, abrazado a Gonçalo, sollozó en el enternecimiento casi ufano de que la pelea hubiese estallado así, en la carretera, cuando «el querido amigo, el amigo de su Rosa», se dirigía hacia la Varandinha. Gonçalo, abochornado, muerto de risa, abrazaba, volvía a contar pacientemente la hazaña, acompañaba hasta el portón a aquellos caballeros que, al montar en sus yeguas, al entrar en sus calesas, sonreían hacia la vieja Torre, enhiesta y oscura, en la dulce claridad de aquella tarde de septiembre, como saludando, después de al héroe, a la base secular de su heroísmo.

Y el Hidalgo, subiendo presuroso las escaleras hacia la biblioteca, murmuraba de nuevo, aturdido:

—¿Qué habrán dicho los periódicos de Lisboa?

No pudo dormir, por la ansiedad de devorarlos. Cuando Bento, alborozado, irrumpió en el cuarto con el correo, Gonçalo saltó de la cama, retirando las sábanas como si se ahogase. Y enseguida en el *Século*, recorrido con avidez, encontró el telegrama de Oliveira contando ¡el asalto!, ¡los tiros disparados!, el enorme valor del Hidalgo de la Torre que con una simple fusta… Bento casi arrebató el *Século* de las manos trémulas del Hidalgo, ¡para correr a la cocina y gritar a Rosa la gloriosa noticia!

Por la tarde, Gonçalo corrió a Vila Clara, al casino, para devorar los otros periódicos de Lisboa y los de Oporto. ¡Todos lo contaban! ¡Todos lo ensalzaban! La *Gazeta do Porto*, atribuyendo el atentado a la política, ultrajaba furiosamente al gobierno; el *Liberal Portuense*, sin embargo, relacionaba «con ciertas venganzas de los republicanos de Oliveira el pavoroso atentado que casi había costado la vida a uno de los mayores Hidalgos de Portugal y de España, ¡y uno de los más pujantes talentos de la nueva generación!». Los periódicos de Lisboa ensalzaban sobre todo «el espléndido valor de don Gonçalo Ramires». Y el más apasionado era la *Manhã*, con un elocuente artículo —escrito seguramente por Castanheiro—, que recordaba las heroicas tradiciones de la ilustre casa, esbozaba las bellezas del castillo de Santa Ireneia y terminaba por afirmar que «ahora se esperaba con redoblada ansiedad la aparición de la novela de Gonçalo Ramires, basada en una hazaña de su antepasado Tructesindo, en el siglo XII, prometida para el primer número de los *Anais de*

Literatura e de História, la nueva revista de nuestro querido amigo Lúcio Castanheiro, ¡ese benemérito restaurador de la conciencia heroica de Portugal!». Las manos de Gonçalo temblaban al desdoblar los diarios. Y João Gouveia, también anhelante y también devorando los artículos por encima del hombro del Hidalgo, murmuraba, impresionado:

—¡Gonçalinho, va usted a conseguir una cantidad de votos tremenda!

Después, aquella noche, cuando regresó a la Torre, Gonçalo encontró una carta que lo trastornó. Era de Maria Mendonça, escrita en un papel perfumado con el mismo perfume que tan dulcemente esparcía doña Ana por el atrio de Santa Maria de Craquede:

> Hasta esta mañana no hemos sabido el gran peligro en el que has estado, y nos hemos quedado *las dos* muy emocionadas. Pero al mismo tiempo, yo —y no sólo yo—, muy orgullosa de la magnífica valentía del primo. ¡Digno de un verdadero Ramires! No voy a abrazarte —con riesgo de comprometerme y *despertar envidias*— porque uno de mis pequeños, Neco, está muy constipado. Afortunadamente no es cosa de importancia… Pero aquí todos, hasta los pequeños, deseamos ver al héroe, y no creo que tuviese nada de extraordinario, *ni por un lado ni por el otro*, que el primo apareciese por aquí pasado mañana —jueves— alrededor de las tres. Daríamos un paseo por la quinta y hasta merendaríamos a la buena y vieja usanza de nuestros antepasados. ¿De acuerdo?
>
> Muchos recuerdos, *muchos*, de Anica, y, créeme, primo, etc.

Gonçalo sonrió, pensativo, contemplando la carta, aspirando su aroma. Nunca la prima Maria había empujado tan claramente a doña Ana hacia sus brazos… Y como doña Ana se dejaba empujar, dispuesta y con los ojos cerrados… ¡Ah! ¡Si fuese sólo hacia la alcoba! Pero, ¡ay!, era también hacia la iglesia. Y de nuevo oyó aquel vozarrón de Titó, en los escalones de la puertecita verde, con la luna llena sobre los olmos negros: «¡Esa criatura ha tenido un amante y tú sabes que yo nunca miento!».

Entonces cogió lentamente la pluma y respondió a doña Maria Mendonça:

> Querida prima:
>
> He quedado muy emocionado por tu interés y tu entusiasmo. ¡No exageremos! Yo no hice más que correr con una fusta a unos valentones que me asaltaron a tiros. Es una hazaña fácil para quien tenga, como yo, una fusta excelente. En cuanto a mi visita a la Feitosa, que me sería tan agradable, no podré hacerla, con hondo pesar mío, ni el jueves ni siquiera en todo este mes… Estoy ocupadísimo con mi libro, las elecciones y mi traslado a Lisboa. Me ha llegado la hora de las preocupaciones serias, cerrando la dulce época de los paseos y de los sueños.
>
> Te ruego que presentes a doña Ana mis más profundos respetos.
>
> Con mucho afecto para ti y el más sincero deseo de que se restablezca pronto mi querido Neco, considérame siempre tu fiel y cordial primo, etc.

Cerró la carta despacio. Y apretando el sello con su escudo sobre el lacre verde, pensó: «¡De qué manera ese granuja de Titó me roba doscientos mil escudos!…».

Durante toda aquella suave semana de finales de septiembre, Gonçalo trabajó en el capítulo final de su novela.

Al fin había llegado la madrugada vengadora en la que los caballeros de Santa

Ireneia, reforzados por las más nobles lanzas de la mesnada de los Castro, sorprendían en el agreste desfiladero indicado por Garcia Viegas, *el Sabedor,* al bando de Bailo, en su precipitada carrera hacia Coimbra… Lucha breve y a traición, sin diestro y brioso cruzar de armas, más parecida a una batida a un lobo que a un ataque contra un hijodalgo. Y así lo quería Tructesindo, con la ruidosa aprobación de don Pedro de Castro, porque no se trataba de luchar contra un enemigo, sino de atrapar a un asesino.

Antes de romper el alba, el Bastardo había salido del castillo de Landim con tanta prisa y tan descuidada confianza que ni un almogávar ni un adalid lo habían precedido para vigilar los caminos. Cantaban las alondras cuando él, en brioso trote, penetró en el estrecho desfiladero abierto entre escarpados peñascos cubiertos de brezos, que llamaban la Racha do Mouro desde que Mahoma la hendió para que escapasen de las dagas cristianas del rey don Fernando, *el Magno,* el alcaide moro de Coimbra y la monja que éste había raptado a la grupa de su caballo. Y apenas se adentró por la estrecha grieta la última lanza de la fila, he ahí que por la entrada del valle surgió el apretado grupo de caballeros de Santa Ireneia, que guiaba Tructesindo con la visera levantada, sin broquel, agitando tan sólo un venablo de monte como si estuviese tranquilamente de cacería. De la apartada maleza que las ocultaba, irrumpen por detrás las lanzas de los Castro, en ristre y cerrando el angosto desfiladero, más apretadas que las púas de un puente levadizo. ¡De la ladera de los cerros se precipita como agua suelta un rudo y espeso peonaje! ¡Está atrapado, perdido, el terrible Bastardo! Pero aún saca furiosamente la espada que, al ser esgrimida, lo corona de relámpagos. Y aún con un fiero grito, arremete contra Tructesindo… Pero bruscamente, de entre un oscuro grupo de honderos baleares, surge, dando vueltas en el aire, una cuerda de cáñamo que lo atrapa por la garganta, lo arranca de un brusco tirón de la silla mora y lo derriba sobre unos pedruscos en los que su gran espada se clava, partiéndose la hoja a la altura del puño dorado. Y mientras los caballeros de Baião, asombrados, aguantan el apretado cerco de lanzas que los había rodeado, un grupo de peones, con terrible griterío, como mastines sobre un cerdo, arrastra al Bastardo hasta la loma del otero, donde lo despojan del broquel y de la daga, le destrozan el brial de lana roja y le rompen los cierres del yelmo ¡para poder escupirle en la cara, en las barbas de oro, tan bellas y tan orgullosas!

Luego, la misma chusma brutal lo sube, amarrado, al lomo de una recia mula de carga, lo extiende entre dos alargados cajones de virotes, como si fuese una res cobrada al regreso de una montería. Y unos siervos del carretaje se quedan custodiando al soberbio caballero, *el Claro Sol* que alumbraba la casa de Baião, ahora encerrado entre dos cajones de madera, con cuerdas en los pies y en las manos y sujeto entre éstas un triste ramo de cardos, emblema de su traición.

Entretanto, sus quince caballeros cubrían el suelo, aplastados bajo el furioso cerco de lanzas que los había acometido, unos rígidos, como dormidos dentro de las negras armaduras, otros retorcidos, deshechos, con las carnes despedazadas, colgando

horrendamente entre las mallas rotas de las lorigas. Los escuderos, apresados, empujados a golpe de chuzo hacia la boca de un barranco, sin rescate ni merced, como una inmunda partida de ladrones de ganado, acabaron desmembrados a hachazos por los barbudos estaferos leoneses. Todo el valle olía a sangre, como el patio de un matadero. Para identificar a los compañeros del Bastardo, un grupo de caballeros abría los gorjales, levantaba las viseras, arrancando furtivamente las medallas de plata, los escapularios, los saquitos de reliquias que llevaban todos como buenos creyentes. En un rostro de fina barba negra que manchaba una espuma sanguinolenta, Mendo de Briteiros reconoció a su primo Soeiro de Lugilde, con el que, por las hogueras de San Juan, se había divertido tan alegremente y había bailado en el castillo de Unhelo; e inclinado sobre la alta silla, rezó una devota avemaría por aquella pobre alma sin confesión. Oscuras, tristonas nubes sofocaban la mañana de agosto. Y apartados a la entrada del valle, bajo las ramas de una vieja encina, Tructesindo, don Pedro de Castro y Garcia Viegas, *el Sabedor,* decidían qué muerte lenta, bien dolorosa y bien degradante, darían al Bastardo, villano de tan negra villanía.

Narrando así la sombría emboscada con el gimiente esfuerzo de quien empuña un arado por tierra pedregosa, pasó Gonçalo aquella dulce semana de septiembre. Y el sábado, temprano, en la biblioteca, con el pelo aún mojado de la ducha, se frotaba las manos ante la mesa de trabajo porque, ciertamente, con dos horas más de atento trabajo, ¡antes del almuerzo terminaría su novela, su obra! Aunque aquel final casi le repelía con su sucio horror. El tío Duarte, en su poemita, apenas lo había esbozado, con esquiva indecisión, como noble lírico que ante una visión de brutal ferocidad exhala un lamento, protege la lira y se retira hacia sendas más dulces. Y al coger la pluma Gonçalo, realmente también lamentaba que su antepasado Tructesindo no hubiese matado antes al Bastardo, en el fragor de la lucha, con una de aquellas maravillosas cuchilladas, tan gratas de celebrar, que parten al caballero y luego al caballo, entrando a formar parte de la historia para siempre.

¡Pero no! Bajo el follaje de la encina, los tres caballeros tramaban pausadamente una venganza terrorífica. Tructesindo quería regresar enseguida a Santa Ireneia, levantar una horca delante de las barbacanas, en el mismo suelo en el que su hijo había rodado muerto, y ahorcar en ella, después de azotarlo bien, como villano, al villano que lo había matado. El viejo don Pedro de Castro, por el contrario, aconsejaba una muerte más breve y también satisfactoria. ¿Para qué rodear hasta Santa Ireneia, perdiendo aquel día de agosto en la marcha emprendida hacia Montemor para socorrer a las infantas de Portugal? Que se tendiese al Bastardo, amarrado sobre un madero, a los pies de Tructesindo, como cerdo por Nochebuena, y que un caballerizo le chamuscase las barbas, y luego otro, con un cuchillo de cocina, lo sangrase por el pescuezo, lentamente:

—¿Qué os parece, don Garcia?

El Sabedor se había quitado el casco de hierro y se limpiaba en las arrugas el

sudor y el polvo de la lucha:

—¡Señores y amigos! Tenemos algo mejor, y también cerca, sin retrasarnos en la marcha, una vez pasados estos cerros, en el Pego das Bichas… Y ni siquiera nos desviamos de nuestro camino, pues desde allí, por Tordesello y Santa Maria da Varge, enfilamos hacia Montemor, tan derechos como vuela el cuervo… ¡Confiad en mí, Tructesindo! Confiad en mí, que yo le prepararé al Bastardo tal muerte y tan vil, que no se podrá contar otra desde que Portugal fue condado.

—¿Más vil que la horca para un caballero, mi viejo amigo Garcia?

—¡Ya lo veréis, señores y amigos, ya lo veréis!

—¡Sea pues! Mandad que toquen los cuernos.

A la voz de mando de Afonso Gomes, el alférez, sonaron los cuernos. Un grupo de ballesteros y de estaferos leoneses rodearon la mula que transportaba al Bastardo, amarrado y colocado entre dos cajones. Y, acaudillada por don Garcia, la pequeña hueste se encaminó hacia el Pego das Bichas, en desbandada, con los señores de lanza dispersos, como en una marcha de holganza y de paz, todos en una ruidosa charla, recordando, entre jactancias y risas, las proezas de la lucha.

A dos leguas de Tordeselo y de su hermoso castillo se ocultaba entre los cerros el Pego das Bichas. Era un lugar de eterno silencio y de eterna tristeza. El tío Duarte había señalado en esmerados versos su aspereza desolada:

> ¡Ni trino de ave en oscilante rama!
> ¡Ni fresca flor junto al arroyo fresco!
> ¡Sólo rocas, maleza, umbría, orillas,
> Y en medio, el Pego, tenebroso y muerto!…

Y cuando los primeros caballeros, remontada ya la loma de un cerro, lo divisaron en la melancolía de la mañana de niebla, enmudecieron en su animada charla, se refrenaron, asustados ante tan áspero yermo, tan propio para brujas, fantasmas y almas en pena. Ante el escabroso barranco, en el que los corceles resbalaban, ondulaba un riachuelo en el que se abrían charcos fangosos, casi secos por el estiaje, que relucían pardos entre los gruesos pedruscos y el tojo rastrero. Al fondo, a medio tiro de ballesta, negreaba el Pego, laguna estrecha, inmóvil, sin una onda en el agua, duramente negra, con manchas más negras aún, como si fuese una lámina de estaño en la que se extendiese la herrumbre del tiempo y del abandono. Alrededor se elevaban los cerros erizados de maleza alta y bravía, surcados por sendas de arena rojiza como si fuesen hilos de sangre que por ellos escurriesen, y rematados en la cima por relucientes peñascos más blancos que osamentas. Tan pesado era el silencio, tan pesada la soledad, que el viejo don Pedro de Castro, hombre que había viajado tanto, se asombró:

—¡Feo paraje! ¡Y voto a Cristo y Santa Maria que nunca antes que nosotros ha pisado en él hombre redimido por el bautismo!

—¡Pues, señor don Pedro de Castro! —intervino *el Sabedor*—, ya antiguamente se movieron por aquí muchas y lucidas lanzas, y todavía en tiempos del conde don Soeiro y de vuestro rey don Fernando se erguía en aquella orilla ¡una famosa castellanía! ¡Mirad allí! —Y señalaba, en el otro extremo de la poza, frontero al barranco, dos robustos pilares de granito que emergían del agua negra y que la lluvia y el viento habían pulido como mármoles finos. Una pasarela de maderos sobre estacas fangosas y medio podridas unía la orilla al más grueso de los pilares. Y en el centro de aquel tosco puntal colgaba una argolla de hierro.

Entretanto, ya el tropel del peonaje se había disgregado por el ribazo. Don Garcia Viegas descabalgó, llamando a voces a Pero Ermigues, el adalid de los ballesteros de Santa Ireneia. Y, junto al corcel de Tructesindo, risueño y disfrutando de la sorpresa, ordenó al adalid que seis de sus fornidos hombres bajasen de la mula al Bastardo, lo tendiesen en el suelo, lo desnudasen, dejándolo totalmente en cueros, como su barragana madre lo trajo a la negra vida…

Tructesindo miró cara a cara al *Sabedor,* frunciendo las hirsutas cejas:

—¡Por Dios, don Garcia! ¡Espero que no me iréis simplemente a ahogar al villano, ensuciando esta agua inocente!…

Y alrededor algunos caballeros murmuraban también contra una muerte tan apacible y sin malicia. Pero los ojillos de don Garcia miraban a un lado y a otro, centelleando de triunfo y de gusto:

—¡Sosegaos, sosegaos! ¡Viejo estoy, ciertamente, pero aún el buen Dios me permite algunas tretas! ¡No! Ni ahorcado, ni degollado, ni ahogado…, ¡sino chupado, señores! ¡Chupado en vida y lentamente por las grandes sanguijuelas que llenan toda esta agua negra!

Don Pedro de Castro, maravillado, se golpeó con el guantelete sobre el quijote de la armadura:

—¡Por vida de Cristo! ¡Que tener en una hueste a don Garcia es tener juntamente para marchas y consejos, fundidos en uno solo, a Aníbal y a Aristóteles!

Un rumor de admiración corrió por la hueste:

—¡Buen ardid, buen ardid!

Y Tructesindo, radiante, gritaba:

—¡Hala, hala, ballesteros! ¡Y vosotros, señores, retroceded a la loma del cerro, como si fuera un palenque, que va a ser grande el espectáculo!

Seis ballesteros descargaban ya de la mula al Bastardo amarrado. Otros lo rodeaban con manojos de cuerdas. Y como matarifes que fuesen a desollar una res, toda la ruda turba se lanzó sobre el desdichado, arrancándole la cervillera, el sayo, las grebas, el calzado de hierro y, por último, la gruesa ropa interior de lino sucio. Agarrado por el largo cabello, asido por los pies, en los que se clavaban afiladas uñas en el afán de inmovilizarlo, con los brazos aplastados bajo otros gruesos y tensos brazos, ¡el fornido Bastardo aún se retorcía aullando, escupiendo contra las caras difusas de la chusma un salivazo rojizo y espumeante!

Por entre el oscuro tropel que lo cubría, su cuerpo, completamente desnudo, blanqueaba, atado con gruesas cuerdas. Poco a poco, su furioso aullido se iba debilitando, jadeante y ronco. Y uno tras otro se levantaban los ballesteros, extenuados, resoplando, limpiándose el sudor del esfuerzo.

Mientras tanto, los caballeros de España y de Santa Ireneia descabalgaban y clavaban el regatón de las lanzas entre el tojo y las piedras. Todas las laderas de los oteros se iban cubriendo con la mesnada dispersa, como palenques en tarde de justa. Sobre una roca lisa que entoldaban dos esmirriados espinos de follaje ralo un paje extendió unas pieles de oveja para don Pedro de Castro y para el señor de Santa Ireneia. Pero tan sólo se acomodó el viejo *Castellano,* deshebillando su peto de hierro damasquinado de oro, para un descanso prolongado.

Tructesindo permaneció de pie, mudo, con los guanteletes apoyados en el puño de su alta espada, y los hundidos ojos clavados ávidamente en la tenebrosa laguna que habría de vengar a su hijo con una muerte tan feroz y tan sucia… Y a la orilla de la poza, los peones y algunos caballeros de España removían el agua cenagosa con los virotes y con los regatones de las lanzas, con la curiosidad de ver las negras sanguijuelas escondidas que la poblaban.

Súbitamente, a una voz de don Garcia, que rondaba por allí, toda la chusma de peones que se agolpaba en torno al Bastardo se apartó, y el fornido cuerpo apareció desnudo y blanco sobre la tierra negra, con un espeso vello rubio en el pecho, oculta su virilidad por otra mata de pelo rubio, y todo él atado con cuerdas de cáñamo que lo mantenían erguido. En aquella rigidez de fardo, ni las costillas se agitaban; sólo los ojos refulgían ensangrentados, horriblemente desorbitados por el terror y la furia. Algunos caballeros corrieron a contemplar la envilecida desnudez del famoso hombre de Baião. El señor de los Paços de Argelina se mofó ruidosamente:

—¡Por Dios que bien lo sabía! ¡Cuerpo de manceba, sin cicatriz de herida!…

Leonel de Samora raspó con el zapatón de hierro el hombro del desdichado:

—¡Mirad este *Claro-Sol,* tan claro que ahora se apaga en tan negra agua!

El Bastardo cerraba fuertemente los párpados, de los que se le escaparon dos gruesas lágrimas que rodaron lentamente… Pero un agudo pregón resonó por el ribazo:

—¡Justicia! ¡Justicia!

Era el adalid de Santa Ireneia que caminaba agitando una lanza y atronando los cerros:

—¡Justicia! ¡Justicia que manda que se haga el señor de Treixedo y de Santa Ireneia a un perro asesino! ¡Justicia a un perro, hijo de perra, que mató vilmente, y así morirá vilmente por ella!…

Por tres veces lanzó su pregón ante la hueste apiñada en los cerros. Después se detuvo y saludó humildemente a Tructesindo Ramires y al viejo Castro, como a jueces en su estrado.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritó el señor de Santa Ireneia.

Inmediatamente, a una orden del *Sabedor,* seis ballesteros, con las piernas envueltas en unas mantas de las mulas, levantaron el cuerpo del Bastardo como se levanta a un muerto envuelto en su sudario, y entraron con él en el agua, hasta el pilar más alto de granito. Otros, arrastrando manojos de cuerda, corrieron por la fangosa pasarela de maderos. Con un alarido de «¡Aguanta! ¡Endereza! ¡Levanta!», en un desesperado esfuerzo, el robusto cuerpo blanco fue sumergido en el agua hasta las ingles, arrimado al pilar más alto y luego atado a él con un largo cabo que, pasando por la argolla de hierro, lo suspendía sin que se escurriera, tan seguro y fijo como un rollo de vela que se amarra al mástil. Rápidamente los ballesteros escaparon del agua, desenvolviendo enseguida sus piernas, que palpaban y raspaban con temor de las sanguijuelas succionadoras. Los otros se retiraron por la pasarela en una fila que se empujaba. En la poza quedaba Lopo de Baião bien preparado para la aparatosa y lenta muerte, con el agua que ya le cubría las piernas, con cuerdas enroscadas hasta el cuello, como un esclavo atado al poste; y un espeso mechón de su rubio cabello anudado en la argolla de hierro le echaba hacia atrás el rostro claro para que todos disfrutasen ampliamente viendo la humillada agonía del *Claro-Sol.*

Entonces la expectación de la hueste que esperaba diseminada por las laderas de los cerros entristeció aún más el neblinoso silencio del yermo. El agua permanecía sin ningún movimiento, con sus manchas negras como una lámina de estaño herrumbroso. Entre las crestas de las peñas unos arqueros apostados por *el Sabedor* vigilaban los descampados de los alrededores. Un alto bando de grajos cruzó graznando. Luego, una suave ráfaga de viento agitó las flámulas de las lanzas clavadas en el espeso tojo.

Para despertar, avivar la lentitud de las sanguijuelas, algunos peones arrojaban piedras al agua fangosa. Ya algunos caballeros españoles murmuraban impacientes por la demora en aquel sofocante agujero. Otros, agachándose a la orilla de la laguna, para demostrar que las famosas sanguijuelas jamás acudirían, sumergían lentamente en el agua negra las manos desnudas, sacudiéndoselas luego, entre risas, mofándose del *Sabedor*…

Pero de repente un estremecimiento sacudió el cuerpo del Bastardo; sus fuertes músculos, en el furioso esfuerzo por soltarse, se hincharon entre las cuerdas como serpientes que se arquean; de los labios apretados estallaron en rugidos, en gruñidos, ultrajes y amenazas contra el cobarde Tructesindo y contra toda la estirpe de los Ramires, ¡que él emplazaba para dentro de un año entre las llamas del infierno! Indignado, un caballero de Santa Ireneia cogió una ballesta y tensó la cuerda.

Pero don Garcia detuvo el impulso:

—¡Por Dios, amigo! ¡No robéis a las sanguijuelas ni una gota de esa sangre fresca!… ¡Mirad cómo acuden! ¡Mirad cómo acuden!

En el agua espesa, en torno a los muslos sumergidos del Bastardo corría un estremecimiento, se formaban grandes burbujas, y de ellas surgió lentamente una sanguijuela, luego otra y otra, relucientes y negras, que ondulaban y se adherían a la

blanca piel del vientre, de donde colgaban, chupando, engordando enseguida, más brillantes con la lenta sangre que ya escurría. El Bastardo enmudeció y sus dientes rechinaron ruidosamente. Asqueados, hasta unos rudos peones volvieron la cara y escupieron en los brezos. Otros, por el contrario, se mofaban y azuzaban a las sanguijuelas, gritando: «¡A él, doncellas, a él!». Y el apuesto Samora de Cendufe clamaba ¡riéndose de tan insulsa muerte!:

—¡Por Dios! ¡Una aplicación de sanguijuelas como a un enfermo de almorranas! ¡Esto no es sentencia para un ricohombre, sino receta de herbolario moro!

—¿Pues qué más queréis, mi querido Leonel? —intervino alegremente *el Sabedor,* resplandeciendo—. ¡Muerte es ésta digna de ser contada en los libros! ¡Y no tendréis este invierno velada ante el fuego, en todos los hogares del Miño al Duero, en que no se recuerde la historia de esta poza y de este hecho! ¡Mirad a nuestro primo Tructesindo Ramires! ¡Hermosos tormentos habrá presenciado sin duda alguna en su larga vida como guerrero!… ¡Y cómo disfruta! ¡Tan atento! ¡Tan maravillado!

En la ladera del otero, junto a su pendón, que el alférez había clavado entre dos piedras, tan inmóvil como él, el viejo Ramires no despegaba los ojos del cuerpo del Bastardo, con salvaje deleite y sombrío fulgor. ¡Jamás hubiera esperado tan magnífica venganza! El hombre que había atado con cuerdas a su hijo, el que lo había arrastrado en unas andas y lo había rematado de una puñalada ante las barbacanas de su fortaleza, ¡allí estaba ahora, vilmente desnudo, atado también como un cerdo, colgando de un pilar, emergiendo de un agua putrefacta y chupado por las sanguijuelas, delante de las dos mesnadas, de las mejores de España, que lo contemplaban y se mofaban! Aquella sangre, la sangre de la raza detestada, no la bebía la tierra revuelta una tarde de batalla, escurriendo de herida honrosa, a través de la recia armadura, sino que, gota a gota, se perdía oscura y lentamente, sorbida por unas repugnantes sanguijuelas que, hambrientas, surgían del lodo y a él volvían a caer, hartas, para vomitar la orgullosa sangre que las llenaba. ¡En el charco donde él lo había hundido, unas viscosas sanguijuelas bebían tranquilamente al caballero de Baião! ¿Dónde existió jamás homicidio solariego que más dulcemente se vengase?

Y el alma fiera del viejo acompañaba con inexorable gozo a las sanguijuelas que, arrastrándose, subían dispersas por aquel cuerpo bien amarrado, como tranquilo rebaño por la ladera de la colina en la que pasta. El vientre ya desaparecía bajo una capa viscosa y negra que palpitaba y relucía con la tibia humedad de la sangre. Una hilera succionaba la cintura hundida por la congoja, de la que resbalaba una lenta franja de sangre. El denso vello rubio del pecho, como la espesura de una selva, había detenido a muchas, que ondulaban dejando a su paso un rastro de lodo. Un arracimado montón sangraba un brazo. Las más hartas, ya hinchadas, más relucientes, se desprendían y caían blandamente, pero enseguida se aferraban otras, hambrientas. De las llagas abandonadas escurría la sangre en finos hilillos, y quedaba retenida en las cuerdas, desde las que goteaba como una lluvia rala. En el agua oscura flotaban gruesas postemas de sangre desperdiciada. Y así sorbido, rezumando sangre, el

desdichado aún rugía, ¡lanzando ultrajes inmundos, amenazas de muerte y de incendios contra la estirpe de los Ramires! Luego, con un jadeo que casi hizo estallar las cuerdas, con la boca horriblemente abierta y ávida, rompió en roncos rugidos, implorando: «¡Agua! ¡Agua!». En su furor, las uñas, que una vuelta de las ataduras había apretado contra los fuertes muslos, desgarraban la carne y se clavaban en la hendidura abierta, empapadas de sangre.

Y la furiosa agitación se fue apagando en un continuo y cansado gemido, hasta que el infeliz pareció adormecido bajo los gruesos nudos de las cuerdas, con las barbas relucientes bajo el sudor que las bañaba como un denso rocío, y entre ellas la espantada lividez de una sonrisa de delirio.

Mientras tanto ya en la hueste diseminada por los cerros como en un palenque, se había embotado la curiosidad salvaje ante aquel nuevo suplicio, y se acercaba la hora de la ración del mediodía. El adalid de Santa Ireneia primero y luego el almocadén español mandaron sonar los añafiles. Entonces todo el áspero yermo se animó con las faenas de acampar. Los depósitos de las dos mesnadas se habían quedado tras los cerros, en un pequeño prado de hierba, por donde se arrastraba entre guijarros y raíces de sauces llorones un regato de agua clara. Con hambrienta prisa, los peones, saltando entre las piedras, corrían hasta la fila de los machos de carga y recibían de los despenseros y estaferos la tajada de carne y la mitad de un grueso pan oscuro; y diseminados por la sombra de la arboleda, comían con silenciosa lentitud, bebiendo el agua del regato en cuencos de madera. Después, sesteaban tumbados en la hierba o subían en grupos por la otra ladera de los cerros, entre la maleza, con la esperanza de atravesar con un virote alguna pieza de caza errante. En el ribazo, ante la laguna, los caballeros, sentados sobre gruesas mantas, comían también alrededor de las alforjas abiertas, cortando con los puñales tajadas de tocino de las abundantes carnes de cerdo y empinando en largos tragos las panzudas calabazas de vino.

Invitado por don Pedro de Castro, el viejo *Sabedor* descansaba, compartiendo con aquél en una ancha escudilla de barro un bollo papal, dulce de miel y flor de harina, en el que ambos hundían lentamente los dedos que después se limpiaban en el forro de los morriones. Tan sólo el viejo Tructesindo no comía, no descansaba, tieso y mudo ante su pendón, entre sus dos mastines, en aquel fiero deber de acompañar la agonía del Bastardo sin perderse un escalofrío, un gemido o un hilo de sangre. En balde el *Castellano,* tendiendo hacia él un pichel de plata, alababa su vino de Tordesillas, fresco como ninguno de los de Aquilat o Provins para quitar la sed de tan dura marcha. El viejo ricohombre ni siquiera lo escuchó, y don Pedro de Castro, después de arrojar dos panes a los fieles alanos, volvió a discurrir con Garcia Viegas sobre aquel obstinado amor del Bastardo por Violante Ramires, que tantos homicidios y furores había acarreado.

—¡Dichosos nosotros, don Garcia! Nosotros a quienes la edad, el quebranto y la hartura alejan ya de esas tentaciones… Que la mujer, como bien me enseñó cierto físico cuando andaba yo con los moros, es viento que consuela y huele bien, pero que

todo lo enreda y destroza. ¡Ved cómo han penado por ellas los míos! Sólo mi padre, con aquel desvarío de los celos, mató a cuchilladas a mi dulce madre Estevaninha. ¡Ella tan santa e hija del emperador! ¡A todo, a todo lleva el estúpido ardor! Hasta a morir como éste, chupado por las sanguijuelas, delante de una hueste que merienda y se burla. ¡Y por Dios, cuánto tarda en morir, don Garcia!

—Muriendo está, don Pedro de Castro. ¡Y ya con el demonio al lado para llevárselo!

El Bastardo se moría. Entre los nudos de las cuerdas ensangrentadas, todo él era un asqueroso espectro rojo y negro, con las viscosas masas de sanguijuelas que lo cubrían, palpitantes en los lentos hilos de sangre que manaban de cada herida, más abundantes que los surcos de humedad en un muro renegrido.

El desesperado jadeo cesó, al igual que la angustia contra las cuerdas y todo el furor. Blando e inerte como un fardo, sólo a ratos abría desorbitadamente los ojos perezosos, que giraba a un lado y a otro con nublado pavor. Luego la cara se abatía, lívida y flácida, con el labio colgando, abriendo la boca como una cueva negra de donde salía una baba sanguinolenta. Y de los párpados, nuevamente cerrados, entumecidos, goteaba también un moco como de lágrimas mezcladas con sangre.

Entretanto, el peonaje, volviendo del rancho, llenaba el ribazo y miraba pasmado, lanzando rudos escarnios, hacia el cuerpo pavoroso que aún chupaban las sanguijuelas. Los pajes recogían ya manteles y alforjas. Don Pedro de Castro bajó del cerro con *el Sabedor* hasta la orilla del agua fangosa, donde casi hundió sus zapatones de hierro para contemplar más de cerca ¡al agonizante de tan rara agonía! Y algunos señores, irritados por tanta espera, hebillaban las armaduras y exclamaban: «¡Está muerto! ¡Se acabó!».

Entonces Garcia Viegas gritó al adalid de los ballesteros:

—Ermigues, id a ver si aún queda aliento en esa postema.

El adalid corrió por la pasarela de maderos y, estremecido de asco, palpó la lívida carne y desenvainando la daga, acercó la hoja clara a la boca, totalmente abierta.

—¡Muerto! ¡Muerto! —gritó.

Estaba muerto. Entre las cuerdas que lo enrojecían, el cuerpo se escurría, arrugado, chupado, vacío. La sangre ya no manaba; se había coagulado en grumos oscuros, en los que algunas sanguijuelas se obstinaban, palpitando relucientes. Y otras, tardías, subían aún. Dos, enormes, se movían en una oreja. Otra tapaba un ojo. El *Claro-Sol* no era más que una inmundicia que se descomponía. Únicamente el mechón de dorados cabellos, estirado, prendido a la argolla, brillaba con destellos de llama, como rastro dejado por el alma ardiente que había escapado.

Con la daga aún desenvainada, y blandiéndola, el adalid avanzó hacia el señor de santa Ireneia y gritó:

—¡Está hecha la justicia que mandasteis hacer con el perro asesino, que ha muerto!

Entonces el viejo ricohombre, agitando el brazo y el velludo puño, en poderosa

amenaza, lanzó un ronco aullido que rodó por peñascos y cerros:

—¡Muerto está! ¡Y así también morirá de muerte infame quien traidoramente me afrente a mí o a cualquiera de los de mi estirpe!

Luego, cortando rígido por la ladera del cerro, a través de la maleza y haciendo una gran seña al portaestandarte:

—Afonso Gomes, mandad que toquen los cuernos. ¡Y a caballo, si os place, don Pedro de Castro, primo y amigo, que tan leal y bueno habéis sido conmigo!…

El *Castellano* agitó alegremente el guantelete:

—¡Por Santa Maria, primo y amigo! Que soy yo el que ha recibido placer y honra de vos. ¡A caballo, pues, si os place! Que promete aquí don Garcia que nos veremos ante las murallas de Montemor, con el sol todavía muy alto.

Ya el peonaje cerraba filas, los pajes de armas empujaban hacia el ribazo a los corceles descansados, a los que asustaba la vasta agua oscura. Y con los dos pendones desplegados, el azor negro y los trece roeles, la fila de la cabalgata se lanzó al trote por el empinado barranco, del que rodaban piedras desprendidas. En lo alto, algunos caballeros aún se volvieron sobre sus sillas para mirar otra vez silenciosamente al hombre de Baião que allí quedaba amarrado al pilar, en la soledad del Pego, pudriéndose. Pero cuando desfiló el ala de los ballesteros y honderos de Santa Ireneia, estalló un fuerte griterío con burlas y sucias injurias al «perro asesino». A mitad de la escarpa, un ballestero, volviéndose, tensó furiosamente la ballesta. La larga flecha sólo atravesó el agua. Otra silbó al instante y una piedra de honda y una saeta barbada que se clavó en el costado del Bastardo, sobre un negro pelotón de sanguijuelas. El adalid gritó: «¡Cierra! ¡Adelante!». La recua de acémilas de carga avanzaba bajo el restallar de los látigos; los mozos de carretaje cogían gruesos cantos y apedreaban al muerto. Por último marchaban los siervos carreteros, con sus cortos sayos de cuero sin curtir, balanceando un corto chuzo, y el capataz de éstos cogió simplemente estiércol de las bestias y lo estampó en la cara del Bastardo, sobre las finas barbas de oro.

CAPÍTULO XI

CUANDO Gonçalo, agotado y ya con todo su ardor desfalleciente, retocó aquel último episodio de la afrenta, en el corredor la campanilla repicaba para el almuerzo. ¡Al fin! ¡Bendito sea Dios! ¡Estaba terminada aquella eterna *Torre de dom Ramires*! Cuatro meses, cuatro penosos meses desde junio, había trabajado en la sombría resurrección de sus bárbaros antepasados. Con letra gruesa y grande escribió en la parte de abajo de la cuartilla: «Finis», y puso la fecha con la hora que era, las doce del mediodía y catorce minutos.

Pero ahora, abandonada la mesa donde tanto había trabajado, no sentía el contento esperado. Hasta el suplicio del Bastardo le había dejado cierta aversión por aquel remoto mundo alfonsino, ¡tan bestial!, ¡tan inhumano! Si al menos lo pudiese consolar la certeza de haber reconstruido con luminosa verdad el ser moral de aquellos rudos antepasados… Pero, ¡bah!…, mucho temía que bajo aquellas disparatadas armaduras de tan poco rigor arqueológico ¡tan sólo se esbozasen almas falsas sin ninguna realidad histórica!… Hasta dudaba de que unas sanguijuelas, subiendo desde un charco, pudiesen cubrir el cuerpo de un hombre y lo chupasen desde los muslos a la barba, ¡mientras toda una hueste ingería su ración!… En fin, Castanheiro había alabado los primeros capítulos. A la gente le gustan, en las novelas, los grandes furores, la sangre chorreando; y en breve los *Anais* difundirían por todo Portugal la fama de aquella casa ilustre que armó mesnadas, arrasó castillos, saqueó comarcas enteras por orgullo del pendón y se enfrentó cara a cara a los reyes en la corte y en los campos de batalla. Su verano, pues, había sido fecundo. Y para coronarlo, he aquí ahora la elección que lo liberaría de la melancolía de su agujero rural…

Para no retrasar las visitas que aún debía a los electores influyentes y también para distraerse, enseguida después de almorzar montó a caballo, pese al calor que desde el día anterior, y en aquellos mediados de octubre, aplastaba la aldea con el refulgente peso de una canícula de agosto. En la curva de la carretera de los Bravais, un hombre gordo con sucios pantalones blancos, que se apresuraba resoplando bajo su quitasol de paño rojo, detuvo al Hidalgo con una enorme cortesía. Era Godinho, escribiente de la alcaldía. Llevaba un oficio urgente para el alcalde de los Bravais y ahora corría a la Torre por encargo del señor alcalde…

Gonçalo hizo recular la yegua hasta la sombra de una encina:

—Bueno, ¿qué es lo que ocurre, amigo Godinho?

El señor alcalde anunciaba al señor Hidalgo que el bandido de Ernesto, el valentón de Nacejas, en tratamiento en el hospital de Oliveira, había mejorado considerablemente. Ya le habían vuelto a pegar la oreja y la boca iba cicatrizando… Y, como se había procedido legalmente contra él, el granuja pasaría de la enfermería a

la cárcel…

Gonçalo protestó inmediatamente, con una palmada en la silla:

—¡No, señor! ¡Hágame el favor de decir al señor Gouveia que no quiero que se prenda a ese hombre! Fue un atrevido, se llevó su merecido y estamos en paz.

—Pero, don Gonçalo Mendes…

—¡Por amor de Dios, amigo Godinho! No quiero y no quiero… Explíqueselo bien al señor João Gouveia… Detesto las venganzas. No entran en mis costumbres ni en las de mi familia. Jamás existió un Ramires que se vengase… Quiero decir, sí hubo alguno, pero… En fin, explíqueselo bien al señor João Gouveia. Además, ya lo veré luego en el casino… Ya tiene bastante el hombre con quedar desfigurado. ¡No consiento que se lo moleste más!… Detesto las crueldades.

—Pero…

—Ésta es mi decisión, Godinho.

—Daré su recado.

—Gracias. ¡Y adiós!… ¡Qué calor!, ¿eh?

—¡Asfixiante, don Gonçalo Mendes, asfixiante!

Gonçalo continuó su camino, indignado con la idea de que el pobre valentón de Nacejas, todavía molido y con la oreja mal soldada, fuese a parar a la sórdida cárcel de Vila Clara a dormir sobre una tabla. Incluso pensó en galopar hasta Vila Clara y contener el celo legal de João Gouveia. Pero muy cerca, un poco más allá del lavadero, estaba la casa de un influyente, João Firmino, carpintero y compadre suyo. Y hacia allí trotó, apeándose en la entrada del huerto. El compadre Firmino se había marchado temprano a Arribada, donde estaba trabajando en las obras del lagar del señor Esteves. Y fue la comadre Firmina la que acudió corriendo desde la cocina, gorda y lustrosa, con dos chiquillos colgados de sus faldas y más sucios que estropajos. El Hidalgo besó cariñosamente las dos caras pringosas:

—¡Qué olor tan rico a pan reciente, comadre! Ha habido hornada, ¿eh? Pues nada, un fuerte abrazo a Firmino. ¡Y que no se olvide! La elección será el próximo domingo. Cuento con su voto. Y mire que no es por el voto, que es por la amistad.

La comadre mostraba su magnífica dentadura, en una complacida y amplia sonrisa: «¡Ah, el señor Hidalgo podía estar tranquilo! Que Firmino ya había jurado hasta al señor alcalde que para el Hidalgo serían todos los votos, y que quien no quisiese ir por las buenas iría a palos». El Hidalgo estrechó la mano de la comadre que, desde el escalón de la entrada del huerto, con los dos chiquillos enredados entre su falda y la amplia sonrisa más embobada aún, siguió con la vista la polvareda de la yegua como si fuese el rastro de un rey.

Y después, en las otras visitas, a Cerejeira, a Ventura de Chiche, encontró el mismo fervor, las mismas sonrisas resplandecientes de gozo: «¡Cómo! ¡Para el Hidalgo! ¡Todo lo que haga falta! ¡Aunque fuese contra el gobierno!». En la tasca de Manuel da Adega, un grupo de trabajadores bebía, ya muy animado, con las chaquetas tiradas encima de los bancos. El Hidalgo bebió con ellos, bromeando,

disfrutando sinceramente de la pinta de vino verde y del barullo. El más viejo, un gigantón moreno, sin dientes y con la cara más arrugada que una ciruela pasa, dio entusiasmado un puñetazo sobre el mostrador: «¡Éste sí que es un Hidalgo, muchachos, que cuando un pobre desgraciado se hiere la pierna, le presta su yegua y marcha a pie a su lado más de una legua, como hizo con Solha! ¡Muchachos! ¡Éste sí que es un Hidalgo al que quiere la gente!». Los brindis atronaron la taberna. Y cuando Gonçalo montó en su yegua, todos lo rodearon como apasionados vasallos, que a la menor señal suya correrían a votar, ¡o a matar!

En casa de Tomás Pedra, la abuela Ana Pedra, una vieja tullida, muy vieja y temblona, se puso a lloriquear porque su Tomás estaba en el olivar precisamente cuando el Hidalgo lo visitaba. «¡Que aquello era como visita de santo!».

—¡Vamos, tía Pedra! ¡De pecador, de gran pecador!

Encorvada en la sillita baja, con las greñas blancas que se le salían del pañuelo y le caían por la cara toda chupada de arrugas y llena de vello, la tía Ana se dio una palmada en la rodilla huesuda:

—¡No, señor! ¡No, señor! ¡Que quien demostró tanta caridad con el hijo de Casco, bien merece estar en los altares!

El Hidalgo se reía, besuqueaba a la sucia chiquillería, estrechaba manos ásperas y rugosas como raíces, encendía el cigarro en las brasas de los hogares, conversando con intimidad sobre las enfermedades y los noviazgos… Luego, en medio del calor y el polvo de la carretera, pensaba: «¡Es curioso! ¡Parece que esta gente me considera su amigo!».

A las cuatro, rendido, decidió dar por terminada la vuelta y regresar a la Torre por la carretera, más fresca, de la Bica-Santa. Y ya había pasado el caserío de Cerdal cuando, en un cerrado recodo del camino, junto a un soto de encinas, casi se topó con el doctor Júlio, también a caballo y también haciendo su ronda de visitas a los electores, con chaqueta de alpaca, bañado en sudor, bajo un quitasol verde. Ambos detuvieron las yeguas y se saludaron amablemente.

—Mucho gusto en verlo, doctor Júlio…

—Lo mismo digo, y muy honrado, don Gonçalo Ramires…

—¿Qué? ¿También a la tarea?

El doctor Júlio se encogió de hombros:

—¿Qué quiere usted? ¡Si me han metido en este lío! Pero ¿sabe usted cómo va a acabar todo esto?… Pues en que hasta yo mismo, el domingo que viene, voy a votar por usted.

El Hidalgo se rió, y ambos se inclinaron para estrecharse las manos con alegría y con aprecio.

—¡Vaya un calor, doctor Júlio!

—Horroroso, don Gonçalo Ramires… ¡Y qué pesadez!

Así, el Hidalgo empleó aquella semana visitando a los electores, «a los grandes y a los pequeños». Y dos días antes de la elección, un viernes por la tarde, con un

tiempo ya más suave y fresco, marchó a Oliveira, adonde había llegado el día antes André Cavaleiro, después de su tan larga y tan comentada estancia en Lisboa.

En los Cunhais, apenas se bajó del coche, enseguida se enfureció al enterarse por el bueno de João da Porta[31] de que «las señoritas Lousadas estaban arriba, de visita, con doña Graça…».

—¿Hace mucho?

—Ya llevarán sin moverse de ahí media hora larga, señor.

Gonçalo se encaminó sigilosamente hacia su cuarto, pensando: «¡Qué desvergonzadas! ¡Llegó André y vienen enseguida a husmear!». Y ya se había lavado y cambiado el traje polvoriento cuando apareció Barrolo, sofocado, más radiante que de costumbre, con levita y chistera y las mejillas encendidas, alborozado:

—¡Hombre, Barrolo! ¡Qué elegante!

—¡Parece cosa de brujería! —gritó Barrolo, después de darle un abrazo que repitió con desusado entusiasmo—. Ahora mismo iba a mandarte un telegrama para que vinieses…

—¿Por qué?

Barrolo tartamudeó con una risa reprimida que lo iluminaba, que lo hinchaba:

—¿Por qué? Por nada… Quiero decir, ¡por la elección! ¡Porque la elección es pasado mañana, chico! Cavaleiro llegó ayer. Yo vengo ahora del Gobierno Civil. Estuve en el palacio con el señor obispo y después pasé por el Gobierno Civil… ¡André está estupendo! Se ha afeitado el bigote y parece más joven. Y trae novedades… ¡trae grandes novedades!

Y Barrolo se frotaba las manos con tan resplandeciente alborozo, con tanta risa escapándosele por los ojos y por la cara resplandeciente, que el Hidalgo lo observó curioso, impresionado:

—¡Oye, Barrolinho! ¿Tú tienes alguna cosa buena que anunciarme?

Barrolo retrocedió y negó ruidosamente, como quien cierra una puerta de golpe. ¿Quién, él? ¡No! ¡No sabía nada! ¡Sólo lo de la elección! En la Murtosa obtendría una cantidad de votos tremenda…

—¡Ah! Creí que… —murmuró Gonçalo—. ¿Y Gracinha?

—¡Gracinha tampoco!

—¿Tampoco qué, hombre? Que cómo está. Simplemente te pregunto cómo está.

—¡Ah! Está con las Lousadas. ¡Hace más de media hora que está con esas descaradas!… Naturalmente con motivo de la tómbola del asilo nuevo… Esa pesadez de las tómbolas… Y, ¡oye, Gonçalinho! ¿Te quedas hasta el domingo?

—No, vuelvo mañana a la Torre.

—¡Oh!…

—¡Es el día de la elección, hombre! Debo estar en mi casa, en mi centro, en medio de mis electores…

—Es una pena —musitó Barrolo—. En cuanto se supiera junto con el resultado de la elección… Yo iba a organizar una gran comilona…

—En cuánto se supiera ¿qué?

Barrolo enmudeció con otra sonrisa en los mofletes, que eran dos brasas gloriosas. Luego tartamudeó de nuevo, bamboleándose:

—En cuanto se supiera… ¡nada! El resultado, el escrutinio. Gran banquete, muchos cohetes. Yo, en la Murtosa, abro una cuba de vino.

Entonces Gonçalo, risueño, cogió a Barrolo por los hombros:

—Dilo ya, Barrolinho. Dilo ya. Tú tienes algo bueno que contarle a tu cuñado.

El otro escapó, protestando a voces: «¡Qué obstinación!, ¡qué bobada! Él no sabía nada. ¡André no le contaba nada!».

—Bueno —dijo por último el Hidalgo, seguro de que existía a su alrededor un agradable misterio—. Entonces, bajemos. Y si esas garrapatas de las Lousadas siguen aún ahí agarradas, manda a un criado a la sala para que diga a Gracinha en voz alta que acabo de llegar y quiero hablar con ella inmediatamente en mi cuarto; con esos monstruos no puede haber consideración.

Barrolo balbució, dudando:

—El señor obispo las aprecia… Ha estado muy amable conmigo, hace poco, el señor obispo.

Pero enseguida, en las escaleras, escucharon el piano y a Gracinha canturreando. Ya se había librado de las Lousadas. Era una antigua canción patriótica de la Vendée que antaño en la Torre ella y Gonçalo entonaban con emoción cuando los inflamaba el amor noble y romántico por los Borbones y los Estuardo:

> Monsieur de Charette a dit à ceux d’Ancenes
> «Mes amis!…»
> Monsieur de Charette a dit…

Gonçalo descorrió despacio el cortinón de la sala, rematando la estrofa, levantando el brazo a modo de bandera:

> «Mes amis!
> Le Roy va rammener les Fleurs de Lys!»

Gracinha, sorprendida, saltó de la banqueta.

—¡No te esperábamos! Me imaginé que pasarías la elección en la Torre… ¿Qué tal por allí?

—En la Torre todo bien, con la ayuda de Dios… Pero yo he tenido muchísimo trabajo. Acabé mi novela; y luego las visitas a los electores.

Barrolo, que no paraba de dar vueltas por la sala, se fue hacia ellos con la misma risa sofocada.

—¿Quieres creer, Gracinha, que este hombre ha estado, desde que llegó, con una curiosidad enorme? Piensa que tengo una buena noticia, una gran noticia que contarle… ¡Y yo no sé nada, a no ser lo de la elección!, ¿verdad, Gracinha?

Gonçalo, muy serio, cogió a Gracinha por la barbilla:

—Si lo sabes, dímelo.

Ella sonrió, sonrojada… No, no sabía nada, sólo lo de la elección.

—¡Dímelo!

—No sé nada… Son tonterías de José.

Pero entonces, ante aquella sonrisa débil, rendida, que confesaba, Barrolo no se contuvo y se desahogó como un mortero que estallase: ¡Pues bien! ¡Sí! ¡En efecto! ¡Una gran noticia! Pero André, que era quien la había traído de Lisboa, fresquita y coleando, quería ser él y sólo él quien diese la sorpresa a Gonçalo…

—¡De modo que yo no puedo! Se lo juré a André. Gracinha ya lo sabe, que se lo conté ayer… Pero tampoco puede decir nada, también lo juró. Sólo André. Viene luego a tomar el té y estalla la bomba… ¡Porque es una bomba! ¡Y gorda!

Gonçalo, consumido por la curiosidad, simplemente murmuró, encogiéndose de hombros:

—Bueno, ya lo sé, ¡una herencia! Te daré quince tostones por las albricias, Barrolo.

Pero durante la comida y luego en la sala, tomando café, mientras Gracinha había vuelto a las viejas canciones patrióticas, ahora las jacobitas, en alabanza a los Estuardos, Gonçalo anheló que Cavaleiro apareciese. No temía que en tal encuentro se pudieran mezclar la amargura y el despecho contenido. Todo su furor contra Cavaleiro, encendido aquella dolorosa tarde del mirador, removido en la Torre durante días torturadores, se disipó luego, lentamente, después de la conmovedora conversación con su hermana, en la mañana histórica de la pelea de la Grainha. Gracinha entonces, con gruesas lágrimas de pureza y verdad, le había jurado tener reserva, retraimiento. André, al abandonar Oliveira, había demostrado también una encomiable resistencia al sentimiento o a la vanidad que lo habían descarriado. Además, no podía romper de nuevo con Cavaleiro, cuando todavía en Oliveira se andaba murmurando con asombro sobre aquella sonada reconciliación que había llevado a André a la intimidad de los Cunhais. Y por último, ¿de qué servían furores y tristezas? Ningún grito o lamento suyo podría anular el mal que se había consumado en el mirador, si es que se había consumado. Y así, toda su cólera contra André se disipó en su tierna y dulce alma, en la que los sentimientos, especialmente los más oscuros, los más sombríos, se desvanecían siempre con facilidad, como nubes en cielo estival…

Pero cuando, cerca de las nueve, Cavaleiro entró en la sala, pausado y magnífico, con el bigote recortado, pero más retorcido, y una corbata roja ahuecada y ostentosa sobre el ancho pecho, que lo hacía parecer aún más hinchado, Gonçalo sintió una renovada aversión ante toda aquella petulancia repleta de falsedad, y apenas pudo dar unas ligeras y sosas palmadas en la espalda del viejo amigo, que lo estrechaba en un abrazo aparatosamente cariñoso. Y mientras André, retorciendo sus guantes claros, lánguidamente acomodado en la poltrona que Barrolo le había acercado con cariño,

contaba alegremente cosas de Lisboa y de Cascais, y de las partidas de *bridge*, y de la parada militar y del rey, Gonçalo revivía la tarde del mirador, su pobre corazón latiendo contra la persiana mal cerrada, la súplica brutal murmurada a través de aquellos bigotes atrevidos, y enmudeció, como petrificado, desmenuzando nervioso entre los dientes el puro apagado. Pero Gracinha conservaba una atenta serenidad, sin ningún asomo de sus llameantes rubores, de sus desdichados arrobos de gestos y modales, sólo un poco seca, con una sequedad preparada de antemano. Luego André aludió con mucha naturalidad a su regreso a Lisboa, una vez pasada la elección, «porque el tío Reis Gomes y José Ernesto, esos crueles amigos, estaban echando sobre sus espaldas todo el trabajo de la nueva reforma administrativa».

Entre él y Gracinha, separados por una pequeña alfombra, parecía haberse abierto una profunda legua de foso, en la que se hubiese caído y se hubiese hundido todo aquel romance veraniego, sin que en el semblante de ninguno de ellos quedase un ardiente vestigio de su pasión. Y Gonçalo, insensiblemente contento ante aquella apariencia, acabó por abandonar la silla en la que se había quedado petrificado, encendió el puro en la vela del piano y preguntó por los amigos de Lisboa. Todos —según Cavaleiro— estaban deseosos de que llegara Gonçalo.

—Allí me encontré también con Castanheiro… Entusiasmado con tu novela. Según parece, ni en Herculano ni en Rebelo existe nada tan logrado en cuanto a reconstrucción histórica. Castanheiro incluso prefiere tu realismo épico al de Flaubert en *Salammbô*. En fin, ¡está entusiasmado! Y nosotros, claro, ardiendo en deseos de que aparezca la sublime obra.

El Hidalgo se sonrojó intensamente, murmurando: «¡Qué tontería!». Luego se acercó a la poltrona en la que estaba acomodado André y le acarició suavemente su ancho hombro:

—¡Has hecho aquí mucha falta, querido! Hace unos días pasé por Corinde y sentí nostalgia…

Entonces Barrolo, que no se tranquilizaba, rojo como si fuese a estallar, dando vueltas por la sala, espiando unas veces a Cavaleiro y otras a Gonçalo, con una sonrisa muda y ansiosa, no se contuvo más y exclamó:

—Bueno, basta de prólogos… ¡Pasemos ahora mismo a la gran sorpresa, André! He estado toda la tarde a punto de estallar… Pero, en fin, ¡lo había jurado y he callado! Ahora ya no puedo más… ¡Vamos! Y tú, Gonçalinho, vete preparando los quince tostones.

Gonçalo, abrasado de nuevo por la curiosidad, sólo sonreía con naturalidad:

—¡En efecto! Parece que tienes una buena noticia.

Cavaleiro estiró lentamente los brazos, siempre acomodado en la amplia poltrona, sin prisa:

—¡Oh! Pero si es la cosa más simple y más natural… Doña Graça ya lo sabe, ¿verdad?… No hay motivo para sorprenderse… ¡Es tan legítimo, tan natural!

Gonçalo exclamó, ya impaciente:

—Bueno, venga, dímelo ya, por fin.

Cavaleiro insistía, indolente. Lo único verdaderamente extraño era que no se hubiese pensado hasta ahora en llevar a cabo una cosa tan debida y tan adecuada. ¿No le parecía a doña Graça?

Gonçalo, ya en ascuas, gritó:

—Pero ¿qué es? ¿Qué diablos es?

Cavaleiro, que había abandonado lentamente la poltrona, se estiró los puños y ante Gonçalo, en medio del silencio expectante, sacando pecho, con gravedad, casi en tono oficial, comenzó:

—Mi tío Reis Gomes y José Ernesto tuvieron una idea muy natural que comunicaron al rey y que el rey aprobó… Que aprobó hasta el punto de llegar incluso a apropiársela, de apoderarse de ella y de querer hacerla sólo suya. Y hoy es sólo del rey. El rey, pues, pensó, como nosotros habíamos pensado, que uno de los principales nobles de Portugal, seguramente el principal, debía tener un título que consagrase bien la ilustre antigüedad de la casa, consagrando también al mismo tiempo los grandes méritos de quien hoy la representa… Por eso, querido Gonçalo, puedo ya anunciarte, y casi en nombre del rey, que vas a ser marqués de Treixedo.

—¡Bravo! ¡Bravo! —rugió Barrolo aplaudiendo con delirio—. ¡Vengan para acá los quince tostones, señor marqués de Treixedo!

Una oleada de sangre cubrió el fino rostro de Gonçalo. En un instante comprendió que aquel título era un don de Cavaleiro, no al jefe de la casa de los Ramires, sino al hermano complaciente de Gracinha Ramires… Y percibió, sobre todo, la incoherencia de que al jefe de una casa diez veces secular, madre de dinastías, creadora del reino, con más de treinta de sus varones muertos bajo la armadura, se le arrojase ahora un título hueco por medio del *Diário do Governo*, como si fuera un tendero enriquecido que hubiese costeado las elecciones. No obstante, sonrió a Cavaleiro, que esperaba la efusión, los abrazos. ¡Oh! ¡Marqués de Treixedo! Ciertamente muy elegante, muy amable… Luego, frotándose las manos, con una sonrisa de humor y de asombro:

—¿Pero, mi querido André, con qué autoridad me nombra a mí el rey marqués de Treixedo?

Cavaleiro levantó la cabeza vivamente, con ofendida sorpresa:

—¿Que con qué autoridad? ¡Sencillamente con la autoridad que tiene sobre todos nosotros como rey de Portugal que todavía es, gracias a Dios!

Y Gonçalo, con mucha naturalidad, sin vanidad ni pompa y con la misma sonrisa de ligera jovialidad:

—Perdón, Andrezinho. ¡Aún no había reyes de Portugal, ni existía siquiera Portugal, y ya mis antepasados Ramires tenían solar en Treixedo! Apruebo las grandes dádivas entre los grandes nobles; pero corresponde comenzar a los más antiguos. El rey tiene, según creo, una quinta al lado de Beja, el Roncão. Pues dile tú al rey que yo tengo el inmenso placer de nombrarlo a él marqués de Roncão.

Barrolo se atragantó sin comprender, con los mofletes desinflados y mustios. Desde el otro extremo del canapé, Gracinha, toda encarnada, resplandecía de gusto ante aquel hermoso orgullo que tanto coincidía con el suyo y que aún fundía más su alma con la de su querido hermano. Y André Cavaleiro, furioso, pero inclinándose en ademán de irónica sumisión, murmuró tan sólo: «¡Muy bien, perfectamente!… Cada cual sabe lo que hace…».

El criado entraba con la bandeja del té.

Y el domingo se celebró la elección.

Aún con una desconfianza y una reserva supersticiosa, el Hidalgo deseó pasar ese día lo más solitariamente posible, casi escondido, y el sábado, cuando todos los amigos de Vila Clara, e incluso los de Oliveira, lo creían hospedado en los Cunhais y en atareada comunicación con el Gobierno Civil, montó a caballo al oscurecer y cautelosamente trotó hacia Santa Ireneia.

Pero Barrolo —todavía estremecido por «aquella inconveniencia de Gonçalo, ¡que era una ofensa a Cavaleiro!, ¡e incluso al rey!»— había quedado encargado de telegrafiar a la Torre las sucesivas noticias del escrutinio a medida que fuesen llegando al Gobierno Civil. Y con ostentoso celo, inmediatamente después de misa, estableció entre los Cunhais y el antiguo Convento de São Domingos un servicio de criados que iban y venían afanosamente, sin reposo. Gracinha, en el comedor, ayudada por el padre Soeiro, copiaba amorosamente con letra muy redonda los telegramas que enviaba Cavaleiro, quien añadía a lápiz alguna nota cariñosa: «¡Todo magníficamente! La victoria aumenta. ¡Enhorabuena a todos!».

Por el camino de Vila Clara a la Torre el mozo de telégrafos con su pierna coja jadeaba sin parar. Bento irrumpía en la biblioteca gritando: «Otro telegrama, señor doctor». Gonçalo, nervioso, con una enorme tetera sobre la mesa y la bandeja rebosante ya de cigarros a medio fumar, leía el telegrama a Bento, y éste, con *vivas* por el corredor, corría a gritar el telegrama a Rosa.

Y así, cuando cerca de las ocho, el Hidalgo consintió en cenar, ya conocía su espléndido triunfo. Y lo que lo impresionaba, releyendo los telegramas, era el entusiasmo cariñoso de aquellos hombres influyentes, de aquellas gentes a las que él apenas había pedido el voto, y que convertían el acto de la elección casi en un acto de amor. Toda la feligresía de los Bravais se había trasladado a la iglesia, formada como una hueste, con José Casco al frente portando una enorme bandera entre dos tambores que atronaban. El vizconde de Rio-Manso entró en el atrio de la iglesia de Ramilde en su coche descubierto, acompañado por su nieta, toda vestida de blanco, y seguido por una vistosa fila de charabanes en los que se apiñaban electores bajo toldos de ramaje. En la Finta, todos los caseríos se quedaron vacíos, las mujeres cargadas de oro, los jóvenes con una flor en la oreja, todos corriendo a la elección del Hidalgo entre rasgueos de guitarra, como si se tratase de la romería de un santo. Y delante de

la taberna de *Pintainho,* frente a la iglesia, la gente de la Veleda, de la Riosa, del Cercal, había levantado un arco de boj con un letrero en rojo sobre una tela: «¡Viva nuestro Ramires, flor de los hombres!».

Después, mientras cenaba, un mozo de la quinta regresó de Vila Clara alborozado, contando el delirio, las bandas de música por las calles, el casino lleno de banderas, la casa consistorial con un transparente sobre la puerta con el retrato de Gonçalo, que la multitud aclamaba.

Gonçalo tomó el café deprisa. Por timidez, por miedo a los vítores, no se atrevía a correr a Vila Clara para ver lo que sucedía. Encendió el puro y salió a la terraza para respirar la dulce noche de fiesta, que andaba tan llena de resplandores y ruidos en su honor. Y al abrir la puerta acristalada casi retrocedió, asombrado. ¡La Torre estaba iluminada! De sus profundas saeteras, a través de las negras rejas de hierro, salía un resplandor, y, muy alta, sobre las viejas almenas, ¡refulgía una serena corona de luces! Era una sorpresa preparada con delicioso misterio por Bento, por Rosa y por los mozos de la quinta, que ahora, en la oscuridad, bajo el balcón, estaban todos contemplando su obra, que iluminaba el cielo sereno. Gonçalo percibió los pasos apagados, el carraspeo de Rosa, y gritó alegremente, asomado a la barandilla:

—¡Bento! ¡Rosa! ¿Hay alguien ahí?

Estalló una risita y la chaqueta blanca de Bento surgió de la sombra.

—¿Quiere alguna cosa el señor doctor?

—¡No, hombre! Quería daros las gracias… Han sido ustedes, ¿eh? ¡Muy bonita la iluminación! ¡Pero que muy bonita! ¡Gracias, Bento! ¡Muchas gracias, Rosa! ¡Gracias, muchachos! Desde lejos el efecto debe de ser soberbio.

Pero Bento no se contentaba sólo con aquellas débiles luminarias. La Torre, para destacar, necesitaba fuertes llamas de gas. El señor doctor no se podía imaginar la altura y, una vez arriba, la inmensidad de la terraza.

Entonces, de repente, Gonçalo sintió el deseo de subir a aquella inmensa terraza de la Torre. No había entrado en la Torre desde su época de estudiante y siempre le había desagradado por dentro, tan oscura, de tan duro granito, con su desnudez, silencio y frialdad sepulcral, y luego, en el suelo, las negras trampas de hierro por las que se bajaba a las mazmorras. Pero ahora las luces de las saeteras daban calor y vida a aquella postrera ruina, la fortaleza de Ordonho Mendes. Y entre sus almenas, a mayor altura que en el balcón, le parecía interesante respirar aquella rumorosa simpatía que se esparcía a su alrededor, rodaba por toda la comarca y subía hacia él, a través de la noche, como un incienso. Se puso un gabán y bajó a la cocina. Bento y Joaquim da Horta, divertidos, cogieron unos grandes faroles, y junto con ellos cruzó el jardín, entró por la cegada poterna de profundo marco y comenzó a subir la estrecha escalera de piedra, que tantos pies calzados de hierro habían pulido y alisado.

Ya desde hacía siglos se había perdido el recuerdo del lugar que ocupaba aquella torre en las complicadas fortificaciones de la fortaleza y señorío de Santa Ireneia. No

era seguramente —según el padre Soeiro— la noble torre albarrana, ni la de la alcazaba, donde se guardaban el tesoro, los documentos o los tan preciados sacos con las especias de Oriente. Quizá, oscura y sin nombre, defendiese tan sólo algún ángulo de la muralla, hacia la parte donde el castillo daba frente a los sembrados y los olmedos del río. Pero, habiendo sobrevivido a las otras más altivas, comprendida entre las construcciones del hermoso palacio que se levantó sobre el sombrío castillo alfonsino que dominaba Santa Ireneia durante la dinastía de Avis, unida aún por claras arquerías desde una terraza al palacio de gusto italiano en que Vicente Ramires convirtió el palacio manuelino tras su campaña de Castilla, aislada en el jardín, pero dominando el caserón que edificaron lentamente, después del incendio del palacio en tiempos del rey don José, y siendo seguramente la última donde resonaron las armas y circularon los hombres del tercio de los Ramires, ella enlazaba las edades y parecía mantener en sus piedras eternas la unidad del vasto linaje. Por eso la gente la llamaba de manera imprecisa la «Torre de don Ramires». Y Gonçalo, aún bajo la impresión de los antepasados y de los tiempos que había resucitado en su novela, admiró con un respeto nuevo su vastedad, su robustez, sus empinados escalones, sus espesos muros en los que las estrechas saeteras se alargaban como corredores, escasamente iluminadas por las lamparillas de aceite con las que Bento las había despertado. Se detuvo en cada uno de los tres pisos, penetrando curiosamente, casi con intimidad, en las salas desnudas y sonoras, de grandes losas, de tenebrosa bóveda, con los asientos de piedra y un extraño agujero en medio, redondo como la boca de un pozo, y, en las paredes, todavía rayadas de marcas de humo, los anillos para las antorchas. Luego, arriba, en la inmensa terraza que una hilera de luminarias, circundando las almenas, llenaba de claridad, Gonçalo, subiéndose el cuello del gabán a causa del airecillo más fresco que allí corría, tuvo la dilatada sensación de dominar toda la provincia y de poseer sobre ella una supremacía paternal, solamente por la soberana altura y por la antigüedad de su Torre, mayor que la de la provincia y la del reino. Caminó lentamente alrededor de las almenas, hasta el mirador, al que un quinqué de petróleo sobre una silla de paja, situada ante la saetera, le estropeaba su aspecto feudal. En el cielo sereno, aunque ligeramente neblinoso, lucían unas cuantas estrellas sin brillo. Abajo, la quinta, toda la anchura de los campos y la espesura de las arboledas se fundían en la oscuridad. Pero en la sombra y en el silencio, allá por el lado de los Bravais, centelleaban de vez en cuando cohetes lejanos. Una claridad amarillenta y humeante, moviéndose más lejos, lindando con la Finta, era seguramente algún grupo con antorchas festivas. En la alta iglesia de la Veleda brillaba con luz trémula una iluminación vaga y espaciada. Otras luces, confusas a través de la arboleda, dibujaban el perfil del viejo arco del monasterio, en Santa Maria de Craquede. Desde la tierra oscura subía, a veces, un errante son de tambores. Y fuegos, antorchas, apagados redobles: era la alegría de diez feligresías homenajeando cariñosamente al Hidalgo de la Torre, que recibía su cariño y su homenaje en la terraza de su torre, envuelto en silencio y sombra.

Bento bajó con Joaquim para avivar las lamparillas en las saeteras de los muros, en cuyo espesor languidecían. Y Gonçalo, solo, acabando el puro, volvió a comenzar lentamente su ronda alrededor de las almenas, perdido en un pensamiento que ya lo había agitado de modo extraño a lo largo de aquel sobresaltado domingo… ¡Era, pues, popular! En todas aquellas aldeas, que se extendían bajo la larga sombra de la Torre, ¡el Hidalgo de la Torre era popular! Y esa certeza no lo henchía de gozo ni de orgullo, sino que más bien, ahora, en aquella serenidad de la noche, ¡lo llenaba de confusión y de arrepentimiento! ¡Ah! ¡Si lo hubiera adivinado! ¡Si lo hubiera adivinado!… ¡Cómo habría caminado, con la cabeza bien alta, con los brazos bien estirados, solo, con risueña confianza hacia todas aquellas simpatías que lo habían estado esperando, tan seguras, tan entregadas! ¡Pero no! Él siempre se había considerado rodeado de la indiferencia de aquellas aldeas, donde él, a pesar de su antiquísimo apellido, era el típico muchacho que vuelve de Coimbra y vive silenciosamente de sus rentas, paseando en su yegua. A aquellas indiferencias tan naturales nunca imaginó que podría arrancarles un puñado de votos, el puñado de papelitos que necesitaba para entrar en la política, donde él conquistaría por su agudeza lo que los viejos Ramires recibían por herencia: fortuna y poder. Por eso se había agarrado tan ávidamente a la mano de Cavaleiro, a la mano del señor gobernador civil, para que su excelencia, el buen amigo, lo mostrase, lo impusiese como el hombre necesario, como el preferido por el gobierno, como el mejor de los mejores, a quien las feligresías debían ofrecer un domingo un puñado de votos.

Y con la impaciencia por obtener aquel favor había ahogado el recuerdo de los amargos agravios; ante toda Oliveira, asombrada, había abrazado al hombre por él detestado desde hacía tantos años, y al que él andaba ridiculizando y demoliendo en plazas y periódicos; había facilitado la resurrección de unos sentimientos que debieran haber permanecido enterrados para siempre, y había envuelto al ser que más quería, a su pobre y débil hermanita, en confusión y miseria moral… Torpezas y daños, ¿y para qué? Para atrapar un puñado de votos que diez feligresías le habrían llevado corriendo, gratuita y efusivamente, entre *vivas* y cohetes, si él se los hubiera pedido con sólo hacer una seña…

¡Ah! Ahí estaba… Había sido la inseguridad, aquella timorata falta de confianza en sí mismo que desde el colegio, a lo largo de los años, le había estado amargando la vida. Era la misma desgraciada desconfianza que hacía unas semanas, ante una sombra, un palo levantado o una risotada en una taberna, lo obligaba a escapar, a huir, temblando y maldiciendo su flaqueza. Por fin, un día, en la curva de un camino, avanza, levanta la fusta ¡y descubre su fuerza! Y ahora penetraba entre el pueblo, agarrado tímidamente a la mano poderosa porque se creía impopular, para terminar descubriendo que su popularidad era enorme. ¡Qué vida tan equivocada y cuánto la había mancillado por no saber!

Bento no aparecía, afanado todavía en iluminar dignamente las rejas de la Torre. Gonçalo tiró la colilla del puro y, con las manos en los bolsillos del gabán, se detuvo

junto al mirador y miró distraídamente las estrellas. La neblina se había ido disipando y casi había desaparecido, y luces más intensas palpitaban en el cielo más profundo. De las luces y del cielo bajaba aquella sensación de infinitud, de eternidad, que penetra, como una sorpresa, en las almas que no están acostumbradas a su contemplación. Por el alma de Gonçalo pasó, muy fugazmente, el terror a aquellas eternas inmensidades bajo las que se agita, tan vanidosa en su agitación, la rastrera, la sombría polvareda humana. A lo lejos, algún último cohete centelleaba aún, apagándose enseguida en la oscuridad serena. Las lucecitas de la capilla de la Veleda y del arco de Santa Maria de Craquede se iban apagando poco a poco. Todo el lejano rumor de las musiquillas se había extinguido en el profundo silencio de los campos dormidos. El día del triunfo acababa, breve como las luminarias y los cohetes. Y Gonçalo, parado junto al mirador, hacía consideraciones ahora sobre el valor de aquel triunfo que tanto había ansiado y por el que tanto había adulado. ¡Diputado! Diputado por Vila Clara, como Sanches Lucena. Y ante aquel resultado tan pequeño, tan trivial, todo su esfuerzo, tan desesperado y tan falto de escrúpulos, le parecía aún menos inmoral que ridículo. ¡Diputado! ¿Para qué? Para almorzar en el Bragança, ir en coche a su escaño en São Bento y, dentro del sucio convento, garabatear en la mesa oficial alguna carta para su sastre, bostezar con la futilidad de los hombres y de las ideas, y acompañar distraídamente, en silencio o balando, al rebaño de São Fulgêncio, por haber desertado del rebaño idéntico de Brás Vitorino. Sí, tal vez un día, con rastreras intrigas y servilismos a un jefe y a la señora del jefe, con promesas y risas en las redacciones y algún discurso berreado ardorosamente, lograse ser ministro. ¿Y entonces qué? Seguiría yendo igual en coche por la calzada del Congreso, con un correo de gabinete tras él en su penco blanco, y las tardes de firma, con su uniforme mal cortado, recibiendo las sonrisas aduladoras de los escribientes por los oscuros pasillos del Ministerio, y continuaría cayéndole encima el lodo de cada periódico de la oposición… ¡Ah! ¡Qué decepcionante y poco interesante vida, en comparación con otras plenas y soberbias, que tan magníficamente palpitaban bajo la trémula luz de aquellas mismas estrellas! Mientras él se encogía en su gabán, diputado por Vila Clara, y en el triunfo de aquella miseria, había Pensadores que completaban la explicación del universo, Artistas que realizaban obras de eterna belleza, Reformadores que perfeccionaban la armonía social, Santos que mejoraban santamente las almas, Fisiólogos que disminuían el viejo sufrimiento humano, Inventores que acrecentaban la riqueza de las razas, Aventureros magníficos que arrancaban a unos mundos de su silencio y esterilidad… ¡Ah! Ésos sí que eran los verdaderos hombres, los que vivían deliciosas plenitudes de vida, modelando con sus incansables manos formas de humanidad siempre más bellas o más justas. ¡Quién fuera como ellos, que son los sobrehumanos! ¿Y acciones tan supremas requerían el Genio, el don, que como la antigua llama, desciende de Dios sobre el elegido? ¡No! Tan sólo el claro entendimiento de las realidades humanas y luego una poderosa voluntad.

Y el Hidalgo de la Torre, inmóvil en la terraza de la Torre, entre el cielo todo estrellado y la tierra toda oscura, removió prolongadamente pensamientos de Vida superior, hasta que, extasiado y como si la energía de la secular estirpe que había pasado por la Torre refluyese a su corazón, imaginó la suya propia encaminada, al fin, hacia una acción vasta y fecunda, con la que disfrutaría soberbiamente el gozo de la verdadera vida, creando vida a su alrededor, añadiendo un nuevo lustre al viejo lustre de su apellido, dorándolo con riquezas puras, mientras su tierra entera lo bendijese porque todo él y a pleno esfuerzo estaría sirviéndola…

Bento surgió por la puertecita baja de la terraza, con el candil:

—¿Va a quedarse aún un poco más el señor doctor?

—No. La fiesta ha terminado, Bento.

A comienzos de diciembre, con el primer número de los *Anais*, apareció la *Torre de dom Ramires,* y todos los periódicos, incluso los de la oposición, elogiaron «aquel estudio magistral —como afirmó *A Tarde*— que, revelando a un erudito y a un artista, continuaba con un arte más moderno y colorido la obra de Herculano y de Rebelo, la reconstrucción moral y social del viejo Portugal heroico». Después de las fiestas de Nochebuena —que pasó alegremente en los Cunhais ayudando a Gracinha a cocinar pasteles de bacalao, siguiendo una receta sublime del padre José Vicente, de la Finta — los amigos de Oliveira y los muchachos del club y de la Arcada ofrecieron al diputado por Vila Clara, en el salón de actos del Ayuntamiento, adornado con boj y banderas, un banquete al que asistió Cavaleiro con su gran cruz y en el que el barón de las Marges —que presidía— alabó «al prestigioso joven que tal vez en breve, en los escaños del Poder, sacaría del marasmo a este brioso país, ¡con el poderío y la valentía que son propios a su nobilísima estirpe!».

A mediados de enero, en una desapacible noche de lluvia, Gonçalo marchó a Lisboa, donde durante todo el invierno figuró en los *Carnet-Mondain* y *High-Life* de los periódicos, en las noticias de banquetes, de *raouts,* de tiro al pichón y de las cacerías reales, tan observado en los detalles más simples de su elegancia que los Barrolo se suscribieron al *Diário Ilustrado* para saber cuándo paseaba por la Avenida. En Vila Clara, en el casino, João Gouveia ya se encogía de hombros, murmurando: «¡Se ha convertido en un dandi!». Pero, a finales de abril, una noticia alborotó de repente Vila Clara, asombró en la tranquila Oliveira a los muchachos del club y de la Arcada, trastornó tan inesperadamente a Gracinha —por entonces en Amarante con Barrolo— que aquella misma noche salieron precipitadamente hacia Lisboa, y en la Torre hizo desplomarse a Rosa sobre un banco de piedra de la cocina, deshecha en lágrimas, sin comprender, gimiendo:

—¡Ay, mi niño querido, mi niño querido, que ya no lo vuelvo a ver!

Gonçalo Mendes Ramires, silenciosa y casi misteriosamente, había logrado la concesión de un extenso terreno de Macheque, en el Zambeze, había hipotecado su

histórica quinta de Treixedo, y se había embarcado para África a principios de junio en el paquebote *Portugal*, acompañado por Bento.

CAPÍTULO XII

SOBRE la vieja Torre pasaron cuatro años rápidos y leves como el vuelo de un ave.

Una suave tarde de finales de septiembre, Gracinha, que el día anterior había llegado de Oliveira acompañada por el bueno del padre Soeiro, descansaba en la terraza del comedor tendida sobre el canapé de paja, aún con un gran delantal blanco que le cubría el vestido hasta el cuello, un viejo delantal de Bento. Todo el día lo había pasado con él puesto, por el caserón, ayudada por Rosa y por la hija de Crispola, agotándose, arreglando y limpiando con tanto gusto y fervor en el trabajo que ella misma había sacudido el polvo a todos los libros de la biblioteca, su tranquilo polvo de cuatro años. Barrolo también anduvo atareado dando opiniones sobre las obras de la cuadra, que la valiente yegua de la pelea de la Grainha compartiría en breve con una yegua inglesa de media sangre adquirida en Londres. También el padre Soeiro se movió celosamente por el archivo con un plumero. Y hasta Pereira, el de la Riosa, el buen rentero, se apresuraba desde la madrugada con dos mozos en la limpieza final de la huerta, ahora muy cuidada, ya con melones, con fresas, y dos nuevos senderos bordeados de rosales y techados por un enrejado que la espesa parra ya recubría.

En efecto, la Torre, entre la alborozada alegría de todos, engalanaba su vejez, porque el domingo, después de cuatro años en África, Gonçalo regresaba a ella.

Y Gracinha, tendida en el canapé con el viejo delantal blanco, sonreía pensativamente hacia la quinta silenciosa, hacia el cielo todo rojizo de Valverde, recordando aquellos cuatro años desde la mañana en que abrazó a Gonçalo, sofocada y trémula, en el camarote del *Portugal*… ¡Cuatro años! Pasados así, sin que nada hubiese cambiado en el mundo, en su reducido mundo de los Cunhais y la Torre, y la vida se había deslizado tan sin historia como se desliza un río lento en la soledad: Gonçalo en África, en la incierta África, enviando escasas cartas, aunque alegres y con un entusiasmo de fundador de imperio; ella en los Cunhais, con su marido, en una tan tranquila y rutinaria vida que suponían casi una agitación las comidas en las que se reunían con los Mendonça, los Marges o el coronel del siete y otros amigos, y, por la noche, se organizaban en el salón dos mesas de paño verde para el tresillo y el boston.

Y en aquel pacífico transcurrir de la vida se había ido calmando mansa, casi insensiblemente, la sombría tormenta de su corazón. Ni ella misma comprendía ahora cómo un sentimiento que, durante su ansiedad, ella pensaba que podía ser justificado, casi secretamente santificado porque le parecía el saber *único* y el desear *eterno*, se hundía así, de manera insensible, sin desgarramientos, dejándole tan sólo un leve arrepentimiento, alguna difusa nostalgia y también extrañeza y confusión, restos del fuego que tanto había ardido, formando ahora una fina ceniza… Las cosas habían ido

sucediendo como las ráfagas de viento en el campo, y ella había ido rodando, impulsada por la inercia como una hoja seca.

Poco después de la última Nochebuena pasada con Gonçalo, André, que aún los acompañó a la Misa del Gallo y cenó en los Cunhais, regresó a Lisboa para aquella «reforma» de la que se quejaba… En el silencio que entre los dos aumentó entonces, corría ya una frialdad de abandono… Y cuando André volvió a Oliveira, a su Gobierno Civil, ella salía hacia Amarante, donde la santa madre de Barrolo había enfermado, con una lenta dolencia de anemia y vejez que en mayo la llevó con el Señor.

En junio fue el emocionado embarque de Gonçalo para África, y en la cubierta del paquebote, entre el barullo y los equipajes, hubo un encuentro con André, que había llegado de Oliveira días antes y que contó muy divertidamente la boda de Mariquinhas Marges. Todo aquel verano, como Barrolo había decidido hacer obras considerables en el palacete del Largo d'El-Rei, lo pasaron en la quinta de la Murtosa, que ella escogió por su hermoso boscaje y sus altos muros conventuales. A aquella soledad atribuyó enseguida Barrolo su melancolía, su delgadez y aquel cansado meditar al que se abandonaba por los bancos musgosos de las arboledas con una novela olvidada en el regazo. Y para que se distrajese y se fortaleciese con baños de mar, en septiembre alquiló en la costa el vistoso chalet del comendador Barros. Pero ella no se bañaba ni aparecía por la playa a la fresca hora de las casetas, entre las señoras sentadas en sillitas bajas; y sólo por la tarde paseaba por el largo arenal, junto a las olas, acompañada por dos enormes galgos que le había regalado Manuel Duarte. Una mañana, durante el almuerzo, al abrir las *Novidades*, Barrolo dio un salto, con un grito de asombro. ¡Era la caída inesperada del Ministerio de São Fulgêncio! André Cavaleiro había presentado inmediatamente su dimisión por el telégrafo. Y también supieron en la costa por las *Novidades* que su excelencia había partido para un «largo y pintoresco viaje», el viaje a Costantinopla, a Asia Menor, que había anunciado comiendo en los Cunhais. Ella abrió un atlas y con el dedo caminó despacio desde Oliveira hasta Siria, sobre fronteras y montes; ya André le parecía desvanecido entre aquellos horizontes más luminosos; cerró el atlas, pensando simplemente: «¡Cómo cambian las personas!».

En noviembre regresaron a Oliveira, un sábado de lluvia, y ella sintió en el coche que toda la melancolía y la frialdad del cielo penetraban en su corazón. Pero el domingo despertó con un hermoso sol en los cristales. Estrenó un sombrero, para la misa de once en la catedral; luego, camino de casa de la tía Arminda, levantó los ojos hacia el caserón del Gobierno Civil; ahora vivía allí otro gobernador civil, don Santos Maldonado, un joven rubio que tocaba el piano.

La primavera siguiente, a Barrolo, ahora esclavizado por la pasión de las obras, se le ocurrió derribar el mirador para construir otro invernadero más amplio, con un surtidor entre palmeras que formaría «un jardín de invierno muy coqueto».

Los obreros comenzaron por desocupar el mirador del viejo mobiliario que lo

guarnecía desde los tiempos del tío Melchior. El enorme diván yació dos días en el jardín, arrimado a una cerca de boj, y Barrolo, molesto con aquel desusado trasto de muelles rotos, ni siquiera consintió que fuera a parar al desván y mandó que lo quemasen junto con otras sillas rotas, en la hoguera festiva del cumpleaños de Gracinha. Ella anduvo alrededor de la hoguera. Primero ardió la tela gastada, y después, más lentamente, la pesada caoba, desprendiendo un ligero humo, hasta que no quedó más que una brasa que se oscureció en ceniza.

Después, aquella misma semana, las Lousadas, más afiladas y más oscuras, invadieron una tarde los Cunhais, y apenas se sentaron, tiesas, en el sofá, le contaron inmediatamente, con una risa feroz en los ojillos penetrantes, el gran escándalo: ¡Cavaleiro! ¡En Lisboa! ¡Sin ningún recato! ¡Con la mujer del conde de São Romão, un hacendado de Cabo Verde!…

Aquella noche escribió ella a Gonçalo una carta muy larga que comenzaba: «Por aquí estamos todos bien y en la acostumbrada rutina…». Y, en efecto, la vida había vuelto a empezar con su rutina sencilla, continua y sin historia, como un río claro que corre en la soledad.

En la puerta acristalada de la terraza estaba esperando el hijo de Crispola, que se había quedado definitivamente en la Torre como recadero, pero que había crecido mucho y ya no cabía en su antigua chaqueta de botones dorados, por lo que usaba ahora las chaquetas viejas del señor doctor; y ya le apuntaba el bigotillo:

—Es que está ahí abajo don António Vilalobos con el señor Gouveia y otro señor, Videirinha, y preguntan si pueden hablar con la señora…

—¡El señor Vilalobos! ¡Sí! ¡Que suban y pasen aquí, a la terraza!

Al cruzar la sala, en la que dos estereros de Oliveira estaban clavando una estera nueva, ya retumbaba el vozarrón de Titó, al observar los «preparativos de fiesta…». Y cuando entró en la terraza, su cara, más barbuda y más tostada, resplandecía con la alegría de encontrar por fin la Torre despertando de aquella modorra, con la que todo allí dentro parecía tristemente apagado, hasta el brillo de las cacerolas.

—Te pido disculpas por este asalto, prima Graça. Pero pasábamos por aquí de vuelta de un paseo por los Bravais y nos enteramos de que la prima había venido con Barrolo…

—¡Oh! Me das una gran alegría, primo António. Soy yo la que pido disculpas por la pinta con la que los recibo, así despeinada, con este enorme delantal… Es que me he pasado todo el día de arreglos, preparando la casa… Y usted, Gouveia, ¿qué tal está? No lo veo desde Pascua.

El alcalde, que no había cambiado nada en aquellos cuatro años, moreno, seco, como tallado en madera, siempre estirado en su levita negra, solamente con el bigote un poco más amarillento del cigarro, correspondió agradecido a doña Graça… Lo había pasado menos mal desde la Pascua… A no ser por la condenada garganta…

—Y entonces, ¿cuándo llega nuestro gran hombre?, ¿cuando?, ¿cuándo?

—El domingo. Estamos todos muy contentos… ¿No se sienta, señor Videira?

Mire, acerque aquella silla de mimbre. La terraza todavía no está arreglada.

A Videirinha, inmediatamente después de la elección, le proporcionó Gonçalo el puesto que le había prometido, fácil y descansado, para que no olvidase el violón. Era escribiente en el Ayuntamiento de Vila Clara. Pero seguía conviviendo amistosamente con su jefe, que lo utilizaba para todo tipo de servicios, incluso de enfermero, y le daba órdenes siempre con seca autoridad, hasta cuando cenaban juntos en casa de Gago.

Tímidamente arrastró la silla de mimbre, que colocó, respetuoso, detrás de la de su jefe, y después de quitarse los guantes negros, que ahora llevaba siempre para realzar su posición, recordó que el tren llegaba al apeadero de Craquede a las diez cuarenta, si no traía retraso. Aunque tal vez el señor doctor se apease en Corinde, a causa del equipaje…

—Lo dudo —dijo Gracinha—. De todos modos, José tiene intención de salir de madrugada para recibirlo en la bifurcación de Lamelo.

—¡Nosotros no! —dijo Titó, que se había sentado en el borde de la terraza—. Nuestro grupo irá simplemente a Craquede, que es ya tierra de la familia y lugar más tranquilo para los *vivas.*.. Pero, entonces, ¿ese hombre no se ha detenido en Lisboa, prima Graça?

—Desde el domingo, primo António. Llegó el domingo de París, en el Sudexpreso. Y tuvo un recibimiento brillante… ¡Oh, muy brillante! Ayer recibí una carta de la prima Maria Mendonça, una larga carta en la que cuenta que…

—¿Cómo? ¿La prima Maria Mendonça está en Lisboa?

—Sí, desde finales de agosto, de visita en casa de doña Ana Lucena…

João Gouveia acercó vivamente la silla, acuciado por una enorme curiosidad:

—¡Es verdad, doña Graça! Parece que doña Ana Lucena se ha comprado una casa en Lisboa y anda con arreglos de mobiliario… ¿No ha oído usted nada, doña Graça?

No, Gracinha no lo sabía. Pero era natural, ahora que pasaba tanto tiempo en Lisboa, aprovechándose tan poco de la Feitosa, una quinta tan bonita…

—¡Entonces se casa! —exclamó Gouveia con gran convicción—. Si anda con arreglos de muebles, es que se casa. Es natural, quiere tener una posición. Además, ya lleva cuatro años de viuda y…

Gracinha sonrió. Pero Titó, que se rascaba despacio la barbilla, volvió a la carta de la prima Maria Mendonça que contaba la llegada.

—¡Sí! —intervino Gracinha—. Cuenta que estuvo en la estación del Rossio. Parece que Gonçalo viene magnífico, más fuerte… Mira, primo António, lee tú la carta. ¡Léela en voz alta! No tiene secretos. Es toda sobre Gonçalo…

Sacó del bolsillo un abultado sobre con un sello de armas en el lacre. Pero la prima Maria escribía siempre deprisa, con letra confusa, cruzando los renglones. Quizá el primo António no la entendiese… Y en efecto, ante las cuatro hojas de papel erizadas de negras líneas, que parecían una cerca espinosa, Titó retrocedió aterrado. Pero João Gouveia se ofreció inmediatamente con su pericia para descifrar oficios de

alcaldes… Si no había secretos…

—No, no hay secretos —afirmó Gracinha, riendo—. Trata únicamente sobre Gonçalo, como en un periódico.

El alcalde hojeó la extensa carta y se pasó los dedos por el bigote con cierta solemnidad:

Mi querida Graça:

La modista de Silva dice que el vestido…

—¡No! —interrumpió Gracinha—. Es en la otra página, arriba. Vuelva la hoja.

Pero el alcalde bromeó alborozadamente. ¡Oh! Estaba claro, siendo carta de señora, enseguida a hablar de trapos… Y eso que doña Graça aseguraba que era toda sobre Gonçalo. Ya verían cómo más adelante volvía a hablar de vestidos… ¡Ah! ¡Las señoras siempre con los trapos!… Luego reanudó la lectura en la otra página, con lentitud y seriedad:

… Estarás ahora deseosa de saber cómo fue la gran llegada del primo Gonçalo. Fue realmente brillante y parecía el recibimiento de alguien de la familia real. Estábamos más de treinta amigos. Naturalmente, se presentó allí toda nuestra parentela, y si de repente, aquella mañana, hubiese estallado una revolución, los republicanos habrían atrapado, allí reunida, en la estación del Rossio, a la flor y nata de la nobleza de Portugal, de la vieja, de la buena. De señoras, estaba la prima Chelas, la tía Louredo, las dos Esposendes —con el tío Esposende, que a pesar de su reuma y de ser época de vendimia, vino expresamente desde su quinta de Torres —, y yo. Hombres, todos. Y como estaba el conde de Arega, que es secretario del rey, y el primo Olhalvo, que es su mayordomo mayor, y el ministro de Marina y el de Obras Públicas, los dos condiscípulos e íntimos de Gonçalo, la gente que estaba en la estación debió de pensar que llegaba el rey. El Sudexpreso llegó con cuarenta minutos de retraso. De modo que aquello parecía un salón, con todas aquellas personas de la alta sociedad, tan alegres, y el primo Arega, siempre tan amable y simpático, y haciendo ya invitaciones para una comida —que después ofreció— al primo Gonçalo. Yo asistí a ella con mi vestido verde, nuevo, que me quedó bien…

Gouveia gritó, triunfante:

—¿Eh? ¿Qué había dicho yo? Ya está aquí el vestido. ¡Un vestido verde!

—¡Sigue leyendo, hombre! —rugió Titó.

Y el alcalde, realmente interesado, prosiguió con entonación:

… con mi vestido verde nuevo, excepto la falda, que es un poco pesadota. Creo que fui yo la primera que divisó al primo Gonçalo, en la plataforma del Sudexpreso. No te imaginas cómo viene… ¡Magnífico! Hasta más guapo y, sobre todo, más hombre. África no le ha tostado la piel lo más mínimo. Siempre su misma blancura. ¡Y con una elegancia, una exquisitez! ¡Buena prueba de cómo progresa la civilización en África! Decía el primo Arega que ¡aquel era el nuevo estilo de taparrabos en Macheque!… Como podrás figurarte, muchos abrazos, mucho besuqueo. La tía Louredo lloriqueó. ¡Ah, se me olvidaba! Estaba también el vizconde de Rio-Manso con su hija Rosinha. Muy linda la chiquilla, con un vestido de Redfern; causó sensación. Todos me preguntaban quién era, y el conde de Arega, claro, enseguida con muchas ganas de ser presentado. Rio-Manso también lloriqueó al abrazar al primo Gonçalo. Y salimos todos, en noble séquito, cruzando toda la estación, entre el asombro de la gente. Pero inmediatamente se produjo una escena. De repente, en medio de toda aquella flor y nata de blasones, el primo Gonçalo se separa del grupo y cae en los brazos de un hombrecillo con gorra galoneada que recogía los billetes. ¡Siempre el mismo Gonçalo! Parece ser que lo conoció al llegar a Lourenço Marques, donde el hombre trataba de establecerse como fotógrafo. Pero se me olvidaba lo mejor. ¡Bento! No te imaginas a Bento… ¡Magnífico! Se ha dejado crecer un poco las patillas. Un

modelo, vestido en Londres, con un abrigo de viaje de paño claro que le llegaba hasta los pies, guantes amarillos y una seriedad enorme. Le agradó verme en la estación y enseguida me preguntó, con los ojos húmedos, por la señora doña Graça y por Rosa. Por la noche, José y yo cenamos en familia con el primo Gonçalo, en el Bragança, para hablar de la Torre y de los Cunhais. Él nos contó muchas cosas interesantes de África. Trae notas para escribir un libro, y parece que la plantación prospera. En estos pocos años ha plantado dos mil cocoteros. Tiene también mucho cacao y mucho caucho. Y gallinas a millares. Bien es verdad que una gallina gorda en Macheque vale un pataco[32]. ¡Qué envidia! Aquí en Lisboa cuesta seis tostones, y no es más que huesos, porque si tiene también alguna carne en la pechuga, se te pone a diez, ¡y da gracias! En la posesión ya se ha construido una gran casa, cerca del río, con veinte ventanas y pintada de azul. Y el primo Gonçalo dice que ya no vende la plantación ni por ochenta mil escudos. Para que la dicha sea completa, hasta ha encontrado un excelente administrador. A pesar de todo, yo dudo todavía que vuelva a África. Por mi parte, tengo ahora una bonita idea para el futuro del primo Gonçalo. Quizá te rías. Y ni te lo imaginas…, porque, en efecto, ni yo misma tuve la inspiración hasta la noche que cenamos en el Bragança, que me vino de repente. Rio-Manso está también en el Bragança, y cuando bajábamos a cenar, a un reservado, encontramos en el pasillo al viejo con la pequeña. El hombre volvió a abrazar a Gonçalo con una ternura de padre. Y Rosinha se puso tan colorada que hasta Gonçalo, a pesar de estar excitado y distraído, lo notó y se sonrojó también un poco. Parece ser que existe ya entre ellos una antigua amistad con motivo de un cestillo de rosas, y que desde hace años el destino los está acercando disimuladamente. Ella, realmente, es una belleza. ¡Y tan simpática, tan bien educada!… La diferencia de edad es apenas de once años, y la dote tremenda. Se habla de quinientos mil escudos. Queda únicamente la cuestión de la sangre, y la de ella, la pobre… En fin, como se dice en heráldica: «El rey hace reina a la pastora». Y los Ramires no sólo descienden de reyes, sino que los reyes descienden de los Ramires. Y ahora, pasando a asuntos menos interesantes…

João Gouveia dobló la carta discretamente y se la entregó a Gracinha, alabando a doña Maria Mendonça en su calidad de reportera excelente. Luego, inclinándose:

—Y si sus predicciones se cumplen, señora…

¡Pero no! ¡Gracinha no lo creía! ¡Vamos! Fantasías de Maria Mendonça.

—El primo António la conoce bien y sabe lo casamentera que es…

—Pero si hasta a mí me ha querido casar —exclamó Titó, bajándose del borde de la terraza—. Figúrate, prima. ¡A mí! Con la viuda de Pinho, la de la pañería.

—¡Por Dios!

Pero Gouveia insistió, con superioridad, dando muestras de tener una visión verdaderamente positiva de la vida:

—Mire, doña Graça; créame, eso siempre sería mejor arreglo para Gonçalo que África… Yo no creo en esas plantaciones… Ni en África. Tengo horror a África. Sólo sirve para darnos disgustos. ¡Es buena para venderla, señora! África es como esos huertecillos en medio del monte que uno hereda de una tía vieja, en una tierra inculta, lejana, donde no se conoce a nadie y donde no se encuentra ni siquiera un estanco, habitada tan sólo por cabreros, y con calenturas todo el año. ¡Buena para venderla!

Gracinha enrollaba lentamente en los dedos la cinta del delantal:

—¡Cómo! ¿Vender lo que tanto nos ha costado ganar, con tantos esfuerzos en el mar y tanta pérdida de vidas y de hacienda?

El alcalde protestó enseguida, con ardor, dispuesto ya a la discusión:

—¿Qué esfuerzos, señora? Todo consistió en desembarcar en la playa, plantar unas cruces de madera, dar unos empujones a los negros… Esas glorias de África son embustes. Claro, usted habla como hidalga, nieta de hidalgos. Pero yo lo hago como economista. Y digo más…

Su dedo afilado amenazaba con afilados argumentos.

Titó intervino y salvó a Gracinha:

—¡Gouveia! Estamos haciendo perder tiempo a la prima Graça, que anda de preparativos de casa. Esas cuestiones de África son para después, con Gonçalo, en la sobremesa… Entonces, querida prima, hasta el domingo en Craquede. Allí aparecerá todo el grupo. ¡Y yo seré el que dispare los cohetes!

Pero Gouveia, alisando el bombín con la manga, aún esperaba convertir a doña Graça a las sanas ideas que él tenía sobre política colonial.

—¡Para venderla, señora, para venderla!

Ella sonrió, asintiendo ya; y estrechando la mano de Videirinha, que vacilaba, con los dedos estirados:

—¿Y qué, señor Videira, tiene versos nuevos para el *Fado*?

Sonrojándose, Videirinha balbució que «había compuesto una cosita, también en un fado, para el regreso del señor doctor». Gracinha le prometió aprendérsela para cantarla al piano.

—Muy agradecido, señora… A sus pies, señora…

—Entonces, hasta el domingo, primo António… Hace una tarde preciosa.

—Hasta el domingo en Craquede, prima.

Pero en la puerta acristalada João Gouveia se detuvo, más tieso aún, y se dio una palmada en la frente:

—¡Ya se me olvidaba! ¡Perdóneme, señora! He recibido una carta de André Cavaleiro, de Figueira da Foz. Manda muchos recuerdos para su marido y quiere saber si le podría enviar un poco de aquel vino verde de Vidainhos. Es también para un africanista, el conde de São Romão… ¡Parece ser que la señora condesa se vuelve loca por el vino verde!

Y los tres amigos, en fila, atravesaron el comedor, donde aún retumbó el vozarrón de Titó, elogiando la nueva estera de colores. En el corredor, Videirinha echó una mirada a la biblioteca, reparando en el manojo de plumas de pato, clavado en el viejo tintero de latón, esperando brillante y solitario sobre la mesa desnuda, sin papeles ni libros. Después apareció Rosa en la puerta del cuarto de Gonçalo, cargada de ropa, con una sonrisa en cada arruga de su cara redonda color ladrillo, que el gran pañuelo de lienzo, muy blanco, circundaba como un nimbo. Titó acarició con cariño el hombro de la buena cocinera:

—Bueno, tía Rosa; ahora empezarán otra vez esas grandes comilonas, ¿eh?

—¡Alabado sea Dios, don António! Que creí que no volvería a ver nunca más a mi querido señor. Aunque ya lo había decidido… Si hubieran enterrado mi cuerpo aquí en Santa Ireneia, antes de haber visto al niño, puede estar seguro de que mi alma habría ido a África para hacerle una visita.

Sus ojillos pestañearon lagrimeando de gusto, y siguió por el corredor, tiesa y decidida con su montón de ropa que olía a manzana camuesa. Gouveia murmuró, con una mueca: «¡Andando!». Y los tres amigos bajaron al patio, donde, por curiosidad

de Titó, visitaron las obras de la cuadra.

—¡Vea usted! —exclamó él, dirigiéndose a Gouveia, que encendía el puro—. ¡Y usted negándolo!… Mobiliario, obras, yegua inglesa… Todo ya del dinero de África.

El alcalde se encogió de hombros:

—Ya veremos después cómo trae el hígado…

Ante el portón, Titó aún se detuvo para coger en el rosal de siempre una rosita para adornar el ojal de su chaqueta de veludillo. Y justamente en aquel momento entró el padre Soeiro, que regresaba de dar un paseo por los Bravais, con su gran quitasol y su breviario. Todos acogieron con cariño al santo y docto viejo, tan poco asiduo últimamente de la Torre.

—Entonces, ¡el domingo tenemos aquí a nuestro hombre, padre Soeiro!

El capellán aplastó sobre el pecho su mano gruesa, con respeto y gratitud…

—Dios todavía ha querido concederme, en mi vejez, ese gran favor… Y casi no lo esperaba. Tierras muy duras, y él tan delicado…

Y para hablar de Gonçalo, de la espera en Craquede, acompañó a aquellos señores hasta el puente de la Portela. João Gouveia cojeaba, atormentado por unas infames botas nuevas que había estrenado aquella mañana. Y descansaron un momento en el hermoso banco de piedra que había mandado colocar el padre de Gonçalo cuando fue gobernador civil de Oliveira. Era aquel el agradable lugar desde donde se divisaba Vila Clara, tan limpia, siempre tan blanca, toda rosada a aquella hora, desde el inmenso Convento de Santa Teresa hasta el muro nuevo del cementerio, en lo alto, con sus finos cipreses.

Al otro lado de los cerros de Valverde, lejos, ya en la costa, el sol se ponía, rojo como un metal candente que se va enfriando, entre las nubes, incendiando aún de oro centelleante las ventanas de la villa.

Al fondo del valle un resplandor nimbaba las altas ruinas de Santa Maria de Craquede, entre su espesa arboleda. Bajo el arco del puente, el río corría crecido, sin un rumor, ya dormido a la sombra de los altos chopos, donde los pájaros todavía cantaban. Y en el recodo del camino, por encima de los álamos que ocultan el caserón, la vieja Torre, más vieja que la villa, que las minas del monasterio y que todos los caseríos esparcidos por los alrededores, erguía su estrecho mirador envuelto en el oscuro vuelo de los murciélagos, vigilando en silencio la llanura y el sol sobre el mar, como cada tarde durante aquellos mil años, desde los días del conde Ordonho Mendes.

Un chiquillo con una vara larga pasó por allí conduciendo dos vacas lentas. Del lado de la villa, el padre José Vicente de la Finta trotó en su yegua blanca y saludó al alcalde y al amigo Soeiro, bendiciendo también la llegada del Hidalgo, para quien ya había preparado una hermosa cesta de su uva moscatel. Tres cazadores con una reala de podencos cruzaron el camino, bajando por el portillo hacia la calleja que bordea el caserío de Miranda.

Un silencio aún claro, de inmenso sosiego, tan dulce como si bajase del cielo,

cubría la poblada anchura de los campos, donde no se movía ni una hoja, en la suave transparencia del aire de septiembre. Las columnas de humo de los hogares ya encendidos se escapaban lentas y leves por entre las tejas ralas. En la fragua de João, el herrero, frente a la Portela, el resplandor de la forja se avivó, haciéndose más rojo. Un rataplán de tambor resonó festivamente por el lado de los Bravais, creció apresurado, marchando; luego se alejó lentamente por algún cerro, se apagó, sumido enseguida en las arboledas o en lo profundo del valle.

João Gouveia, que se había recostado en una esquina del ancho asiento de piedra con su bombín sobre las rodillas, señaló hacia el lado de los Bravais:

—Estoy recordando aquel pasaje de la novela de Gonçalo en el que los Ramires se disponen a socorrer a las infantas y están reuniendo su mesnada. Ocurre a estas horas de la tarde, con tambores y por estos lugares… «En el frescor del valle…». ¡No! «Por el valle de Craquede…». ¡Tampoco! Esperen ustedes, que tengo buena memoria… ¡Ah! «Y por todo el fresco valle hasta Santa Maria de Craquede, los tambores moriscos, mitigados en la arboleda, ¡tantarantán!, ¡tantarantán!, o más vivos en los cerros, ¡rantamplán!, ¡rantamplán!, convocaban a la mesnada de los Ramires en la dulzura de la tarde…»[33]. ¡Es bonito!

Por encima de la espalda de Titó que, inclinado hacia delante, pensativo, rayaba con el bastón el polvo del camino, Videirinha dirigió hacia él su cara amplia, con una sonrisa cortés:

—¡Señor alcalde, fíjese que tal vez sea aún más hermoso cuando los Ramires se lanzan a perseguir al Bastardo! Para mí tiene más poesía. Cuando el viejo hace aquel juramento con la espada y luego en la Torre, muy despacio, las campanas empiezan a tocar a difuntos… ¡Es para quitarse el sombrero!

Al borde del asiento, apretado contra Titó para que el señor alcalde se arrellanase cómodamente, el padre Soeiro, con las manos en el puño de su quitasol, asintió:

—¡Es cierto! Son unos lances interesantes… ¡Cierto! En esa novela hay una rica imaginación, muy rica; y hay conocimiento y veracidad.

Titó, que después del *Simão de Nântua*, de su infancia, no había vuelto a abrir las hojas de un libro, y no conocía la *Torre de dom Ramires*, murmuró, trazando una raya más ancha en el polvo:

—¡Es extraordinario este Gonçalo!

Videirinha no borraba su extasiada sonrisa:

—Tiene mucho talento… ¡Ah! El señor doctor tiene mucho talento.

—¡Tiene mucha raza! —exclamó Titó levantando la cabeza—. Y eso es lo que lo salva de sus defectos… Yo soy amigo de Gonçalo, y de los verdaderos. Pero no lo escondo, ni se lo oculto a él… Sobre todo a él. Es muy liviano, muy incoherente… Pero tiene la raza que lo salva.

—¡Y la bondad, señor António Vilalobos! —atajó con dulzura el padre Soeiro—. La bondad, sobre todo cuando es como la de Gonçalo, también salva… Mire, a veces puede haber un hombre muy serio, muy casto, muy austero, un Catón que no ha

hecho otra cosa sino cumplir con el deber y la ley… Y sin embargo, nadie lo quiere, nadie lo busca. ¿Por qué? Porque nunca dio, nunca perdonó, nunca acarició, nunca sirvió. Y a su lado otro liviano, descuidado, con defectos, con culpas, que hasta se olvida del cumplimiento del deber y que incluso ofende la ley… ¿Y qué? Es amable, generoso, abnegado, servicial, siempre con una palabra dulce, con un gesto cariñoso… Y por eso todos lo quieren, y no sé, Dios me perdone, si incluso el mismo Dios no lo preferirá también…

La pequeña mano que señaló hacia el cielo volvió a caer sobre el puño de hueso del quitasol. Luego, sonrojándose por la temeridad de aquel pensamiento tan espiritual, añadió cautelosamente:

—¡Ésta no es propiamente la doctrina de la Iglesia!… Pero está en las almas; está ya en muchas almas.

Entonces João Gouveia abandonó el reposo del banco de piedra y, tieso en la carretera, con el bombín de lado, abrochándose de nuevo la levita, como siempre que formulaba un resumen:

—Pues yo he estudiado mucho a nuestro amigo Gonçalo Mendes. Y ¿saben ustedes, sabe usted, padre Soeiro, a quién me recuerda?

—¿A quién?

—Tal vez se rían. Pero yo sostengo la semejanza. Ese todo de Gonçalo, la franqueza, la dulzura, la bondad, la inmensa bondad que ha señalado el padre Soeiro… Las llamaradas y entusiasmos que enseguida acaban en humo, a la vez que la mucha persistencia, mucha tenacidad cuando se aferra a una idea… La generosidad, la despreocupación, la constante confusión en los negocios, los sentimientos muy honrosos, unos escrúpulos casi pueriles… ¿no es así?… La imaginación que lo lleva siempre a exagerar hasta la mentira, y, al mismo tiempo, un espíritu práctico, atento siempre a la realidad útil. La vivacidad, la capacidad para comprender, para captar… La constante esperanza en algún milagro, en el viejo milagro de Ourique, capaz de allanar todas las dificultades… La vanidad, el gusto por emperifollarse, por lucirse, y una sencillez tan grande que es capaz de dar la mano a un mendigo en la calle… Un fondo de melancolía, a pesar de ser tan parlanchín, tan sociable. La terrible falta de confianza en sí mismo, que lo hace acobardarse, amilanarse, hasta que un día se decide y surge el héroe que lo arrasa todo… Hasta esa antigüedad de su estirpe, aquí unida a su vieja Torre, hace mil años… Incluso recientemente aquel arranque de marcharse a África… Así, todo entero, con lo bueno y con lo malo, ¿saben ustedes a quién me recuerda?

—¿A quién?

—A Portugal.

Los tres amigos emprendieron de nuevo el camino a Vila Clara. En el cielo claro una estrellita brillaba trémula sobre Santa Maria de Craquede. El padre Soeiro, con su quitasol bajo el brazo, regresó a la Torre tranquilamente, en el silencio y en la dulzura de la tarde, rezando sus avemarías y pidiendo la paz de Dios para Gonçalo, para todos

los hombres, para los campos y los caseríos adormecidos, y para la hermosa tierra de Portugal, tan llena de amorosa gracia, que fuese siempre bendita entre todas las tierras.

NOTAS

[1] Soledad Ortega (ed.), *Cartas a Galdós*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pág. 213. <<

[2] Alude a ello por ejemplo Elena Losada en varios de sus trabajos, entre ellos *La recepción crítica en España de la obra de Eça de Queirós,* Universidad de Barcelona, 1986, y en uno de los artículos publicados en el centenario de la muerte de Eça: «Cien años sin Eça de Queirós», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* 606, 2000, pág. 13. También José Luis Gavilanes Laso habla de los tradicionales encuentros y desencuentros hispano-lusos de raíz política que traspasan lo lingüístico y lo cultural. *Vid.* VV. AA., *Historia de la literatura portuguesa*, Madrid, Cátedra, 2000, págs. 11-43. Entre los intelectuales portugueses unionistas del siglo XIX cabe destacar, por su estrecha vinculación con Eça, a Antera de Quental y a Oliveira Martins, partidarios de la fusión ibérica (si bien de un modo circunstancial y pasajero por razones de empatía socialista). En los escritos de Eça, en cambio, late el temor de Portugal por una posible invasión española; este tema le inspiró en 1878 la creación de una novela de historia-ficción, titulada *La batalla de Caia,* que Eça decidió finalmente no publicar: fue disuadido de ello por Ramalho Ortigão y otros amigos que ejercieron la función de censores previos conminándole a no desatar un escándalo político que habría sido inconveniente para él en su condición de cónsul (*La balsa de piedra* de Saramago también constituiría un caso de historia-ficción). El tema de la invasión española se relega a una tertulia de *Los Maia* y es presentado entonces por el personaje de Eça como drástica vía para solventar los problemas de Portugal. En *La ilustre casa de Ramires* Eça y su hermana recuerdan que de niños jugaban a defender su torre del sitio español, y la adscripción de la nacionalidad española a la figura de la meretriz está presente en distintos momentos, por ejemplo, en *Los Maia* o en *La capital.* Alexander Coleman extiende el desinterés hacia lo portugués allende las fronteras de la península. *Vid. Eça de Queirós and European Realism,* New York University Press, 1980, pág. 1. <<

[3] Ernesto Guerra da Cal, en su clásico y monumental estudio sobre el estilo de Eça, escribe: «Casi desde su aparición, la obra de Eça conquista la atención de los lectores españoles. Desde 1884, fecha de publicación de sus primeras traducciones en España, su popularidad ha tenido una línea ininterrumpida. No es esto un caso frecuente con relación a escritores portugueses. España y Portugal, culturas hermanas, complementarias, físicamente incrustadas una en la otra, en el aislamiento peninsular, han vivido —por razones que sería largo explicar— en una mutua ignorancia, de espaldas. Eça de Queirós ha pasado a ser […] el verdadero "officier de liaison" entre ambas literaturas, sirviendo asimismo de lazo con Hispanoamérica. En 1909 están ya traducidas todas sus novelas…» (*Lengua y estilo de Eça de Queirós*, Coimbra, Faculdade de Letras, 1954, tomo I, págs. 2-3). También incide Guerra da Cal en la entusiasta acogida de Eça en Brasil. <<

[4] En esta misma colección de Cátedra, «Letras Universales», ha sido publicada en 1990 una edición a cargo de Pilar Vázquez Cuesta de la novelita queirosiana *El mandarín*, cuya introducción realiza un recorrido pormenorizado por la vida y la época de Eça y su trayectoria creativa en el contexto de la Generación del 70. El lector español que quiera conocer más datos del novelista dispone de un libro escrito en nuestro idioma, *Eça de Queirós: testigo y crítico de la sociedad portuguesa*, Madrid, Collado Mediano, 1996, de M.ª Alicia Langa Laorga, que se centra en cuestiones biográficas en su primera parte. Entre las muchas fuentes portuguesas es aún inexcusable la vasta *Vida e obra de Eça de Queirós* de João Gaspar Simões (Lisboa, Livraria Bertrand, 1973). <<

[5] A partir de la Convenção Ortográfica Luso-Brasileira de 1945 se ha estandarizado Queirós en lugar de Queiroz (*vid.* Alexander Coleman, *op. cit.*), por lo que en adelante me serviré de esta grafía siempre que no cite títulos o textos literales donde figure la segunda. <<

[6] Otras poblaciones cercanas a Oporto (Aveiro, Ovar y Vila do Conde) disputaron este honor a Póvoa de Varzim. *Vid.*, por ejemplo, Vianna Moog, *Eça de Queirós e o século XIX*, Porto Alegre, Edição da Livraria do Globo, 1939, págs. 11 y ss.; y Viriato Barbosa, «Eça de Queirós, pòveiro», en *Eça de Queiroz «In Memoriam»*, a cargo de Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Coimbra, Atlântida, págs. 36-40. Pero se ha hecho célebre la frase con la que en 1880 Eça se define como «um pobre homem da Póvoa de Varzim» en una carta abierta a Pinheiro Chagas. <<

[7] *Vid.* nota 29. <<

[8] Es un adelantado al menos respecto al caso español. Apunta Carlos Reis: «[…] el desarrollo propiamente dicho del naturalismo español es relativamente tardío, si se compara con el del portugués. Así, en España la difusión del naturalismo le debe mucho a la gran repercusión que alcanzó la publicación de *L'Assommoir* de Zola, en 1877; en cambio, en Portugal, desde 1871 Eça había lanzado ya (claro está que a partir de los modelos franceses) la necesidad del Naturalismo y de la novela como su instrumento ideológico. Y las grandes obras queirosianas concebidas bajo el signo de la lección naturalista, están compuestas hasta finales de esa década: la tercera (y definitiva) versión de *O Crime do Padre Amaro* se concluye en 1879 y aparece en 1880, ya entonces poniendo en evidencia discretos síntomas de una dinámica superación del Naturalismo» (Carlos Reis, «Eça de Queirós y Clarín o la novela como discurso ideológico», en *Sin fronteras. Ensayos de Literatura Comparada en homenaje a Claudio Guillén*, Madrid, Universidad Pompeu Fabra, Universidad de Santiago de Compostela y editorial Castalia, 1999, pág. 148). <<

[9] *Vid.* Carlos Reis, art. cit., pág. 145. <<

[10] Eça desarrolla incluso un *modus vivendi* romántico en cierto período de su vida, cuando participaba en Lisboa en francachelas más o menos bohemias con el conde de Resende, Almeida Garren (descendiente del poeta) o Manuel José Teixeira, y que Gómez de la Serna ha parangonado con la Partida del Trueno madrileña formada por Ventura de la Vega, Bretón, Espronceda y compañía. *Vid.* Julio Gómez de la Serna, «Su vida», edición de las *Obras completas* de Eça, Madrid, Aguilar, 1948, tomo I, pág. XLIX. <<

[11] *Vid.* Ernesto Guerra da Cal, *op. cit.*, pág. 144, y M.ª Alicia Langa Laorga, *op. cit.*, pág. 49. <<

[12] *Vid*. Ernesto Guerra da Cal, *op. cit.*, pág. 89. <<

[13] *Vid*. Vázquez Cuesta, edición, 1990, pág. 75. <<

[14] Apelo nuevamente al ejemplo de Galdós. No es una casualidad que con la experiencia los ánimos se templen y los fervores vehementes de la exaltación del joven escritor dejen paso a una visión más ecuánime de la vida; en el terreno formal también el naturalismo simbólico se infiltra en el realismo en algunas obras *de senectute* de Galdós, como lo hizo en *El mandarín. El caballero encantado* (1912) presenta a otro aristócrata de rancio abolengo, el conde Carlos de Tarsis, metamorfoseado en rústico por la Madre (personificación de España). No existen, que yo sepa, trabajos comparativos entre *La ilustre casa…* y esta novela regeneracionista galdosiana, pero se advierten concomitancias en la preocupación por el destino nacional (Tarsis es exponente puro de la raza española como Gonçalo de la portuguesa) y en un cierto talante optimista que contrasta con los ácidos presupuestos de ambos autores en sus primeras obras; los mundos de *La desheredada* y de *El primo Basílio* eran mundos sin héroes. El contexto histórico está marcado tanto en *La ilustre casa…* como en *El caballero…* por la huella de un acontecimiento humillante que se torna catalizador del espíritu patrio: el Ultimátum de Inglaterra a Portugal en el 90 y la pérdida de Cuba que sufre España en el 98. <<

[15] Daré entre paréntesis el año de la primera edición o del comienzo de las entregas en su caso, y a título meramente orientador, pues el orden de publicación no se corresponde con el orden que siguió el autor en la escritura. Algunos textos queirosianos cumplen la máxima de Horacio que aconseja a los manuscritos dormir nueve años, y además muchas de sus obras conocieron diferentes versiones. En 1877 ideó un ambicioso proyecto sobre una serie de novelas que se agruparían bajo el título de «Cenas da Vida Real»; libros como *Los Maia* y quizá la propia *Ilustre casa…* tuvieron su origen en el seno de dicho proyecto, que sin embargo no llegó a materializarse. *Vid.* Elena Losada, «Introdução» a su edición de *A ilustre casa de Ramires*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1999, pág. 15; y João Gaspar Simões, *op. cit.*, pág. 415. <<

[16] Recojo los datos sobre los problemas textuales de la novela de Elena Losada, edición citada, 1999, y de Carmela Magnata Nuzzi, *Análise comparativa de duas versões de «A ilustre casa de Ramires» de Eça de Queirós,* Oporto, Lello, 1979. <<

[17] Como ha demostrado Carlos Alberto Pasero, es compleja la datación de los hechos del relato primero: «La situación partidaria se corresponde con el período entre 1851 y 1868 pero la mención de la cuestión de Mozambique, por ejemplo, traslada la época hacia el final del siglo XIX. Al problema de la referencialidad histórica se le agrega cierta incongruencia cronológica interna de la historia narrada» («Historia y discurso regenerador en *A Ilustre Casa de Ramires* de Eça de Queirós», Comunicación presentada en el *Congreso Internacional Fin(es) de Siglo y Modernismo,* Universidad de Buenos Aires, 1996, pág. 537). <<

[18] La construcción bimembre de la narración y la forma en que sus dos partes se engarzan ha sido, evidentemente, uno de los factores que más ha interesado a la crítica de *La ilustre casa…* *Vid.* especialmente los trabajos clásicos de Francisco José dos Santos Werneck, *As ideias de Eça de Queirós,* Río de Janeiro, Agir, 1946, págs. 85-102; António Cirurgião, «A estrutura de *A Ilustre Casa de Ramires*», en *Ocidente,* LXXVII, núm. 377, septiembre, 1969; Carlos Reis, «Níveis narrativos: *A Ilustre Casa de Ramires*», en *Estatuto e perspectivas do narrador na ficção de Eça de Queirós,* Coimbra, Almedina, 1981; y María Helena Nery Garcez, «A ficção da História e a História da ficção em *A Ilustre Casa de Ramires*», en *Queirosiana. Estudos sobre Eça de Queirós e sua Geração,* 3, 1992. En oposición al dictamen de la mayoría de los autores, Unamuno critica la yuxtaposición de dos tiempos distintos por juzgarla artificiosa («El sarcasmo ibérico de Eça de Queirós», en *Eça de Queiroz «In Memoriam»,* a cargo de Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Coimbra, Atlântida, 1947, pág. 387); y tampoco a António José Saraiva pareció convencerle. Tal vez cabría reprochar que el discurso dedicado a la historia medieval es demasiado extenso y obliga a largos parones en la historia matriz, pero su inserción es tan proporcionada, y tan oportuna para establecer un diálogo con el nivel presente, que la estructura se justifica de pleno. <<

[19] *Vid.* Daniel-Henri Pageaux, «*A Ilustre Casa de Ramires:* da "mise en abîme" a busca do sentido», en *Eça e Os Maias,* Oporto, Asa, 1990. <<

[20] Sobre este añejo mecanismo del arte y la literatura, *vid.* Lucien Dällenbach, *El relato especular*, Madrid, Visor, 1991. La *mise en abîme* se halla presente por ejemplo en el cuadro *El matrimonio Arnolfini* de Van Eyck o en el episodio de las brujas en el drama shakespeariano de *Macbeth,* y ha gozado de amplio predicamento en la narración moderna y singularmente en el *nouveau roman.* <<

[21] Mieke Bal, *Teoría de la narrativa*, Madrid, Cátedra, 1985, pág. 149. <<

[22] *Ibídem*, pág. 151. <<

[23] «No que à elaboração sintáctica diz respeito, importa frisar, antes de mais, que a enunciação da "Torre de D. Ramires" não ocorre de uma única vez; com efeito, essa enunciação depende da disposição particular do narrador Gonçalo (cansaço, falta de inspiração, etc.) e tem que ver com a necessidade de conseguir uma certa verosimilhança, já que seria pouco crível que a narrativa metadiegética fosse produzida por meio de uma instância de narração isolada e sem pausas.

»Mas a fragmentação da metadiegese assume maior importância por outra razão; é que assim produzem-se conexões sintácticas (entre a história principal e a secundária) de dois tipos: de *encaixe* porque, como se sabe já, a "Torre de D. Ramires" encontra-se imbutida no corpo do romance *A Ilustre Casa de Ramires;* de *alternância,* na medida em que a narrativa metadiegética é enunciada como que em momentos de pausa da diegese primeira», dice Carlos Reis («Níveis narrativos…», pág. 267). <<

[24] *Madame Bovary* se había publicado en 1856, doce años antes que *El primo Basílio*. La obra de Gustave Flaubert se considera pionera de la novela de adulterio femenino que prolifera en la segunda mitad del XIX y que comentaré más adelante. Recordemos que en *La Regenta* (1884), otra de las obras que componen la serie, el marido engañado don Víctor Quintanar es gran amante de las comedias calderonianas y se declara partidario (teórico) de lavar con sangre las manchas de honor. Pero cuando le toca a él vivir en la práctica tal situación, se inclina a perdonar, y hubiese perdonado a despecho de Calderón de no precipitar el personaje de don Fermín los acontecimientos en una dirección distinta. <<

[25] También aparecen escritores en roles secundarios, por ejemplo Carlos Alcoforado en *El crimen del padre Amaro* o Tomás de Alencar en *Los Maia*. *Vid.* Carlos Reis, «Escrita literaria e posterioridade cultural. Sobre a edição crítica das obras de Eça de Queirós», en *Estudos queirosianos. Ensaios sobre Eça de Queirós e a sua obra*, Lisboa, Presença, 1999. <<

[26] Encabeza la serie la nota siguiente: «A hora muy avanzada, recibimos ayer un manuscrito singular. Es una carta sin firma, remitida por correo a nuestra redacción, con el comienzo de un relato estupendo, que descubre un horrible crimen, envuelto en una sombra de misterio y rodeado de circunstancias realmente extraordinarias, que parecen haber sido creadas para aguzar la curiosidad y confundir el espíritu en millares de vagas y contradictorias conjeturas. El interés que ese relato despierta, la forma literaria que lo reviste y el crimen que parece revelar nos obligan a no resumirlo y a darlo íntegro a nuestros lectores. *No podemos, sin embargo, insertarlo sin suprimir el folletín, lo cual haremos en nuestra plana del domingo próximo*», tomo la cita de la edición de Julio Gómez de la Serna, 1948, tomo I, pág. 3 (la cursiva es mía). <<

[27] Eça también escribió con Ramalho las *Farpas. Vid.,* para el caso concreto de *El misterio de la carretera…*, Ofélia Paiva Monteiro, «Um jogo humorístico com a verosimilhança romanesca: *O Mistério da Estrada de Sintra*», en *Colóquio/Letras*, 97/98, 1987. Las reflexiones sobre el estatuto ficcional de la literatura destacan entre las más pujantes de la teoría literaria de nuestros días. *Vid.*, a guisa de selección representativa entre los libros accesibles al público español, los de Félix Martínez Bonati, *La ficción literaria (su lógica y ontología)*, Universidad de Murcia, 1992; Tomás Albaladejo Mayordomo, *Semántica de la narración: la ficción realista*, Madrid, Taurus, 1992; Darío Villanueva, *Teorías del realismo literario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992; José María Pozuelo Yvancos, *Poética de la ficción*, Madrid, Síntesis, 1993, y António Garrido Domínguez (comp.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco/Libros, 1997. En esta antología de Garrido pueden consultarse, traducidos a nuestro idioma, los interesantes artículos de Lubomir Doležel, «Mímesis y mundos posibles», en, págs. 69-94, o de Benjamin Harshaw, «Ficcionalidad y campos de referencia», en págs. 123-157.

El estudio de la ficción literaria se ha polarizado a menudo sobre el género referencial por excelencia, el narrativo, y han surgido polémicas particularmente acerca de la autobiografía. Mientras algunos autores la consideran siempre ficcional (es la postura defendida por los deconstruccionistas Derrida o De Man), otros le niegan este rango (*vid.* por ejemplo Philippe Lejeune, «El pacto autobiográfico», en Ángel Loureiro [ed.], *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Suplementos de *Anthropos*, 29, Barcelona, 1991, págs. 47-61). <<

[28] «Eça de Queirós y el aprendizaje de la escritura de ficción», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 2000, 606, pág. 24. <<

[29] Señala Carlos Reis que «podría afirmarse que el joven Eça cultiva, en esta época de iniciación, un estilo (literario y paraliterario) que debe entenderse no sólo como subversión sino también como factor de disolución de la autoría. Incluyo aquí la obra periodística, en concreto la de la etapa de *O Distrito de Évora*, cuando Eça laboriosamente redacta y edita un periódico de provincia, trabajo de encargo que lo obliga a dispersarse en múltiples tareas y hasta a una especie de experiencia de alteridad: la "Correspondencia do Reino" —en realidad escrita por Eça— aparece como colaboración enviada desde Lisboa por otro, un tal A. Z., que llega a esbozar un discurso dialogado con el redactor principal del periódico, es decir, con el propio Eça» (*ibídem*, pág. 24). Joel Serrão, también citado por Reis en su artículo, ha tratado el asunto en *O Primeiro Fradique Mendes*, Lisboa, Livros Horizonte, 1985. *Vid.* asimismo Carlos Alberto Pasero, «Los intelectuales Eça de Queirós y Fadrique Mendes», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 606, 2000. La redacción de colaboraciones apócrifas en *O Distrito de Évora*, como la publicación de un hecho inexistente en un periódico serio y de gran tirada, *Diário de Noticias*, que se presta a la «falacia informativa», presentan un problema más enjundioso aún que el de la mistificación del propio Fradique Mendes, puesto que entramos en otro medio, el periodismo, que desde el punto de vista pragmático puede no incluir la convención de la *epojé* o pacto ficcional en la misma medida en que lo hace la literatura, por más que comparta con ésta el material de la palabra escrita y muchos procedimientos formales, retóricos y estilísticos. Para las relaciones entre ambos terrenos, *vid.*, por ejemplo, Annelis van Noortwijk y Anke van Haarstrecht (comps.), *Periodismo y literatura*, Amsterdam, Rodopi, 1997. Si bien la concepción de «periódico» del XIX es distinta de la nuestra (la exigencia de *verdad* de los diarios procede sobre todo de los *muckrakers* americanos que comenzaron a denunciar la falsedad de las informaciones sobre la Primera Guerra Mundial), podría discutirse la legitimidad del uso de la ficción en artículos o reportajes periodísticos, y concretamente la de publicar —en el espacio del folletín— un folletín camuflado de noticia. Entre los literatos-periodistas que se han servido de estrategias similares, ya en el XX, figura García Márquez, inveterado prestidigitador de la realidad. *Vid.* Carolina Molina, *Reportaje periodístico y novela contemporánea: G. García Márquez*, Cáceres, Universidad de Extremadura, tesis doctoral inédita, 2004. <<

[30] El decadentismo, término impreciso como tantos otros manejados por los historiadores de las artes, ha sido usado principalmente en Italia y se ha vinculado a movimientos específicos de finales de siglo como el simbolismo francés y el modernismo hispano. No por azar Valle-Inclán es uno de los escritores españoles más influidos por Eça de Queirós, cuya preocupación por la textura formal de la prosa tiene mucho de modernista, y no sólo en su última etapa. <<

[31] «Para a edicão crítica das obras de Eça de Queirós», en *Estudos queirosianos. Ensaios sobre Eça de Queirós e a sua obra*, Lisboa, Presenta, 1999, pág. 191. <<

[32] Es ya clásica y ha sido muy comentada (y rebatida) la discriminación del profesor Wayne C. Booth (*Retórica de la ficción*, Barcelona, Bosch, 1974) entre *autor real o empírico*, la persona que ha escrito un texto dado; *autor implícito* o conjunto de ideas emanadas de dicho texto, no siempre o no necesariamente coincidentes con las del primero; y *narrador* o agente gramatical de la enunciación, tarea que puede corresponder o no a un personaje de la acción. Precisamente Eça nos ofrece un ejemplo meridiano de narrador ingenuo, «no fidedigno» en expresión de Booth, y no coincidente con el autor implícito, en el cándido cronista de *El conde Abranhos*. El juicio que le merece al secretario su amo el conde es evidentemente mucho más benévolo que el que la obra en conjunto quiere transmitir: el retrato de un hombre sin escrúpulos que encubre con sofismas sus villanías. Hay no sólo desequilibrio, sino irónico contraste, entre el narrador y el autor implícito. Acaso el Teodorico Raposo de *La reliquia* sí pueda considerarse narrador fidedigno, pero por su carácter cínico es difícil asimilarlo al autor implícito, del mismo modo que es difícil la identificación o empatía con el receptor. La también novela portuguesa *Don Casmurro*, del brasileño Machado de Assis, constituye otro ejemplo de narrador homodiegético no fidedigno (en esta oportunidad, a causa de sus maniáticos celos, que le nublan el discernimiento). <<

[33] *Vid.* António José Saraiva, *As ideias de Eça de Queirós*, Amadora, Bertrand, 1982. <<

[34] *Vid.* Darío Villanueva, *op. cit.*, págs. 146-147. <<

[35] En la figura de Madame Lobrinska, que decide destruir sin darlos a la luz algunos escritos de Fradique, pueden latir recuerdos de largas relaciones epistolares que algunos escritores mantuvieron en la vida real con sus confidentes femeninas: la de Balzac con la condesa Hanska, la de Flaubert con Louise Colet, la de Amiel con Philine Mercier o con Fanny, que fue quien publicó su obra (póstumamente), en 1883. <<

[36] En terminología de Benjamin Harshaw (art. cit.), los primeros pertenecen al Campo de Referencia Externo; los segundos a un Campo de Referencia Interno creado por el propio texto: el también llamado por Albaladejo Mayordomo Modelo de Mundo Tipo II. *Vid. op. cit.* <<

[37] Itamar Even-Zohar, «Les regles d’insertion des “réalèmes” dans la narration», en *Littérature*, 57, 1985, págs. 109-118. <<

[38] La polémica sobre los «plagios» de Eça se abrió muy pronto; comenzó tras la publicación de *El crimen del padre Amaro. Vid.* Claudio Basto, *Foi Eça de Queirós um plagiador?*, Oporto, Marânus, 1924, y Alexander Coleman, *op. cit.* Críticos diversos han visto débitos entre *El crimen…* y *El pecado del padre Mouret* y *La conquista de Plassans*, de Zola; *Los Maia* e *Ilusiones perdidas* de Balzac; *El mandarín* y *Las tribulaciones de un chino en China*, de Verne, o *La tentación de San Antonio* y *Salammbô* de Flaubert, *La novela de la momia* de Gautier o *Memorias de Judas* de R. della Gattina; *La reliquia* se asocia a *La vida de Jesús* de Renan, y las *Farpas* están inspiradas en las *Guêpes* (‘avispas’) de Karr según declaración del propio Eça. Sobre el posible perfil autobiográfico de Gonçalo se empezó a pronunciar también enseguida la crítica queirosiana: Álvaro Lins, *História literária de Eça de Queirós*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1939, págs. 103-104. António Cirurgião, argumentadamente, rechaza esta obsesión de hallar equivalencias entre Eça y Gonçalo. <<

[39] *Vid.*, sobre las metáforas náuticas asociadas a la literatura, Ernst R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, FCE, 1999, págs. 189-193. «Los poetas romanos suelen comparar la composición de una obra con un viaje marítimo. Hacer poesía es "desplegar las velas" […], y al final de la obra se recogen las velas» (pág. 189). Curtius cita a Virgilio, Plinio y Dante entre otros cultivadores del tópico. <<

[40] «É interesante observar a irônica oposção que existe entre a atitude do personagem-escritor e a do autor implícito do texto. Opondo-se à refinada ironia e ao artísitico jogo do autor, a personagem exibe o seu pragmatismo, a ironia retórica com que usa a sua arma, a pena, que afinal tem a mesma função da espada dos antigos Ramires. Distanciam-se assim o escritor e seu duplo, no romance, pois Gonçalo é a encarnação do escrevente, de que fala Barthes: para ele a escritura é uma atividade transitiva; a palavra é um meio para atingir seus objetivos de "recuperar" (na verdade e seu desejo é de superar) o poder de seus antepassados. A personagem afirma que sua escrita pretende-se como uma missão que deverá restaurar em Portugal o romance histórico; se o instrumento de poder de seus ancestrais era a espada, o seu é a pena com a qual se "edificam reinos"» (Lélia Parreira Duarte, «A lúdica complexidade de *A ilustre casa de Ramires*, de Eça de Queirós», en M. Hummel y C. Ossenkop [eds.], *Lusitanica et Románica*, XXVIII, 1998, pág. 350). <<

[41] *Vid.* Ernst R. Curtius, *op. cit.*, págs. 256-258. <<

[42] La más conocida de las revistas portuguesas, junto con *Revista Universal Lisbonense* e *Ilustração*, que a partir de 1839 publican en folletín novelas históricas de autores como Herculano u Oliveira Marreca. <<

[43] Hoy llamaríamos a este proceso intertextual. No hay plagio *sensu stricto* puesto que cambia incluso el modo del discurso (de poesía a prosa), pero se trata, desde luego, de una intertextualidad camuflada, pues Gonçalo se encarga de tener bien escondido en el cajón *El Bardo*, la revista donde publicó su poema el tío Duarte. Lélia Parreira Duarte habla de la multiplicación irónica de narradores: «Reduplicam-se em *A ilustre casa de Ramires* os narradores e os tecelões de palavras: lembrem-se o narrador primeiro do romance, o tio Duarte com seu tão oportuno poema, o Videirinha com suas trovas, o padre Soeiro com suas histórias, e aínda as Lousadas e a prima Maria Mendonça com suas cartas em que se fazem intrigas que deveriam provocar acções. E para completar o trabalho desses tecelões de textos, *A ilustre casa de Ramires* apresenta uma serie de leitores intradiegéticos, com suas leituras entusiasmadas, sendo o protagonista da narrativa o principal exemplo. Gonçalo lê, durante a acção do romance, todos esses mencionados textos escritos e é também um bon ouvinte: tem mais prazer em ouvir contar ou comentar a sua vitória sobre o valentão das Narcejas que com o fato em si» (art. cit., págs. 349-350). <<

[44] Algunos autores han tratado recientemente el parentesco de *La ilustre casa…* con la novela cervantina, por ejemplo Francisco Crosas, «Leyendo *A ilustre casa de Ramires* a la luz del *Quijote*», en *Unum et diversum. Estudios en honor de Ángel Raimundo Fernández González*, Pamplona, Eunsa, 1998. Entre los novelistas lusos más entroncados con Cervantes suele citarse también principalmente a Camilo Castelo Branco; *vid.* M.ª Fernanda de Abreu, *Cervantes no Romantismo Portugués. Cavaleiros andantes, manuscritos encontrados e gargalhadas moralíssimas*, Lisboa, Estampa, 1994. <<

[45] Escribe en 1879 el texto luego titulado «Idealismo e Realismo», que fue publicado póstumamente en 1929 por el hijo del autor, José Maria. «Idealismo e Realismo (a propósito de la segunda edición de *O crime do Padre Amaro*)», en *Cartas inéditas de Fradique Mendes e mais páginas esquecidas*, Oporto, Lello e Irmão, 1965. *Vid.* António Salgado, *História das Conferências do Casino*, Lisboa, Cooperativa Militar, 1930; Carlos Reis, *As Conferencias do Casino*, Lisboa, Alfa, 1990. <<

[46] El «problema Portugal» parece una constante en las letras portuguesas también en el XX; piénsese por ejemplo en *Mensaje* de Pessoa y en *Lusitania* de Almeida Faria. Isabel Soler compara la torre de Santa Ireneia «con otros espacios cerrados y simbólicos: la equivalente Torre da Barbela de Rubén A. —en la que por la noche se encuentran todas las generaciones de Barbelas de la historia de Portugal—, la laguna de la Gafeira en *El Delfín* de José Cardoso Pires o el sacrificio humano que supone la construcción del convento de Maria en el célebre *Memorial* saramaguiano» («La fuerza y la idea: la punzada queirosiana», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* 606, 2000, pág. 48). <<

[47] *Vid.* por ejemplo Carlos Alberto Pasero, «Historia y discurso regenerador…», pág. 541. En la correspondencia de Eça comprobamos cómo en 1886 el novelista mantiene relaciones epistolares con el conde de Ficalho y Luís de Magalhães, que por entonces estaban escribiendo, respectivamente, *Garcia da Orta* y *Dom Sebastião* (*Correspondencia*, traducción de Guillermo Cabanellas, Buenos Aires, Atalaya, 1945, pág. 90). Dice António Cirurgião: «Pela época em que Eça escreve *A ilustre casa de Ramires*, Oliveira Martins evoca as figuras gloriosas e místicas do Portugal das Guerras da Independencia e das aventuras africanas; Guerra Junqueiro compõe idilios campestres e canta moleirinhas sonhadoras, lenhadores bucólicos e pastores centenários; Ramalho Ortigão descreve o Portugal folclórico e artístico; Alberto de Oliveira expõe em *Palavras loucas* os principios doutrinários do neogarrettismo, em que viriam a ser tão férteis, entre outros, Júlio Dantas, Afonso Lopes Vieira e Correia de Oliveira; e Eugénio de Castro, à maneira de um certo Rubén Darío e de Leconte de Lisie, fala-nos de figuras lendárias, mitológicas ou vagamente históricas e de danças etéreas de Salomé […]» (art. cit., pág. 139). <<

[48] Parece ser que *La torre de don Ramires* ha llegado a publicarse como obra autónoma en 1943. Tomo el dato de Francisco Crosas, art. cit., pág. 174. <<

[49] *Vid*. nota 2. <<

[50] *A Construido da Narrativa Queirosiana. O espólio de Eça de Queirós,* Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1989, págs. 87-89. Leemos en Álvaro Lins que «Eça emprega dois tipos de linguagem: uma moderna, para Gonçalo Ramires e os fatos contemporâneos; outra arcaica, para a crónica dos antigos Ramires que o Fidalgo da Torre vai escrevendo na sua novela. E aqui que se verificam as máximas variações da linguagem eciana como uma consequência do objeto em realização artística» (*op. cit.*, pág. 266). <<

[51] *Op. cit.*, págs. 6-7. <<

[52] Es evidente la simetría con el mito artúrico, aunque éste sea mucho más vetusto y esté aún más enraizado en la leyenda, pues se apoya en un sustrato de elementos reales bastante feble y desvaído. También hay un Ramires que se levanta de su tumba, en Craquede, para acudir a la batalla de las Navas de Tolosa y, como el Cid, lucha después de morir. <<

[53] *Eça de Queirós: testigo y crítico…*, págs. 54-55. <<

[54] Barcelona, Planeta, 1989, pág. XXI. <<

[55] *Vid*. en la propia Elena Losada, *ibídem*. <<

[56] Art. cit., págs. 149-150. <<

[57] *Ibídem*, pág. 150. <<

[58] Terminología de Gérard Genette, *Figuras III*, Barcelona, Lumen, 1989, y *Nuevo discurso del relato*, Madrid, Cátedra, 1998. <<

[59] Art. cit., pág. 52. <<

[60] «Níveis…». <<

[61] En efecto, y como la narratología ha sistematizado, existen varias perspectivas (o aspectos, o puntos de vista, o focalizaciones) que puede adoptar el discurso de una relación. Los estadounidenses Norman Friedman («The Point of View in Fiction», en *PMLA*, XX, 1955, págs. 1160-1184) y Percy Lubbok (*The Craft of Fiction*, Nueva York, Viking Press, 1957) están entre los primeros teóricos que se ocupan de la cuestión, y es muy conocido el interés que esta categoría despertó en Henry James y Ortega y Gasset (remito a mi trabajo *Del estilo a la estructura en la novela de Fernán Caballero*, Sevilla, Excma. Diputación, 2001, págs. 35-64, donde recapitulo las distintas aportaciones a la materia y allego bibliografía). Una de las clasificaciones más escuetas y aclaratorias procede del estructuralismo francés, que dirime entre «visión por detrás», «visión con» y «visión desde fuera» o conductista, según nomenclatura de Pouillon (*Tiempo y novela*, Buenos Aires, Paidós, 1970); en el primer caso el narrador sabe más que los personajes, en el segundo se restringe a la perspectiva de un solo personaje y en el tercero se encuentra limitado a una percepción objetiva y sabe menos por tanto que cualquiera de los personajes (*vid.* Tzvetan Todorov, «Las categorías del relato literario», en Roland Barthes [comp.], *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970, págs. 155-192); Genette denomina a estos fenómenos, respectivamente, focalización cero, focalización interna y focalización externa. <<

[62] Seymour Chatman, *Historia y discurso. La estructura narrativa en la novela y el cine*, Madrid, Taurus, 1990, pág. 163. *Vid.* también Boris Uspensky, *A Poetics of Composition*, University of California Press, 1973. <<

[63] Carlos Reis, «Níveis…» pág. 252. <<

[64] «E as simetrias e os contrastes entre a acção da novela histórica e a acção do romance naturalista sucedem-se constantemente. Mas isso não é tudo. As próprias acções do romance naturalista estão encadeadas umas nas outras com uma lógica perfeita» (António Cirurgião, art. cit., pág. 160). <<

[65] *Ibídem,* pág. 168. <<

[66] Sobre la comunión del noble con su casa solariega remito a mi trabajo en prensa *La tematología comparatista en la literatura y el cine. El aristócrata en su decadencia*, Madrid, Pliegos. En él reviso invariantes que conforman este motivo constatables, además de en *La ilustre casa de Ramires*, en «La caída de la Casa Usher» (1839) de Edgar Allan Poe, *José* (1885) de Armando Palacio Valdés, *El abuelo* (1897) de Galdós, *Los Buddenbrook* (1901) de Thomas Mann, *La marcha Radetzky* (1932) de Joseph Roth, *Bearn o la sala de las muñecas* (1956) de Lorenzo Villalonga, *El gatopardo* (1958) de Lampedusa y *Los restos del día* (1989) de Kazuo Ishiguro. <<

[67] Esta última novela, por poner un caso, empieza en Lisboa, donde el narrador presenta al matrimonio formado por Jorge y Luísa, a su criada Juliana y a sus amigos. En el capítulo inicial Eça bucea en la biografía primero del marido y luego de la mujer, exponiendo las circunstancias que llevaron a Luísa a casarse con el ingeniero. El capítulo II, aprovechando la excusa de la tertulia, cuenta las andanzas del caricaturesco consejero Acácio (famosísima creación queirosiana, erigida en símbolo —*vid.* Vianna Moog, *op. cit.*, pág. 26 y ss.— aunque de papel muy ancilar en la obra) y de algún otro de los presentes. En el capítulo III el relator informa sobre la infancia y juventud de Juliana en un ejercicio asaz naturalista que justifica la etopeya de esta repulsiva figura. Y ya puestas las cartas boca arriba puede comenzar la acción, el fragmento de vida de que se ocupa *El primo Basílio.* <<

[68] «Níveis…», págs. 268-269. <<

[69] Por otra parte, el cabello rubio de Baião, trazo que en efecto lo confronta a André Cavaleiro, asimila en cambio al hidalgo godo con el otro oponente de Gonçalo, el matón de rubias patillas Ernesto de Nacejas. En la caracterización física de este mozo, guapo y provocativo, han visto algunos críticos la encarnación de la raza inglesa; la paliza que se gana Ernesto, en consecuencia, podría interpretarse como un desquite literario, el modo en que Eça castiga con su pluma a los autores del Ultimátum. *Vid.* João Medina, «Gonçalo Mendes Ramires, personagem hamlético», en *Colóquio-Letras*, 14, 1973, pág. 30, o Elena Losada, edición, 1999, pág. 33. <<

[70] Es evidente el valor simbólico que Eça quiere conferir a la designación de esta figura, como muestran sus vacilaciones antes de bautizarle. Pensó en un principio en Luís, nombre que aparece en el fragmento conservado de *A Arte* y algunas veces en la *Revista Moderna* (*vid.* Américo Oliveira Santos, «De Carnide a Corinde: comutação e transvocalização na genese d'*A Ilustre Casa de Ramires*», en *Eça e Os Maias, Actas do I Encontro Internacional de Queirosianos*, Oporto, Edições Asa, 1990, y Elena Losada, edición de 1999, pág. 52), y luego lo cambió por André quizá en atención al significado etimológico de este último (del griego «hombre»), que pudiese sumar connotaciones de virilidad a su galán. Respecto al apellido Cavaleiro, que tan bien sirve a Gonçalo para sus burlas, se asocia asimismo al hermoso caballo con que André se pavonea ante la casa de Graça, y que puede recordar los alardes ecuestres del don Álvaro de *La Regenta* en análogas situaciones. Atiéndase además a la intención burlona del patronímico de Barrolo y de su apodo *Bobo*, o al nombre de Rosinha para la jovencísima beldad local, «el capullito de rosa» la heredera más rica de toda la provincia. En la *Revista Moderna* se había mencionado en su lugar a una tal Luizinha Pinto (Carmela Magnata Nuzzi, *op. cit.*, pág. 365). <<

[71] *Vid*. nota 43. <<

[72] Ya en el capítulo primero se había mencionado la asistencia de Gonçalo a la familia de la desgraciada viuda Crispola, motivo que reaparecerá en otros momentos de la novela, por ejemplo en el introito del capítulo IX. <<

[73] Así y todo, aún parece que Eça en la versión definitiva redujo la nómina original de personajes y optó en cambio por amplificar la presencia de los que conservaba. Se suprimen por ejemplo las alusiones a ciertos parientes lisboetas. *Vid.* Carmela Magnata Nuzzi, *op. cit.*, págs. 366-367. Son más raros los casos en que se abrevia el espacio consagrado a una figura, *v. gr.*, el hecho de que omita la prehistoria de Sanches Lucena y Rio-Manso, fenómeno que se explica en aras de la depuración de exponentes naturalistas (Elena Losada, edición de 1999, pág. 41). <<

[74] La bastardía, obviamente, es factor que choca con la pureza de la sangre representada por los Ramires. En cuanto a Cavaleiro, existe por ejemplo una meridiana contraposición entre su casa y la legendaria Torre de Santa Ireneia. Gonçalo visita al gobernador cuando reanuda sus relaciones con él, y con este motivo el capítulo VI se abre con una descripción nada inocente de la quinta: construida en el siglo XVIII mientras que la Torre se alza en su solar desde hace mil años, el lugar es clara prolongación de su rico y pragmático dueño por sus propiedades de grandeza, feracidad y ostentación sin gusto: «La casa de Cavaleiro en Corinde era una construcción de finales del siglo XVIII, sin elegancia y sin arte, pintada de amarillo, lisa y amplia, con catorce ventanas en la fachada, casi en el centro de una quinta llana, toda de tierras cultivadas». <<

[75] Aquí se convoca el secular motivo del enamoramiento que surge entre miembros de familias enemigas y el del romance contrariado por el padre de la dama (tópico éste que cimentaba, sin ir más lejos, la celebérrima novela romántica portuguesa *Amor de perdición* [1861], de Camilo Castelo Branco). Doña Violante encarna, por otro lado, a una nueva Helena de Troya por cuya causa mueren hombres y combaten mesnadas. <<

[76] Elena Losada ha señalado que Gonçalo come más en la versión del libro que en la de la *Revista Moderna* (edición, 1999, págs. 33 y 46). El delgadísimo Eça, que comía muy poco a causa de su enfermedad intestinal, «traslada a sus personajes los placeres de la gula. Describe la comida con todo lujo de detalles» (Elena Losada, edición, 1989, pág. XXIXn). Recuérdese que los *Vencidos da Vida* eran, a más de otras cosas, una peña gastronómica. <<

[77] El sibarita Eça, como buen setentista, era aficionado a la decoración y a las artes suntuarias. *Vid. El mandarín*, ed. de Pilar Vázquez Cuesta, Madrid, Cátedra, 1990, pág. 33. <<

[78] Al margen de la secuencia del baile de *La Regenta*, el cierre del capítulo XXVI de dicha novela se construye sobre una circunstancia irónica de jaez muy semejante a la del ejemplo queirosiano alegado. Tras presenciar la procesión en que Ana desfiló descalza, el atribulado don Víctor expresa a su amigo Mesía el deseo de ver a su mujer en brazos de un amante antes que fanatizada:

«—[…] ¡búsquenle un amante; sedúzcanmela […]!

[…] —Puede contar con mi firme amistad, don Víctor; para las ocasiones son los hombres…», le responde don Álvaro. Y no hay que decir hasta qué punto cumplirá su palabra y se encargará personalmente de encontrar amante para Ana (Clarín, *La Regenta*, edición de Juan Oleza, Madrid, Cátedra, 2000, pág. 437). <<

[79] Analizo este fragmento de *El crimen del padre Amaro* en mi artículo «Elipsis no temporal: tipología en las literaturas europea y americana», en *Homenaje a la Profesora Carmen Pérez Romero*, Cáceres, Facultad de Filosofía y Letras, págs. 233-248. <<

[80] Del mismo modo los amores sacrílegos del canónigo y la madre de Amélia son sorprendidos por Amaro, y a su vez los encuentros de Amaro y Amélia en la casa del campanero tendrán un testigo auditivo, la paralítica y casi animalizada Totó, que será quien desvele su secreto. Recuerda algo a la también paralítica, pero esta vez muda, señora Raquin, obligada a presenciar los diálogos de su nuera y el amante de ésta, asesinos de su hijo, en *Thérèse Raquin* de Zola (1867). <<

[81] *El crimen del padre Amaro*, traducción de Luis Domínguez, Madrid, Edaf, 1991, pág. 138. Nótese aquí que uno de los «momentos generacionales» para la Generación del 70 es precisamente la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Camões en 1880. <<

[82] En su juicio sobre *El primo Basílio*, a mi parecer injustificado en algunos puntos, Machado de Assis se detiene en las típicas conclusiones queirosianas: «Uno de los pasajes que mayor impresión causaron en *El crimen del padre Amaro* fue la palabra, de calculado cinismo, dicha por el héroe. El héroe de *El primo Basílio* remata el libro con un dicho análogo; y si en la primera novela ello es característico y nuevo, en la segunda ya es rebuscado, tiene un aire de *cliché;* cansa» (Joaquim Machado de Assis, «*El primo Basílio*», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* 606, 2000, pág. 65). Independientemente de que los finales de Eça pequen de didácticos y exagerados, creo que el efecto debiera medirse ante todo en el contexto de la obra autónoma antes que en el cotejo con otras. Como es sabido Eça replicó en el texto conocido bajo el nombre de «Idealismo y realismo» (*vid.* nota 45) a las acusaciones de Machado, aunque éstas no cayeron en saco roto, y de hecho el autor luso atemperó mucho los vicios del Naturalismo extremoso en la última versión de *El crimen…* y en sus novelas posteriores. *Vid.* Carlos Reis, «Eça de Queirós y Clarín…». <<

[83] Boris Tomachevski (*Teoría de la literatura,* Madrid, Akal, 1982) definió los *motivos,* dentro de la coordenada de la «motivación compositiva», como las unidades temáticas mínimas. Distingue motivos *libres*, que pueden suprimirse sin que ello afecte a la sucesión causal de acontecimientos, y motivos *asociados*, que se enlazan con los otros y que no podrían ser extraídos sin repercusiones en el orden argumental. Los motivos también se dividen en estáticos o dinámicos según alteren o no la *situación* (relaciones que los personajes mantienen entre sí en un momento dado) mediante la *peripecia* (cambio de situación). Elisabeth Frenzel realiza una discriminación conceptual muy semejante con otra terminología, y habla del *motivo,* que ha de «mover», frente al *rasgo.* Por supuesto, la diferencia radica en la función que cumplan estos elementos, en su dependencia de otros, y no en la naturaleza, contenido ni forma de presentación del elemento mismo. Por ello su estatuto sólo puede colegirse en el contexto del relato completo. El estructuralismo galo, por su parte, aduce las categorías de funciones, informes, catálisis e índices. Roland Barthes, «Introducción al análisis estructural del relato», en *Análisis estructural del relato, op. cit.*, págs. 9-46. <<

[84] «Ecos de París», en *Obras completas*, edición citada, pág. 530. <<

[85] Cleonice Berardinelli firma un artículo donde compara las distintas circunstancias, actitudes y fases por las que atraviesan los protagonistas de las principales novelas queirosianas (*El crimen…*, *El primo…*, *Los Maia* y *La ilustre casa*…): ambiente, responsabilidad, falta cometida, solución buscada. «Para uma analisi estrutural da obra de Eça de Queirós», en *Colóquio-Letras*, 2, 1971. <<

[86] Como José Ortega y Gasset; *vid.* «Ideas sobre la novela», en Germán y Agnes Gullón (coords.), *Teoría de la novela (aproximaciones hispánicas),* Madrid, Taurus, 1974, págs. 29-64. <<

[87] Personaje hamlético lo llama João Medina, y lo es en más de un sentido: por su naturaleza dubitativa y por su contacto ultraterrenal con espíritus paternos. También se ha visto una paridad entre la relación Eça/Torre y la relación Hamlet/Elsinore (Alexander Coleman, *op. cit.*, pág. 267). <<

[88] Así lo sintetizará expresamente Eça, al término de la novela, en el parlamento del alcalde: «La imaginación que lo lleva siempre a exagerar hasta la mentira, y, al mismo tiempo, un espíritu práctico, atento siempre a la realidad útil. […] La vanidad, el gusto por emperifollarse, por lucirse […]». <<

[89] A Gaspar Simões, sin embargo, parece no convencerle el trazado del personaje de Gonçalo, al que califica de títere en algún momento, *op. cit.*, pág. 620. <<

[90] *Vid. Aspectos de la novela,* Madrid, Debate, 1983. Aunque la distinción de Forster entre personajes redondos y planos resultó sin duda enriquecedora, ha habido una tendencia a abusar de estos términos de forma simplista, sobre todo porque en muchas ocasiones se identifica automáticamente personaje redondo con personaje bien construido y la denominación de plano sirve para definir a las figuras estereotipadas. Pero los entes ficticios, como los reales a cuya imagen y semejanza se forjan, unas veces son susceptibles de cambiar y otras no, y lo que verdaderamente importa en la elaboración novelesca es justificar la pertinencia de tales cambios cuando los hubiere. <<

[91] Maria Helena Nery Garcez, art. cit., pág. 44. <<

[92] *Vid*. Guerra da Cal, *op. cit.*, pág. 307. <<

[93] Dice M.ª del Carmen Bobes Naves: «Hay […] una diferencia notable entre la mirada semántica del expresionismo, que se limita a señalar reiteradamente los mismos rasgos, dos o tres, que se consideran esenciales para definir al personaje, y la mirada semántica del realismo que acumula rasgos con afán informativo más que definidor […] [el expresionismo utiliza] pocos rasgos pero esenciales; pocos rasgos pero intensos; pocos rasgos y deformadores», «El teatro expresionista de Valle-Inclán», en *Estudios de semiología del teatro,* Valladolid, Acuña, págs. 89-109; cito págs. 92 y 97. Recuérdese también al sujeto pálido de la perilla larga que se cruza varias veces con Luísa en *El primo Basílio.* Destaca tal hecho Cristina Naupert, y lo asocia a otros *leitmotiven* de esta índole en la principal fuente de inspiración de Eça, *Madame Bovary,* y en obras posteriores como *Ana Karenina. Vid. La tematología comparatista entre teoría y práctica. La novela de adulterio en la segunda mitad del siglo XIX*, Madrid, Arco/Libros, 2001, pág. 240. <<

[94] *Vid.* Alicia Langa Laorga, *op. cit.*, pág. 210. Según esta autora, la misoginia de Eça puede relacionarse con la ideología de su maestro Proudhon. Alicia Langa, «Proudhon y su concepción tradicional del papel de la mujer», en (Cristina Sánchez *et al*, *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, Madrid, UNAM, vol. II, págs. 247-256; *vid.* págs. 254-255. <<

[95] No siempre, por supuesto; ahí está esa impresionante figura novelesca que es Juliana, la criada célibe de *El primo Basílio,* más bien determinada por la Ilustración o ausencia de tales relaciones, o la propia Maria Mendonça en *La ilustre casa…,* cuya intervención es muy autónoma respecto a la de su marido. <<

[96] El erotismo de Eça entronca con el naturalismo en su variante más descarnada, y con el modernismo en cuanto sensualidad que fermenta en la naturaleza y se cuela por los sentidos (aromas, comidas y colores) traspasándolo todo. *La ilustre casa…*, una de sus novelas más impresionistas, se encuadra mejor en la segunda vertiente. *Vid.* Ernesto Guerra da Cal, *op. cit.*, págs. 42-43. <<

[97] Incluso la idílica *La ciudad y las sierras* se abre con anécdotas de la vida licenciosa parisina. En *La ilustre casa de Ramires* si acaso podría rastrearse la crítica al travestismo de un cargo político, o apuntes a ciertas inclinaciones mujeriegas en Titó. <<

[98] Desde los modernos prismas de la crítica feminista y de la visión de la mujer transmitida a través de la literatura, el juicio de Tití revela la doble moral aplicada a los dos sexos: António Vilalobos, quien es considerado íntegro, recto y sincero (al menos en tal estimación le tiene Gonçalo), conceptúa a Ana inmoral e indigna de casarse con un hombre honrado porque ha cometido adulterio, cuando el adulterio lo ha cometido precisamente con *él*, según apuntan todos los indicios, así que los cargos que pueda achacarle a ella tendría que achacárselos a sí mismo en igual grado. <<

[99] Apenas lo hay en ninguna otra novela de su autor, hecho que desde una perspectiva biográfica parece curioso: la unión matrimonial de Eça, al menos hasta donde puede saberse, fue dichosa. Su mujer era guapa, refinada, rica, joven (bastantes años menor que el escritor) y pertenecía a la alta aristocracia lusa. Le dio cuatro hijos. Emília Resende parece, en definitiva, la materialización de los sueños de un feo solterón de cuarenta años. Pero el novelista enamorado nunca escribió una novela de amor, pese a la abundancia y heterogeneidad de sus materiales. Este categórico destierro de un motivo tan ponderado en la creación de ficciones (al punto de que se han considerado a veces incompletas las que no lo contienen, aunque sea secundariamente) resulta más comprensible en la etapa naturalista, pero como vemos se mantiene hasta el final. <<

[100] Cristina Naupert (*op. cit.*) ha comparado dichos motivos en un corpus que incluye, aparte de las novelas citadas, *Cécile* de Theodor Fontane y *El despertar* de Kate Chopin. Aquí conviene aplicar la metodología denominada «corte transversal o sincrónico», pues nos hallamos ante una temática de época o, en terminología de Braudel, de *moyennes durées*, frente a la temática eterna, largas duraciones o *longues durées.* <<

[101] Michel Arrivé, «Para una teoría de los textos poli-isotópicos», en D. Navarro (ed.), *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto*, La Habana, Casa de las Américas/Embajada de Francia en Cuba, 1997, págs. 75-86. Para una prolija taxonomía de los fenómenos de intertextualidad, *vid.* José Enrique Martínez Fernández, *La intertextualidad literaria*, Madrid, Cátedra, 2001. <<

[102] Utilizo la conocida distinción de A. J. Greimas, deudora de los trabajos de Propp y Souriau, entre actor (individual) y actante (función asumida por un actor). Un solo personaje puede realizar el papel de más de un actante en secuencias diversas (ser al mismo tiempo Sujeto, Objeto, Destinatario, etcétera), y de igual modo, un actante (Ayudante, pongamos por caso) es con frecuencia actualizado por más de un actor. *Vid.* Algirdas J. Greimas, *Semántica estructural*, Madrid, Gredos, 1976, y «Elementos para una teoría de la interpretación del relato mítico», en Roland Barthes (comp.), *Análisis estructural del relato, op. cit.*, págs. 45-86. Las tramas de adulterio se prestan muy bien al desarrollo de tales cuadros funcionales; para una aplicación de estos presupuestos a *La Regenta*, *vid.* M.ª del Carmen Bobes Naves, *Teoría general de la novela. Semiología de «La Regenta»*, Madrid, Gredos, 1985. <<

[103] Sobre el diseño del personaje de Barrolo, *vid.*, por ejemplo, José María Bello, *Retrato de Eça de Queirós*, Río de Janeiro, Agir, 1945, págs. 213-214. Ni Barrolo ni Jorge son maridos viejos, como arbitra el tópico en la mayoría de esta clase de ficciones, pero Barrolo está lastrado por otras deficiencias —las ancas rechonchas y la estulticia— que lo incapacitan completamente para rivalizar con el arrogante y astuto seductor de anchos hombros y bigotes negros. Jorge sí se apartaba del tipo ridículo de esposo burlado; en realidad resulta más viril que Basílio, y hasta más atrayente a los ojos de su mujer, pero en cualquier caso el narrador se encargó de subrayar que Luísa se casó sin amor. Por ello, por la circunstancial ausencia de Jorge y especialmente por su deficiente formación era ella también, como las otras heroínas, carne de cañón para el adulterio. <<

[104] Dedica al aspecto del adulterio de Gracinha un articulito Timothy Brown Jr., y comenta la cuestión del punto de vista de Eça. «The Love Triangle in *A ilustre Casa de Ramires*», en *Romance Notes,* XII, núm. 2, 1971, pág. 316. <<

[105] *Vid.* Carmela Magnata Nuzzi, *op. cit.*, pág. 379. <<

[106] António Cirurgião, art. cit., págs. 165-166. Estoy en unas cosas de acuerdo y en otras en desacuerdo con este interesante artículo. Aunque la lectura de Cirurgião sobre dicho asunto sea sagaz —más sagaz que la de Gonçalo, que disponía de los mismos elementos de juicio—, no creo en cambio que las noticias extraídas de los pasajes reflexivos del protagonista hayan de ponerse en duda (*ibídem*, pág. 156). A Gonçalo puede considerársele subjetivo y limitado en sus conocimientos, pero no creo que falaz. <<

[107] Carta a Luís de Magalhães fechada en agosto del 84. *Correspondencia,* pág. 57. Pueden sumarse otros juicios del mismo jaez recogidos por Ernesto Guerra da Cal en *op. cit.,* pág. 31. Oscar Wilde, también abanderado del arte por el arte, enunció una sentencia similar, y en nuestros días muy revitalizada por el polémico Harold Bloom, al decretar que toda mala poesía es sincera. <<

[108] Como dice Guerra da Cal, antes de los grandes románticos portugueses —Almeida Garrett, Herculano y Castelo Branco—, el énfasis retórico del neoclasicismo «había llegado a hacer de la lengua literaria un dialecto académico, momificado y totalmente desvinculado de la expresión usual» (*op. cit.*, pág. 18). Los románticos son aún «oradores por escrito», mientras que a Eça le corresponderá «subvertir las estructuras establecidas de la lengua» (pág. 21) y romper la firme barrera que divorciaba el portugués literario de su uso oral. Sobre la revolución acometida por el autor de *La ilustre casa… vid.* también, en Guerra da Cal, págs. 17, 22, 27 y 55. En cuanto a la deuda de los modernistas hacia Eça, consúltense págs. 38-39. <<

[109] Barthes en *El placer del texto* (Madrid, Siglo XXI, 1974, págs. 18-21) habla de la espontánea inclinación del lector de relatos por aprehenderlos con una cierta prisa en búsqueda de la anécdota, actitud que sería obstaculizada por una manipulación lingüística excesiva o por la concentración de tropos y figuras retóricas (hipérbatos, perífrasis, aliteraciones, sinestesias, etc.) habitual en la lírica. No es que tales procedimientos estén desterrados de la novela, sino que la propia ontología del género, incluso desde el punto de vista cuantitativo, suele decretar, cuando comparecen, su dosificación. La metáfora novelesca es, por antonomasia, y como veré en el apartado consagrado a los símbolos de *La ilustre casa…*, la metáfora global que permea todo el discurso, y no tanto la pirueta discursiva del decadentismo, aquel estilo en que, dice Paul Bourget, «la unidad del libro se descompone para dar paso a la independencia de la página, y así sucesivamente, de la página al período, de éste a la frase, y de la frase a la palabra» (Guerra da Cal glosa las aseveraciones de Bourget en *op. cit.*, pág. 62n). <<

[110] Me gusta en este aspecto recordar una máxima de Longino, la cual reza que «la mejor figura es aquella que hace que pase desapercibido precisamente esto: que es una figura» (Longino, *Sobre lo sublime*, Madrid, Gredos, 1979, 17, 1, pág. 182). Escribe Guerra da Cal: «Todas esas variadas experiencias estéticas, al destilarse en el alambique queirociano quedan reducidas a una unidad, quintaesenciada y transparente, cuya superficie, tersa y tranquila, da la engañosa sensación de sencillez y facilidad —cuando, de hecho, oculta una laboriosa complejidad, y es el resultado de un esfuerzo de creación férreo y angustioso» (*op. cit.*, pág. 359). <<

[111] Esta tendencia se plasma en págs. 10, 13, 15 y 41. <<

[112] Guerra da Cal, *op. cit.*, pág. 36. <<

[113] Tal veredicto se extrae de *La correspondencia de Fradique Mendes. Apud* Guerra da Cal, *op. cit.*, pág. 53. <<

[114] *História literária de Eça de Queirós*, pág. 263. <<

[115] Guerra da Cal, *op. cit.*, pág. 106. <<

[116] *Ibídem*, págs. 114-116. <<

[117] *Ibídem*, págs. 40-41. <<

[118] *Ibídem*, págs. 120-121. <<

[119] *Ibídem*, pág. 201. <<

[120] *Ibídem*, pág. 199. Este estilema de Eça llega a hacerse tan frecuente en sus textos que cuando algún autor —caso de Castelo Branco— quiere parodiarle, no duda en remedar tal fenómeno (*vid.* Guerra da Cal, *op. cit.*, pág. 200). <<

[121] En portugués, «sem porta e sem fenda» en lugar de «sem porta nem fenda». <<

[122] *El poeta Manuel Machado*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975, pág. 16. Entre los poetas modernistas españoles Juan Ramón Jiménez usó del mecanismo hasta el hartazgo, y uno de los ejemplos de mayor concentración puede hallarse en el soneto «“Primavera” de Botticelli» de Manuel Machado. Recordemos que el Eça de las Conferencias del Casino se manifestó un entusiasta de Gustave Courbet (Manuel de Paiva Boléo, *O realismo de Eça de Queirós e a sua expressão artística*, Coimbra, Edição da Coimbra Editora, 1942, págs. 3-1), y el realismo de este pintor no deja de constituir un preámbulo del impresionismo. <<

[123] Guerra da Cal, *op. cit.*, pág. 150. <<

[124] El libro de Luis Beltrán Almería *Palabras transparentes. La configuración del discurso del personaje en la novela* (Madrid, Cátedra, 1992) contiene una recopilación exhaustiva de los distintos estadios de imbricación entre el discurso del narrador heterodiegético y el del personaje. <<

[125] Cabe señalar, en cualquier caso, que los utillajes del estilo indirecto libre, sobre todo en breves insertos, son próvidos no sólo en *La ilustre casa…*, sino en todas las novelas heterodiegéticas de Eça, aun cuando la focalización principal no resida en un único personaje y antes bien se cifre en la omnisciencia o en la suma de puntos de vista diferentes. Guerra da Cal considera a Eça el primer autor portugués que asume deliberadamente el mecanismo (*op. cit.*, págs. 212 y 217). <<

[126] *Apud* Juan Oleza, edición de *La Regenta*, pág. 96. <<

[127] Uso habitual en el realismo, que se considera que Eça heredó de sus maestros franceses y especialmente de Flaubert, llega a convertirse en una constante en naturalistas como Blasco Ibáñez. <<

[128] Para Manuel de Paiva Boléo «A ironia de Eça de Queirós, tão complexa e tão difícil de definir, reveste formas diversas, mas as três que me parecem mais características do seu estilo são: o emprego de palavras ou de associações de palavras imprevistas, a concretização de abstracções e, sobretudo, a comparação pitoresca de coisas sérias e elevadas com factos vulgares concretos» (*op. cit.*, pág. 27). <<

[129] Sorprenden y mucho en este sentido juicios como el de Pérez de Ayala: «Sus dos novelas más difundidas, las de tipo escrupulosamente realista [*sic*] *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basílio*, no son en rigor novelas, son cuadros episódicos, monografías ligeras, acerca de psicologías vulgares. Carecen estas dos obras de organización, de composición cerrada, de necesidad o fatalidad interiores» («Eça de Queiroz», en *Mis divagaciones literarias*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1960, págs. 164-165). <<

[130] No me resisto a reproducir —y suscribir— las palabras que el gran esteta y perseguidor de la forma perfecta escribió desde París a los condes de Arnoso y de Sabugosa: «Positivamente contar historias es una de las más bellas ocupaciones humanas: y la Grecia así lo comprendió, divinizando a Homero que no era más que un sublime narrador de cuentos de niños. Todas las otras ocupaciones humanas tienden más o menos a explorar al hombre; sólo esa de contar historias se dedica a entretenerlo, lo que tantas veces equivale a consolarlo», en *Correspondencia,* ed. cit., pág. 163. <<

[131] *Apud* Câmara Reys, «Eça de Queiroz y Flaubert», en *Eça de Queiroz «In Memoriam»*, pág. 338. *Vid.* Vázquez Cuesta: «[…] lo que le resultaba verdaderamente difícil en este momento era hallar temas para nuevos relatos. El hecho de haber entroncado con una familia de la más rancia nobleza […] representaba un *handicap* a la hora de efectuar una disección de esta clase social […] con un retrato expresivo a fuerza de distorsiones caricaturescas se exponía a comprometer su ingreso en círculos selectos —los más selectos y exclusivos de Portugal— que ahora le abrían sus puertas y cuya confianza no podía traicionar ridiculizando a sus miembros» (edición citada, pág. 52). «Algo de esta nueva manera de encarar tanto la Naturaleza como la Historia por parte de Eça debe seguramente de atribuirse a sus circunstancias personales. Hay en él otro sentimiento de lo rural desde que es dueño de un pazo con tierras y otra compenetración con el pasado portugués desde que se ha integrado en una familia aristocrática de vieja cepa como los Resende» (*ibídem*, pág. 76). <<

[132] «*Ramires* is many things, including a view of provincial and small-town Portuguese society in the second half of the nineteenth century, a reconstruction of the Portuguese middle ages in Eça's historical novel of the dees of his remote ancestor Tructesindo Ramires, and another example of the well-worn adultery theme, now turned to a new purpose. All of these, however, relate to and illustrate the moral and social development of the hero» («The Individual and Society: An Interpretation of *A ilustre casa de Ramires*», en *Revista de Estudios Hispánicos*, 3, 1974, pág. 386). <<

[133] Eça se mostró muy duro con esta alternancia pactada entre regeneradores e históricos y con el transfuguismo que se verificaba entre los militantes de uno y otro partido (como se muestra en la novela en Gonçalo, en su padre y en Rio-Manso, por ejemplo). *Vid.* Pilar Vázquez, edición citada, págs. 35-36. <<

[134] Se han registrado componentes simbólicos de menor rango que también, según algunos autores, remiten a la situación política de la época. Por ejemplo, para Carlos Alberto Pasero el gabinete de coalición entre históricos y regeneradores presidido por Joaquim Antonio de Aguiar es «circunstancia que aparece oblicuamente ficcionalizada con la reconciliación oportunista entre Gonçalo y su rival histórico, el gobernador de Oliveira» («Historia y discurso…», pág. 539n.). <<

[135] *Vid.* Isabel Paraíso, *Psicoanálisis de la experiencia literaria,* Madrid, Cátedra, 1994, y *Psicoanálisis y literatura,* Madrid, Síntesis, 1995 (especialmente págs. 71-73 y 80-82 para el desarrollo de estos conceptos). <<

[136] Fueron precisamente las últimas páginas de su novela las que Eça no pudo corregir él mismo, pues le sobrevino antes la muerte. En cualquier caso, a mi modo de ver los dos capítulos finales son los menos logrados de la novela, no tanto por razones estilísticas —las más fáciles de enmendar por parte de una mano ajena—, cuanto por la disminución de la artillería irónica y la amplificación de un final feliz que acaso deriva a lo facilón. Téngase en cuenta también respecto a este asunto al otro personaje cincelado por Eça que personifica lo mejor del viejo Portugal: el aristócrata Afonso da Maia (*vid.* Cleonice Berardinelli, art. cit., pág. 28). <<

[137] Magnata Nuzzi, *op. cit.*, pág. 359. <<

[138] Tampoco las obras de ficción de la Generación del 98 abundan precisamente en temáticas sobre el desastre colonial que dio nombre a este grupo de escritores. <<

[139] Según las teorías de Tomachevski (*op. cit.* en nota 83) la mancha del colchón que iconiza la mancha familiar o el buen tiempo que preside una jornada victoriosa constituyen motivos que se hallan en armonía con la trama por analogía psicológica. Si el sol radiante precediera a un fracaso, Tomachevski hablaría de armonía por contraste; estos casos, que también emanan en *La ilustre casa…*, comportan un empleo del motivo más irónico y sutil y habitualmente más eficaz: *vid.*, por ejemplo, el final del capítulo V, o la asociación de la persona de Gracinha, quien resulta ser tan liviana, con la «última joya histórica de los Ramires», el collar de diamantes (símbolo de eternidad y dureza) que la muchacha lucirá en la cena ofrecida a Cavaleiro. <<

[140] Véase nota 74. <<

[141] *La tematología comparatista…* Consúltese también el artículo de Maria Teresa Pinto Coelho, «1890 e o Fim-de-Século na Literatura Portuguesa: o símbolo da Torre no *Só* e em *A Ilustre Casa de Ramires*», en *Actas do Segundo Congresso da Associação Internacional de Lusitanistas (Leeds, 1987)*, Coimbra, 1991. <<

[142] Galdós compartía con el escritor portugués tal querencia hacia los símbolos y concretamente hacia el procedimiento de los sueños, una constante en su narrativa (destacan los modelos de *Fortunata y Jacinta* o *La de Bringas*), y no sólo en su período espiritual, en el que ya comienza a servirse de técnicas irrealistas (*Misericordia:* la fantasía de Don Romualdo), sino también en el de naturalismo simbólico, donde lo hace sin ningún empacho (los personajes alegóricos de *El caballero encantado, La razón de la sinrazón* y la quinta serie de los *Episodios*). <<

[143] Recapitula estos integrantes que anuncian el final António Cirurgião en art. cit. *Vid*. también Elena Losada, edición de 1999. <<

[144] Es la exégesis que defiende fundamentalmente João Medina en su artículo «Gonçalo Mendes Ramires, personagem hamlético», pág. 35. Otra función de la aventura africana consiste en procurarle a Gonçalo una actividad: a diferencia de sus ancestros él no va a gobernar ni a batallar, sino a *trabajar* y a obtener rendimiento de ese trabajo (*ibídem*, pág. 37). <<

[145] Piénsese por ejemplo en la interpretación que lleva a cabo Edward Said, el impulsor de la poética del orientalismo, de las referencias a la isla de Antigua en *Mansfield Park* de Jane Austen. Se trataría de un caso muy parecido al de *La ilustre casa…:* la acción del relato se localiza íntegramente en la metrópoli (Inglaterra o Portugal), pero para salvar lo que hay *dentro,* según Said, hay que recurrir a lo que proviene de *fuera* (Antigua, Zambeze). *Cultura e imperialismo,* Barcelona, Anagrama, 1996, pág. 158. <<

[146] Coleman, *op. cit.*, pág. 267. <<

[147] «The Individual and Society…», pág. 385. <<

[148] «Gonçalo Ramires será, se quiserem convir com o João Gouveia do romance, a imagem de Portugal. Honra nenhuma, porém, nos virá do paralelo com um homem que se lança na literatura plagiando esquecidos versos de um tio; que oscila, nas suas opiniões, ao sabor dos interêsses; que, levado pelas exigências da ambição, impele a irmã para os braços de um amante; que trai a palavra dada a trôco duns alqueires de milho; cuja "imaginação o leva sempre a exagerar até à mentira"; que é, de raiz, covarde e só num fugaz momento de suprema exaltação, capaz, do alto de un cavalo e de chicote em punho, de un assomo viril…

»Neste balanço de qualidades e defeitos, apenas há a consignar no seu activo a bondade —uma bondade, contudo, que só sabe exercer-se sôbre o filho de um homem que ludibriara e mandara prender. Só uma grande incompreensão do que seja ironia poderá impedir-nos de ver que esta identificação de Gonçalo Ramires com Portugal é uma sátira […] E só uma grande incompreensão dos processos de Eça poderá permitir que vamos buscar a suprema lição do romance às palavras finais […] de João Gouveia…» (*Eça de Queirós: uma estética da ironia*, Coimbra, Coimbra Editora, 1945, págs. 256-257). <<

[149] Art. cit., págs. 23 y 28. <<

[150] Maria Helena Nery Garcez, art. cit., pág. 42. *Vid.* también en Cleonice Berardinelli y Lélia Parreira Duarte. <<

[151] No se alza en cuanto ejemplo de madurez, sino de decadencia en el sentido peyorativo del término, pues como comenta Guerra da Cal, «todos los recursos estilísticos de Eça están llevados a la exageración» (*op. cit.*, pág. 307). Pedro Serra analiza precisamente esta novela en *Síntomas de modernidad en Eça de Queirós*, Salamanca, Hespérides, 2003. <<

[152] Timothy Brown, Jr., «The Individual and Society…», pág. 385. <<

[153] Vid. nota 136. <<

[1] Todos los nombres propios aparecen en portugués, incluso en los casos, como Maria o Luís, en que la acentuación es diferente pero la pronunciación es la misma. *(N. de la T.)* <<

[2] Debe ser *Benavente* y no *Venavente*, pues se trata de la población española situada en la provincia de Zamora. *(N. de la T.)* <<

[3] Mantenemos Calçada con mayúsculas —al igual que el autor—, porque se trata de la calle de Coimbra Calçada da Glória. *(N. de la T.)* <<

[4] En Portugal el tratamiento de doctor o doctora se utiliza para licenciados de cualquier tipo —no sólo en medicina—, e incluso para personas que aún están cursando sus estudios. *(N. de la T.)* <<

[5] Moneda fraccionaria portuguesa cuyo múltiplo, el *mil-reis,* se convirtió en la unidad monetaria. Modernamente, el *mil-reis* fue sustituido por el actual escudo. *(N. de la T.)* <<

[6] En cursiva pues se trata del verso de *Os Lusíadas* (canto I, estrofa 1) del poeta portugués Luís de Camões. *(N. de la T.)* <<

[7] El tostón (*tostão*) es una moneda antigua portuguesa equivalente a la décima parte de un escudo. *(N. de la T.)* <<

[8] En todas sus apariciones Videirinha toca el *violão* excepto en ésta donde lo encontramos acompañado de una *viola*. La vacilación se debe a que en la versión de 1897 de la *Revista Moderna* el ayudante de farmacia tocaba la *viola*, instrumento que fue sustituido por el *violão* en la versión de 1900. *(N. de la T.)* <<

[9] Antiguo nombre de la capital de Mozambique, en la actualidad Maputo. *(N. de la T.)* <<

[10] Doña Arminda Nunes Viegas aparece en otras ocasiones como la tía Arminda Vilegas *(N. de la T.)* <<

[11] La expresión italiana aparece citada erróneamente, ya que debería ser *Buona sera. (N. de la T.)* <<

[12] El morabitino es una moneda almorávide acuñada en plata. *(N. de la T.)* <<

[13] Barrolo confunde *Turtesinho* con *Tructesindo,* el nombre que Gonçalo le propone para su supuesto hijo, en honor a su antepasado. *(N. de la T.)* <<

[14] Eça de Queirós fue el traductor de esta famosa novela inglesa de H. Rider Haggard. *(N. de la T.)* <<

[15] En Portugal *Dom* es una forma de tratamiento usada solamente para los reyes, *Dom Sebastião, Dom João I*…, de ahí que al protagonista de la novela le parezca exagerado el tratamiento. *Dona*, por el contrario, se puede utilizar para mujeres de cualquier clase y condición social, desde reinas, *a rainha Dona Isabel*, hasta amas de casa, siempre y cuando tengan una cierta edad, *Dona Saudade era muito boa cozinheira. (N. de la T.)* <<

[16] Es muy frecuente en portugués que algunos diminutivos de nombres propios se utilicen en plural: *Maricas, Mariquinhas, Aninhas… (N. de la T.)* <<

[17] Lo correcto en italiano es *Rigoletto. (N. de la T.)* <<

[18] El amigo lisboeta de Gonçalo aparece siempre como Castanheiro, excepto en esta ocasión en que encontramos Pinheiro. De nuevo la vacilación se debe al hecho de que en la edición de la *Revista Moderna* el nombre de este personaje era Pinheiro. *(N. de la T.)* <<

[19] Lo correcto es escribir este topónimo con dos «aes»: Transvaal. *(N. de la T.)* <<

[20] De nuevo observamos vacilación, en este caso en el nombre de este antepasado Ramires, pues al comienzo del capítulo primero aparece enunciado como *Lourenço, apodado el Carnicero*, mientras que ahora encontramos *Gonçalo. (N. de la T.)* <<

[21] En el capítulo V el propio André Cavaleiro se refiere a su poema como *O Fronteiro de Ceuta. (N. de la T.)* <<

[22] En la página 284 se nos decía que «Cavaleiro encargó a Mateus que mandase ensillar a *Rosilho* y a la yegua del Hidalgo…», de donde se deduce claramente que Cavaleiro no montaba una yegua sino un caballo. *(N. de la T.)* <<

[23] Rosinha Rio-Manso aparece unas veces como *hija* y otras como *nieta* del vizconde de Rio-Manso. *(N. de la T.)* <<

[24] Aparece entrecomillado en la edición de la que partimos. *(N. de la T.)* <<

[25] Mantenemos el cambio de tratamiento de Lopo hacia Tructesindo, al que hasta ahora siempre había tratado en tercera persona, como corresponde a un caballero de mayor edad que él y además padre de su prometida. Ahora en cambio utiliza el tú, seguramente para acentuar aún más la pérdida de respeto que se produce al no acceder a concederle la mano de su hija Violante. Así, además de retarle, y de terminar matando a su otro hijo, le habla ahora irrespetuosamente. *(N. de la T.)* <<

[26] Es muy probable que en lugar de *trebalha*, que es el término que aparece en el original y que no existe como tal en el diccionario, se trate de *trebolha*, «recipiente de cuero para transportar vino, de mayor tamaño que el odre»; o de *trebelha*, «piezas del juego de ajedrez». El contexto de transporte de alimentos me hace inclinarme por la primera opción. *(N. de la T.)* <<

[27] Más atrás (pág. 345) se nos decía que la pareja pertenecía a Torto: «Pero al día siguiente, a las dos, ya con la pareja de Torto enganchada al coche y con los guantes puestos para el viaje a Oliveira, recibió una inesperada visita, la del señor vizconde de Rio-Manso.» *(N. de la T.)* <<

[28] El sufijo *-ão,* en portugués, aporta al nombre propio un valor aumentativo y cariñoso al mismo tiempo. *(N. de la T.)* <<

[29] Probablemente se trate de San Esteban de Gormaz, pueblo de la provincia de Soria. El error se explicaría por el hecho de que Eça de Queirós no pudo corregir las pruebas definitivas de su novela, y seguramente los editores interpretaron equivocadamente la caligrafía del autor. *(N. de la T.)* <<

[30] Cabralismo: se refiere al periodo político que comienza en Portugal en 1842 con Costa Cabral como ministro del Reino y verdadero dirigente del país, cuyos objetivos eran conseguir el orden y el desarrollo económico, y a la vez caracterizado como una época de especial violencia y represión. *(N. de la T.)* <<

[31] Hasta el momento el criado encargado de abrir la puerta en los Cunhais había aparecido siempre como *Joaquim*, y no como *João*. A este respecto, es bastante sorprendente que la mayor parte de los criados que aparecen en la novela, bien de los Cunhais, bien de la Torre, se llamen *Joaquim: Joaquim da Porta*, *Joaquim da Copa*, *Joaquim da Horta… (N. de la T.)* <<

[32] El pataco es una moneda antigua portuguesa de escaso valor. *(N. de la T.)* <<

[33] Como João Gouveia habla de memoria, este pequeño fragmento, que remite al final del capítulo II, no se corresponde exactamente con los dos fragmentos que allí encontramos, sino que es una mezcla de ambos. *(N. de la T.)* <<